

de no pasar en la vida
más pesar que el de la muerte.

A quien da el diablo un mal día,
da una buena noche Dios:
que el mal siempre trae en pos
al bien en Andalucía.

Nadie en Sevilla se cuida
de tomar la vida a pechos:
los días por Dios son hechos
para gozar de la vida.

Las noches son para el diablo:
se peca como se quiere;
mas por menos de un vocablo...
a quien San Juan se la diere
no se la quita San Pablo.

Por un palillo de enebro
se arma lid y se hace gente,
mas también alegremente
aguanta a un majo un requiebro
la mujer del Asistente.

Mientras a un hombre se mata
de un callejón a la esquina,
rompe en la calle vecina
una amante serenata:

y el mal en el bien no influye,
todo marcha de concierto:
mientras entierran al muerto,
la moza se casa o se huye.

Y vuelve a salir el sol,
y vuelve el baile a romper:
conque ¿quién ha de poder
con este pueblo español?

Cumple, empero, que se entienda
que no es la Sevilla de hoy
la Sevilla en que yo voy
a abrir campo a mi leyenda.

La de mi cuento es la antigua:
mas no hace la antigüedad
de la opulenta ciudad
la hermosura más exigua.

Juzgarla fuera locura
como si fuera mujer,

que pierde, vieja por ser,
todo al perder la frescura!

No: Sevilla es como el oro,
y cuanto más viejo, más sube;
apenas el tiempo, como una nube
de vapor limpio, incoloro,
de entoldarla en vez la aclarar:
es como la veladura
con que una antigua pintura
un diestro pintor repara.

La Sevilla de que yo hablo
es la de la media edad,
que aún partía por mitad
su fe entre Cristo y el diablo.

Aquella Sevilla antigua,
árabe, apenas cristiana,
dama a medias y gitana,
de faz doble y de fe ambigua:

cargada de chapiteles,
belvederes y alminares,
asombrosos ejemplares
del poder de los cinceles;

aquella ciudad vestida
de encajes y filigrana,
de fábrica soberana
para reyes construída;

que en aéreos botareles
y esbeltísimos pilares,
en peanas con doseles
de labor rara y sutil,

tiene en nichos angulares
estatuetas a millares,
que del arte son joyeles
de trabajo el más gentil;

aquella Sevilla pura,
genuina, aún no revocada,
ignara aún y aún no preciada
del valor de su hermosura:

ignara de la riqueza
de la casa en que vivía,
cuajada de crestería,
de increíble sutileza,
y del precio inestimable

de la artística estructura
de su noble, incomparable
y bizarra arquitectura;

aquella Sevilla vieja
de estucados caserones
con gigantescos balcones,
hondas ventanas con reja,
miradorcillos volados,
puertas forradas de bronce
con postiguillos de un gonce
por de dentro barreados:

la Sevilla de don Pedro,
de alcázares de alabastro,
de cuya cifra aún hay rastro
en las techumbres de cedro
y en las moriscas labores
de sus estancias gentiles
al salir a los pensiles
calados por surtidores.

cuyas gotas, en el día
primero que se soltaron,
el albornoz salpicaron
que a la Padilla cubría:
aquella Sevilla oscura,
tortuosa, sórdida, estrecha,
esa es la Sevilla hecha
para cuentos de esta hechura.

Esa es a la que yo intento
llevar en éste al lector,
a no que fuerza mayor
venga a destripar mi cuento.

La Sevilla cuya gracia
espontánea y natural,
revelando perspicacia
y agudeza sin igual,
no empezaba aún a estar lacia
con lo bufo artificial,
hijo sólo de una audacia
de arlequín de carnaval:

la Sevilla verdadera,
virgen, fresca, primitiva,
noble, franca, brava y fiera;
de vis cómica instintiva,

en ingenio la primera,
en el chiste sin rival;
rebotando por doquiera,
viva, gárrula y parlara,
eso que ella llama *sal*;
esa gracia intuitiva
propia, indígena, nativa,
sola, suya, original.

Que me explique quien me entienda
y quien no, que no se pique,
ni tirárselas pretenda
de penséque y de entendique:
porque en esto ni hay trastienda,
ni está dicho con repique:
conque vuelvo a mi leyenda
y a la edad del cuarto Enrique.

III

En tiempos, pues, de aquel Rey
en que andaba en triunfo el vicio
y andaban sin ejercicio
la moral, la fe y la ley;
mientras lejos de Sevilla
el arzobispo Fonseca
corría de ceca en meca
dando guerra por Castilla:

mientras haciendo en la Vieja
de Reyes muy mal papel
don Enrique e Isabel,
y Alfonso y la Beltraneja,
hacían los grandes bando,
sin ver más que a su interés,
por Juana o el portugués,
por Enrique o por Fernando:

mientras con muy buen deseo
el papa Paulo Segundo
ofrecía a todo el mundo
perdón en un jubileo
que en Segovia se ganaba,
y que iban con fe a ganar

(creyendo que con rezar
todo pecado se lava)

el buen marqués de Villena,
los prelados guerrilleros,
sus soldados bañaderos,
por ende sin culpa y pena:

mientras la tierra andaluz
traen hecha una Babilonia
el de Medina Sidonia,
a quien la ambición azuza,
y el de Arcos, a quien anima
una altivez casi real,
que a nadie sufre al igual
y mucho menos encima:

mientras corre, en fin, aquel
tiempo de mengua y baldón
del que sacó a la nación,
andando el tiempo, Isabel,

va el autor a darse traza
de abrir paso a esta conseja,
de aquella Sevilla vieja
una noche en una plaza.

Es víspera de San Juan
y fiesta por consiguiente:
bulle en la plaza la gente,
vienen unos y otros van,
mas con grande esfuerzo y pena,
porque se pisan y empujan
y se prensan y se estrujan,
y a esto llaman la verbena.

Hay clamoreo y vaivén,
broma, algazara y chacota,
y a lo que bocón se agota
con las frutas de sartén.

Sombrajos y puestos muchos
hay de alajú y alegrías,
tabernas, alojerías,
tenderetes y aguaduchos.

Hay grajeas y almendradas,
bizcotelas, bollos, roscas
y toda clase de toscas
e indigestas empanadas.

Datileros africanos,
serios entre tanta broma,
frutas de subido aroma,
cacahuets valencianos,
y, en fin, lo más andaluz,

lo esta noche más buscado
y lo mejor alumbrado
de las teas con la luz,

las descocadas, parleras
y gritadoras gitanas
que hacen abrir bolsa y ganas
en torno de sus calderas.

Buñuelos venden, que es pasta
correosa e indigesta:
mas sin buñuelos no hay fiesta...
y de tal materia basta,

aunque es comida de gresca
y suele hacerse en Sevilla
por alguna gitanilla
fresca, alegre y picareca:

conque, aunque el buñuelo es cosa
que mal sabe y no bien huele,
ser la buñolera suele
cosa muy jacarandosa.

Al resplandor de sus teas
y a la luz de sus candiles,
no hay más que mozos gentiles
y no se ven mozas feas:

y entre el vulgo se asegura
que, siendo brujas de casta,
al que de su pasta gasta
le atraen la buena ventura.

El hecho es que la verbena
es una noche de broma
en que la gente se toma
en junio una noche buena.

La multitud embaraza
la plaza para ella angosta,
pues todos a toda costa
han de meterse en la plaza;

y sobre ello, con porfía
empujándose, adelantan,

y hasta en vilo se levantan
reventando de alegría.

Cuantos moradores tiene
la ciudad en su circuito,
más el número infinito
de los que de fuera vienen
allí la ilusión haciéndose
de que gozan y pasean,
se pisan y se codean
desgarrándose y cociéndose:

en momentánea igualdad,
codazos cruzando y frases,
mezcladas todas las clases
que forman la sociedad:

y ojeadas cruzan y citas
rateros, dueñas y amantes,
y oyen chuleos galantes
las feas y las bonitas:

y en honra de aquel San Juan
descabezado en Salén,
andan juntos sin desdén,
todos como hijos de Adán,

la dama honrada y erguida,
y la moza de partido,
y el juez aún no corrompido
y el vago de mala vida:

señorías y pelgares,
canónigos y donceles,
hidalgos de seis cuarteles,
parias sin raza ni hogares,

soldados y capitanes
por el Rey jefes de huestes,
petardistas y arciprestes,
infanzones y rufianes:

mercaderes africanos,
mozárabes y judíos;
encapuchados sombríos,
dervichs y monjes cristianos:

buhoneros ambulantes,
comerciantes levantinos,
juglaresas, peregrinos,
frailes legos mendicantes,

gitanos saludadores,

genoveses marineros,
holgazanes pordioseros,
zahoris ensalmadores:

y en movible confusión
que marea y ensordece,
toda Sevilla parece
que ha perdido la razón.

Fiesta de origen pagano
que en las más cultas naciones
conserva supersticiones
indignas del buen cristiano,

Residuos del paganismo
que, no pudiendo extirpar,
los tuvo que transformar
y adoptar el cristianismo.

Pueblos que ritos impuros
ejercitaban, creían
que en tal noche se cogían
las hierbas de los conjuros.

Superstición heredada,
todo pueblo hasta hoy conserva
la de coger una hierba
ya maldita, ya sagrada.

Cuál fuese mala, cuál buena,
ninguno de fijo supo;
a nuestros abuelos cupo
el trébol y la verbena.

Hoy en España cogemos
solamente la ocasión
de añadir una función
a las mil que ya tenemos!

Nuestro vulgo, que aún da fe
a presagios y conjuros,
aunque no estamos seguros
de que sepa lo que cree,

de la noche de San Juan
mientras arden las hogueras,
cree que brujas y hechiceras
con el diablo a bailar van.

Con uno de los tizones
de estas hogueras, de daño
y mal para todo el año
se creen libres los bretones.

Los de Alemania están ciertos
que a la hoguera de su hogar
se vienen a calentar
las ánimas de sus muertos.

No hay, en fin, una nación
que en la noche de San Juan
no se entregue a algún desmán
por cualquier superstición.

Las de Roma son tremendas:
el degollado Bautista
tiene a su cargo una lista
formidable de leyendas;

y es incomprendible cosa
que, siendo aquella ciudad
cátedra de la verdad,
es la más supersticiosa.

Las muestrás son inocentes
cuentos de chicos menores
de edad y de ignaras gentes:
las más son sueños de amores.

Diz que moza que en su casa
y de esta noche a las doce
rompe un huevo, en él conoce
si en aquel año se casa.

Mas la verbena de hoy día
por más que a San Juan invoque,
no encaja por más emboque
que el de una nocturna orgía.

Fiesta, en fin, nuestra y católica:
de un santo en nombre, la gente
va a la fiesta solamente
por la bulla y la bucólica.

¡Y en el cielo está el buen santo,
por su efigie en el altar,
obligado a autorizar
zambra tal y vicio tanto!

Y a los santos de Dios vi
loar siempre así, y antaño
era lo mismo que hogaño,
y aun por siglos será así.

A cada cual satisface
lo que cree según lo cree:

y diz que a Dios le complace
y que juzga de lo que hace
cada cual según su fe:
si hay quien lo sepa no sé,
discutirlo no me place,
cuando muera lo sabré.

Mientras viva, con fe entera
sostendré contra cualquiera
que la fe jamás abona
la zambra, la comilona,
el vicio y la borrachera.

Y aunque pasar las he visto
hasta en Roma por cristianas,
no me retracto e insisto
en que son fiestas paganas
en contradicción con Cristo.

IV

La noche de esta verbena,
y de la plaza en que pasa
desde el balcón de una casa,
miraba su alegre escena

una dama, cuyos traje,
apostura y compañía,
acusaban jerarquía
superior y alto linaje.

La casa, por el espacio
que ocupa, por su fachada,
su ventanaje y portada,
tiene el aire de un palacio.

Con la dama del balcón
ocupan su barandal
tres hombres de aire glacial,
mas de grande distinción:

y aunque su traje y su porte
son sencillos y severos,
se ve que son caballeros
de raza y gente de corte.

Por el aire que se dan
hermanos parecen ser,
y guardando a la mujer
más que sirviéndola están,

Los tres son de edad madura,
aunque ninguno es anciano:
la dama es... un ser humano,
mas ¡qué ser!, ¡qué criatura!

Al mirarla no es posible
no admirarla: es una perla;
mas valuarla sólo al verla
tampoco: es incomprendible.

Tiene en su faz del diamante
los fugitivos destellos,
y es tan varia como aquéllos
la expresión de su semblante.

Como tipo de hermosura
es el tipo más perfecto:
no hay descuido, no hay defecto
ni lunar en su figura.

En tamaño y proporciones
es la estatua más perfecta:
su cabeza es tan correcta
como puras sus facciones.

Mas la gracia no la quita
su perfección modelada,
antes la tiene extremada,
imponderable, infinita.

De diamantes con un broche
recoge una cabellera
que envuelve su forma entera
cuando la suelta de noche.

Sus riquísimas pestañas
las mejillas la sombrean:
sus miradas centellean
luz que abraza las entrañas.

Blanca como una paloma;
ligera, grácil, gentil,
cual mariposa de abril
que el sol en un lirio toma,

bella es como el mar en calma:
mas, semillero de antojos,
tiene la gloria en los ojos
con el infierno en el alma.

Vista, encanta y enamora;
si sonrío, magnetiza;

si se la contempla, hechiza;
si se la habla, se la adora.
Su boca, de encantos llena,
cuando una frase pronuncia,
en ella el prelude anuncia
del cantar de la sirena.

Quien la escucha se extasia
y arrobado la oye y calla,
que en su voz flexible se halla
el germen de la armonía.

Mujer, en fin, andaluza,
de esas que al mundo echa Dios
rara vez, trayendo en pos
un demonio que la azuza.

Tipo extraño de mujer
que el demonio a largos plazos
crea y en sus propios brazos
viene a la tierra a traer:

y al colocarla en el suelo,
por sí mismo la coloca
en los ojos y en la boca
una red con un señuelo,

para coger en sus lazos
a los hombres, y perder
sus almas después de hacer
sus corazones pedazos.

Tal es la alma criatura
que esta noche de San Juan,
armada del talismán
de su infernal hermosura,

presencia desde un balcón
la verbena de Sevilla,
siendo encanto y maravilla
de toda su población.

V

Dama que habita un palacio
cuyo laboreado frontis
ostenta tantos heráldicos
lambrequinados blasones,
sin duda es bien conocida
de toda la gente noble

de Sevilla que los sitios
de la verbena recorre;
así que continuamente
de los que pasan recoge
saludos y besamanos,
a los cuales corresponde.

Los dos graves personajes
de aquellos tres que componen
su compañía, aunque serios
y asaz erguidos, conformes
con los usos convenidos
entre gentes de buen porte,
devuelven también y aceptan
saludos, señas y adioses.

Mas el tercero, que casi
se oculta entre las informes
manchas de sombra que trazan
en el balcón los crestones
colgantes de sus profusos
arabescos, mudo, inmóvil,
detrás de la hermosa dama
permanece: y o le absorben
graves cuidados, o el alma
remordimientos le roen,
o se la ataraza alguna

de nuestras malas pasiones.
Como quier que sea, él fija
sus dos ojos avizores
en la gente de la plaza,
torvo, mudo, atento, inmóvil,
como un escucha avanzado
que el campo vigila insomne,
como un citado que aguarda
alguien que con él se aboque,
como un tahir que recela
que un lance se le malogre,
o como loba en acecho
que sus cachorros esconde
en una cueva, y husmea
que andan osos por el monte.

Y aquí hay algo que en tal punto
es digno de que se note,
y es que la gente saluda

y pasa, mas no hay quien ose,
o tal vez quien ser merezca
recibido en los salones
de esta dama, o no hay con ella
quien tal intimidad goce,
pues nadie penetra en ellos;
siendo uso en tales funciones
que no haya casa en la plaza
sin cena y visitadores.
Cuál de este aislamiento sean
el misterio o las razones,
pues no lo dice aún la crónica,
fuerza será que se ignore.

Ya era media noche: hundíase
la luna en el horizonte;
menguábanse ya en la plaza
la multitud y el desorden.
Las comparsas de villanos,
de ociosos y bebedores,
por las lonjas y los pórticos
iban ya a buscar en donde
sentarse y hacer corrillo
de parientes y amigotes,
para, entre tragos y cántigas,
devorar sus provisiones.
La plaza, pues, despejada
ya de la gente del bronce,
que es y fué siempre la gente
de sangre caliente y joven,
a poblarse comenzaba
de parejas de otro corte:
de damas de alto copete,
de hidalgos y de infanzones
de bien rizadas gorgueras
y de empinados bigotes,
y, en fin, de gentes formales
que no gustan de apretones.
Veíanse por doquiera
destellar los resplandores
de facetados diamantes
y cincelados botones,

y ondear las plumas prendidas
y en birretes multiformes
con hebillas ataujiadas
y afiligranados broches.
La gente, pues, de otra estofa
y la fiesta en mejor orden,
comenzó a ser la verbena
paseo y fiesta de corte;
y en vez de andar en la feria
los maravedís de cobre,
corrieron los alfonsíes
y las zahenas de a doce.

Salió, como se decía
sin picarse nadie entonces,
la tanda de los villanos
y entró la de los señores:
conque cenas y refrescos
servíanse a caro escote,
y en paz gastaban los ricos
y ahuchaban los vendedores.

A punto tal, precedida
de flameantes hachones,
guiada por una música
aún semibárbara y pobre,
cual la producía el arte
que aún estaba en andadores,
desembocando por uno
de sus corvos callejones,
entró en la plaza una ronda
enguirlandada de flores,
que la llenó de luz trémula
y de alegrísimos sonos.

La rondalla es de gitanas;
mas con capuchas y estoques
trae de mejor catadura
padrinos y valedores.
La rondalla es gitanesca;
mas se ve que gente noble
la saca y que a todo trance
ampararla se propone.
Bajo capuces y chías
de sarga y de camelote,
se ve el capucho de malla

y las jacerinas dobles;
y aunque estoques muy ligeros
traen de seda en cinturones,
son de gancho y guardamano,
de marca real y dos cortes.

La música bulliciosa
de instrumentos se compone
que parece que imposible
es que puedan ir acordes.
Con el salterio y la cítara
que oyeron los Faraones,
con el laúd y la guzla,
que usaron los trovadores
y los guitarrillos árabes
que producen con bordones,
cuerdas y alambres armónicos
sonidos encantadores,
iban agrías chirimías,
cimbalerías vibradores,
estruendosas panderetas
y hasta un atabal de cobre.
Mas con tales elementos
al parecer tan discordes,
concierto era que exaltaba
de placer los corazones.
Bárbara fuera esta música
de hoy para los profesores,
mas todavía con ella
bailan pueblos españoles.
Sus aires, cantables todos
sobre una letra con mote
que la sirve de estribillo
en que a tiempo el coro rompe,
son escasos de compases;
pero sus modulaciones
y sus floreos riquísimos,
dejan a los cantadores
y al instrumental hacerles
riquísimas variaciones,
que han creado populares
cantos arrebataadores.

El baile de las ronderas
con tal música uniforme,

más de carácter que de arte, se acompaña y se combina de todo el cuerpo del hombre o de la mujer que baila con el gesto y las acciones y en sus bizarras posturas hace que el talle se comba que las formas se destaquen, que las cabezas se escorcen y los brazos, como el cuello del cisne y de los pavones, ondulen según con gracia se tienden o se recogen. Mas estos quiebros y giros incentivos, tentadores y excéntricos, no son nunca las forzadas contorsiones del dislocado payaso, de la almea lúbrica y torpe, ni la bayadera impúdica que en escuela se corrompe. La bailadora andaluza (porque en su baile los hombres no son más que las parejas para que el baile se forme y para que sus mudanzas con figuras se confronten), no es mujer a quien su baile prostituya ni deshonre. No es ejercicio que implique compromisos ulteriores: no es exhibición que anuncie nada más que lo que expone. Por muy pequeños que sean, no dan sus pies resbalones; y sus pies no dan pie a nadie para que su mano tome. La bailadora, por mucho que en su baile se abandone, no abre los brazos al mundo, para que en ellos se arroje. La bailadora española

baila y no más: las naciones que no tienen bailadoras, sino bailarinas, oyen esto y se quedan lo mismo que un químico que conoce los simples de una receta, pero que ignora las dosis. De la mujer dice Francia: «la que se exhibe, se expone». Cuestión de lengua, y la lengua francesa es oscura y pobre. Cuestión de naturaleza, también de clima y de humores: lo que uso en el Mediodía, es vicio infame en el Norte.

Tal es la ronda o comparsa que nuestra crónica pone en esta noche en Sevilla a vista de sus lectores. Su comitiva, a la luz de sus hachas y faroles, al son de sus instrumentos y de sus amparadores a sombra, haciendo un alarde por la plaza paseóse. Brindaron a las muchachas por doquier dulces y flores las damas y los hidalgos; y a vista de los estoques de los encaperuzados, cuyas chías y aire noble les daban por caballeros, paso las abrieron dóciles sin atreverse a chulearlas los bravos y los matones. Dieron vuelta así a la plaza los de la ronda; juntóseles muchedumbre de curiosos por ver sus danzas; dejóse tomar aliento a los músicos y algunos tragos de aloque; y después de aquel descanso y aquel paseo, sin que orden

diera nadie para ello, músicos y bailadores de aquella dama paráronse debajo de los balcones. Formó círculo la gente y en su torno aglomeróse, en el balcón produciendo dos diversas sensaciones.

La dama, en su barandal acodada, preparóse a gozar del espectáculo en todos sus pormenores.

Dos de sus tres compañeros permanecieron inmóviles e impassibles, cual si fuesen dos cariátides de bronce.

Mas del tercero, el que estaba tras la dama, las facciones y miradas de sombrías se tornaron en feroces.

Y mientras su faz tomaba todos los malos colores que dan al semblante humano todas las malas pasiones, plantáronse las parejas, y el tropel de espectadores se apiñó más, impaciente de ver cómo el baile rompe.

Rompió, como rompen siempre nuestros bailes españoles, con un quiebro de cinturas y un vuelo de guarniciones.

Las bailadoras son mozas buenas entre las mejores; la flor de las de Triana, que las cria como soles. Todas redondas de formas, de medianas proporciones, de cabeza chica, pelo negro y rizo que recoge una peineta de plata que deja que libres floten

dos rizos que las mosquean los ojuelos retozones.

Las dos manos traen provistas de castañuelas de boje: desnudo el brazo, y el cuello libre en el rasgado escote; de lentejuela cuajados hombrilleras y jubones, y de cascabeles de oro ajorcas y ceñidores: de modo que a cada paso radia luz en cuerpo móvil, y el tiempo marcar unísonos a los cascabeles se oye.

Cuando a una parada en firme músicos y bailadores el ruido y el movimiento cortaron seco y de golpe, rompió en un aplauso unánime la turba de espectadores, rasgando el crespón del viento sus vivas y aclamaciones.

Aprovechando el descanso en que es costumbre que tomen aliento las bailadoras, músicos y cantadores, mientras duraba el estruendo del palmeteo y las voces, uno de los enchiados entre las mozas metióse: y antes que se apercibiera nadie de sus intenciones, a la dama del balcón arrojó un ramo de flores. Tirósele con tal tino que al medio del pecho enviósele, de modo que ella, con sólo cruzar las manos, asíóle.

Quién fuera el que osó arrojarle no vió nadie; porque el hombre, hecho el tiro, como sombra

entre la gente perdióse:
 mas vieron muchos el ramo
 por el aire, y asombróles
 más que del galán la audacia
 el ver que ella le recoge,
 pues entre la hermosa dama
 y el galán que la echa flores,
 hay un marido implacable
 como entre Venus y Adonis.

VI

Fué el hecho llevado a cabo
 en el intervalo corto
 que bailadores y músicos
 se tomaron de reposo;
 mas como el ramo no pudo
 cruzar el trecho, aunque corto,
 de la calle hasta el balcón
 sin ser visto, recelosos
 hubo muchos de que el hecho,
 aunque inocente en el fondo,
 pudiera ser, como simple
 galantería de mozo,
 podría bien de los deudos
 de aquella dama el enojo
 provocar, y producir
 resultados desastrosos.
 Se sabe que aquella dama
 y hermanos tiene y esposo,
 que no son en puntos de honra
 de muy fácil acomodo.
 Andaba, además, el tiempo
 tal, que cada uno a su antojo
 la justicia y la venganza
 se tomaba por sí propio:
 y estando todos partidos
 en bandos, y siempre prontos
 las caras y las espadas
 a sacar unos por otros,
 el más mínimo incidente
 podía, sin saber cómo,

levantar un torbellino
 con un átomo de polvo.
 De borrar, pues, de aquel hecho
 la impresión tal vez ganosos
 los músicos, de otra danza
 dieron en seguida el tono.
 Colocáronse en postura
 las parejas, y en contorno
 volvieron a aglomerarse
 para verlas los curiosos.
 Y estaban ya las parejas
 un pie delante del otro,
 dispuestas de otra salida
 para el arranque brioso,
 cuando ni visto ni oído,
 salió del palacio próximo
 un hombre que, espada en mano,
 se arrojó en medio del corro:
 y antes que de su presencia
 se apercibieran, atónitos
 los circustantes, cogiendo
 todo el umbral de su pórtico
 otros dos, acompañados
 de escuderos, mayordomos
 y pajes, se presentaron
 para sostener su arrojó.
 Con tal prisa maniobraron
 apartando los estorbos,
 que de verlos sin sentirlos
 queda todo el mundo absorto.
 Las bailadoras y músicos,
 espantados como corzos
 que sienten encima echárseles
 una manada de lobos,
 se echaron atrás zafándose
 de manos de aquel furioso,
 sólo en el centro dejándole
 del hueco hecho de él en torno.
 Cambió el cuadro en un instante:
 pero no fué ventajoso
 el cambio para él, pues cuando
 tendió en derredor sus ojos,
 vió en vez de las doce mozas

doce encapuzados torvos y doce espadas que habían salido ante él de sus forros; y maniobraron tan diestros también, que entre los del pórtico y el intruso, al darle caras, ya había espacio y estorbos. Hubo un instante de pánico y confusión, mientras todos de la situación se daban cuenta con miedo o asombro.

Y el intruso era el del centro de los del balcón: los hoscos encapuzados eran de la ronda los patronos.

Al ver que el juego iba a espadas, comenzaron los curiosos a desbandarse, del juego

procurando salir horros: y el interruptor del baile, envidiando el juego solo,

con planta audaz y voz firme dijo, amenazando a todos:—«El que osó a una dama flores

tirar, ¿quién es de vosotros?—Yo—dijo uno de capuz,

guardando en él el incógnito.

—¿Vos?—repuso aquél tanteando si podía verle el rostro—

—Yo—repitió éste avanzando, dispuesto a lid y a coloquio;

que así se entabló, mostrándose airado aquél, y éste irónico:

AQUÉL. «¿Sabéis, pues, quién es la dama?—ÉSTE. ¿Sois, por ventura, su novio?—

AQUÉL. No. ÉSTE. ¡Pardiez! Tenéis más traza

de un espíritu diabólico que quiere robarla el alma

que no de su ángel custodio. AQUÉL. Hermano de su marido soy.

ÉSTE. ¿Y de don Gil Tenorio

tenéis el cargo en su ausencia de estar por don Gil celoso?»

El así beñado púsose hasta el blanco de los ojos rojo, como si le ardiera en las entrañas un horno; mas la cuestión esquivando, la dió un giro artificioso, y dijo, de ella salíendose, pero continuando lógico:

—Luego sabéis quién es ella, pues que sabéis quiénes somos,

—Como sé que sois don César.

—Y porque lo soy supongo que sabéis con qué derecho os pregunto y no os respondo.

¿A ella iban, pues, dirigidas vuestras flores?—¿Pues tan tonto

me suponéis que eche flores a damas que no conozco?

—¿Luego os dió pie para echárselas?

—Ahora yo, a mi vez, supongo que a pregunta tan ociosa sabéis por qué no respondo.

—Pues ya que están tan oscuros los derechos de uno y otro,

echaos fuera conmigo

para aclararlos un poco.

—Vos sois el que habéis venido a echaros entre nosotros;

si no os convenía el sitio, ¿por qué no elegisteis otro?

—Porque si aquí no os cogía, como guardáis el incógnito,

iba a perder la ocasión de suplicaros que el rostro

me mostréis, aunque cubiertamente lo llevéis por algún voto,

que yo os guardaré el secreto, o haré que el Nuncio apostólico

a mi costa os lo dispense. —No es menester: vuestro antojo a haberme dicho antes, ambos

hiciéramos grande ahorro de palabras y de tiempo: porque a fe que de retóricos hemos dado ya tal muestra, que ni un par de San Crisóstomos. —Decís bien, y ha sido mengua para ambos; mostraos. —Sólo con mi nombre os basta: soy Ulloa. —¿Cuál? —Don Alonso.

CÉSAR. Pues fuera echaos, y a solas hablaremos.

ALONSO. ¿Estáis loco? Después de haber dado pruebas de tener dos picos de oro, ¿queréis que, coger dejándome en la trampa, pruebe estólido que me las echo de lince y veo menos que un topo? ¿Sacáis para hablarme a solas vuestra gente? Es burla o dolo.

Y pues tengo aquí la mía, mejor partido os propongo. Ya que en él para meteros de nuestro círculo habéis roto, salid de él, o atrás volviéndoos o rompiéndole: y sea pronto.

CÉSAR. Los Tenorios nunca cejan.

ALONSO. Pues los Ulloas tampoco.

CÉSAR. ¡Batalla, pues!

ALONSO. ¡Pues batalla! Va de Ulloas a Tenorios!

CÉSAR. ¡Pues adelante!

ALONSO. ¡Adelante!

CÉSAR. Tomad, pues.

ALONSO. Pues paro y doblo.

Don César con su «adelante!» a sí llamó a los del pórtico: y el «adelante!» de Ulloa puso en guardia a los del corro. Dijo a éste el «tomad» don César por su estocada de prólogo, y a su «paro y doblo», Ulloa paróla y tendióse a fondo:

y empenándose la lid, y de los dos en apoyo los de sus bandos metiéndose, llegó el tumulto a su colmo. Huyeron los de las lizas o por miedo o a propósito, y la lid a oscuras hizo de la plaza un pandemonium. Desfizose la verbena, tomaron pies los medrosos, rodaron mesas y jarros, y a los gritos de «¡socorro!» de los tenderos, del sueño salieron los Perezosos torcedores del Derecho y remendones del Código.

De repente «¡Ulloas fuera!», gritó un acento estentóreo: y de la liza saliéndose, se puso aquel bando en cobro. Gente nueva, que abocándose por los callejones lóbregos inmediatos, acudía, no sirvió más que de estorbo, perseguir a los Ulloas impidiendo a los Tenorios; llegando, en fin, la justicia como siempre, a los responsables.

En tierra yacían muertos dos Ulloas: el Tenorio don César, muy mal herido; cayó también con los otros, y cuando alzaban su cuerpo, la dama, que lo vió todo desde el balcón, a su cámara se retiró: echó el cerrojo a la puerta, y registrando el ramo, halló un microscópico billete en él escondido que decía de este modo:

«Don Gil recibió en Sevilla una estocada en el pecho: y si el diablo no le auxilia,

aunque sane y deje el lecho, no podrá en muy largo trecho reunirse a su familia.

Leído que hubo el billete la dama, en la luz quemólo; y soplando la ceniza, desapareció a su soplo.

Abrió el balcón; y vertiendo gotas del ámbar de un pomo en el pañuelo, en la atmósfera de la cámara agitólo:

y del olor y del humo los átomos incorpóreos disipados, no pudieron dar contra ella testimonio.

Entonces franqueó la puerta, eligió el sillón más cómodo, y se sentó, la visita a esperar de los Tenorios.

VII

Y aquí será conveniente, y aún es necesario y lógico, no dar minuciosamente todo un árbol genealógico de la estirpe de esta gente;

sino los más perentorios pormenores y accesorios de la que anda en mi leyenda, para que el lector comprenda quiénes son tantos Tenorios.

Y aunque no es costumbre buena de escritor, y aun es ajena de la hidalguía española, dejar a una dama sola así en mitad de la escena;

como no se ha de acostar a sus cuñados sin ver, y éstos tienen que tardar de don César por tener las heridas que curar:

y como, aunque son muy diestros

y apretaron bien los puños, parece que ambos con cuñados tropezaron con maestros

y están llenos de rasguños, es claro que no han de ir a la hermosa dama a ver sin vendarse y sin oír del doctor el parecer sobre el expuesto a morir.

Pues aquí forzosamente todos tienen que aguardar y el lector por consiguiente, para que no se impacienta, de algo al lector le he de hablar.

Conque hablemos de esta gente, a uno de cuyo solar sacó a luz posteriormente, por lo impío y lo valiente, la leyenda popular.

El jefe de esta familia, de cuatro hermanos compuesta, lidiaba al comenzar ésta por Aragón en Sicilia.

Nietos de Alfonso Tenorio, sobrino del nunca quedado arzobispo de Toledo

don Pedro: hijos de Gregorio y doña Leonor García, hechos por ella parientes de Manriques y Cifuentes, lo mejor de Andalucía,

estos Tenorios hermanos, desde medio siglo atrás, eran unos de los más opulentos sevillanos.

Su bisabuelo, el lea maestresala y copero de don Pedro el Justiciero, fundó esta casa: y caudal

les dejó en Tuy y Estremoz don Pedro, obispo de Tuy,

trasladado desde allí
a obispo de Badajoz.

Quedaban del rey aquél,
a quien el pobre y pechero
llamaron el *Justiciero*
y el clero y nobleza el *Cruel*,
la memoria y tradiciones
y los odios mal dormidos
de los nietos de los idos
con él en los corazones:

lo mismo gente de espada
que gente de jubón pardo,
con la raza del *bastardo*
aún no bien acomodada.

Muchos de *aquel* rey parciales,
vuelto, al fin, de un destierro
o salidos de un encierro
do fueron a él por leales,

a sus hijos inculcaron
su odio por los enriqueños,
y entre grandes y pequeños
mucho estos odios duraron:
y sábese cuánto auxilia
a fomentar en las razas
los odios y malas trazas
la tradición de familia.

De ésta el tronco y primer rama
fué aquel don Jofre Tenorio
que con valor tan notorio
y digno de mejor fama,
se hizo por el agareno
en el mar de Gibraltar
desesperado matar
en tiempo de Alfonso oncenó,

El de Tuy y sus herederos,
nuestros Tenorios actuales,
a la tradición leales
de los Tenorios primeros,
tachándoles de baja
se separaron bravíos
del partido de sus tíos,
que a doblegar la cabeza
fueron ante *los Guzmanes*,

como apellidaban ellos
a los nacidos de aquellos
alfonsioncenos desmanes:

y en lengua y ley castellana,
los de Leonor de Guzmán
nunca otra cosa serán
que hijos de una barragana.

Mis Tenorios, retraídos
en su abolengo solar,
no volvieron a tratar
con los a Castilla idos:

rehusando hasta aquel día
sus servicios más pequeños
a los reyes enriqueños
manchados de bastardía.

Para ellos los Trastamaras,
bastardos y usurpadores,
ni aun eran merecedores
de ver de frente sus caras:

y, cual si en suelo extranjero
fuesen, tenían a gloria
el traer ejecutoria
del rey don Pedro Primero;

y aun debajo de un dosel
en un salón principal
tenían el busto real
del traicionado en Montiel.

Su casa solar gozaba
vacío en torno de un trecho,
y era un edificio hecho
a manera de alcazaba.

Su historia era muy sencilla:
gran caserón a un convento
anejo, vínole a cuento
a don Pedro de Castilla,

y rey a quien nunca el clero
vió propicio ni indulgente,
no fué nunca deferente
tampoco el rey con el clero.

Los frailes de San Francisco,
millonarios mendicantes,
por órdenes apremiantes
vendieron la casa al fiseo:

y don Pedro el Justiciero, al satisfacer su antojo, probó que no era despojo, sino venta, y dió el dinero;

y en la escritura al echar su firma, corrió su pluma por debajo de la suma sin leer, ver ni sumar;

y el Padre procurador aprovechó el buen momento del rey, para su convento sacando suma mayor.

Quedó, pues, todo legal, del convento en pro la venta, y el rey hizo por su cuenta embellecer el local.

De aquel caserón enorme sin mudar nada en el plano, le dió un aire soberano con su nuevo ser conforme.

Labró sus cuatro fachadas cargándolas de blasones; puertas festón y balcones con labores extremadas;

niveló todos sus pisos; hizo estucar sus retretes, salones y gabinetes, alieatando los frisos;

ensabló y talló sus techos, y cuando encontró a su gusto de aquel caserón vetusto los trabajos en él hechos,

y en palacio convertido, el rey don Pedro Primero se lo donó a su copero por lo que le había servido:

por cuya cédula real, con todos sus accesorios, por solar de los Tenorios quedó el edificio tal.

Y aquel rey galanteador y nocturno aventurero,

solía a su buen copero fiar sus lances de amor:

y en su tiempo se decía que por un paso secreto de noche con tal objeto allí don Pedro venía.

Después de él muerto, se dijo que había en la casa duende; que el vulgo en todo pretende que haya asombro o escondrijo.

¡Pobre don Pedro Primero! Desde que a traición fué vencido, siempre el vulgo mal creído le ha traído al retortero.

Los frailes, que el duende humsearon, por lo que en el porvenir pudiera un duende influir, lo del duende propalaron;

dando a entender a la gente que casa que de un convento se segrega, es aposento del diablo; y por consiguiente,

mientras la casa no vuelva de los frailes a poder, del diablo no hay que creer que a dejarla se resuelva.

He aquí de lo que proceden todas esas tradiciones en que anda el diablo, en naciones en que aún diablos andar pueden.

«Doquier que el diablo entra en baile, decía un sabio alemán, frailes hay»: de ahí el refrán de «el diablo se metió fraile».

La sola dificultad que aquella donación tuvo al hacerse, y en lo que hubo por cierto fatalidad,

fué que eran cofundadores los Ulloas del convento, y pleito hubieron intento de armar a los compradores; mas dada opinión legal

por tribunal competente, y quedo probado y patente que iban los Ulloas malos.

Inde ira: de aquí empeños, hijos del odio a ojos vistas: los Tenorios son pedristas, los Ulloas enriqueños.

Mas un siglo transcurrido y con él cuatro reinados, casi estaban en olvido:

si al fin no hiciera el demonio, de todos con vilipendio, que volviera aquel incendio a avivar un matrimonio.

El jefe de la familia, don Gil, a quien fué preciso por personal compromiso ir contra Francia a Sicilia, tiene una mujer tan bella

como joven, que ha dejado de los otros al cuidado, pero sin poder sobre ella.

Esta hermosísima dama, que es la dama del balcón, casó con una pasión por otro hombre, según fama.

Su padre, don Luis Mejía, mala fe indigna de loal, prometido se la había y se la negó a un Ulloa.

Don Gil Tenorio, que era hombre de cuarenta años y viudo con un hijo ya talludo, bravo y digno de su nombre,

don Gil, que se había casado sin amor, mas que había sido un excelente marido sólo por razón de estado,

se puede bien suponer que no tuvo pretensión de inspirar una pasión amorosa a una mujer:

así que no se entretuvo en andarse de rebozo rondándola como un mozo; pero la desgracia tuvo

de apercibirse un buen día de que a sus años cuarenta tiene una pasión violenta por la Beatriz Mejía.

Alguien lo podrá ignorar, pero una pasión primera a cuarenta años, es fiero muy difícil de domar:

y era la Beatriz mujer cuyo infernal incentivo bien podía un volcán vivo en cualquier alma encender.

Don Gil creyó como un niño que a aquella extraña Beatriz podría fiel y feliz hacer al fin su cariño:

y ciego por su pasión, no pudo o no quiso ver lo que ocultar tal mujer podía en su corazón;

puesto que alma de infundir capaz tan fieras pasiones, está siempre en condiciones de dar y de recibir.

Oriundos de Portugal en Sevilla, los de Ulloa tenfan aún en Lisboa solar de mucho caudal,

y unidos por intereses, y por cariño de hermanos, ir suelen los sevillanos y venir los portugueses.

Su ausencia de la ciudad don Luis Mejía en su pro aprovechando, abusó de su patria potestad.

Mejía era un cordobés de corazón insensible

y alma tenaz, asequible
nada más que a su interés:

y el entrar en reflexiones
con padre tal fuera en vano,
pues dice, padre tirano,
«contra un padre no hay razones.»

Beatriz, pues, o resignada
o con honda hipocresía,
al altar fué como iría
la mujer mejor casada,

y el ojo más avizor
no halló el más mínimo indicio
que revelara artificio
ni pensamiento traidor.

Nunca el más mínimo gesto
de disgusto ni impaciencia
mostró que algo en su existencia
le fuera arduo ni molesto.

Tranquila siempre y risueña,
afable siempre y gentil,
cada día de don Gil
más amada fué y más dueña.

De tres una hubo de ser:
o alma de grande energía
a cumplir se resolvía
como santa su deber;

o fría, incapaz y extraña
de noble y voraz pasión,
sólo la hace el corazón
el oficio de una entraña;

o monstruo de hipocresía,
aborto de ogro y sirena,
su pecho de hurí envenena
el corazón de una harpía.

Pero tal vez presunción
de don César es sólo ésta,
pues aún prueba manifiesta
no hay de tal suposición.

Don Gil no la puso tasa
ni coto a nada, y sumisa
sin bajeza, sólo a misa
salió con él de su casa.

Saraos no ansió ni festines,

y de bondad cierto indicio,
distracciones y ejercicio
buscó sólo en sus jardines,

«Tu palacio es para mí
el mundo todo; y si quieres
darme fiestas y placeres,
procurámelos aquí».

Dijo a don Gil una vez
que él la propuso salir
al mundo y en él vivir
con lujo y esplendidez;

y cuando llegó el momento
de que él partiera a Sicilia,
dijo: «Sólo a tu familia
recibiré en mi aposento.

«Pero hazme, Gil, un favor:
que no tenga yo en tu ausencia
que soportar dependencia:
sólo tú eres mi señor.

«Déjame con tus hermanos,
pero déjame sin tasa
la libertad en mi casa;
no se me tornen tiranos.»

La demanda pareció
tan justa a don Gil, que dicho
dejó al partir que a capricho
suyo viviera, y vivió.

Nadie coartó su antojo:
sólo don César se había
emperrado en la manía
de no quitar de ella el ojo.

Pero aquí estuvo su mal:
porque a fuerza de mirarla
tuvo, por fuerza, que hallarla
de hermosura sin igual.

Secretos del corazón,
que es de misterios un nido:
don César se halló cogido
en la red de su atracción.

Aquella mujer sagaz,
comprendiendo que era el solo
que en ella husmeaba dolo
y que era astuto y tenaz,

desplegó tal artificio siempre en su trato con él, le dió a gustar tanta miel, que fué su arte maleficio.

Don César, con gran recato e infinita precaución obró: pero era el ratón entre las uñas del gato.

Aquella infernal mujer de diabólico atractivo, que probó de su incentivo el diabólico poder.

Le mareó de tal manera que hubo, al fin, de comprender que entre él y aquella mujer él el más fuerte no era.

Don César era hombre fiero y de su deber esclavo y hombre de llevar a cabo su deber de caballero:

así es que a la sola idea de la posibilidad de sentir en realidad pasión de adulterio real,

su honradez se rebelaba; mas por su afán hecho espía de tal mujer, no sabía si la odiaba o la adoraba.

Producía en él su vista, su trato y conversación una infernal sensación de odio y de embeleso mixta.

Cual pájaro fascinado por hálito de serpiente, como náufrago arrastrado por vorágine potente,

don César no se podía de aquel encanto apartar y buscaba sin cesar su riesgo en su compañía.

¡Siempre esperando tenaz sorprender un leve indicio

de su condición falaz, y siempre del artificio

de aquella mujer sagaz, envuelto en el maleficio, de arrastrarla a precipicio, cada vez más incapaz!

Un día, estando con él en su gabinete a solas, él luchando entre las olas de su incertidumbre cruel,

cierto de su mal obrar, deseando concluir y del dédalo salir, en que se había ido a enredar,

por impaciencia, despecho o confianza arrastrado, la habló del tiempo pasado: ¡nunca tal hubiera hecho!

Ella, con una sonrisa del desprecio más supremo, retirándose a un extremo del salón, llamó con prisa:

al umbral, dijo: «Al momento que vengan mis dos cuñados.»

Quedó don César absorto: mas aún esperó un instante que le sacara triunfante ella de ira en un aborto:

mas conocía mal, porque a sus hermanos dijo, teniendo su ojo en él fijo, con el aire más glacial:

«Llevaos a ese atrevido; que no vuelva solo aquí, y decidle ambos por mí que Gil solo es mi marido.»

Y sin más explicación la espalda, altiva, tornándose, salió del cuarto dejándoles en la mayor confusión.

La piedra estaba tirada:

y piedra y palabra sueltas,
nadie sabe cuántas vueltas
dan ni dónde hacen parada;

y fué un tiro tan feliz
como justo de calibre:
desde entonces se vió libre
de don César, Beatriz.

Y de tal delicadeza
siendo y riesgo tal asunto,
nadie de tocar tal punto
tuvo después la torpeza.

Ellos, a don Gil, su hermano,
por no ofender sin motivo
evidente y positivo,
nunca la van a la mano.

Ni hay en su conducta tacha:
pues, caprichosa tal vez,
muestra a veces candidez
y caprichos de muchacha.

Libre, sola y asistida
por personal servidumbre,
lleva a su antojo y costumbre
aislada, excéntrica vida.

Y por más que de ella se hable,
por mal que de ella se crea,
por más extraña que sea,
nada en tal vida hay culpable.

En labores se la pasa
y jamás la calle pisa;
y jamás sale de su casa
más que a San Francisco a misa.

Y cuando va, va en litera
y de servidumbre tanta
seguida, que ni una infanta
mejor asistida fuera.

Y en cuatro reclinatorios
cercanos al presbiterio,
asiste al santo misterio
siempre con los tres Tenorios.

Ni hace ni admite visitas:
en el piso medio mora
del palacio, cual señora
sin deseos y sin culpas.

Mas mujer en quien concurren
extremosas circunstancias,
los días que en sus estancias
sola pasa, no la aburren.

Con sus donecillas trabaja
de extrema delicadeza
en labores; cada pieza
es una artística alhaja.

y hace de ellas cada día
don al convento contiguo,
como han hecho en tiempo antiguo
damas de su jerarquía.

Miniadora incomparable
en vitela y pergamino,
ilumina con gran tino
algún códice notable.

Diestra en cantar y tañer,
de ruiseñor con garganta,
como el ruiseñor encanta
cuando canta por placer.

En el trovar entendida,
de Santillana y de Mena
copia de errores ajena
posee, de ellos hecha en vida.

Y sabiendo de memoria
a Viana y Jorge Manrique,
cuando hay quien se lo suplique
recita que es una gloria.

Quien tales recursos tiene
en sí misma, se concibe
cómo en el retiro vive
y en su casa se entretiene.

A más de que, no aceptando
dominio ni dictadura,
caprichosa se procura
festejos de cuando en cuando.

No da saraos ni festines:
mas gusta de adivinanzas
y de suertes y de danzas
de zahoris y bailarines;
y alivia la pesadumbre
del voluntario aislamiento.

reuniendo en su aposento
su familia y servidumbre,
para oír de los juglares,
los zahorís y adivinos,
las suertes, los desatinos,
las zambras y los cantares.

A veces, de noche en horas,
para ella y sus tres hermanos
hace venir africanos
rawies y almeas moras.

Y aquí es donde ojo avizor
anda César como un gato
buscando contra el recato
el incidente menor.

mas ella, desde el estrado
la danza y fiesta presencia
con el decoro y decencia
de una dama de su estado.

Nada hay, pues, de él que decir
ni nada en él que tachar,
sino que es muy singular
el tal modo de vivir.

Y así viven sus cuñados
de don Gil con la mujer,
sin saberse a qué atener,
sin pruebas desconfiados.

Tal es doña Beatriz:
y en verdad que se me antoja
que si no les trampañoja,
ella es cándida y feliz.

Aunque el color de su tez,
sus ricas ceja y pestañas,
sus aficiones extrañas
por gente de tal jaez

y la luz que alguna vez
fulguran sus negros ojos,
al contrariar sus antojos,
desmienten su candidez.

Ella en los veintiuno está:
sin ser viejo, su marido
de cuarenta pasa ya,
y hace un año que se ha ido.

Lo que haya... parecerá.

VIII

Ahora que ya, buen lector,
estás en el pormenor
de los datos accesorios
con que entenderme mejor,
volvamos a mis Tenorios.

Don César yace maltrecho,
bien vendado en un buen lecho,
y el médico de él augura
que tienen muy mala cura
sus dos heridas del pecho.

Pero a sus hermanos dijo:
«No es que a muerte le sentencio,
mas para salvarle exijo
que esté quieto, inmóvil, fijo
y en absoluto silencio.»

Según su constitución
y del mal según el sesgo,
le costará, en mi opinión,
lo menos su curación
dos meses, pasado el riesgo.

Y después de haber curado
a don Luis y a don Guillén,
y sus rasguños vendado,
de don César al cuidado
encargádoles que estén,

se despidió hasta otro día;
y quedó cosa acordada
que a don César velaría
don Luis, y a ver subiría
don Guillén a su cuñada.

Visita era inexcusable:
la ocasión de tan infausto
suceso, el fatal origen
de aquel desastre fué el ramo:
y era además, aunque débil,
la primer huella de un rastro
sobre el cual estaba puesto
don César hacía un año.

Doña Beatriz habitaba

las cámaras de aparato del primer piso; don César las mismas del piso bajo; los otros dos ocupaban las mismas del piso alto; la servidumbre tenía lo posterior del palacio: disposición que permite por el honor y el resguardo velar de la dama o darla cárcel de honor en sus cuartos, puesto que el acceso a ellos podía ser vigilado por adentro y por afuera, con los ojos de tres argos.

Ella esta noche no había ni siquiera un paje enviado a saber lo acaecido: esperaba a sus cuñados, su visita era infalible: estaba ya en el caso de plantear la cuestión, y ella plantearla quiso dejarlos. Había visto a los Tenorios que, como peces incautos al primer cebo, el anzuelo sin ver, le habían picado; haciendo bueno su juego su primer salida errando contra el que el cebo arrojaba en vez de coger el ramo. Don César, a quien los ímpetus de la cólera cegaron, salió ciego, mas los otros obraron más que él sin cálculo.

Don Luis y don Guillén eran caballeros de grande ánimo, de gran dignidad, sin tacha ni misterio en su pasado. Dos nobles de antiguo temple, al intransigentes con cuanto toque a la honra: en casos de ellas dos jueces calificados.

Mas no eran como don César sabuesos de buen olfato, incapaces de perderse una vez puestos en rastro. Don Guillén y don Luis no eran neblías de vuelo tanto que volaran en el viento de Beatriz, que era un pájaro que volaba en las tinieblas y no dejaba volando ni plumas ni emanaciones que señalaran su paso.

Ya de la noche corridos, iban más de los tres cuartos, cuando a doña Beatriz a don Guillén anunciaron. «Que entre», dijo con la calma más perfecta: y con un brazo don Guillén en cabestrillo entró, y ella trabó diálogo:

BEATRIZ. Ya era tiempo de que alguno acudiera a decirme algo.

GUILLÉN. ¿No habéis estado al balcón lo sucedido mirando?

BEATRIZ. Lo que sucede en la calle no sé si no es por relato.

GUILLÉN. Don César fué herido en ella y tal vez muera.

BEATRIZ. Si estado se hubiera tranquilo en casa, estuviera bueno y sano.

GUILLÉN. Salió por el honor vuestro.

BEATRIZ. Salida de pie de banco; salió a echar mi honra a la calle, por ella al dar tal escándalo.

GUILLÉN. Desde ella un ramo de flores públicamente os echaron.

BEATRIZ. Las flores duran un día y la deshonra mil años.

GUILLÉN. ¿Por qué vos sin recogerle no dejasteis caer el ramo?

BEATRIZ. Yo ni injurio ni desprecio;

obsequios no son agravios: si era de un noble, era injuria; desprecio, si de un villano.

GUILLEN. Damas de prez no reciben flores en público.

BEATRIZ. Al paso se echan hasta al arzobispo que las recibe en el palio.

Flores en Sevilla se echan a cualquier dama, y no hay sandio de en la tierra de las flores de las flores haga caso.

GUILLEN. Al recibirlas sabiais de quién eran.

BEATRIZ. Supongamos que sí: pero para todos era un encaperuzado; con dejarle ir se iba todo con él, como el ruido vago

de la serenata, como todo lo inane y fantástico que no tiene fundamento, pie ni base; y nos ahorráramos yo mi deshonra, y vosotros vuestra sangre y el escarnio.

GUILLEN. ¿Creéis que si Gil estuviera en el balcón, como estábamos, no hubiera de él a la calle como nosotros bajado?

BEATRIZ. Y estuviera en su derecho como le pluguere obrando; mas don Gil es mi marido y vosotros mis cuñados.

GUILLEN. Pues a él nos someteremos dándole cuenta del caso.

BEATRIZ. No temáis que yo os lo es- ni que haga por mí otro tanto.

GUILLEN. Y cuando él vuelva...

BEATRIZ. Si vuelve; pero mientras, entendámonos; en ausencia de don Gil yo sola en mi casa mando. Don César ha echado la honra

de su mujer en el fango de la plaza, y si Gil vuelve, veremos lo que hacen ambos.

GUILLEN. ¿Qué han de hacer hombres de su honor, sino ampararlo? Vos de él deberéis entonces responder ante los cuatro.

BEATRIZ. De lo que os respondo es de que mi marido hará harto si es que perdona a don César idolatrar mi honra tanto.

GUILLEN. Vos dais vueltas a esa idea, de don César sólo en daño.

BEATRIZ. Más vueltas la dará Gil no más en su pro.

GUILLEN. Catamos que es semilla de cizaña que sembráis en nuestro campo.

BEATRIZ. Pues arrancadla del vuestro si podéis, que yo la arranco, antes que crezca, del mío.

GUILLEN. Nosotros os le guardamos en ausencia de don Gil.

BEATRIZ. Yo de vosotros me guardo, y por eso, mientras vuelva don Gil, para sus hermanos

estarán mis aposentos desde esta noche cerrados

Los de don Gil y los míos para mi servicio aparte; viviré en ellos de día

con mi servidumbre: en cuanto cierre la noche, sus llaves

y sus cerrojos echados, quedaré sola; de noche

conmigo misma me basto.

Y así doña Beatriz concluyendo, en un silbato

que llevaba a uso de entonces de su cinturón colga lo,

sopló y al paje que entraba al son dijo: «Id alumbrando

a don Guillén a sus cámaras: cerrad tras él y acostaos.

A tan bruesa despedida don Guillén estupefacto, no supó nada mejor

que hacer queirse cabizbajo:

Quedó doña Beatriz

mientras le alcanzó mirándolo,

y dijo con la sonrisa

del desdén más soberano:

«Sólo es raza temerona:

don César es tigre a ratós,

más yo soy una leóna

y los Tenorios son gatos.

Pasaba julio: pasádose

había el día de Santiago,

la mayor fiesta de España

por ser su patrón el santo.

Don César, fuera por obra

de la ciencia o por milagro,

de las garras de la muerte

poco a poco iba escapando.

Una de las estocadas

le había de claro en claro

pasado el pulmón: mas hecha

por sí la sangre coágulos,

contúvose la hemorragia

por un reposo tan largo

como absoluto, o mejor,

porque así en sus juicios altos

lo quiso Dios, que hizo al hombre

de fragilísimo barro,

mas le dió gran consistencia

al amasarle en sus manos.

La otra estocada metiéronle

de la garganta en los bajos,

que a poco no le perforan

de la voz el aparato.

Así es que va reponiéndose

con muchísimo trabajo,

aunque ya, fuera de riesgo,

sólo es cuestión de cuidado:

Aún yace en el lecho, lleno

de vendajes y de trapos,

mas ya empiezan a moverle

con tiento sobre un costado.

Ya empieza a hablar y comienza

a servirse ya de un brazo,

mas la quietud y la dieta

tiénenle insomne y escualdo:

y pasa las largas noches

rabioso y desesperado,

revolviendo sus recuerdos

y proyectos amasando.

Doña Beatriz no ha salido

un momento de sus cuartos,

ni ha querido un solo instante

recibir a sus cuñados.

Come allí sola, despide

su servidumbre temprano,

y cierra sus aposentos

por dentro: capricho extraño

que asombra a todos, que nadie

comprende y que es corolario

de su excéntrica existencia

y su carácter fantástico.

A altas horas de la noche

se oyen su voz y sus pasos

cual si sociedad tuviera

con los duendes y los trasgos.

Por la mañana se visté

sola y no llama hasta tanto

que, ya sentada, la arregla

su camarera el tocado:

minia, borda, canta, lee

con muy cortos intervalos,

y no pregunta en el mundo

lo que pasa ni ha pasado.

De una insólita pereza

o del natural cansancio

de la falta de ejercicio

acometida, en un ancho

sillón permanece siempre

sentada, y ni sus criados

ni sus doncellas han vuelto

a verla en pie. Antojos raros
de mujer antojadiza.

Los Tenorios no han osado
romper su consigna, y faltanles
motivos para intentarlo.

IX

Y tan a gusto en su cama
don César permanecía
como debió San Lorenzo
estar sobre sus parrillas.

Su curación retardaba
con la impaciencia y la ira
en que su indomable espíritu
perpetuamente se agita.

Noches eternas de insomnio
pasa, a sus memorias íntimas
eternamente pasando
su imaginación revista:

y cuanto más las repasa,
con más rabia se imagina
lo que pasa o pasar puede
en casa que él no vigila.

De sus hermanos inquiere
perpetuamente noticias,
de las que sólo sospechas
adquiere y no ratifica.

De noche, a la luz escasa
de una mustia lámparilla,
él con el oído alerta
y el ojo avizor espía

y escucha, sin darse cuenta
de su origen, las efímeras
visiones y los mil ruidos
que en la atmósfera vacía

crea el silencio nocturno
en sus tinieblas tupidas
de fantásticos rumores
y fantasmas movedizas.

Don César, de sus sentidos
con la lucidez perspicua
en que les tienen sus ansias,

la abstinencia y las viglias,
ve y oye, y si no los oye
ni los ve, los adivina,
mil rumores y mil sombras
cuyo origen no averigua.

A veces, imperceptible
casi, tras de la maciza
pared con que está su cama,
no en contacto, mas contigua,

siente pasos que seguros
sobre la piedra se afirman
sin dar a la piedra sólida
la trepidación más mínima:

sin provocar de eco alguno
la repercusión más nimia,
y sin que sepa si al lado
de él es, debajo o encima:

y él cree, tiene certidumbre
que no son quimeras hijas
de los celos y delirios
de su alma y su fantasía,

sino huellas de entes vivos
que en un pavimento pisan
del palacio, iguales siempre
y siempre a las horas mismas.

Quién es el que las produce
y en qué suelo las afirma,
es con lo que él no puede
por más que el seso se hila:

pero ello es algo de ser
y gravedad positiva
que pesa y pasa a través
de la fábrica maciza.

Mas nada en aquellos ruidos
y visiones le horripila
el alma, que tiene siempre
absorta en su idea fija:

ni la tuvo de que fuesen
cosas éstas producidas
por causas maravillosas,
porque él no cree en maravillas:

no; estos ruidos y quimeras
le acosan y martirizan

el ánimo en la impotencia que su cuerpo inmoviliza: mas si él pudiera del lecho alzarse e ir de puntillas tras de sombras y de ruidos, él con su origen daría: pues no hay efecto sin causa ni ruido se determina en el silencio, si en él choque o son no le motiva. Ya una vez inútilmente ha hecho registrar de arriba abajo el palacio entero: ya ha un mes que tiene vigías de noche puestos en todas sus entradas y salidas, y él oye y siente..., mas nada sus sospechas justifica. Sus hermanos le complacen suponiendo que delira, y duermen con centinelas en una paz profundísima.

El veintinueve de agosto, en la noche de aquel día en que de la legendaria degollación del Bautista hace la Iglesia Católica conmemoración fatídica, yacía en brazos del sueño ya en altas horas, Sevilla. Don César, que ya habla recio aunque no aún sin fatiga, y sin dolor ya excesivo de los pulmones respira, en su lecho desvelado su cuerpo flaco reclina en un montón de almohadones de cerda fresca y mullida. De ante muy bien adobado una sábana suavísima le cubre el cuerpo sensible, no le acalora y le abriga.

Por una de las ventanas de su cuarto entra la brisa, no libre aún del bochorno del ardor de la canícula, y a su soplo casi inerte la llama mustia agoniza de la lamparilla y hacen leves ondas las cortinas.

Don Luis, que ha puesto su cama en la cámara vecina, pues ya tener a don César no es menester a la vista, dormía en paz, cuando en sueños sintió que con mucha prisa, pero muy quedo, don César en despertarle insistía.

Echóse fuera del lecho y acudió a la lamparilla para dar luz a la alcoba a encender una bujía; pero a los «no» repetidos con que con voz decidida, aunque muy baja, don César hacer luz le prohibía, fué a él en la penumbra; y al sentir su mano asida por él diciéndole «escucha», escuchó..., mas nada oía.

CÉSAR. ¿Oyes?

LUIS. Nada.

CÉSAR. ¿No percibes

uno: pasos que gravitan cercanos, como de monjes que sobre sandalias pisan?

Don Luis escuchó un momento con atención profundísima y dijo al fin:

LUIS. No oigo nada.

CÉSAR. Ya pasó.

LUIS. Tu pesadilla.

CÉSAR. Te digo que no está sola.

LUIS. ¿Quién?

CÉSAR. Beatriz: comunica con los de fuera de noche.

LUIS. ¡Qué extraña monomanía te acosa, César!

CÉSAR. Te digo que siento, que oigo, que arriba pasa algo que nos afrenta, que nos burla.

LUIS. ¿Qué?

CÉSAR. Una intriga que hay que sorprender, un velo que hay que rasgar; un enigma que hay que descifrar... ¡Escucha! ¿No oyes pasos?... Se aproximan.

LUIS. Sí, pero son en la calle.

CÉSAR. Sí, mas con los que yo oía se confunden..., los ahogan; su son al suyo domina.

LUIS. Es gente que pasa; déjate de quimeras, César; mira que te matas con fantásticos delirios que te aniquilan.

Es gente que pasa; duérmete,

Y así diciendo, mullía las almohadas a don César don Luis, cuando repentina sonó una aldabada recia sobre la puerta maciza del palacio, retumbando por sus bóvedas vacías.

Los dos hermanos la oyeron con asombro: a la rejilla del postigo acudió atónito el guardián que en él vigila, y a su voz de «¿quién va?», afuera respondió otra conocida:

«Abrid. —¿A quién? —A don Diego Tenorio. —¡Virgen Santísima! Claras don Luis y don César oyeron por la vecina reja abierta las palabras por el que llegaba dichas.

Corrió don Luis al vestíbulo: y ante la puerta, al abrirla, los brazos tendió a don Diego que tornaba de Sicilia.

Tras él, con los ojos bajos y pálida faz, venía su buen ayo, Per Antúnez, del mozo guardián y egida. Al verle don Luis, del hombre de don Diego por encima al abrazarle, sintió que un miedo vago encogía su corazón; y soltando a don Diego, a las pupilas mirándole, preguntóle con angustia profundísima:

LUIS. ¿Y tu padre?

DIEGO. Muerto.

LUIS. ¡Muerto!

DIEGO. Sí.

LUIS. ¿Cómo?

DIEGO. De dos heridas en el pecho y la garganta, tras dos meses de agonía.

Quedó don Luis aterrado con tan infausta noticia dada tan sin circunloquios, y sintió por sus mejillas correr abundantes lágrimas que brotaban ardentísimas de sus ojos, a los cuales de su corazón subían. Mas a través de una pena tan profunda y tan legítima, mientras que su alma en silencio en ella estaba sumida, una reflexión bizarra se la asaltó repentina: la extraña coincidencia e igualdad de las heridas: en la garganta y el pecho las de don Gil en Sicilia,

y en el pecho y la garganta las de su hermano en Sevilla.

¿Fueron por la misma mano y por una causa misma con la misma intención hechas? ¿Quién sabe? ¿Quién lo averigua?

X

Una hora después, delante de la cama de don César, a la luz de una bujía que ardía sobre una mesa, don Luis, don Guillén, don Diego y Per Antúnez de Anievas meditaban, relatada la siciliana tragedia.

Per Antúnez era un hombre de edad y estatura medias, en casa de los Tenorios de alta estima y de gran cuenta. Su padre y abuelo habían asistido en paz y en guerra a los ascendientes de estos cuatro Tenorios: él era

de don Gil el mayordomo, de don Diego el ayo; y yedra de los Tenorios, a ellos iba unida su existencia.

Hombre de honradez sin tacha, de valor a toda prueba, de extremado atrevimiento y de perspicacia extrema, toda esta noble familia su confianza le acuerda, y como de ella le tratan y de ella él se considera.

De don Diego como egida, fué con don Gil, y en la huesa al dejarle allá, a Sevilla dió con don Diego la vuelta; y vuelve en la convicción de que por derecho hereda

el de servir al que quede con la autoridad suprema: a don Diego por ser vástago de la rama primogénita y a don César por mayor de los Tenorios que quedan. Antúnez le ha contado de don Gil la muerte, y cuenta les ha dado de sus horas y voluntad postrimeras.

Su testamento aún cerrado puso a la luz de la vela sobre la mesa después de su narración, y espera que sus hermanos y su hijo bajo la impresión funesta de la muerte de don Gil, la lloren como la sientan.

Tras largo espacio pasado en silencio, fué don César el primero que osó el diálogo entablar de esta manera:

CÉSAR. Por la relación del hecho aquí por Antúnez hecha, resulta que ha sido Gil asesinado en contienda nocturna, entablada a posta para que se hallara en ella al volver a su morada, de su casa ante la puerta.

ANTÚNEZ. Así fué.

CÉSAR. Al interponer su autoridad, mano experta le dió, preparada a dárselas, mis dos estocadas mismas.

ANTÚNEZ. En la garganta y el pecho: iguales a las dos vuestras.

CÉSAR. Como en España, en Sicilia la justicia en la impotencia llegó tarde: quedó impune quien se las dió, y tras de luenga enfermedad, triste cabo dió don Gil a su existencia.

ANTÚNEZ. Así es.
 CÉSAR. Pues procuremos
 ya que justicia en la tierra
 no hay por lo visto, que al menos
 venganza su muerte tenga.
 Y como acá en mis adentros
 tengo yo justas sospechas
 de la causa de su muerte,
 y de mis heridas, mientras
 de ellas me curo y me pongo
 de su autor sobre las huellas,
 abramos el testamento
 por si da luz para verlas.

El testamento era breve:
 don Gil, en su hora postrera,
 prohibía su venganza
 y perdonaba su ofensa.
 Virtud rara en aquel tiempo
 en los que de tal manera
 morían; mas que en don Gil
 se comprende: su dolencia
 fué larga: la religión
 se sentó a su cabecera,
 y a Dios volviendo su espíritu,
 murió como Cristo ordena.
 Daba a su viuda Beatriz
 cinco mil doblas zahenas,
 marcando las propiedades
 de que la hacía heredera.
 Dejaba a su hijo don Diego
 todo el resto de su herencia,
 y de él y ella a sus hermanos
 por tutores y albaceas,
 mandándoles que habitaran
 y que jamás la vendieran
 la casa de que Don Pedro
 hizo a su copero ofrenda.
 Y esta era obligada cláusula
 de los testamentos de esta
 raza, desde el del copero
 del rey hasta el de la fecha.
 Así es que ningún Tenorio

podía la casa en venta
 poner, mientras de su raza
 un individuo existiera,
 alguno de la cual siempre
 habitar debía en ella
 y en los mismos aposentos
 en que el copero viviera.
 Por consiguiente, los cuartos
 do la viuda se aposenta
 pertenecen, como jefe
 de la familia, a don César.
 Como tal pertenecieron
 a don Gil; mas su vivienda
 no pertenece a su viuda
 en quien él hijos no deja.
 Pero el actual testamento
 previene en cláusula expresa
 que la doña Beatriz,
 mientras viuda permanezca,
 podrá habitar en sus cámaras
 con su servidumbre y rentas
 propias, libre y con derechos
 a absoluta independencia.

Nadie objetó nada en contra,
 todos a cumplir entera
 la voluntad de don Gil
 obligados en conciencia;
 y viendo que comenzaba
 la luz del alba en las rejas
 a reflejar, como jefe
 de casa ya, habló don César:
 «Id a reposar, don Diego,
 con Per Antúnez; que mientras
 inexcusable tributo
 dais a la naturaleza,
 nosotros resolveremos
 con calma lo que convenga».

La orden era positiva:
 de la familia cabeza
 era ya don César y
 debía le obediencia.

Don Diego y Antúnez fuéronse:
y estando ya en pie y alerta
la servidumbre, y hallándose
su cámara ya dispuesta,
quedáronse en ella a solas
con su cansancio y su pena.

Y a solas con sus hermanos
así que se vió don César,
dijo, hacia el lecho atrayéndoles
con una imperiosa seña:

«El testamento de Gil
opino por que no vea
ella.» Al oír tal, fruncieron
sus dos hermanos las cejas.

LUIS. ¡Villanía!

CÉSAR. No; yo insisto
en que con alguien de afuera
comunica; y ha llegado
la ocasión de hacer la prueba.

LUIS. Ya es libre: con rentas Gil
e independiente la deja.

CÉSAR. Sólo ha que lo es dos semanas
y un año ba que nos afrenta.

LUIS. Es una mujer.

CÉSAR. Es una
infame.

LUIS. La pasión te ciega,
César.

CÉSAR. No; sé lo que digo.

LUIS. Tú lo crees; pero ¿y si yerras?

Don César, la voz bajando,
dijoles casi a la oreja:
«¿Y si está encinta?»

LUIS y GULLÉN. ¡Delirás!

CÉSAR. Yo necesito en pie verla:
cosa que sé que hace meses
no logra ni aun su doncella.

LUIS. Tienes una idea fija,
hermano, con la que sueñas
siempre.

CÉSAR. Mis largos insomnios
dar me han hecho en tal idea:

y a fuerza de coger hilos
y de atar cabos a fuerza,
tengo el del ovillo.

LUIS. Tienes
recelos.

CÉSAR. Casi evidencias.

LUIS. Pues andemos con gran tiento,

CÉSAR. Sí, por Dios; pero no a tientas;
y pues tenemos ya el cabo,
devanemos la madeja
antes que nos la enmarañe.

LUIS. ¡Sí, por Dios!... Mas no te ven-
[das.

CÉSAR. ¿Qué es venderme?

LUIS. Hablemos claros
de una vez, aunque lo sientas:

o das en loco o tú la amas;
de cualquier modo que sea,
lo mejor es que acabemos:
librate y libranos de ella.

CÉSAR. ¿Que la amo?... ¡Cristo! La odio.

LUIS. Los extremos se tropiezan,
y el amor y odio violentos
sin saber cómo se truecan.

CÉSAR. ¡Luis!

LUIS. Nadie se ve a sí mismo,
y estamos viéndote, César.
Venguémonos de los hombres;
puesto que en ello hombres entran;

pero de hombres en secretos
no metamos a las hembras:
pues va a ser secreto a voces,
y el que las da no se venga.

CÉSAR. Yo os probaré...

LUIS. Mas no ahora:
reposa: nos amedrenta
tu agitación: tranquilízate;
tiempo tenemos, ten flema.

Don César, o convencido
por la razón, o sin fuerzas
por su debilidad física,
no habló más y se dió a buenas.

En su lecho colocáronle cómodamente, y la espesa colgadura ante él corriendo, le instaron por que durmiera. Quedóse su cuerpo inmóvil, muda se quedó su lengua; mas quedó su inquieto espíritu dando a su esperanza vueltas.

Sus hermanos, ocupando dos sillones de vaqueta, en la cámara inmediata se pusieron de él en vela; y esperando que al influjo de la fatiga se durmiera, se quedaron en silencio al de su propia tristeza.

XI

Corre el tiempo, crece el día, y el palacio en honda calma, mudo cual cuerpo sin alma, parece tumba vacía.

Mansión del duelo, en el hueco de su cavidad, desierta al parecer, no despierta ningún son vital un eco.

No atraviesa humana huella por corredor ni aposento; no se siente el movimiento ni el ruido menor en ella.

Duerme don César: reposa don Diego, mozo y cansado, con ese sueño pesado de la juventud dichosa.

Duermen en sus dos sillones los dos Tenorios: abierta no tiene aún Beatriz su puerta: y de las habitaciones

de sus dueños respectivos los servidores aguardan las órdenes que retardan bien dolorosos motivos:

y aguardan con el respeto de servidumbre que sabe de su pesadumbre grave el doloroso secreto.

A más, tiempo ha que el ambiente de aquel alcázar exhala efluvios de un aura mala que aspira ya mal su gente.

La de doña Beatriz sobre todo se percibe de lo expuesta que en él vive con ella al menor desliz.

Todo en resumen augura y todos ven que en tal casa ahonda cada hora que pasa un volcán de desventura.

Ya iba de más transcurrido del día el cuarto, y lucía ese sol de Andalucía que del placer la hace nido;

cuando en son imperatorio un aldabazo potente volvió a la vida a la gente de la casa de Tenorio.

Era, con toga y golilla, un oidor vara en mano, seguido de un escribano de la Audiencia de Sevilla,

que a dar de oficio venía a Beatriz conocimiento y copia del testamento que el juez de Sicilia envía.

Nadie rehusar osó paso a tal autoridad, que con calma y gravedad el vestibulo cruzó.

Tomó la escalera: al piso principal llegó; y, alerta sin duda, franqueó su puerta ante él Beatriz sin aviso.

Cumplió el juez con su deber con breve formalidad, y de la dama en poder

el pliego tras de poner,
y otro con celeridad
de ella tras de recoger,
con la misma gravedad
volvió al patio a descender
y fuése, sin promover
rumor ni incomodidad
que no fueran menester.

Y fué asunto de momentos
el juez había ya partido
y no habían aún podido
salir de sus aposentos
don Diego y Antón, que al ruido
habían tarde acudido,
absortos y soñolientos,
a saber lo acontecido.

Quando don Guillén entró
a don César a decir
que acababa de venir
el juez y a qué, se quedó
mudo don César y absorto
de que hubiera la justicia
de Sicilia tal noticia
enviado en tiempo tan corto.

Con que en el que él empleó
cómo fuese en discurrir
túvole el juez de cumplir
su cometido, y partió.

XII

D. CÉSAR.—D. LUIS.—D. GUILLÉN

CÉSAR. ¿No lo veis ya? ¿No os decía
que estaba en correspondencia
con los de afuera?

GUILLÉN. Y sabía
que más Gil no volvería,
porque de la conferencia
que a solas conmigo tuvo

rumiando palabras sueltas,
recuerdo ahora que sostuvo
que no volvía, y que a vueltas
con ese equívoco anduvo.

CÉSAR. Llevadme allá arriba, herma-
quiero por mis propios ojos,
ver, romper sus trampantojos...

LUIS. Fuera una acción de villanos,

César, en una mujer
con quien ya nada nos liga,
ojos ni manos poner.

CÉSAR. A ello el honor nos obliga.

LUIS. Vil a nadie obliga a ser,
Si afuera comunicar
puede, será por señales
o cartas: salir ni entrar
nadie puede, ni pasar

a ella por nuestros umbrales
sin ser visto, por más diestro
que sea: puesta en secuestro
está y cercada de espías,
César, y no es honor nuestro
darnos a esas villanías.

Tú crees lo de que yo dudo,
tú estás celoso y sañudo.

CÉSAR. ¡Voto a Dios!...

LUIS. No alces el grito:
si es, no he de ser yo su escudo
ni sin pruebas su delito.

Dejémosla en paz vivir,
pues de Gil es voluntad
y nos la impuso al morir:
si es lo que crees..., la verdad
tendrá a la luz que salir.

La luz esperemos, pues,
que alumbre esta duda oscura:
verse ha lo que es o no es:
sanar en tanto procura
tú, que si es lo que tú crees,
prueba traerá tan segura
que no podrá de los tres
pasar hacerla a través,
sin sentirla, criatura

a quien no dé la natura
alas en lugar de pies.

Y bien don Luis calculaba:
pero don Luis no notaba
en su cálculo un desliz,
y es el de que era más brava
y astuta que él Beatriz.

XIII

Buen plan el de don Luis era,
y fuera infalible plan
a dar en su ejecución
con una mujer vulgar.

Por consejo de don César,
de sosegarle incapaz,
don Diego ir a visitarla
debía: era natural:
su madrastra no podía
su visita rehusar,
pues siempre cortés con ella
fué él y respetuoso; mas
don Diego era aún un mozo
imberbe, casi un rapaz,
y aunque de gran desarrollo
y gran fuerza corporal,
sencillo, dócil y apenas
entrado en la pubertad,
de ninguna observación
se le podía encargar.
Sus tíos, ya sus tutores,
tienen empeño formal
en que no se contamine
con la atmósfera letal
de los odios de familia,
que es joven para afrontar,
y en que conserve cerrados
ojos y alma a la maldad
en la cual viven envueltos,
por razones que aún no están
al alcance de un mancebo
que aún no las debe alcanzar.

Los tres, en fin, siendo célibes,
aunque aún a viejos no van,
sólo en don Diego esperanzas
fundan de posteridad.

Ponerle, pues, en contacto
con Beatriz era errar;
mas en su pasión, don César
en tales errores da.

Don César quería, sólo
por puro afán personal,
enviar cerca de ella a alguno;
como si de ella al tornar
ver pudiera algo en él de ella
cual de un espejo en el haz;
acercar a alguien, en fin,
a quien no puede él llegar.

E iba a arriesgar de don Diego
la candidez virginal
en manos de una hembra que,
siendo de todo capaz,
en vez de soltar ante él
prenda alguna, o luz de dar,
había en que las sacase
de él gran probabilidad.

Pero aunque era una torpeza
cuando menos pasó tal,
insistió en él de su espíritu
por febril necesidad.

De ser recibido el mozo
el favor al demandar,
le obtuvo inmediatamente
con acogida cordial.

Doña Beatriz recibióle
de una ancha mesa detrás,
cargada de objetos raros,
muy largos de enumerar,
extraños y heterogéneos,
apto empero cada cual
para una labor o un arte
de las que a la vista están
trabajos ya adelantados
y en tren de finalizar.

a los que la noble dama se dedica con afán.

Era la hora de vísperas; Beatriz, al aceptar la visita de don Diego, entre uno y otro brazal de su ancho sillón sumida, la cabeza echada atrás, fatigada o perezosa parecía dormir.

Del balcón los cortinajes entoldados a mitad, la brillantez de la luz y el calor para templar, de la amplia y lujosa cámara mantienen la claridad

en una suave penumbra que de la dama a la faz y a los dorados objetos de aquel ostentoso ajuar, templadas tintas, misterio, calma y poesía dan,

Don Diego anduvo discreto en su visita y formal;

doña Beatriz, ni risueña ni melancólica asaz, mostróle, digna y graciosa, noble familiaridad, no tocando delicada punto de cuestión actual.

Tratóle, en fin, cortesana, cual mozo cuasi hombre ya, sin cariño intempestivo, con franca afabilidad;

y en conversación ni grave ni voluble por demás, discreta, oportuna y diestra, hechizó al mozo leal.

Al despedirse don Diego le dió su mano a besar, y entregándole un escrito cerrado, le dijo: «Dad a vuestros tíos, don Diego,

ese escrito, por el cual espero que regulada mi posición quedará.» Y enviándole una sonrisa hechicera, celestial, y una mirada lumínica... calló... y le dejó marchar.

Aquel escrito decía:

«Cuiados míos: de hoy más no hay parentesco ni deudo ni lazo ni afinidad entre nosotros. Vosotros, con injusticia sin par, por sandia torpeza y odio inmotivado y tenaz,

el derecho os abrogasteis tiránico e ilegal de vejarme, só pretexto la honra de Gil de velar.

Mientras vivió, os he sufrido con la esperanza falaz de hacerle ver a su vuelta conducta tan desleal.

Pero muerto Gil, cuya alma nunca quise acibarar, quiero que quién es su viuda, para que no erréis, sepáis.

Mi padre con Gil casómé por tirana autoridad, y yo, como hija sumisa, resignada fuí al altar.

Mas como a Gil no amé nunca, ni plugo a Dios, por su mal y por mi bien, descendencia a nuestra unión otorgar, como con él con vosotros todo lazo temporal rompe la muerte, dejándonos a todos en libertad.

Nada acepto de su herencia: que don Diego en mi lugar

reciba cuanto su padre
me lega; doyle además
cuantas joyas y preseas
me dió en vida, liberal,
y renuncio hasta al derecho
en su casa de habit:r.
Rica soy: rico es mi padre:
con los Tenorios no está
mi corazón: nada de ellos
quiero haber ni conservar.

Aunque me curo muy poco
de cómo de mí podrá
juzgar el vulgo villano
a los que nos quieren mal,
continuaré en vuestra casa
ajena al mundo social,
de enfermedad so pretexto,
en mi aislada soledad
hasta que vivienda propia
en dondeirme a aposentar
tenga fuera de Sevilla,
y de Castilla quizás.

Pero como me habéis puesto
con villanía vulgar
en derredor cien espías
de criados en lugar,
he dado al juez una carta
para mi tío el guardián
del monasterio vecino,
el cual con celeridad
me agenciará un mayordomo
y una dueña que vendrán
tal vez hoy mismo, en los cuales
me podré al menos fiar;
con quienes, como quien soy,
decoro y seguridad
tendré en mi interior, y a quienes
haréis hasta mí llegar.

He aquí lo que llamar puedo
proposiciones de paz;
pero si queréis la guerra
como hasta aquí continuar,
no tenéis más que atreveros

a trasponer el umbral
de mis cuartos y veréis
de lo que soy yo capaz.»

Los Tenorios se pusieron
con asombro a comentar
cartel tan extraordinario,
pero tan claro y audaz;
pero por más que le dieron
vueltas a solas, por más
que buscaron sutilezas
contra quien razones da,
no tuvo al fin más remedio
su prevención suspicaz
que convenir en que libre
de su autoridad está
doña Beatriz; y si es
lo que cree el odio voraz
y celoso de don César,
no hay más que hacer que esperar.

Quando dueña y mayordomo
con la carta del guardián
se presentaron, dejáronles
sin inconveniente entrar.
No pudo verles don César
desde su lecho: al zaguán
salió don Luis para verlos
por mera curiosidad.
No son ni viejos ni mozos,
no parecen bien ni mal:
de beata hay algo en ella
y algo en él de sacristán.
Hicieron a don Luis ambos
sin altivez ni humildad
un saludo, y un «Dios guarde
a vuesarced» al pasar
le dijeron; respondió
don Luis: «Y a todos; entrad;
y les mostró con el dedo
la escalera principal.

Quando les sintió en las cámaras
de la dama penetrar,

dijo entre sí: «Dos lechuzas que
de las que anidan detrás
del altar de San Francisco
Nunca tuvo ni tendrá
buena sombra ese convento
para esta casa; y a par
uno de otra mal se tienen
y hacen mala vecindad.
¡Pájaros de mal agüero
se me figuran! Jamás
los Tenorios y los frailes
amasaron juntos pan
en tiempo alguno y... ¡por Dios,
que es bastante original
que agencie la servidumbre
de una mujer su guardián!
Si ella intenta en la partida
hacer los frailes entrar...
no va a quedar más remedio
que meter a Satanás
por los Tenorios.—¡Malditas
desde la mujer de Adán
todas ellas! Creo que ésta
nos va el juicio a trastornar
como a César, y daremos
en locos tras él. Mas ¡bah!
no hay que ver visiones. De ella
la loca excentricidad
del carácter es lo que
nos hace desatinar.»

Don Luis era hombre de seso,
pero empezaba en verdad
a caer bajo el influjo
de aquella hembra singular.

Pasó otro mes: don César mejoraba
y, a pesar de su insomnio y aprensiones,
ya con franqueza y claridad hablaba
y aspiraba el aliento y le exhalaba
casi ya sin dolor de los pulmones.

Débil empero y flaco todavía,

aunque del lecho a alzarse comenzaba,
aún de su aposento no salía
y con ajeno apoyo caminaba
y si vivía, en fin, se lo debía
a su gran robustez y a su alma brava,
que hombre era de tan recia contextura
como de alma tenaz y vida dura.

Ya fuera que Beatriz, falta de sueño
por falta de ejercicio, se acostara
muy tarde y desvelada trasnochara;
ya fuera que don César en su empeño
celoso o pertinaz lo imaginara;
fuera, en fin, que en verdad lo percibiera,
ello es que en altas horas insistía
en que a veces sentía
son de pasos de alguno que, de fuera
viniendo, en el palacio penetrara
y cerca de su cámara pasara.
Sobre todo hacia el quince de septiembre
y en una noche de creciente luna
y lluviosa a turbión, dijo que el ruido
más perceptible oyó que en noche al-
guna,
y fuera por el sitio que su lecho
ocupara, a algún eco sometido
de la bóveda cóncava elevada
en el solo lugar que ocupó oído,
o por otra razón, ello era un hecho
que excepto él, los demás no oían nada.
Don Luis y don Guillén nada sintien-
do,
de don César lo creen monomanía;
siguen de su aprensión caso no haciendo,
que se le pase, imaginando, el día
en que repuesta su salud del todo
su turbada razón no le extravié
y esperando que juzgue de otro modo
las cosas cuando ya no desvarie.
Porque para ellos es casi evidente
que la coincidencia
de percibir más ruido en el creciente,
prueba que son delirios de maníaco
que ya sufren influjos de demente;

debilidad muy natural en hombre de larga enfermedad convaleciente; y en cuya situación nada hay que a sus hermanos, conociendo el flaco de don César, que sueña y ve visiones o en la debilidad de su cerebro o al influjo febril de sus pasiones.

Don Luis y don Guillén, atentos sólo a acechar la ocasión de su venganza, si claro ven de Beatriz el dolo, con espíritu activo, práctico y positivo, en el tiempo poniendo su esperanza, en su astucia sagaz e indagaciones secretas confiando y no en visiones, averiguan y husmean de los Ulloas todas las acciones; pero por más que espían y rastrean de quien sospechan con razón la pista, por más que por Sevilla callejean y que por sus contornos veredeán, más de tres meses ha que echar la vista nadie logró de los que en ello emplean sobre un Ulloa; y ven con maravilla que no queda un Ulloa por Sevilla.

Pasó otro mes: se concluía octubre: don Luis y don Guillén, sin más indicio que la conducta excéntrica y extraña de Beatriz, que nada acaso encubre más que un vano y fantástico artificio para evitar con maña el trato familiar con sus cuñados, por ella detestados, comienzan a formar distinto juicio y a creer que es don César quien se en-

Éste, a su vez, ya de ellos recatándose, con Per Antúnez solamente aliándose, su sociedad y vigilancia evita,

sólo con Per Antúnez encerrándose día y noche en las cámaras que habita. Y en Per Antúnez nada más fiándose y en su manía sin cesar, medita, forja, acepta y desecha muchos planes en el febril anhelo que le agita para ver si una prueba precipita que cumpla o que disipe sus afanes.

Y un día creyó al fin dar con el medio de romper de aquella falaz mujer el encierro singular.

Como por sucesos tales y yacer él en su lecho, a don Gil no se habían hecho ni entierro ni funerales, dijo: «El día de difuntos dignas exequias le haremos, a las cuales ir debemos todos sus parientes juntos.

»Yo estoy ya capaz de andar; y de mi casa al salir por primera vez, debo ir por Gil a la iglesia a orar.»

Nadie pudo a ello objeción poner: y en aquel convento contiguo su enterramiento teniendo, y su panteón, a los frailes avisaron, quienes de paños mortuorios por cuenta de los Tenorios a hacer acopio empezaron la iglesia para enlutar: con lo que empezó a correr por Sevilla que iba a ser función soberbia y sin par.

Don César, con el anhelo del que ve al cabo logrado su deseo más ansiado, hizo citar para el duelo a Beatriz, de manera

tan firme e imperativa,
que no tuviera evasiva
ni excusa que la valiera.

Mas grande su asombro fué
al recibir por respuesta:

«Señalad hora, y dispuesta
para partir estaré.»

Don Luis y don Guillén vieron
en asntimiento tal

la cosa más natural,
y de don César rieron

cuando, contra todos solo,
caviloso aún sostenía

que en tal sumisión tenía
que haber oculto algún dolo.

Llegó, al fin, el día dos
de noviembre, y el momento

de ponerse en movimiento
toda la familia en pos

de los frailes franciscanos
que a casa a buscarla van

precedidos del guardián
y con cirios en las manos.

Apenas entrar sintió
a la pareja primera

de frailes, de la escalera
en lo alto se presentó

doña Beatriz, envuelta
en un velo transparente

que dejaba libremente
contemplar su forma esbelta;

su bien quebrada cintura
bajo los pliegues cimbraba

del velo, y transparentaba
los rasgos de su hermosura.

Alzó su presentación
después de tan larga ausencia

en toda la concurrencia
murmullo de admiración:

y en ella anhelando huellas
hallar, ocasión de enojos,

don César sintió en los ojos
de sus ojos las centellas;

y de su velo a través
sintió que absorto, anhelante,
con su mirada triunfante
le postraba ella a sus pies.

Pero esto pasó no más
y en un punto entre los dos,

apercibido quizás
tan solamente por Dios,

por ellos y Satanás.

Ella empezó la escalera
solemnemente a bajar,

y de ella al pie aproximar
mandó don Luis su litera.

Cerráronla en ella; a lomo
los esclavos la tomaron

y sus puertas ocuparon
su dueña y su mayordomo.

Hacia San Francisco echó
la fúnebre comitiva;

y a una mirada furtiva
de don César, respondió

Per Antúnez con un gesto
del cual el significado

era el de: «idos sin cuidado,
que yo sé cuál es mi puesto.»

Y fué en aquella ocasión,
cosa fácil de advertir

que de la casa al partir
la fúnebre procesión,

cual si temiera enemigos
durante los responsorios,

cerró la de los Tenorios
rejas, puertas y postigos:

lo que dió claros indicios
de ser cuestión de impedir

a alguno entrar o salir
durante aquellos oficios.

Hubo aún otra observación
que hizo el vulgo sevillano,

que era como buen cristiano
dado a la murmuración;

y fué que, juzgados fríos
 en religiosas materias
 por clero y personas serias,
 vistos casi como impíos

los Tenorios, raza hostil
 a los monjes franciscanos,
 pusieron hoy en sus manos
 el funeral de don Gil.

Pero olvidaban sin duda
 los que tenían afán
 de murmurar, que el guardián
 era tío de la viuda,

y que sus antecesores
 en el panteón del convento,
 tienen, por ser bienhechores
 de él y de él cofundadores,
 lugar para enterramiento.

XV

Las honras fueron suntuosas,
 las de un rey lo fueran menos:
 la vanidad de los frailes
 y los Tenorios a un tiempo
 quedó satisfecha, y de ellas
 absorto el cristiano pueblo.
 La iglesia de San Francisco,
 colgada de paños negros
 orlados y cairrelados
 con galones y con flecos
 de plata, estaba enlutada,
 dejando ver en su centro
 un suntuoso catafalco
 tendido de terciopelo,
 cargado y lambrequinado
 con los blasones soberbios
 de los Tenorios, que brillan
 bordados del alto féretro
 en los costados del paño
 que se arrastra por el suelo.
 Doce cirios que sustentan
 candelabros gigantescos,
 alumbran no más la nave,

cuyo calado crucero,
 rosetones y ajimeces
 cierran crespones y velos
 que hacen nocturno crepúsculo
 la luz matinal del cielo.

Cien calaveras posadas
 sobre dos cruzados huesos,
 con sus bocas ya sin labios,
 sin lengua ni voz ni aliento,
 con sus ojos sin miradas
 ya lóbregos agujeros,
 sus pómulos ya sin carne
 y su testuz sin cabellos,
 decoran todos los arcos
 y todo el cornisamento,
 de la nada humana símbolos,
 del fin del hombre mementos.

Tuvo, pues, don Gil Tenorio
 unos funerales regios,
 con calaveras, blandones,
 paños, borlas, terciopelós,
 lloronas y piporristas;
 y le cantaron los trenos
 chantres de potentes voces
 y coro de reverendos.
 Profusión de agua bendita
 tuvo, de cera y de incienso;
 muchos *Requiescat* y *A porta*
inferi erue animam eius,
 que escucharon como música
 celestial, con el buen pueblo
 de Sevilla, los Tenorios
 el funeral presidiendo,
 y la viuda arrodillada
 al umbral del presbiterio
 en reclinatorio gótico,
 labrado de marfil y ébano.
 Fué una función solemnísimá,
 un espectáculo serio:
 de atención para el creyente,
 de inquietud para el incrédulo,
 de admiración para el vulgo,
 de lucro para el convento,

de honra para los Tenorios, al cuyo
de pro para los pañeros y
Don Gil mismo, aunque en Sicilia
murió casi como un perro
en un callejón, herido
de noche a traición, sin verlo
pudo desde el otro mundo,
pudo decir satisfecho:
«Mal muerto y bien enterrado;
al cabo, del mal el menos.»

—

Concluía la ceremonia
con el *Requiescat* postrero
y el último guisopazo,
los tres Tenorios el duelo
a despedir comenzaron,
de parientes y de deudos
y de amigos cabezadas
aceptando y devolviendo.
Cuando unos tras otros todos
la iglesia dejando fueron,
quedando solos en ella
los frailes, la viuda y ellos,
esperaron que la dama
bajara del presbiterio
con ellos a reunirse
y tornar como vinieron:
mas vieron, sin darse al pronto
razón de tal movimiento,
que los frailes hacia ella
detrás del guardián se fueron.
Juzgaron que, deferente,
su tío, a honrarla dispuesto,
iba él mismo a recogerla
para entregársela él mismo;
mas con el mayor asombro
y no menor corrimiento
vieron que aquél, de sus frailes
poniendo a la viuda en medio,
se dirigía hacia el pórtico
del lado del Evangelio
que daba salida al claustro
del patio del monasterio.

Don Luis a esta evolución
entró, aunque tarde, en recelos
de que el dolo que don César
presentía fuese cierto.
Don César, mal dominando
de ira un repentino vértigo,
con pasos tan mal seguros
como si estuviera ebrio,
arrastrando a sus hermanos
avanzó en su seguimiento:
don Diego, sin orden suya
de avanzar, se estuvo quieto
con la familia, lo que
pasaba no comprendiendo.
Los Tenorios con los frailes
llegaron al claustro a un tiempo
casi, los frailes llevándoles
de ventaja un corto trecho:
mas ya estaba lleno cuando
en él penetrar quisieron.

Desde lo alto de tres gradas
que a él dan de la nave egreso
y al patio que abre a la calle
paso por el lado opuesto,
por encima de cerquillos
y capuchas ver pudieron
en el patio bien armados
veinte jinetes, cubiertos
con antifaces los rostros,
como era uso en viajes luengos.
Una litera, que tiene
con el postiguillo abierto
un paje, aguarda a una dama
que debe ocupar su asiento.
Dos mulas de fraile esperan
dos mujeres o dos viejos
que en sus cómodas jamugas
hagan un viaje sin riesgo.
Tres acémilas cargadas
con bucólicos pertrechos
acusan que es largo el viaje
que va allí a tener comienzo;
y a un grande carro vacío

que espera aún su cargamento que no está a la vista, envuelve no sé qué aire de misterio. Cargo en un instante hicieronse los Tenorios de todo esto; mas antes que le rompieran, rompió el guardián el silencio diciéndoles: «Vuestra casa no es ya, nobles caballeros, para doña Beatriz decoroso alojamiento, y parte adonde la llaman deber y cuidados nuevos. —¿Adónde? ¿Cuáles?, con ímpetu preguntó don César. —Lejos de Sevilla, dijo el fraile con flema y con tono seco, lejos de cuanto ha tenido cerca tal vez mucho tiempo.»

A estas palabras, del todo la situación comprendiendo, sintió don César parársele el corazón un momento y trastornarle una tromba vertiginosa el cerebro, quedando un instante mudo, ahogado por el despecho. Aprovechando aquel rápido paroxismo pasajero que a don César embargaba, Beatriz, ante quien abrieron paso los frailes, entre ella y don César interpuestos hasta entonces, acercóse a sus cuñados diciendo con tono en que rebotaban desdén, mofa, odio y desprecio:

«Cuñados míos, ya veis cómo he las cosas dispuesto y están de más las palabras donde hablando están los hechos: aborremos, pues, las inútiles como gentes de talento.

El guardián de San Francisco, mi tío, tiene con sellos, firmas y certificados legales un documento por el cual de hoy para siempre lo que Gil me legó dejó a don Diego, su hijo, que es su legítimo heredero.

Mi equipaje, que en mis camarás dejé en baúles abiertos por si, curioso, don César quiere saber lo que hay dentro, al padre guardián, mi tío, que entreguéis de grado espero para que él hoy los expida detrás de mí, y... olvidemos lo pasado entre nosotros cual si hubiera sido un sueño, pues de lo por mí pasado con vosotros no me quejo.

Lo pasado lo hizo Dios o el diablo: mas ya está hecho; lo presente lo he cogido, cual me lo habéis dado, al vuelo; del porvenir... cada cual a mirar tiene derecho por el suyo, y no es el mío vivir más en poder vuestro. Conque, señores cuñados, hasta más ver: y os prevengo, don César, que si con vos en mi camino tropiezo otra vez, no seré yo quien procure tal encuentro y me creeré autorizada a haceros quitar de en medio.»

Dijo doña Beatriz: besó con mucho respeto la mano al guardián; los frailes cercándola la siguieron hasta la litera, entre ella y los Tenorios poniendo como al descuido una valla

de santos hábitos; y ellos, perdida al ver la jugada, cruzando otra vez el templo, con don César casi en brazos a su casa se volvieron.

Don César, trémulo, torvo, pálido y calenturiento, se encerró con Per Antúnez en su cámara por dentro. Don Diego y la servidumbre, que lo del claustro no vieron porque en la iglesia quedáronse órdenes no recibiendo de los tres hermanos, fuéronse también a casa siguiéndolos y estaban en el vestíbulo esperándolos inquietos. Don Diego, de quien sus tíos recataron sus recelos del caso de su madrastra, por ser el caso uno de esos difíciles de explicarse decentemente a un mancebo, y que entre hombres se comprenden hasta sin dar cuenta de ellos, esperaba los mandatos, mozo paciente y modesto, de sus tíos y tutores a quienes está sujeto. Don Luis y don Guillén mudos gran rato permanecieron en el vestíbulo, absortos en sus propios pensamientos.

Como ellos los servidores, irresolutos e inciertos, no osaban las reflexiones interrumpir de sus dueños. Y henchía la casa aquella un ambiente de misterio fatídico; había en su aire un no sé qué de funesto y amenazador, un lúgubre

y fatal presentimiento, alimentado por algo vago, incógnito y siniestro, que fermentaba en su atmósfera, el corazón comprimiendo de cuantos la respiraban con ansia bajo sus techos.

Apercibióse don Luis al cabo, del mal efecto que hacía en sus familiares su distracción, y volviendo en sí y a su aplomo, dijo: «Podéis, sobrino don Diego, rezar por vuestro buen padre en vuestra cámara»; y vuelto a sus servidores, díjoles: «A los quehaceres domésticos id»; y a los de su cuñada la palabra dirigiendo por fin, les dijo: «Vosotros quedáis de hoy a antojo vuestro. La señora se retira de nuestra casa: el arreglo de vuestras cuentas hará nuestro mayordomo luego que se las presentéis, si la señora no lo ha hecho.»

El paje y la camarera que de la antesala adentro servían a Beatriz, se adelantaron diciendo: «La señora nos pagaba adelantado y tenemos el salario de noviembre recibido por entero.» Don Luis dijo gravemente: «La señora era en efecto muy puntual y prevenida: de que os pagara me alegró. Podéis ir.» Los criados saludaron y se fueron, los unos a sus quehaceres, los otros tras amo nuevo.

XVI

Fuera a posta o por deslíz,
sus puertas de par en par
y sus cofres sin cerrar
dejó doña Beatriz.

Pensar que en ellos pudiera
ocultarse criatura
viviente, fuera locura
y absurdo supuesto fuera:

y tanto más evidente,
cuanto que se descuidó
el fraile y no los pidió
hasta la tarde siguiente.

Ni en don César mismo cupo
la idea vil de un registro,
ni, de sus iras ministro,
pensar tal Antúnez supo.

Don Luis, pues, como bizarro
caballero, los cerró
y sus llaves entregó
al que los llevó en el carro.

Y cuando el carro partió
dijo a don Luis don Guillén:
«No creí librar tan bien»;
y don Luis dijo: «Ni yo.»

GUILLÉN. Paréceme que se va
de nuestra casa el demonio.

LUIS. Fué en verdad un matrimonio
que anudó el diablo quizá.

GUILL. A ser yo mejor creyente,
cruces hiciera erigir
en su puerta y bendecir
la casa devotamente.

LUIS. No des en eso jamás.

GUILL. ¿Pues qué mal de ello deduces?

LUIS. Que en casa tras de las cruces
entraría Satanás.

Y pues la ocasión se ofrece
y a solas nos encontramos,
del caso en que nos hallamos
oye lo que me parece.

No hay que echar nunca en olvido
que desde su fundamento
esta casa y el convento
mal fundamento han tenido.

Los Tenorios pertenecen
al partido de aquel rey
cuyos recuerdos y ley
los clérigos aborrecen.

Muerto aquel rey y vencido,
ellos harán que la historia
guarde una mala memoria
del a quien tanto han temido.

Entre el clero y su corona
siempre hubo en pie una amenaza;
y el clero, Guillén, es raza
que ni olvida ni perdona.

Según como sople el viento
y venga el tiempo que pasa,
o el convento hunde la casa
o ésta derriba el convento.

Mas hoy no es partido igual;
gente poderosa y mucha
son y crecen; en la lucha
nos tiene que ir hoy muy mal.

La casa hoy con gran trabajo
en sostener harto haremos,
Guillén, pues pertenecemos
a los que están hoy debajo.

Los Ulloas por egida
tienen el convento ahora;
contra el convento no es hora
de ir: es lid comprometida.

Si se cambia, que lo dudo,
para él el tiempo, veremos
si a los Ulloas podemos
sorprender sin ese escudo.

Mas no creas que es cuestión
de familias ni personas;
los principios, las coronas,
los que entran en lucha son.

No va a ver arma ninguna,
por de mala ley que sea,

que empleada no se vea
sin fiar en la fortuna.

Y nosotros como el rey,
si en tal lid nos empeñamos,
es forzoso que seamos
vencidos a mala ley;

y si en un baldón eterno
para hundirnos es preciso
un milagro, te lo aviso,
nos abrirán el infierno
y echarán del paraíso.

Ves, pues, que por el momento
al convento no derriba
nuestra casa: quien arrasa
nuestra casa es el convento.

GUILLÉN. ¿Qué hacer, pues? ¿A la ven-
renunciar? [ganza]

LUIS. No: mas del fuego
de ella alejar a don Diego,
que es nuestra única esperanza
de perpetuar nuestro nombre:
el odio perpetuaremos
los dos y a Gil yengaremos,
mas sin Diego, aunque te asombre.

Que no sepa de su padre
la historia y de su madrastra;
que no halle nunca esa rastra
de espinas que le taladre

el corazón; que no huelle
ningún hijo de él la senda
de nuestros odios y selle,
si uno hay que en valor descuelle,
el fin de nuestra leyenda
con catástrofe tremenda
que en el convento le estrelle.

Tengo miedo al porvenir:
o el convento ha de caer
o nuestra raza ha de ir,
al convento por vencer,
en el convento a morir.

GUILLÉN. Luis, del modo que hoy es-
jamás te he visto. [tás]

LUIS. Es que hoy
viendo el porvenir estoy
como no le vi jamás.

Hoy viste irse a esa mujer
por los frailes protegida:
¡bien ida, Guillén, bien ida!
No la deje Dios volver.

En vez de correr tras ella,
como querrá en su furor
César, borrar es mejor,
si la encontramos, su huella.

Mas temo que César, ciego,
con el claustro en lid se empeñe
o con ella: y es un juego
que hay que atajar desde luego
antes de que nos despeñe.

Ve, pues, a traer al doctor,
el que hoy menester nos es
para César, y después
pensaremos lo mejor.

Como se ve por la clave
que de ella don Luis nos da,
la cuestión es ardua y grave
y espinosa cuanto cabe.
¿Cómo se resolverá?

¿Por quién y cuándo? ¡Quién sabe!

Aún en discusión está:
tal vez el tiempo la agrave:

un siglo la cortará
tal vez...; tal vez no se acabe
jamás de aclarar...; quizá
de ella Dios tiene la llave
y con un genio o un ave
un día nos la enviará.

Entretanto va sin rumbo
nuestra sociedad, cual nave
que del agua entre el balumbo
de la mar revuelta va.

De César don Luis juzgó
bien: mas tarde por demás

para atajarle acudió:
 porque del carro detrás,
 aunque don Luis no lo vió,
 por orden de aquél quizás
 Per Antúnez se salió
 de la casa, y no volvió
 por ella a parecer más.

XVII

Don Luis Tenorio era entonces
 lo que Quevedo llamó
 después un loco repúblico
 y de gobierno, y lo que hoy
 se llama un hombre político,
 de su edad observador
 y la juzga según
 la experiencia que adquirió.
 De la marcha de su siglo
 habiendo en observación
 pasado toda su vida,
 más que otros conocedor
 del origen de los hechos
 que habian a su nación
 traído al indescrípible
 desorden en que él la halló,
 juzgaba del porvenir
 conforme a la deducción
 que de sus bien o mal hechas
 observaciones sacó.

Reuelta tierra era España:
 y de tal revolución
 no podía ir más que al caos
 si no la salvaba Dios!
 Don Luis, que era algo filósofo
 y hombre de hechos, no fió
 nunca en que hiciera por locos
 un milagro el Creador.
 Si los grandes de Castilla,
 llevados por la ambición
 de riquezas y de mando,
 obraban con poca pro
 de la patria y despeñándola

iban a su perdición,
 no había otra vez por ella
 de bajar el Redentor.
 Dios, que les dió buena tierra
 e inteligencia les dió,
 lo que hará será juzgarles
 según usen de su don.
 Así que don Luis, que nunca
 que trastornara esperó
 Dios por Castilla las leyes
 que rigen la creación
 y la humanidad, remedio,
 si es que le había, buscó
 en los gérmenes vitales
 de aquella generación.
 Así que al ver que Isabel
 de Castilla se casó,
 fugándose de la corte,
 con Fernando de Aragón,
 a ver para el porvenir
 la influencia comenzó
 que iba a tener para España
 su grande unificación.
 Mas viendo que solamente
 podía dar a los dos
 poder para realizarla
 de ambos pueblos el amor,
 y que para granjear éste
 tenían por precisión
 que dar a sus elementos
 un impulso superior:
 dar a sus discordes pueblos
 con una nueva impulsión
 una idea y una gloria
 nuevas, que haciendo mejor
 su condición, absorbiesen
 su interés y su atención
 en un nuevo fin que uniese
 su fe, su fuerza y su honor:
 y comprendiendo que sólo
 podía la religión
 llevar a España entusiasta
 de aquellos reyes en posesión

previó que de aquella próxima
cierta regeneración tendrían que hacer los reyes del clero el primer motor. Por lo que se ve, don Luis se encontraba en condición de juzgar su era, y hubiese hecho un buen compilador. Se ve que don Luis miraba su edad con ojo de halcón, con filosófico juicio y cálculo previsor; mas, hombre al fin, al hacer individualización de sus ideas, su círculo para sí empequeñeció, y del partido pedrista, siendo, tuvo en su opinión que ser por necesidad parcial cuando en sí tocó. Don Luis era hombre mundano: tenía al clero rencor porque el clero no fué amigo del rey a quien él amó. Don Luis tenía a los frailes inquina grande, y mayor a los frailes sus vecinos, quienes, desde que pasó a los Tenorios la casa y por sus lazos de unión con Ulloas y Mejías, a los Tenorios mejor tampoco querían; breve en su fina apreciación del porvenir, a los frailes don Luis Tenorio temió, porque un odio de familia lo extingue una variación de ideas o de individuos, o el generoso valor heroico de uno de ellos que a los suyos de sí en posesión arrastra, por el efecto

de un generoso perdón y de su virtud heroica que sus almas arrastró: los odios de estirpe ahogan la fe, el tiempo y el honor. Pero los odios de clase y los de corporación y comunidad, no ceden a influjo alguno exterior de fe, generosidad ni entusiasmo ni valor; las corporaciones tienen cuerpos, mas sin corazón, interés sin sentimientos, y sus odios y su amor gérmenes de su existencia y de su instituto son. Don Luis sabía esto bien en aquel tiempo, como hoy sabemos el gigantesco poder de la asociación. Don Luis, aun en este juicio conservaba el superior instinto y golpe de vista que le caracterizó: mas don Luis, hombre mundano y de poca religión, como suelen ser los hombres que, mirando en derredor de sí, buscan en la tierra de sus hechos la razón, juzgó a los hombres de iglesia mundanamente, y erró en las cosas eclesiásticas al hacer apreciación y al juzgar él, hombre lego, a los siervos del Señor. En la santa teología quiso meter su razón y corregir, sin ser teólogo, a los ministros de Dios, y es sabido que mal siempre juzgó la humana razón.

a los a quienes alumbró
la divina inspiración.
Y es claro que de esta lucha
de Jehovah con Astharoth,
de la luz con las tinieblas,
de la fe con la razón,
la razón humana siempre
fué vencida y sucumbió
como quien lidia con armas
malas por causa peor.
Lo mismo siempre sucede,
sucederá y sucedió
al que ve las cosas santas
por el prisma del error.

Mas ¡qué diablos!... este libro
es leyenda y no sermón,
es un cuento y no discurso
de diputado hablador
que hace, aspirando a ministro,
al gobierno oposición:
y el autor, que sólo el título
de poeta ambicionó,
la corta porque no quiere
ni aun en esta digresión
mostrar pujos de político
ni humos de predicador.

Diez días después de ida,
don César su habitación
ponía en los aposentos
que su cuñada ocupó.
Estorbárselo intentaron
sus hermanos y el doctor
con juiciosas reflexiones
que don César no escuchó.
Dijo que él de los Tenorios
era el jefe y el mayor
ya, y que era derecho suyo
semejante instalación:
pues cuando tal fué la expresa
voluntad del fundador

de su casa, era evidente
que por algo la expresó.
En fin, por no ocasionarle
un acceso de furor,
y respetando la extraña
póstuma disposición
del copero de don Pedro,
sometiéronse los dos
hermanos a lo que no era
al fin una sinrazón.

Lo que al médico inspiraba
y a sus hermanos temor
en tal mudanza, era sólo
el creer que su mansión
en las cámaras que un tiempo
la fugitiva habitó,
usando sus mismos muebles,
percibiendo aún el olor
de los perfumes que usaba
y de los cuales quedó
impregnado el aposento
en donde hacía labor,
y la alcoba en que dormía
y el espléndido salón
do solía recibirle,
y el alegre comedor
ornado aún con su vajilla,
lleno aún con profusión
de flores y candelabros
su labrado aparador,
y en fin, la vista perpetua
de aquel funesto balcón
por donde el ramo agresivo
de un Ulloa recibió,
no hicieran en su cerebro
una funesta impresión
y una influencia maléfica
que hiciera su mal peor.
Porque no cabía duda:
había en el corazón
de don César un misterio,
un gusano roedor,
un secreto mal velado,

una incendiaria pasión, en fin, de inmensos odios o de inmenso amor. Mas, con asombro de todos, don César tranquilo entró y se aposentó en sus cámaras, la más mínima emoción sin dejar ver en su faz ni apercibir en la voz, y de ella y de lo pasado sin volver a hacer mención. Tranquilizóles tal calma y a la par les inquietó, porque don César no era hombre de cambiar de condición ni de renunciar tranquilo a una venganza que ansió siempre, de amor o de odio sin una oculta intención. Como quier fuese, don César, desde que Beatriz partió, pareció un poseso libre de diabólica obsesión, como un loco a quien un filtro largo tiempo trastornó, cuya influencia cortárase de algún remedio a favor. De cualquier modo, don César, en su nueva habitación por algo que nadie alcanza hombre nuevo se tornó. Y en verdad que si el estar bien alojado es razón de mejorar de salud y de estar de buen humor, no era extraño que a don César le pluguiera la mansión de aquellas nobles estancias que don Pedro aderezó con un gusto tan artístico y lujosa ostentación, y en las cuales invitamos a penetrar al lector,

aunque le parezca plano que un arquitecto trazó, o de guía de viajeros minuciosa descripción.

Mas tal es de las leyendas el privilegio: su autor va por donde se le antoja, que vaya bien o que no. Poema de nuestro siglo destartalado, invención romántica de moderno cuño, aún no le reselló con reglas un Aristóteles de academia; que, doctor en ciencia ajena, de suyo nada supo ni inventó.

De los Tenorios la casa solar, su real donador con torres por sus cuatro ángulos, macizas apilaró: las cuales dando por dentro al edificio vigor, le dan además por fuera bizarra decoración.

Ocupando la mitad de su fachada exterior que da a la plaza, y cogiendo toda entera la extensión de su ala izquierda, del área total de su cuadro dió la mitad a esta vivienda puesta en el piso de honor. Siendo árabes bizantinos su estilo y su construcción, tiene todas las bellezas y defectos de los dos; fábrica por demás sólida, muros de grande espesor, labores, alicatados y tallas con profusión:

comodidad no muy grande, pero amplitud... sin temor de mentir, puede un torneo darse en cada habitación. La de que tratamos, la que Beatriz abandonó, de uno de los cuatro ángulos apoyada en el torreón, abierta por dentro al patio del homenaje o de honor por una ancha galería que don Pedro avidrieró, consta de una amplia antesala do se abre a un primer salón de espera, estucado de árabe comarágica labor: y sabido es que don Pedro a los moros empleó en labrarle sus alcázares: en Sevilla aún se ven hoy. Paso este salón de espera abre por un corredor a la cámara del baño, que es de pórfiro un tazón. Luego hay una sala de armas, arsenal proveedor de todas las que aquel tiempo de Fierabras forjó. Al fin, con tres grandes luces sobre un jardín posterior, está el comedor, servido por un torno que, impulsión dando a un contrapeso, trae desde el oficio inferior los manjares; con lo cual no hay paje que en ocasión de escondido inésped, cita o antojo de su señor, sepa quién come con él ni oiga su conversación. De rica vajilla henchido, un inmenso aparador da frente a una chimenea

en cuyo hogar se quemó alguna vez medio roble, y cuya ornamentación es curiosidad artística de imponderable valor. Sus dos morillos de bronce son la representación de dos galgos que tendidos esperan a su señor, y aunque esto es lujo excusado donde la fría estación es primavera en el Norte, es adorno de rigor en las mansiones feudales, donde las veladas son en familia y hechas siempre del hogar en derredor. Mas útiles en Sevilla, doña Beatriz dejó colgados en los remates del tallado aparador dos abanicos de sándalo de la asiática región, con los cuales dos esclavas la daban aire y olor. Del salón de espera se entra por un dorado portón a otro cuya alta techumbre casetonada es de boj incrustado en cedro y ébano, de plata con clavazón; vistele cuero de Córdoba que allá guadamaciló el arte moro, y la alfombra blando tapiz de Lahor, ofrenda que el rey Bermejo con la cabeza pagó. Desde este salón se pasa al en que se abre el balcón en donde el ramo de Ulloa doña Beatriz recibió. Allí estaban sus labores y el laúd a cuyo son

vibraba el aire aromado por su aliento, con su voz. Allí estaban, ya no están; y consigo se los llevó; hoy no hay ya más que los muebles donde formaron montón. Casa de que mujer bella se fugó, dice un doctor persa que es jaula vacía de la que el pájaro huyó; y tras ave y mujer queda el vacío; y la impresión de la vista del vacío, da frío en el corazón. En esta cámara está la alcoba en que ella durmió, cerrada con dos vidrieras de quien las ve admiración. Son de ese extraño mosaico de cristales de color, hecho con miles de piezas de prolija trabazón. Como alas de mariposa pintadas y con primor ensambladas, como en hilos de telarañas, aún son timbres de artistas vidrieros que son artesanos hoy: artistas que hizo la antigua masónica asociación que fué la que esas católicas catedrales fabricó que al alma infunden poética y religiosa emoción. La alcoba era un camarín que el rey Don Pedro mandó labrar tal vez con intento de hacerle nido de amor; mas su delicioso asilo tal vez nunca cobijó más que sueños negros, hijos de alguna mala pasión. De este salón hay abierto

en el muro posterior un postigo que festonea una aljamiada inscripción en cúficos caracteres; pero en idioma español dice que aquella es la puerta del cuarto que reservó para sí el rey que a su súbdito tan espléndida mansión el año de mil trescientos cuarenta y seis regaló. Daba entrada a un gabinete, el cual me pesa al lector no abrir... porque de su llave don César se apoderó desde el día que se puso de su cuarto en posesión, y hay que esperar a que él le abra el día que esté de humor.

Tal era la hereditaria y casi regia mansión en que don César, ya jefe de su casa, se instaló. Siempre con su idea fija y de ella con aprensión sin duda, aunque de ella nadie por entendido se dió, dos fieles criados puso de su alcoba en rededor; uno de aquel gabinete al umbral, y en el salón inmediato otro, aunque quien tal medida aconsejó e insistió en que se observara semejante precaución, fué el médico que temía, de su mal conocedor, algún acceso nocturno de febril exaltación. Don César no estaba aún sano; ni aún le molesta una tos nerviosa que le amenaza con una sofocación,

y aún en postura supina respira, aunque sin dolor, mal, sintiendo el mal servicio de la tráquea y del pulmón. Cada día, a pesar de esto, iba de bien a mejor y ya no tomaba más que una calmante poción que al dormir y al despertar el doctor le recetó, y que a ojos vistas le daba tranquilidad y vigor. Ya salía sin apoyo de brazo ajeno, aunque en pos llevando un criado fiel por prudente precaución.

Y así pasó una semana, y así noviembre pasó, y nadie de lo pasado volvió ante él a hacer mención; ni él a doña Beatriz ni a Per Antúnez mentó, y olvidado todo ya parecía en conclusión.

A mediados de diciembre, el trece al ponerse el sol, con su esclavina, sus conchas, su calabaza y bordón, ver con instancia a don César pidiendo se presentó un peregrino vulgar del palacio en el portón. Volvía de su paseo aquél, y en cuanto le habló, con él se metió en sus cámaras. Estaban ojo avizor sus hermanos para asirle cuando se fuese; mas no lograron su intento, pues César en conversación volvió con el peregrino

a salir, y enderezó con él hacia el río, donde bogando a una embarcación que zarpaba para Cádiz, de ella a bordo le dejó, sin dar ni de su venida ni de su ida explicación.

Pero hubo otra inexplicable circunstancia, y fué que en pos de sí traía don César, cuando a su casa volvió al anochecer, un mozo cargado con un cajón que parecía pesado, y que en su cuarto metió. Que hiciera compras don César no era cosa que en rigor pudiera causar asombro; mas lo que sí lo causó, fué que desde aquella noche echó de su habitación a sus criados, y en ella como Beatriz se encerró. Pero antes que la sorpresa que tal determinación causó a todos, a don Luis asombró un hecho anterior, pues no fué aquel todavía el más extraño, sino el de que don Luis echando tras del mozo del cajón, lo que en el cajón había traído le preguntó, y él dijo sencillamente sin miedo o vacilación: «Útiles de carpintero y de herrero.—¡Vive Dios!, dijo don Luis, que sí a burlas te atreves, villano...—Yo respondo a vuestra pregunta como Dios manda, señor.

Mi padre comercia en fierro, almas y herramientas; y el cajón contiene sierra, martillo, lima, destornillador, tenazas, cepillo, pinzas, cortafío, bacha, formón; todo doble y del tamaño que ha pedido el comprador.»

Don Luis quedó estupefacto al oír tal relación, y el mancebo, aprovechándose de su asombro, se marchó sin comprender de aquel hombre la ira ni el estupor.

Don César, en cuanto a solas en su cuarto se quedó, como con prisa y urgencia, mas sin precipitación, del rey Don Pedro al postigo (sin atender al primor de su rica entalladura) hoja y quicio barrenó. Atornilló en los taladros de cada uno de los dos cuatro armellas, cuyos ojos uno sobre otro ajustó; metió en ellas de un candado de mástil el espigón; encajó en él la manija; dió vuelta a su pasador con la llave; de lo sólido de lo hecho se aseguró; y quedando satisfecho de la tal operación, dijo, de su idea fija sin ceder: «Esto es mejor; de nadie así necesito; a nadie parte así doy del secreto; madriguera de dos bocas, si el hurón por la otra entra, que no husmee por la que he cogido yo.»

Desnudóse; bebió un vaso de su calmante poción, y guardándose en el pecho su secreto, se durmió.

XVIII

El secreto de don César era una carta traída por el peregrino: entonces aún la posta no existía. Las cartas de entonces eran, puesto que tampoco había entrado el papel en uso, de pergamino una tira que se enrollaba y se ataba con un cordón o una cinta cuyos cabos con un sello o con muchos se cogían. Algunas veces las cartas en que iban secretos, iban ocultas en canuteros de diminutas medidas, que esconder e introducir fácilmente se podían en objetos necesarios y por estrechas rendijas. El peregrino trajo ésta de una manera sencilla, entre el regatón y el asta de su bordón escondida.

Y aquí, aunque para los cultos no hay necesidad maldita de dar de tal portacartas explicación más explícita, como hay aún gente cándida que ignora ciertas cosillas que no menciona la historia por gentes de iglesia escrita, voy yo a decirla unas pocas palabras explicativas sobre peregrinaciones, romeros y romerías.

Y lo mismo entonces que ahora, desde la primer basilica de Roma hasta la más pobre ermiteja de Castilla, o rentas o donaciones de ánimas caritativas para hacer y sostener su fábrica necesitan. Todo, por santo que sea lo que en la tierra edifica el hombre, es obra de tierra y se hunde si no la cuida. Conque no habiendo hecho Dios el milagro todavía de dar ni al de Salomón un ser con que por sí exista, a templo alguno en el mundo, hay necesidad precisa de acudir a mantenerlos como cuanto se fabrica. Así que, como hoy entonces, mas sobre todo en la antigua edad de la propaganda católica primitiva, donde no daban millones los reyes, o no morían los millonarios que los dieran al morir para erigirlas, para alzarse y sostenerse desde la primer basilica romana hasta la más pobre ermiteja de Castilla, empleando humanos medios y recurriendo a medidas y arbitrios, si no mundanos, propios del mundo, solícitas se procuraban, compraban, labraban o descubrían antiguas y legendarias imágenes o reliquias. Al fin siempre hacían éstas un milagro o maravilla, y las almas que en su fe

candorosa de Dios fían en que las dé lo que haberes mandó Dios por sí mismas, al rumor de estos portentos de las imágenes, iban a ver si de sus milagros eran las favorecidas. Los Obispos de sus diócesis y los Papas desde su silla, a las reliquias e imágenes indulgencias concedían, instituyéndose fiestas, jubileos, romerías y épocas para ganarlas, y a ganarlas acudían desde lejanas comarcas de peregrinos cuadrillas. Y ¡cuental que en lo que llevo dicho hasta aquí, no hay de crítica ni la intención más remota; antes creo que existían razones para dar vuelo a estas piadosas hegeras naturales, necesarias, apremiantes y legítimas; porque la España de entonces sola con su fe impedía lidiando, que no invadiese a Europa la grey musulmica; y todo cuanto a inflamar esta fe contribuía, bien merecía pasarse sin ponerle cortapisas. Pero en las fiestas sagradas de estas peregrinerías se metió el diablo, que en todo mete la pata y lo vicia, metiendo a los mercaderes por fuerza de la partida, y es claro que la fe acabado empieza la granjería. Que fueran por devoción o por falsa hipocresía,

o por lucro comercial
o por pasarse la vida
alegremente, del aire
mantenerse no podían
los peregrinos devotos
de estas fiestas peregrinas.
La fiesta paraba en feria,
y aparte la santa misa
y la procesión, el resto
más tenía aire de orgía.
Instalábanse en el campo
de la fiesta las cocinas
al aire libre, los puestos
de hojuelas y de rosquillas,
de panecillos y pastas,
fiambres y golosinas,
más o menos necesarias,
más o menos nutritivas,
más o menos indigestas,
más o menos exquisitas,
más o menos exigentes,
con el jugo de las viñas,
perseguidor de las penas
y padre de la alegría.
A sombra de este comercio,
necesidad de la vida,
vileza ruin inherente
a nuestra humanidad mísera,
a sombra de aquellos puestos
de aloque y de golosinas,
se instalaban los del santo
o de la santa bendita
con su imagen hecha en barro
o encerrada en capillitas,
o presentando sus hechos
en aleluyas ridículas
metidas entre cacharros,
silbatos y campanillas
para ahuyentar al demonio,
que se hace el sordo al oírlos,
y de otras mil olvidadas
piadosas baratijas
más o menos ortodoxas,

más o menos prohibidas
más tarde por los concilios,
y las bulas pontificias.
Mas como gasto y limosnas
los peregrinos hacían,
y al santuario donaciones
y almas ofrendas votivas,
entre la fe y la farándula,
la devoción y la chispa,
la procesión y las danzas,
el rosario y las palizas,
se hacía el lugar famoso
y el pueblucho y la capilla
paraban en ciudad franca
y en catedral suntuosísima.
Los peregrinos de entonces,
que andaban a pie y sufrían,
o vagos o penitentes,
desventuras positivas,
gozaban de ese respeto
que naturalmente inspiran
la fe y las personas santas,
las que a penitencias rígidas
se condenan y las que
a obras santas se dedican.
Los verdaderos devotos
que de buena fe creían,
propalaban por el mundo
en leyendas aprendidas
de memoria y en cantares,
de aquellas milagrosísimas
imágenes los portentosos
hechos de otros a la vista,
y de aquella edad creyente
las poblaciones sencillas
les guardaban sus inmunes
fueros y prerrogativas.
De aquí fué que a peregrinos,
más que con fe con malicia,
se echaron muchos que al diablo
en nombre de Dios servían.
Y en aquella edad revuelta
de contiendas intestinas

y de guerras religiosas,
de peregrinos vestidos,
como los arrepentidos,
penitentes y eremitas,
los mensajeros, los prófugos,
los amantes, los espías
y cuantos necesitaban
ocultarse o mudar clima
por huir de una venganza
o burlar a la justicia.

Los peregrinos estaban
de la fe bajo la égida,
y su bordón y sus conchas
les dejaban expeditas
las vías y daban de éxito
a sus planes garantías.
Con que de los peregrinos
muchas gentes se valían,
de buena o de mala fe,
para dar o haber noticias
y para traer y llevar
de unas a otras provincias
señas, dineros, avisos
y documentos y epístolas.
A más de que ciertas armas
les estaban permitidas
por defensa en despoblado,
como un estoque en la espiga
del bordón o un chuzo al cuento,
que en lanza se convertía.

En suma, como hoy entonces
paso en el mundo se abrían
muchos Janos de dos caras,

Por la pista del carro cogí la de la dama y sus caballeros, y tras ellos di en Córdoba, donde ella asistió a los funerales de su padre, envuelta en el mismo velo con que asistió a los de don Gil.

Vuestras sospechas, señor don César, eran fundadas. La dueña era la mismísima nodriza de doña Beatriz, y su mayordomo, el propio marido de aquella; ella portera y el sacristán, mandadero y correveidile de unas monjitas del arrabal de aquella ciudad. El 17 de diciembre, en la penúltima cámara de sus aposentos, dió a luz doña Beatriz dos gemelos, los cuales recogió un enmascarado que entraba todas las noches por el último camarín.

sociales hermafroditas
que profesando una fe
y una religión anfibias,
eran plaga al mismo tiempo
de ferias y sacristías.

Por lo ampliamente explicado
en las precedentes líneas,
en digresión tan excéntrica
como útil hoy y verídica,
es por lo que un peregrino
fué el portador de una epístola
a don César, quien leyéndola
se dió a la cerrajería.

Como él sin dar cuenta a nadie
de qué trae ni quién la firma
se acostó y bajo la almohada
la guardó mientras dormía,
no ha sido al autor posible
sustraérsela ni abrirla,
de los lectores curiosos
para ponerla a la vista.
Mas ahora que el alba nueva
da otra vez luz a Sevilla,
que se despierta y madruga
don César al percibirla,
se viste y vuelve su carta
a leer, y en interrumpida
lectura sobre el secreto
que encierra a solas medita,
podemos por sobre su hombro
mirarla, ver que la firma
Per Antúñez, y en fin leer
la carta que así decía:

Con el secreto de este cuarto podréis vos dar, puesto que no habiendo doña Beatriz permitido la entrada en él ni a la dueña ni al mayordomo, no he podido yo arrancarles ni con la piel más que lo que del secreto de su señora sabían; y no creáis que haya sido tan aínas, porque a consecuencia de ello me encuentro imposibilitado de moverme de donde estoy, valiéndome de Antón Miera, que será el dador, y de quien podéis fiaros por ser hijo de Juan Miera, primo materno de Juan Diente el macero del rey Don Pedro: el cual Antón Miera, herrador hoy en el arrabal y vecino de las monjitas, sabiendo que mi empresa era servicio de los Tenorios, me ha servido en ella de grande auxilio para llevar a cabo vuestro encargo, pero que nada sabe de vuestro secreto, como os contaré cuando Dios permita que nos volvamos a ver.

Pagadle bien y detenadle poco, pues sólo en él fia para salir del atolladero en que por voluntad propia y servicio vuestro, sin arrepentirse de lo hecho, está vuestro fiel criado.

PER ANTÚNEZ.

Tal era de Per Antúnez la carta: con que don César comenzó sus precauciones a tomar en consecuencia. Desde que al caer la noche entró en su cuarto de vuelta, después de dejar a bordo al que portador fué de ella, lo primero que hizo fué asegurar bien la puerta del cuarto por do el incógnito entraba, según sus nuevas; no fuese que, como entraba de la adúltera belleza por amor, a entrar por odio de su cuñado volviera. Después se acostó tranquilo, como hemos visto; mas no era fácil conciliar el sueño con el afán que le inquieta. Don César en este intervalo inapreciable que media entre el sueño y la vigilia, y en el cual se nos presentan en la mente y por el cuadro de nuestra memoria ruedan y se confunden errantes e ilógicas las ideas,

recordó todas las vagas circunstancias que sospechas le inspiraron; con sus átomos fugaces recogió prendas, y a fuerza de dar al caso en su fantasía vueltas, determinó, hombre de práctica, su situación verdadera. Pensó que una vez lograda de los Tenorios la afrenta, la salvación de la adúltera y de las nacidas pruebas, y después de haber partido Beatriz, en toda regla rompiendo todos los lazos que a ellos unirla pudieran, no era probable que nadie diera a Sevilla la vuelta por darle una muerte inútil perdiendo una dicha cierta. Mas como de su venganza la desconocida senda comprende que en el secreto de aquel camarín empieza, se entregó al sueño afirmandose en la decisión resuelta de dar, cueste lo que cueste, tras él en cuanto amanezca.

Y allá en los momentos últimos de la fluctuación incierta de entre el sueño y la vigilia, se le acordó la leyenda de los viejos, que contaban que en aquella casa, hecha por el rey Don Pedro, nunca se le vió entrar por sus puertas ni salir; aunque mil veces se le vió estar dentro de ella, o asomado a sus balcones o a través de sus vidrieras. De modo que concibiendo en su casa la existencia de un secreto poseído por casualidad adversa por otros que los Tenorios, tanto más que pertenecía fué de los Ulloas antes

de que Don Pedro la hubiera; entre los vagos fantasmas y de tal tradición, don César se hundió en las sombras del sueño que espesó sobre él sus nieblas.

XIX

A la mañana siguiente volviendo a leer las letras de Per Antúnez, y el sol rayando en el cielo apenas, entró en aquel camarín y empezó con circunspecta y escrupulosa atención a examinarle de cerca. Era ni grande ni chica, pero un tercio más pequeña que todas las otras cámaras que formaban por dos lados las dos paredes maestras de uno de los cuatro ángulos que apilara por de fuera

uno de los torreones con que a la fábrica vieja dió solidez y elegancia la restauración moderna. Dos rosetones arábigos que las paredes espesas taladrando, al par la sirven de atalayas y lumbreras, la dan una luz constante, pues estando ambas abiertas a Oriente y a Mediodía, el sol se la da perpetua. La pieza está circuida por un friso de madera, ejemplar primorosísimo de morisca ataracea. Mil polígonos istriados, mil laberínticas grecas, mil cúficas inscripciones con precisión geométrica encajadas, embutidas, incrustadas e interpuestas sobre un fondo de hojarasca, cordones, lazos y trenzas de trabajo microscópico de sutil delicadeza, se desvanecen y extravían al examinar al quererlas. Imposible hallar la unión de sus infinitas piezas ni seguir las líneas múltiples de su estructura quimérica. Don César se quedó absorto, como si por vez primera viese lo que visto había desde su niñez más tierna; y era que nunca hasta entonces en la estancia que contempló creyó tener que buscar lo que ahora busca y no encuentra. Tanteó de la ensambladura los tableros por doquiera, tentó todas las labores,

golpeó donde creyó hueca su superficie; mas sólida la halló doquier y sin señas de encaje o cierre, de móvil montadura o falsa puerta. Del ángulo en medio abría su boca hollinosa y negra, hecha de jaspe y de mármol, una enorme chimenea que, a decir verdad, juraba con cuarto cuyas modestas dimensiones no exigían hogar de tamaña hoguera. Don César contempló atento su honda boca, fría y negra, y su fondo: contemplándola le fué infundiendo sospechas. Suspicaz a inspeccionarla se acercó, como se acerca a husmear si hay algo vivo una zorra a una caverna, y examinó las junturas de su herraje y de sus piedras, de su puñal con la punta sondándolas con paciencia. Laminadas sus tres caras de bronce porque no prenda en ellas el fuego, empótranse en las dos paredes gruesas. Del piso y hogar las planchas barreadas con cabeceras de atornillados barrotes, su inmovilidad demuestran. Conque don César al cabo de andar mucho tiempo a tientas con cuanto de cantería, hierro, mármol y madera topó en el cuarto, fijóse resultantemente en la idea de que la mácula tiene la ensambladura encubierta. Resolvió, pues, desmontarla, y si no puede, romperla,

para lo cual echó mano de la comprada herramienta. Preparó escoplo, martillo, tenazas y palanqueta, y a tantear empezó cómo, con qué y por dónde la entra; mas, aunque alto sentimiento artístico no alimenta, y aunque su seguridad y su venganza le apremian, antes de hacer en astillas saltar una obra tan bella, vuelve a tantear, vacilando, sus marcos y sus traviesas, tentando todas las tallas y virolas que se elevan, por si alguna movediza o gira o se afloja o rueda. Y no le pesó haber cauto fiado a la inteligencia y a la maña de su intento el éxito, y nó a la fuerza; porque tanteando en un marco un medio agallón que encierra un rosetón de los cuatro que sus ángulos ostentan, sintió que era simplemente de un tornillo la cabeza cuyo espigón encontraba en el rosetón su tuerca. Sacó tras de aquél los cuatro que aquel tablero sujetan, y sacudiéndole de alto abajo, a izquierda y derecha, desmontólo fácilmente; pero bajo él con sorpresa encontró una doble tabla sólida, inmóvil y entera. Semejante resultado sus esperanzas no esfuerza; pero no es don César hombre que por tan poco las pierda. Resuelto a no desistir

el muro hasta que no vea, siguió desmontando el friso con mal sufrida impaciencia. Destornilló seis tableros, y en las tablas en que asientan golpeando, detrás de algunas sintió el vacío que suena; mas no hallando de juntura ni de ensambladura muestras, buscó en el marco do encajan el secreto de moverlas. A fuerza de registrar, de un marco dió en la haz interna con un puntero embutido de una ranura en la muesca. Suponiéndole instrumento colocado a ciencia cierta para algo allí, y por lo tanto de utilidad manifiesta; buscando cómo servirse puede de él, empezó a tientas a buscar ojo o taladro cuyas medidas le vengán. No hallando, en fin, más encaje que el de las vacías hembras de los tornillos, metióle al azar en una de ellas. Las de abajo resistieron; pero en las de arriba apenas forzó el puntero, una tabla se corrió a un lado una tercia. Corrióla del todo y vió que encubría una alacena que cerraba un mecanismo de números y de letras. Era un chapetón formado por doce anillas concéntricas y giratorias, cada una de las cuales a simétricas distancias, mas sin que formen ni cantidad ni leyenda, contiene letras y números que bien comprendió don César

que al juntarse exactamente en combinación secreta, al que las junte abrirán las cerradas portañuelas. Con que concentrando tercio de sentidos y potencias las facultades e instintos de la voluntad, a vueltas comenzó con las rodajas, los números y las letras, absorbiendo su alma toda en tan paciente tarea. Dos veces, pálido de ansia y de afán las manos trémulas, asió el hacha para ayuda de la torpe inteligencia, y otras dos volvió a soltarla y otras dos volvió a emprenderla con las letras y las cifras, picado de no entenderlas. Al fin, una vez los números puestos en segunda hilera, igual a la del postigo, compusieron una fecha. La fecha le recordó un nombre, a formarle priesa se dió, y resultó DON PEDRO y..... 1350.

Con que a tal combinación las cerradas abiertas, cedieron todas las puertas a la primera presión.

XX

Don César que, con porfía que nada hay que ataje o venza, buscaba de su vergüenza y su venganza la vía, de hierro allí en fuertes cajas y en sendos sacos de cuero, encontró mucho dinero y muy valiosas alhajas.

Comprendido el mecanismo del secreto entablado, hasta el último cuadrado desmontó y halló lo mismo.

No fué el rey Don Pedro avaro; mas tuvo que aluchar dinero, porque a un rey tan caballero le costó el vivir muy caro.

Morisma, clero y nobleza contra él por tan varios modos fueron, que hubo contra todos menester brío y riqueza.

El brío con él nació: y la riqueza en sus raros y arduos casos, sin reparos la hubo donde la encontró.

¿Fué ésta allí depositada propiedad suya por él?

¿La hizo su muerte en Montiel quedar donde está olvidada?

¿Fué regalada o legada a su buen copero fiel?

Ni en tradición ni en papel consta: nadie sabe nada.

Ante su tesoro inmenso, que ni su ambición complace ni sus dudas satisface, quedó don César-suspense;

pues del cuarto es cosa cierta que en el friso que sepulta tesoro tal, no se oculta pasadizo, trampa o puerta.

Don César, que oro no busca ni riquezas necesita, cuya avaricia no excita aquella fortuna brusca,

y que aferrado a una idea va tenaz sobre otra pista, del oro apartó la vista y... volvió a la chimenea.

Mas buscó en vano si existe de los Ulloas el caso

en ella: si existe acaso allí, a la inspección resiste.

Conque al fin, con más premura por la adquirida destreza, volvió a armar pieza por pieza

la arabesca ensambladura, y mientras la reponía tenaz tornillo a tornillo, este discurso sencillo

fijo en su idea se hacía:

«Que proviene este tesoro de Don Pedro es evidente, y no hay Ulloa viviente que haya husmeado aquí tanto oro.

«Déjole, pues, donde está, pues estuvo aquí seguro; mas por si un día en apuro se ve un Tenorio quizá,

«yo dejaré a mi heredero de tal secreto la clave,

y pues cuál fué no se sabe de Don Pedro el Justiciero

la voluntad, culpa grave no será que un venidero Tenorio haya su dinero si en la conciencia le cabe.»

Y después de concluir su tarea, de hito en hito contemplándola al partir por si en ella a percibir llega falta o requisito,

tornando al plan favorito dijo del cuarto al salir:

«¿Pero aquel hombre maldito, por dónde pudo venir?»

Y sobre el caso discurre y dar en el quid espera, y aunque no se desespera, de esperar tanto se aburre.

Y de los nuevos cerrojos puestos al áureo postigo,

duerme seguro al abrigo
soñando con trampantojos.

Y bebe de su tisana,
a cuya acción bienhechora
duerme en paz, y que mejora
percibe cada mañana.

Mas siempre fijo en su idea,
pasaba uno y otro día
en trazar cómo podría
desmontar la chimenea.

Tan sólo le detenía
pensar que, aunque terco y bravo,
él solo llevar a cabo
trabajo tal no podría:

y aunque al fin lo consiguiera
con trabajo sobrehumano,
debía al cabo su hermano
sentir el ruido que hiciera.

Conque era preciso dar
con un medio tan secreto
como lo exige el objeto
que él solo debe lograr;

mas como él solo sin duda
no es bastante a tal empresa,
y como al par le interesa
no pedir de nadie ayuda,
secreto y dificultad
colocan en conclusión
de su plan la ejecución
en la imposibilidad.

XXI

Un día al anochecer,
al pasar ante la puerta
de una iglesia, notó alerta
de su paso una mujer.

No que por costumbre fuera
dado a tales aventuras,
ni de quién es conjeturas
que realizar le ocurriera;
no porque su aire gentil
su simpatía excitara,

ni porque hubiera su cara
visto a través del monjil;

sino porque al parecer
con él, al verle pasar,
quiere su atención llamar
por algo aquella mujer.

Lo por qué su encuentro anhela
tiene tal vez buena excusa:
por dama su aire la acusa
que liviandad no revela:

con que por sí en ardua cuita
puesta o falso derrotero
tal dama, de un caballero
el amparo necesita,

acercóse atento a ella;
pero del templo amparándose,
ella le invitó tornándose
a entrar en él tras su huella.

Él siempre en la persuasión
de que la seguridad
de la dama en realidad
era el móvil de su acción,
siguióla a la iglesia oscura
de cuyo ámbito a la entrada
sintió que la enmonjilada,
poniéndole con premura

en las manos un papel,
del templo en la sombra espesa
se sumió: tal vez con prisa
de huir y librarse de él.

Don César, no buen creyente,
mas opuesto a hacer del templo
un lugar de mal ejemplo,
viendo éste sin luz ni gente,

tras de la desconocida
picado echó en la penumbra
de sus naves que no alumbraba
lámpara alguna encendida.

Ojo avizor las cruzó
del atrio a la sacristía;
mas de ella cuando salía
sólo al sacristán topó.

Arriesgóse a preguntalle por la dama; mas severo respondió aquél: «Caballero, por tres puertas que a su calle distinta y opuesta dan pudo esa dama salir: por ellas, pues, podéis ir tras ella: abiertas están.»

Y sacudiendo sus llaves el sacristán ofendido, dejó a don César corrido en las tenebrosas navas, oyéndole rezungar contra los malos cristianos

Mucho me temo, señor don César, que, cuando vuesa merced reciba la presente, haya dado ya cuenta a Dios Per Antúnez de lo que ha tenido que hacer para poderos comunicar el misterio de vuestro camarín. El enmascarado entraba por la chimenea, el resorte de cuyo secreto está en sus morillos de bronce que están registrados en invisible ranura, en la cual tienen casi imperceptible movimiento. Forzándolos a un tiempo por la presión, primero hacia abajo y después hacia el fondo, desnivelan un peso que haciendo girar la pared izquierda del horno de la chimenea, franquea un paso y una escalera en lo macizo del grueso muro. Forzadlos y entraos con luz por el subterráneo; pero no lo hagáis hasta bien entrada la noche, pues tiene salida, como veréis, a paraje habitado por gente que jamás fué amiga de los Tenorios. Cuando volváis a vuestro aposento, sabréis más de lo que habéis menester.

La presente escribo bajo la palabra de Per Antúnez, quien mucho me temo, señor don César, que cuando vuesa merced la reciba, haya dado ya cuenta a Dios de lo que ha tenido que hacer para poderos comunicar en ella el secreto de vuestro camarín.

El enmascarado entraba por la chimenea, el resorte de cuyo secreto está en sus morillos de bronce registrados en invisible ranura en la cual tienen casi imperceptible movimiento. Forzándolos a la par, primero hacia abajo y después hacia el fondo, desnivelan un peso que desencajando la pared izquierda del horno de la chimenea, deja franco un paso a una escalera. Por ella puede vuesa merced bajar al subterráneo, a cuyo comienzo y casi al pie de la escalera hay una puerta de encina bardada de hierro: no haga vuesa merced caso de ella: barreada y condenada desde el tiempo del rey Don Pedro, es la que le daba paso al alcázar y a la torre del Oro. El tránsito hoy abierto y que ha servido a doña Beatriz y que a vuesa merced interesa registrar, es el que sigue recto; pero no lo haga vuesa merced hasta que no sea noche cerrada, porque teniendo salida adonde verá, puede antes de las ánimas ver o ser visto por gentes que nunca fueron amigos de los Tenorios.

Mi parecer y lo que os aconsejo es que, después de que lo veáis, cerréis a macizo

que negocios tan profanos van a la iglesia a entablar.

De su aventura confuso y curioso del papel, salió y del atrio al cancel a leerle se dispuso; mas era ya tan escasa la luz, que sin descifrarle volvió otra vez a plegarle y dió la vuelta a su casa.

Y a la luz de una bujía, acodándose a su mesa, he aquí lo que con sorpresa ya en su aposento leía:

el paso del muro, ceguéis la escalera y argamaséis en firme la chimenea, único modo de dejar seguro de intrusos y libre de duendes vuestro solar.

Una mujer os entregará esta carta como, cuando y donde mejor pudiere: ni la sigáis ni la interroguéis, porque probablemente arriesgará su vida por entregárosla; y pluguérame que vuesa merced tuviera presente que, a causa de la parte que ha tomado en vuestros asuntos, no queda tampoco muy segura la de vuestro humilde servidor que os besa las manos,

JUAN MIERA. 17

Don César leyendo tal, sobrecogido y suspenso, quedó entre un placer inmenso y una zozobra mortal.

Del secreto sorprendida le envía Antúnez la clave; pero ¿a qué precio?, no sabe aún si es al de la vida.

De Antúnez le apena el duelo, su muerte le apesadumbra; mas como por él columbra cerca el logro de su anhelo, en la honda satisfacción de salirse con la suya, su afán le impide que arguya ni juzgue con reflexión.

Entre Ulloas y Mejías tenido ha que ir a meterse y contra todos valerse de extremadas fechorías.

Mas ¿con qué maña ha podido arrancarles tal secreto? Por ellos muerto o sujeto, ¿en qué lazo le han cogido?

De muerte puesto en el trance por Beatriz, ¿cómo escribe? ¿Cómo en manos de ella vive? Libre, ¿cómo está a su alcance? ¿Por qué, dónde se halla oculta? ¿Por qué auxilio no le pide? ¿Qué mal hado se lo impide? ¿Qué azar se lo dificulta?

Dando a sus palabras vueltas tiene delante el papel,

sin apercibirse en él ni coger las hebras sueltas.

Sólo ve en él que le da un hilo de la madeja, y asido a él, por él deja todo lo que suelto está.

Su mismo afán le marea, y asido a su solo hilo ya está con el alma en vilo por abrir la chimenea:

y lo cierto en su impaciencia ciego por verificar, está próximo a arriesgar el éxito sin prudencia.

Cualquiera imaginaria que alimenta la esperanza de realizar su venganza al abrir la galería:

y que por sino feliz va a hallar en ella entrampados como topos encuevados a Ulloa y a Beatriz.

Tenorio, en la exaltación de su triunfo va, inconsciente acaso de lo que siente, desde la mesa al balcón.

Y a través de la vidriera la noche cerrar mirando, con su mirada espesando ir sus tinieblas quisiera.

Y mientras a que se adelante la noche impaciente aguarda, la hora se le retarda de ir en cuanto se levante

a hacer ver a sus hermanos
que razón tenía el solo
contra Beatriz, de su dolo
con las pruebas en las manos.

Tiempo haciendo hasta que en obra
poner su pesquisa pueda
en cuanto suene la queda,
por distraer su zozobra,

del mueble en que las custodia
saca y vuelve a colocar,
y las vuelve a desplegar
y el contenido salmodia

a media voz, murmurándolas
sin saber qué hace siquiera,
las cartas de Antón y Miera,
por fin a guardar tornándolas
en un mueble de secreto
de ébano incrustado en plata,
que sirvió a Beatriz ingrata
de secretario discreto.

Don César, cuando partió,
algo en él de ella buscaba;
mas del aroma que usaba
algo en él solo quedó.

Y don César cada día,
sin darse razón por qué,
desde que Beatriz se fué
cincuenta veces lo abría.

Misterios del alma son:
de odio y de amor los más cuerdos
suelen abrigar recuerdos
dulces en el corazón:

y mientras unos almíbar
en los suyos saborean,
hay otros que se recrean
en mascar granos de acíbar.

Don César, tan infeliz
en su odio como en su amor,
goza... un átomo de olor
del que usaba Beatriz.

Una hora pasado habría
que se le hizo a aquél eterna,

cuando tomó una linterna
y la encendió en la bujía.

Colocó ésta en un rincón
tras el biombo encubierto,
y asegurando la puerta
que da comunicación

al salón y a la escalera,
pudo quedar descuidado
de ser de menos echado
mientras estuviese fuera.

Ciñóse puñal y espada,
metióse en el camarín,
y a los morillos en fin
mano echó sin miedo a nada.

Apretó, empujó, el herraje
sintió imperceptiblemente
ceder, y calladamente
se desprendió de su encaje

todo un quarterón de muro
de la negra chimenea,
franqueando la boca fea
del descenso hondo y obscuro.

Don César no vaciló:
Per Antúnez dió en lo cierto:
por el antro ante él abierto,
resuelto a sondarle entró.

Bajó sin dificultad
por una escalera estrecha,
pero cómoda y bien hecha
del muro en la cavidad.

De ella al pie efectivamente
dió con la puerta anunciada,
como tiempo ha condenada
fija y permanentemente;

y comprendió al verla atento
cómo del rey el tesoro
desde la torre del Oro
pasar debió a su aposento.

Tanteóla; dió en su macizo
maderaje un golpe seco,
que repitió en largo eco
su invisible pasadizo,

y continuó por la vía

del que ante él se prolongaba, una larga y recta galería que ante él trémula alumbraba la linterna que traía; y tras él, según pasaba, a la sombra que trazaba a entenebrarse volvía:

y el lento son repitiendo de los pasos que iba dando de alguien que le iba siguiendo o que de él medroso huyendo se alejaba, parecía.

Don César con calma y brío tranquilo avanzaba y ledo por el socavón sombrío; mas iba sintiendo frío por el lugar, no por miedo: pues bien sea porque el río pase cercano, bien sea porque algún huerto campea regado sobre el camino por un pie de agua vecino, el techo en partes gotea.

Tal vez este subterráneo tal vez abierto Don Pedro halló, un arquitecto labró de los Flavios coetáneo.

Doquiera que alcance empero su origen y antigüedad, ya hasta la romana edad ya a la del rey justiciero, de él con espíritu bravo, de su secreto curioso y por penetrarle ansioso, don César llegó hasta el cabo.

Fin daba a camino tal un postiguillo de bronce tras el cual se abría de once peldaños una espiral.

Subiela y dió en una oscura pieza, en un cubo hecho a esquadra cuyos muros no taladra la menor perforadura.

Remate al ver tan extraño, por primer vez le ocurrió la idea en que antes no dió de una traición o un engaño.

¡Y era una tremenda ideal! ¡Si está por allí murado y al descender se ha cerrado detrás de él la chimenea!

¡Si estaba enterrado vivo! Brotó a su frente el sudor de la angustia, y tal terror tenía ¡pardiez! motivo;

porque doña Beatriz, que es tan feroz como audaz, es de atraerle capaz a muerte tan infeliz.

Y de afán en un momento pensó en volver pies atrás; pero un instante no más duró en él tal pensamiento.

A más de paso cobarde vió que, puesto ya en su caso, siempre para volver paso era tiempo y era tarde.

Buscó, pues, en rededor de sí lo de más importe por el momento, un resorte como el de arriba, un motor

que encima de él o delante o bajo sus pies, un paño de recinto tan extraño o desencaje o levante;

pues claro es que quien le hizo y quienes salen y entran por aquella parte, encuentran perforado el pasadizo.

A la luz de su linterna y a fuerza de registrar, concluyó al fin por hallar la manija que gobierna un artificio motor que como en la chimenea

un peso escondido emplea
en mover otro menor.

Simple y antiguo artificio
de estos secretos de entonces,
ocultos siempre en escondes
y esquinas de un edificio.

Tiró, apretó, alzó, bajó,
hasta que al fin atinando,
tras él sin ruido pasando
una losa se corrió.

Respiró como hombre a quien
de encima le quitan una,
gracias dando a la fortuna
de haber librado tan bien.

Don César creyó poder
fundar ya bien su esperanza
de tomar amplia venganza
al fin de aquella mujer.

Sonó para el porvenir
saber hacerla tragar
un anzuelo que a morir
la arrastre en aquel lugar.

Y permaneció un instante
absorto en el fijo objeto
a que debe aquel secreto
conducirle en adelante:

«Los gemelos crecerán;
y pues son adúlterinos,
sobre todos sus caminos
un Tenorio encontrarán.»

Tal era su ilusión nueva;
mas vuelto de su abstracción,
siguió viendo el socavón
subterráneo adónde lleva:

y atravesó el hueco abierto;
mas en el nuevo lugar
al verse, creyó soñar,
de lo que veía incierto.

En un vestíbulo estaba
de un panteón que claramente
por el son de aire que siente
vió que a plaza o campo daba.

Y en dos capillas oscuras

laterales que hacen cruz,
vió unas cuantas sepulturas
de su linterna a la luz.

Aplicóla a los letreros
en sus lucillos grabados,
y halló Ulloas enterrados
en los sepulcros primeros:

y los que el fondo ocupaban
de las capillas sombrías,
encontró que de Mejías
cadáveres encerraban.

Del subterráneo camino
penetró todo el misterio:
aquel era el cementerio
del monasterio vecino.

Los Ulloas, del convento
antiguos cofundadores,
del secreto poseedores
eran por fortuito evento.

Los frailes auxilio dan
hoy a Ulloas y a Mejías...
«Si yendo y viniendo días
es un Ulloa el guardián?»

A él también se le previno
lo que don Luis mano a mano
dijo a don Guillén su hermano
acerca de su destino:

«Según como sople el viento
y venga el tiempo que pasa,
o el convento hunde a la casa
o ésta derriba al convento.»

Comprendió, pues, que era asunto
en que el todo por el todo
va, y de ser de cualquier modo
dueño de aquel paso al punto.

Por las lumbreras miró,
se cercioró del lugar,
y del paso asegurar
la posesión resolvió.

Tornó al camarín cuadrado
y a servirse fácilmente
de aquel artificio agente
del secreto averiguado.

Cerró; tornó la escalera
de caracol a bajar

y el tránsito a desandar
hasta el pie de la primera;

y a aquella puerta llegado
que al pie de ella se veía,

se dijo: «Veré otro día
lo que tras ella hay guardado.»

«Hoy es tarde y tengo frío:
la emoción y la frescura

me vuelven la calentura.
¡Qué misero cuerpo el mío!

Sintiéndole que ya dentea
y se cierne, apresuró

el paso, subió y volvió
a cerrar la chimenea.

Candado echó y pasador
al camarín, y al momento

de encontrarse en su aposento,
creyó sentirse mejor.

Mas fatigado y maltrecho,
por fuerte que hacerse quiso,

comprendió que era preciso
ganar cuanto antes el lecho.

Echó, pues, las ropas fuera;
un gran tazón de tisana

que estaba a su cabecera
de un trago apuró con gana;

sopló la luz de la cera
y sumiéndose en la lana,

dijo: «Si coger pudiera
el sueño pronto, mañana

sería otro hombre. ¡Dios quiera
que me calme la tisana!»

Y anhelo tal proferido
en alta voz, cuello y cara

al arrojarse aterido,
sintió... ilusión del oído

sin duda, pero jurara
que alguno se había reído.

XXII

Cerró don César los ojos,
y en una postura cómoda

esperó de un sueño dulce
la calma reparadora.

Sentía a la verdad algo
que le producía incómoda

sensación de un malestar
nuevo; como una narcótica

pesadez que al mismo tiempo
le desvela y le amodorra

con los síntomas variables
de una exaltación nerviosa;

mas consecuencia creyéndola
natural de su anhelosa

expedición subterránea,
del sueño esperó mejora.

Fiado en su buena estrella
y en su contextura sólida,

seguro de despertarse
nuevo hombre a la nueva aurora,

dejó evocarse en su mente
las halagüeñas memorias

que en su corazón arraigan
y en ella se desarrollan.

De su amor y su venganza
las esperanzas recónditas

a revestirse empezaron
de mil halagüeñas formas;

y en mil vagarosos grupos
visiones vertiginosas,

creándose y disolviéndose
sin cesar unas en otras,

comenzaron a mecerle
entre la luz y las sombras

en que el sueño y la vigilia
del caos al borde flotan.

Mas aunque flotó rasando
del Leteo con las hondas,

no pudo lograr hundirse
del olvido en la agua lóbrega,

porque estas sombras del sueño,

en vez de una calma próxima,
 disipó una repentina
 jamás sentida congoja.
 Sintió un malestar profundo,
 una sed devoradora
 que le seca las entrañas
 y una fiebre que le aploma.
 Mas todavía tomándolo
 por impresión espasmódica,
 efecto del paso súbito
 del subterráneo a la alcoba,
 esperando que la fiebre
 en sudor próximo rompa,
 inmóvil y cobijado
 permaneció entre la ropa.
 Empero con nuevas ansias
 sintió el mal que le acongoja
 crecer con terribles síntomas
 que todo su ser trastornan.
 Concibiendo al fin que tiene
 su mal una causa incógnita
 que ha menester pronto auxilio
 y una medicina pronta,
 se incorporó con intento
 de llamar quien le socorra
 antes de perder las fuerzas
 que siente que le abandonan.
 Pero antes que de su lecho
 saltara, una luz dudosa
 esclareció el aposento
 al que se abría su alcoba:
 y con asombro, y creyéndola
 visión que su fiebre forja,
 vió una mujer que alumbrándose
 con una linterna sorda,
 avanzaba a él poco a poco
 sin hacer ruido en la alfombra,
 y envuelta en un largo manto
 que impide que la conozca.
 A pesar del dolor físico
 que a cada instante le acosa
 con más violencia, don César
 concentró su atención toda

en aquella visión vaga
 de quien allí a tales horas
 la presencia no concibe
 y el ser e intentos ignora.
 Seguro de haber cerrado
 con atención cuidadosa
 las puertas, y convencido
 de que debe hallarse a solas,
 dudaba aún si ser podía
 quimérica e incorpórea
 la creación que los delirios
 de su calentura forjan.
 Mas con la angustia en el alma,
 sin voz ni hálito en la boca,
 brotar del sudor del miedo
 sintiendo en su faz las gotas,
 y con ojos que amagaban
 saltársele de las órbitas,
 avanzar hacia él veíala
 paso a paso silenciosa:
 porque hay una circunstancia
 que su afán mortal redobla
 y que antes que su faz muestre
 hace que él la reconozca,
 y es que la dama velada
 exhala de sí el aroma
 que del mueble que fué de ella
 aún la madera atesora:
 del en que Beatriz guardaba
 sus papeles y sus joyas
 y en el cual de su recuerdo
 dejó tras sí la ponzoña;
 y es que aquel perfume, mezcla
 que ella misma confecciona
 con cantidades selectas
 de esencias de Asia y Europa,
 no es posible que se exhale
 de la dama misteriosa
 sino siendo Beatriz misma
 la visión aterradora.
 «¡Beatriz!», exclamó don César;
 «¡Beatriz!», repitió sonora
 la voz de aquella visión

que en realidad se transforma,
 porque echando a tierra el manto
 mostróse ante él en persona
 la más que nunca temible
 Beatriz, más que nunca hermosa.

Don César, bajo el mal físico
 y el espanto que le postran,
 tan sólo acertó a exclamar:
 «¿Qué es esto, ay de mí?» y la torva,
 la resuelta, la implacable
 Beatriz, con mojadora
 sonrisa infernal le dijo:
 «Que llegó tu última hora:
 que los Mejías son águilas,
 y los Tenorios son moscas;
 que tú mueres como un perro
 a manos de una leona,
 y que en la partida yendo
 empeñadas vida y honra,
 te la ganan los Mejías
 que juegan por los Ulloas.»

Incapaz de más don César,
 espantado contemplóla
 sintiendo que lucha en vano
 con la muerte ya muy próxima.
 Beatriz continuó impasible:
 «Yo te he puesto en esa pócima
 la muerte y tú la has bebido:
 muere y mi alma al morir sonda.
 Per Antúnez dió tormento
 a mis criados en Córdoba,
 de la casa de Juan Miera
 en la cueva, y su bigornia
 martilleaba éste cantando
 a gritos alegres coplas
 para ahogar los que sus víctimas
 con mis secretos arrojan.
 De éstos para recoger
 la carta denunciadora
 la primera, a mi vez diles
 tormento y muerte en Lisboa;
 y te escribí la segunda.
 Como una inocente tórtola

diste en mi red; mientras ibas
 a ver dónde desemboca
 el subterráneo, yo abría
 la puerta herrada, que sólida
 te pareció, y registraba
 tu camarín y tu cómoda.
 Las cartas serán ceniza
 antes que expire: la bóveda
 y el secreto a la merced
 quedarán de los Ulloas;
 tu casa a la de esa austera
 comunidad religiosa;
 y si algún día lo exigen
 afrenta o venganza póstumas,
 mientras un Ulloa viva
 podrá, como yo a estas horas,
 del Tenorio primogénito
 penetrar hasta la alcoba.
 Y ahora, don César, expira
 con una muerte católica,
 mientras mis cartas te sirven
 de funerales antorchas.»

Así Beatriz diciendo,
 quemó en la luz las dos hojas
 de pergamino, y su tío
 el guardián entró en la alcoba.
 Mas ya don César yacía
 en la eternidad; la cólera
 y el tósigo oír le ahorraron
 aquella oración mortuoria.

A la luz de su linterna
 mostró Beatriz su faz roja
 y apoplética a su tío:
 el fraile a través miróla
 y exclamó: «Ha sido una muerte
 de réprobo; Dios acoja
 su pobre alma bajo el manto
 de su gran misericordia.»

Beatriz dijo con sonrisa
 de incredulidad diabólica:
 «Su muerte era lo que urgía:
 ¿de su alma a mí qué me importa?
 Vámonos.» Echóse fuera

de la cámara; siguióla el guardián; quedó tras ellos la chimenea traidora fría, maeiza y barreada por defuera, y en la cóncava profundidad al perderse sus pasos, rayó la aurora.

XXIII

CONCLUSIÓN

¿Más explicación desea algún lector? Por si acaso cree alguno esta conclusión pobre, añadiremos algo.

Al mediodía forzóse la cerradura del cuarto, y en él dieron los Tenorios con el horrendo espectáculo. Perdiéronse en conjeturas; mas perdiendo al par el rastro

de la verdad, de don César suicidio el fin juzgaron. A ocultarlo decididos, con procedimiento rápido el descampuesto cadáver en su féretro encerraron. Los frailes, teniendo graves sendos cirios en las manos, sendos responsos rezáronle al pie de su catafalco.

Audieron a su entierro los piadosos sevillanos horas antes que a los toros que aquel día se lidiaron; y al cabo de una semana, a excepción de sus hermanos y su sobrino, de menos no echó un vivo al enterrado.

Tal es el mundo; mas nada pasa en él sin que su paso causa tenga o huella deje, consume o prepare algo.

ULTIMOS VERSOS 19

ÚLTIMOS VERSOS

INTRODUCCIÓN

Ya voy, tal vez en horas, a abandonar
[la tierra;
pasado he sesenta años con el trabajo en
[guerra,

y siento que el trabajo más fuerte es ya
[que yo:
aún arde y en mí alma la inspiración se
[encierra;
aún a mí ser mi espíritu con fe tenaz
[se aferra;
luchar aún mi alma puede, pero mi cuer-
[po no.

Los años, no el trabajo ni el vicio, le
[han gustado;
aun el dolor soporta con brio o con desden;
[nada;
punta en mí al espíritu la carne ha don-
[nado;
yo siempre por la tierra desahogado he cam-
[nado
del ruido torbellino social entre el vaivén.

Más el pesar recóndito, la soledad del
[alma,
mi extrañamiento injusto de mi paterno
[hogar,
la falta de cariño, que los pesares calma,
la sombra de la parra, que da más que
[la palma,
la gloria sin la casa, la vida del azar,
[eso es lo que me falta y eso es lo que
[me sobra;
eso es lo que mi cuerpo debilitó por fin,
y eso es lo que me mata: la duda, la zo-
[bra
de haber perdido el tiempo, que nunca se
[recobra,
en un afán estéril y en un trabajo ruin.
Sin hijos, sin hermanos, sin tierra, sin
[familia...
¿qué soy?—Un paria, un bongo sin hoja
[ya en raíz;

de la cámara; siguióla el guardián; quedó tras ellos la chimenea traidora fría, mocha y barreada por defuera, y en la cámara profundidad al perderse sus pasos, rayó la aurora.

XXIII

CONCLUSIÓN

¿Más explicación desea algún lector? Por si acaso cree alguno esta conclusión pobre, añadiremos al Al mediodía forzón la cerradura del cuarto, y en él dieron los Tenorios con el borrando espectáculo. Perdieronse en conjeturas; mas perdiendo al par el rastro

de la verdad, de don César suicidie el fin jugaron. A ocultarlos decididos, con procedimiento rápido el descompuesto cadáver en su lérezo encerraron. Los frailes, teniendo graves sendos cirios en las mangas, sendos respuestas rezáronle al pie de su catafalco. Acudieron a su entierro los piadosos sevillanos horas antes que a los toros que aquel día se lidiaron; y al cabo de una semana,

de sus hermanos y su sobrino, de menos ne echó un vivo al enterrado.

Tal es el mundo; mas nada pasa en él sin que su paso causa tenga o huella deje, consume o prepare algo.

ÚLTIMOS VERSOS

ÚLTIMOS VERSOS 18

I
INTRODUCCIÓN

Ya voy, tal vez en horas, a abandonar
 [la tierra;
 pasado he sesenta años con el trabajo en
 [guerra,
 y siento que el trabajo más fuerte es ya
 [que yo:
 aún arde y en mi alma la inspiración se
 [encierra;
 aun a mi ser mi espíritu con fe tenaz
 [se aferra;
 luchar aún mi alma puede, pero mi cuer-
 [po no.
 Los años, no el trabajo ni el vicio, le
 [han gastado;
 aún el dolor soporta con brío o con desdén;
 [nado;
 jamás en mí al espíritu la carne ha domi-
 [nado
 yo siempre por la tierra derecho he cami-
 [nado
 del raudo torbellino social entre el vaivén.

Mas el pesar recóndito, la soledad del
 [alma,
 mi extrañamiento injusto de mi paterno
 [hogar,
 la falta de cariño, que los pesares calma,
 la sombra de la parra, que da más que
 [la palma,
 la gloria sin la casa, la vida del azar,
 Eso es lo que me falta y eso es lo que
 [me sobra;
 eso es lo que mi cuerpo debilitó por fin,
 y eso es lo que me mata: la duda, la zo-
 [zobra
 de haber perdido el tiempo, que nunca se
 [recobra,
 en un afán estéril y en un trabajo ruin.
 Sin hijos, sin hermanos, sin tierra, sin
 [familia...
 ¿qué soy?—Un paria, un hongo sin hoja
 [y sin raíz;

un ser, entre los suyos, a quien ninguno
[afilia,
de quien se amparan muchos y a quien
[ninguno auxilia.
que haciendo a mil felices no fué jamás
[feliz.

Un incansable ingenio que mina fué y
[tesoro
que, enriqueciendo a muchos, él solo no
[explotó;
un millonario imbécil sin un adarme de oro,
a quien los que explotaron desdeñan sin
[decoro,
porque explotar por ellos hidalgo se dejó.

Un átomo sonoro y en la aura vaga-
[bundo,
un son vibrante y claro de un ritmo mu-
[sical,
un loco que ha vagado cantando por el
[mundo,
un hombre ayer famoso por su poder fe-
[cundo
de hacer un ritmo armónico del eco más
[banal.

Un sol de talco, un astro de azófar
[desbruñido
que siempre giró a oscuras desparramando
[luz;
tal vez, consuelo y guía del triste y del
[perdido,
un redentor apócrifo, que a nadie ha re-
[dimido
trepando a su calvario cargado con su
[cruz.
Se ha dicho... ¿a quién le importa lo que
[de mí se ha dicho?
¿Ni quién lo cierto sabe? Yo mismo no
[lo sé:
algo hay que con mis restos se enterrará
[en mi nicho,
y el mundo cree mil veces lo que urde
[su capricho;
mil veces es mentira lo mismo que se ve.

La sociedad, el mundo, esto es, la raza
[humana,
compacta, en globo, en masa, no es más
[que multitud:
la multitud es siempre o estúpida o insa-
[na;
la gente siempre es vulgo, la noble y la
[villana,
cuando a juzgar se mete la gloria y la
[virtud.

El vulgo cree tan sólo lo absurdo que
[él concibe,
y solamente crédito a sus absurdos da:
según él se los forja, sus ídolos recibe
no más: y le sucede lo que al que en la
[agua escribe:
según lo va escribiendo, borrando se le va.

No hay hombre que en sí mismo no
[lleve algo que ignora,
no hay sabio que no ignore lo que saber
[más cree;
nadie hay que algo no aprenda y olvide
[cada hora,
ni quien del alma ajena, por ansia eser-
[tadora
no crea y no se engañe que la verdad
[posee.

Mas yo... ¿qué en mi calvario no he vis-
[to y no he oído,
mientras por él subiendo la vida atravesé?
¡Ay! ¿Cuánta prez y gloria no se han des-
[vanecido?
¿Cuánto, vital, no ha muerto mientras que
[yo he vivido?
¿Qué es hoy lo que en pie queda por don-
[de yo pasé?
Se ha barajado el mapa, lo secular se ha
[hundido,
los reyes se han fugado... y a todo se ha
[atrevido
el siglo, sobre todo poniendo audaz el pie!
Detente unos momentos ¡oh loca fanta-
[sía!

el paso de los siglos a contemplar aquí:
dilucidemos algo más serio ¡oh alma mía!
que los delirios bellos de vaga poesía
en que mis largos años desperdiocé tras ti.

Dios dió al crearle al hombre la idea y
[la palabra;
enajada de elementos la creación le dió:
«Cuanto hay en ella —dijole— estudia, ex-
[plota y labra:
Adán, la tierra es tuya; que sus arcanos
[abra

tu inteligencia: vive y sé cual te hice yo.
«Serás, según el uso ó abuso que en ella
[hagas,
inteligente espíritu o estúpido animal:
tú lábrate tu vida, mas crea y no deshagas;
del bien te doy los gérmenes del mal en-
[tre las plagas;
libre albedrío tienes, extrae el bien ó el
[mal.»

La raza humana pronto se fué multipli-
[cando,
y a ser llegó, extendiéndose, confusa mul-
[titud:
después, partida en castas, se fué despa-
[rramando,
las unas comprendiendo, las otras olvidan-
[do

de su celeste origen la prez y excelsitud.
Las unas fabricaron espléndidas ciuda-
[des
a margen de los ríos y a orillas de la mar,
tras sí dejando huellas, blasón de sus eda-
[des;
las otras se esparcieron por vastas soleda-
[des,
viviendo abyectas, nómadas, ignaras y al
[azar.

Las unas aplicando su noble inteligencia
a dirigir su espíritu del Criador en pos,
con grandes creaciones sellaron su existen-
[cia;

las otras, olvidadas de su celeste esencia,
su raza deshonraron avergonzando a Dios.

La humanidad es bestia: los hombres
[nacen brutos
a quienes doman luego la ley y educación:
el páramo salvaje no da ni mies ni frutos;
los pueblos no educados no tienen atribu-
[tos,
derechos, ni virtudes, ni nombre de nación.

Los siglos la derrota de su época regu-
[lan
según los elementos que a andar les es-
[timulan,
los unos lentamente y en laboriosa paz,
los otros con vaivenes que fuerzas acu-
[mulan
su espíritu, su idea, lo que les presta faz.

El nuestro, en el misterio de sus revuel-
[tos años,
entre cien mil delirios y amargos desen-
[gaños,
entre sus mil utopías y descarríos mil,
sembró sobre la tierra, tan nuevos como
[extraños
principios, fuerzas, gérmenes y luz, que,
[en vez de daños,
bienes del mundo extrajo de su materia
[vil.

Él hizo a centenares novísimos inventos.
locuras que resultan de utilidad porten-
[tos,
de ciencia maravillas, prodigios del poder;
y aplicaciones nuevas de viejos elemen-
[tos,
han sometido al hombre los mares y los
[vientos,
y a todo nuevos rumbos han dado y nue-
[vo ser.

El nuestro trae consigo cien genios por-
[tentosos,
campeones de la idea y arcángeles de luz,
que de la tierra exploran los senos mis-
[teriosos

y de su seno extraen motores poderosos
que a sus misterios quitan su secular ca-

El nuestro trae con Edisson la chispa
que va de las centurias la voz a atesorar,
guardando en los fonógrafos la onda so-

que a voluntad repite con precisión pa-
lo que los ya pasados dijeron al pasar:
irrefutable prueba palpable y milagrosa
de que es la inteligencia la luz maravi-
llosa
con que a los siglos nuevos va el nuestro
a iluminar.

Él, tras de lento y arduo, mas pertinaz
juntó el carbón y el agua que de la tie-
rra extrajo;
y encalderando aquélla y encandesciendo
aquéel,
rompiendo la onda el buque y el tren
[salvando el tajo,
borrró distancia y tiempo, lo lejos cerca
[trajo,
y se llevó a los pueblos tras de la luz
[con él.

Y con su luz los pueblos alumbra y
civiliza;
y las ideas dándoles de su progreso actual,
les da la vida nueva, la ley populariza,
de su cerril instinto la asperidad suaviza,
y postra el ser del bruto bajo del ser mo-

La luz, que incierta y trémula surgía
ayer muy lejos,
cual chispa fugitiva, sin fuerza y sin re-
flejos,
la chispa era del rayo: cogióla el siglo al
fin,
la puso en un alambre, palabra dió a su,
[vida

y hoy a través del globo, del rayo des-
[préñdida
va a hablar con los antípodas en su úl-
[timo confin.

Tal es el siglo nuestro: tal es del diez
[y nueve
la marcha, el ser, la fuerza, la vida sin-
[gular;
y hasta los astros fijos a tantear se atreve;
y todo lo corrige, lo cambia y lo remueve
robando sus misterios a cielo, tierra y mar.

Su evolución es ruda, difícil, trabajosa;
mas radical, profunda, constante, pertinaz:
lo viejo ataca y roe como polilla añosa
y acaso de las viejas en pie no deje cosa,
según es de lo viejo derrumbador tenaz.

El siglo trae consigo desórdenes ignotos,
fenómenos de climas y tiempos muy re-
[motos:
se ve cuanto le cuesta su actual evolución,
y las montañas tumba con triples terre-
[motos,
los cráteres vacía de los volcanes rotos,
y en la aura arremolina ciclón tras de
[ciclón.

Pero a la par que arruina, que borra y
[que destruye
como bisonte ciego que arranca de tes-
[tuz,
inventa, erea, funda, y espléndido cons-
[truye
y el rayo en sol convierte, y al hombre
[restituye
su dignidad, y a su alma y a su mansión
[da luz.

Él trajo entre tormentas de incendios
[y de estragos
entre otros cien, al uno y al otro Napo-
[león,
que hicieron en Europá de sangre humana
[lagos;
mas trajo, de aire y cielo por los espacios
[vagos

a desgarrar los velos, a Secchi y Flammarion.

El siglo trae consigo fenómenos sociales que escudriñar rehusa la ciega humanidad; derechos para todos no quieren nunca los que en los pueblos gozan derechos personales por leyes y costumbres y vicios de otra edad.

La tierra rueda empero y el tiempo no se para, y el siglo avanza siempre, de todos a pesar: lo sólido se rompe, lo unido se separa; y aunque lo trague todo por fin la muerte, las sociedades siguen su rumbo secular.

En vano los que díscolos de todo controversan, cuestiones enmarañan, pi incipios tergiversan, y leyes interpretan en pro de su ambición, en su provecho todo lo juntan o dispersan, los pueblos perturbando sin fe y sin conciencia.

En vano, como el buho metido entre las tejas, la multitud que guarda supersticiones viejas que ver ni que se vean no quiere a nueva luz,

los ojos avizora y aguza las orejas y augura grandes males y exhala grandes quejas, hipócrita amparándose de la cristiana Cruz.

De nuestro siglo activo la acción no desvirtúa lo que a la tierra vino del Redentor en pos:

su evolución el siglo cumpliendo continúa, y ante el poder del siglo ni oscila ni fluctúa lo que brotó en la tierra por el poder de Dios.

En vano en fieras luchas se empeñan hoy naciones que, más que arrebatarse de tierra algún jirón, borrar del mundo anhelan su gloria y sus blasones, por odios insensatos de raza y tradiciones, con rabias de serpientes y sañas de león.

En vano de este siglo los grandes elementos titánicos inventos y luz intelectual con fiero afán aplican a enormes armamentos, de destrucción a máquinas y a horribles instrumentos de universales talas de guerra universal.

En vano de la guerra los héroes feroces de fama, sangre y oro con sed y afán rapaz, titularán hazañas a crímenes atroces: que cuando más desoigan de la razón las voces, la inteligencia, su ímpetu de dominar

capaz, recordará a los pueblos de la alma paz los goces, y un día a los fusiles destrozarán las hoces, y cuando no haya ejércitos se endiosará a la paz.

En vano los hipócritas y los soberbios juntos, de Krupp tras los cañones planteando sus asuntos o alzando por pantalla de su ambición la Cruz, entenebrar la tierra querrán por muchos puntos;

podrá la luz del siglo de muerte dar ba-
[irrunto,
podrá surgir un caos... más volverá la luz.

¿Soy yo hombre de este siglo? Ya yo
[su fin no alcanzo,
y lo que en él no he sido no lo podré ya ser:
mi siglo ante mí corre, y aunque tras él
[me lanzo,
él corre como el rayo y yo a traspiés
[avanzo,
y a cuestras con mis años no puedo ya co-
[rrer.

Mas me pregunto a solas: ¿Se va la
[poesía
con este siglo nuestro, si el de las ciencias
[es?

¿La ciencia debe a fuerza matar la fan-
[tasía,
y todo bajo el cálculo se va a amoldar
[un día,
y a dar va con las Musas el siglo de
[través?

¿El siglo poesía no tiene por ventura
por ser el del progreso, las ciencias y la
[luz?

¿Las ciencias, el progreso, la gloria, la
[cultura,
no tienen fe, esperanza, ni Dios, ni edad
[futura?

¿No es luz la fe? ¿Es antípoda la ciencia
[con la Cruz?

¡Blasfemia! ¿Irá la ciencia sin fe y sin
[esperanza
en pro de la materia de la verdad en pos?
Dios es la verdad suma, el fiel de la ba-
[lanza,
nivel del universo: si hacia otra el siglo
[avanza,
¿tras qué verdad va el siglo si la de Dios
[no alcanza?

¡Yo nunca he comprendido la negación de
[Dios!

Dios es quien día a día los siglos enca-
[dena,
quien trae a lo futuro detrás de lo que
[fué,
quien de vivientes átomos el universo
[llena;
Dios es no más quien juzga, quien salva
[y quien condena,
porque es quien lee en las almas y las
[conciencias ve.

¿No hay quién del siglo evoque la poe-
[sía muerta,
y hay luz sin poesía en el que yo viví?
¿Quién tal problema aclara? ¿Quién tal
[enigma acierta?

Yo ya me voy del mundo, mi tumba está
[ya abierta:
si ya no hay poesía, ¿qué va a quedar de
[mí?

Ferrari, Núñez Arce, Shaw, Campoa-
[mor, Velarde,
Echegaray, Zapata y Cano, en quienes
[arde

la inspiración y el estro y a quienes dejo
[en pos,
¿habremos a la tierra venido todos tarde?
Sin fe y sin poesía, ¿qué luz es la que arde
en nuestro siglo? Halladla: cantad la luz...
[¡y... adiós.

II

A VALLADOLID

NADIE ES PROFETA EN SU PATRIA

LECTURA HECHA POR EL AUTOR EN EL
TEATRO QUE LLEVA SU NOMBRE, EN LA
NOCHE DE SU INAUGURACIÓN, 31 DE
OCTUBRE DE 1884.

«Nadie es profeta en su patria»,
fué proverbio popular

hasta hoy, que Valladolid
 va a desmentir el refrán.
 Hoy, por gloria o por castigo...
 (eso lo averiguará,
 cuando nuestra vida y obras
 juzgue, la posteridad),
 a Valladolid a un tiempo
 Dios cuatro poetas da,
 cual profetas escuchados
 hoy por su país natal.
 Éste es el hecho, y yo el hecho
 quiero sólo consignar,
 con las vueltas que este mundo
 con el tiempo dando va.
 Platón quiso a los poetas
 de su república echar,
 y hoy glorifica a los suyos
 nuestra histórica ciudad:
 o el gran griego estaba loco,
 o Valladolid lo está,
 cuando ésta juzga ventura
 lo que aquél calamidad.

El tener muchos poetas,
 ¿es buena o mala señal?
 ¿Somos aves que auguramos
 progreso y prosperidad,
 o pájaros que venimos
 delante del vendaval?
 Las naciones con nosotros
 ¿qué hacen? ¿Surgen o se van?
 ¿La poesía es el himno
 de la gloria nacional,
 o de los pueblos que se hunden,
 el rótulo tumular?
 Yo no lo sé: hoy somos cuatro
 puestos sobre un pedestal,
 a quienes su pueblo adora
 de sus héroes a la par:
 Núñez de Arce, que sus versos
 graba en bronce y pedernal;
 Ferrari, que lleva en su alma
 todo el cráter de un volcán;
 Cano, que tiene por pluma

un escalpelo social,
 y yo, a quien han dado fama
 un Don Pedro y un Don Juan.

No sé si somos profetas
 de duelo o felicidad;
 mas parece que traemos
 a nuestro pueblo el maná;
 porque en ninguno moderno
 ni en los de la antigüedad,
 se dió en vida a los poetas
 gloria a nuestra gloria igual,
 tan espontánea, sincera,
 unánime, popular,
 instintiva, sin protesta,
 con asenso universal;
 cuando a la ciudad venimos
 nos sale el pueblo a esperar,
 con antorchas alumbrándonos
 en cabalgata triunfal.

Con nosotros viene siempre
 la alegría, el bien, la paz,
 las fiestas, las serenatas,
 la luz, las flores; detrás,
 detrás de nosotros queda
 la fe, el amor, la amistad
 y el consuelo; en los oídos
 queda el eco musical
 de los versos y el estruendo
 del aplauso pertinaz
 y prolongado; en los ojos
 la vívida claridad
 del salón y el coliseo,
 de los cobetes y del gas;
 con la cual sobre la alfombra
 del baile vieron rasar,
 cual banda de colibríes
 ante el sol matutinal,
 cual lluvia de estrellas áureas
 bajo la atracción polar,
 como huríes fugitivas
 del Edén, en espiral
 vertiginosa, embriagante,
 de mujeres un millar;

queda detrás de nosotros,
 más pura, más virginal,
 la idea, la poesía,
 del espíritu manjar,
 que alimenta en el del pueblo
 el cariño fraternal
 que nos tiene, y queda un rastro
 de ese perfume vital,
 con que el hálito del pueblo,
 con los vivas que nos da,
 en el aire que aspiramos
 nos da la inmortalidad.
 «Nadie es profeta en su patria»
 no es ya proverbio; de hoy más
 Valladolid echa de éste
 por tierra la autoridad.
 Ya no hay profetas: quedaron
 los vates en su lugar;
 y Valladolid, cristiana,
 no pudiendo en nuestra edad,
 cual la pagana, en un templo
 sus poetas adorar,
 nos consagra de su estima
 emblema monumental,
 conmemorativa ofrenda
 de su generosidad,
 este Teatro, que sella
 de los cuatro con la faz
 y rubrica con el nombre
 del a quien hizo el azar
 el primero, por nacer
 primero que los demás.

Y aquí... bien sé lo que acaso
 con razón de mí esperáis;
 un himno de gratitud,
 un alarde personal
 de ingenio o de sentimiento,
 cabaleresco y galán
 con las damas; con los hombres
 amistoso, amplio, cordial,
 y con el pueblo algo digno
 de mi popularidad;

algo para hoy a propósito,
 algo extraño, original;
 algo, en fin, con que os recuerde
 lo que fui, y algo capaz
 de corresponder aquí
 a la generosidad
 con la cual Valladolid
 tan alta prueba me da
 de estimación predilecta
 y de amparo maternal.

Lo adivino, lo presiento,
 leo vuestro pensamiento:
 creéis que aún puedo entonar
 con el ya perdido aliento
 de mi juvenil acento
 un romántico cantar.

Pluguieraos aquí ahora,
 atrevida, vibradora,
 de mi labio oír brotar
 una endecha, una cantata,
 himno, trova o serenata
 medio goda y medio mora,
 salmo y cántiga a la par,
 cuyo excéntrico estribillo
 pudiera a un tiempo llamar
 con mi laúd al rastrillo
 de la dama del castillo,
 y de los hijos de Agar
 con el agrio guitarrillo
 a la esclava del adoar.

Una de esas salmodías
 en que hacía yo otros días
 loco alarde de encajar,
 de mi métrica en el cuadro,
 el gorjeo y el baladro
 del jilguero y del jaguar.
 Uno de esos desvaríos
 montaraces y bravíos,
 e infraiores, como míos,
 de la ley del buen trovar,
 en que mi estro se empeñaba
 en cruzar y escudriñar

los vapores de la lava,
 las neblinas de los ríos,
 de las ciénagas los vahos,
 de los páramos los fríos,
 desde el zenit hasta el caos,
 para unir, amalgamar
 e imitar cuantos acentos,
 voces, silbos, ecos, ruidos
 y rumores y sonidos
 van perdidos con los vientos,
 de mar, llano, valle y sierra,
 en la atmósfera a expirar;
 cuyos gérmenes encierra
 de los vivos elementos
 de aire y agua, cielo y tierra
 el crujir o el resonar.
 De la mustia lamparilla
 cuya turbia y débil llama
 al morir chisporrotea
 en la lóbrega capilla,
 o escondida tras la silla
 del enfermo ante la cama
 que con ella va a expirar;
 desde el ruido de la astilla
 o el tizón que húmedo humea,
 la hollinosa chimenea
 en otoño al calentar,
 hasta el foco que flamea
 del incendio, cuya llama
 colosal se desparrama
 y llamea y centellea
 el alcázar y la aldea
 rebramando al devorar.

De la gota diminuta,
 que de aguda estalactita
 en la punta agria e hirsuta
 comenzándose a cuajar,
 al crecer se redondea,
 y creciendo se menea,
 y al fin trémula gotea,
 y en la opuesta estalagmita
 al caer se va a estrellar.

Desde el plácido murmullo

del meándrico arroyuelo,
 que con lento y suave arrullo
 va saltando por el suelo
 y dejando en cada hoyuelo
 una perla, que estremece
 las yerbillas al rodar,
 hasta el ruido tremebundo
 del mar que alza furibundo
 su oleaje, que hincha y crece
 con tal furia, que parece
 que los ámbitos del mundo
 con sus olas va a anegar.

Todo el ruido que produce
 la existencia universal,
 que en su máquina conduce
 mientras rueda y mientras luce
 por los senos del vacío
 nuestro globo terrenal:
 todo el cúmulo infinito
 de sonidos y rumores;
 el zumbido del mosquito,
 el del aura entre las flores,
 del pavón el triste grito,
 el aullido del chacal;
 el balido de la oveja,
 el susurro de la abeja,
 el graznar de la corneja,
 el fermento del volcán;
 el mugido del becerro,
 que ayudado de su perro
 vuelve a oscuras al encierro
 del redil el cachicán;
 el hervor de la marea,
 el fragor de la pelea,
 la ventisca y la pedrea
 del ciclón y el huracán.

Eso es, tras de mis escenas
 del *Traidor*, lo que esperar
 de mí osabais: lo que dar
 pudiera yo a duras penas
 si lo osara ya intentar.

Una de esas cantilenas
 en que osaba yo trenzar

tantas cláusulas ajenas
de sentido, en las que apenas
hay dos frases que anudar:
mas en que hay esa armonía
y melancólica o bravia,
vaga, extraña, singular,
ese son de poesía
imposible de explicar,
en que el mundo noche y día
como un himno de alegría
no se cansa a Dios de enviar.

Son por nadie comprendido,
mas para Él jamás perdido,
que a Dios alza sin cesar
todo el ser con voz nacido.
Desde el pájaro en su nido
hasta el mar embravecido
amagando al sol tragar.

Mas ¡ay de mí! de todo eso
nada os puedo recordar,
repetir ni dar idea:
yo el que he sido no soy ya,
y he dado ya de mí mismo
cuanto Dios me dió que dar.
Yo ya lo he perdido todo,
hasta el tipo personal,
del espíritu y del cuerpo:
la voz o fuerza de hablar;
la luz de la inteligencia,
del trabajo en el afán;
la fe, entre los desengaños;
la esperanza, en el arial
de la experiencia; la osada
inspiración, al luchar
con la prosa de la vida;
el brío y la actividad,
en los páramos estériles
del positivismo actual;
los ojos y los oídos,
en oír y en contemplar
los absurdos ideales
de la ciega humanidad;

y todo mi ser poético
se perdió, tras de mí, allá
en mis jiras por la tierra
y en mis tumbos por el mar.
Yo he venido aquí a mi pueblo
a pedir tumba no más;
yo he venido aquí a morir,
dejadme morir en paz.

Yo os dejo a mis tres hermanos,
que, en plena virilidad,
gloria por gloria, con creces,
a Valladolid darán:
Cano, cuya pluma arranca
la piel a la sociedad;
Núñez de Arce, en cuerpo chico,
espíritu de titán,
y Ferrari, Etna viviente,
cuya inspiración feraz
ha de legar a los pósteros
de nuestra tierra natal,
los poemas de sus fastos
y los cuentos del hogar.

Yo, hidalgo del tiempo viejo,
que no he esquivado jamás
trabajo ni compromiso,
ni responsabilidad,
por los cuatro hoy a esta escena
bajé la voz a tomar
para decir, bendiciéndola
por los cuatro, a esta ciudad:
«¡Bendita sea la madre
que no quiere abandonar
a sus hijos, ofreciéndoles
su regazo maternal!
¡Bendita seas por mí,
Valladolid!»...

Y acabar
no quiero sin revelarte
mi pensamiento final:
este Teatro, que sellas
con mi nombre, va a probar,
no la prez que hay en mí, no,
sino la que tú me das.

Y AQUÍ OS DIRÉ EN CONFIDENCIA...

Y aquí os diré en confidencia
que al entrar en la vejez
se torna de la niñez
a entrar bajo la influencia;
y el viejo poeta un día
en el rincón donde duermen
sus recuerdos, vuelve el germen
a hallar de su poesía.

Nuestra memoria es un mar
que a sus playas solitarias
en sus olas siempre varias,
trae las mismas sin cesar.
Los viejos se tornan niños;
su memoria hacia atrás vuela,
y el ayer se les revela
entre luz, oro y armiños;
y a los viejos nos consuela
ver el arcón do en escriños
guardaba el pan nuestra abuela;
pasar por la callejuela
por do a rastra o con cariños,
nos llevaban a la escuela,
y vagar por la plazuela
donde los primeros guiños
hicimos a una chiciela
aun impúberos lampiños.

Es una segunda vida
reflejo de la pasada,
de la cual no queda nada,
de la cual nada se olvida.
Mutua compenetración
de niñez y senectud,
es lampo de juventud
que nos alumbró el panteón:
es la fiel reproducción
del panorama vital,
donde a la luz celestial
de la antorcha de la fe,
toda la vida se ve
de una ojeadá final.

Y eso es, eso lo que había
para mí en Valladolid.
¿Debí renunciar, decid,
a esta final poesía?
¿Debí de la madre mía
huir de mi gloria en pos,
con vergüenza de los dos,
e ingrato y vil con exceso,
sin darla el último beso,
sin darla mi último adiós?

No; aunque el alma me taladre
memoria tan importuna,
jamás por mi ruin fortuna
viví con madre ni padre:
Valladolid fué mi cuna
y ha parado en ser mi madre.
De allende el mar al volver
de sus entrañas pedazo,
con un maternal abrazo
me acogió con gran placer,
y hoy me aduerme en su regazo
como niño a quien dió el ser.

Y yo en mi ciudad natal
tengo la ciudad por casa;
todo en todas se me pasa,
hágalo yo bien o mal.
No tengo puerta cerrada,
mano que no se me tienda,
quien por nada se me ofenda
ni pida razón de nada.

Nadie de mí exige más
que lo que da mi capricho,
y jamás ningún mal dicho
me ha dicho nadie jamás.
Yo ando solo y aburrido,
y entro y salgo, subo y bajo
por callejuelas de atajo
y encrucijadas perdido.
Quien me encuentra por acaso
a verme pasar se para;

nadie me niega la cara,
ninguno me estorba el paso;
y ni yo cuenta me doy
ni nadie busca la clave
de mi conducta.—Y ¡quién sabe!
si yo en mí mismo no voy!

Dicen que ante las portadas
de San Gregorio y San Pablo,
con las imágenes hablo
en sus piedras entalladas:
dicen que de algún altar
y de algunas sepulturas
las marmóreas esculturas
me sonríen al pasar;
y es que yo en Valladolid
conservo amistades viejas
con mil héroes de consejas,
desde los tiempos del Cid.
Es que no hubo más cariño
para mí, en mi vida entera,
que aquella gloria primera
en que aún es ángel el niño.

Es que yo de mi ciudad
natal partí adolescente,
para echarme de repente
del mundo en la tempestad;
y me arranqué de sus brazos
dejando por sus rincones
de mi memoria jirones,
de mi corazón pedazos;
y ahora que salgo del mar
para echarme en el olvido,
donde los había perdido
los estoy volviendo a hallar.

Para mí no hay un rincón
en mi población natal,
un recodo ni un portal,
un nicho ni un callejón,
desde su plaza central
hasta el último arrabal
que esté en la jurisdicción
del padrón municipal,
que no me guarde un jirón

de algún secreto historial,
de algún pie de tradición,
de alguna superstición
o algún hecho personal.
Para mí aquellas riberas
por do el Pisuerga, salvando
puente y presa, va ensanchando
a través de las Moreras
su corriente sosegada,
que al mismo tiempo y lo mismo
de la edad media embardada,
que en tiempos del clasicismo
y en nuestra edad descariada,
oye a las aves parleras
y a los céfiros pasando
susurrar en la enramada,
y la voz de un doble bando
de vagos y lavanderas,
que traban de cuando en cuando
estrucendos y peloterías;
aquel río que, escondido
entre innumerables planteles
de alamedas y vergeles,
corre hoy ya de ver corrido
que años ha que en su corriente
ya no se han reproducido
(sin saber dónde se han ido)
los arcos de Benavente;
y busca el viejo Pisuerga
(cuya agua hoy el castellano
a la del Duero posterga),
y también le busca en vano,
porque ya no le conoce,
porque ya se desfigura,
de este siglo de cultura
y progreso con el roce;
busca el ducal edificio
que al transformarse en Hospicio,
del pobre en santo hospedaje,
del pueblo en santo servicio,
dé caridad santa gaje,
santo antemural del vicio,
y a la virtud homenaje.

bien pudo en su frontispicio
 guardar el noble aparato
 de sus nobles torreones,
 con su almenaje y ornato
 de cifras y de blasones,
 y el original boato
 de sus gigantes balcones
 de dorado barandaje,
 donde izaron sus pendones
 de sus reyes al pasaje
 los espléndidos varones
 de aquel inclito linaje.
 Y busca también en vano
 aquel viejo castellano
 río vallesolitano,
 entre los nuevos jardines
 del allanado altozano,
 el torreón de San Benito,
 desmochado en los motines
 que de adobes con fortines
 embarraron su circuito,
 destinando a infandós fines
 lo sagrado y lo bendito.
 Y busca en vano aquel lienzo
 de murallón almenado
 que ante su cauce profundo,
 por detrás de San Lorenzo,
 levantó aquel degollado
 que privó con Juan segundo;
 y todo lo que se hundió,
 todo lo que queda en pie,
 todo lo que nadie ve
 allí donde lo vi yo,
 todo lo que busca el río
 por toda aquella ladera
 por donde hoy el caserío
 según va creciendo sube
 del Campo Grande hasta afuera,
 que un páramo entonces era
 donde en perder me entretuve
 los cursos de mi carrera,
 hoy en mis sueños (*sic*)
 forma todo eso una nube

de recuerdos juveniles
 de los tiempos en que anduve
 con tricornios y manteos,
 en parrandas y bureos
 y bregas estudiantiles,
 a través de los jaleos
 y alarmas y tiroteos
 de nuestras grescas civiles.

Para mí las piedras pardas
 de aquellas mil casas viejas
 de tejados ya sin tejas,
 de corrales ya sin bardas,
 de puertas ya sin encaje,
 de cuartos sin inquilinos,
 en abandono salvaje
 y a pesar de los vecinos
 entregados a las manos
 a los juegos y a las grescas
 y las turbas truhanescas
 de los nómades gitanos;
 aquellos tristes vestigios
 de alcázares nobiliarios
 que perdieron en litigios
 sus postreros propietarios,
 dándose inconsciente traza
 eon su quijotesca incuria
 de hundir en una centuria
 hasta el nombre de su raza;
 de aquellos cien caserones,
 ayer nobles edificios
 recargados de blasones,
 que hacen hoy viles servicios
 de pajares y mesones,
 en sus barrios y suburbios,
 para mí aún los rineones
 turbión de recuerdos puebla,
 que del tiempo entre la niebla
 ve ya mi memoria turbios.

Para mí aquellos angustos
 templos, más tarde cuarteles,
 de puertas ya sin dinteles,
 de hornacinas ya sin bustos,
 de bóvedas ya sin clave,

de aristas ya sin ajuste,
 de arcos ya sin arquitrabe,
 de atrios ya sin verjerías,
 de aras ya sin santos ni andas,
 de coros ya sin barandas
 y ojivas sin vidrierías,
 son de las generaciones
 de nuestros antepasados
 los mal cumplidos legados,
 las mal satisfechas mandas,
 las pruebas de nuestra historia,
 de nuestra fe y nuestra gloria
 las reliquias venerandas.
 Para mí las dos esbeltas
 torres de don Pedro Anzules,
 que en los espacios azules
 y en nuestro aire frío envueltas
 se destacan cual si sueltas
 rasgar quisieran los tules
 de vago ambiente, elemento
 del visible firmamento,
 del que parecen pilares
 de su Domo azul sustento,
 arcángeles tutelares
 de la ciudad, seculares
 obeliscos, testimonios
 de nuestra grandeza, pares
 con los (*sic*) babilonios,
 bizantinos alminares
 de hierro con voz y alientos,
 de nuestra prez monumentos,
 de la actual ruindad ludibrio,
 mofa del sol y los vientos,
 inconcebibles portentos
 de solidez y equilibrio,
 son guiones y señuelos
 que ha nueve siglos tremola
 por nuestra raza española
 la fe de nuestros abuelos.

Y he aquí la poesía
 que Valladolid encierra
 para mí; y esa es la mía,

que se escucha todavía
 por mi castellana tierra.

VALLADOLID

La poesía prevalecerá mientras tienda sus alas el cielo por la atmósfera de la Patria; y no desaparecerá la forma poética mientras no desaparezcan las religiones y pierda la humanidad la intuición y conocimiento de Dios.

EL AUTOR.

Mi palabra me sujeta,
 viejo y andante poeta,
 a ir de provincia en provincia;
 nadie en la suya es profeta:
 la mía es la antigua Pincia.

Por ella debí empezar;
 mas la lumbre de mi hogar
 me apagó un mal viento allí,
 y allí me impide posar
 un mal viento para mí.

Yo ni protesto ni apelo,
 ni a la opinión me rebelo,
 ni he de entrar por ello en lid:
 hoy debo Valladolid
 rasar en mi errante vuelo,
 y al vuelo y de refilón
 Valladolid al rasar,
 de una iglesia en un rincón
 voy de entre el polvo a evocar
 una santa tradición.

Lo ido ya, no ha de volver,
 y a cada uno hay que tomar
 como Dios le quiso hacer:
 nadie puede en otro ser
 el ser de nadie cambiar.

EL SACRISTÁN JUAN DEL POZO

I

Era Juan un sacristán
 que en San Lorenzo servía,

con tal fe y con tanto afán,
que hecha su iglesia tenía
un pino de oro este Juan.

El cura de ésta era un viejo
no famoso por su ciencia;
mas de natural despejo,
sana moral, buen consejo,
buena fe y buena conciencia.

Sacristán que Juan mejor
no hubo en toda aquella zona;
en el ritual un doctor,
como salmista, un primer,
y más listo que Cardona.

Y este Juan era casado:
y de fe y virtud dechado,
mas moza y de muy buen ver,
de la iglesia en el cuidado
le ayudaba su mujer.

Llamábase ésta Lucía;
y él temeroso de Dios,
y devota de María
ella, mal no se decía
de ninguno de los dos.

Su casa es, a la del cura
y a la parroquia contigua,
destartalada y oscura:
resto de fábrica antigua,
de deforme arquitectura.

Caserón de gente rica
que entre la guerra y los vicios
se extinguió al fin, comunica
con la iglesia y hoy la aplica
el párroco a sus servicios.

Da el caserón a un corral
que acota, guarda y rodea
un mal barbado tapial,
y en el centro de él campea
un pozo de ancho brocal.

En el arco que asegura
la puela, hay, sin aliño
de primores de escultura,
un nicho con la pintura
de la Virgen con el Niño.

Lucía, con fe sencilla,
de ella amparo y de su casa
la cree; de su lamparilla
cuida, y ante ella no pasa
sin doblarla la rodilla.

Tal era la posición
de la tosca habitación
de Juan y de su mujer:
un poco fea de ver
de aquel patio en el rincón,
mas cómoda y amueblada,
sin que falte en ella nada
preciso; porque Lucía,
cuando se casó, venía
bien vestida y bien dotada.

Huérfana, al casar con Juan,
de padres, le aportó algo;
algo poco más que pan,
y era ahijada de otro hidalgo
acaudalado en Cebrían;

y este hidalgo, que venía
asiduo y a tiempo fijo
a verlos, llegó en mal día
uno en que a Juan y a Lucía
les nació el primer hijo.

Mostró muy grande interés
por el hijo y por la madre
el hidalgo cebríanés:
y aquí empezó Juan el padre
a mirarle de través.

II

Y aquí, fin antes de dar
al caso santo y poético
de Juan, hay que reparar,
sin meternos a estudiar
del caso de Juan lo estético,
lo psíquico, lo sintético,
lo analítico y... ¡¡la mar!!
que Juan, de Lucía esposo,
era el hombre más celoso
que bajo el sol de los cielos

(ridículo o espantoso) hizo el Oteló o el oso al impetu de sus celos.

Y como los celos son de una furiosa pasión la rabia, la calentura, el vértigo, la locura que nos quitan la razón, un celoso es monstruo extraño que ni oye, ni raciocina, ni ve pelo ni tamaño, ni respeta al causar daño cosa humana ni divina.

De buena fe se ofreció por padrino el de Cebrián del hijo que a Juan nació: ¡fatal ideal que a Juan otra peor sugirió.

Es rubio el recién venido, Lucía y él son triguñeos, y es rubio el recién nacido; casi todos de pequeños pelirrubios hemos sido.

Mas el diablo cegó a Juan, y abierto en el matrimonio de los celos el volcán, ciego Juan, se dió al demonio por celos del de Cebrián.

Daban a Juan plazo poco los suyos: Lucía de él se amedrentó; y con tal loco, el buen hidalgo tampoco dió en cuál era su papel.

En vez de irse, se quedó; el cura a Juan pretendió confesar; mas Juan le huía mudo y torvo, y concluyó por aislarse; al fin Lucía comprendió a Juan: se ofendió y aisló también... y no había del llo que el diablo armó quien diera el cabo... y pasó así un mes, día por día.

Es Noche Buena; en la cual nuestra santa Religión el nacimiento celebra del Divino Redentor.

Está la luna en su lleno, de fiesta la población, la gente alegre en la calle, llevando a cientos en pos a los chicos, que con pito, rabel, zambomba o tambor, cada cual solo, es un trueno, todos juntos, un ciclón.

Noche en que en Valladolid, en honra del Niño Dios, campa y cena todo el mundo según sus medios y humor: el rico platos opíparos, el burgués pesca y turrón, el pobre lo que le dieron, el truhán lo que atrapó, el rufián del gusto ajeno, del miedo ajeno el matón, el capellán de sus monjes, con sus frailes el prior, el hidalgo en la hostería, el huésped en el mesón, el plebeyo en la taberna, el gorrón donde pegó, el sopista en el convento, los del hampa en el figón, las busconas a la husma, y entre todos, avizor, las rondas con sus alcaldes y sus pajes de farol, y alguaciles estoquistas contra vagos y a favor de los devotos, que al templo acuden sin devoción a oír la misa del Gallo, que nunca en paz nadie oyó. La de San Lorenzo estaba

concluyendo, entre el rúmor
irreverente del pueblo,
que al presbiterio en montón
se agolpaba, no cabiendo
ya del templo en lo interior;
e iba ya el bueno del cura
a echarle su bendición,
cuando un grito pavoroso,
un ¡ay! tan desgarrador
que al arrancarse del pecho
humano que le lanzó,
se comprendió que arrancaba
de aquel pecho el corazón,
fatídico, inexplicable
en el templo penetró,
dejando a todos transidos
del miedo en el estupor.

Rompiendo el silencio, el cura
desde el altar preguntó:
—¿Qué hay?— y del fondo del patio
gritó angustiada una voz:
—Que el niño de la Lucía
está en el pozo.

Cayó
en el presbiterio Juan
presa de una convulsión,
y el pueblo detrás del cura
al patio en tropel se echó.

IV
En él dieron con Lucía,
quien sin conciencia ni acción
miraba al pozo, abismada
en un inmenso dolor:

e iba a ofrecerle el buen cura
con cristiana compasión
los consuelos y servicios
de buen padre y buen pastor,
cuando Lucía, de pronto,
volviendo en sí, levantó
sin torcer los ojos a la Virgen

del Pozo, y con el fervor
de esa fe que mueve montes,
así a María invocó:
«Virgen Santísima, ampárame:
vuélveme mi hijo y su amor.»

Entonces diz que la Virgen
del nicho se sonrió
y el cura y Lucía, únicos
que del pozo el interior
pueden ver, vieron con pasmo
en su fondo, a un vago albor
subterráneo, al niño a flote
como un copo de algodón;
y que el agua borbollando
a elevarse comenzó,
trayendo al niño en su límpido
milagroso borbollón.

El cura y Lucía echáronse
atrás; el agua rasó
el brocal, y rebosando
sus bordes en rededor,
con una cascada de agua
que se solidificó,
lo convirtió en ara de ópalo
del plenilunio al fulgor:
en cuyo centro, a su luz
y a flor del agua, surgió
como en transparente, líquido
y movedizo almohadón,
el niño rubio dormido,
debajo del Niño Dios
que tiene en brazos la Virgen
en el nicho del pintor.

Prosternóse el pueblo atónito
al influjo de una unción
divina, que los sentidos
sumiendo en santo sopor,
abre el alma al goce místico
de la presencia de Dios,
transformando en paraíso
el deforme corralón.

Durante cuyo deliquio

celestial, nadie advirtió
 que Juan, como un hosco espectro
 del crimen evocación,
 vacilante como un ebrio,
 trasudando de terror,
 atravesaba el gentío
 como arrastrado a tirón
 por un invisible ser
 de su ser dominador,
 cerca del pozo quedándose
 en muda estupefacción.

V

La influencia del milagro
 de la atmósfera barrió
 una ráfaga aromada
 de un nunca aspirado olor;
 y despertándose el niño
 en su líquido almohadón,
 entre sus brazos su madre
 del agua le recogió.

Dispersóse el pueblo, el cura
 fué, cerrando el portón
 del patio; y ya en el Lucía
 y Juan a solas los dos...
 ¡Tú!, exclamó Lucía al verle:
 Juan, llorando, dijo: ¡Yo!

.....

—¡Juan... acógete a la Virgen
 si ha de perdonarte Dios!

III

CIUDADES

ÁVILA

I

Está Ávila, amurallada
 de España tan en el centro,

como ciudad encantada;
 y al verla, nadie ve nada
 de lo que hay de Ávila dentro.

Ávila a vista del tren
 repentinamente surge,
 pero nadie la ve bien;
 porque al llegar al andén
 es comer lo que más urge.

Su torreado murallaje
 la curiosidad excita;
 pero en tan rápido viaje
 la admiración del paisaje
 el apetito no evita;

y al salir del *restaurant*
 los viajeros no la ven
 tampoco, con el afán
 de hallar el coche en que van
 y oyendo la voz de ¡al tren!

Tal rapidez aquí extraña
 parece, no se concibe
 prisa tal que hasta se ensaña
 por ganar tiempo en España,
 do haciendo tiempo se vive.

Como visión pasajera
 al viajero se aparece
 de una vez Ávila entera:
 y de la misma manera
 que surge, desaparece.

Queda en la mente y los ojos
 fotografiada un momento
 entre peñascos y abrojos,
 como una ciudad de un cuento
 de duendes y trampantojos.

La impresión que produce es
 tan exótica y extraña,
 cual si de Ávila a través
 diera hacia atrás un paspiés
 de cuatro siglos España.

De torres aquel cintillo,
 de piedra aquel grande anillo
 tan sin solución y encaje,
 población toda castillo
 sin torre del homenaje,

ejemplar de construcción de la edad del feudalismo, parece decoración de una escena de un dramón del viejo romanticismo.

A través de impresión tal, nadie va o vuelve en el tren a o de la capital, que de Ávila bien o mal piense más que en el andén.

Muy pronto aún a la partida, muy tarde ya a la llegada, ni a la vuelta ni a la ida ninguno fin de jornada de hacer a Ávila se cuida.

Se lleva prisa al partir, se trae cansancio al volver; y a lo que se oye decir, no hay para qué a Ávila ir, donde no hay nada que hacer.

No hay corrida semanal, ni box congresil que ver, ni casino nacional con banca y con bacanal donde oro y salud perder.

Y hoy ya la tal chifladura del viaje de veraneo costea tan mal la usura, que se anda en tren de recreo la calle de la Amargura.

Porque el fin de siglo es tal: viajero hay que es un morral que se envía con dinero consignado a un ruletero de un club internacional.

¿Quién en Ávila se fija con tan brutal rapidez? Se come en pie, de valija cambia el correo, se alija carga, y al tren otra vez.

II

«Ciudad de los caballeros llamóse por sus linajes: y en Castilla los primeros fueron por siglos enteros sus ilustres personajes.

»Infantes o aventureros siempre en campañas y viajes llevaron tras sí escuderos, corredores y monteros, y mayordomos y pajes.

«Tan engreídos y fieros con sus armas y equipajes, tan celosos de sus fueros, que armas, dinero y bagajes dieron a los comuneros.

«La historia a eso se redujo siempre, de clero y milicia a ensalzar fuerza e influjo por su audacia o su codicia: y tal fué lo que produjo.

«Libros de caballería son casi, crónica rancia, trabajos de frailería faltos de filosofía, de criterio y de substancia.

«Todo eso... ¿a quién interesa ya? Lo de Santa Teresa se sabe todo al dedillo: lo del Tostado y Ronquillo, papel quemado, pavesa.

«Lo de la reina Isabel y el rey don Enrique cuarto y don Alfonso, papel mojado; lo escrito en él si lee algún tendero, es hartó.

«Todo eso fué: va impulsado el mundo en evolución tal, que lo que se ha parado siempre ha sido atropellado por nueva fuerza en acción.

«No puede el siglo vivir

de la tradición de ayer:
la vida es el porvenir:
todo adelante ha de ir,
nada atrás ha de volver.

«Hoy las torreadas murallas
de Ávila son antiguallas,
que opone aún al progreso
la tradición como vallas.
¿Por qué aún en pie queda eso?»

Dicen así, mientras ven
a Ávila desde el andén
dos filósofos que van
no sé a qué a San Sebastián.
¡Buen viaje y salud!—¡Al tren!

Y Ávila, tan mal juzgada
y tan mal vista, aún murada
de España tan en el centro,
del andén tan alejada,
tan sin ley desheredada,
por más que sale al encuentro
de los trenes, olvidada
se queda, y nadie ve nada
de lo que hay de Ávila dentro.

Y hay luz, fuerza y porvenir
dentro de Ávila y tras ella
para volver a vivir,
y a ver que su buena estrella
vuelve en el cielo a lucir.

III

Sólo un término de esta provincia oscura,
de quien España inerte u olvidada
no se cuida, atesora más hermosura,
y más riqueza, alegría, luz y frescura
que hay en Austria, Alemania e Italia y

[Suiza;
porque tenemos
de todo en nuestra patria,
mas nada vemos.

Dios colocó estas sierras, de maravillas
colmándolas, cual fértil oasis verde,

entre las dos planicies donde se pierde
la vista por los páramos de ambas Casti-
llas;
y en esta sierra tiene sus montes Gre-
¿Los habéis visto? ¿Oisteis [dos.
de montes tales

hablar? ¿No? Pues oídme y esta os quedos
mientras os pinto el cuadro de sus breña-
[les,
de sus montes fragosos de árboles llenos,
de sus tajos y peñas acantiladas
do el nublo da su bronca voz a los truenos;
del valladar de cerros y de quebradas
que abarca lomas, prados, vegas, llanadas;
dehesas con ríos mansos, lagos serenos,
arroyos cristalinos, y altas cascadas
que hacen de aquellos sitios ricos y amenos
un país que parece país de hadas.

Danse por sus ribazos, sotos, laderas,
sus cañadas, sus cuencas y sus barrancos,
enebros olorosos, blancas moreras,
quejigos siempre verdes, álamos blancos,
fresnos, robles, castaños, pobos y olivos;
cuantos árboles de útiles ricas maderas,
cuantos de climas tibios por las praderas
dan sus frutos sabrosos y nutritivos;
terrenos vastos
cuajados de arboledas,
ricos de pastos.

Paecen en grandes hatos cabras y ovejas
sus henos y sus tréboles, su alfalfa y grama;
y en apriscos techados con rojas tejas,
las paridas, las crías y las más viejas
de noche el cuidadoso pastor encama.
Ganado más lucido, lanar, vacuno
y cabrío, no cría país ninguno.
¡Qué leche, qué vellones de lana fina!
La de Gredos compite con la Merina.
¡Qué carnes más sabrosas para el mer-
[cado!

El de Madrid por ellas está surtido
de vaca suculenta para el cocido,
de ternera jugosa para el asado.

¡Qué gran tesoro
esta sierra escondidal!

Tal sierra es oro.

Sanchivieco, la Menga, la Paramera,
cuanto riega el Alberche y el Tormes

[baña,
cuanto abarca de Gredos la sierra entera,
la mayor, la primera de las de España,
y es terreno tan fértil, tan productivo,
de rendimiento libre tan positivo,

que mayor tal vez otro ninguno diera
a verse más poblado con más cultivo.

Templados en diciembre

y en julio frescos
sus llanos y sus valles son tan fecundos;
con parajes tan sanos y pintorescos

como los más famosos de los dos mundos;
como esta sierra

otra Dios no ha creado

par en la tierra.

Y he aquí lo real, lo útil, lo verdadero,
lo que es todo substancia, jugo, dinero.

¿La poesía?

Se va ya; pero en Ávila
la hay todavía.

Hay un lugar agreste, deshabitado,
guardado por el miedo, fosco y sin ruido,
de nieve y ventisqueros siempre cercado,
por leyendas y cuentos muy mal famoso,
por albergue de espíritus siempre tenido,
por brujas y por duendes muy frecuentado,
de silfos y de gnomos y trasgos nido,
y a donde el vulgo nunca subir ha osado.

Allí entre dos picachos, honda laguna
en ancho receptáculo su agua recoge,
tan helada que acaso no hay ave alguna
que la beba, ni en ellas sus plumas moje.

¿Cuáles son las corrientes
que agua la llevan

a altura tal?... ¡Y está alta!..., pero tan
[alta,
que allí se siente el vértigo y el aire falta;
sólo los ventisqueros que allí se elevan,

en tiempo del deshielo de agua la ceban
con la que en sus carámbanos gotea y
[salta.

Y allí ya no germina ni flor, ni fruto,
ni ser viviente alguno tal sitio puebla;
allí reina el silencio más absoluto,
allí no hay más atmósfera que bruma y
[niebla.

Los campesinos crédulos de las llanuras
aún creen que los diabólicos vitandos

[seres
que habitan o frecuentan tales alturas,
tienen por el más grande de sus placeres
el de cuajar nublados y auras impuras;
y que con las tormentas que de estos
[riscos

se desprenden, aquella vil raza impía
es a sus plantaciones quien les envía.

para arrasrarlas, lluvia, fuego y pedriscos;
en todas eras

se han puesto en sitio tales, tales quimeras.
¿Qué tal el cuento?

Original es de Ávila;
yo no lo invento.

Pero esta poesía tiene su prosa:
prosa tan nutritiva como sabrosa.

Desde aquella picota de peñascos
donde sus conciliábulos y saturnales,
y sus danzas macabras u orgías o luchas,
celebran duendes, brujas y otros que ta-
[les,

de su laguna bajan los manantiales
de los ríos que erían tan buenas truchas.

Y he aquí lo positivo, lo verdadero,
lo que es todo substancia, jugo, dinero.

Pero ¿y la poesía? Sueños, visiones,
romanticismo viejo: relatos fútiles,
ocupación de vagos: hoy las naciones
se distraen con más serias disquisiciones
severas, filosóficas, en fin, más útiles:

aunque hay quien cree que todas esas
[cuestiones
son menos divertidas y aun más inútiles.

SÍNTESIS

Un paraíso es Ávila, pero perdido por incuria, ignorancia, desdén u olvido. ¿Por qué lo que hay en Ávila sin ver pasamos?

¿Por qué su territorio no conocemos I y sus fuerzas activas no utilizamos?

¿Por qué el motor de su agua no aprovechamos para suplir motores que aún no tenemos?

¿Por qué tesoros tales desperdiciamos? Porque a París y a Baden y a Spa nos vamos

a vaciar nuestras bolsas como unos memos.

Porque, raza haragana, vaga y baldía y a la pobreza patria ya indiferente, vamos a donde hay juergas tras de la gente diciendo: ¡bah!, mañana... será otro día.

Ya que Dios tal en Ávila dánosle [quiso...

¿si en vez de ir a arruinarnos al extran- hicierámos en Gredos un paraíso [jero y a él venir a gozarle por su dinero?...

¡Bah! ¡Delirios! Propósito de fantasía, eso ya no lo haremos nunca nosotros;

lo que cueste trabajo que lo hagan otros. Vivamos, aunque siempre se viva al día.

¡Y así vivimos!
¡Como si así cobráramos

lo que perdimos!
He aquí lo positivo: la verdad pura, lo naturalismo neto: la poesía

se fué, tirando el arpa: con que a la hon- [dura

de un barrancaral de Gredos tiro la mía.

TARRAGONA

Cada día que pasa va arrancándome algún recuerdo envuelto entre sus horas, como el viento en el mar al barco nau- [frago va jirón a jirón sus velas rotas; y como mis efímeras ideas siento que día a día se me agotan, de mis últimas voy por las provincias a cada cual legándola unas pocas. Hoy entre el tul de la marina bruma y el áureo polvo que dejó allí Roma, voy a dejar de los que ya se me buyen un recuerdo a los pies de Tarragona.

Yo amo a aquella ciudad: deudas con [ella

tengo años ha de gratitud y de honra, porque me dió hospedaje tan espléndido que pareció de triunfo ceremonia.

No vi allí ni oí más que serenatas bajo de mis balcones; barcarolas sobre el mar: todo el puerto era un in- [cendio,

el monte hogueras y la calle antorchas. Cabalgatas, saraos, banquetes, jiras, justas de poesía encantadoras, ostentoso aparato, compañía ilustre y juvenil, damas hermosas.

Felibres provenzales y maestros de gay saber de sus comarcas todas... ¿Cómo no he de guardar a Cataluña con fe tenaz la gratitud más honda?

Mas ¡ay! no sé qué velo de tristeza y qué soplo glacial hay en la atmósfera, que atribulan mi espíritu, perturban mis pensamientos y mi voz sofocan...

Hay algo que se extingue... alguien [que expira... algo que junto a mí se desmorona; algo que haciendo sobre mí el vacío, para mi corazón, hiela mi boca.

Se me va la atención de lo que escribo; el pensamiento se me va... a una alcoba do lucha un gran maestro con la muerte y estoy pendiente de él (1), no de mi obra.

Peró es el sino, el yugo, el cepo, el [potro del poeta, el esclavo y el ilota.

«Vive para cantar... y canta y vive aunque el alma en la lucha se te rompa!»

Y a través de todo eso que al fin mata hiel vertiendo en el alma gota a gota, la mía del país tarraconense con los vivos recuerdos se conforta.

Los veo hoy, es verdad, algo mal fijos a través de esa niebla melancólica, pero consoladores, halagüenos, radiando luz y trascendiendo aromas.

Ante mí el esplendente panorama de su campo feraz se desarrolla, vestido de sus pastos y olivares y sus viñedos con la verde ropa.

Doquier llanuras en actual cultivo, valles frondosos, y labradas lomas, pueblos alegres y masías blancas, ramos en flor y pintorescas rocas.

Doquiera sendas y caminos llenos de ágiles noys y de gallardas noyas, que van y vuelven de los cien mercados que hay a diario en las aldeas próximas.

Todo es labor y actividad el campo; y las cinco ciudades que la forman, en la rica provincia están prendidas como en tocado mujeril las joyas.

Allí Reus la rica, la ilustrada, que es sin par en sus fiestas religiosas, y extremada en sus fiestas populares, de oro, placer y de manjares pródiga.

Reus, por el trabajo engrandecida, sabia, industrial, fabril y agricultora, siembra, construye, enseña, hila, fabrica, comercia, viaja, sabe y vive cómoda.

(1) El maestro Arrieta.

Aquí la alegre VALLS, con sus fornidos viquets y sus mujeres corredoras, y sus montañas de hombres, ejercicios de agilidad y fuerza portentosas.

Allá los de FALSET, que de molinos, rieras, esclusas, minas, pozos, norias a fuerza, han convertido al fin en huertas sus agrios cerros y cañadas cóncavas.

GANDESA, coronada de santuarios, y perforada por sus cuevas de Horta, da más con la madera de sus bojes que con pan a su gente laboriosa.

La ABADÍA feudal de SCALA DEI, cuyo *sigillum* monacal hoy borra la marca comercial con que circula el envás del gran vino que elabora.

Admirada hasta ayer por monumento de regia fundación y fe piadosa, fué Cartuja, hospital, granja modelo, del PRIORATO siempre amparadora.

Hoy es, con mengua de la luz del siglo, una vergüenza que al país sonroja, un incendio moderno que aún humea, una mancha de sangre como alfombra.

En la de su fructífera campiña que aún se extiende a sus pies, y ya aji- [rona] la asolación que tras de sí dejando van las guerras civiles españolas.

Y esas dos ruinas de Poblet y de ésta, de ambas hundidos pavimento y bóvedas, saqueadas de las dos aras y archivos, desenterradas de las dos las momias,

son dos espectros que de pie han que- [dado] y en las tinieblas de la noche lloran sobre la estupidez de la política.

Cubra un limpio cendal de paz y olvido lo que ya el tiempo con su velo entolda, y a no volver a lo que fué aprendamos sin poner el baldón de la coraza.

Volvamos, pues, la vista a la campiña

que ahimbra el cielo azul de Tarragona,
 donde Vendrell, Montblanch, Cambri, Es-
 [pluga,
 Ginestar, Vinvodí, Barbará, Amposta, ab
 del Ebro al Francolí, desde Vinebre
 a Salou, de Mongat hasta Uldecona
 trescientos pueblecillos blancos sueltos
 como nidales de águilas y tórtolas,

según por los picachos u hondanadas
 se cuelgan, se hunden o ante el sol se es-
 [ponjan,
 hacen de Tarragona una provincia
 bien preñida y gentil como una novia.

La capital, su madre, de la herencia
 y del honor de su hija guardadora,
 muestra con noble orgullo a los modernos
 la augusta antigüedad de que blasona,

y se hace aún admirar severa y digna
 en su silla curul o en la pretoria
 como cuando en el Foro o en el Circo
 entraba envuelta en su palmada toga.

Los sillares enormes en que asientan
 sus murallas etruscas y ciclópeas,
 pasman a quien bajo ellas arrebata
 la rugiente y fugaz locomotora.

Palacio prelacial y Capitolio,
 fábricas refundidas una en otra
 se alzan tras ellos, cual pareados buitres
 que huyendo van y a respirar se posan.

Detrás, monumental, la santa mole
 de su estupenda catedral católica,
 con su portada, rosetón y estribos,
 honor del arte bizantina y gótica.

Lo que en sí vale, lo que ostenta y
 [guarda,
 ni cabe en cuenta ni en papel se anota;
 en la Roma imperial fué la primada
 y aún por su fuero en la papal se aboga.

Aún la vieja ciudad por dónde cava
 de su antiguo poder con pruebas topa
 y del abismo aún como bostezos
 sus huecos abren las romanas bóvedas;
 aún aparecen mármoles inscriptos

y medallas doquier que conmemoran
 nombres de augures, flámenes y cónsules
 y rameras y reinas hechas diosas:

y aún el arco triunfal de Bara queda,
 de los dos Escipiones la mortuoria
 cámara, y el inútil acueducto:
 que, pues sin agua está, ya está de sobra.

Queda, en fin, como objeto en quien
 [con ira
 el odio universal se desahoga,
 la casa del pretor Poncio Pilato:
 a cuyas rejas él jamás se asoma,
 mas tras cuya pared ver imagina
 su maldita visión la fe medrosa,
 que ve al trasluz de la Pasión del Cristo
 y de la cruenta tradición del Gólgota.

Y esto, todo esto, indígena o exótico,
 que de su antigua y su moderna historia,
 fantástico o tangible, real o absurdo,
 aglomeré yo aquí, da a Tarragona
 fisonomía tal, tal atractivo,
 que absorto el sabio en estudiarla goza,
 el necio en ella con deleite vive,
 y al poeta le hechiza y le enamora.

Adiós, noble ciudad tarraconense,
 con esta poesía áspera y tosca,
 va mi agradecimiento; y al enviártelo
 que advertirte con él debo una cosa:

Yo he de morir como viví, cantando,
 no como histrión que ensalza al de quien
 sino como del arte sacerdote [cobra,
 que himnos al arte mientras vive entona;
 como poeta de la fe y la patria
 que ha de morir en brazos de una y otra.

Adiós; nada me debes por mis versos,
 son ruido nada más, como mi gloria.

Adiós; de ti el poeta se despide,
 y al írse, ¡oh nobilísima matronal,
 con gratitud y con respeto besa
 de tu romana túnica las orlas.

ALICANTE

¿Quién eres tú, que ostentas, al par cris-
 tiana y mora,
 emblemas de sultana con timbres de se-
 ñora,
 y el mar azul te baña y el rojo sol te dora
 y estás como entre perlas un tallo de
 coral?
 Yo no te he visto nunca, pero de ti sé his-
 torias,
 of de ti mil veces hacer nobles memorias,
 enaltecer tus dotes y celebrar tus glorias,
 y te admiré en trasuntos sin ver tu ori-
 ginal.

Lucentia o Al-ikante, moslémica o la-
 tina,
 te he visto con el alma, si no con la retina;
 te he visto... y estoy viendo tu imagen
 peregrina,
 que de tu mar tranquila se espeja en el
 cristal.
 Hermosa y opulenta, tú guardas en tu
 seno
 los opimos productos de tu feraz terreno,
 los que de Europa y Asia te trae el mar
 Tyrreno,
 que tus riberas orla como el festón de un
 chal.

Ciudad bizarra del Mediodía,
 que tantas veces he visto en sueños
 entre horizontes siempre risueños,
 radiando siempre luz y alegría,
 cercada de aires siempre abriñeños,
 y un mar que tiene siempre en bañía,
 de extraños climas y extranos dueños,
 mil barcos llenos de mercancía...
 deja un instante que en ti se inspire,
 que en torno tuyo circule y gire,
 trazando loca mi fantasía
 vertiginoso mariposeo...
 deja que gárrula, y antes que expire,
 sacie el deseco

de que en tu atmósfera vuele y respire
 suelta y sin guía
 con su último aleteo
 mi poesía.

Con las dotes y encantos de tu belleza,
 con las esplendideces de tu riqueza,
 con cuanto en tu hondo anhelo, jamás ex-
 tinto
 de gloria y de grandeza,
 hacinaste en diez siglos en tu recinto,
 siento que acalorado mi viejo instinto
 de perderme en delirios, hoy me provocas
 ¡oh Alicante! y a mi alma ciega colocas
 en las encrucijadas del laberinto
 de mis viejas y absurdas ideas locas.

Siento que empieza
 a hervir un pandemonium en mi cabeza.
 ¡Sus! ¡Ya de tus impulsos llevar me dejo!
 lánzame a mis delirios del tiempo viejo!
 Surge brillante,
 surge a la luz febea
 de mí delante!
 ¡Surge, que yo te vea;
 surge, Alicante!

¡Qué gentil, qué gallarda te me apare-
 ces;
 mucho te me encomiaron: bien lo mereces!
 Al mirarte, en tiveo no más que hechizos:
 te da el alba sus tocas de niebla y bruma,
 el sol de su áurea crencha te da los rizos,
 el mar por chal del cuello te da su espu-
 ma,
 los tres, luz a tus ojos antojadizos.

Son tu dosel tus montes que te dan
 sombra,
 tu manto tus campiñas, el mar tu al-
 fombra;
 tu corona las torres de tus castillos,
 tus minas los diamantes de tus zarcillos,
 tus palmas de tus tocas los alfileres,
 tus ciudades las perlas de tus anillos,

tus aldeas, los broches y los cintillos
del ceñidor y ajorca que tú prefieres,
cuando al uso y con joyas de bereberes
prenderte quieres

talle, brazos, muñecas, cuello y tobillos.

¡Qué hermosa eres!
¡Qué amada por tus hombres y tus mu-

ñecas! ¡Jeres!
¡Dios, Alicante,

de sobre ti su amparo nunca levante!

Dichosa te hizo el aire que aquí te trajo,
mas tú doblas tu dicha con tu trabajo:
la labor que fomenta tu prez de noble.

Industrial, fabricante y agricultora,
cuidas tu doble herencia, cristiana y mora;
utilizando ríos y hasta torrentes,
canalizaste acequias, abriste fuentes,

y has sabido hacer huertos de tus panta-

ñas y de estepas estériles hórreos de granos.
No hay palmo de tu tierra que no produz-

ca,
ni a útil labor camino que no conduzca;
doquier ruge la máquina, doquier humea
candesciendo los hornos la chimenea;

y hoy tu recinto
de almacenes y fábricas es laberinto.

Tus ciudades, tus villas y lugarejos
parecen mariposas vistos de lejos;

vistos de cerca,
cismes que se sombrean junto a una al-

berca.
Son fruteros fragantes Aspe y Jijona;

el monte de maravillas es el de Aytona.

De Alcoy son prez y orgullo vías y puen-

tes,
cañadas laberínticas y altas vertientes.
Tienen Elda y Monóvar, pobres de vegas,

el néctar de los dioses en sus bodegas.
Denia, con sus deformes ruinas y escom-

da a quien los ve abordándoles
sustos y asombros.

Soñar con caravanas y bayaderas
hace Elche entre las frondas

de sus palmeras;
y algunas cuyo polen logra llevarse
el viento, y alto o lejos van a arraigarse,
de los montes las cumbres y los picachos
crestonan de sus palmas con los penachos.

Hoy posees la riqueza con la hermosura
y a tu riqueza iguala tu donosura;
y doquier sin hosqueces de lugareña,
con donaire tu gente se ve y se enseña;

tu territorio
de cultura y de tráfico
fué siempre emporio.

Todo en ti es pintoresco, vistoso y rico;
cada vista es un centro de un abanico;

tus vegas, tus marinas y tus boscajes
dan perspectivas únicas a tus paisajes,
y la luz de oro suave que les alumbrá,
les nimba con un áurea tenue penumbra.

Todo es en ti fructífero, todo salubre,
todo germen de vida cuanto te cubre.
El manto verde y oro de tus llanuras
te tejen con sus randas y bordaduras
tus florestas ubérrimas de hojas y frutos,
cultivados y dulces, o agrios y brutos.

El nogal corpulento que campa solo,
y el granado y el guindo y el acerolo,
y el limón y el naranjo de tonos vivos,
y el manzano interpuesto con los olivos,
y el moral y el castaño con el madroño,
y el níspero con brotes siempre en retoño,
vegetación espléndida, rica en herbajes,
salvia, espliego, ajedrea, pasto y forrajes;
porque es tu suelo

un rincón de la gloria robado al cielo.

Y en los pliegues del manto
de tus campiñas
encepan tus famosas parras y viñas,

de cuyos tan zumosos racimos salen
 los rancios que otros no hallan
 que los igualen.

Tal vez tuvieron menos vigor, aroma,
 nitidez, arropado, sabor y gusto,
 el Falerno y el Cécubo que sirvió en Róma
 a Horacio y a Virgilio César-Augusto:
 porque dan a tus rancios y malvasías
 de su aroma y sabores el largo dejo
 y su color topacio rubio-bermejo,
 tus guindas, tus granadas y tus paviás.

Sabrosos, nutritivos y espirituosos,
 igual que los de pasto los generosos,
 como por tierra adentro, mar adelante,
 priman por superiores los de Alicante:

Dios darte quiso
 a beber la ambrosía
 del paraíso.

Ciudad coqueta cuyos hechizos
 ves en las ondas de un golfo azul,
 que a tus pies vienen a hacerse rizos
 y a deshacerlos, resbaladizos,
 susurradores y movedizos,
 asemejándote con Estambul:
 como el cristal del golfo,
 que el mar te ensaneha,
 cuando por él en rumbo no hay aparejo
 de vela, ni blindado vapor, ni lancha,
 y está de plata virgen como una plancha,
 sin una arruga, sin un reflejo,
 tu historia es otro espejo
 sin una mancha.

De gloriosos recuerdos guardas tesoros;
 lidiaste con romanos, francos y moros,
 con austriacos, ingleses y aventureros,
 conservando tus timbres limpios y ente-
 [ros]
 y contra todos siempre lidiaste sola,
 siempre fiel, siempre honrada,
 siempre española;
 y en el salón, lo mismo que en el mercado,

de lealtad y decoro fuiste dechado; y
 mora o cristiana,
 siempre campas con humos de soberana.

¡Adiós! No te vi nunca, ni ya he de
 verte;
 siento ya tras mi huella las de la muerte;
 mas si verte no pude, supé soñarte
 y morir no he querido sin saludarte.

¡Adiós! alegre ciudad hispana,
 leal y franca como burguesa,
 cual labradora, sencilla y llana;
 siempre de patria traición ilela,
 noble y rumbosa como princesa
 de doble origen, mora y cristiana.
 Querer cantarte fué vana empresa,
 mas no me pesa:
 fué sin malicia aviesa, mi intención sana.
 Mi audacia excusa, mi canto cesa:

cuando en mi huesa
 duerma mañana...
 ¡alguna vez recuérdame,
 ciudad galana!

A SEVILLA

¡BUEN AÑO NOVENTA Y DOS!

Ciudad hermosa sin par,
 Venus del Guadalquivir,
 que el aliento al exhalar
 hueles a rosas y azahar
 como el kiosco de un emir,
 ya más no te puedo dar;
 mi vida está al concluir:
 ¡Sevilla!... acepta el cantar
 de un viejo que va a morir!

[ros]
 De niño a Sevilla fui,
 nunca supé bien a qué;
 mi padre me llevó allí,

y un año en ella pasé
y algo de ella quedó en mí.

Algo de lazos tan flojos,
que aún no eran pujos ni anteojos
de la memoria; y tan vagos
como bruma de los lagos
y humareda de rastros.

Turbias ideas lejanas
de una gran torre, de un puente,
de procesiones, campanas,
toreros, frailes, gitanas,
mucho ruido y mucha gente.

A un gran colegio asistí
donde latín estudié,
creo que hasta el quis vel quí;
vi a Sevilla, y lo que vi
con el latín lo olvidé.

¡Fuí tan niño! Antes de mozo
me elevó mi suerte a hombre;
me vi con grande alborozo
poeta un día; renombre
me dieron... ¡y di en un pozo!

Con la gloria me cegué:
con ella alcázar creí
tornar mi casa, y erré:
cuando a mi casa volví,
vendida me la encontré.

Quedé con mi poesía
pobre, solo y vagabundo.
¡Ya más caudal no tenía!
Me eché a vagar con la mía
por la soledad del mundo.

II

Volví a Sevilla después;
desatentado y loco,
erré por Sevilla un mes...
Grande, aunque el tiempo fué poco,
de ella mi recuerdo es.

Di allí con el noble autor
de Don Álvaro el Indiano;
aquel sin par narrador,

prez de Sevilla y honor
del Parnaso castellano.

¡Qué duque aquel! Quien le vió,
le amó con verle no más;
y aquel a quien él amó,
si vive aún, como yo,
no lo olvidará jamás.

En su alcázar me hospedé,
traté como a un hermano;
guardóme amistad y fe
siempre... y le lloro y me ufano
para mí por lo que fué.

Llevóme a admirar con él
cuanto Sevilla hoy encierra
en prodigios del pincel,
de la escuadra y del cincel
de los hijos de su tierra.

Sevilla es un gran museo,
do a cada paso tropieza
del vago artista el deseo
del arte con un trofeo,
o un gran colmo de belleza.

Se da allí tras cada esquina
con leyenda o antigualla,
ya pagana, ya divina:
la idea allí no imagina
tantas como las que halla.

Y así del buen duque en pos,
hojeando aquel repertorio
de consejas, di con dos:
las de un Rey y de un Tenorio:
¡que me lo perdone Dios!

Don Juan se mantiene erguido
del tiempo contra el vaivén;
y el Rey en pie se ha tenido;
porque aún de él nadie ha podido
saber todo el mal ni el bien.

Mas todo lo hila y lo enmienda
el tiempo, y tal vez le saque
bien de tan larga contienda;
mientras haya quien le ataque
ha de haber quien le defienda.

Y el tiempo irá luz haciendo,

e irá la filosofía
y la crítica extrayendo
la verdad; y cada día
más clara se la irá viendo.

La erudición doctrinaria,
ya vieja y corta de vista,
continuará rutinaria
sosteniendo atrabiliaria
la mala fe del cronista;

mas sus alegatos flojos,
forzados, truncos y cojos,
los subterfugios serviles
de sus reticencias viles,
cuyo fin salta a los ojos,

son un trabajo tan zurdo,
que de su tejido burdo
va ya la lógica fría
descartando la falsa,
el prejuicio y el absurdo.

Pues ¿quién a va creer hoy que cuan-
le arrastraron a ser cruel, [tos
acosándole entre tantos,
eran todos unos santos
y el criminal sólo él?

Pues qué, ¿fueron que él mejores,
de infamias y vicios fardos,
de honra y tierras salteadores,
los siete veces traidores
y adulterinos bastardos?

Pues sus madre, esposa y tía
¿no fueron de rebeldía
toda su vida señuelos,
y banderines y anzuelos,
de enganche y de bandería?

Pues ¿peores que él no son
aquel gran rey de Aragón,
y aquel rey de Portugal,
y aquel Papa de Aviñón
que le trataron tan mal?

Pues ¿su valor tan entero
no trocaron en fiereza
una nobleza y un clero

en perenne desafuero
con su ley y su realeza?

Hoy no podemos juzgar
aquel modo de vivir,
aquel modo de reinar,
aquel modo de matar
ni aquel modo de morir.

Tal rey es en quien empieza
la acción del pueblo en Castilla,
dando el rey en la cabeza
a un clero y una nobleza
del reino entonces polilla.

III

¡Divagol... Quédese aquí:
si con Don Pedro y Don Juan
cuando fué a Sevilla di,
fué porque en Sevilla están;
con que volvamos allí;

que a la gente sevillana
no hay por qué se la desdeñe
por la gente castellana;
aunque a veces se pergeñe
con zorongos de Triana.

El sevillano, que es vivo
de ingenio, sagaz y activo,
ciencia, artes, comercio y trato
cultiva: y es instintivo
el rumbo en él y el boato.

Bajo un sol fermentador
de todo germen vital,
mora en la tierra mejor
que hacer plugo al Criador
en el globo terrenal.

Para todo apto, entendido
en todo, fino de oído,
con buen gusto y buena vista,
pintor y escultor ha sido
y músico y siempre artista.

Con sus pujos de torero,
caballista y caballero,
es majo y sabe majear;

es rico y sabe gastar
bien y a tiempo su dinero.

De su pueblo; inteligente,
pundonorosa y valiente,
por el honor y el hogar
hoy, como antaño, la gente
va siempre en primer lugar.

Antaño, al ver por su río
el pasó a América abierto,
de su clero y señorío,
de su pueblo y mujerío,
se embarcaron de conuerto
cien millares de andaluces...

tratantes de lanza y yelmo,
frailes de cota y capuces,
togados de daga y cruces,
con pilotos de San Telmo,

para ir a través del mar,
nueva tierra, nuevo sol
y nueva prez a buscar,
un nuevo mundo por dar
a Dios y al pueblo español.

De sus Universidades,
colegios, claustros y escuelas,
más de mil celebridades,
por el mar de las edades
tienden hoy todas sus velas.

Sevilla fenicia, goda,
griega, arábica y romana,
su herencia conserva toda;
y grande artista cristiana,
todo bien se lo acomoda.

Por eso tuvo a Sevilla
por su más rico florón
la corona de Castilla;
y ciudad no hubo ni villa
más preciada en la nación:

Sin rival en la nobleza,
sin par en la gentileza,
y en fe, gracia y rumbo sola,
Sevilla es toda española,
de los pies a la cabeza.

Maestra del gay saber,

escuela del buen decir,
todo bien lo sabe hacer:
y quien vino allí a nacer,
sólo allí sabe vivir.

Su guzla y su pandereta
se dejó en Sevilla el moro,
y en cada calle y placeta
hay de alegría un tesoro
y un cantao y un poeta.

Por ella el tiempo no pasa;
Dios derramar allí quiso
la luz y el placer sin tasa,
y el patio es en cada casa
un rincón del paraíso.

Todo en Sevilla se olvida;
su gente allí se divierte,
canta, baila, cuenta y cuida
de no pasar en la vida
más pesar que el de la muerte.

IV

Sevilla, ¿qué más deseas
si Dios te da cuanto quieres,
y no hay cien mujeres feas
entre tus cien mil mujeres?
¡Buen año, y bendita seas!

CÁDIZ

Naciste como Venus, del mar entre la
[espuma] y entre coral y nácares: así naciste tú
sobre el turquí Oceano, y en él estás pren-
[dida] cual broche de diamantes en cachemir
[azul]. La historia de tu origen, de tu niñez sin
[ceñitas], de tu tranquila, plácida y alegre juventud.

es como cuento de hadas y canto de sirenas
del plenilunio oídos a la serena luz.

No tengo aquí ni tiempo, ni espacio...

en este como mío decrepito cantar,

la historia de tu origen, la más maravillosa
de cuantas hoy nos quedan de tan remota

Tú estabas como Venus radiante de her-

de juventud y vida bañándote en el mar,

cuando por él cruzaban en sus repletas

los que eran de él entonces señores sin

Los Cresos navegantes de Tiro y de Car-

te hallaron tan valiosa, tan pulcra y tan

que, artistas caprichosos al par que mer-

te hicieron su joyero, poniéndote a porfía

enjoyelada al uso de su natal país,

cual pone diestro artífice a un hondo y

Desde Gerión arranca tu original his-

un déspota que alcanza los tiempos de

y que metió en tus términos un pueblo de

que en ti dejó con ellos sus huellas de Titán.

Después, de razas indicas, fenicias, faraó-

hoy átomos de gérmenes difíciles de aunar,

las gentes más extrañas por tierra y mar

Fundáronte y fundiéronte por tema y a

porfía

vertiendo en titeos a quien podía más,

de cuanto más valiosos los bosques en

en mirras, gomas y ámbar incorruptibles

Triángulo cerrando con Tiro y con Car-

el tráfico abarcabas del mar en la exten-

tus templos, tus alcázares, tus circos, tus

de blanco mármol eran y de sin par labor;

tus torres, tus murallas, tus puentes y tus

con los de Grecia y Roma sufrían paran-

y gloria entonces eras, y reina de ambos

por Gibraltar teniéndolos asidos a los dos.

Mas ¡ay! desventurada de la que nace

fiaste en la fe púnica del vil cartaginés;

te galanteó mintiéndote, te alucinó enga-

creístele tú cándida y te envolvió en su red.

Llegó como tu amante de esposó con pro-

desembarcó tu aliado; mas con falaz do-

te esclavizó tirano; te enemistó con Roma

y contra Roma pérfido en ti afirmó su

Tú, perspicaz, empero, supiste inteli-

y de la fuerza bruta con superior desdén,

al generoso César abrir tu templo. Je Hé-

y hacerte en sus altares idolatrar por él.

Triunfó tu gran cultura de la altivez latina

pagóse de ti César y te pagó a su vez
 a Roma equiparándote, te dió ciudadanía
 y te dejó su aliada, no sierva de su ley
 Tus hijos libres fueron, de Roma ciuda-
 danos, [danos,
 al Foro y al Senado romanos a dar prez:
 a Cicerón tuviste por abogado, a Balbo
 por ejemplar eximio de tu valiosa grey,
 y alguno de tus hijos bajó después del
 triunfo para ir del Capitolio al imperial dosel.

Tal fué tu historia ¡oh Gades! mientras
 [al mundo viejo
 bajaba de los cielos a redimir Jesús;
 y en la mortal y larga, feroz y doble lucha
 de los caducos dioses con la invencible
 Cruz, [Cruz,
 y de las tribus bárbaras con las latinas
 razas, [razas,
 sobre las cuales dieron cual desprendido
 alud, tú, sabia y previsora, burlaste de la fuerza
 los ímpetus primeros, y en pró del bien
 común [común
 tratando y transigiendo conforme te ple-
 gabas [gabas
 a hacer de la forzosa necesidad virtud, te
 a tus tranquilos pueblos del bárbaro evi-
 taste, [taste,
 primero el atropello, después la esclavitud.

Tú, superior en todo, tú, culta e ilus-
 trada, [trada,
 jamás envileciste de tu ámbito andaluz
 la dignidad de raza, ni a yugo de extran-
 jero [jero
 jamás te sojuzgaste: tal fuiste siempre tú.
 Señora de ti misma y hermosa como Ve-
 nus, [nus,
 dotada como diosa de eterna juventud y
 y de Lermosura eterna, de tus marinas
 brumas [brumas
 envuelta entre los pliegues del impalpa-
 ble túl, [ble túl,

en pie estás todavía; y de tu ser de diosa
 con la mirada fúlgida y olimpica actitud,
 del mar turquí en las ondas tus ojos cabri-
 [lean
 de faros y de estrellas con rielante luz,
 y el mar tras ti se arrastra, decoro regio
 [dándote
 cual cauda de tu manto de cachemir azul.

Así el ciclón vió Cádiz pasar de la Edad
 [Media,
 la nacional tragedia del Guadalete así,
 y así los siete siglos de pertinaz batalla
 contra la infiel canalla de casta marroquí.
 Pasamos siete siglos en lid pecho con
 [pecho;
 al fin volvió el Estrecho el árabe a pasar,
 y a España entonces vino un genio pere-
 grino [grino
 a abrir nuevo camino a España por el mar.

De su saber rióse la Europa sabia entera,
 y en Dios con fe sincera se echó a la mar
 [Colón;
 y en prueba irrecusable, su genio sin se-
 gundo [gundo

volvió de un Nuevo Mundo haciéndonos
 [el don.

Un porvenir sin límites entonces abrió
 [a España
 la portentosa hazaña del sabio genovés:
 se redondeó la tierra, más ancho y más
 [profundo
 fué el mar, y cayó el mundo de Cádiz a los
 [pies.

Hija del mar y Venus! Tu ciencia, tu
 [cultura,
 tu espléndida hermosura y tu vigor vital
 con brío resurgieron, volviendo a colo-
 [carte
 como el primer baluarte de España ante-
 [mural

Un río por tus manos volvió a correr de
 [oro,
 volvistes el tesoro a ser del español:
 y tras tu faz de diosa, que en tu cerviz
 [enhiesta
 sobre la mar a alzarse volvió, salida y
 [puesta
 sin alba y sin ocaso volvió a tener el Sol.
 Después... no son anales ni crónicas ser-
 [viles
 los cánticos seniles de que hago aquí obla-
 [ción:
 después... tiempo ha que a Cádiz fui yo,
 [no sé ya cuándo
 y estoilo recordando sin darme ya razón.

Los viejos ya no tienen mañana ni espe-
 [ranza;
 para nosotros, viejos, sólo hay detrás y
 [ayer;
 de Cádiz mi memoria no guarda ya ni
 [alcanza
 más que una cosa hermosa, un tipo de
 [mujer.

III

La gaditana, de pie pequeño,
 talle cenceño y ojos de luz,
 es el modelo más peregrino
 del más genuino tipo andaluz.

Fina cual junco se comba y cimbra,
 su voz se timbra con el cristal,
 su claro ingenio gracia rebosa,
 su habla donosa derrama sal.

Pero sal fina, pulverizada,
 la tamizada del bien hablar;
 que no se agruma, ni se amontona,
 la que sazona bien su manjar.

La gaditana, mujer de rumbo,
 mas sin balumbo ya intencional,
 sin contoneo provocativo,
 por lo excesivo no natural,
 pisa segura, marcha serena,

sin macarena procacidad;
 la gaditana no es la gitana
 que anda liviana por la ciudad:
 es la burguesa bien educada,
 bien ataviada, que huele a azahar;
 nada en su cuerpo se contonea...
 pero marea su airoso andar.

La gaditana, muy donairosa,
 es primorosa y original
 en un trasteo (que no es de plaza)
 y en cuyo empleo no tiene igual.

La gaditana, suelta de pico,
 tiene de ideas y frases rico,
 variado y fácil, muy gran caudal;
 pero se ayuda con su abanico,
 que en sus verbosas, volubles pláticas
 toma una parte muy principal.

En torno suyo, quieta o andando,
 mariposeando sin descansar
 va su abanico, cuyo manejo
 pide un despejo de él peculiar;
 tal y tan rico de posiciones
 y variaciones de ondulaciones,
 con unas tintas y con un dejo
 de pasión lánguida tan singular,
 que es todo un arte, mas tan complejo
 y tan difícil de practicar,
 que es necesario que totalmente
 quien se abanique, tal instrumento
 identifique no solamente
 con su vestuario, sino con todo
 su ser y modo de ser y estar.

La gaditana, triste o contenta,
 quieta o andando, que hable o que es-
 [cuche,
 que finja o sienta, que goce o luche
 con violenta pasión o anhelo,
 de su abanico hace un estuche
 do cabe todo, mar, tierra y cielo;
 rico depósito y almacén rico,
 medio a propósito, rico instrumento
 para hacer mudas declaraciones,
 demostraciones y explicaciones

de las más rudas de sus pasiones
 y más menudas ocupaciones,
 según le emplea cuando se orea
 con su paisaje; según le agita
 levanta o baja, corta o ataja
 o precipita su movimiento,
 rápido o lento, violento o manso,
 y le pandea, le culebrea,
 y le ajetea, paz ni descanso
 sin darse un punto, y en tal tarea,
 con tal coraje, que el varillaje
 que traquetea tan sin cesar,
 cruje y se arquea fuera de encaje,
 y nunca para, cual mariposa
 junto a su cara de revolvar.

Y es que garbosa la gaditana
 demuestra ufana que de su pico
 no necesita con su abanico,
 es que alardea de que sin frases,
 con sus revuelos y con sus pases,
 le da las suyas y le hace hablar.

IV

Basta, Cádiz hermosa, de desvaríos:
 tú podías pasarte sin versos míos,
 mas no podía
 pasar sin consagrártelos mi poesía.
 Yo no anhelo por ellos tus dones ricos;
 basta que me den aire tus abanicos:
 yo me contento
 para mis vuelos últimos con poco viento.

JEREZ

I

«Poeta chacharero que, setentón como
 [eres,
 zurciendo seguidillas al cementerio vas,
 fiambres chicolesos diciendo a las mujeres
 que en Cádiz se abanicán... ¿no sabes de
 [ella más?

¿No has visto sus colegios, sus templos,
 [sus hospicios,
 su puerto, su marmórea suntuosa catedral,
 su pauperismo escaso, sus múltiples ofi-
 [cios,
 su higiene, la limpieza de calles y edificios,
 cuanto hace respirable su atmósfera social?

¿Crees que vivió humillada sin importan-
 [cia alguna
 mientras de tantas flotas interventora fué?
 ¿No se batió tres veces, perdiendo su for-
 [tuna,
 contra Inglaterra y Francia con indoma-
 [ble fe?

¿De España aquí no tuvo la libertad su
 [cuna,
 y no arriesgó cuanto era por mantenerla
 y [en pie?
 ¿Acaso hay por sus hechos de sus provin-
 [cias una,
 si parias no la rinde, que gracias no la dé?

¿Sus pueblos qué te han hecho que ni
 [al pasar los miras?
 ¿No tienen una historia bien digna de

III

[mención
 Jerez, Conil, Sanlúcar, Tarifa y Algeciras,
 y no hubo aquí Guzmanes y Ponces de
 [León?

Tarifa está orgullosa del suyo, que es
 [el Bueno:
 de Napoleón ni quiso ni se dejó tomar;
 entre ella y Algeciras no abarcan gran
 [terreno,
 mas son jardines puestos a orillas de la
 [mar.

De todos nuestros pueblos las fértiles
 [comarcas
 lo mismo son: vergeles bañados de áurea
 [luz,
 tan llenas como antaño no tienen ya sus
 [arcas,
 mas aún dan honra a Cádiz y al ámbito
 [andaluz.

Los hombres y los pueblos decaen y se
[enervan,
pero nosotros damos gran culto a lo ante-
[rior,
y todos nuestros pueblos archivan y con-
[servan
las glorias de sus padres, con que se dan
[valor.

Nuestros anales llenan los más ilustres
[nombres;
alcázares, cartujas y fábricas sin par
sagradas y civiles, asombro hoy de los
[hombres,
se elevan en el término del último lugar.

Desde Tarifa a Olvera, de Ubrique has-
[ta Chipiona,
no hay ruina, ni edificio, ni de terreno
[pie
que al evocar recuerdos o nombres de

[persona,
el de una ilustre hazaña o un héroe no
[nos dé.

Pues distes a Alicante y has dado a
[Tarragona
(labor sutil de artístico tejido y trabazón)
con los alegres pueblos que hallastes en
[su zona,
alfombra, manto, anillos y nimbos y co-
[rona...
por qué haces de los pueblos de Cádiz
[omisión?

¿No temes que se ofendan y con razón
[te acusen
de descortés, de inducto, de desleal tal
[vez,
los que en juzgar tú Cádiz y su intención
[se intrusen
por dos tan grandes pifias que nos pare-
[cen diez?

Por no mentar en Cádiz al buen Doctor
[Thebussem
y dar al del Priorato más precio que al
[Jerez.

Yo de Jerez soy hijo, por mi ciudad
[abogo;
y en versos a los tuyos de osar con preten-
[sión,
contra tu aprecio injusto mi bilis desahogo
de la ciudad y el vino lanzándome a cam-
[peón.

¿Qué idea es la que tienes del pueblo
[jerezano
y de los vinos-néctares que sus comar as
[dan?

Aqué cual los más cultos es culto y cor-
[tesano,
y el vino... alza a los muertos cuando a
[enterrarlos van.

¿Tú del Jerez no sabes que el rey es de
[los vinos?
¿Que do un tonel se tuerce del de cual
[quier región,
con un pichel del nuestro, por mares y
[caminos,
bonificado, adquiere legal circulación?

¿Tú del Jerez no sabes que va a San Pe-
[tersburgo,
que va a Berlín y a Londres y a Copenha-
[güe va,
y a Roma y a Stokolmo y a Nueva York
[y a Hamburgo...
y allí a donde hay quien sepa beber, si
[no ha ido, irá?

Como el Jerez, ¿cuándo hubo celebridad
[famosa?

¿Dónde hay ni panacea, ni extracto, ni
[elixir
de más vital potencia; ni dónde, en fin
[hay cosa
que más ayude al hombre sin penas a
[vivir?

Una ancha y honda copa de buen Jerez
[encierra
de todo mal el término y el ser da a todo
[bien;

cristal de la esperanza, de él a través la
 [tierra
 se ve cual peristilo de imaginario edén.
 ¿Por qué crees tú, caduco poeta vaga-
 [bundo,
 que el pueblo inglés alcanza por mar tan
 [alta prez?
 Porque es el que de todos los pueblos de
 [este mundo
 por mar recibe y bebe mejor y más *Jerez*.
 Por eso aquí es bien quisto: porque es
 [verdad que vino
 a Cádiz con sus buques dos veces a saquear
 y la dejó sin clavos, y hoy es nuestro
 [vecino
 y está haciéndose el sueco y el sordo en
 [Gibraltar.
 Pero es de nuestro néctar el bebedor
 [más fino,
 el comprador más firme y exacto en el
 [pagar:
 sus cuentas diplomáticas sabrá embrollar
 [ladino,
 mas no es Jerez quien éstas le tiene que
 [ajustar.
Jerez, licor y pueblo dos cuentas trae
 [distintas
 en dos distintos libros abiertas al inglés,
 con dos distintas fechas y dos diversas
 [tintas;
 tu cuenta es una, pero con *vino* y *pueblo* es.
 La del inglés no puede jamás ser li-
 [quidada,
 por el licor ni el pueblo, que es cuenta
 [nacional:
 la del dé nuestro cuento ya es cuenta
 [descontada:
 cuando liquide España su cuenta general.
Jerez tiene hace siglos su lealtad pro-
 [bada
 y al finiquito patrio concurrirá leal:
 la tuya es de honra mutua y debe ser co-
 [brada

por la ciudad y el vino, y es tuya y per-

[sonal.
 Con que los dos *Jerez* tu viaje aquí
 [interceptan:
Jerez, ciudad y vino, dos entidades son
 que ni desdén merecen, ni tu silencio
 [aceptan:
 o cántales, o dales de tu desdén razón.

JEREZ (*duplex*).»

II

Jerez, duplex y *anónimo*; tú todo te lo
 [has dicho;
 no puedes ya al poeta pedirle una canción;
 tú mismo te la has hecho; me cuadra tu
 [capricho;
 de la mitad del débito me libra tu campeón.

A él voy a dirigirme, pues sé que hablo
 [contigo,
 puesto que es él tu misma personificación;
 él me ha increpado *anónimo*; pero se ve
 [consigno
 que trae del *Jerez duplex* la representación.

Su *anónimo* es la síntesis de lo que yo
 [podría
 decir; trae mis ideas, mi versificación,
 y ya contigo en deuda no está mi poesía;
 su carta de mi *Cádiz* subsana la omisión.

Él todo se lo ha dicho, ya no hay por
 [qué me acusen
 más que de haber andado tal vez de edu-
 [cación
 cación un poco falto, es cierto, con el Doctor

Thebussem,
 modelo de hidalguía, de fe y de erudición.

Pero esa es mi disculpa: él es de *Cádiz*,
 [sabe
 de su provincia todo: con él en parangón
 no hay quien se oponga; y sólo a mí aspi-
 [rar me cabe
 a que mis versos gárrulos merezcan su

[sanción.

Y ahora, concluyendo con esta monorrí-
[mica
estrofa de monótono e insoportable son,
me resta, ¡oh Jerez duplex!, tan solamente
[darte
de no haberte hecho en Cádiz ni un verso
[la razón.

Escucha: obrero viejo, cuyo trabajo fú-
[til
productos dar mejores no supo a su nación,
voy hoy por sus provincias por mi labor
[inútil,
no a mendigar disculpas, sino a pedir per-
[dón.

Mis versos son bagaje de frágil hojarasca
que abulta y suena mucho, mas de ningún
[valor;
son llamarada effmera de leve chamarasca
que hacer no puede brasa, ni conservar
[calor.

Tendió sus viejas alas mi vieja poesía
que, con tan leve carga, fiarse sin caer
aún puede de sus plumas, y echó hacia An-
[dalucía,
ofrenda expiatoria de su vejez baldía
de aquellos patrios lares en el altar a
[hacer.

Posó su vuelo en Cádiz, y un soplo de
[poesía
al esparcir por Cádiz, con pena echó de ver
que ni los abanicos hacer ondear podía,
pues tras sus varillajes las lágrimas veía
de las gallardas hembras de la ciudad
[correr.

Escudriñó el poeta con sus cansados
[ojos
la inmensidad del cielo, la soledad del mar,
buscando lo que a Cádiz causar podía eno-
[jos
al ir su primer paso por Cádiz él a dar:
y del pavor el frío sintió calar sus huesos

y se sintió en el pecho parado el corazón,
al ver que entre escuadrones de nubarrones
[gruesos
cerniéndose avanzaba fenomenal ciclón.

Ciclón social, político, terrestre y atmos-
[férico,
que atorbellina pueblos como emborrasca
[el mar;
que viene con el siglo cual signo climaté-

[rico,
siniestro, misterioso, de sí razón sin dar;
de las inquietas razas de nuestra edad ge-
[nérica,
que sin cesar creciendo fermenta sin cesar,
y se revuelve en tierra como dragón colé-

[rico
que sale de sus antros lo que halle a devo-
[rar;
que descuajando puentes, desarraigando

[encinos,
los echa con las ondas de la ancha inunda-
[ción
sobre los viejos pueblos, ahogando cam-
[pesinos,
pastores y rebaños en tumbos de aluvión;
y de ayes, y lamentos, y aullidos, y bala-

[dros,
plegarias y blasfemias al espantable son,
extiende y desarrolla los espantosos cua-
[dros
de la ancha, inatajable, total devastación.

Miré a través del nublo de aquel ambien-
[te fosco
buscando entre sus viñas y huertas a
[Jerez,
al cual soñado había de fiestas como un
[kiosko
bañado en luz, y... atónito, de kiosko tal
[en vez,
hallé a Jerez que en lodo, sin luz se revolvió
de tiros y amenazas al desacerde son,
entre el ciclón político, donde en nocturna
[orgia

en vez del vino-néctar de su región; bebía
la hiel de la discordia de sangre en infusión.

¿Era hora de cantares? ¿Mi vieja poesía
podía con sus versos la paz llevarme a tí?
Jereza de mis ensueños, tu vino es ambrosía,
pero disuelto en sangre beberlo no podía...
yo te llevaba un brindis... y huyendo lo
perdí.

Perdóname: fui a Cádiz, mas fué con
[poco tino
y en hora intempestiva; fui, viejo pere-

grino, de amparo, de consuelos y de perdón en
[pos:
mas vernos tú y yo entonces no fué nues-

[tro destino,
al irte a ver, a un tiempo cortáronme el
[camino
los elementos echando entre los, dos

mi eterno desatino,
mi don de errar, mi sino,
la tempestad del cielo,
la inundación del suelo,
la huelga en torbellino,
la humanidad en duelo...
¡un Leviatán en vuelo!
¡la cólera de Dios!

¿A qué va a Andalucía
la vieja poesía
entre los rayos de este
ciclón universal?

¡Atrás, vieja insensata!
¡Atrás! La edad te mata;
no cantes más... entona
tu salmo funeral.

los echó con las ondas de la ancha inunda-
ción
sobre los viejos pueblos, ahogando cam-
pastores y rebanos en tumbos de lluvia;
y de aves y lamentos, y rullidos, y bal-
idos,

placarias y blasfemias al espantable son,
extinguendo y desarrollando los españoles sus
[dros

de la ancha, inabarcable, total devastación.
Miré a través del ruido de aquel mán-
[le toso

pasando entre sus viñas y huertas a
[lancas]
al cual sonaba habla de fiestas como mi
[kioso

balbuceo en voz y ademán, de kiosco tal
[en voz,
halló a Lerez que en todo, sin luz se revolvió
de tizas y amanzas al descorrerse son, y

entre el cielo polvoroso, donde en nocurnas
[orgia

Y a la vez, en el silencio del mar,
buscando lo que a Cádiz causar podía en-
[os
al ir su primer paso por Cádiz de a dar,
y del favor el río sintió caer sus huesos

Los suaves ojos en Cádiz, y un soplo de
[poesía
de aquellos patrios lares, en el estar a
de otra esperanza: ¡a su viejo balbuceo

¡Atrás, vieja insensata!
¡Atrás! La edad te mata;
no cantes más... entona
tu salmo funeral.

que con tan leve carga, finise sin cansar
una prueba de sus plumas, y echó hacia A-
[daluca,
de otros esperanzas: ¡a su viejo balbuceo

que con tan leve carga, finise sin cansar
una prueba de sus plumas, y echó hacia A-
[daluca,

que con tan leve carga, finise sin cansar
una prueba de sus plumas, y echó hacia A-
[daluca,

que con tan leve carga, finise sin cansar
una prueba de sus plumas, y echó hacia A-
[daluca,

que con tan leve carga, finise sin cansar
una prueba de sus plumas, y echó hacia A-
[daluca,

que con tan leve carga, finise sin cansar
una prueba de sus plumas, y echó hacia A-
[daluca,

POESÍAS SUeltas

POESÍAS SUeltas

LAS FUENTES DEL PRADO

ODA

Las artes de la Grecia principales; de la Iberia ensamblecen... la esclarecida Corte, y engrandecen las memorias reales de sus Incultos Reyes, que la España que envidiar nada tiene a gente extraña.

¡Qué perspectiva sorprendente y grata a la vista presenta a la autoridad augusta, con que ostentáis en las linternas de plata en las linternas de plata su temido poder como ninguno las mares enfrenando el gran Neptuno!

Sobre ligero carro suspendido en el mar anchuroso domina de su reino ya el reposo, ya el movimiento unido, y las azules ondas transparentes bajo sus pies se paran reverentes.

Dos terribles caballos oceánicos llevan su fuerte carro, que haciendo gala de su ardor bizarro,

le arrebatan bríos, no adelantan al no provocando los astros de la esfera, en su veles y rápida carrera.

Tres delirios que giran adelante en un alto caño tiran que un arco cristalino a hacer espiran. El otro, más pajante, cruza por medio dellos y deshace en muy menudas gotas el enlace.

Un gran pilón de tierra trabajado recoge entre su seno las linpas juguetonas que de llenor se caen a su centro amado, formando un fuerte y armonioso ruido por cada clara gota repetido.

¿X qué imaginación ya no se eleva al contemplar ufana la peregrina acción de Dios? ¿Qué cansante mente hay, si allí no prueba la grande admiración que en sí contiene y la grande obra el corazón no llena?

de un vino néctar de su región, bebía
 la discordia de sangres en infusión.

¿Qué hora de cantares? ¡Mi vieja poeta
 con sus voces la paz llevarte a tí
 de mis canciones, tu vino se embrasía,
 pero disuelto en sangre beberlo no podía...
 ya te llevaba un brindis... y huyendo lo
 [perdí.]

Pyrolaame: fui a Cádiz, mas fué con
 [poco vino]

y en hora intempestiva; fui, viejo poeta
 de aparato, de consuelo y de pasión en
 [vino]

mas vengos tú y yo entonces no fué nuestro
 [vino] destino,
 al irte a ver, a un [examen]
 [examen] de elementos juntos echando entre los dos

mi eterno destino;
 mi don de errar, mi sino,
 la tempestad del cielo,
 la fundación del suelo,
 la huelga en torbellino,
 la humanidad en duelo...
 ¡un Leviatán en vuelo!
 ¡la cólera de Dios!

¡A qué va a Andalucía
 la vieja poeta
 entre los rayos de esta
 cición universal?

[Alta] ¡Alta! ¡Alta! ¡Alta!
 ¡Alta! ¡Alta! ¡Alta!
 no cantes más... entona
 tu canción.

POESÍAS

[Text continues with faint, mostly illegible lines of poetry]

[Text continues with faint, mostly illegible lines of poetry]

POESÍAS SUELTAS ¹⁹

LAS FUENTES DEL PRADO

ODA

Las artes de la Grecia principales,
de la Iberia ennoblecen
la esclarecida Corte, y engrandecen
las memorias reales
de sus inclitos Reyes, que la España
que envidiar nada tiene a gente extraña.

¡Qué perspectiva sorprendente y grata
a la vista presenta
la autoridad augusta, con que ostenta
en las linfas de plata,
su temido poder como ninguno
los mares enfrenando el gran Neptunolo

Sobre ligero carro suspendido
en el mar anchuroso
domina de su reino ya el reposo,
ya el movimiento unido,
y las azules ondas transparentes
bajo sus pies se paran reverentes.

Dos terribles caballos escamosos
levan su fuerte carro,
que haciendo gala de su ardor bizarro,

le arrebatan briosos,
provocando los astros de la esfera
en su veloz y rápida carrera.

Tres delfines que giran adelante
un alto caño tiran
que un arco cristalino a hacer aspiran.
El otro, más pujante,
cruza por medio dellos y deshace
en muy menudas gotas el enlace.

Un gran pilón de tierra trabajado
recoge entre su seno
las linphas juguetonas que de lleno
caen a su centro amado,
formando un fuerte y armonioso ruido
por cada clara gota repetido.

¿Y qué imaginación ya no se eleva
al contemplar ufana
la peregrina acción de Dios? ¿Qué sana
mente hay, si allí no prueba
la grande admiración que en sí contiene
y la grande obra el corazón no llene?

Parece desafia con sus ojos
 los leones valientes
 que no le atemorizan, no, rugientes,
 sino que sus despojos
 mira, adornan su carro y le engrandecen
 y ellos mismos entonces se envilecen.

Parece que a los vientos voladores
 amenaza tremendo,
 y el eco de mil voces repitiendo
 llamándoles traidores,
 les prohíbe en su reino la amplia entrada
 sin tener antes él licencia dada.

En frente de Neptuno, otra altanera
 y no menos hermosa
 ostenta su poder la bella esposa
 de Saturno; ligera
 disputa con el dios la gallardía
 y a su competidor vencer quería.

Va en un carro tirada de leones,
 de torres coronada,
 en su pulida diestra una argentada
 llave, y unos cordones
 en la siniestra de las riendas tiene
 con que el ardor del animal contiene.

Llena de majestad y poderío,
 parece que al potente
 dios de las aguas y del gran tridente
 le provoca con brío
 y le dice burlando: «Ostenta, ostenta
 en vano tu poder y el agua sienta».

Cuando yo en mi servicio, la ancha tie-
 rra
 nuevo en imperio blando:
 sigue, sigue feroz siempre templando
 de tu reino la guerra,
 mientras yo con pacífico semblante
 rijo el reino de Júpiter tonante.»

Mil otras fuentes alabar pudiera
 si el tiempo y los momentos
 a que me he limitado, mis acentos
 así no detuviera
 para alabar en cánticos de gloria
 de la Corte de España la memoria.

EL TRIUNFO DE LA FILOSOFÍA

(A LA CLASE DE METAFÍSICA)

¡Dulce recreo mío!
 ¿Puede por fin mi lira venturosa
 ensalzar tu grandeza y poderío?
 ¿Puede sonar mi voz en tu alabanza,
 Filosofía hermosa?

Lució por fin el anhelado día
 de alabar tu belleza
 y al monstruo confundir que pretendía
 encubrir su fealdad con tu ropaje,
 y tomando tu enérgico lenguaje
 de sombras rodear al ser humano
 cerrándole el Empíreo soberano.

¡Dichosa edad aquella en que habitaba
 ocultas soledades
 el sabio, y por su mano cultivaba
 sus cortas propiedades!

Los arcanos del orbe escudriñaba;
 en medio de sus flores,
 junto al manso arroyuelo,
 olvidaba sus penas y dolores;
 enajenado, absorto, el alto cielo
 contemplaba de estrellas tachonado,
 el denso velo de la noche oscura,
 el manto nacarado
 de la brillante Luna, la Natura
 de mágica belleza, revestida,
 y mil y mil loores tributaba
 a el Hacedor que el Orbe conservaba.

Su mente sumergida
 en este delicioso pensamiento
 olvidaba la vida;
 mirando al firmamento
 en éxtasis dulcísimo arrobado,
 de celestial contento
 se sentía su espíritu colmado.

Otro, inspirado de su ardiente celo,
 en medio de las plazas declamaba
 contra el vicio insolente:
 inspiraba el temor del alto cielo,
 y al dolo consternaba

su honor mostrando a la obcecada gente,
y al malvado sus crímenes mostrando
sobre su mismo trono
temblar tal vez le hacía
y despreciando su encono.

Y ¿quién tanta osadía,
quién tal valor le daba?
Tú sola, oh celestial Filosofía,
que con tu escudo fuerte
su corazón cubrías
y aliento le infundías
para mirar impávido la muerte.

Mas vino un tiempo [tiempo de que-
brantol,
tiempo infeliz en que gimiera el sabio
por verte profanada.

Cuando triunfante el engañoso labio
del sofista traidor, viste afeada
tu beldad soberana, acerbo llanto
entonces derramaron cuantos vieron
tu desgracia, infeliz Filosofía,
y más cuando advirtieron
alzarse la impiedad con ufania
y su flébil aliento
obeeear el humano entendimiento;
aherrojó el monstruo inmundo en sus ca-
denas

los viles corazones,
y con palabras de ponzoña llenas
deificó la razón. ¡Ay! las naciones
que escucharon su lengua seductora,
su divinal origen olvidaron,
en lóbregas tinieblas se abismaron,
y ciegas y más ciegas mientras tanto
que entre males sin número gemían,
adorando al autor de su quebranto
entre sí con orgullo se aplaudían.

Como funesta llama
que el pastor encendiera descuidado,
con el soplo del Bóreas irritado
por el antiguo bosque se derrama,
y convierte en pavesas
las blondas olas y las ramas gruesas,

do llegó la impiedad, en todas partes
desmayaron al punto ciencia y artes.

Las deidades de Olimpo, los sagrados
númenes del Parnaso,
dejaron sus cantares regalados;
aligero el Pegaso
abandonó su fuente, y las estrellas
y el astro luminoso
dejaron despertar sus luces bellas;
¡Tú blasfemar del ser Omnipotente!
¡Tú negar de su brazo el poderío!
¡Calumnia atrozl Cuando la humana gente,
de sombras por doquiera rodeada,
sin ventura gimió; cuando el impío
feroz politeísmo la oprimía,

y la humana razón triste, ofuscada,
su homenaje rindió a la Idolatría;
¿qué otra vez que la tuya declamaba
contra tan torpe error? ¿Quién afeaba
a la idólatra Grecia sus delirios,
sino el sabio inmortal, que en tus miste-
rios

aprendió a despreciar letras e imperios,
y a la superstición rasgando el velo
supo hallar el Dios único que rige
según su voluntad la tierra y cielo
Yo le vi, yo le vi cuando su labio
clamaba por las plazas y las calles
del Supremo Hacedor en desagravio;
y cuando, ciega en su espantoso engaño
la multitud sedienta de venganza,
sacóle con furor el más extraño
de su modesta estancia
para llevarle por el ancho foro
sin piedad, sin decoro,
a la oscura prisión. Allí la muerte
esperaba por premio su alma fuerte.
¡Y un sabio se asesina! Llanto, pena,
dolores, aflicción, no bastaría
a sentir un castigo tan injusto.

Los jueces, los ancianos,
sus enemigos, con semblante adusto

a las gradas marmóreas subían.
¡Oh consejo de tigres inhumanos
por la vil ignorancia reunidos!
Los lúgubres gemidos
de sus tERNOS discípulos se oían;
un susurro espantoso resonaba
por aquellas mansiones de quebranto;
pero el sabio entretanto
destinado a morir, se presentaba
más que nunca sereno.

¡Tan cierto es que el bueno
desprecia con valor los más potentes
y más grandes peligros! Asombraba
a Sócrates mirar entre la dura
mofa del populacho, y siempre lleno
de majestad y de sin par dulzura.

Grita el pueblo irritado:
al ver el gran valor con que sufría:
sólo se escucha el eco malhadado
que insano repelía:
su furor insolente y fascinado;
el pueblo tan amado
que en otro tiempo fascinado había
el mismo sabio con la luz radiante
de la bella inmortal Filosofía.

A las aves nocturnas semejante
que no pueden sufrir la ley del día
y de inútil furor se vuelven llenas
contra el astro brillante,
así se vuelve la impotente Atenas
contra la ciencia que dañar no es dado.
¡Qué situación tan triste y degradante
la del mortal por la pasión cegado!

El verdugo inhumano
con corazón cobarde le presenta
el puñal y el veneno. ¡CrUEL afrenta!
¿Qué es lo que intenta tu homicida mano?
Atiende, reflexiona, no derrames
una sangre inocente; del Eterno
la venganza no llames; no hay remedio, no; está decretado.
Víctima de las furias del Averno,
con reposo aparente

el pueblo lo presencia; el inocente
filósofo con mano generosa
el veneno mortal toma sin miedo,
y defendiendo la verdad hermosa
en el tormento permanece ledo.

El verdugo temblaba
y el sabio, más sereno en el suplicio
cuanto más abatido aún enseñaba
cuál era su virtud, cuál su inocencia,
y a par vituperaba
de Venus y de Jove el sacrificio.

Ya se acerca a los labios, ¡justo cielol,
la bebida mortífera; el aliento
ya cesa de animarle; un denso velo
ofusca el ilustrado entendimiento;
las fuerzas le abandonan; a Natura
cede el tributo de la muerte dura.

La ignorancia, creyéndose triunfante,
iba a elevar el estandarte horrendo.
¡Monstruo! ¿Acaso ignorabas
que había un Dios tremendo
a quien ingrato entonces ultrajabas?
Cuando el crimen estaba cometido,
a vista del cadáver moribundo
el pueblo envilecido
reconoce su error; el más profundo
funesto sentimiento

de su alma arrepentida se apodera
y la memoria atento
de tan grande filósofo venera.

Del monstruo entonces el rencoroso pe-
[cho
en ira se enardece,
y viéndose vencido, el duro lecho
torna a ocupar, que en el oscuro Averno
su delito merece
y le impuso la mano del Eterno.
¡Mártir de la Verdad! ¡Víctima hermosa
del ciego gentilismo!
Rompe, rompe la tumba silenciosa
y ven a desmentir el ateísmo.
Y di que por jamás ha fomentado
la bella divinal Filosofía,

por jamás, el error: qué inútilmente
en nombre suyo guerrear porfía
contra el Criador excelso Omnipotente.

Antes ella aspiró con fuerte mano
a derrocar los vergonzosos templos
de la torpe infernal idolatría
y a inspirar en lugar de un culto insano
que del vicio aumentaba los ejemplos,
el culto de una esencia toda pura
pronta a llenar al hombre de ventura.

EL TROVADOR

De un elevado castillo
que Arlanza orgulloso baña,
un trovador elegante
en el puente se paraba.
En el rastrillo golpea
con el pomo de una daga,
y en los góticos salones
ronco el eco se propaga.
Un joven doncel, del fuerte
presentóse en la muralla,
y con semblante halagüeño
dijo en alta voz: «¿Quién llama?»
El Trovador que le ha oído
dirigióle aquesta fábula:
—«Si llegado es en buen hora,
un pacífico infanzón,
que envía a vuestra señora
don Rodrigo de Aragón».
Se alzó a este tiempo el rastrillo,
y en el patio tuvo entrada;
un paje tomó el corcel
por las riendas plateadas,
y el gallardo trovador
por los salones se entraba.

II

Confusó ruido se oía
en la sala principal,

el y el extranjero
hacia allí se dirigía
en continente marcial
muy altanero.
Hallóla toda ocupada
de galanes y de bellas
en gran festín;
doña Blanca de Moncada
se ve la primera entre ellas,
como la rosa
más orgullosa
en un jardín.
El día feliz memoria
en que luz primera vió; a Y
y a su lado
por eso, gentil señora,
tanta dama encantadora,
tanto héroe celebrado
hoy reunió.

III

Entró do estaba el convite
gentil el recién venido;
hizo gracia
con el morado sombrero,
y atrevido
en denodado ademán
a doña Blanca se fué;
y después de haber pedido
su venia, ante ella galán
quedó en pie.
La dama se la otorgó
y así el trovador habló:

IV

«Don Enrique mi señor,
el cuarto Enrique que es,
me manda donde me ves,
a mí, que soy trovador,
trovador aragonés.
Diz que hoy es vuestro natal,

«y este monarca del mundo
quiere honrarlo como tal,
«que el cuarto Enrique así val
«como val Juan el segundo.

«Y una trova te regala
«que trova de amores es
«y ninguna se la iguala;
«por eso vine de gala,
«trovador aragonés.»

—«Yo a tu señor agradezco,
—doña Blanca respondió—
«de un amor que no merezco
«esta prueba que me dió.

«Y a estas damas placera
«y galanes que aquí ves
«trova de amores
«que cantará
«trovador aragonés.»

Y

TROVA

Un día risueño
prepara la aurora.

¡Feliz la señora

del alto Muñón!

¡Oh, cuántas personas

se ven a su lado!

¡Cuánto señalado

valiente infanzón!

Un buho funesto

que cerca habitaba,

lejano graznaba.

¡Se le vido huír!

La blanca paloma

ocupa su nido;

su amante gemido

se acaba de oír.

Porque hoy es el día

de Blanca hermosa,

la más bella rosa
que tiene el jardín,
¡Trovas y alegría,
y largo festín!

Que nasce hermosa
la más bella rosa
que tiene el jardín,
y en su nombre se
contra el mundo
Antes esta
y a barrotar los
de la torpe
y a barrotar los
que del mundo
le causa
y a barrotar los
y a barrotar los
y a barrotar los

VI

Su dulce voz expiró,
Ya y sus ecos repitieron
las bóvedas de Muñó.

Y en vano le pidieron
quedase en el castillo.

No pueden los caballeros
ni las damas alcanzallo,

que ha perdido su caballo
y mandó

que le alzarán el rastrillo;
dispidióse muy cortés

y dijoles al partir:
«Quedárame hasta mañana

«en este festín de amor,
«y fuera de buena gana;

«mas de Enrique mi señor
«otra la voluntad es,

«y yo soy su trovador,
«trovador y aragonés.»

EL CONTRABANDISTA

Subiendo la negra roca
de embarazosa montaña,
contrabandista español
bridón andaluz cabalga.
Lleva el tabuco a su lado,
el cuchillo entre la faja,
y con el humo del puro
su voz varonil levanta.

«Que brame en la peña el viento,
que se arda el monte vecino,

que rompa el enhiesto pino
el aquilón violento.
Yo desprecio sus furores;
y aquí solo, sin señores,
de pesadumbres ajeno,
oigo el huracán sereno
y canto al crujir del trueno
mis amores.»

«El albor de la mañana,
en sus matices de rosa,
me trae la imagen graciosa
de mi maja sevillana,
y en sus variados colores
me pinta las lindas flores
del suelo donde naef,
donde inocente ref,
donde primero sentí
mis amores.»

«Cuando la enemiga bala
chilla medrosa a mi oído,
ya mi contrario caído
el alma rabioso escala (sic).
¡Qué me importan vengadores
cien fusiles matadores
que amenacen mi cabezal.
Con mi Moro y mi destreza
yo les canto en la maleza
mis amores.»

«Sienta, yo el pujante brío
del galope de mi Moro,
y el trabucazo sonoro
de algún compañero mío;
y que vengan triunfadores
los caballeros mejores
que empuñaron lanza o freno.
Yo de temerles ajeno
cantaré libre y sereno
mis amores.»

Tranquilo el contrabandista
aquí del canto llegaba,

cuando un acento francés
¡Fuegol! a su lado gritaba.
Sobre su frente pasaron
con rudo silbar las balas,
y gendarmes le acometen
diciendo «¡Ríndete a Francia!»
Y entonces él—«No se rinden
los que nacen en España»,
y contra el jefe enemigo
su ancho trabuco descarga.
Cayeron dos, como arbusto
que el cierzo en pos arrebató.
En impetuosa carrera
el bruto gallardo arranca;
y por sobre los peñascos
que en rápida fuga salva,
cantando va el español
al trasponer la montaña:
«Vivir en los Pirineos,
pero morir en Granada.»

POESÍA LEÍDA

EN EL CEMENTERIO DE SAN NICOLÁS EN
LA TRASLACIÓN DE LOS RESTOS DE CAL-
DERÓN

¡Ve en paz!, ya no te acosa ni envidia
[ni deseo,
tu ser está al abrigo de las tormentas ya,
tu nombre remontarse sobre los tiempos

[veo,
y encima de los astros tu pensamiento va.

Tú vives para siempre; sin miedo al
[abandono,
del indolente siglo, florece tu laurel.

Tu nombre es infinito, tu féretro es un
[trono
y tú sólo descienes para reinar en él.

Y a par que la tormenta rugiendo se
[desata,
a par que rueda ronca la tempestad, veloz,

y a par con el rugido de la ancha cata-
resonará inspirada tu poderosa voz. [rata,

Dios te prestó su aliento, el querubín
[su lira,
el águila sus ojos, su impulso el vendaval;
la voz de tu memoria sobre los mundos
[gira
aventajando el vuelo del águila imperial.

Tú puedes ver el alba nacer junto a tu
[frente,
tú puedes con las nubes por los espacios
[ir:
tu gloria es más brillante que el sol en el
[Oriente,
más grande que los tiempos tu inmenso
[porvenir.

¡Ve en paz!, y si algún día cercano de
[tu gloria
mi espíritu ilumina un rayo de tu sol,
yo cantaré a este pueblo que aplaude tu
[memoria,
que nunca ha sido ingrato el que nació
[español.

HORÓSCOPO

I

¿Quién será de los sabios de la tierra
el que rumbo señale a su destino?
¿Quién a sus pasos marcará camino
por el caos fatal del porvenir?

Al mirar de las fúlgidas estrellas
la hermosa multitud, ¿quién osaría
de ninguno decir «esa es la mía,
esa es la luz que apagaré al morir?»

II

«Nadie: elpreciado astrólogo que en vela
registrando volúmenes se afana,
lo mismo que la estúpida gitana

del hondo porvenir penetrará;
ya ufano aquél *horóscopo* lo llame,
llámelo ya *buena-ventura* aquella,
ni él en sus libros, ni en sus rayas ella
con el futuro de los hombres da,

III

En vano aquél con crédula porfía
el vaticinio del conjuro indaga,
y en vano tienden a la infame maga
la abierta mano donde nada ve.

Si en el mágico círculo del sabio
o el mapa de la torpe embaucadora
un arcano hay recóndito, se ignora;
es una historia donde nadie lee.

IV

Si hay una estrella que al mortal arras-
hasta dar en su fin paso tras paso, [tre
esa estrella a su vez marchará acaso
cruzando los espacios al azar.

Y esa, cual todas las que en medio bri-
[llan
del azul con sus chispas tachonado,
cuando muere el mortal predestinado
seguirá su camino sin cesar.

V

No rasgues para mí tu denso velo,
¡lóbrego porvenir!—Sea eualquiera,
quiero ignorar la suerte que me espera
y a ciegas quiero hasta mi tumba ir.

No hay para mí ni oráculo ni maga
que a rumbo fijo mi existencia fuerce;
mi voluntad el vaticinio tuerce
y cualquier predicción me hace refr.

VI

De mi tiempo a través marchó sereno
sin mirar al futuro, cual pirata

que contempla la mar que le arrebató,
sin curar de su barco a dónde va,
y si al cabo borrascas o enemigos
le sorprenden en medio de las olas,
su destreza los salva y sus pistolas,
o el agua amiga panteón le da.

VII

Y esa es mi fe: los sabios de la tierra
no detienen mi rumbo ni un momento,
seguro voy a la merced del viento
cuyo inconstante rumbo seguiré.

Yo, remolcando en mi barquilla débil
la indolente fortuna del poeta,
sin envidiar el astro del profeta,
cantando alegre por la mar iré.

VIII

Tal vez me alcanzarán en mi camino
mil orgullosos barcos más veleros,
coronados sus altos masteleros
de escudos que el orgullo acumuló;
yo los veré pasar de entre las flores
que coronen mi mástil, y su gente
bogaré más veloz, más insolente,
no más segura ni feliz que yo.

UNA VERDAD COMO UN PUÑO

Se me ha puesto en la cabeza,
y voto va San Ginés
que aunque pese al universo
atrás no me he de volver.

Y antes de seguir ¡oh Ayguals!
quiero advertirte cortés
que me remitas hoy mismo
el álbum de tu mujer;
porque es justo ¡vive Dios!
que haga una excepción con él,
ya que con todos los otros
preparo un auto de fe.

Pues, señor, estáme atento
porque quiero e por b
espetar cuatro verdades
que han de hacer bulto de diez.

Al ir a doblar la esquina
de mi casa antes de ayer,
me di de manos a boca
con el elegante Andrés.

Ya le conoces... Buen mozo,
equipado a la *dernière*,
gran figurín de las modas,
verdadero parisién
en el vestir y el andar,
en el dormir y el comer,
dado que ni estuvo en Francia
ni deletrea el francés.

Mas éste, Ayguals, es su fuerte,
y como hay de este jaez
tantos otros, pasa entre ellos
por la torre de Babel.

Además, ya habrá llegado
a tu noticia también,
que aunque con duques se trata
y vive como un marqués,
ni tuvo nunca, ni tiene
esperanzas de tener,
más renta y bienes raíces
que sus barbas y tupé
(lo cual respondió Ventura
a quien yo conozco bien
en una ocasión que él sabe
y por lo que yo me sé).

Pues, señor, Andrés es éste,
y para la completez
del individuo, oh Ayguals,
que sepas es menester
que no hay baile, ni paseo,
ni tertulia, ni café,
ni una fonda, ni un teatro,
ni una reunión, donde él,
parecido o convidado,
socio o amigo, no esté.

Con éste, pues, enal lo pinto
fué con quién di antes de ayer.

—¡Oh dichal ¡Zorrilla mío!

—¡Oh suerte! ¡Mi don Andrés!

¿Cómo está usted?

—¿Yo? tan guapo,
Pepe del alma, ¿y usted?

—Como siempre, también guapo
(salvo mejor parecer).

¿Dónde va usted por aquí?

—A su casa.

—Suba usted,
que a la puerta está.

—Con mucho
gusto.

—Mírole usted bien,
que hay que apechar por seis tramos.

—Aunque fueran diez y seis.

—Subamos, pues.

—Pues subamos.

Y henos en un dos por tres
en mi estudio cara a cara,
él conmigo y yo con él.

—Ya estamos solos, ¿qué es ello?

le dije yo; y sin perder
un momento, ante los ojos,
con la dignidad de un rey
me abrió un álbum, por un hoja
de blanquísimo papel,
quedándonos uno y otro
ante la mesa de pie.

Me alegrara, Wenceslao,
que hubieras podido ver
los dos tan distintos gestos
que pusimos a la vez.

Él con una sonrisita
de impertancia, y como quien
dice «Yo soy todo un hombre»,
me miraba de través;
lo cual me hizo, a pesar mío,
recordar el cuento aquel,
en que dijo a un castellano
desde un pozo un portugués:

«Casteçao, salva mi vida
que te la perdonaré.»

Yo en tanto, frunciendo el ceño,
le contemplaba también,
entrambos como dos gatos
que un plato por medio ven
y recelosos se miran
sin atreverse a comer.

Yo, al fin, con este desearo
que Dios me dió, y este *aquel*
que por ese mundo viejo
yo mismo me procuré,
con un tono entreverado
de franqueza y de doblez,
con el joven *petit-maître*
así el diálogo anudé:

—¿Conque mi firma en esta hoja
es lo que usted quiere?

—Pues,
no fuera el álbum completo
si faltara la de usted.

—Pues ahí está —dije yo—,
cogi la pluma y firmé.

—No es eso, señor Zorrilla,
lo que se quiere.

—Pues ¿qué es?
—Una composicioneita
a propósito; ocho o diez
estrofitas, de esas cosas
tan bonitas que hace usted.

—Es lisonja que usted me hace,
mas vamos claros, pardiez,
que esto va largo y me esperan,
amiguito don Andrés.

Yo soy un hombre algo zaino,
que, como usted sabe y ve,
estoy hasta aquí de versos
(y le señalé a la nuez).
Si de llenar ese álbum
se ha tomado el cargo usted,
ha hecho usted mal, porque un hombre
no se puede prometer

que otro hombre de mal humor
se dé un mal rato por él.

—Por mí, no; por la señora
dueña del álbum.

—¿Quién es?

—Es una niña hermosísima,
mas no la conoce usted.
¿Si usted la viera!

—En tal caso,
no dude usted, don Andrés,
que emborronara de ese álbum
con mucho gusto el papel.

Pero, pues no me conoce,
ni a ella yo, perdone usted
si le digo que no quiero
hacer una letra en él.

Nada esa señora y yo
nos debemos.

—Ya se ve. —Si mi firma por capricho
tiene gusto de tener,

ahí la lleva, y esto basta;
pero que se aplauda usted
de haber molestado a tantos
con el álbum, y a los pies
de esa señora hermosísima
vaya usted solo a ofrecer
los frutos apetecidos

de la pluma y del pincel,
sin que nunca en tiempo alguno,
esa señora ni usted

al pintor, poeta o músico
se lo hayan de agradecer,
eso no será en mis días
ni conmigo, don Andrés.

—Pero un álbum... uno o dos
cuatro estrofas... —Más de cien
me han traído esta semana

y no conozco ni tres
de los nombres de quien son,
y ni uno supo volver

a decirme: Muchas gracias;
con mi amistad en cuenta usted.

—Eso raya en grosería,
Pepe. ¡Un desaire! ¿Y a quién?
¡A una señora, en un álbum!

—Acabemos, don Andrés,
y excuse reconveniones

de cortesía, porque
viven los cielos que ahora
fuera mucho más cortés

que esa señora hermosísima,
en vez de enviármele a usted,
me mandara a su lacayo

o algún mozo de cordel
con el álbum, y un billete
que me obligara a volver

atención por atención,
ya que esta ruin estrechez
de los tiempos que alcanzamos,

no la permiten hacer
mejor expresión de aprecio
sin precio vil, que vil es.

¿Me explico? Eso es cortesía
y educación, don Andrés;
dar mi firma por la suya,

o si oportuno lo cree,
con un mal ramo de flores
o cosa así... ¿entiende usted?

no pagar tan ruin servicio,
la intención agradecer.
Esto, don Andrés de mi alma,

a esa hermosa dirá usted
de mi parte, mientras yo,
en un mal romance en e,

se lo digo a todo el mundo,
que le siente mal o bien.

PRIMERA IMPRESIÓN DE GRANADA

Dejame que embebido y extático res-
pire
las auras de este ameno y espléndido pensil.

déjame dejar brotar
las lágrimas de mis ojos
y a Dios un momento orar!

Deja que a pleno pulmón
aspire voraz tu ambiente,
aunque en tal aspiración
dilatándose reviente
de placer mi corazón.

¡España del alma mía!
Sin orar a Dios por tí
no he pasado un solo día:
¿quién sabe si todavía
te acordarás tú de mí?

Dios me llevó mis pesares,
a llorar a tierra extraña;
ya a través de tierra y mares
mis lágrimas traigo a España
convertidas en cantares.

España de mis amores,
si aún mis cantares ansias,
no quiero que por mí llores:
para tí tornaré en flores
todas las lágrimas mías.

¡Dios de España, a quien jamás
olvidé por donde fui,
aquí es en donde tú estás:
aquí es en donde te das
a ver y adorar de mí!

¡Dios, que sabes con qué fe
diez años hora por hora
la de mi vuelta esperé,
no me abandones ahora
que pongo en España el pie!

II
no lo fue para el mundo
y yo le habo lealado
De tu sangre... ¡AL COCHE!

¡Bien haya quien grito tal
me da en español de nuevo!
Ten mi bolsa, mayoral:
yo en mi patria sólo llevo
mis versos por capital.

III
EN ESPAÑA

¡Patria... de placer venero!
Ya tu aura mi faz orea;
ya mi oído el son recrea
de tu lengua nacional.
Yo no soy aquí extranjero:
si no conocen ya al hombre,
aún fío en Dios que mi nombre
no suene al oído mal.

¡Patria!... no sé si en mi ausencia
la calumnia me ha mordido:
yo vuelvo como he partido,
hijo leal para tí.
Maestro en la gaya ciencia,
de los pueblos con asombro,
solo, y el laúd al hombro,
tu gloria a cantar me fí.

Siempre en plazas y en palacios,
en teatros y salones,
mis primeras expresiones
me acusaron de español;
cual poeta y hombre, a espacios
en mi vida hay malo y bueno:
español, puedo sereno
enseñar mi faz al sol.

Si te dicen que amor tengo
a un pueblo antes tu enemigo,

no lo fué para conmigo
y yo le debo lealtad.
De tu sangre hidalga vengé;
no he de ser jamás ingrato
con quien fiel me dió buen trato
y franca hospitalidad.

Si te dicen que dependo
de extranjero soberano,
me tendió leal su mano,
me trató de igual a igual.
Yo me doy y no me vendo:
él lo sabe y él lo estima;
de fe en prenda, llevo encima
coronada su iniécia.

Yo he nacido castellano;
mas doquiera que me he visto,
soy cristiano, y como Cristo
prediqué fraternidad.
Todo hombre nace mi hermano;
do llevo mi gaya ciencia,
la fe llevo en la conciencia
y en la lengua la verdad.

Fénix que anuncio mi muerte,
vengo en mis patrios hogares
de mis últimos cantares
el son postrero a exhalar;
vengo en un esfuerzo fuerte
de mis postrimeros bríos,
a saludar a los míos,
a hacerme otra vez al mar.

A mí, a través de las olas,
llegó el cántico vibrante
de una pléyade brillante
de nuevos poetas mil.
De las letras españolas
aún mi alma el amor abriga...
Ven a que yo te bendiga
¡oh, pléyade juvenil!

¡Con cuán íntima delicia
gozaba oyendo tu cántico,
cuando á través del Atlántico
lograba hasta mí llegar!
Ven, ven a mí, que es justicia
que los vates castellanos
den un apretón de manos
al que tuvo aquí su hogar.

Que yo os conozca; cercadme;
yo soy leal; soy un viejo
que sin pesadumbre dejo
mi puesto a la juventud.
Mas al llegar, toleradme
mi viejo laúd que empuñe,
y un mal cantar os rasguñe
en mi ya ronco laúd.

Trémula traigo la mano
y cana la cabellera;
mas aún traigo la alma entera
y brío en el corazón,
y aún puedo, buen castellano,
lanzar con mi último aliento
un ¡bravo! a vuestro talento
y un ¡viva! a nuestra nación.

A PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

¡Dios te bendiga, Alarcón,
por tu carta bienvenida!
Por ella a muerte y a vida
es tuyo mi corazón.

Y aunque una gota de hiel
con el recuerdo fan triste
de quien tanto amé, vertiste
al fin de tu carta en él,

no por eso será esquivo
mi corazón para tí,

pues me ayuda el que perdi
a hallar su afecto en tí vivo.

¡Dios haya en la eternidad
recibido su alma buena!
La mía, de su fe llena,
dejó su santa amistad.

Tendamos un santo velo
sobre el mármol que le encierra:
nuestra alma debe la tierra
cruzar vestida de duelo.

Hablemos hoy de otra cosa:
tu noble carta al leer,
he sentido tal placer,
que en el alma me rebosa.

Hablas de mí de tal modo
que si de mí piensa hoy
como tú mi patria, voy
tal vez a atreverme a todo.

Si de tu carta supieras
cómo obran en mí a estas horas
las palabras tentadoras,
lo que escribes no escribirías.

Nunca tuve otra ambición
que ser en mi patria amado:
si engañarme has intentado...
¡Dios te perdone, Alarcón!

¿Sabes tú lo que es tener
entre tí y España el mar
y a que se seque esperar,
a España para volver?

¡Pues once años pasé así!
Bien quisto, tal vez amado,
sí, pero desesperado
de volver nunca, ¡ay de mí!

Tenía oro y no podía
pagar jamás mi pasaje,
y a la eternidad del viaje
tener que emprender temía.

¡Han sido once años de añán!
Aunque me los ha endulzado
el pueblo que me ha hospedado,
conmigo siempre galán.

¿Concibes, buen Alarcón,
cuando tu carta he leído,
lo que sentir he debido
en mi español corazón?

Dios me tuvo en tierra ajena
once años encadenado,
y hubiera muerto expatriado
si él no rompe mi cadena.

Yo creo en Dios; sí, en verdad:
humillé ante él mi cabeza,
y aguardé con entereza
la muerte o la libertad;

y atado de pies y manos,
de la calumnia y la envidia
sentí herirme con perfidia
los agujijones villanos.

¡Y no eran, Pedro, de allí
los que allí a traición me herían!
¡Pedro, los dardos venían
envenenados de aquí!

Mas mi fe en Dios es completa;
cristiano soy, y prefiero
la lealtad del caballero
a la fama del poeta.

Yo nunca he sabido odiar;
quienes me ultrajaron sé,

pero sus nombres eché
con sus ultrajes al mar.

Dios me otorgó su perdón;
y mi cadena al romper,
me mandó a España volver
sin ira en el corazón.

No me hará un triunfo arrogante:
si alguno un guante me arroja,
le ruego que le recoja
sin que yo se le levante.

Creíme olvidado aquí,
aunque en Dios siempre fié:
mas da harto jremio a mi fe
si aún os acordáis de mí.

Dices muy bien, Alarcón;
sólo español y cristiano
fui siempre, buen castellano,
el cantor de mi nación.

Nunca opinión he tenido,
ni política mancilla:
sólo a la prez de Castilla
mirado he por donde he ido.

Si mi nación me lo estima,
¡benditos sean de Dios
los duelos que llevé en pos,
los años que traigo encima!

Perdona estas digresiones
a que me impulsó tu carta;
y antes que a Madrid me parta
lee mis últimas razones.

Traigo un voto que cumplir:
deja que antes de cantar,
diga a Dios ante el altar
lo que debo a Dios decir.

Deja que un momento en calma
con Dios mis deberes llene:
aguarda a que Dios serene
la tempestad de mi alma.

Supongo que no imaginas
que ansío palmas ni honores:
yo viví sembrando flores
y en todas sé que hay espinas.

Yo vengo ansioso a beber
la luz y el aire natal,
al Anáhuac imperial
por si tengo que volver.

Yo amo aquella infeliz tierra:
¡quién algo del corazón
no deja en una prisión
que por once años le encierral

Mi palabra allí empené:
y aunque en extranjero hogar
allí tengo que expirar,
mi palabra cumpliré.

Si a quien mi palabra di
rico y feliz fuera, yo
se la pidiera, pues no
necesitara de mí;

mas como se puede hallar
solo, a la merced de Dios,
no he de ser yo de los dos
quien al otro ha de dejar.

A él mi palabra me liga;
si él de ella no me desata,
o Dios antes no me mata,
mi fe a cumplirla me obliga.

Pues debo a la corte ir
y en ella te debo ver,

cuándo y cómo debe ser
te debo a un tiempo advertir.

Aun traigo unas trovas viejas
que cantar en mi harpa rota,
y traigo una que otra nota
sobre cuentos y consejas;

y aún traigo algo que decir,
pues que mi oficio es hablar,
y algo traigo que contar,
si me lo quieren oír.

Mas como (si gran fortuna
no) tuve en Castilla casa,
voy antes a ver qué pasa
por la casa en que hubé cuna;
así que, antes que a Madrid,
otengo que ir a investigar
si me guardan un hogar
Burgos o Valladolid.

Después... si desear flores
derramar ante mis huellas,
sea: yo sabré con ellas
una guirnalda trenzar;

y a estilo de mis mayores,
en un templo, de fe en prenda,
haré de ella a Dios ofrenda
antes de hacerme a la mar.

A LA ESTUDIANTINA
BURGALESA

Oigo al pie de mi balcón
vuestra gentil serenata.
¡Cuánto es a mi oído grata!
¡Cuán grata a mi corazón!

Pusieron hondos pesares
entre Castilla y yo el mar,
y a Castilla al regresar
me recibís con cantares.

¡Dios os dé tanto placer
como con ellos me daís!
Si un día España dejáis,
como a mí os haga volver.

Temí que mi corazón
se hubiera insensible hecho,
pero palpita en mi pecho
de vuestra música al son.

Y pues le hace ella latir
después de tanto pesar,
tal serenata a pagar
debe el corazón salir.

¡Gracias, pueblo burgalés!
En cambio de la canción
que envías a mi balcón,
los versos echo a tus pies.

No extrañes si en el hogar
do' entre lágrimas me hospedo,
tú serenata no puedo
con gayos versos pagar.

Págate con éstos, pues;
mas nunca olvides que son,
tan pobres como los ves,
hechos con el corazón.

A ANTONIA

Flor que del sol te meces
al primer rayo,
niña hermosa que creces
al sol de mayo.

decirte anhelo
lo que quiero y le pido
para ti al cielo.

Yo quiero que tu alma jamás a Dios
[olvide;
que Él siembre sólo en ella los gérmenes
[del bien:
que el ángel de tu guarda como un jardín
[la cuide,
donde las flores sólo de la virtud se den.

Yo quiero que el ambiente del vicio no
[te dañe;
que donde estés, los *genios de sociedad* no
[estén;
que ni el amor te prenda ni la amistad
[te engañe
con redes cuyos lazos tus ojos hoy no ven.

Que tu alma no se nutra de pensamien-
[tos vagos;
que no recibas flores sin conocer de
[quién;
que el corazón te pueda librar de los es-
[tragos
de libros y de utopías en que los tontos
[creen.

Que se deslice quiero tu juventud tan
[pura
como los ríos puros que riegan el Edén,
y tus recuerdos broten tan limpios de
[amargura
como las aguas puras del pozo de Zem-
[zén.

Que nunca pesen menos tu fe y tu
[honor que el oro:
que no orlen los diamantes, sino el pu-
[dor, tu sien:
que tengas en tu casa las llaves del de-
[coro;
que seas en tu raza de la vejez sostén.

Quiero que tu existencia
tejas con flores;

que guardes tu inocencia,
que nunca llores:
que bogue en calma
por el mar de la vida
siempre tu alma.

Y quiero que tu cuerpo, con la salud
[nutrido,
alcance la hermosura del árbol y la flor;
que, de frescura y fuerza modelo, esté
[vestido
con el cendal rosado del virginal rubor.

Yo quiero que las hebras de tus cabe-
[llos suaves
coronen tu cabeza con tal gentil pudor,
como el cretón de plumas que Dios da
[a algunas aves
y el que orla a los volcanes de luz y de
[de vapor.

Que tu sonrisa sea como el albor del
[día,
tu voz como el murmullo de arroyo bu-
[lidor,
tu aliento como esencia de las que el Asia
[envía,
y tus palabras ricas de espiritual sabor.

Tus ojos más serenos que el agua de los
[lagos,
que nunca empañen ni orlen con cárdeno
[color
nublados de tristezas, de lágrimas estra-
[gos...
que al cielo puedan siempre mirar como
[el condor.

Si duermes, que tu sueño arrullen las
[palomas;
si velas, que a tu reja te cante el ruiseñor;
y que las brisas llenen tu camarín de aro-
[mas,
y tu alma mis cantares de fe, de paz y
[amor.

Quiero que mientras vivas
de mí te acuerdes
y que en tu alma lo escribas
por si me pierdes.
He aquí mi anhelo,
he aquí lo que para ambos
le pido al cielo.

A NARCISO SERRA (1)

I

Es el signo fatal del que algo vale;
quien de las medianías sobresale,
el genio egregio, mientras vive, lúida
con los ruines mosquitos de la envidia,
con todo el que de *vulgo* nunca sale:
no hay quien no le rebaje o se le iguale,
y aun todo el que no es *algo*, por desidia,
en vez de trabajar, crecer, seguirle
y alcanzarle, se goza en zaherirle,
del mundo por la tumba hasta que sale.
Entonces elegías, epitafios,
de luto nacional muestras ruidosas,
lápidas, monumentos, cenotafios,
estatuas coronadas de oro y rosas:
todo lo que es ya inútil al difunto
y a su nación de vanagloria asunto.
¿Por qué no confesarlo, aunque nos pese?
Esa es la sociedad, el mundo es ese.

II

Así Serra vivió, y en su tristeza,
viéndole agonizar le abandonamos;
no por ruindad, ni envidia, ni vileza;
por esta dejadez y esta torpeza
que con la leche del país mamamos;
porque éste es el país de la nobleza.

(1). «Improvisación escrita por el autor el día del entierro de Serra, en cuya ceremonia recibió el honor de ser invitado a llevar una de las cintas del carro que conducía el féretro.» (Nota de Zorrilla).

Somos raza entusiasta y generosa,
mas vence al entusiasmo la pereza;
no estalla, si a estallar no se le acosa;
nuestro alegre país no se apercebe
de que se muere nadie mientras vive:
y mientras vive el genio, nadie inquiere
si vive bien, o si viviendo muere.

III

Serra vivió de nuestra tierra al uso:
yo, su memoria al bendecir, me acuso
de no haberme atrevido en esta vida
a sondar la alma grande que Dios puso
en una carne por el mal roída:
yo no le conocí; yo en tierra extraña
le admiré y le aplaudí lejos de España.
Su polvo al conducir al cementerio,
no le pude decir lo que hoy le digo,
por no turbar la calma y el misterio
del sagrado lugar que le da abrigo,
y por no aparentar que me exhibía
otra vez en lugar del que moría.

IV

Duerme en la tumba en paz, Serra festivo;

Dios todo lo equilibra y lo compensa:
el mundo olvida a quien incienso vivo:
¡feliz aquel a quien difunto incienso!
Prueba evidente de que en vida vale
el que, de ella al salir, al mundo sale.

Ardió del genio creador la llama
viva en ti: de tu espíritu el imperio,
unida a aquél con deleznable trama,
dominó hasta su fin a la materia;
nutrida en larga enfermedad tu fama,
volará de hemisferio en hemisterio,
pues hoy por genio tu país te aclama.
Pero por genio al aceptarte en serio,
te abandonamos ¡ay!, viva laceria,
a vivir en la sombra y la miseria,
para llevarte en triunfo al cementerio.

Tal fin en existencias semejantes
de tiempo inmemorial nadie aquí extraña;
así mueren los genios en España;
así murió Colón, así Cervantes.
¿Por qué? Sin duda porque Dios lo quiere.
[re:
nadie es grande en España hasta que
muere.]

V

Poeta, ¡duerme en paz tu polvo inerte!
Aunque tu patria te esquivó, te amaba;
podrías, si te alzaras, convencerte:
tu gloria empieza do tu vida acaba.
Yo en tierra extraña, con la nuestra en
[guerra,
te admiré y te aplaudí sin conocerte;
y hoy, más viejo que tú, me cabé en
[suerte
llorar sobre la tumba que te encierra.]

Duerme en paz, y a mirar no te levantes.
[tes
qué estela dejas tras de ti en tu tierra:
fueron tu vida y muerte las de Serra,
pero es tu porvenir el de Cervantes.]

A S. M. EL REY D. ALFONSO XII
EN LA MUERTE DE S. M. LA REINA DOÑA
MERCEDES

I

Iris de paz y de virtud lumbrera,
la comprendió y la amó la hispana gente;
vos la amasteis ¡oh Rey! adolescente
y ella os amó desde la edad primera.
Mas fugitiva luz, flor pasajera,
brilló un instante, perfumó el ambiente,
doró el pasado y enlutó el presente;
y hoy la reza y la llora Europa entera.
De su faz guardan con amor los trazos

el palacio, el taller y la cabaña:
si os hizo ¡oh Rey! el corazón pedazos
de la muerte al herirla la guadaña,
pensad que une su amor, de amor con
[lazos,
con el pueblo español al Rey de España.]

II

De la luna de miel el alborozo
durando aún y de la boda el ruido,
la muerte, de su ser con el destrozo,
la hundió en la eternidad, no en el ol-
[vido.]

Lloradla sin contén y sin rebozo,
llorad a la mujer que habéis perdido;
qué no amenguan la prez de Rey tan
[mozo
las lágrimas del Rey tan buen marido.]

Mientras su duelo el ánimo os des-
[troce,
llorad con vuestro pueblo que la llora,
lloradla, Señor Rey Alfonso Doce:
perlas son vuestras lágrimas de ahora,
y el pueblo, que su precio reconoce,
para vos las recoge y atesora.]

EN LA MUERTE DE S. M. LA
REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES

II

Mariposa brillante cual ninguna,
vivió en Sevilla entre azahar y rosas:
Dios nos la envió en un rayo de la luna;
mas duró aquí su gloria y su fortuna
lo que suelen durar las mariposas.

Un regio amor sirviéndola de abono,
confiada en su amor se juzgó fuerte;
y en su inocente y cándido abandono,
tendió sus alas, se posó en el trono...
y en ataúd se le trocó la muerte.

Su alma pasó, de un día en el espacio,

desde el palacio a las empíreas salas.
 ¿Qué deja ¡ay! de sí misma en el pala-
 cio?
 Lo que las mariposas de sus galas,
 lo que guardan no más los ataúdes:
 la memoria inmortal de sus virtudes,
 que es el polvo impalpable de sus alas.
 Sol de virtud, en sus diez y ocho soles,
 deja en el corazón de un buen marido,
 deja en la alma de un Rey hoy más que-
 rido,
 deja en los corazones españoles
 un amor libre de baldón y olvido:
 y guardarán su incólume memoria
 en España el honor, Dios en su gloria.

NOSCE TE IPSUM

I

Carísimos hermanos en Apolo,
 cuyas muestras de estima y de cariño,
 de envidia exentas, de interés y dolor,
 al viejo tornan a la edad del niño;
 ¡gracias por tan espléndida acogida!
 No discutamos hoy si la merezco,
 empero no dudéis en vuestra vida
 que con el corazón os la agradezco.

No temáis que el poeta castellano,
 vuestro hermano al llamarse y vuestro
 amigo,
 sea ¡ante Dios el tiempo por testigo!
 mal amigo jamás, ni mal hermano.

Valencia, a quien el gozo ha vuelto
 loco
 al escuchar la voz de su hijo nuevo,
 a mí tal gozo agradecer me toca,
 pues renacer en mi vejez te debo:
 y no debió en país ni en tiempo alguno
 un poeta a su sola poesía
 fama más popular, y aquí ninguno.
 tal popularidad como la mía.

Abrensemé las nulas y ateneos

como el humilde hogar y los talleres;
 pidenme por mi nombre en los paseos,
 los pobres, y sin miedo y sin deseos
 a la cara me miran las mujeres.

Por doquier que en Valencia me pre-
 sento,
 de admiración objeto y de cariño,
 me cede el paso y me saluda atento
 el pueblo; y contemplándome un momen-
 to,
 «él eso», se dicen desde el viejo al niño.

Las calles al cruzar y las plazuelas,
 me saluda cortés el artesano;
 me sonrén las freseas muchachuelas,
 y a la gorra ante mí llevan la mano.
 Los chicos al salir de las escuelas.

Es el más grato olor el del incienso;
 son los aplausos el mejor arrullo;
 pero perdón si os digo lo que pienso:
 oigo éste, aspiro aquél con un inmenso
 placer... mas con placer, no con orgullo.

Algo haber en mí debe que algo vale:
 los pueblos sin razón no aplauden nada,
 y en mí de lo vulgar algo hay que sale;
 mas hay en ti por mí gracia sobrada,
 ¡oh Valencia gentil, ya madre mía!,
 más favor y más gloria a ella acordada
 que valor en mi vieja poesía.

Oye, pues, lo que oír de mí no esperas,
 lo que ya veces mil en mis cantares
 he repetido allende de los mares,
 y que hará tal vez hoy que más me quie-
 ras.

II

CONÓCETE A TI MISMO, dijo un sabio:
 y aunque por sabio no, por ser ya viejo,
 hacer no debo a mi razón agravio,
 despreciando del sabio el buen consejo.

¡Hoy que así de tu amparo bajo el man-
 to
 me acogés; hoy que tanto mi presencia

celebras y en tus brazos me alzas tanto;
 que aureola quieres dar a mi cabeza
 de la lumbre del sol con un anillo,
 y a mi gloria tus bardos con nobleza
 quieren hacer de estrellas un cintillo,
 voy a probarte yo con este canto
 que en sandía vanidad no me encastillo,
 ni al aura popular me ensoberbezo;
 que acepto de mi gloria de tu mano
 con gratitud, no más la que merezco;
 así que, en vez de alzarme, me arrodillo:
 con fe leal y corazón sencillo

toda la gloria que me das te ofrezco,
 y ante tu aplauso popular me humillo:
 Conocerse a sí mismo es la gran ciencia;
 oye, pues, municipio valenciano,
 poetas lemosines de Valencia,
 a vuestro hijo escuchad y a vuestro her-

mano;
 que antes de que sepulcro aquí se le
 abra, va a dirigiros su postrer palabra
 como hidalgo español y buen cristiano,
 Y POR SIEMPRE A LIBRAR DE SU PRE-
 SENCIA
 TODOS LOS FOROS DEL TEATRO HISPANO.

III

Nunca he sido yo más que un vaga-
 bundo:
 yo soy el escritor de menos ciencia,
 el ingenio español menos profundo,
 el versificador más sin conciencia:
 mas aunque soy, tal vez, el más fecundo,
 flor sin aroma, frasco sin esencia,
 de sentido y de lógica vacía
 no es tal vez más que un son mi poesía.

Como el ruido del mar, como el del
 viento,
 como el de un manantial de agua co-
 rriente,

como el canto del ave, como el lento
 son de la lluvia o de la espuma hirviente,
 tenaz, sonoro, musical mi acento
 se exhala de mi ser perennemente,
 pero como esos ecos del vacío,
 es un son fútil el acento mío.

¿Por qué, pues, de poeta alcancé nom-
 bre?
 ¿Por qué hay de oírme afán por donde
 paso?
 ¿Por qué os juntáis para escuchar al
 hombre
 de saber y de juicio más escaso?
 ¿Queréis que yo os revele, aunque os
 asombre
 y a vanidad me lo achaquéis acaso,
 por qué del bardo me otorgáis la palma?
 Porque me ha puesto Dios la fe en el
 alma.

Porque me dió con ella la hidalguía,
 la generosidad del caballero,
 y ni envidiar ni odiar mi alma podría
 ni al amigo vender, ni al compañero:
 porque grande y leal el alma mía,
 cabe en mi corazón el mundo entero:
 y como sabe Dios la fe que abrigo,
 por doquiera que voy va Dios conmigo.

Como al ave, al nacer, me dijo: «canta»,
 y a impulso de la fe que en mí se encierra,
 arrancada mi voz de mi garganta
 resuena sin cesar sobre la tierra:
 y como el fénix sin cesar cantando
 voy mi fe por la propia y por la extraña;
 y como el fénix moriré entonando
 mi canto funeral en la montaña.

¿Dónde aprendí mis cántigas? Lo ig-
 nora.
 ¿Dó va las tuyas a aprender el ave?
 ¿Dónde toma su ruido el mar sonoro?
 ¿Dónde el aire su son, áspero o suave?
 Mas nada sé, ¡ay de mí! Todo lo ig-
 nora:
 hijo de un siglo inquieto y de una tierra

que desolaba fratricida guerra,
 a mi primer cantar hicieron coro
 gritos discordes de furor y espanto,
 ayes de hiel y desgarrado llanto;
 no tuve tiempo de aprender; me hicie-
 salir al mundo solo, casi niño,
 los vaivenes del siglo; me perdieron
 mi familia y mis padres el cariño,
 yo no gocé jamás su compañía;
 yo me dejé arrastrar por el encanto
 de la santa y risueña poesía.
 que amparó mi orfandad bajo su manto;
 y del Pindo a la sombra y al abrigo,
 cedí al instinto que nació conmigo,
 sentí mi inspiración, probé mi canto;
 y, no sabiendo más, di a mis cantares
 las frases de la fe de mi creencia,
 y conté las leyendas populares:
 por eso me escucháis, esa es mi ciencia.

Yo, aunque alumno del griego clasi-
 cismo,
 bebí en mi infancia la nectárea esencia
 del castalio licor del paganismo,
 busqué mi inspiración en mi conciencia,
 pedí mi numen a mi pueblo mismo,
 y el pueblo me contó lo que ha años
 que con frase mejor mi musa os cuenta:
 y eso es lo que os inspira a mi cariño,
 eso es lo que en mis versos os hechiza;
 que os cuento, con más fe y con más
 [aliño,
 lo que, al mecer en su regazo al niño,
 os contó a cada cual vuestra nodriza.

IV

Mi inculca inspiración, mi tosco verso,
 en los sonos del himno se han nutrido
 que cantar a su Dios al universo
 siente mi corazón, oye mi oído.
 Ese himno santo, universal, perenne,

que un solo instante de sonar no deja,
 inextinguible, místico, solemne,
 de nuestro globo en derredor, que aspira
 su hábito en el de Dios: máquina errante
 por el vacío azul, viva y radiante
 con propia vida y luz; que nunca vieja,
 ni cae jamás, ni descarriada gira:
 que ni vacila nunca, ni se aleja
 de su órbita jamás; que siempre mira
 al Dios que errar ante su faz la deja
 cantando ese himno que su amor la ins-
 [pira.

Himno compuesto del fugaz gemido,
 de la ráfaga rauda, de la queja
 de la tórtola viuda, del zumbido
 del impalpable insecto y de la abeja
 que el panal elabora; del balido
 de la espantada oveja, que oye al lobo
 acercarse a sus rediles, y llama a su pastor,
 que en la cabaña
 ensaya sus sonatas pastoriles
 en la zampona o el rabel de caña;
 del rumor soñoliento de la fuente
 que bajo el césped invisible suena;
 del pavoroso estruendo del torrente
 que el valle asorda y la caverna atruena:
 del triste son de las marinas ondas
 que vienen, arrastrándose con pena,
 unas tras otras, túrgidas, redondas,
 leve espuma a tornarse en el arena;
 ese himno, en fin, universal, sonoro,
 que cuanto tiene voz a Dios levanta,
 y del supremo Criador a coro
 testimonia el poder, la gloria canta:
 que en todos los dialectos y lenguajes,
 y en medio de las razas más ateas,
 con la voz de los pueblos más salvajes
 dice al Sumo Hacedor: ¡BENDITO SEAS!

Esa es mi poesía, esa es la ciencia
 de mi instintivo canto no aprendido;

por eso, amorosísima Valencia, con maternal amor me le has oído.

Yo, poeta de fe, mas no de ciencia, maestro sólo de la ciencia gayá, pasé, mi fe cantando, la existencia de región en región, de playa en playa; mas canté como pájaro perdido: nada sé, nada soy ni nada he sido.

Déjame, pues, partir y no demandes ya a mi vejez ni flores, ni canciones; no me hagas entre aplausos y ovaciones sentar entre tus sabios y tus grandes, e incienso no me des, ni me corones; déjame ya, Valencia, que me ausente para volver el hábito postrero a exhalar en tus brazos solamente; déjame; y cuando vuelva a tu regazo, madre de mi adopción! no me recibas con aplausos, ni músicas, ni vivas, sino con mudo maternal abrazo.

Y entonces no me vuelvas a la escena a obligar a subir a que te cante; porque de gozo en vez te dará pena mi ronca voz, gastada y vacilante.

Ahí te queda de bardos lemosines una brillante pléyade naciente que anida en tus balsámicos jardines; y que tras de Pizcueta y de Llorente va, y de Labaila, y de Querol y Herrero; de quienes si hoy aún marchó delante, es nada más porque nací primero.

Yo me sé conocer; ya hice bastante; pronto van a ser blancos mis cabellos; y mas no me pidas que mi voz levante; yo su cantar aplaudiré, expirante; di a mis hermanos que te canten ellos.

VI

Diz que el mundo es un teatro: mas representar en él un papel de mucho aplauso, difícilísimo es.

A los que en teatro tal galanes son, rara vez hay director ni traspunte que su salida les dé.

A la escena la fortuna les arroja a tiempo bien, y a través de todo obstáculo aciertan con su papel; a algunos... pocos, a fuerza de atención, de impavidez, de paciencia, astucia o mérito, surgiendo entre la Babel social, salir a galanes desde comparsas se ve; mas salir no es lo difícil, sino desaparecer.

Yo mi papel como supe hasta aquí representé; me dió humo España y subí; mas mi gloria es Montgolfier lleno solamente de humo; y pues tan alto llegué por patrio favor, yo quiero bajar, pero no caer.

¿Qué sabe el viejo más sabio, si, ciego hasta su vejez, conocerse a sí no sabe y que envejece no ve? Yo... (perdonadme este yo por el último) yo, pues, por la fortuna en la escena lanzado, me presenté ante un pueblo sorprendido de verme surgir ante él, evocado de una tumba que iba a cerrarse a mis pies.

Absorto el pueblo, yo absorto, y uno de otro sin saber, me dijo el pueblo «habla» y yo, en lugar de hablar, canté. Mi cantar en aquel sitio fué mi fortuna... Después...

no necesito contároslo,
lo que aconteció sabéis.
Seguí cantando, y ahientos
tales cantando cobré,
que en un Don Juan me escucharon
desde el zapatero al rey.

Mas por hacerme escuchar,
yo consejos no escuché;
y creyendo que mis versos
me iban a abrir el edén
en la tierra, y que mi raza
de mí iba su gloria a hacer,
seguí cantando... y mi casa
un día desierta hallé,
y al fin me hicieron mis versos
familia y hogar perder,
*perdiendo hasta la esperanza
de mi salvación tal vez.*

Entonces solo en el mundo
como un paria me quedé,
y entonces... (es una historia
que a nadie importa saber)
entonces yo, no sabiendo
más que cantar, me lancé
a morir cantando loco
de tierra y mar a través;
y a través de mar y tierra
fuf cantando por doquier
la patria en que había nacido,
las creencias que mamé
con la leche de la madre
que por su mal me dió el ser;
y canté, y canté... y ¡por Crístóla
donde a cantar me paré,
canté a España sin temor
a extraña o contraria grey;
y si el hombre salió mal,
el español quedó bien.

Yo iba a morir, no a matarme;
y aunque a Dios se lo rogué,
mató a los que iban conmigo;
allá quedan... dos de tres;
mas Dios no quiso mi vida;

Dios me hizo allá encanecer,
y yo... a morir en la tierra
en donde nací torné:
torné como fui... cantando;
mas como uso ya no es
que cantemos nuestros versos,
di los míos en leer.

No ¡vive Dios! por orgullo,
no, ni de aplausos por sed;
sino, pues que a sus poetas
hoy escuchan con placer
Alemania, Francia, Italia,
y hasta el yankee y el inglés,
para probar que oye España
a sus poetas también.

En eso en pro de mi patria
mi último aliento agoté;
y estoy diciendo hace un año,
diez veces en cada mes,
*que envejecí, y que mi tiempo
pasó ya y que yo pasé.*

Se afecta por cortesía
lo que digo no creer;
mas, pues, cumplí como bueno
y adonde pude llegué,
no es justo quitar en público
dignidad a mi vejez,
ni es justo hacerme ante el pueblo
como un gladiador caer,
exponiendo a su desprecio
lo que vió en mí como prez.

Si por amor a Valencia
en sus teatros hablé,
es mi madre, y sus caprichos
debí de satisfacer;
que soy buen hijo; y no puedo
ni tratarla con desdén,
ni excusarme con mi madre
de cumplir con mi deber.
*Mas ya, fuera de Valencia,
ni el amor, ni el interés,
ni la caridad, ni el ruego,*

ni la amistad, ni la ley,
por más popularidad,
que mi exhibición me dé,
me obligarán a exhibirme
sobre la escena otra vez.

Lo que hice en Valencia, lo hice
con la cordial buena fe
de las fiestas de familia,
en las que todo está bien.

Y ¡adiós, madre!, tú a mis versos
coronas haces tejer,
y plantar por ellos quieres
sobre mi tumba un laurel:
mas como Dios al crearle
dijo al hombre «pulvis es»,
quiero que sepas, Valencia,
que yo conocerme sé;
y que modesto y cristiano,
te he de pedir al volver,
una tumba en que no plantes
más que una cruz y un ciprés.

He dicho, y no sé qué he dicho,
ni si dije mal o bien;
mas con lo dicho, mi voz
oís por última vez.

DEL «PLEITO DEL MATRIMONIO»

No esperes, Ricardo mío,
aunque en leerle me deleito,
meterme de vuestro PLEITO
en el intrincado lío.

Yo tengo un modo de ser,
un juicio y una moral,
que de manera especial
la sociedad me hacen ver.

Y vivo en ella a mi modo:
tal como está organizada,
la tomo; y sin creer en nada
como ella, lo acepto todo.

Tiene de utopias un ciento

nuestra sociedad por base;
miradlas bajo la base
que mejor os venga a cuento.

Mas tiempo no malgastéis
vuestro ingenio en arrojar
en el abismo de un mar
que nunca sondar podréis.

No os sumerjáis en el caos
de pleito tal: si se os viene
a la mano, y os conviene
un matrimonio, casaos.

Si maridos para ser
en condición no os juzgáis,
no os caséis jamás, no hagáis
infeliz a una mujer.

¿El matrimonio es legal
institución?—Aceptadle
tal cual es, o declaradle
un contrato antisocial.

Mas meterse a discutir
sobre tan arduo argumento,
es querer dar aire al viento
y sobre el agua escribir.

Si Teodoro y tú pensáis
que por pedir su opinión
a todos, vais la cuestión
a dilucidar, erráis.

Yo dos veces me casé,
y me casé, porque sí;
con nadie lo consulté,
parte de ello a nadie di.

Y si mal me lo guisé,
con mi pan me lo comí:
¿a qué, pues, vienes a mí
a que razones te dé?

Mas ya que con tal porfía
quieres que mi firma vaya
puesta en el pleito, no la haya
por ella: allá va la mía.

Engasta, Ricardo mío,
mi opinión en el volumen
si quieres: de ella el resumen
son los versos que te envío.

El cristiano matrimonio la base es de la familia; pero bien no se concilia nunca a Dios con el demonio.

La manera de casarse y la de vivir casados, para en hacer, despechados, a los casados ahorcarse.

¿Por qué?—¿Por la institución del matrimonio?—No tall. Por tomarlo todo hoy mal, de través y sin razón.

Dijelo ya, y hoy insisto en que por más que la echamos de cristianos, hoy andamos en contradicción con Cristo.

El casado quiere casa; y no hay casado que se halle en la suya, y a la calle se sale a ver lo que pasa.

Nuestros saraos, nuestras fiestas populares, cortesanías, religiosas o profanas, ¿a qué fin están dispuestas?

En público el matrimonio, casi ridiculizado, si es nudo ante Dios atado, lo desata aquí el demonio.

Y no hay de fiesta cartel que de moral no blasone; mas solamente se pone la moral en el papel.

A visitas, a paseos, y hasta a la iglesia, ¿a qué vamos? A ver de lo que gustamos y de gustar con deseos.

A ver y a ser vistos: que es de todas las relaciones comienzo, y es ocasiones buscar de dar un traspicés.

Van ellas con unos trajes que no son más que pretextos

para ir desnudas; y ante éstos no hace la moral visajes.

Porque es la moda un tirano que a la moral avasalla; y, desnudándose, calla ante ella el pudor cristiano.

Vamos los hombres dispuestos siempre a envidar por doquier, y son marido y mujer doquiera a caer expuestos.

Lo cual para mí es lo mismo que en el alambre bailar sobre un volcán, y jurar no caerse en el abismo.

En matrimonio en que, ufano, a la mujer y al marido presenta con el vestido en moda hoy, ¿qué hay de cristiano?

La que tal vestido puesto lleva, y al pudor ofende, ¿con qué derecho pretende que vive en estado honesto?

¿Para quién es ya un misterio que de matrimonio tal tiene que ser natural consecuencia el adulterio?

Si aún algún cándido hay que así, ciego, no lo vea, llévale a que oiga o que lea a Sellés y a Echegaray.

De aserción tal no te asombres; siempre en el derecho zurdos, la moral a estos absurdos hemos traído los hombres;

y todo en contradicción anda en nuestra sociedad con la ley, con la verdad, y hasta con la religión.

Yo doy en el matrimonio la razón a la mujer; y todo en él, a mí ver, da en su favor testimonio.

Con empeño farisaico

que es, se enseña en el colegio,
para el cura sacrilegio,
sacramento para el laico.

Pues lo moral ser no puede
relativo, malo y bueno,
tríaca al par y veneno...
harto digo, y aquí quede.

Los Santos Padres se empeñan
en probar que la mujer
es hija de Lucifer,
y a odiar al hombre la enseñan.

La mujer que se resiente,
doncella, viuda y casada,
de verse representada
por el hombre en la serpiente,

¿qué ha de hacer cuando se casa?
¿Con qué derecho el marido,
si por sierpe la ha metido,
la quiere anguila en su casa?

Si en vez de hacerla entender
con fe y con razón cristiana
que es del hombre hija y hermana,
la dan por de Lucifer,

al hacer del matrimonio
una institución social,
el caso matrimonial
se da a enredar al demonio.

Al hombre y a la mujer
dió Dios la concupiscencia,
origen de la existencia,
pues da a los hijos el ser.

Si el instinto suprimir
no podéis que nos da Dios,
apareaos dos a dos
y aprended a bien vivir.

Mas si esta unión natural
santificar no queréis,
no os caséis; mas no achaguéis
a la mujer sola el mal.

Las queréis castas, modestas,
¡y hasta en el invierno crudo
el cuerpo medio desnudo
las hacéis andar expuestas!

Si de modo las vestís
que en la calle y en la sala
hacéis de sus formas gala,
¿por qué pudor las pedís?

Y si las despudoráis
desde su edad más temprana,
¿por qué la moral cristiana
en contra suya invocáis?

¿Dónde está vuestra moral?
Gracias que la halle Revilla
en la última redondilla
de una comedia inmortal.

Para mí es gran necesidad
querer vivir tan a zurdas,
en utopías tan absurdas
basando la sociedad.

Mas Cristo nuestro Señor
murió clavado a un madero
por Redentor, y no quiero
meterme yo a redentor.

Del mundo tal cual está
lo que me acomoda tomo,
y con mi pan me lo como
como el mundo me lo da.

Dos veces matrimonio;
si en dos necesidades di,
ni mal hice más que a mí,
ni a la institución culpé.

Adiós, pues, Ricardo mío;
de tu PLEITO a los poetas
saluda; mas no me metas
a su inextricable lío.

De su moral... mas no hablemos;
yo opino con mi *Don Juan*
Tenorio, que en un inédito
libro, canta este cantar:

«Luchó la Naturaleza
un día con la Moral;
la Moral cayó debajo...
no se ha vuelto a levantar.»

FRAGMENTO DE UNA LECTURA INÉDITA, ESCRITA EN 1871
Y REFUNDIDA EN 1879

Dió el vulgo en llamarme un día
el poeta de las flores; a
y hasta dió en creer, señores,
que un encantado pensil
de flores vivas tenía;
porque vida y movimiento
prestó a las flores de un cuento
mi inspiración juvenil.

¡Consejas de tiempos viejos
que por mi mal ya han pasado!
Mas a un jardín encantado
pronto a llevaros estoy,
aunque está lejos... ¡muy lejos!
más allá de los lugares,
de las tierras y los mares
conocidas hasta hoy.

Vosotros diréis: «son sueños
del poeta que delira;
esas flores son mentira,
no han existido jamás.»
Mas decid: Si los risueños
delirios encantadores
del poeta no son flores,
¿qué son? ¿Lo sabéis quizás?

Yo os confesaré, señores,
aunque son cosas secretas,
que el jardín de los poetas
está en su imaginación;
pero, ¿sabéis de unas flores
lo que hacer puede maestro
un poeta de grande estro
y de grande inspiración?

Oíd: la siembra tendida
en el jardín de mi mente,

era semilla viviente
de germen espiritual;
mis flores tenían vida:
cada cual guardaba dentro
de sí algún ser, era centro
de algún átomo vital.

Tres nobles genios, la Historia
con la Fe y la Poesía,
las flores del alma mía
vinieron a cultivar:
y a la luz de la memoria
cuantos entes existieron,
para hablarme se vinieron
en mis flores a albergar:
desde la larva infusoria
y el átomo microscópico,
al monstruo enorme e hidrópico
que habita el fondo del mar.

Todos los creados seres
en mi jardín se hospedaron
y de sí mismos dejaron
gérmenes en mi jardín;
cuantos hombres y mujeres
vivieron en choza o trono;
desde Adán a Pío nono,
desde Eva hasta Jenny Lind,
Y hasta los nunca nacidos,
las increadas visiones
de entes jamás concebidos,
sueños más que el aire vagos,
gnomos, sílfides, endriagos,
hurfes, ángeles, genios
trascos, alucinaciones,
y cuantos imaginarios
seres de locos ingenios
y exaltados visionarios
fueron obra o invención;
quiméricas creaciones
de todas las religiones;
de todas las fantasías

que han abortado en la tierra
todas las mitologías,
todas las supersticiones,
los delirios y ficciones
que del mundo entero encierra
la historia y la tradición.

A mi voz, como a un conjuro,
animándose mis flores,
cobraban en vez de olores
formas, pensamiento y voz;
y los genios de la noche
de su cáliz desde el broche
tras de su espíritu puro
iban con ala veloz.

Mil almas enamoradas
y mil hechiceras sombras,
que en mis flores encantadas
se albergaban del calor,
de sus cálices salían
a la luna, y sobre alfombras
de musgo y césped venían
a sentarse en mi redor.

A poco el éter vacío
llenaba un son apacible,
un murmullo indefinible,
musical y arrullador,
y era todo en torno mío
dulces besos, de amor prendas,
trovas, cántigas, leyendas,
votos y quejas de amor.

Y en este Edén de ilusiones,
de luz y de poesía,
habitado por millones
de ficciones sin valor...
¡si supierais cuán graciosas,
cuán gratas, cuán deleitosas
son la historia y compañía
de estos seres de vapor!
Aquí un silfo azul se queja
de una ingrata mariposa;
allí lamenta una rosa

los desdenes de un clavel:
allá una sonora abeja
a un jazmín acariciando,
mientras le arrulla zumbando,
le va robando la miel.

Pondera allí una azucena
su perfume a un botón de oro,
y el botoncillo inodoro,
de su brillante color
no más pagado, desdeña
el amor que la consume:
porque una flor sin perfume
es un alma sin amor.

Acá, a sombra de un lentisco,
la sombra de una odalisca,
en una guzla morisca
canta un himno a un tulipán;
y un alhelí berberisco,
que al tulipán celoso odia,
va por lo bajo en parodia
repetiendo himno y refrán.

Un ruiseñor sonoro
que hizo su nido en el huerto,
guía de aves un concierto
con su voz rica de son:
de él un jilguero envidioso
pía hasta que se atolondra
y le hace burla una alondra
del aire en la alta región.

Y el vago encantado ambiente
resonaba en torno mío
con un murmullo viviente
que no cabe en descripción:
masa informe de memorias,
neblina hirviente de cuentos
que en el ámbito vacío
de la azulada región,
lanzaban mil elementos
de rumor germinadores,
mil átomos productores
de este indefinible son.
Eran de antiguas historias
despedazados fragmentos,

suspiros de amor... lamentos
 de almas errantes... congojas,
 ayes y quejas acerbas,
 que en las hojas y en las yerbas
 guardaba para mí escritas
 mi futura inspiración.
 Eran ecos infinitos
 de mil varios caracteres;
 ya eran gritos de mujeres,
 delatores, precursores o motores
 de placeres exquisitos,
 de dolores inauditos,
 de rencores y delitos;
 son de orgías saturnales,
 y de impías bacanales
 que hastiaban y llenaban
 el espíritu de horror.
 Luego motes campesinos,
 serenatas y cantatas
 de estrambotes peregrinos;
 melodías amorosas,
 salmodias religiosas,
 tristes cantos funerales
 de los santos cantorales:
 alaridos de guerreros,
 predicciones de agoreros,
 y canciones de juglares,
 y bramidos populares,
 y estampidos de cañones,
 y explosiones de volcanes:
 montes rotos y hundimientos
 de violentos terremotos
 y deshechos huracanes
 al horrisono fragor;
 luego graves voces solas
 dulces, suaves,
 como el canto de las aves,
 como arrullo halagador
 de lejanas barcarolas,
 que por cima de las olas
 fía al viento el pescador.
 Son, en fin, indefinido
 producido por un ruido

tan gigante, tan inmenso,
 tan vibrante, tan intenso,
 que traía de sí en pos
 cuanto acento conocido,
 voz, lamento, silbo, aullido
 de mar, tierra y firmamento
 en el seno azul del viento
 encerró la voz de Dios.

—
 Era la historia del mundo
 compendiada en el rumor
 universal y solemne
 que en himno vital, perenne,
 el universo fecundo
 canta al Supremo Hacedor.
 Era la voz gigante
 del poder a quien invoca,
 del espíritu que evoca
 la Pitonisa de Endor;
 era la hirviente marea,
 la calentura que agita,
 el estro voraz que excita
 al poeta creador.
 Allí absorta el alma mía
 escuchaba entre el ramaje
 el misterioso lenguaje
 que oía en mi derredor:
 y yo al mundo al otro día
 le contaba y le escribía
 los relatos que aprendía
 de este idioma encantador.
 Allí la voz y las sombras
 contemplé y oí con miedo
 de los muertos que en Toledo
 evoqué de su panteón:
 allí vi aquel juicio póstumo
 donde iremos uno a uno
 y no habrá para ninguno
 privilegio ni exención.
 Allí of las cien leyendas
 de los cien castillos viejos,
 que relatan mis librejos

olvidados casi ya:
 y las cláusulas tremendas
 de aquel reló que decía:
 «¡Nunca! ¡Nunca, vuelve el día,
 ni el instante que se vale!»
 Con D. Pedro entre allí en tratos,
 allí el capitán Montoya
 vió cómo abrían su hoya,
 y ante un juez Cristo juró;
 allí eché al mar a Pilatos,
 resucité a D. Rodrigo
 y a ser de bronce testigo
 Jesús de la Cruz bajo.
 Allí me contó su historia
 Margarita la tornera,
 me habló allí una calavera
 y hablé al rey D. Sebastián;
 allí Satanás la gloria
 cerró al alcalde Ronquillo,
 y allí por un postiguillo
 metí en el cielo a D. Juan.
 ¡Delirios del tiempo viejo!
 ¡Vanidad de un viejo loco!
 Mientras mi pasado evoco
 de lo pasado me alejo;
 pasar mi presente dejo
 y expirar mi inspiración:
 mas si en vez de una canción
 tiene mi fe solitaria
 que enviar ya a Dios la plegaria
 de mi postrera oración...
 dejadme a solas sondar
 de mi alma el revuelto abismo:
 dejadme conmigo mismo
 mi muerte a solas cantar;
 dejadme hasta terminar
 conmigo mismo cumplir...
 ¡Dios me abrió ese porvenir!
 ¡Ya sé que estoy expirando!
 Mas he vivido cantando
 y cantando he de morir.

EN EL ÁLBUM DE LA HIJA

DEL FAMOSO FELIBRE PROVENZAL LUIS
 ROUMIEUX

Por cima de la montaña
 que nos sirve de frontera,
 me envía un alma sincera
 un beso y una canción;
 tómalos; que desde España
 han de ir a dar, vida mía,
 en tu alma mi poesía,
 mi beso en tu corazón.

Tu padre, tras la montaña
 que para ambos no es frontera,
 lleva la amistad sincera
 del autor de esta canción.
 Recibe, pues, desde España
 beso y cantar, vida mía,
 en tu alma la poesía
 y el beso en el corazón.

Si un día de esa montaña
 paso o pasas la frontera,
 verás en la alma sincera
 de quien te hace esta canción,
 que la hidalguía de España
 es quien sabe, vida mía,
 dar al alma poesía
 y besos al corazón.

ROMA Y CRISTO

Roma, hija de una loba y dos ladrones,
 fué realista, imperial, republicana:
 y ladrona sin fe, siempre villana,
 medró saqueando a las demás naciones.

Mujeres, leyes, traje, instituciones,
 ciencia, arte, religión y hasta agua sana
 y pan, todo, soberbia y holgazana,
 fué rapaz a robarlo a otras regiones.

Andaz, desvergonzada, descreída,
abrió a todos los dioses su recinto
y alzó hasta la deidad desconocida
templo y altar; y en este laberinto,
vió avizor por conservar por vida
el cetro en mano y el puñal al cinto.

II

Roma, cuyos excesos colosales
de grandeza e infamia, de heroísmo
y vileza, de orgullo y de cinismo,
su gloria y su baldón hacen iguales,
prostituyó en las fiestas lupercales
la honra de sus matronas, con el mismo
desdén bufón y abyecto servilismo
con que adoró sus monstruos imperiales.

Dueña del universo, henchida de oro,
servida por el orbe a su deseo,
de orgullo se embriagó tan sin decoro,
que, ignuda meretriz, infame empleo
de su beldad haciendo y su tesoro,
ebria cayó al umbral del COLOSEO.

III

Comenzaron entonces el oído
a halagar y a sonar en la conciencia
frases de aun ignorada procedencia,
de grato son y místico sentido.

«Fraternidad universal, olvido
de las injurias, paz, fe, penitencia,
caridad...», frases mil de nueva ciencia
que aún no habían los hombres aprendido.

De paz universal serenos días
corrían, y en la atmósfera serena
vagaban misteriosas profecías:
era que ya la tierra estaba llena
de auras de redención; era el Mesías
que empezaba a esparcir su nueva buena.

IV

Sintieron en el aire nuevos ruidos
que, nuevas, le traían auras suaves,
como en nuevo vergel las nuevas aves
piar se sienten al hacer sus nidos.

Ecos de himnos de paz jamás oídos,
jubilosos y tiernos cuanto suaves,
de los paganos templos en las naves
iban a resonar como gemidos.

En su torpe embriaguez los sintió
[Roma:
la loba despertó, y ansiosamente
del aura nueva olfateó el aroma;
y aunque no le ve aún y aún no le
siente,
al nuevo sol que por Oriente asoma,
venteo al león, del aire en la corriente.

V

Mas el león a quien sin ver husmeaba,
bajo el vellón de cándido cordero
balaba apenas al confin postrero
de una provincia en su poder esclava.

Tornó a husmear y a acechar la bestia
[brava,
y aun sintiendo en su mano el mundo
[entero,

volviendo en sí de su terror primero
volvió a la Saturnal en que reinaba.

Y ebria con la grandeza floreciente
de apoteosis, triunfos y ovaciones
de olímpico esplendor, volvió indolente
a alojar en palacios sus legiones
y su plebe a bañar públicamente
de alabastro y de pórvido en tazones.

VI

Solo, de caridad y fe provisto,
y en la fe y la humildad su fe basando,
tomó unos pescadores a su mando
para innovar el mundo, Jesucristo.

Divino SER, con el humano mixto,
indulgente, social, sencillo y blando,
cumplía los preceptos que iba dando;
ejemplo hasta sus días nunca visto.

Su ley unió con fraternales lazos
la humanidad: rasgó la ley judía
e hizo los falsos ídolos pedazos;

y al alzarle en la cruz Salem impía,
a la raza de Adán tomando en brazos,
dijo: «Te he redimido, ya eres mía.»

VII

Cursado sin haber libros ni escuelas,
de Nazareth en sus humildes botes,
del mundo lanzó al mar sus sacerdotes
CRISTO, dando su Fe viento a sus velas.

Tras sí abriendo de luz anchas estelas,
de navíos altísimos con dotes,
a partirse la tierra en doce lotes
les llevaron sus naves pequeñuelas.

Y aquellos pescadores ignorantes,
aquellos doce pobres nazarenos
consiguieron alzar, nuevos Atlantes,
de fuerzas de titán por su fe llenos,
sobre ricos, impíos y arrogantes
los pobres, los humildes y los buenos.

VIII

CRISTO, legislador, no escribió nada;
ni un papiro dejó, ni un pergamino:
quedó tras Él su espíritu divino,
su fe con su memoria inmaculada.

CRISTO, rey, no empuñó cetro ni es-
[pada;
en el polvo sembró de su camino
de su fe la semilla; a su destino
dejándola y al tiempo encomendada.

Germen de amor, de paz, de fe y ca-
[riño,
culto del alma, religión interna,
de fausto exenta y de mundano aliño,

la propagó el amor, la amistad tierna,
la fe del pobre, la mujer y el niño;
y por eso es VERAZ, ÚNICA, ETERNA.

AL PIE DE UN DIBUJO DE
ZORRILLA, DE R. PADRÓ

¿No lo comprendes, niña, no lo adivi-
[nas,
que vengo como vienen las golondrinas
en las almenas rotas que el tiempo ha
[hendido
de Zamora en los muros a hacer su nido?

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR
BALAGUER

Me han dicho que una vez sola y dor-
[mida
una abeja te vió,
y los purpúreos labios de tu boca
por una flor tomó.
Gustó su miel y desde entonces liba
las flores del vergel,
sin encontrar ni flor de más aroma
ni más sabrosa miel.

EN EL ÁLBUM

DE S. A. LA INFANTA DOÑA ISABEL

En vuestro álbum escribir
me ordena por Vos un ser
de quien me ordenó vivir
Dios cautivo hasta morir
por amor y por deber.
Mas dignaos advertir
que para hacerlos servir
no era tanto menester,
pues me honráis Vos con querer
lo que a mí me honra cumplir.

Su sola presentación,
 por sólo ser de quién es,
 da a este álbum pasa y razón;
 y pues prez da y galardón
 él donde va, venga pues;
 yo sé que mi obligación
 es poner mi corazón
 y mi pluma a vuestros pies;
 y lo están... sin interés,
 sin plazo y sin condición.

Mas de este álbum ¡ay de mí!
 hay que miniar el papel
 con una gota turquí
 de la sangre de una hurí
 recogida en un clavel,
 y tomando por pincel
 el pico de un colibrí,
 que no liba más que miel;
 en vuestro álbum, Isabel,
 no se escribe más que así.

Quisiera así escribir yo:
 pero así, ¿cómo y con qué?
 La que por Vos me le dió
 en mis manos le dejó,
 me dijo «escribe» y se fué.
 Le he de escribir, ¿cómo no?
 Mas, señora, os juro a fe,
 que desde que a mí llegó
 no sé lo que me pasó
 que lo que es de mí no sé.

Le miro y vuelvo a mirar,
 le hojeo y vuelvo a hojear;
 una hoja de la otra en pos
 me detengo a contemplar;
 una busco en que firmar,
 y se me pasa entre dos.
 ¡Ay! Vuestro álbum es el mar

en donde me arroja Dios
 mi pensamiento a buscar...
 y yo no hallo más que a Vos.

Busco una idea a través
 del ondulado en que van
 y vienen, como una mies
 sobre quien los vientos dan,
 las mías; pero mi afán
 perdido e inútil es:
 mis pensamientos están
 todos con Vos. ¿Qué trae, pues,
 vuestro álbum? ¿Es talismán
 que os echa almas a los pies?

De vuestra cámara real
 trae el perfume sutil:
 vuestros labios de coral
 con vuestro aliento vital
 le han dado a nardos de abril
 el olor primaveral,
 y en su canto marginal
 de vuestra mano gentil
 se adivina la señal
 de los dedos de marfil.

Eso trae, y eso al traer,
 trae de mi alma al interior
 de la esperanza el albor,
 la luz del amanecer,
 la prez de vuestro favor,
 el vapor de vuestro ser,
 no como el de una mujer
 sino como el de una flor:
 la flor que planta el deber
 y que cultiva el honor.

Trae además para mí
 vuestro álbum más alta prez

que ambiciona la altivez
de mi ingenio baladí:
jamás fué par el neblí
con el águila; y buen juez
de mí mismo, si esta vez
hasta estas hojas subí,
mirad que me alzó hasta aquí
vuestra regia esplendidez.

Aquí os voy, pues, a poner
un cantar, no por llenar
un deber, no; por saber
que, el álbum al registrar,
por mis versos vais, al leer,
vuestros ojos a pasar;
y si logro yo el placer
de que os logren agradar,
¡qué honrados se van a ver
los versos de mi cantar!

Mas ¿por qué anheláis, señora,
tener aquí un vil montón
de versos míos, ahora
que mi vieja musa llora,
y a la puerta del panteón,
la vejez me desvigorá,
del mundo me desamora,
me amilana el corazón
y tiene a mi guzla mora
descordada en un rincón?

¿Cómo ya hasta Vuestra Alteza
elevar podrá un cantar
un viejo, de quien ya empieza
a desvariar la cabeza
y la lengua a balbucear,
y que vacila y tropieza
al escribir y al andar?
Imposible: mi torpeza

de este papel la limpieza
no se atreve a emborronar.

Vuestra Alteza me perdona:
para mí es sólo el sonrojo
de no poder vuestro antojo
cumplir, mas la edad me abona.
Llegar a viejo supone
cambiar de ser; no es manchilla;
mas dejar de ser, humilla;
y pues lo que fué ya no es,
sólo pone a vuestros pies
lo que fué

JOSÉ ZORRILLA.

FRAGMENTOS DE «MI ÚLTIMA BREGA»

Permitidme, aunque os aburra,
y sin ser más que un poeta,
que a raciocinar me meta
y a mi manera discorra.

Todo lo que se os ocurre
sé, y lo que a decirme vais:
mas ruégoos antes que oigáis
cómo mi musa discurré.

Me diréis que, ajeno a mí,
hoy de mí mismo me salgo;
mas si hemos de servir de algo
los poetas, es así.

Si el *quid divinum* existe
y por él a los poetas
del carácter de profetas
su inspiración les reviste,

fuerza es que del estro ardiente
el poder les agigante,
y algo al menos les levante
sobre el vulgo de la gente.

Hasta hoy se los ha tratado
por gente de baja estofa,
y aun con desdén y con mofa
por mucha gente de Estado:

pero tal vez gente tal
no deja tras sí más huella
que una estrofa, en que habla de ella
un poeta nacional.

La historia, en breve memoria,
consigna, tal vez, sus nombres,
pero el poeta, a estos hombres
desdeñosos, da la gloria.

De hoy en la declinación
decaedente y bizantina,
la poesía divina
está aguantando un ciclón.

Hoy los versos se desdeñan
por más prácticas conquistas;
filósofos y realistas
contra ellos la lid empeñan.

Pide el siglo, y con razón,
poesía natural
propia de él, transcendental:
pero ¿trae su inspiración?

En su vida material,
en su práctica social
¿no le ocurre otra invención
para traerla a la razón,

que arrojarla al albañal,
y hacer de ella exhibición
pornográfica, immoral,
sin pudor ni educación?

El verso cae en desprecio
porque hoy rompe toda valla,
y se embriaga y se encanalla
en poder del vulgo necio.

Versos no son poesías,
y van en sentido inverso
cuando se escriben en verso
vulgares majaderías;

y escribir en verso ideas
estúpidas y vulgares,
es como incensar altares
con tufo y humo de teas.

El verso es el rico engarce
de los idiomas del cielo:

preguntádselo, yo apelo,
a Cano y a Núñez de Arce

y a Ferrari, que son tres
poetas paisanos míos,
de alto vuelo y grandes bríos,
o a Campoamor y a Sellés.

Tiene más alta misión
y raya más alto el verso:
sin él en el Universo
no hubo fe ni religión.

Todos los libros sagrados
y los códigos benditos,
en versos están escritos
y en liturgias salmodiados.

El sentimiento profundo
de fe con que a Dios adoran,
en verso expresan cuando oran
todos los pueblos del mundo:

Esdras, David, Salomón,
Job y los grandes profetas,
son tan grandes por poetas
cual por profetas lo son.

Tiene el verso dignidad
tan alta, que es el idioma
en que Dios escucha y toma
cuentas a la humanidad.

Lo prueban la salmodia
del sereno canto llano
y del canto gregoriano,
que en prosa hacen poesía.

Y en la corte celestial
a Dios cantan y subliman
los ángeles; luego riman
en un ritmo musical:

que el oído se revela
a escuchar cantar en prosa;
jamás nadie hizo tal cosa:
a no hacerlo la zarzuela.

Pero, en fin, si ya en el día
por vieja se desarraiga
y es ya forzoso que caiga
por tierra la poesía,

yo me echo con ella atrás

aunque en ella soy maestro;
mas si prescindir del estro
puedo..., ¡del verso jamás!

El verso es arma muy fina,
y al que es maestro en su brega,
jamás a la piel le llega
lengua ni pluma dañina.

Si por hastio o enojo
echáis ya el verso a la calle,
yo, dondequiera que le halle,
como le halle, le recojo.

¡Fuera, pues, la poesía!
y pues el verso descende
ya hasta el mercado y se vende,
allá ya mi mercancía.

Hay quien cree que a España sola
es a quien Dios da la gracia
y que ésta es la idiosineracia (*sic*)
de nuestra raza española.

Partiendo de base tal,
lo que es gracia y ser gracioso
con lo que es hacer el oso
se confunde en general.

Consecuencia de esta idea
vulgar, es que por lo pronto
no nace en España un fonto
que gracioso no se crea.

Y tiene otra tontería
nuestra gracia nacional,
y es creer que no hay más sal
que la sal de Andalucía:

con lo cual a un dos por tres
se nos da muy campechano
un payés por jerezano
o un vasco por cordobés.

Ser gracioso es muy gran cosa;
mas de ello hacer profesión,
es echarse a ser bufón,
profesión indecorosa.

Nación y mujer bonita
bueno está que tengan gracia;
mas la mucha gracia sacia
y gracia guasona ahita.

Arrojarse a un desacato
grosero sin ton ni son,
reventar una función,
meterlo todo a barato

y echarlo todo a chacota,
no tener respeto a nada,
y entonar por bufonada
en un entierro una jota,

nadie habrá que me convenza
que en pueblo o mujer sea gracia,
sino la peor desgracia,
la de no tener vergüenza.

Jamás podré comprender
que, por gracia, el dar de codo
y el echarlo a perder todo,
puede nunca gracia ser.

Ni cabe en mis convicciones
que cabe gracia en el crimen,
y que de la ley se eximen
por graciosos los ladrones:

ni entender tampoco puedo
que quien roba y quien delinque
campe suelto, y triunfe y finque
y que el juez le tenga miedo;

porque todo eso es señal
de que la ley ya no rige,

y que hoy la moral transige
con la corrupción social.

Todas esas novedades,
que sólo aceptara un bobo,
de que la estafa y el robo
son irregularidades:

que la hampa y la pillería
de la sociedad son parte,
y que el robo es hoy un arte
ejercido en compañía:

ese esquivar concertado
de dar nombre de ladrón
al que roba, y condición
tolerable en el Estado:

eso, en vez de criminales,
de darles de tomadores,
espadistas, timadores,
como títulos legales,

y hasta el cuasi sacrilegio
de prenderles por blasfemia,
dando así a tal epidemia
cuasi un santo privilegio;

¿no prueba ya, por desgracia,
que obtienen un patrocinio
la estafa y el latrocinio,
porque ya han caído en gracia?

Y si sus viles campañas,
fechorías y delitos
en teatros y en escritos
por gracias se dan y hazañas;

y si hasta, a lo que parece,
se acepta una dinastía
de ratas y ratería
que aplauso y loa merece,

¿quién no cree, con gente tal,
al ver tal gracia y tal mimo,
que son el robo y el timo
una industria nacional?

¿Ni quién habrá que extraño halle,
que si el juez se va de toros,
a echar una baza a oros
el ladrón se eche a la calle?

Y a propósito del tal
juez en los toros: celebros
esta proporción casual,
para echarme a dar un quiebro
a la fiesta nacional.

¿Que haya toros?—Norabuena:
peró no que noche y día
por doquier y a boca llena,
sólo se hable de faena,
de brega y de torería.

¿A los toros?—Muy contento
que voy yo: mas que no impida
la junta de Ayuntamiento,
ni sesión del Parlamento
interrumpa la corrida:

porque ya es ley, por lo visto,
y para nadie un misterio:
con toros, ni por un Cristo
se encuentra un servicio listo
en caja ni en ministerio.

¿Que toros?—¿Y por qué no?
¿Por qué me había de oponer
a que haya corridas yo?
Mas no puedo comprender
que sean el *san-se-acabó*.

No comprendo por qué el juicio
ha de perder todo el mundo.

y parar todo servicio,
y en delirio trémebundo
sacarse todo de quicio.

¿Que toros?... ¡Hasta en Valaquial!
¡Si me he roto yo la traquia!
en los toros cuando chico,
y aun hoy, viejo, si me picao
a farfullo una tauromaquia.

Yo aprendí en mi mocedad
de Montes y el Morenillo,
que eran una autoridad,
la excelencia y la verdad
del arte de Pepe-Hillo:

y aun conservo yo un libreo
con un grabado en madera,
retrato no, mal reflejo,
de aquel gran maestro viejo,
prez de la gente torera:

y aún corre un soneto mío,
que explica en frase muy clara
qué es un picador de brío
con un ganado bravío
en una suerte de vara:

y sé desde el tiempo aquel
las leyes del redondel;
y, sin jactarme, no ignoro
lo que es en la plaza un toro
y un diestro delante de él.

Bajo el sol del Mediodía
y en un anillo de sol,
de hermosura y de alegría,
es la sin par bizarría
de un corazón español:

el garbo, el valor, la audacia,
la agilidad, la destreza,
el tiempo, la perspicacia,

la inteligencia y la gracia
de la res a la cabeza.

El quiebro contra el empuje;
un hombre contra una res,
un monstruo que de ira ruge;
y entre una seda que cruje,
de un hombre un toro a los pies.

Esto es cuando el diestro es diestro;
porque cuando no es maestro,
pese al humano decoro,
queda, por caso siniestro,
el hombre a los pies del toro.

El diestro es la vertical;
el toro, la horizontal;
ésta ha menester de tierra
y de un punto él: si se encierra
éste en ella, es una guerra
en que vence el animal.

Es la quiebra del oficio:
da prez, fama y beneficio;
y hoy, como en el tiempo viejo,
un desliz trae el perjuicio
de pagar con el pellejo.

Sé bien lo que es fiesta tal:
la más noble y peregrina,
típica y original,
única, propia y genuina
de nuestra tierra natal.

Juego olímpico y heroico,
de intrepidez sin medida,
prueba la más atrevida
del desprecio más estoico
de la res y de la vida:

el alarde más brioso
del valor más generoso,
que, al jugar con una fiera,

testimonio da valioso
del valor de España entera.

Eso es: y yo noblemente
quiero que sea fiesta tal
diversión de un pueblo ardiente
y alegría de la gente
del país meridional:

mas no quiero yo que sea
de social delito rea,
perversión del bien social,
con instintos de pelea
y de holganza general:

no quiero que, tremolina
de pagana saturnal,
sea el delirio que hoy declina
en absurda y bizantina
chifladura nacional.

¿Que haya toros?—Norabuena:
mas, por Dios, España mía,
que te chifles me da pena
por tu gente macarena,
la brega y la torería.

Sé que era más conveniente
a mi popularidad
dejarme ir con la corriente,
no meterme con la gente
ni a campeón de la verdad:

mas, en caliente o en frío,
esto, en verso bueno o malo
prueba que es el estro mío
res brava y de buen trapío,
que carga y se crece al palo.

SINTESES

¿Toros?—Muy enhorabuena:
no desmientó yo mi raza;

mas el diestro a la faena
y los toros en la arena;
que no salgan de la plaza,

CUESTIÓN PERSONAL

(De *Mi última brega*)

He aquí lo que jamás
hasta después de morir
había pensado decir,
de mi sepulcro detrás:

Elegir para nacer

no es dado tiempo ni estancia;
me cogió casi en la infancia
la revolución de ayer.

Sin su libertad de imprenta
y sus nuevas osadías,
ni a mí ni a mis poesías
nos tomara España en cuenta.

Broté de una sepultura
en mitad de un cementerio,
trayendo en mi alma un misterio
y en mi mente una locura.

La tradición de mi casa
era realista y levítica,
mi educación jesuítica,
pero mi audacia sin tasa.

Rompí, pues, todos los lazos
que me unían a los míos,
y con juveniles bríos
me arrojé del siglo en brazos;

pero conservé mi fe;
jamás renegué de Dios
por irme del siglo en pos,
ni eché ante él atrás mi pie:

y cuando en aquel afán
de arrasarlo todo a bulto,
estalló aquel gran tumulto
que parecía un volcán;

entre *el cólera* y la ira

de una plebe amotinada,
de aquella agua envenenada
por la imposible mentira:

cuando arrastrando a los frailes
se hizo oro de sus conventos,
y en sus naves y aposentos
se dieron cenas y bailes,

de aquella demencia extrema
sin villana cobardía,
yo hice a la Virgen María,
aunque no bueno, un poema.

Cuando a tierra los cañones
echaban los monasterios,
cantaba yo los misterios
de sus santas tradiciones.

Cuando todos se escondían
de la audaz persecución
de aquella revolución,
surgí en pro de los que huían:

y aquí y en toda región
decir sin jactancia puedo,
que canté con fe y sin miedo
mi PATRIA y mi RELIGIÓN.

Y si hasta hoy la verdad santa
exalté, porque hoy la toque,
no hay por qué nadie sofoque
la palabra en mi garganta:

pues para aquello y para esto
ayer y hoy se necesita
patriotismo y fe infinita
en un corazón bien puesto.

No imagino que por mi
patria y religión salváranse;
mas algo a que no borráranse
sus rastros contribuí.

Cuando en libertad completa
los fugitivos tornaron,
¿dónde su memoria hallaron?
En los versos del poeta.

¿Por qué tal brío y tal fe
y tales versos olvida
la gente que iba en huida
cuando yo a la lid?—No sé.

Tal vez porque no confundo
cosas que no son lo mismo:
la fe con el fanatismo
ni éste con el otro mundo.

Porque con juicio más sano
no quiero que el pueblo hispano,
de su fe con vilipendio,
con el cañón y el incendio
se eche a probar que es cristiano.

Yo creo en la redención
y en Cristo y en su doctrina,
y jamás su fe divina
se apagó en mi corazón.

Así creí mi misión
cumplir, sin miedo villano,
como bardo castellano,
cantando la patria mía,
con mi fe y mi poesía
de español y de cristiano.

Excusadme: ya está dicho:
jamás me llegó a ocurrir
que hubiera esto de decir
antes de estar ya en el nicho;
mas eso fuí y eso soy:
aborto de un cementerio
y del siglo en que aún estoy,
que tomo en bufo y en serio
lo de ayer y lo de hoy.

Yo soy un hombre de ayer
que voy de hoy con el progreso,
y que me afano por eso
lo pasado en remover,
lo roto en reconstruir,
lo caído en levantar,
lo enterrado en evocar
y lo muerto en revivir.

No porque esquivo al progreso
yo en el pasado me encierre,
sino porque no se entierre
lo que hundió su propio peso:
porque ipese al vulgo zafio!

la poesía divina
pone, en fosa o cenotafio,
a lo que muere, epitafio,
y el INRA a lo que mal fina.

Y aquí surge una cuestión
para mí trascendental:
yo, poeta nacional,
de lo que fué mi nación,
resucito lo que fué
para que ya no sucumba,
o ponga sobre su tumba
el epitafio y el pie?

Yo, que vi mi poca ciencia
y mi instinto vagabundo,
nada hacer quise en el mundo
sin aptitud ni conciencia;
y como más no sabía
que hacer versos, no hice más
ni he aceptado jamás
posición de más valía.

No pudiendo, pues, ser nada,
porque yo para ser algo
más que poeta no valgo,
me volví a la edad pasada.

Yo consagré a España sola
entera mi poesía,
y no ha sido más la mía
que cristiana y española.

¿Me debe algo *el hoy* a mí
por *mi ayer* y mi actitud,
o hay que echarme al ataúd
con todo lo que escribí?

Yo no lo sé, ni me importa;
ya es muy tarde para echar
por otro rumbo y cambiar
de vida, que es ya tan corta.

Por eso, nocturno endriago,
en el silencio nocturno
solo, errante y taciturno,
entre las tinieblas vago.

Y hay quien de una oscura ruina
ver por la noche pretende
que una sombra se desprende
y que a mi lado camina;

y que aquella sombra extraña,
que no alza polvo ni ruido,
mientras yo vago perdido
por la ciudad, me acompaña:
y damos vueltas sin fin
ella y yo por las esquinas
de las torres bizantinas
de la Antigua y San Martín;
y a través de sus ventanas,
según el aire que corre,
se oyen doblar de la torre
en sordina las campanas:

y es que sus lenguas de hierro,
que anunciaron mi bautismo,
tendrán que llamar lo mismo
un día u otro a mi entierro;

y en mi doble funeral
se ensayan cuando yo paso,
y me avisan, por si acaso
lo olvidé, que soy mortal:

porque esa que me acompaña
sombra impalpable, es mi esencia,
mi luz, mi fe, mi creencia,
el guía que nunca engaña:
esa sombra es *mi conciencia*.

Con ella ando noche y día:
y sin pesar, sin encono,
rencor ni miedo, abandono
por ella la poesía.

Sombra que tras mí doquiera
por lo bajo, abrumadora,
va diciéndome severa:

«a casa ya, que ya es hora;
ya estamos mal de ella fuera».

Y de mi conciencia en pos
en mi casa me he escondido,
a vivir en el olvido
y a morir en paz con Dios.

A EMILIO CASTELAR

CON EL TRISTE MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DE SU BUENA HERMANA CONCHA

¿Ves? ¿Oyes mientras lloras? Apenas su
[guadaña
blandió la muerte, hiriendo al ángel de
[tu hogar,
en torno de su féretro se agrupa toda
[España
y a pie y de luto el pueblo su féretro
[acompaña
al espontáneo impulso de tu aura popu-
[lar.

Tu Concha encerró un alma creyente
[y entusiasta
que era una perla pura de limpia nitidez,
de cándidos instintos, de pensamiento
[casto,
de duración perpetua, porque jamás se
[gasta
de la virtud sincera la aquilatada prez.

Que te haga no receles vulgares refle-
[xiones;
no en vano setenta años a [mi] pesar viví,
y sé que heridas tales y tales reflexiones
ni curan las palabras, ni calman las ra-
[zones;
ni doy yo en la estulticia de hacértelas
[a ti.

Tú sabes que, admirándote, yo siem-
[pre te he querido;
yo sé que tu palabra leal por mí abogó:
dudar no puedes nunca del viejo agrade-
[cido;
tú sabes lo que te amo, yo sé lo que has
[perdido;
mas ¡ay! contra Dios nada podemos tú
[ni yo.

¡Qué soledad te espera! No hay sombra,
[no hay asilo,
no hay bien como la casa, la mesa fa-
[miliar,

el pan con fe, paz y honra, cabe el hogar
[tranquilo;
la casa es en la tierra del Cielo el peristilo
cuando la guarda tiene de un ángel tute-

Perque con juicio más sano [lar.
La gloria es humo y ruido: la fama un
[manto regio
de púrpura en que escupe la estupidez
[vulgar,
el vulgo que osa a todo lo superior y
[egregio;
pero el hogar es santo lugar de privilegio
do el mal halla consuelos y la virtud
[altar.

En sus primeras horas de duelo y amar-
[gura,
que ni consuelan frases ni calma la ra-
[zón,
en que el pesar anhela de lágrimas har-
[tura
y el alma desolada la soledad oscura,
no osé pasar sus puertas cerradas con
[crespón.

No veas hoy, leyéndolas, el métrico ar-
[tificio
de las estrofas francas que encierra este
[papel:
te escribo, Emilio, en verso, por hábito
[de oficio,
por mi costumbre vieja, que al cabo paró
[en vicio
de mis cansados años, y moriré con él.

Acaso te distraiga del verso la armonía.
¡Qué te diría en prosa! Tú sabes más que
[yo:
cuando hablas, tus palabras rebosan poe-
[sía;
hablar a tu alma en prosa jamás podrá
[la mía:
tu hondo pesar en mi alma los versos
[evocó.
Mis versos son mis lágrimas, por ti de
[mi alma brotan;

¡pluguiera a Dios que fuesen de perlas
[un montón!
Ahí van, versos y lágrimas: se secan o se
[agotan
al fin, las de los ojos; pero los versos
[flotan
en la memoria siempre, pues las del alma
[son.
¡Adiós, Emilio! y llora mientras la tuya
[abrigo
a tu pesar inmenso e inexorable da;
y cuando busques uno para llorar con-
[tigo,
aquí, en mi pecho, tienes un corazón
[amigo
que hecho a sufrir y henchido de lágrimas
[está.
La lloraremos juntos: mas ya no es
[grande oferta;
mis días ya son pocos; mi fosa ya está
[abierta
y pronto irá mi alma de la de Concha
[en pos;
si la hallo atravesando la eternidad in-
[cierta,
yo haré con ella rumbo para llegar a
[Dios.

SOLILOQUIO (1)

Y al galope de un caballo
que cogió y montó al azar,
bufando éste soliloquio
el Cid de Burgos se va.

—¡Tu soberbia me destierra
¡por haberte hecho jurar!
¿Crees que fuera de tu tierra
no hay ya tierra en que pisar?
¿Crees que el mundo se me cierra
ni que a mí me has de encerrar?

»¿A mí, que he ido en buena guerra
»para ti tierra a ganar?

»¡Dios de Dios! ¡La ira me abrasa!
»¿Tierra a mí me ha de faltar...
»y hasta al pájaro que pasa
»da Dios tierra en que posar,
»y hasta al pez que el agua rasa
»da Dios aire que aspirar?
»¡Hijosdalgos de mi casa!
»¡a caballo y a campaar!

»¡A caballo! Aun hay de moros
»hartas tierras que ganar,
»con ciudades y tesoros
»que podamos conquistar.
»¡A caballo! Aun queda tierra
»en que pueden galopar,
»sobre buen botín de guerra
»los caballos de Vivar.

»Infanzones de la villa
»donde linca mi solar,
»a Babieca echad la silla,
»de él nos viene el Rey a echar:
»mas sin miedo y sin mancilla
»mi perdón podéis sacar.
»¡Fuera, fuera de Castilla
»por el Rey los de Vivar!

»Rey ingrato. ¡Dios te guardel
»Yo te voy mi fe a mostrar;
»y a mi fe, que cual sol arde,
»sólo Dios puede apagar.
»¡Quiera Dios que tú más tarde
»de ver no echés, con pesar,
»que eres ruin y eres cobarde
»con Ruy Díaz de Vivar!

»¡Dios te guarde de mancillar
»Yo te voy, Rey, a probar
»que no tienes en Castilla
»campeador conmigo par.

(1) Páginas trasaparejadas al imprimir la Leyenda del Cid, en 1882. (Inédita).—N. de Zorrilla.

«Infanzones de la villa
de que borra el Rey mi hogar:
fuera, fuera de Castilla
por el Rey los de Vivar!»

Y el caballo ya jadeando
y él roja de ira la faz,
dió el Cid en Vivar, ya noche,
con asombro de Vivar.

RECUERDO DEL TIEMPO VIEJO

I

Yo soy viejo y ya no valgo
lo que han dicho que valía;
ya en mi voz no hay melodía,
no hay aliento en mi pulmón;
mas voy a deciros algo
que en *el tiempo viejo* he dicho,
de que aún hoy dura el capricho
de aplaudir mi exhibición.

Pero como ya no escribo
versos, y hablaros en prosa
tengo por indigna cosa
de vosotros y de mí,
voy, pues del pasado vivo,
de lo pasado a ampararme:
olvidad al escucharme
lo que soy por lo que fui.

Sé que os ha dicho que un día
cuentos y cantares hice
con que al pueblo satisficé
que entonces los escuchó:
hoy, falta mi poesía
de encantos con que os hechicé,
os diré lo que se dice
en aquel tiempo hice yo.

Coronándome de flores,
de mi hogar me salí un día,
con mi hispana poesía
por herencia y por blasón:

lancé al viento tentadores
de pasión y fe cantares...
y hoy me honra en vuestros hogares
que aún os plazca oír su son.

Inconstancia, sinsabores
me llevaron a otros climas,
y a otros pueblos fui mis rimas
a llevar a otra región;
mas doquier que hallé rencores
contra España en tierra extraña,
dejé en prez y en pro de España
una flor o una canción.

Yo tomé mi gaya ciencia
como prenda de ventura,
de amistad y paz futura
con el mundo universal;
y fiado en mi conciencia,
hice un nudo en cada verso
que un país del universo
ligó a mi tierra natal.

Por doquier que errar me hicieron
mi inconstancia o mis pesares,
fui leyendas y cantares
derramando en español;
y doquiera comprendieron
que mi fe y mis poesías,
hijas ya de nuevos días,
anunciaban nuevo sol.

He aquí en lo que he gastado
mis alientos juveniles,
mientras era en sus abriles
mi estro pródigo y gentil;
e iba entonces deseuido,
bardo errante y vagabundo,
alegando al viejo mundo
con mi aliento juvenil.

II

SALMODIA

Mi voz era entonces armónica y suave:
tenía los tonos del canto del ave,

del río y las auras el son musical;
 no había en el viento, ni agudo ni grave,
 sonido ni acento fugaz de su clave;
 ni un ruido nocturno, ni un son matinal.
 Había algo en ella de todos los ecos
 que nutren del aire los cóncavos huecos,
 y nacen y expiran en él sin cesar;
 murmullo de arroyo que va entre espa-
 [dañas,
 de ráfaga errante que zumba entre cañas,
 de espuma flotante que hierve en el mar:
 sentido lamento de tórtola viuda,
 rumor soñoliento de lluvia menuda,
 de seca hojarasca de viejo encinar;
 de gota que en gruta filtrada gotea,
 de esquila del alba de gárrula aldea,
 de oculto rebaño que marcha en tropel,
 de arrullo de amante perdida paloma,
 de brisa sonante cargada de aroma,
 de abeja brillante cargada de miel.

Todo esto tenía: flexible, sonora,
 mi voz a su antojo podía imitar
 cuanto eco que bulle, que canta o que
 [llora,
 encierran los bosques, el viento y el mar.

Y el eco, que oía

mi voz, la seguía:

y, mansa o bravía,

mi voz repetía

contento y locaz;

y al punto que unía

su voz con la mía,

veloz la extendía

del viento en el haz;

y el eco

en su hueco

vagaba,

corría,

temblaba,

bullía,

vibraba,

latía,

ondulaba,

crecía

y luchaba

con brava

porfía

tenaz;

mas débil

cedía,

y flébil

gemía,

y huía;

y allá en lejanía

le oía,

que lento,

de acento

incapaz,

se ahogaba...

se hundía...

y al fin se perdía,

y en la aura vacía

moría

fugaz.

III

Mi voz era entonces conjuro de en-
 misterio imposible tal vez de sonar,
 un canto en sus cuantos y un cuento en
 [su canto;
 cantaba y contaba flexible a la par.
 Dos corzas que siguen idéntica senda,
 dos garzas que llevan un viento al volar,
 dos flores que aroman la misma vivienda,
 dos barcas que llevan un rumbo en el
 [mar;
 eso eran entonces el canto y el cuento
 que al par producía mi voz con su aliento;
 y siempre en su cuento se oía su canto,
 y siempre del canto y el cuento algún
 [tanto
 tenían a un tiempo leyenda y cantar:
 y siempre de un cuento su canto era
 [prenda,

y siempre su canto paraba en leyenda,
y siempre su cuento paraba en cantar.

Tal vez no se entienda:

tal vez ni un ejemplo lo pueda explicar.

Un ruido de remos pacífico y vago
de barca que boga de noche en un lago,
inspira a quien oye, sin ver el batel,
el germen de un cuento: leyenda ilusoria
que forja el que escucha. ¿Quién sabe?

[La historia

de dama que aguarda su amante doncel:
y cree del que boga sentir en el viento
la voz que se ahoga lejana, con lento
murmullo vibrando del lago al lindel;
y cree a los reflejos del agua que brilla
mirar a lo lejos bogar la barquilla,
la franja de sombra rasando en la orilla
que en ella dibuja boscoso el vergel:
y cree de la torre sentir el rastrillo,
y ver a la dama salir del castillo,
cruzar el desierto sendero del huerto,
salvarle, y abierto dejar el cancel:
llegar a la orilla, y enviar a la opuesta
del breve estribillo la voz repetida
por él en el mote del cántico puesta;
señal convenida con que ella contesta,
pregunta y respuesta que, dada y pedida,
en ida y venida se dan ella y él.

Y el son de los remos, el único germen
del cuento en que hacían tan lindo papel
la barca que hendía las aguas que duer-
[men,
la trova, el castillo, la dama, el doncel...
tal vez se me antoja que fué alguna hoja
que en la agua tranquila cayó de un lau-
[rel;

y en ella el que oía forjó aquella historia,
quimérica, vaga, fugaz, transitoria,
como esa voz llena de fe y poesía

que un día cantaba y cantaba en la mía,
y que hoy aún me halaga con una me-
[moria
que deja una estela de luz y de miel.

Mi voz era entonces todo eso: con-
[junto
de voz con palabras y música al par,
tenía la historia y el cántico a punto,
y al par mi voz era leyenda y cantar.

Y el eco, que oía
mi voz, la seguía:

y al punto que unía
su voz con la mía,

veloz la extendía
del viento en el haz;

y el eco
en su hueco

vagaba,
corría,

temblaba,
bullía,

vibraba,
latía,

ondulaba,
crecía

y luchaba
con brava

porfía
tenaz;

mas débil
cedía,

y flébil
gemía,

y huía,
y allá en lejanía

le oía
que lento,

de acento
incapaz,

se ahogaba...
se hundía...

y al fin se perdía,
y en la aura vacía

moría
fugaz.

IV

Y un día a mi pueblo tenía yo atento,
al cual le decía mi armónico acento:

«Acércate, escucha: yo tengo en mi ser
la esencia del canto y el germen del
cuento; con ellos, del alma las penas ahuyento:
mi voz es la fuente que mana el placer.»

«Yo soy todo flores, luz, fe, poesía;
mis versos exhalan a sándalo olor:
mis cántigas tienen viviente armonía,
y tienen mis versos a besos sabor.»

«Mi vida no tiene ni noche ni día:
mi vida es un cuento de un sueño de
amor; en mi todo es vago: todo es en mí in-
cierto; no tengo en mis pasos fanal conductor:
el mundo a mi marcha doquier está
abierto;

no tengo ni sino, ni horóscopo cierto:
no tengo camino que juzgue mejor.»

«Yo voy por los mares sin rumbo ni
puerto:
yo voy por el viento detrás del condor:
yo voy por la tierra con la agua del río:
de mar, tierra y vientos, el ámbito es
mío:
de nadie soy siervo, de nadie señor.»

«Yo soy el poeta, que va en el desierto
cantando la gloria del Dios Creador,
cual átomo errante del grande concierto
que elevan los mundos al Sumo Hacer;
[dor;
y si hablo, a mis frases responde el va-
[cío:
si gimo, me hace ecos el viento bravío;
si canto, me presta la alondra su pío:
si trino, gorjeos me hace el rui señor.»

Y hace coro a la voz mía
la viviente salmodía
que del mundo a Dios envía

la armonía universal:

aquí el rumor de las hojas,

allí el son del manantial;

aquí el niño a quien arrulla

de su nodriza el cantar;

allí la ronca tormenta

que revienta el huracán:

acá el colibrí que zumba

en derredor de un rosal:

allá el muezzín que murmura

una sura del Korán:

allá lejana campana

de cristiana catedral:

allí la audaz gritería

de insurrección popular;

allá arrullo de palomas;

allí el fragor de un volcán;

allí la trompa de guerra,

un mandolín más allá:

aquí el brindis de la boda,

allí un salmo funeral...

todo el rumor de la tierra;

más lejos... el de la mar...;

más lejos... los ruidos vagos

del aire en la inmensidad:

un aura que en él suspira...

un eco que en él expira...

un átomo que en él gira...

un vagido..., un son fugaz

que en él vaga,

que vacila,

que se apaga,

que titila,

que se queja,

que se aleja,

que se va:

que perdido

ya no da

son ni ruido...

¡Se

fué

ya!

A GRANADA

EN LA CEREMONIA DE LA CORONACIÓN

Ille ego qui quondam...

Yo soy aquel de entonces, el trovador
[romántico,
el que en tu prez a miles sus versos pro-
[dígo:
y acorde con aquéllos va a ser mi último
[cántico.

¿Por qué de lo que he sido renegaría yo?
Mas ¿quién soy yo?—¡Un poeta!—Pero
[eso, ¿qué es?—Pues... nada.
No está clasificado su indefinible ser:
yo soy el vuestro, el viejo poeta de Gra-
[nada;
y pues me honráis..., vosotros quién soy
[debéis saber.

Yo sé de mí lo incierto, lo vago, lo in-
[seguro,
o imaginario y fútil, lo sin razón ni pie:
todo eso en que se amasa la fama; un
[pozo oscuro
do en ver se empeñan todos lo que nin-
[guno ve.

Para unos, el poeta del pueblo es mara-
[villa;
para otros, un inútil parásito holgazán;
y nimbo aquí de gloria, y allá tal vez
[mancilla,
por todos anda puesto del precipicio a
[orilla,
y de algo inverosímil reputación le dan.

La mía es un conjunto de absurdos y
[de antojos
creados y creídos por el favor vulgar:
un aluvión de versos que dan placer y
[enajos,
un haz de pocas flores entre un millar de
[abrojos,

que echadas entre el pueblo me han he-

[cho popular.

Mas ¿quién soy yo en mi patria? ¿En
[dónde tengo arraigo?

¿En dónde me encasilla su escalafón so-
[cial?

A su social progreso, ¿qué bien, qué mi-
[sión traigo?

No sé... tan alto subo como afondado
[caigo.

¿Quién sabe ya qué puesto me asigna
[cada cual?

Broté en un cementerio, ¿cual flor de
[jaramago

parásita en sus tapias y de sus tumbas flor:
cogióme un torbellino, me echó en el

[viento vago, me transformó en alondra... y yo aspiré a
[condor.

¿Fué aspiración legítima y anhelos jus-
[tos fueron?

No sé; mas como el pájaro, con alas me
[sentí:

volé... y volé..., y volando las alas me
[crecieron,

y di la vuelta al mundo... y he vuelto...
[y heme aquí.

Cantando de Granada las glorias he
[vividó;

glorifiqué su nombre por dondequier que
[fuí;

y hoy, cual la golondrina leal que vuelve
[al nido,

como me fui cantándola, cantándola
[volví.

¡Señor, sostén del mundo: Dios bueno
[y compasivo

que incólume me guardas de ruín decre-
[pitud,

sosténme hoy, a Granada pues que me
[vuelves vivo,

para elevarla un himno de inmensa gra-
[titud!

Sus hijos, de mis versos y amor en re-
[compensa,
me dan tan excesivo y excelso galardón,
que tal honor me espanta y el corazón
[me prensa:
los viejos le tenemos sujeto a la razón.

Y está la fe ante todo de mi concien-
[cia honrada:
y lo que en ella guardo me importa ha-
[ceros ver.
Oid: cuando cantaba las glorias de Gra-
[nada,
enamorado de ella, ¿qué menos pude hacer?
Mas ni pedila nunca, ni a mí me debe
[nada,
ni por mi vuelta ahora, ni por mi amor ayer.

Hoy vuelvo... pero vuelvo llamado y
[sometido
a tan difícil, arduo y excepcional papel,
que ante él debo decirles a los que me
[han traído:
«Me habéis este escenario vosotros preve-
[nido:
sois, pues, los responsables de lo que yo
[haga en él.

«Tan grande apoteosis no se hace a
[ningún vivo:
soberbio quien la acepte, par es de Sa-
[tanás,
y el pueblo que le ensalce le humillará
[agresivo:
no a mí, que ni la ansiaba ni la acepté
[jamás.

«Absorto aquí conmigo de lo que hacéis
[me espanto;
yo vengo agradecido y a vuestro antojo
[aquí.

¿Me coronáis? La excelsa coronación
[aguanto;
pero tened presente que no aspiro yo a
[tanto;
vosotros daréis cuenta de lo que hacéis
[de mí.»

II
Poetas que a Granada venís en honor
[mío,
amigos exaltados del viejo trovador,
ociosos, destemplados con el calor y el frío
y hostiles a quien se honra por algo su-
[perior,
curiosos de alma cándida o espíritu bra-
[vio...
no me tengáis envidia ni me guardéis
[rencor;
porque ni pujos tuve jamás de señorío,
ni ya me queda tiempo de hacer el gran
[señor.
No aspiro yo a erigirme la Alhambra
[en Capitolio,
ni cobro de rey humos por tal corona-
[ción,
ni mi dosel de flores cambiar pretendo en
[solio,
ni que por rey me tome del vulgo el gran
[montón.

El humo de la gloria no aturde mi ca-
[beza:
si en mí hay virtud alguna, si hay algo
[grande en mí,
es que en mi vida pude creer en mi gran-
[deza,
y que la grande sombra que proyecté
[no vi.
No a fel porque yo mismo mi sombra
[ver no pude,
de cara al sol marchando constante hacia
[la luz;
y si hoy a esta asamblea mi gratitud
[acude,
es Capitolio o Gólgota, para que aquí
[me escude
bajo el pendón de España la sombra de
[la Cruz.
Cristiano y caballero, como español sin
[tacha,

canté la fe y las glorias que en mi nación
[hallé;
pasé del torbellino del siglo en una racha;
de mucho que di a muchos no guardo ni
[una hilacha;
yo no he vendido nunca mi pluma ni mi
[fe.]

Se poco, mas vi mucho; y en mis tan
[largos días
he visto mil infamias, mil viles felonías
a muchas glorias falsas sirviendo de bla-
[són:
del viejo la experiencia no cree ya en
[teorías;
hoy mis creencias viejas son viejas ni-
[ñerías;
hoy veo tierra, gentes y cosas como son.

A errar predestinado naé sin duda al-
[guna;
tal vez no tuve nunca ni medios para el
[bien,
ni para el mal alientos: la gloria, la for-
[tuna
miré y cuanto produje con sin igual des-
[dén.]

De gloria, placer y oro corrió a mis
[pies un río;
de España he sido asombro, su pueblo
[me adoró;
el mundo pudo un día, y aún hoy tal vez,
[ser mío,
y osar pudiendo a todo, a todo he dicho
[«No».]

No sé, ni saber quiero, si la ovación
[merezo;
la sufro agradecido con muda sumisión;
y aunque me halaga el triunfo, ni de él
[me ensoberbezo,
ni gratitud en frases estériles ofrezco:
mi fe no está en mi lengua, está en mi
[corazón.]

A mí no me alucina tal ovación: me
[asombra:

si hoy llevo esta corona con la que andar
[no sé,
mañana ya sin ella me volveré a la som-
[bra
de mi rincón, ya solo, sin vanidad y a pie.

III

Mas Dios marcó mis horas: ya mi alma,
[que está alerta,
tras mí la muerte siente: mi tumba está
[ya abierta:

mis fuerzas aniquila la trémula vejez:
mi inteligencia ofusca su cerrazón in-
[cierta:
franqueada ya me tiene la eternidad su
[puerta,
y estáis mi voz oyendo por la postrera
[vez.]

¡Adiós, ciudad bendita, por mi laúd
[cantada;
adiós, pueblos que a oírme, de mí venís
[en pos;
adiós, hijos bizarros de la ciudad sagrada;
adiós, hijas alegres de la gentil Granada!...
Quien de la nada vino se vuelve ya a la
[nada;
voy por mis viejos versos a que me juz-
[gue Dios.]

DEDICATORIAS Y ELOGIOS

EN UN RETRATO DEDICADO A LA

CONDESA DE LAS INFANTAS

Ahí va mi arrugada imagen,
y ya a decirte, Condesa,
qué mis pupilas la tuya
fotografiada se llevan;
y por doquiera que vaya
miraré siempre viendo en ellas

la esbeltez de tu figura,
tu elegancia y gentileza.

EN EL ABANICO DE

LA MISMA CONDESA

Mañana, gentilísima Condesa,
seguiré por la tierra mi camino;
la gloria es un brillante torbellino
de humo de incienso y ráfagas de luz;
mas aunque leve y perfumado, pesa,
que es calvario de flores cuya altura,
sin alcanzar su cáliz de amargura
no alcanza nadie, y sin llevar su cruz.

El recuerdo fugaz que de mí os deje
la onda de aire es no más de este abanico,
y los versos que os doy de él en un pico
para deciros al partir ¡adiós!
Queda en ellos y en él cuando me alejo,
y en esa onda que os da fresco y reposo,
la gratitud que debo a vuestro esposo
y el hermoso ideal que os debo a vos.

EN EL ABANICO DE

CARMEN PÉREZ DE HERRASTI

No cuentes tu amor a nadie;
que es el amor una esencia
que se condensa en el alma
y se evapora en la lengua.

EN EL ÁLBUM DE

ÁNGELES SECO DE LUCENA

María de los Ángeles: tu nombre en-
[cierra
cuanta luz y esperanza brilla en la tierra;
la Virgen pura
te ampare con sus ángeles desde la al-
[tura.
Ojalá que los ángeles que te protegen

la tristeza y el duelo de tu alma alejen;
ojalá ignores

lo que es mal, y Dios haga que nunca
[flores.
Criatura preciosa cuanto preciada,
ejemplar de las perlas que da Granada,
jarrón de nardos,

alondra de alas blancas con vivos pardos;
tallo de lirio fresco de la Alpujarra,
mata de madreSelva, sombra de parra,
tú eres conjunto
de todo bien, de toda beldad trasunto.
Déjame que mi mano trémula y seca
introduzca en tus rizos que el aire ahueca,
y ojalá a tu alma

Dios infunda perenne paz por mi palma.
Criatura dechado de gentileza
y hermana de los ángeles por tu belleza,
mi dulce amiga,
María de los Ángeles, ¡Dios te bendiga!

EN EL ÁLBUM DE

DOÑA MARÍA DEL CARMEN
FERNÁNDEZ DE SANCHO

Mi amor para ti es tan grande
que si muerto ya de un mes
me das un beso... es seguro
que resucito a tus pies.

Yo te quiero y tú me quieres;
nuestro amor no ofende a Dios:
si Dios quiere y nos queremos...
¿qué imposible entre los dos?

A LA MEMORIA DEL NIÑO

IGNACIO NESTARES Y BUESO

Ángel que quiso visitar la tierra,
ser por Dios hecho de su Ser divino,

no encontró en el ambiente que le encie-
 [rra
 ni aire a su aliento, ni a sus pies camino;
 y, ángel de paz, no hallando más que gue-
 [rra,
 abriendo el nicho que sobre él se cierra,
 al Cielo se volvió de donde vino,

A DON CARLOS CALDERÓN

Desconocido señor
 de esta montaña de flores
 que por *Carmen de los Mártires*
 los granadinos conocen:
 yo sé que es mi obligación
 agradecer tus favores
 y el espléndido hospedaje
 que me has dado en tus salones.

Sabes quién soy, y no es justo
 que lo hecho en tu casa ignores
 por mí: yo traje aquí el ruido
 de las fiestas de mi corte;
 porque yo he sido aquí rey
 medio día y una noche:
 y he traído la alegría,
 la luz, la fe, los amores,
 la poesía, el delirio
 de mis leyendas, las voces
 de mis gnomos de la Alhambra
 y el turbión de mis visiones;
 y aquí hemos hecho tal fiesta
 y de placer tal derroche,
 que otros tales en Granada
 no recuerdan hembra ni hombre.

Mas soy yo un Rey sin vasallos,
 sin guardias ni aduladores,
 que a mi pueblo no doy leyes,
 sino que él me las impone.
 Le alegre y no le gobiernó,
 y en vez de contribuciones
 le echo fiesta sobre fiesta
 para que viva y que goce.
 Yo me paso noche y día
 asomado a los balcones

de tu carmen, contemplando
 el círculo de horizonte
 en que se encierra esta Vega
 y esta ciudad, en que pone
 los ojos Dios, cuando sale
 del cielo a los miradores.
 Y vine aquí tan absorto
 en mis memorias de joven,
 tan contento de admirar
 de Granada los primores,
 que no sé ni darme cuenta
 de la obstrucción que me absorbe,
 ni de mi conciencia muda,
 ni del tiempo que urge y corre.
 De mi paso por tu casa,
 y por tu bizarro porte
 conmigo, no puedo darte
 pago ni gracias mejores
 que estos versos descosidos,
 desaliñados e informes,
 que escribo a escape, y en medio
 de la inquietud y el desorden.
 Dueño y señor de este carmen,
 si tú, que tal vez conoces
 mi cara, por los retratos
 que de ella por ahí se exponen,
 me encuentras alguna vez
 no importa cómo ni dónde,
 haz conmigo lo que hacer
 contigo me corresponde.
 preséntate a mí; verás
 que no soy ni Rey ni Roque,
 sino un viejo agradecido
 a quien honra quien le acoge.

Adiós, y hasta que él nos junte;
 y entretanto y hasta entonces,
 ten por fijo y entendido
 que si te caen y te cogen
 de lleno y sobre tu alma
 las gracias y bendiciones
 que aquí te eché, vas a ser
 el más feliz de los hombres.

INTRODUCCIÓN A UN CUENTO TITULADO

«AVERIGUA QUIÉN TE DIÓ»

En una ciudad de Francia,
 cuyo nombre nos estorba
 para el verso, por ser bárbaro
 para nuestra lengua armónica;
 de una de sus viejas casas,
 sita en una calle angosta,
 a un miserable aposento,
 que con las buhardillas toca,
 es donde, aunque nos humille,
 la austera verdad histórica
 nos lleva de la leyenda
 hilvanada en estas hojas.

Lector, si tengo la dicha
 de que ha tiempo me conozcas,
 si de mis cantares gustas,
 y con mis relatos gozas;
 si eres de los que mis libros
 con dulce indulgencia tomas,
 cual pasatiempo inocente
 de desocupadas horas,
 ven a la pobre buhardilla
 donde en la miseria moran
 dos españoles que a Francia
 trajo el Dios de las discordias.

Más, en verdad, me pluguiera
 conducirte a una pagoda
 india, o a un chino alcázar
 de estalactíticas bóvedas
 de cedro eterno y fragante
 incrustado de oro y concha,
 de marmóreos pavimentos
 que orlaran densas alfombras,
 de techumbres sostenidas
 por columnas salomónicas,
 basadas sobre elefantes
 de negros pies y áureas trompas,
 de salones alumbrados

por perfumadas antorchas,
 con son de música y fiesta
 estremecida su atmósfera;
 circundados de jardines
 encantados, de frondosas
 arboledas, y cascadas
 espumantes y sonoras;
 pero, ¡ay, lector!, el Oriente
 mi errante ingenio abandona
 y cierra de la Edad Media
 las cabalerescas crónicas,
 para contarte del siglo
 de las luces una historia
 tan tenebrosa y confusa
 como su luz y sus glorias.
 Entremos, pues, lector mío,
 en una buhardilla lóbrega,
 desmantelada y exhausta
 de cuanto puede hacer cómoda
 la vida humana, en los pueblos
 civilizados de Europa;
 donde el hombre a precio pone
 la luz, el agua y la atmósfera;
 en donde pagan derechos
 y se venden y se compran
 cosas que Dios nos da gratis
 con mano opulenta y pródiga.
 Entremos en una estancia
 en la cual, doquier se posa
 la vista halla una miseria
 que el espíritu acongoja.
 Sus paredes encaladas,
 ni papel ni tela forran;
 su pavimento no abriga
 tapiz ni estera; las rotas
 sillas en el pavimento
 mal sobre sus pies apoyan;
 su chimenea sin fuego
 lanza por su negra boca
 el aire, que en son medroso
 por los tubos se encañona,
 su hollín arremolinando
 en su encuadradura cóncava.

De puertas ni de ventanas
 los dinteles no decoran
 colgaduras ni cortinas;
 ni espejos ni cuadros orlan
 los lienzos de sus tabiques,
 donde con su cal se empolvan
 en mal enclavadas perchas
 algunas raídas ropas.
 Tal es la escena en que pasan
 los hechos de estas memorias,
 cuyo fin guarda el misterio
 en sus regiones ignotas.
 Entra, pues, a mi buhardilla,
 lector, y entra sin zozobra,
 que aunque haya en ella miseria,
 hay virtud, nobleza y honra.
 Entre este mezuquino ajuar,
 que ni la amuebla ni adorna,
 tan fieros como infelices
 mis dos españoles moran:
 no causa su mal, ni el vicio
 que nos aísla y desdora,
 ni el erimen que nos infama,
 ni el nos envilece y agobia.
 Políticas desventuras,
 leyes de la suerte loca
 que hoy hunde al que ayer alzaba,
 les trae do se ven ahora.
 Por eso su mal presente
 con noble fiereza arrostran,
 ramas que asidas al tronco
 del árbol que el viento troncha
 y unidas a él las arrastra,
 mas arrancarlas no logra;
 mis dos escondidos son
 víctimas de una ominosa
 guerra civil, cuyos duelos
 siempre en la patria se lloran,
 siempre de duelo se viste,
 y sólo pesares brota
 cuando sus hijos la riegan
 con su sangre generosa.
 Los dos pobres españoles

que en esta buhardilla moran,
 son dos mancebos. El uno
 liecha tendido en la alcoba
 con la fiebre y las angustias
 de una enfermedad penosa;
 el otro, mientras le vela,
 aprovechando las horas
 y la última luz del día,
 sentado a una mesa coja,
 delante de la ventana,
 las emborrionadas hojas
 de un manuscrito embrollado
 en limpias páginas copia.
 De cuando en cuando al enfermo
 el rostro pálido torna,
 contemplándole un instante
 con mirada melancólica;
 y viendo que aquél prosigue
 sumido en febril modorra,
 a sus papeles se vuelve,
 y en su trabajo se engolfa.
 Mas no pudiera ocultarse
 a una vista observadora,
 que en su tarea se empeña
 con impaciencia afanosa,
 pues apresurado escribe,
 palideciendo de cólera
 a cada instante que pierde,
 cuando duda o se equivoca.
 Diez páginas aún le faltan
 y a él en su afán se le antoja
 que su trabajo se alarga
 conforme el día se acorta.
 En vano la luz postrera
 de la tarde nebulosa
 aprovecha rayo a rayo,
 y su tinta gota a gota;
 conforme llena la página,
 conforme la pluma moja,
 la luz se le desvanece
 y la tinta se le agota.
 Algunas veces al cielo
 mira con ojos que imploran

el milagro de Josué,
 que alargó un día unas horas;
 y a un candelero sin vela
 y vuelve sus miradas otras
 con fuego tal, que, a tenerlo,
 la incendiaran por sí solas.
 Mas todo su afán es vano;
 el día expira, la lóbrega
 noche que va entenebrándose,
 la estrecha ventana entolda;
 las letras se le confunden,
 y al cabo la pluma arroja,
 viendo que no las distingue
 sobre el papel de las forma.

Vencido el desventurado
 por fuerza más poderosa
 que la suya, y atrás viéndose
 dejar por las voladoras
 alas del tiempo, a quien nadie
 puede atajar, se abandona
 a un desaliento sombrío;
 las lágrimas se le agolpan
 a los párpados, y de ellos,
 antes que saltando corran,
 su faz con las manos cubre,
 la frente en la mesa apoya,
 y piensa... ¡ay! en las miserias
 que al espíritu aherrojan
 a la materia; mefítico
 ambiente que le sofoca.
 Piensa en que ha pasado el día
 en que prometió su copia
 presentar, y que su precio
 era su esperanza sola;
 piensa en que sin esa suma,
 necesaria cuanto corta,
 carecerán de alimento
 un día más dos personas,
 a quienes tal vez esperan
 a la una muerte muy próxima,
 y a la otra en el desamparo
 desesperación rabiosa.
 Piensa, ¡oh miseria!, en que el dueño

de su casa, a quien enoja
 darla a extraños insolventes,
 de quien ni fía, ni cobra,
 le recordará mañana,
 con voz acaso injuriosa,
 que expira el último plazo
 que se otorgó a su demora.
 Piensa, en fin, en que es inútil
 en tan dura y perentoria
 posición pensar en nada,
 y en su dolor se desola.

Y estaba el pobre mancebo,
 velada la faz llorosa
 en las palmas de las manos,
 demandando al Dios que adora
 en aquel amargo trance
 una idea luminosa,
 una muerte oscura y rápida
 o un ángel que le socorra,
 cuando una mano discreta,
 con precaución misteriosa,
 dió en la puerta un golpecito,
 esperando que a él respondan.
 Alzó la cabeza el mozo,
 y sus miradas absortas
 sobre la puerta fijando,
 menos que inquietas curiosas,
 dijo: «Adelante»; y abriéndola
 en la masa tenebrosa
 del vacío de su cuadro
 percibió la móvil sombra
 de una mujer, cuyo ostro
 un velo espeso encapota.

FRAGMENTO DE LA LEYENDA INÉDITA

LOS DOS RESUCITADOS

Era esa hora dulce y melancólica
 que a la meditación dispone el alma,
 intermedio del día y de la noche,
 nudo que al sol con las tinieblas ata.
 Era esa hora misteriosa y trémula

cuyos minutos, de la luz escala, un sé
reciben de la luz todas las tintas, hab
desde la más oscura a la más diáfana.
Era esa hora en que el gorrión casero
se acoge al hueco de la hendidá tapia,
o a los aleros de la troj que roba,
o a los manojos de la espesa barda;
y allí, cercado de su triba nómade,
gárrulo pía al procurarse cama,
advirtiendo a lós hombres sus vecinos
que un día más de su existencia pasa,
que hizo la noche Dios para el reposo,
y que cuanto ser vivo vuela o vaga,
se busca una guarida en las tinieblas;
y a su ley obediente duerme o calla.

Era esa hora última del día
cuya influencia misteriosa y mágica
a lo maravilloso predispone
las imaginaciones entusiastas;
esa hora febril en que el poeta,
el loco y el fanático se exaltan,
en que el supersticioso y el amante
sueñan, y los enfermos se arman.
Era esa hora en que el nervioso Vigo
en torno de su lecho y de su estancia
creía ver en sus delirios vagos
ir y venir quiméricos fantasmas.
El cárdeno fulgor del sol poniente,
que desde encima de la azul montaña
la última luz de su inmortal flamero
sobre la tierra espléndido derrama,
con resplandor de incendio reverbera
sobre los vidrios que su azul refractan,
tornando de su cámara el ambiente
en rojo pabellón de ópalo y grana.
Vigo, con vista débil todavía,
contempla las imágenes fantásticas
que sobre la pared y el pavimento,
rotos por el cristal, sus rayos trazan.
Los tembladores rayos del sol que huye,
que de color a cada punto cambian;
fundándose en espléndidos losanges,
cuadros, estrellas, círculos y bandas.

Vigo los ve que en el tapiz se extienden
y poco a poco a la pared avanzan,
y la frisan y trepan por sus lienzos,
y hasta que el techo trémulos asaltan;
y allí, en mil arabescos caprichosos
de mil colores y ondulantes rayas,
al vacilan, se confunden, se amortiguan,
y se van con el sol, que ser les daba;
y queda el aposento tibiamente
iluminado con la tinta pálida,
desleída, uniforme y fugitiva
del nocturno crepúsculo que baja.
Vigo lo ve, y absorto lo contempla
solo en su alcoba, y la vacía sala
recorre y goza con el mismo miedo
que le infunde esta escena solitaria.
Y he aquí que en el silencio que le cerca
sintió la puerta abrir, y unas pisadas
que de él se aproximaban cautelosas,
entre el rumor de la ondulante falda
de un vestido de seda crujidera,
y percibió una sombra que robaba
de su alcoba la luz, y vió por último
entrar en ella una mujer velada.
Vigo cerró los ojos, de su mente
febril antojo e ilusión juzgándola;
y la mujer, ereyéndole dormido,
alzó la blonda que su faz velaba.
Era una joven pálida y hermosa,
de esa oriental irresistible raza
que tiene en sus pupilas de azabache
la luz del genio y el mirar del águila.
Contempló al español por un momento
con expresión que a describir no alcanza
pluma ni voz, y un ósculo en su frente
depositando, díjole: «Descansa:
Yo te amo, bien mío, y por ti velo
a la par con el ángel de tu guarda.»
Abrió Vigo los ojos, dió ella un grito,
y, cubriendo su faz, se esquivó rápida.

II
 Quedó dudando si soñó el manecbo,
 buscando aún en derredor con ansia
 su halagüeña visión, si fué delirio,
 si mujer, su presencia y su palabra;
 mas en vano buscó y esperó en vano
 que por segunda vez se destacara,
 sueño o mujer, su aparición dichosa
 del fondo azul de su vacía cámara.
 En ella ve no más la chimenea,
 cuya lumbré se extingue abandonada,
 y los muebles inmóviles y mudos
 de una atmósfera turbia entre la gasa.
 El crepúsculo mengua; más espesa
 se extiende cada vez la sombra parda;
 las tinieblas que caen sobre la tierra,
 creciendo sin cesar, el día apagan;
 Vigo, no más en su visión absorto
 y en su febril deseo de evocarla,
 sus ojos en la sombra ya incolora,
 por si la torna a ver, avaro clava.
 Aquella aparición, que no comprende
 si no como incorpórea y sobrehumana,
 trastornando su ser con su presencia,
 su existencia mortal dejó encantada.
 Aquella voz dulcísima resuena
 en sus oídos, como el son del agua
 de fuente oculta que en el seco estío
 bajo del césped escondida mana.
 Aquel aliento perfumado y suave
 que le oreó la frente acalorada,
 dejó en su faz la virginal frescura
 del primer soplo matinal del alba.
 Aquella misteriosa y no pedida
 declaración sincera y espontánea
 de un generoso amor, que por él vela
 y que con el de su ángel se compara,
 hizo en su corazón, con el recóndito
 y hondo poder de voluntad simpática,
 fermentar ese amor único y ciego
 que en la vida una vez nos avasalla;
 ese amor solitario, irresistible,

voraz, que nace al parecer sin causa
 que ahoga todo amor, todo recuerdo
 del corazón en cuyo centro arraiga
 ese amor cuyo germen atesora
 toda alma ardiente para amar creada,
 y que brota violento, repentino
 al contacto magnético de otra alma,
 cuyo amor corresponde con el suyo,
 porque nace con ella apareada;
 y una a otra sus átomos fecundos
 se envían sin cesar como las palmas.
 Esta tapada, en fin, incomprensible,
 que dejó en pos de sí de rosa y ámbar
 perfumada la atmósfera, en su espíritu
 semillas de salud dejó sembradas.
 Semillas tan prolíficas que, al fuego
 fecundador de su pasión romántica,
 brotarán vigorosas, siendo a un tiempo
 salud del cuerpo y torcedor del alma.
 Porque tal es la condición efímera,
 la vanidad de la ventura humana:
 una pasión nos nutre y nos alienta
 con la ponzoña vil con que nos mata.
 ¿Qué es la felicidad? Una quimera,
 una ilusión aérea y fantástica,
 que encanta el corazón porque la mira
 a través de la luz de la esperanza;
 y esta ilusión que tras de sí nos lleva
 desde la cuna hasta el sepulcro, santa
 o precita, nos salva o nos condena...
 ¡Feliz aquel a quien la suya salva!
 Esta ilusión, encanto de la vida,
 gloria o condenación, impura o cándida,
 Vigo percibe que en su ser dispuesta
 a salvarle o perderle se levanta;
 y como todo cuanto nace, bella,
 como la flor, el manantial, el alba,
 como la vida, en fin, cuando nos abre
 por la niñez su extenso panorama,
 le embelesa, le atrae y le seduce;
 de amor le ciega, de placer le embriaga;
 y en el éter lumíneo de los sueños,
 mece su corazón sobre sus alas.

A una vida mejor renace Vigo
 con la luz del amor iluminada;
 una sombra le ha dicho «yo te amo,
 y de una sombra enamorado, la ama.
 ¿Será su salvación, será su pérdida
 esa ilusión que tras de sí le arrastra?
 Dios lo sabe no más: Vigo se duerme
 dentro del corazón acariciándola.

Cerróse en tanto lóbrega la noche;
 a poco, y a la hora acostumbrada,
 volvió García de la imprenta, y como
 suele, con tiento penetró en la estancia.
 Encendió una bujía, y colocando
 en torno de la luz una pantalla,
 se dirigió a la alcoba de puntillas;
 miró con precaución: Vigo descansa,
 el rostro vuelto a la pared, las ropas
 en desorden, caídas las almohadas,
 pero tranquilo, en apacible sueño:
 no osó García interrumpir su calma.

Entornó de la alcoba las vidrieras,
 puso en el velador la luz, las brasas
 atizó, tendió leña en los morillos,
 y aire para atraer bajó la plancha.
 En este punto, en el sillón mullido
 al extenderse y reclinar la espalda,
 vió una carta, a propósito sin duda
 sobre la chimenea colocada.

Viene a su nombre dirigida, y trae
 los sellos del correo: ábrela y halla
 un segundo billete de mil francos,
 y en la primera hoja estas palabras:
 «Para que Vigo convalezca y viva
 como debe y desea quien le ama.»
 A cuyo anuncio explícito, García
 frunció las cejas y guardó la carta.

III

Se dirigen a él, más es a Vigo
 personalmente a quien se da y se ama.
 Aquí García, sin poder consigo,
 tomando a pecho la cuestión, exclama:

«Bueno es tomar; pero si yo prosigo
 en recibir por el que está en la cama,
 pregunto: ¿Seré yo o será mi amigo
 quien ajuste las cuentas con la dama?
 En negocios de francos todo cabe:
 reflexionemos: la cuestión es grave,
 Y mohino tal vez, tal vez confuso,
 vueltas a dar a la cuestión se puso,
 y aquí a mi turno, y sin poder conmigo,
 entrando en la cuestión por cuenta mía,
 caviloso a mi vez, pregunto y digo:
 ¿Qué fué, lector, lo que amoscó a García?
 ¿Creyó que quien dineros da a su amigo,
 al fiárselos duda o desconfía?
 ¿O allá en su corazón envidió a Vigo
 el dinero y amor que él no tenía?
 García es hombre, y en el hombre cabe
 mucha ruindad; mas la cuestión es grave,
 lector, y lo mejor que a mí me ocurre
 es discurrir con él, pues él discurre.

IV

García con su razón
 consultó si en caso tal
 le estaría bien o mal
 ingerirse en la cuestión.

Si Vigo en su corazón
 tiene un amor tan guardado,
 que hasta de él ha recatado
 de su pasión el secreto...

¿no podrá ser indiscreto
 darse de él por enterado?

Si a Vigo una mujer ama
 y Vigo su amor no sabe
 (lo que en lo posible cabe)
 ¿no parecerá una trama
 de García, en que la dama,
 presa de un amor sincero,
 paga su amor en dinero
 con hidalga bizarría,
 haciendo un papel García
 indigno de un caballero?

Mas si es común su pasión y el secreto es necesario; ¿no es o ruin o temerario el terciar en la cuestión? Secretos del corazón y negocios de interés se arreglan mal entre tres; mas si para hacer lo hecho no hay en la mujer derecho; ¿qué dirá Vigo después?

Si Vigo, de ella ignorando la pasión (que puede ser un secreto de mujer), la cosa a pechos tomando, rehusa altivo en sanando o aceptar de ella el favor, y lo hace cuestión de honor; ¿indigna de su hidalguía, y cómo ha de pagar García ni el dinero ni el amor?

Mas si ambos, con excesiva discreción inmotivada (que en amistad tan probada raya casi en ofensiva), con desconfianza esquivo le recatan su pasión, ¿no será puesto en razón que cuando él se la sorprenda, García se desentienda de semejante cuestión?

Además, la que le envía billetes para su amigo, dice que son para Vigo; es decir, que o desconfía de él o intenta que García palpablemente comprenda que no quiere que se extienda a él su generosidad; y es natural, en verdad, que esta conducta le ofenda.

Mas García, que ya ha amado, no puede perder de vista que el amor es egoísta,

exclusivo y malcriado; sabe que el enamorado de su pasión a la llama; no ve más que lo que ama; y en su amor ciego por Vigo, si ofendia o no a su amigo no vió al escribir la dama.

García, pues, que comprende que no es más que una advertencia de amor, de su impertinencia no se cura ni se ofende; coger empero pretende, con maña, fuerza o instinto, un hilo del laberinto, para que, ya que está dentro, no se halle preso en el centro de su intrincado recinto.

Mas es la dificultad más enojosa del caso que no puede dar ya un paso por su propia voluntad; creyendo la caridad, aunque excesiva, sincera, tomó la ofrenda primera como un aceptable don de un rico de su opinión. ¿Y quién tal no supusiera?

Però he aquí que en el punto en que la carta siguiente le declara llanamente que, con el billete adjunto, van jugando en el asunto dos mil francos, que a ofrecer viene a Vigo una mujer por una razón de amor, García se halla peor en la cuestión hoy que ayer.

Suponiendo el primer don delicadeza estimable de un buen realista, aceptable en su mala situación, le admitió en la convicción de que traía consigo

la fe de un común amigo;
mas la carta sale ahora
con que es don que una señora
le hace, no a él, sino a Vigo.

Siendo a Vigo a quien se da,
siendo a Vigo a quien se ama,
y el secreto de una dama
siendo lo que en juego está,

García, que a ciegas va
parte a tomar desde luego
en tan misterioso juego,
¿de qué carta ha de tirar
para no manifestar
que está fallo y que va ciego?

Si acepta, puede ofender;
si rehusa, puede errar;
mas ya para rehusar
lo ofrecido, es menester
lo tomado devolver;
mas ¿cómo y a quién? Es grave
la situación, y no sabe
del laberinto en que está
cómo salir. ¿No podrá
Vigo al fin darle la llave?

Pero sobre todo tiene
García en su corazón
otra secreta razón,
que alegar no le conviene;
mas resuelto le mantiene
a permanecer neutral
en cuestión tan capital:
una razón cimentada
en una quimera... en nada:
razón propia, personal.

Y he aquí su razón: García
cree en la influencia simpática
con superstición fanática:
desde niño es su manía.
Pues bien; desde el primer día
en que a la tapada vió,
por ella en su alma sintió
antipatía mortal,

y algo en ella de fatal
sorprender se le antojó.

¡Manía acaso insensata!
Sólo la ha visto un instante,
y ése, cubierto el semblante,
mas le hizo impresión ingrata:
de modificarla trata,
sintiendo que es sin razón
por pura imaginación
figurarse mal de quien
recibimos sólo bien,
favor y satisfacción.

¿Existe la simpatía?
¿Es un capricho embustero
o un instinto verdadero?
Sea instinto, sea manía,
es más fuerte que García;
y aquella voz musical,
y aquella forma ideal
recatada entre las ondas
de la seda y de las blondas,
le hacen a García mal.

No es que de aquella tapada
de incivil ni de villano,
de desdeñoso o liviano
el exterior tenga nada,
no; su figura velada
es atractiva, es simpática,
su mano es aristocrática,
su persona exhala esencia
de rosas... mas su presencia
le es a García antipática.

Su voz llena de armonía
y de inflexiones graciosas,
su africano olor a rosas
y su ser de poesía
lleno, enojan a García;
de esa mujer, cuya huella
misterioso hechizo sella,
que fascina y embebece,
los encantos aborrece
sólo porque están en ella.

Razón tan sin fundamento,

mas para él más poderosa
 cuanto más supersticiosa,
 trabaja su pensamiento;
 un negro presentimiento
 que le acosa y le marea,
 le hace vueltas a esa idea
 dar... y torvo y cejijunto,
 cavila sobre el asunto
 sentado a la chimenea.
 Y harto, al fin, de discurrir
 sobre lo que debe hacer,
 acabó por resolver
 esperar y recibir:
 si Vigo le quiere abrir
 las puertas de aquel misterio,
 bien: si continúa serio
 y en silencio encastillado,
 él seguirá por su lado
 mudo como un cementerio.
 Y esperando, al fin vendrá
 tras incertidumbre tanta
 un día en que de la manta
 el demonio tirará;
 alguno que rompa habrá
 de aquel enigma la valla,
 y siempre quien busca halla
 como aguardar tiempo y modo
 sepa; y al fin da con todo
 quien oye, ve, espera y calla.
 Esperar, pues, resolvió;
 y como es hombre tenaz
 y de ejecutar capaz
 lo que una vez decidió,
 al tiempo correr dejó;
 y al fin vió llegar un día
 en que, débil todavía,
 pudo Vigo levantarse
 del lecho, y vino a sentarse
 junto al fuego con García.
 Mejor dicho, éste le trajo
 casi en brazos a un sillón,
 do, metiendo un almohadón
 de su cabeza debajo,

sin riesgo de él ni trabajo
 suyo, del fuego al amor,
 le arrastró; mas, previsór,
 del hogar le puso a un lado,
 con el rostro resguardado
 del tufo y del resplandor.
 Aproximóle después
 el velador, do apoyó
 Vigo el codo, y le arrimó
 un taburete a los pies:
 hecho lo cual, según es,
 cuando hay fuego su costumbre,
 se puso a atizar la lumbre,
 con precaución diplomática
 sobre Vigo de la plática
 echando la pesadumbre.
 Vigo empezó desde luego
 a tender en derredor
 un ojo escudriñador;
 García, como si ciego
 fuese y mudo, atiza el fuego,
 dejando a Vigo mirar:
 éste tiende sin cesar
 doquier absorto la vista;
 García, empero, no chista,
 ocupado en atizar.
 Al fin y al cabo, hecho cargo
 de las novedades Vigo,
 posó la vista en su amigo:
 éste, por lo visto, es largo
 para el fuego, y sin embargo
 como al par García espera
 y Vigo se desespera
 con ganas de platicar,
 Vigo acabó por trabar
 diálogo de esta manera.

V

DIÁLOGO.—VIGO—GARCÍA

VIGO. Parece que prosperamos.

GARCÍA. Ya lo ves.

VIGO. ¡Y a quién debemos la fortuna en que nos vemos?

GARCÍA. Yo espero que lo sepamos.

VIGO. ¿Lo ignoras tú?

GARCÍA. Sí, a fe mía. ¿Y tú?

VIGO. ¡La pregunta es brava, pardiez! Yo, que sin mí estaba, ¿qué he de saber?

GARCÍA. Pues creía que tú me pudieras dar sobre ello luz, ya que no explicarme el caso.

VIGO. ¿Yo?

GARCÍA. Tú.

VIGO. Si es que quieres guardar un secreto que a ti solo te pertenece, no insisto; haré como que no he visto, y allá te entiendas.

GARCÍA. No el dolo, pero ni aun el disimulo cabe en mi carácter, Vigo; lo sabes bien.

VIGO. Pues te digo lo mismo; y como calculo que ni tú ni yo en un día podemos genio cambiar, te lo vuelvo a preguntar: ¿quién nos protege, García?

GARCÍA. Vigo, si de buena fe tu pregunta me reiteras, me desorienta de veras.

VIGO. ¿Por qué?

GARCÍA. Porque no lo sé.

VIGO. Creo que me mixtificas: porque cosas estoy viendo cuyo origen no comprendo.

GARCÍA. Mas tú, ¿cómo te lo explicas?

VIGO. ¿Qué sé yo? Ingenioso eres y hombres habrás encontrado que te ayuden.

GARCÍA. ¿No has contado tú por ti con las mujeres?

VIGO. ¡No te entiendo!

GARCÍA. ¿Es menester al fin que rompa yo el fuego?

VIGO. Ya tardas.

GARCÍA. Pero que luego no te vayas a ofender.

VIGO. ¡Jesús, cuánto circunloquio! Acaba, y dime si quieres:

¿a qué pones las mujeres por cabeza del colquio?

GARCÍA. Porque ha sido una mujer quien te trajo esta fortuna; ve, pues, si sabes de alguna que te la pueda ofrecer.

VIGO. ¿Yo? ¡No, a fe de caballero! ¿Y tú?

GARCÍA. ¿Yo? ¡Ni por asomo! A ti te la envía.

VIGO. ¿Cómo?

GARCÍA. Del mejor modo: en dinero.

VIGO. Yo jamás recibiría dinero de una mujer, la mía propia a no ser o madre o hermana mía.

GARCÍA. Antes de llegar a esposa puede una mujer...

VIGO. No tal: una mujer principal no puede ser otra cosa.

GARCÍA. Sin que muy principal sea, puede venir ocasión en que sirva de escalón a una mujer.

VIGO. ¡Cosa fea! Yo no comprendo el amor sino leal; y a mi ver, engañar a una mujer

sólo es de hombres sin honor. Amor es juego o comercio hoy; mas ni en comercio tal

meto yo mi capital, ni en juego tan bajo tercio.

GARCÍA. Los caprichos de mujer pueden a un hombre servir: diz que eso es saber vivir.

VIGO. Eso en Francia puede ser; que aquí, doquier que haya francos, hay un negocio; y por ellos las pulgas se hacen camellos, los negros se vuelven blancos.

GARCÍA. En Francia estás.

VIGO. Así es; mas si en Francia me enamoro, siempre pondré mi decoro más alto que mi interés.

GARCÍA. No se manda el corazón.

VIGO. Esa es mi opinión, García; y acaso al mío algún día humille una ruin pasión; que una pasión verdadera, ciega, idólatra, exaltada, ni ve, ni respeta nada, ni juzga, ni considera; y el hombre más caballero puede enamorarse al fin de una mujer baja o ruin, mas no vender al dinero lo que hay en él de mejor.

Sé que nos ciega y nos vence, por más que nos avergüence después tal vez el amor; mas no me conoces bien si puedes pensar de mí que abuse, y menos aquí, de mujeres que me den.

GARCÍA. Pues de lo dicho a pesar, bien tu memoria registra, y ve si te suministra una de quien sospechar.

VIGO. ¿Qué pueda dinero enviarme?

GARCÍA. Sí.

VIGO. No la hay.

GARCÍA. ¿Ni por amor?

VIGO. Mucho menos.

GARCÍA. Pues, señor,

a no que debas guardarme secreto que no sea tuyo, con este enigma no acierto.

VIGO. Mi corazón te está abierto.

GARCÍA. Pues respóndeme, y concluye. Si hubiera yo enfermo estado o en una situación crítica de esas que trae la política, próximo a ser fusilado verbigracia, y para mí te viniera una mujer para salvarme a ofrecer oro, ¿lo aceptarías?

VIGO. Sí.

GARCÍA. ¿Sin consultarme?

VIGO. Sin duda;

pues te había de querer muchísimo esa mujer que viniera así en tu ayuda; y al tratarse de tu vida, maldito si andaba yo reparando si era o no mujer, hermana o querida.

GARCÍA. Gracias, Vigo: un grande peso me quitas del corazón.

VIGO. ¿Por qué?

GARCÍA. Porque es la ocasión de revelar que es eso lo que yo he hecho contigo.

VIGO. ¿Recibir de una mujer?

GARCÍA. ¿No pude contigo hacer lo que tú hicieras conmigo?

VIGO. Pruébalo.

GARCÍA. ¿No hay pruebas hartas en la mudanza que ves?

VIGO. Otras quiero que me des.

GARCÍA. Pues toma ese par de cartas. Lo cual diciendo García, al buen Vigo presentó las cartas que recibió; y Vigo, que todavía

comprendido bien no había,
perdido en el circunloquio
de tan extraño coloquio,
abriólas con avidez,
mientras García a su vez
hacia este soliloquio:

«Que la traiga Lucifer,
o que nos la envíe Dios,
él verá cómo ha de ser,
que venga hoy una mujer
a meterse entre los dos.»

TISIS POÉTICA

I

De mis recuerdos íntimos,
dejadme que hoy escoja
y a leer os dé esta hoja
si versos aún leéis.

Volvía yo de América
temiendo un desengaño;
eran el mes y el año
abril sesenta y seis.

De mi existencia nómada
volvía por mi cuenta
frisando en los cincuenta,
muy tarde ya quizá;
volvía alegre a España,
mas con la duda extraña
de que en España nadie
me conociera ya.

Veinte años... ¡ay! la parte
mejor de mi existencia
pasé de ella en ausencia
sin dar razón de mí;
desheredado y víctima
de hondísimos pesares,
allende de los mares
a no volver me fui.

En la inacción estéril
de imperdonable olvido,
de Méjico perdido

por la región vagué;
¡ni un libro, ni una carta
mandé, ni el ¡ay! más leve
en años diez y nueve

a mi país! ¿Por qué?
La pérdida de todo
cuanto en mi patria amaba,
que obró en mí ser de modo
que aún hoy su acción no acaba,
que hundió en la hiel y el fodo
con insistencia brava
lo en cuanto yo fundaba
mi fe y mi porvenir,
sin luz mis horizontes
dejó en la Patria mía,
me convirtió en desmontes
sus campos de alegría,
me echó encima sus montes,
su suelo se me hundía,
y ya no más quería
que ir lejos a morir.

No quiso Dios, y he vuelto,
no con el alma en calma,
pero con fuerza de alma
para poder vivir.
¡Oh Dios clemente y pío
que a España me volviste,
ya aquí no puedo triste
ni en soledad morir!

Mas vamos al relato
que haceros se me antoja,
si a vuelta de esta hoja
oírme queréis;
a hablaros de mis casos
no voy de mar allende;
mi relación no asciende
más que al sesenta y seis.

Ya había yo entrado en Francia,
y aquí hay un mal recuerdo,
que no sé bien si es cuerdo
traer a cuenta aquí;
mas como forma el marco
del cuadro de mi vuelta,

va en esta estrofa suelta una
cual nota para mí.

Ya en Francia yo, allá en Méjico
la vanidad francesa
a Méjico hacer presa
de su ambición creyó;
causó una gran catástrofe,
por fin de un mal litigio;
sembró allá el desprestigio
de Europa... y se volvió,

Dejando abandonados
allí los intereses
de Europa, los franceses
abandonada allí

dejaron una víctima,
en cuyo sacrificio

libróme Dios propicio
de entrar por algo a mí.

¡Cosas de Francia! y ésta
fué cosa harto insensata;
empero, hablando en plata,
de Francia no fué error;

la cosa no fué Francia
quien tan de choz la hizo,

fué aquel advenedizo
de Francia Emperador

Volví, pues, de Méjico
para tornar, por dada
palabra, cuando nada
que hacer tuviera aquí;

mas ya de Francia al límite
sentí con gran zozobra
que no era fácil obra
pasarle para mí.

Sobrecogíome insólita
penosa incertidumbre,
que al fin en pesadumbre
degeneró y afán;

cual desertor que teme
ser visto, avizoréme
y anduve como prófugo
un mes por Perpiñán.

Tras casos tan extraños

y al fin de largos años
de voluntaria, inútil

y muda expatriación,
¿cómo acoger debía
la patria abandonada
al que en su abono nada

traía por razón?

¿Por qué me fuí? Por miedo
fantástico y capricho,
¿Qué no se habría dicho
de mí cuando emigré?

¿Por qué me fuí? ¿Y entonces
de quién y por qué huía?

¡Y huyendo me volvía
como me fuí! ¿Y a qué?

Mis versos, hojas secas
del árbol de mi ingenio,
mis dramas, del proscenio
ya prófugos quizá,

y al fin arrebatados
del viento del olvido,
sin sombra ya y sin ruido,
serían polvo ya.

Yo nunca me he adorado
ni me he ensoberbecido;

¡mas ¡ay! ser olvidado
donde famoso fuí!
Jamás tuve mi gloria
de relumbrón en mucho;

mas... ¡no guardar memoria
de mi pasado aquí!

Que al trasponer de España
de vuelta a la frontera
mi patria me dijera:

«y tú, ¿quién eres, di?»
y ante esta idea extraña
no me atreví, de miedo,
ni en Francia ni en España

a preguntar por mí.
Por fin, en la vislumbre
de un triunfo disipándose
mi afán e incertidumbre,

en mí y en calma entré:

brotó de mi cerebro
cual luminosa avispa
la idea al fin, la chispa
que encandesció mi fe.

Fantástica y excéntrica
la rayaba en la locura;
la fieme en mi ventura,
y a emborronar papel
para escribir el mío,
y en él para ensayarme,
determiné encerrarme
en un modesto hotel.

Es la comedia humana.
Sobre un plantel de plátano,
se abría mi ventana;
y aprovechando yo
las horas noche y día,
detrás de su persiana
forjé la poesía,
que al vulgo alucinó.

II
Mayo era ya: asomábame
tras mi tarea diurna
y en la quietud nocturna
el aura a respirar,
contento en los intervalos
de natural descanso
y a oír el rumor manso
del fresco platanar.

De su follaje ondisonó
por cima, en la manzana
de casas más cercana
pero contigua no,
veía yo de noche
brillar en su bohardilla
perenne lucecilla
que mi atención llamó.

No sé por qué (son cosas
que bien jamás se explican
por más que las aplica
la ciencia una razón),

de aquella luz perenne
el resplandor hacia
soñar mi fantasía,
latir mi corazón.

Fué para mí atractivo
de poderoso encanto
el foco siempre vivo
de aquella claridad.
«¿Quién velará allí tanto?»
decía yo, forjándome
quimeras mil, picándome
pueril curiosidad.

Tal vez dos criaturas por un amor di-
[chosas,
tal vez dos almas puras que velan labo-
[riosas
en improbo trabajo para vivir con él;
tal vez un estudiante, tal vez un escon-
[dido,
tal vez mujer constante que con atento
[oido
espera a su marido, o jugador o infiel.

Y he aquí cómo es la gente
curiosa, impertinente,
y del que vive enfrente
pensando siempre mal,
pendiente siempre un ojo
del ojo de su llave,
cree todo que lo sabe
y que lo ve, y no hay tal.

Yo así la erré, forjándome
quimera tras quimera:
y el caso en suma no era
ni enigma de la esfinge, ni embrollo de
[Babel:

un español con su hijo
vivía, al mundo extraño,
hacia más de un año
en el tugurio aquel.

El hijo estaba enfermo,
el padre le velaba,
y no les visitaba
jamás sino un doctor.

que era español como ellos,
que lejos no vivía,
y a quien pedir podía
información mejor.

Quien quier que fuesen, eran
de España; y era claro
que son su mutuo amparo
y su único sostén.

Trafá yo unos duros,
y no creí arrogancia
querer hacer en Francia
a un español un bien.

A casa, pues, del médico
me fui: bien recibíme
y atentamente oyóme:

y cuando yo callé,
me dijo: —Antes de darle
a usted respuesta alguna,
respóndame usted a una

cuestión: ¿Quién es usted?
Tan natural pregunta
me sorprendió, no obstante
de ser en tal instante

la más del caso, justa, precisa y na-
tural, pero repuesto al punto,
osé por vez primera

determinar quién era,
en el idioma noble de mi país natal.
Mi nombre y apellido
dije al doctor, que absorto

quedó un momento corto,
y dijo: —¿Usted?
Yo, sí.

—Ya quien le cree a usted muerto
hay en Madrid.
—Pues vivo
y a mi país nativo

me vuelvo por aquí.
Y dile explicaciones,
y ante ellas, campechano
tendiéndome la mano
se adelantó hacia mí.

—Paisanos somos—dijome.
—De la famosa Pincia
¿también?

—De la provincia:
yo soy de Peñafiel.
La ciencia observa, pero no da el paso:
Carlista era emigrado:

del mío fué algo amigo
su padre, y a su lado
lidió contra Isabel.
De nadie en el pasado

metíme yo en mi vida,
conque trabé en seguida
tal diálogo con él.

EL DOCTOR Y YO

YO.—Hablemos de esos pobres españo-
doctor.—Es una triste historia: [les.
nada hay en ella de esplendor ni gloria:
sólo hay noches de afán, de duelo soles.

YO.—¿Pertenece también a aquel par-
tido?...
DR.—Política opinión nunca tuvieron
ni pensar en política han podido;

harto en sus cuitas con pensar hicieron.
YO.—Me tiene usted curioso e impa-
ciente.

DR.—Es una historia tan vulgar la suya,
que es fácil que por bien que yo la cuente,
de hechos un armazón no constituya.

Hubo una abuela física en su raza;
y una hija después, madre de este hijo,
tuvo dos: de salvarlos no hubo traza
y murieron los dos a plazo fijo;
ahora le toca a éste.

YO.—¿Pero eso es una peste!
DR.—Si no más pavorosa, más segura
que las demás, porque ninguno escapa.

YO.—¿La ciencia no la cura?
DR.—La ciencia observa, estudia e in-
vestiga

y habla muy bien, pero por más que diga, va tras de la verdad y no la atrapa.

YO.—Doctor, es evidente que el pro-greso hoy universal. [greso

DR.—¿Lo niego acaso? La ciencia avanza, pero no por eso va en globo ni en tren rápido, va al paso; y para enfermedad que es profiláctica por heredada como en este caso, no ha encontrado remedio todavía ni especialismo audaz, ni ciencia prác-tica; y esta es la historia de la historia mía.

Los otros dos hermanos de este mozo, de una física madre como él hijos, vivieron siempre mal; y sin rebozo la enfermedad manifestóse en ellos, llevándoles en quencles y canijos a través de la vida; débil conformación, fuerzas escasas, ojos con baja luz, ralos cabellos, tristeza, palidez, tos prematura... ¡siempre se les creyó cosa perdida, flores de cementerio nacidas en su propia sepultura!

Mas la niñez y juventud risueña y al parecer alegre y vigorosa de éste que va a morir... tan engañosa esperanza ofreció, tan halagüeña persuasión infundió de que a ser iba de la regla excepción, que ni remota duda inspiró su salvación; y estriba precisamente en esto el infortunio de este padre infeliz, que bien descubre sin velo el porvenir; último junio de su hijo es éste; morirá en octubre.

YO.—¿Sin remedio?

DR.—No le hay; estos extraños males, cuanto más tarde desarrollan su morbosa infección, más pronto arro-llan al pobre ser enfermo. Plazo fijo; ¡llan nadie llega a cumplir veintidós años, cosa que ya bien saben padre e hijo.

Yo no sé qué impresión hizo en mi la historia del doctor; hay emociones que en ella se reciben con honda intensidad, mas sin razones ni aparentes tal vez que las motiven. Aquellos españoles cuya historia por vez primera oía, de quienes la más mínima memoria contenerse en mi espíritu podía y a quienes ni de nombre conocía, ¡por qué tan sin por qué me interesaban y en mí tan tenazmente suscitaban tan extraña expansión de simpatía!

Esperaba el doctor que yo anudase, como mi iniciativa me lo exige, la plática con él por mí iniciada, pues mi curiosidad era la base de aquella situación por mí creada con mi visita a él... y al fin le dije: Si algún alivio procurarles puedo en su desolación... mi intento era...

DR.—De ninguna manera; ¡pobres no son.

YO.—Pues en mi intento cedo.

DR.—Tal vez un medio hubiera, pero le tengo miedo.

YO.—¿Cuál, y por qué?

DR.—Usted es para ellos un ser, una entidad de grande influjo que hacia usted les atrae y les sujeta.

YO.—No comprendo, doctor ¿me cree [usted brujo?

DR.—Tal vez. El que se muere es un poeta con sus versos de usted se ha amantado.

YO.—¡Otra víctima más!—exclamé ab-[sorto.

DR.—Fué usted siempre su autor pri-[vilegiado,

y fuera acaso un día de juvenil felicidad completa para él, el que pasara usted a su lado;

mas como ya la muerte le combaté
tan de cerca y su plazo es ya tan corto...
su presencia de usted tal vez le mate;
tal emoción tal vez no sufriría.

No dijo el doctor más; y yo, sumido
en la idea fatal que el alma mía
atormenta años ha y es mi manía,
dije: «Otro imbécil a quien ha perdido
tal vez mi desastrosa poesía!»

¿Sondó el doctor mi triste pensamiento?
¿Juzgó que yo, poeta, me holgaría
de hacer conocimiento,
no con él, ¿a qué ya?, con el talento
del poeta infeliz que se moría?

No sé: mas dijo así, mientras ponía
en mi mano el doctor este fragmento
de extraña y moribunda poesía:

«He aquí un trabajo suyo: si lo vale
guárdelo usted; si de vulgar no sale,
olvidelo: que al fin nada hay perdido
en arrojar lo inútil al olvido.»

Y muertos ya hijo y padre,
yo de trabajo tal haciendo tema,
del tísico el poema
doy a luz hoy, por si hay a quien le cuen-
ta [dre
tal poesía póstuma y extrema.

EL POEMA DEL TÍSICO

I
¡Volved, alegres pájaros
del platanar cantores;
volved a abriros, flores,
que os oiga y huelva yo!
Llenad mis horas últimas
de música y perfume;
mi vida se consume;
Dios trunca me la dió.
En todo el largo invierno

no he visto flores ni aves;
su aroma y trinos suaves
mi solo goce son:
mi tiempo se hace eterno
sin pájaros ni flores;
no tuvo otros amores
jamás mi corazón.

Mi mal es profiláctico;
mi tiempo está medido;
el día en que he nacido
nací cadáver ya;
mi madre al darme su hálito
me dió su pobre vida,
mi cuna suspendida
sobre mi fosa está.

Mi infancia fué del alba
de la esperanza brisa;
mi juventud sonrisa
falaz del porvenir;
el niño aparecía
robusto y satisfecho
el áspid que en su pecho
llevaba sin sentir.

Mi juventud mostraba
desarrollarse a gusto
en mi gallardo busto
y en mi salud sin mal;
crecía y despejábese
mi clara inteligencia,
cumpliendo mi existencia
su evolución vital.

La ciencia nada hallaba
que el germen revelase
de profilaxis, base
de morbo de mi ser;
mas fueron de ilusiones
años diez y ocho: un día
el áspid mis pulmones
mordió y me hizo toser.

Palidecimos todos;
mi tisis era un hecho;
la muerte ya a mi pecho
llamaba con su tos.

El mal venía a escape,
me desahució la ciencia,
de muerte es la sentencia
y me la impone Dios.

De todos los deleites,
vedado me está el goce;
no hay dicha que alboroce
mi estéril juventud;
amar me está vedado,
soy árbol sin retoño,
soy ráfaga de otoño,
flor seca de ataúd.

Yo nada alcanzar debo
de lo que el hombre alcanza;
nací sin esperanza,
viví sin porvenir;
inútil fué el estudio,
inútil el ingenio;
en mi tercer setenio
por fuerza he de morir.

Y nada amar pudiendo
quien vive en la agonía,
amé la poesía,
la creación amé;
las flores y los pájaros,
que siempre en abril vienen,
alegran y mantienen
mi espíritu y mi fe.

II

¡Abril!—Ya se echa el viento;
la atmósfera se entibia;
ya todo mal se alivia
al sol que vuelve a arder.

De vida un germen nuevo
por donde quier renace;
ya todo se rehace
y anima por doquier.

¡Ya están aquí!... ¡Ya vuelven,
anuales peregrinas!
las pardas golondrinas
del viejo nido en pos.

Ya a rehacerle empiezan,
y en él cama aderezan
a sus implumes hijos;
¡que las bendiga Dios!

Mayo comienza.—Cúajanse
las lilas de botones;
ya salen los gorriones
de la saqueada troj;
la mariposa ciérnese
sobre sus alas flojas,
en las tupidas hojas
del inmarchito boj.

Deslumbra el sol; la tierra
se viste ya de verde;
la de vista ya se pierde
lo abierto del país;
achican ya los árboles
las vistas y horizontes;
Si la luz tiñe los montes
de azul que tira a gris.

Ya el alba matutina
va a saludar la alondra,
y el ruiseñor ya trina
a su hembra al reclamar;
ya cuando duerme el viento,
prudente la cigüeña
sobre la torre enseña
sus pollos a volar.

Tupidos ya los céspedes
y tréboles del prado,
ya todo está alfombrado
de vegetal tapiz;
ya están en flor los árboles;
ya el nido la oropéndola
colgó, y mecerse viéndola
dormita la perdiz.

Ya quema el sol; ya junio
de nuestro globo activa
la acción vegetativa;

ya en plena floración,
se envuelve él en su manto
de flores y de aroma,
de los que el hombre toma
vital respiración.

Ya quema el sol; ya suelto
no vaga nada; han vuelto
ya al fin todos los pájaros
y ya incubando están;
los tordos y los mirlos,
con la curiosa urraca,
son bulla y alharaca
los que metiendo van.

Ya julio el campo agosta
y el páramo achicharra;
de día, la cigarra,
y chirrea entre la mies;
la noche turban sólo
en su árbol el cuclillo
y el buho en el ciprés.

Del río por la orilla,
pasea la abubilla
los martinetes triplices
de su crestón condal;
y en la agua contemplándose
se afana y pavonea,
se esponja y gallardea
junto a la garza real.

El cuco, que es un pillo,
desde su hueco tronco,
con el graznido ronco
de su áspero cantar,
se burla de ella, mientras
los peces de la orilla
se van de la abubilla
la imagen a picar.

III

¡Oh sol, de tierra y aire
vital calor y esencia!...
¡Oh soll que a mi existencia

no puedes dar calor,
mantén el año entero
tu fuego del estío,
mantén en torno mío
el pájaro y la flor.

¡Anhélitos inútiles
de mi último deseo!
¡Los últimos que veo
los de este julio son!
Ya lleva mal mi espíritu
la carne que le cubre;

con la hojarasca, octubre
me arrojará al panteón;

¡Dos meses más... y muero
solo, aterido, inertel

O ven más pronto
o dura, estío, más;

no quiero, con la niebla
morir en el otoño;

que no trae un retoño
ni un pájaro jamás.

No huyáis, alegres pájaros,
del platanar cantores;

volved a abiros, flores,
para que os huela yo.

Mi vida se consume;
de música y perfume

llenad mis horas últimas;
no me digáis que no.

Enviadme, frescas flores,
vuestra vital fragancia,

dos meses más en Francia
para poder vivir.

¡Cantadme, ruiseñores,
cantad, pájaros míos,

al son de vuestros píos,
para poder morir

No quiso Dios; su vida
se prolongó hasta octubre;

la piedra que le cubre
 sin fecha y nombre está.
 Ser pudo un gran poeta,
 mas se perdió ignorado;
 y aún de él lo que he contado,
 tal vez no se creerá.

COLÓN

¿Quién es?—Para mí un dédalo: la en-
 [carnación de un siglo,
 la cifra de un conjuro, de enigmas una red,
 el paso de un cometa, la aparición de un
 [genio
 del paraíso echado, un ser, en fin, a quien
 vi siempre con asombro, mas de sus fases
 [múltiples
 razón no me di nunca, ni dárme la podré;
 su colosal, heroica y olímpica grandeza
 no abarcará impotente jamás mi peque-
 [ñez.
 Cuando a Colón me nombran, su imagen
 [en mi mente
 surgir hace de ideas informes un tropel,
 y de una pesadilla me causan el mareo
 como el que en mar picada, de un buque
 [da el vaivén.
 Colón, devoto, ascético y místico hasta el
 [éxtasis,
 vidente visionario de intensa lucidez,
 por Dios tal vez dotado de intuición prop-
 [fética,
 adivinó con ella cuanto debió saber.
 Como un novicio dócil, audaz como un
 [marino,
 sumiso como un mártir, altivo como un
 [rey,
 creyente sincerísimo, de buena fe cris-
 [tiano
 y alerta siempre y siervo tenaz de su
 [deber,
 para cumplir su sino, para alcanzar su
 [empresa

y en sus tribulaciones para encontrar
 [sostén,
 buscó en la cruz amparo y pan pidió al
 [convento;
 consejo pidió al monje, se confesó con él,
 con firme fe en sí mismo y en Dios con
 [la esperanza,
 ceder no quiso un ápice ni paso atrás
 [volver.
 Nutrido y saturado de aquella ciencia
 [errónea
 que en fábulas y absurdos tenía su es-
 [cabel,
 acaso Dios le hacía de la verdad el lampo
 detrás de aquella ciencia caótica entever.
 Y de esta portentosa leyenda colombina
 he aquí lo de que darme razón no más
 [logré.

Problema era de entonces la forma de
 [la tierra;
 cosmógrafos y teólogos al dar su parecer
 en pro de sus asertos apoyo a pedir iban,
 la Biblia torturando, al Sol y a Moisés.
 Y estábanse el problema sin despejar su
 [incógnita:
 Colón, que no alardeaba de sabio de car-
 [tel,
 pero que en Dios y en su ánimo e intui-
 [ción fiaba,
 en cuanto pudo, echóse del mar a sor-
 [prender
 aquel secreto cósmico, que consistir de-
 [bía
 según del haz del agua la curva redon-
 [dez,
 en que la tierra era no más que un astro,
 [como
 los que rodar del cielo por el azul se ven.
 No vió él en el Océano un mar sin fin
 [ni limite,
 sino un camino fácil para que en un baje

bogara un buen marino que hasta saber
 [bogara
 allende si había tierra: que sí la había de
 [haber,
 Y al mar se echó; y bogando, bogando
 [día y noche
 y una semana y otra, y cuatro y todo
 [un mes,
 y dos... y más, sufriendo ya de su gente,
 [(falta
 de su tenaz constancia e incontrastable
 [fe),
 murmuraciones, quejas, audacias, rebel-
 [días,
 y aun luchas a que había la fuerza que
 [oponer,
 tras de razones, ruegos, promesas y cas-
 [tigos,
 y de una congojosa navegación después,
 y haber comido en ella su pan con hez
 [de acibar
 y haberle remojado con lágrimas y hiel,
 de haber ya vacilado en si volver las
 [proas,
 y en fin, de haber dudado hasta de Dios
 [tal vez...
 en una noche tibia, serena, transparente,
 azul, risueña, diáfana, sin par en limpi-
 [dez;
 de aquellas de los trópicos, que no hay
 [en nuestros cielos
 de Europa y que allí azulan su celestial
 [dosel,
 y en que se ve en la atmósfera sin me-
 [nester de luna,
 y en la agua reflejarse los barcos del re-
 [vés,
 y cabrillear los astros en el turquí del
 [fondo,
 y culbrear la estela fosfórica del pez...
 ante Colón le plugo al Dios que allí le
 [enviaba
 abrir al fin el virgen americano edén.

Colón sintió una brisa de aromas impreg-
 [nada
 y un aleteo de aves en torno del bajel,
 después un cañonazo, al fin la voz de
 [¡tierra!...
 Cuando él la vió, empezaba ya el día a
 [amanecer.
 Resuelto había el problema y abierto
 [la epopeya:
 el mar tenía orillas, y tras el mar tam-
 [bién
 estaba aquella tierra que su geografía [fe
 situaba allí extraviada la errónea inco-
 [pletez.
 Para el problema daba los mismos resul-
 [tados
 de América el hallazgo; y el mar, ya a la
 [merced
 del Genio, era una vía de alfombra azul
 [tendida
 para llevar la ofrenda de América a Isa-
 [bel.
 ¡Maravilloso hallazgo; trascendental poe-
 [ma,
 que en conmoción hondísima dos mundos
 [va a poner:
 que va a cambiarlo todo del mar en am-
 [bas costas,
 que nuevo rumbo a todo va a dar, nuevo
 [interés,
 y nuevos objetivos, y nuevos ideales
 y aspiraciones nuevas, luz nueva y nue-
 [vo ser,
 y a abrir en era nueva la cuenta de los
 [siglos;
 dejando a los dos pueblos britano y por-
 [tugués
 detrás del de Castilla confusos y envi-
 [diosos,
 los mapas trastornados, la Europa en
 [desnivel,
 cubierto el mar de flotas, de ejércitos la
 [tierra,

la sociedad sin rumbo, la ciencia de tra-
 [vés,
 la Iglesia estupefacta, los reyes espanta-
 [dos,
 la tierra dando vueltas, y atónita la fe.

Y de eso el Centenario; la apoteosis
 [póstuma
 del semidios, del Genio de luz que vino

[a ser
 del nuevo medio mundo por Dios predes-
 [tinado,
 el redentor humano por la segunda vez;
 porque del nuevo mundo, que Dios había

[tenido
 allende el mar oculto, el redentor él fué.
 Colón al mar por Cristo lanzó sus cara-
 [belas,
 con una idea fija la mar al trasponer;

la de encontrar el paso de la región del
 [oro,
 para allegar tesoros y ejércitos con que
 reconquistar de Cristo la tumba, y la Sa-

[grada
 Jerusalem de manos del musulmán in-
 [fiel,
 que fué en aquel entonces universal an-

[helo
 y aspiración unánime de la cristiana grey.
 Colón es el gigante que redondeó la tierra
 partida en dos mitades, sin que desde

[Noé
 supiera alma viviente de tal mitad del
 [globo
 hallada por el viejo piloto genovés.

Y, al mar avasallando, Colón volviendo a
 [unirlas,
 unificó sus razas de Dios bajo la ley:

dió a la familia humana la cruz de unión
 [por signo
 y dió a Jesús y a España del orbe a co-
 [nocer.

La humanidad le debe su fraternal espi-
 [ritu,
 la sociedad el culto progreso en que se ve,
 el revelarse en toda su esplendidez Amé-

[rica,
 y España dos centurias de universal po-
 [der.
 Colón, como iba Cristo, por donde fué,

[fué dando
 albricias y esperanzas, promesas de un
 [edén,
 y mártir como Cristo subió por un cal-

[vario
 de ingratitud al Gólgota de la vulgar
 [sandez.

La ciencia doctrinaria, los pueblos siem-
 [pre indoctos,
 la humanidad rebelde a la verdad y al

[bien,
 la luz, la fe, lo excelso, lo espiritual, lo
 [sumo

han siempre años y siglos tardado en
 [comprender:
 pero a Colón y a Cristo justicia al fin se

[ha hecho,
 y por los hombres puestos al fin tendrán
 [que ser,
 de religión divina y humana como sím-

[bolos,
 Jesús en los altares, Colón sobre el pavés.
 [ción haba.

¡Blasfemia! ¡A un ser humano para-
 [gonar con Cristo!...
 ¡Es sacrilegio!... ¡Es irse detrás de Lucifer!

Jesús es Dios: no hay hombre ni ser en
 [lo creado
 que pueda ni con alas alzarse a su nivel.
 Pero Colón me ofusca; y en él, cuando

[en él pienso,
 veo algo que trastorna mi juicio; y ya
 [lo veis,
 cuando hablo de él me obecco, blasfemo

[y prevarico,

porque en Colón hay algo que me hace
 [enloquecer;
 y si el contorno quiero fijar de su figura
 o un punto de su historia dar luz sobre
 [el papel,
 ni doy con las ideas, ni acierto con las
 [frases,
 y al ir tras él no encuentro donde fijar
 [mis pies.
 ¡Oh! Sí: ¡Pesó un mal sino sobre Colón!
 [Él solo
 el Mane, Thezel, Phares, del grande enig-
 [ma lee:
 sólo él quien el arcano de la verdad pe-
 [netra
 y el quien de luz despuntes en sus tinie-
 [blas ve.
 El solo, contra todos, tenaz, incontrasta-
 [ble,
 tras sí arrastrando a todos, concluye por
 [vencer;
 y acaba la proeza más brava y memora-
 [ble
 que vieron las edades a un hombre aco-
 [meter.
 Y sin embargo, a él nada de nada le
 [aprovecha;
 predestinado a mártir y a redentor con él,
 sólo él descubre mundos, y de ahí reparte
 [reinos,
 que a él todos le disputan y él solo no
 [posee.
 De todos, solo, triunfa: y la mitad del
 [mundo
 reciben de sus manos Fernando e Isabel;
 ¡la más sin par conquista y el más glo-
 [rioso triunfo!
 y de su triunfo vuelve con grillos en los
 [pies.
 ¡Oh! Sí: bajo un mal sino vivió Colón: él
 [solo
 lo que ha hecho y donde ha ido se ha
 [muerto sin saber;

y aún hoy no estamos ciertos de dónde
 [tuvo cuna,
 ni dónde expira y yace probar podemos
 [bien.
 A él todo se le exige, y nada se le otorga;
 de su conciencia en lo íntimo se mete el
 [escalpel;
 él ser debió intachable, perfecto y hasta
 [santo,
 y en contra suya todos razón quieren tener.
 Mas si desvanecerle o perturbarle pudo,
 o darle el triunfo vértigos de olímpica
 [embriaguez;
 si altivo con los unos, fué ingrato con los
 [otros,
 y a algunos vió con ira, y a algunos con
 [desdén,
 de la flaqueza humana no había nacido
 [exento;
 y al ajustarle cuentas, en cuenta hay que
 [tener
 que fueron sus proezas mayores que sus
 [faltas,
 que en pro de España todas las hizo; que
 [por él
 en la mitad del mundo se habla hoy en
 [castellano
 (y la mitad del mundo no es una media
 [nuez);
 y que cuando iba en busca del mundo
 [americano,
 de aquél y de su flota como Almirante y
 [juez,
 señor iba de todos y no sumiso a nadie
 y no iba para santo, sino para virrey;
 y en su gestión omnímoda, entonces como
 [ahora,
 lealtad pedirle, bueno: mas santidad ¿por
 [qué?
 Ni es juicio equitativo ni proceder hi-
 [dalgo:
 del siglo en el criterio es ruin tal estre-
 [chez;

los cazadores de águilas no cazan nunca
 [moscas,
 nadie es más grande al grande por empe-
 [queñecer,
 y a los que ya los pueblos han puesto en
 [pedestales,
 ya, en alto al sol y al aire o a sombra de
 [dosel,
 de lejos y de abajo a arriba hay que mi-
 [rarles
 y no se les ven nunca las pecas de la tez.

—
 Esto es su Centenario: Colón recono-
 [cido
 con la verdad de Cristo y en gloria por
 [doquier,
 y hombre es de tan gran talla y tal es su
 [epopeya,
 que para ingenios hueros ni medianías
 [no es.
 Colón y su epopeya exigen homenaje
 mejor que versos míos así tan a granel:
 hasta Colón no alcanza la petulancia cursi,
 ni la pueril soberbia, ni mi senil chochez.
 Para mi barca vieja, ya es mar de mucho
 [fondo:
 para mis viejas alas ya mucho viento es:
 yo no me lanzo en aires en que volar no
 [puedo,
 ni me aventuro en aguas en que nadar
 [no sé.

SÍNTESIS

Ante Jesús me postro y ante Colón me
 [pasmó:
 adoro y rezo a Cristo, y callo ante Colón:
 a aquél elevo mi alma, y ante éste me
 [entusiasmo:
 pero con ambos habla no más mi corazón.

NOCHE BUENA

A L I Y C. CONDE
 [cielos,
 en la tierra hacen gloria niños y abuelos:
 todo en vigilia
 huelga en ella: es la fiesta de la familia.
 Fiesta de paz, cantares, luz y alegría,
 de infantil algazara, de poesía,
 de fe y cariño,
 todos niños se tornan con el Dios Niño.
 Fiesta en que agita a todos un pensa-
 [miento,
 un afán: tener todos un nacimiento:
 el simbolismo
 más primitivo y cándido del cristianismo:
 ¡y el mayor! en tal noche se conme-
 [mora
 del Redentor del mundo la primer hora:
 fiesta cristiana
 en que se asoma al cielo la raza humana.
 Ágape del comienzo de los cristianos,
 su fe le solemniza con una cena
 de las madres, los niños y los ancianos:
 ¡y a boca llena
 llamamos esta noche la Noche Buena.
 —
 Cariñosos amigos Luis y Consuelo,
 hoy que a vuestros dos niños falta el
 [abuelo,
 yo, que le quise tanto como él me quiso,
 voy de él a traerles nuevas del Paraíso:
 y es una idea
 que ha surgido en mi mente que ya cho-
 [chea:
 idea mía
 que explicar sólo pueden fe y poesía.

Las almas de los niños vienen envuel-
 [tas
 en neblinas de cándida santa ignorancia,
 que por la luz del mundo no son disuel-
 [tas
 mientras en la inocencia dura su infan-
 los niños tienen [cia;
 el ser de ángeles cuando del cielo vienen;
 madres y abuelos
 miran siempre como ángeles sus peque-
 [ñuelos.]

Esta noche es la noche de los ensueños
 primeros de la vida; de los placeres
 primeros de los niños, goces risueños:
 la fiesta de las madres: santas mujeres
 que de madres sujetas a los empeños
 y sumisas de madres a los deberes,
 de la tierra hacen gloria con sus peque-
 [ños;
 las madres buenas
 ven a Dios en sus casas las Noche Bue-
 [nas,
 y a estos festines
 del hogar, con Dios bajan blancas legio-
 [nes
 de invisibles arcángeles y querubines,
 que con sus alas niveas dan pabellones
 de reposo a las madres que con canciones
 arrollan en sus brazos sus chiquitines.

Todo lo creen los niños en esta noche;
 y a vista del paisaje del nacimiento,
 mientras de sus muñecos hacen desmo-
 [che,
 de expansión y alegrías entre el derroche,
 fe dan a los prodigios de cualquier cuento.

Son las nociones
 primeras de las psíquicas revelaciones,
 y ya en la vida
 lo que entonces se aprende jamás se ol-
 [vida.]

¿Comprendéis ya mi idea, Luis y Con-
 [suelo?

Ya es mi manía:
 decid a vuestros niños, ya sin su abuelo,
 que esta poesía
 es su muerto abuelito quien se la envía...
 ¡De allá, del cielo!...

Tal vez ni ellos me vean ni yo les vea
 nunca: pero que me amen: esa es mi
 [idea.

Tal vez esto os parezca sueño de un
 [loco...
 de nadie mis chocheos en mal redundan:
 a él no le conocieron ni a mí tampoco:
 que nos identifiquen, que nos confundan:
 que me amen vuestros niños: y cuando
 [lleguen
 a ser ya grandecitos, cuando pregunten
 su historia y de saberla derecho aleguen,
 que los datos y señas de los dos junten;
 que cuando de su abuelo sepan la histo-
 [ria

con la mía la fundan en su memoria:
 que cuando de él lindezas y bien les di-
 [gan,
 que con él me recuerden y me bendigan,
 y cuando por él recen al acostarse,
 que también por mí recen cuenta sin
 [darse;

mi poesía
 que aprendan cuando crezcan Pepe y Ma-
 [ría.
 ¡Ya veis cuán llena
 está de niñerías mi Noche Buena!

Gozad ésta vosotros, que pequenuelos
 tenéis: casas con niños son unos cielos:
 y traen sin penas
 una hora para todas las Noche Buenas.
 Fiesta nocturna y mística de los cris-
 [tianos,

fiesta de universales mutuos cariños,
 canta la unión fraterna de los huma-
 [nos,
 y en el Niño que nace, todos hermanos
 e hijos de Dios nacemos viejos y niños.

Fiesta infantil que abarca todos los go-
 [ces
 íntimos del espíritu y el hogar santo,
 de niños y de viejos une las voces
 en pastoril, sencillo y único canto;
 canto inocente, fácil, pero sublime,
 popular, que en las almas místico en-
 [canto
 de indecible ternura y amor imprime.

Y esta noche en las cenas de Noche
 [Buena
 se unen todos cantando los *Villancicos*
 que al Niño Dios entonan tras de la cena,
 nivelándose alegres grandes con chicos:
 que en tal vigilia
 ante Dios somos todos una familia.

Piasta de la nobleza, la burguesía,
 del clero, del comercio, del artesano,
 del soldado..., de todos cuantos por guía
 tienen la cruz y forman pueblo cristia-
 [no,
 trae algo que difunde paz, alegría,
 esperanza, consuelo, luz y alborozo,
 y en el alma creyente como en la impía
 cambia esta noche una hora la noche en
 [día,
 el duelo en esperanza y el ansia en gozo:
 fiesta cristiana
 a la que España tintas da de pagana.

Porque en España todo se tergiversa;
 nuestro pueblo, tendiendo siempre al abu-
 [so,

sin ser ni mucho menos raza perversa,
 es ignaro y de nada sabe hacer uso;
 a poco que resbala, ya se desborda,
 y se hace en desbordándose kábila y
 [horda.
 Sus instintos cristianos son algo tur-
 [bios
 y cambiar fiestas santas suele en orgía
 por las plazas y calles de los suburbios,
 con instrumentos bárbaros sin armonía,
 con músicas sin ritmos y sin compases;
 cantes de ideas cónicas y absurdas frases
 y estrépitos salvajes de algarabía.

¿A quiénes toca
 su represión?—Cenemos
 y punto en boca.

1892-1893
 ¿Y aún... por costumbre acaso, tal vez
 [por cortesía,
 para Año Nuevo versos me pide *El Li-
 beral?*

Si aún hay en estos años quien lee mi
 [poesía,
 ¿qué poesía dejan en la cabeza mía
 por dentro ni por fuera las huellas del
 [actual?
 Enfermedad ridícula, nativa, heredita-
 [ria,
 no menos dolorosa ridícula por ser,
 condéname ha tres años a vida solitaria;
 tal vez a vivir muchos aislado como un
 [paria,
 del mundo a no ver nada, y a no dejar-
 [me ver.

Yo ¿qué sé ya del mundo, puesto que
 [en él no vivo?
 Ni al Año Viejo que huye, ¿qué versos
 [voy a hacer?...
 ¡Ni al Nuevo, pues del Nuevo no aguar-
 [do lenitivo,

y apenas los rumores del en que estoy
[percibo
ni ya distingo apenas lo de hoy de lo
[ayer!

Yo ya ni veo ni oigo lo que en el mun-
[do pasa:
los que con un estigma marcados cual yo
[están,
en sociedad no viven, y gozan de su casa
lo que gozar les deja, o su ambición es-
[casa
o su feliz carácter por todo sin afán.

Y este soy yo: de este año de fiestas y
[motines
sentí no más pasando zumar en mi bal-
[cón
los ecos más discordes, con pretensión de
[afines
al parecer, pues juntos y a un tiempo oí
[clarines,
campanas, tiros, órganos y salvas de ca-
[ñón:
aplausos, mueras, silbas, los salmos del
[entierro,
el *Réquiem* y el *Hossanna*, los pitos y el
[fagot:
murgas, orfeones, bandas, el arpa y el
[cencerro,
chillidos de dos monos y hasta el ladrar
[de un perro...;
todo el confuso estrépito que, huyendo
[de su encierro,
harían las cuarenta legiones de Astaroth.

En los flotantes pliegues ingravidos del
[viento
y en sus perdidas ráfagas sin fuerza y di-
[rección,
de incógnitos pasantes en el coloquio len-
[to,
y de otros en las frases de insulto vio-
[lento,
de anuncios y programas e impresos en
[un ciento,

de allá cogiendo una hoja y de acullá
[un jirón,
oía y recogía, caótica amalgama
de incomprensibles hechos, de absurdos
[en montón!
los nombres, los retratos, los fastos, las
[historias,
los vicios, las virtudes, los actos de va-
[lor,
los crímenes, los triunfos, lo absurdo, lo
[monstruoso,
lo ruin, lo más excelso, la gloria y el bal-
[dón
de cuantos en España y en este Cente-
[nario
bulleron y pasaron en el noventa y dos.
Y en este torbellino de nombres y de
[ideas
surgían como imágenes de un sueño má-
[reador,
revueltos en un caos los muertos y los
[vivos,
y en larga, interminable y extraña pro-
[cesión,
obispos, reinas, chulos, civiles, monjas,
[cómicos,
ladrones, misioneros, dinamitros, clowns,
poetas, jueces, músicos y pelotaris y hé-
[roes,
en fin, cuantos ha hecho este año algún
[rumor,
hundiéndose o alzándose, muriendo o im-
[poniéndose,
en cátedra, congreso, motín o institución;
el sacro Monescillo, de dignidad modelo;
Emilio, el Grande, el sumo y espléndido
[orador;
el diestro Lagartijo, llamado por telégra-
[fo;
Sagasta, que de triunfos este año se atra-
[có;
cuantos con fe o fachenda de América vi-
[nieron

a ver o hacer, su mano poniendo en la
 [labor
 del Centenario: Cánovas, el presidente
 [nato
 de cuanto presidible se instala en la na-
 [ción;
 Moguel, Narciso y toda la grey ateneísta;
 Menéndez y Pelayo, que es uno y suma
 [dos;
 el sabio padre Fita, don Juan de Dios
 [Delgado
 (con Rada o, sin la Rada, como le esté
 [mejor),
 la Palma de una Angélica, mi homónimo
 [uruguayo,
 Chapí, Rubén Darío, Sepúlveda, Bretón,
 el muerto Miguel Álvarez y el inmortal
 [Arrieta,
 Marqués, Curros Enríquez, Echegaray,
 [Galdós,
 Benlliure el atrevido, Vidart el polemista,
 el buen marqués de Cubas, el cisne Cam-
 [poamor,
 a inevitable Emilia, Valbuena el impla-
 [cable,
 Balart, Matoses, Camba, y Kasabal y
 [Pons;
 Clarín, Gaspar, Manolo, Vital y Núñez
 [de Arce,
 Silvela, el Papa negro, Sellés, Alberto
 [Bosch...
 y ciento y otros cientos que a hacer con-
 [tribuyeron
 un Carnaval de este año, que concluyó
 [en cielón;
 y tal concurso, inmenso, de faz y ser tan
 [vario,
 me deja por recuerdos del ido Centenario
 el de una cabalgata de lujo extraordina-
 [rio
 y el de un motín que hicimos (el gremio
 [literario)
 de versos y mordiscos tirados a Colón.

Quédame, a más, un dejo amargo, lo
 [que nunca
 en nuestra alegre tierra del—¿qué más
 [da?—faltó;
 las fechas y las horas equivocadas siempre,
 el deshacer lo hecho sin plan ni previ-
 [sión;
 lo desatentado de cada nueva idea;
 lo descompaginado de cada instalación;
 el discurrir eterno y el siempre llegar
 [tarde
 y echarlo todo a broma y encomendarlo
 [a Dios.

Queda aún la nota cómica del año: el
 [gran cometa
 que iba a partir la tierra y a desnucar
 [el sol;
 le vieron, le estudiaron muy bien los sa-
 [bios todos:
 y—¡ahí está ya! ¡Nos parte!, dijeron a
 [una voz;
 pero la misma noche en que a partirnos
 [iba,
 partió el firmamento y... o filfa, o les
 [partió.
 Me queda un recuerdo último, el de
 [una doble plancha
 que no me cabe en juicio; fué pública
 [opinión
 que una extranjera Reina corrió pidién-
 [do toros
 de vuelta recogiendo pelotas de un fron-
 [tón,
 y osó desflorar alguien de un triunfo las
 [primicias
 que fiel para sus Reyes un pueblo pre-
 [paró.
 Monstruoso... a ser verídico; pues ya no
 [hay quien ignore
 que mientras rija a España la actual
 [Constitución,
 y mientras represente la patria el real
 [escudo,

aún en el simbolismo del nacional blasón
la cruz y la corona son, como Dios, in-
[munes,
y el Rey es el castillo y el pueblo es el
[león,

He aquí lo que recuerdo del año a quien
[ya puso
en la agonía el tiempo; y como asaz di-
[fuso
soy ya, de estos dos años a *El Liberal*
[diré:
pues sé de aquél tan poco, tan turbio y
[tan confuso,
¿qué es de éste que despunta lo que de-
[cír podré?

Hoy nace el Nuevo y guarda lo que
[nos trae cerrado:
del porvenir Dios sólo romper puede el
[candado
y abrirlo sólo el tiempo de quien lo fía
[Dios,
y en cuanto al año que entra... pues hay
[de fuerza o grado
al paso que él camine, que caminar en pos.

Y no sé más: del que entra decir tan
[sólo puedo
que si en setenta y cinco no me faltó
[la fe,
tal como el año venga le aguardaré sin
[miedo,
sumiso, resignado, con el semblante ledo,
y mientras tenga fuerzas le aguardaré de
[pie.

Ni lo que fué me angustia, ni el porve-
[nir me espanta:
no sé más que hacer versos; y porque
[más no sé,
mientras que en pie me tenga con voz en
[la garganta,
mis versos a mi Patria y a Dios consa-
[graré.

Cuando me falte tierra donde fijar mi
[planta,

cuando me falte cielo donde tomar la
[luz,
tras tanta gloria efímera, tras experien-
[cia tanta,
ni en la alma ha de faltarme de Cristo la
[fe santa,
ni fosa en que me entierren a sombra de
[una Cruz.

¡Lánzate, pues,
enmascarado noventa y tres!
y ¡anda con Dios,
arlequinesco noventa y dos!

LA IGNORANCIA

I

Somos doce millones de españoles
que no sabemos leer. ¡Dato inaudito!
Si aún nos queda valor, honra y ver-
[güenza,

es menester probarlo o desmentirlo:
y si probado está, meter luz pronto
de ignorancia y baldón en ese abismo,
o, al fin del siglo de la luz, a oscuras
nos quedamos sin ver y sin ser vistos.

Yo soy el español de menos fuste,
pero el más español de los hoy vivos,
y España no podrá jamás tomarme
por desertor, rebelde o tornadizo.

La vida me pasó glorificando
la prez de España y sus varones ínclitos;
saqué la cara y enristré la pluma
para loar doquier el mal que hizo.

Sus creencias canté y supersticiones,
porque ese es de mi pueblo el simbolis-
creer y pelear, soñar con oro, [mo:
pedir limosna al son de un guitarrillo,
desperdiciar el bien que Dios le envía,
y en Dios fiando y su valor nativo,
explotarse dejar por quien le halague
contando cuentos *lúbricos* o *místicos*.

Cada cual es como es; hay a hombre o
 [pueblo
 que tomar como Dios hacerle quiso:
 yo he cantado a mi patria sesenta años,
 a mi modo de ver como la he visto:
 gloriosa con sus fastos militares,
 grande con sus virtudes y sus vicios,
 prendida con sus tocas de castaños,
 de nogales, de almendros y de olivos,
 con su manto de mieses y viñedos,
 y el cinturón de plata de sus ríos,
 piadosa con la fe de sus mayores,
 gaya con su carácter expansivo,
 y hermosa con su vello y sus lunares,
 morena tez y mosqueadores rizos.

Puede ser que la gente venidera,
 y aun la de hoy, al juzgar mis pobres li-
 [bros,
 les niegue utilidad y trascendencia,
 mas no podrá negar su españolismo.

Amé a mi patria como amé a mi madre;
 ni tierra ni mujer para mí ha habido
 mejores que ellas dos, y siempre he es-
 [tado
 dispuesto por su honor a dar el mío:
 y hoy que de España, por lo que oigo y
 roe un gusano el corazón dormido, leo,
 voy a ver si mi voz se le despierta,
 y si no oye mi voz, a darla un grito.

Tengo aquí poco tiempo y poco espa-
 [cio:
 conque hay claro que hablar y jugar lim-
 [pio,
 que a mí ya ni me engañan chachareros
 ni comulgo con ruedas de molino.

II

¿Somos doce millones de españoles
 que no sabemos leer? ¿Sí? ¿Pues por Cris-
 [tol
 ¿qué han hecho en sesenta años de pro-
 y libertad, maestros y ministros? [greso

¿No habíamos quedado en que los pue-
 en ignorancia estúpida sumidos [bros
 estaban en España, por aquello
 que dimos en llamar oscurantismo?

¿No habíamos quedado en que el sis-
 parlamentario, desoldando grillos, [tema
 rompiendo celosías y enverjados,
 rasgando velos y apagando cirios,
 iba aire, luz, salubridad y vida
 a dar a inteligencias y a edificios,
 e íbamos todos a aprender al menos
 a escribir bien o mal y a leer corrido?

Yo ereí que todo eso estaba hecho;
 que al fin de tanta lid y tantos tiros,
 de tanta ley y de discursos tantos
 e instalar tal sinnúmero de círculos,
 colegios, asambleas, gremios, centros,
 logias, clubs, ateneos y casinos,
 ya era el pueblo español como los otros,
 ilustrado y capaz... y ahora salimos
 con que hay doce millones de españoles
 que no sabemos leer.—¡Gran fin de siglo!

¿Qué hay que impida aprender a nues-
 [tro pueblo?
 ¿Es su incapacidad? ¿Es maleficio?
 ¿Hay a quién interese que no aprenda?
 ¿Por qué, pues hay maestros, no ha apren-
 [dido?

¿Por qué a aprender a leer no le han for-
 [zado
 los que a aprender le fuerzan su servi-
 [cio?

Si a aprender en pro ajena se le obliga,
 ¿por qué no ha de aprender para sí mis-
 [mo?

¿Por qué el legislador, el gobernante,
 el gremio, la parroquia, el municipio,
 todo el que gente donde quier reúne
 para darla trabajo, pan o asilo,
 en talleres, en obras, en cuarteles,
 cárceles, hospitales y presidios,
 no consigna el leer obligatorio
 y el aprender a leer como principio?

El que no sabe leer no sabe nada; la luz, la idea, el alma está en el libro: el Evangelio, nuestra historia patria, el Código civil, el catecismo.

El que no sabe leer, leer no puede eso; y ni aun sabe rezar más que de oído: no sabe orar a Dios, no le conoce, la ignorancia sofoca hasta el instinto.

El que no sabe leer no adquiere ideas, piensa con las que ya le han imbuído. ¿Quiénes? Probablemente los que quieran explotarle o hacersele propicio; y si Eva engañó a Adán, y estaban solos, y habitaban aún el Paraíso, ¿qué harán en nuestros pueblos ignorantes

la audacia, la ambición y el fanatismo?

El que no lee, no sabe; y quien no sabe, del que sabe en poder constituido, sólo está de la acémila a la altura; es como el asno o como el buey sumiso; y ese está siempre, o al señor o al pueblo, o a los que más que él saben sometido, y aunque bestia ignorante, es bestia útil, pues del común trabaja en beneficio.

El feroz, el rebelde, el que no entiende razón, contra las leyes levantisco y el progreso social, es una bestia con quien la sociedad rompió sus vínculos.

A ese hay que echarle de ella... o suprimirle: porque el que nada sabe es un perdido que, de todo incapaz, empieza en vago, desde el ocio haragán cae en el vicio, y luego en la miseria, y en el crimen después, y al fin un juez le echa al patíbulo.

Es la historia del hombre no educado, montaraz como el lobo y el erizo, que huye la sociedad, y al que le aborda le presenta no más dientes o pinchos.

Ese no supo leer, y nada supo;

jamás comprendió bien frase ni dicho: lo que de lo que oyó recogió al vuelo fué lo trunco no más, lo sin sentido; y como nada concibió a derechas, se echó a través de todo, a todo esquivo; y a través de su bárbara ignorancia, sin idea de Dios fué su alma a juicio. Y ese es el que no lee: la bestia humana. ¿Por qué hay doce millones de individuos que leer no sabemos en España y de la escuela y el maestro huímos?

Comprendo bien que alcaldes y caciques por el maestro al verse corregidos (porque el maestro al fin sabe más que ellos) cobren a los maestros omecillo: de gramática parda profesores, que ven con desdén lo sabio y lo científico, y vanidad no existe más indómita que la soberbia ruin de los pardillos.

Mas que en villas de rollo y en ciudades miren con tal desdén los municipios a los maestros, que a pagar se nieguen los pocos reales de su haber mezquino; que impasibles toleren los gobiernos que ya ascienda a millones lo debido; que anden ya los maestros señalados de miseria ridícula por tipos, y al lápiz, a la pluma y en la escena se les ponga ante el público en ridículo, entre buenos cristianos se me antoja sandia conducta y proceder inicuo.

¿A quién estorbar pueden los maestros, ni a quiénes tienen hoy por enemigos? Si los tienen, quitárselos de en medio, que amparo ante la ley les da su título. ¿Es que no tienen los gobiernos fuerza ni mandan para ser obedecidos?

Quien ordena al maestro abrir la escuela,
 que obligue a entrar en ella a sus discípulos.
 ¿Qué es, pues, en qué se basa, quién fomenta
 el odio inverosímil, el instinto de aversión
 a la letra y al maestro que demuestra en España
 el campesino? ¿Qué hay bajo esta vergüenza que
 reeste reciente cálculo estadístico del país,
 que nos deja estupefactos a los que en él leemos
 y escribimos?

III

Creó el gobierno la instrucción primaria,
 reclamó el clero la instrucción del niño,
 centros y clubs la del obrero pobre,
 los sabios jesuitas la del rico,
 la del centro burgués los escolapios,
 y cientos de hermanitas y hermanitos,
 por santos institutos y conventos
 con objeto tan santo repartidos,
 la de las vendedoras del mercado,
 la de los camareros, los mendigos,
 asilados, zinzayas, costureras,
 todo lo perdulario y perdedizo,
 todo lo suelto, abandonado y prófugo,
 todo, en fin, lo extraviado y lo perdido...
 ¡Y aún hay doce millones de españoles
 que no sabemos leer!... Pues... es un mito

¿Por qué? Señor Sagasta y señor Cánovas,
 si ustedes no lo saben, averigüenlo;
 porque si a leer a España no enseñamos,
 verán lo que es la España fin de siglo.
 Yo ya no lo he de ver: yo ya del mundo,
 como dijo el gitano, me las guillo;
 mas si a ustedes les coge de sorpresa,
 no es porque yo al morir no se lo aviso.

A ISABEL LA CATÓLICA

POR EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Vencedora en Granada, hallas mezquite
 el mundo antiguo, en la sublime idea
 que de tu pueblo tienes, y desea
 abrir tu alma a su expansión camino.

Proteges a Colón, y el peregrino
 plan se logra por ti, que la europea
 ciencia extendiendo, en cuanto el mar
 planta la Cruz del Redentor divino.

Así tu gloria América proclama,
 y a las naves de Hirán causa desdoro
 y al bienhechor ejército de Osiris.

Sorata te alza al éter: Tequendama
 le hunde en tu aplauso: Niágara sonoro
 como nímbo de luz te ciñe el iris.

VIVIR LOCO Y MORIR MÁS

CAPRICHIO DRAMÁTICO EN DOS ACTOS (1)

OBRAS DRAMÁTICAS

EL PONCHE

PERSONAS

ROMÁN ROMÁN
ALBERTO ALBERTO
JULIÁN JULIÁN
PEREIRA, portugués PEREIRA
ANA ANA

ESCENA PRIMERA

Habitación de Pablo Román, de aspecto casi insostenible; una mesa, sillas, pañuelos, dibujos, y en un estante un retrato sin concluir. — Unos cuadros colgados en la pared.

ALBERTO, *sentado*; ROMÁN, *en pie por la escena*

ROMÁN (*solamente en la mano una moneda de oro*).

Es el último doblón.

ALBERTO. Suerte por cierto cruel.

ROM. Brindemos juntos con el
a nuestra separación.

(1) El elemento caprichoso, el que realmente no se puede llamar drama, está escrito para una representación determinada y en determinadas circunstancias. El autor espera una reacción sobre el público la cual le indignamente.

nos queda nuestra alegría en el alma, Alberto.

ALB. — Estoy en el punto de éllo penando en extremo.

¿No hay más remedio, Román?
ROM. Los días vienen y van y que no ha de llegar temo el día.

ALB. La suerte acaso te guarda mejor fortuna.

ROM. Es tardía, es importuna y en impaciencia me abraso.

¡Tantas horas de esperar, tantos días de dolor,

aguardando otro mejor que jamás ha de llegar!

¡Y soñando gloria y nombre, contando al dintel de un cielo, arrastrarse por el suelo

bajo la planta del hombre! No más, Alberto, por Dios, no más.

hoy es nuestra despedida; tal vez otra en esta vida nos hallarvimos los dos.

ALB. Román, ¿y así se abandona tanto afán, tanta esperanza?

¿Sin amargura se alcanza esa soñada corona?

¿Quién ordena al maestro abrir la escuela?
 ¿Por qué obliga a entrar en ella a sus discípulos?
 ¿Qué es, pues, en qué se basa, qué funda,
 el odio inverosímil, el instinto
 de aversión a la letra y al maestro
 que demuestra en España el campesino?
 ¿Qué hay bajo esta vergüenza que resaca
 reciente el leucole estadístico
 del país, que nos deja estupefactos
 a los que en él leamos y escribimos?

III

Creó el gobierno la instrucción primaria,
 reclamó el obrero la escuela, el club,
 centros y clubs de del obrero pobre,
 los sabios jesuitas la del rico,
 la del centro burgués los escolapios,
 y cientos de hermanitas y hermanitos,
 por santos institutos y conventos
 con objeto tan santo repartidos,
 la de las vendedoras del mercado,
 la de los camareros, los mendigos,
 aislados, rinzayas, costureras,
 todo lo penalitario y perdedido,
 todo lo suelto, abandonado y prófugo,
 todo, en fin, lo extraviado y lo perdido.
 (Y aún hay doce millones de españoles
 que no sabemos leer). Pues, es un mito

¿Por qué? Señor Sagasta y señor Cánovas,
 ¿ustedes no lo saben, averigüenlo,
 porque si a leer a España no enseñamos,
 verán lo que es la España fin de siglo.
 Yo ya no lo he de ver: yo ya del mando,
 como dijo el gitano, soy las gallas,
 mas si a ustedes los coge de sorpresa,
 no es porque yo al morir he en lo ardo.

A ISABEL LA CATÓLICA

Por el descubrimiento de América

¿Qué mundo antiguo, en la sublime idea
 que de tu pueblo tienes, y desea
 abrir tu alma a su expansión camino,
 Proteges a Colón, y el peregrino
 plan se logra por ti, que la europea
 ciencia extendiendo, en cuanto el mar
 alcanza la Cruz del Redentor divino,
 Así tu gloria América proclama,
 y a las naves de Hírán causa deslora,
 y al bienhechor ejército de Quira.
 Serata te alza al éter: Tequendama
 le hunde en tu aplauso: Niágara ahora
 como símbolo de luz te ciñe el iris.

¿Qué mundo antiguo, en la sublime idea
 que de tu pueblo tienes, y desea
 abrir tu alma a su expansión camino,
 Proteges a Colón, y el peregrino
 plan se logra por ti, que la europea
 ciencia extendiendo, en cuanto el mar
 alcanza la Cruz del Redentor divino,
 Así tu gloria América proclama,
 y a las naves de Hírán causa deslora,
 y al bienhechor ejército de Quira.
 Serata te alza al éter: Tequendama
 le hunde en tu aplauso: Niágara ahora
 como símbolo de luz te ciñe el iris.

VIVIR LOCO Y MORIR MÁS

CAPRICHO DRAMÁTICO EN DOS ACTOS (1)

ACTO PRIMERO

EL PONCHE

PERSONAS

PABLO ROMÁN.
ALBERTO.
JULIÁN.
PEREIRA, portugués.
ANA.

ESCENA PRIMERA

Habitación de Pablo Román, de aspecto casi miserable; una mesa, sillas, papeles, dibujos, y en un caballete un retrato sin concluir. — Unos floretes colgados en la pared.

ALBERTO, *sentado*; ROMÁN, *en pie por la escena*

ROMÁN (*señalando en la mesa una moneda de oro*).

Es el último doblón.

ALBERTO. Suerte por cierto cruel.

ROM. Brindemos juntos con él a nuestra separación.

(1) El siguiente capricho, al que realmente no se puede llamar drama, está escrito para una persona determinada y en determinadas circunstancias. El autor espera que atendidas éstas el público le acoja benignamente.

Una
Tabaja, suite y espera
que en el sentir
esté acaso el
esa fama vendida
rom. Decidido Alberto
de nosotros olvidados
o lamosos o ignominiosos
Pero
México es así
de los recios el
la vida con
para todos
Soñe hasta

que fantasma de
y hoy me
un recuerdo
Todo en la
la amargura y el
y mangas y
pres son
Ramos pues
nos queda
en el alma, Alberto.

ALB. Estoy
de ello penado en extremo.
¿No hay más remedio, Román?
ROM. Los días vienen y van
y que no ha de llegar temo
el mío.

ALB. La suerte acaso
te guarda mejor fortuna.
ROM. Es tardía, es importuna,
y en impaciencia me abraso
¡Tantas horas de esperar,
tantos días de dolor,
aguardando otro mejor
que jamás ha de llegar!

¡Y soñando gloria y nombre
sentado al dintel de un cielo,
arrastrarse por el suelo
bajo la planta del hombre!

No más, Alberto, por Dios,
hoy es nuestra despedida:
tal vez otra en esta vida
nos hallaremos los dos.

ALB. Román, ¿y así se abandona
tanto afán, tanta esperanza?
¿Sin amargura se alcanza
esa soñada corona?

Trabaja, sufre y espera,
que en el sufrir y esperar
está acaso el encontrar
esa fama verdadera.

ROM. Decidido, Alberto, estoy;
de nosotros olvidados,
o famosos o ignorados,
bebamos alegres hoy.
Nuestro es el día presente,
de los necios el mañana:
la vida es corta y liviana
para todos igualmente.

Soñé desde que nací
esos fantasmas de gloria
y hoy no encuentro en mi memoria
un recuerdo para mí.

Todo en la tierra es vacío;
la amargura y el placer,
y mañana, y hoy, y ayer
presa son del tiempo impío.
Riamos, pues, y cantemos
el alma de llanto ajena,
que tal vez la será en pena
el tiempo que no gozemos.

(Un momento de pausa.)

Mira, mil veces pensé
que sólo al cuerpo convida
con ocio y placer la vida:
pero al alma ¿para qué?

Este cuerpo es un encierro
del otro mundo antesala:
vida el cielo le señala,
muere y acaba el destierro.

Si el cuerpo no ha de vivir,
acertado a fe es dejarlo
al ánima descansar,
y al cuerpo inútil morir.

ALB. ¿Y tu entusiasmo, Román? Y
¿Tu ambicioso pensamiento?
ROM. Borrándose con el viento,
las cosas del mundo van.

Ambición tuve de ser
grande, y dejar en la historia
famosa y alta memoria:
pero eso, Alberto, era ayer.

Hoy hallé mi corazón
menos osado, más frío.
Juzgué ese afán desvarío,
y lugar di a la razón.

ALB. A tu razón extraviada,
y a tu ambición no cumplida.
ROM. Y, francamente, esta vida
no creo merezca nada.

El mundo es jaula de locos,
los más locos gozan más;
mas son pocos.

ALB. Y ¿no harás
por ser, Román, de los pocos?

El mundo será ilusión,
locura será cual dices,
mas si hay tristes y hay felices,
algunos mejores son.

Si el poder y la riqueza,
el orgullo y la hermosura
son por cierto una locura,
en la locura hay grandeza.

Ese sublime entusiasmo
que ayer existía en ti,
hoy ¿no te merece, di,
nada?

ROM. A lo más un sarcasmo:
Porque hoy veo más que ayer,
y esos fantasmas de oro
esos sueños que hoy adoro
mañana he de aborrecer.

En fin, yo quiero reír,
cantar, beber y esperar
el día en que ha de acabar
nuestra misión de sufrir.

Ese es mi último doblón
y hoy es nuestra despedida,
si ha de ser en esta vida
de eterna separación...

ALB. ¡Ah! ¿Estás loco?
ROM. Loco estoy.
ALB. ¿Eterna ha de ser? ¿Por qué?
ROM. No hablemos más: no lo sé;
pero un día grande es hoy.

(Sale por la puerta del fondo.)

ESCENA II

ALBERTO

¡Maldita ambición de ser
más de lo que puede un hombre!
¡Maldita ambición de un nombre
con que no hemos de poder!

Sí, ¡maldita esa locura,
 bastarda pasión impura
 de querer ganar la altura
 sin pisar un escalón!
 Apagóse su osadía,
 y hoy es un último día...
 ¡Ay! ¡Para volar tenía
 alas en el corazón!
 Y por cierto, él es poeta,
 su alma es como el mundo;
 mas por no ser el segundo
 a la nada se sujeta.

ESCENA III

ALBERTO, ROMÁN

ROM. Pues, señor, ponche tenemos.
 Con él la memoria ahoguemos,
 cuando borrachos estemos
 en nada hemos de pensar.

¿A qué es ese abatimiento?
 Yo quiero verte contento;
 sí, al fin, placer y tormento
 con el tiempo han de acabar.

(Llamán a la puerta.)

¡Hola! ¡Otro interlocutor!
 Sin duda ha errado el camino.
 A la puerta del vecino
 si sois un acreedor.

JUL. (dentro). Abre, soy yo.

ROM. (abriendo). ¡Tarambana,
 aguardarás a mañana!

Con esa voz de campana
 ¿por qué no gritas?: ¡abrid!
 Van a traer la ponchera.

JUL. Más a tiempo no viniera
 a descomunal quimera
 contra los moros el Cid.

ESCENA IV

ROMÁN, ALBERTO, JULIÁN

JUL. Y ¿a qué santo es la función?

ROM. A mi mudanza de vida.

JUL. Con esa resolución
 la difunta inquisición
 se diera por bien servida.

Una conversión tamaña
 eco hallará en toda España.

(Riéndose.)

¡Pues debajo del sayal
 no será mala cucaña
 este in folio de moral!

ROM. Pero, hombre, ven, óyeme...

JUL. ¿Qué más tienes que añadir?

ROM. Mira, de hoy más no seré...

JUL. ¿Pues no lo acabo de oír?

No digas más. ¿Para qué?

ROM. ¡Loco! Ya no hay poesía
 ni bellas artes en mí.

ALB. ¡Locura es la tal porfía!

ROM. Este es el último día
 que estemos juntos así.

JUL. ¿Es esa pulla?

ROM. No por cierto.

JUL. ¿Conque me hablas en verdad?

ROM. Sí.

JUL. (con énfasis). Ya, si la sociedad
 hoy ya no es más que un desierto,
 el mundo es la soledad.

¿Con que versos y pinceles

y esperanzas ¡piff! volaron?

ROM. Cabal.

JUL. ¡Ah! Son oropes.
 ¡Sin renombre y sin laureles
 cuántos hombres se olvidaron!

Decir que lo pienses bien
 es inútil advertencia;
 tú lo quieres, tú lo ten.

¿Hay ponche? Pues en conciencia
 no hay más que decir, amén.

ROM. Pues al ponche. Ya está aquí.

(Un mozo entra la ponchera.)

JUL. ¡Oh qué campo de batalla
 veo delante de mí!

El ponche es el cielo, si,
 vida en el ponche se halla.

A esa trasparente llama
 que por las orlas del vaso
 color y calor derrama,
 ¿qué corazón no se inflama?

Yo en inspiración me abrasé.
 Ese azul vago, flotante,
 remedo del firmamento,
 hace que el poeta cante,

hace atrevido al amante
y ahoga el remordimiento.

Él hace del tiempo impío
horas de calma y placer,
al corazón presta brío,
y va un hombre a un desafío
bien seguro de volver.

¡Amigos! Al agua penas;
paraíso es la embriaguez;
gocemos horas serenas,
que estas tenemos apenas
por la postrimera vez.

ROM. Inagotable, fecunda
soltaste la tarabilla:
¡fraseología tremebunda!

JUL. Bebamos, y ancha Castilla,
que el universo se hunda.

(Un momento de pausa.)

Aquí noto tu talento:
el mundo vas a dejar
con nobleza y ardimiento.

ROM. ¿A qué tristeza mostrar
cuando le dejas contento?

JUL. ¡Famoso! Es cosa hechicera
dejar la literatura,
las artes... Ser un cualquiera,
y entrar en la vida oscura
por puertas de borrachera.

ROM. Bebamos. Al ponche, Alberto;
no tengas duelo por mí.
Para todos está abierto
ese porvenir incierto,
que no vemos desde aquí.

Vendrá tardía o temprana
nuestra buena o mala hora,
y en esta vida liviana
si feliz me encuentro ahora
¿por qué pensar en mañana?

ALB. (levantándose de repente, y disponiéndose a beber). Tienes razón;
tú lo quieres,

y tú quien lo ha de arrostrar
solamente. Román, eres,
y es inútil derramar
lágrimas en tus placeres.

Bebamos.
ROM. Hablaste al fin
algo menos mentecato.

JUL. Hoy es nuestro San Martín.
No queda vaso ni plato
útil en nuestro confin.

(Se sientan, fuman y beben.)

¿Conque desde hoy nueva vida?
¡Determinación extrema!
Cuanto más desconocida
más la novedad convida.

ALB. Cada loco con su tema.

JUL. Del disgusto y del placer
gozamos si es repentino;
mejor lo nuevo ha de ser;
por eso, si es del vecino,
me enamora la mujer.

Pues, señor, yo te aconsejo
que no te vuelvas atrás,
siempre fastidia lo viejo.

ROM. Te pagaré tu consejo
dándote ponche de más.

(Desde aquí debe conocerse el efecto de la embriaguez.)

Según estás de callado
(A Alberto.)

te sientes, una de dos,
o enfermo o enamorado.

JUL. Ayer estubo en el Prado
con su mujer, vive Dios.

¡Qué miserable es, Alberto,
el mundo que vemos!

ROM. ¡Oh!

¿Conque lo hemos descubierto?

ALB. Que era una mujer es cierto,
pero mujer mía, no.

JUL. Nunca lo creyera en ti,
tú no eres hoy el de ayer.

(Mirándole a la cara.)

ALB. Pues te engañaste.

JUL. O mentí.

Pero hoy como un manequi
te trae cualquiera mujer.

ROM. (levantándose con énfasis). ¡Con
[que te vas a casar!

Tú vas a prevaricar.
Lo dije, tus disparates
contigo vendrán a dar
en una casa de orates.

¡Tú te casas!

ALB. Yo me caso.

ROM. y JUL. (a carcajadas). ¡Se casa!

JUL. (con el vaso en la mano). ¡Salve,
[oh sesudo

marido! Levanta el vaso:
con un brindis nada escaso:
yo, marido, te saludo.

¡Salud! Piadosos los cielos
larga sucesión te den;
continuas fiestas de celos,
matrimoniales consuelos
que se asomen a tu sien.

ROM. Y escribas, matrimonial,
misantrópica y difusa,
sobre el amor conyugal
una obra espiritual
a los niños de la inclusa.

(Alberto bebe sin interrupción.)

JUL. Sí, lo mejor que has de hacer
es emborracharte.

ROM. ¡Bravo!
¡Lo entiendes! Con no atender
lo que quieras ha de ser.

JUL. El estoicismo alabo.
Pero en conciencia, casarte
es tremenda necesidad.

ALB. ¿Por qué?
JUL. Tú has de enamorarte.

ALB. ¿Y si lo estoy?
JUL. Es verdad;
yo no voy a confesarte.

ROM. ¡Lo que es el mundo, Julián!
Es un abismo profundo.

JUL. Hoy es gran día, Román;
unos entran en el mundo
y otros del mundo se van.

ALB. (se levanta dando señales de embriaguez). ¡Fanáticos! El amor
no es el fantasma de un sueño,
del viento azotada flor...

(Risa general.)

ROM. Poeta predicador,
¿adónde vas con tu empeno?

JUL. Déjale; siga el sermón:
sigue, inspirado profeta,
tu noble predicación;
la fuente de inspiración
es el ponche del poeta.

ALB. A vosotros prohibido
ese sublime placer
por el Señor os ha sido;

vosotros no habéis bebido
al amor de una mujer

en unos ojos de fuego,
en unos labios rosados,
cuando os miran extasiados,
cuando al amoroso ruego
os besan avergonzados.

Vosotros, hombres de tierra,
poetas sin corazón,
cantáis del amor la guerra,
sin saber el bien que encierra
en su inquietud la pasión.

JUL. ¡Bravo! ¡Bien! Más no dijera
un sacerdote de amor;
sublime es la borrachera.

ROM. Otro ataque a la ponchera!
amante predicador.

ALB. Yo quiero amando vivir
esclavo en dos ojos bellos,
sin leer más porvenir,
hasta que llegue el morir
y expire de amor en ellos.

JUL. (con una estrepitosa carcajada).
¡Borracho completamente!
Más borracho que los dos.

ROM. ¡Oh ponche! Tú solamente
haces que un hombre se ostente
digno remedo de un Dios.

JUL. Yo la he visto, Alberto; es
una niña angelical.
¡Oh! Cuando con ella estás,
vistela blanco cendal
de la cabeza a los pies.

ALB. Sí por cierto, y lo merece;
es un ángel indeciso,
que en la tierra de improviso
por vez primera aparece,
bajando del paraíso.

Delicada como aroma
de retoñado jardín,
rosada aurora que asoma...

JUL. Una hurí para Mahoma,
para Cristo un querubín.

ALB. ¡Silencio! No hay más placer,
más realidad que el amor:
no hay en la tierra otro ser
con el nombre de señor
más digno que la mujer.

ROM. Sí, una chieuela coqueta,

insípida y elegante, a tal locura sujeta

que la echará de poeta, y no habrá Dios que la aguante.

O una habladora sin tino de paseos y de modas, que a la mitad del camino te mienta un amor divino, y te engañe como todas.

JUL. ¡Cuidado que le ha cogido de medio a medio la mona!

ROM. ¡Y estaba tan comedido!

JUL. La cabeza del marido pronostica su corona.

¡Oh siglo matrimonial, siglo de paz y de amores,

centuria patriarcal, en que los hombres mejores

lo suelen hacer más mall!

Siglo que pasas cantando, cantas gimiendo y llorando,

lloras haciendo piruetas, en tus horas arrastrando

un enjambre de poetas:

hoy se despidе de tí con solemne borrachera

un poeta que te diera más versos, que gozo a mí

el alma de una ponchera;

y no pienses que te deja para un hábito endosar,

que es pereza que le aqueja: es porque quiere dejar

morirte al alma de vieja.

ROM. Por cierto todo es locura en este mundo vacío;

sin trabajo y sin ventura, pasaré una vida oscura...

(*Julián se ríe.*)

(*A Alberto.*)

Enamorado sublime, tú te duermes, ¡vive Dios!

JUL. Otra ponchera le anime.

ROM. ¿No es cierto que tú estás, dime, más borracho que los dos?

JUL. Los fantasmas en tu mente bullen de tus amorios:

alza ¡oh poeta dementel!

la matrimonica frente, pese a estos tiempos impíos.

ALB. Basta ya, no me aturdáis; por más que ambos me digáis

yo me he de casar al fin.

JUL. ¡Felices los que encontráis una mujer serafín!

ROM. Para mí todas iguales fuentes de placeres son,

que nos prestan liberales un paraíso de males,

y un infierno de pasión; que sea bonita o fea,

que sea noble o villana, las amo de buena gana.

¿Qué importa lo que ella sea si la he de dejar mañana?

JUL. Yo tengo por las más bellas las de amores de querellas,

atrevidas españolas...

ROM. ¿Cachetinas de manolas! ¡Pues si me alampo por ellas!

(*Volviéndose a Alberto, que está pensativo.*)

No, señor, no hay que dormir a pretexto del licor;

al oído hemos de ir a predicarte el amor

hasta que le hayas de oír.

Ese amor como un torrente que roe el alma y la mente,

nunca, Alberto, le encontré ese amor, convéncete,

es el amor de un demente.

ALB. ¡Pluguiera Dios que algún día sintierais esa pasión

con su insufrible agonía, bullendo en el alma impía,

desgarrando el corazón!

JUL. Lo que bulle, Alberto, en tí es el ponche;

ROM. ¡Vive Dios!

¡Amores! (*Una ruidosa carcajada.*)

Entran en mí, por lo menos dos a dos;

nunca en un amor creí.

Las bellas son inconstantes, ingratas y veleidosas;

las sabidas y elegantes

son vanas y extravagantes,
y las feas envidiosas.

Cuando el ron brilla en los ojos
y hace dos de una ponchera,
la más fea es hechicera;
ninguna nos causa enojos
y es la pasión verdadera.

Bebamos, pues, no hay amor,
JUL. Es un fantasma soñado,
quimérico, engañador.

ROM. La mujer entre el vapor
quiero del ponche abrasado.

JUL. Bien dicho, no hay más amores
que el fuego de los liciores,
entusiasta visionario. (A Alberto.)

ALB. (vacilándole las rodillas, dice con
el más marcado desprecio.)

¡Nunca brotaron las flores
en asqueroso Calvario!

(Se arroja sobre una silla completamente
borracho. Julián y Román ríen a car-
cajadas.)

JUL. ¡Pesado el ponche le fué!
Borracho está por mi vida.

ROM. Es que en la mente dormida,
la imagen de su querida
no le deja estar en pie.

(Llaman misteriosamente a la puerta.
Román mira por la cerradura.)

¡Chis! ¡Silencio! Una mujer...
Ocultaos, me interesa...

Una niña portuguesa
a quien dejé antes de ayer.

JUL. y ALB. Ábrela.

ROM. (empujándolos). Ocultos.

JUL. Pues;
y contigo abandonada...

ROM. No repliques: es casada,
su marido es portugués.

(Se ocultan en la alcoba de la derecha.)

ESCENA V

ANA, ROMÁN

ANA (entrando). Bien me hicistes aguar-
qué significa esta ausencia? [dar,
Fáltome ya la paciencia
y al fin te vengo a buscar.

Una enfermedad creí
que te agobiara, más veo
que lo pasas a deseo
sin acordarte de mí.

Y ¿ese ponche...? ¿Estaban, pues,
otros amigos? Veamos...
Proseguid.

ROM. No, lo dejamos
para concluir después.

ANA. ¿Cuándo?

ROM. Cuando vos salgáis.

ANA. Pues ¿tanto acaso os impidió?

ROM. Sí, porque yo me despido,

y mi marcha retardáis.

ANA. ¿Te despidés?

ROM. Sí, por cierto.

ANA. Y ¿adónde vas?

ROM. No lo sé.

ANA. Y ¿hasta ahora...?

ROM. ¿Para qué?

Aun era mi viaje incierto.

Yo no os lo pude advertir...

Ello es obra del destino.

ANA. No te comprendo.

ROM. ¿Hablo en chino?

Mañana voy a partir.

ANA. ¿Pues cómo? ¿Dónde? ¿Por qué?

ROM. Porque me cansa Madrid;

voy a Valencia del Cid,

y el cómo, aún yo no lo sé.

ANA. ¡Ingrato! Y con tanto amor...

ROM. Nunca, señora, os he amado.

ANA. ¡Infame! ¿No lo has jurado?

ROM. Soy de oficio jurador.

ANA. ¡Ingrato! ¿Tanta pasión

no ha podido hacerte amar?

¿Ni un recuerdo ha de guardar

de mi amor tu corazón?

Yo te amé porque me amabas,

me lo juraste y mentías,

si entonces no me querías,

¿por qué, traidor, me engañabas?

¿Tal juramento olvidaste

para abandonarme así?

No, mi honra no te di,

tú, Román, me la quitaste.

Vuélvemela, que no es tuya,

o dame otra vez tu amor.

ROM. Y ¿quedaremos mejor cada uno con la suya?

ANA (con rabia). Oye, un hombre, que [detesto,

para casarme buscaron, a él a la fuerza me ataron, pero no bastó con esto.

Ya estaba casada yo, cuando en Córdoba te vi, todo lo dejé por ti, que por tu fortuna, no.

Tú mentiste tu pasión con palabras tan de fuego, que en ellas se abrasó luego el amante corazón.

Y cuando el perjurio Si me recordó mi marido, le dije: Mío no ha sido, que otros le dieron por mí.

Entonces era el amor la pasión que me cegaba, pero ahora es...

ROM. (sonriendo). Bien, acaba.

ANA. La venganza de mi honor. De aquí no me he de mover sin honor, o sin venganza; veremos adónde alcanza la venganza en la mujer.

ROM. Y si débil tu virtud...

ANA. Virtud no necesité... Que a un hombre a quien nunca amé vendieron mi juventud.

¿No tenía yo derecho acaso a sentir jamás lo que sienten los demás cuando brotó aquí en mi pecho?

Dios puso en el corazón de amor la violenta llama; díjole al crearle ama, y encerró en él la pasión.

Yo nunca tuve más de una, y a ti te la dió mi estrella; no quiero tener más que ella, y después de ella ninguna.

Y pues mía mi honra es, consévala por tu vida, porque tal vez te la pida con más ventaja después.

ROM. Con harta paciencia of

tantos insultos, señora, y por mi vida que ahora, no sé qué queréis de mí.

Yo ya no soy el Román que fui, señora, hasta ayer, me canso de querer ser lo que otros por mí serán.

Que o porque malo soy yo, o sea conmigo cruel, no quiero más mundo, no.

Hoy le dejo, y con él todo, hasta que al fin carcomida caiga en su nada la vida... (Mostrando los vasos.)

y emprendo el viaje beodo.

En fin, ya no soy poeta, ni músico, ni pintor, y por el mayor amor no diera ya una pirneta.

Ni soy el mismo de ayer, ni como ayer siento ya, con que vuelvo, claro estás, al marido la mujer.

ANA. (señalando a los vasos). Si este remedio sabías para apagar el amor, ¿por qué en el alma el dolor tanto tiempo mantenías?

¡Imbécil! Tú me jurabas que iba a matarte tu pena, y, de la ficción ajena, te creí porque llorabas.

Es una disculpa vana ahogar el amor; ¡quimera! y agotas una ponchera dejando el mundo mañana.

Loco, ¿esa es la suerte impía con que te agobia el destino? ¿Es ese el fuego divino de la noble poesía?

¿Es esa, di, la expresión de tu mortal amargura, de esa eterna desventura que roe tu corazón?

Y mientras lloraba yo tú estabas en una orgía!

ROM. Del mundo salir debía.

ANA. Y el mundo te rechazó.

Vosotros sois el veneno
de una vieja sociedad,
parodias de adversidad,
carcoma del bien ajeno,
cieno de una alma viciada,
que vais mendigando un nombre
con que a los ojos del hombre
vestir de oro vuestra nada.

ROM. ¡Tremenda cosa es nacer
en un mundo indiferente
que ha de tachar de demente
lo que no ha de comprender!

ANA. El mundo os comprende, sí,
esa soñada amargura,
y deja vuestra locura
por haber tantas así.

Pero, Román, yo deliro:
¿Me escuchastes? ¡Oh, perdón!
(*De rodillas.*)

Tú estás en mi corazón,
y en el aire que respiro.

Yo sin ti no he de vivir,
a la ley he de apelar,
porque las leyes amar
no pueden, no, prohibir.

Tú serás libre conmigo,
y si no quieres mi amor,
déjame, al menos, mi honor,
que yo le tendré contigo.

¡Desdichada!
ROM. ¡Ambas a fe
somos a cual más aquí!

(*Llaman a la puerta.*)

ANA. Román, Román, hele ahí.
Por Dios vivo, ayúdame.

(*Llaman otra vez.*)

ROM. A la otra puerta, que es tarde.

PEREIRA (*dentro*). ¡Abrid!

ROM. Perdone por Dios,
hermano.

PER. ¡Abrid!

ROM. Y van dos.

Idos en paz, Dios os guarde.

ANA. ¡Mi marido! ¡Oh, compasión!

Me mata de una estocada.

(*Román la toma de la mano y la esconde
en una alacena que habrá a la izquierda.*)

ROM. Aquí. ¡Si es de alma porfiada,
bajará por el balcón!

(*La oculta.*)

¡Maldita sea mi estrella!
Hoy lo pierdo todo yo,
y hoy tal vez porque me amó
vida y honor pierde ella.

(*A Alberto y Julián.*)

Salid, ya está el portugués
a la puerta.

JUL. ¡Bravo apuro!

¿Está el pájaro seguro?

ROM. Ya lo veremos después.

(*Vuelven a sentarse y beben.*)

PER. (*dando golpes a la puerta.*)

¡Abrid, o por Dios bendito
que voy a arrancar la puerta!

(*Román descorre con mucho tiento el
cerrojo.*)

ROM. ¡Estúpido! Si está abierta,
¿por qué nos dais tanto grito?

ESCENA VI

ANA, *oculta*; ROMÁN, JULIÁN, ALBERTO,
sentados al velador; PEREIRA, *embozado*

PEREIRA. ¿Paréceles bien, señores,
hacer a un hombre aguardar
del honor mío?

¿Ignoráis que andan dolores
que pudiera bien tomar

con este frío?

ROMÁN. ¡Delicado viene un hombre!

Podéis decir vuestro nombre,
y si os place,

os suplico que os sentéis.

JULIÁN. Y que noticias nos deis
del tiempo que hace.

PER. ¿Tenéis en saberlo prisa?

Tal vez pese, ¡voto a Dios!

mucho mi nombre.

ROM. Casi el oíros da risa.

Por mucho que os pese a vos,
parecéis hombre

que arrastrarlo bien podéis.

PER. Que lo arrastro ya lo véis.

JUL. ¡Viven los cielos!
¡Vos padecéis algún mal!

PER. Cierto, y terrible y mortal.
 ALB. Con estos hielos no tiene nada de extraño.
 JUL. Pues en ese caso, amigo, cuidaos mucho.
 Mirad que os puede hacer daño...!
 PER. ¿El tiempo que estáis conmigo y el que os escucho?
 JUL. Sí por cierto, mas bebed.
 PER. Mil gracias, no tengo sed, os lo agradezco.
 ROM. Decid al fin qué queréis, si este favor que me haréis de vos merezco.
 PER. (*acercándose a Román*.) ¡Tengo celos!
 ROM. (*Risa general*.) Por mi vida que habéis errado la casa.
 JUL. El otro cuarto será el de vuestra querida.
 PER. Tengo la paciencia escasa.
 JUL. ¡Me tenéis hartos!
 ROM. Parece su señoría natural de Andalucía, en lo atrevido.
 JUL. O márchese en el momento, o diga en este aposento que se ha perdido.
 PER. ¿No lo habéis adivinado? Una mujer buseo aquí que entró hace poco.
 JUL. (*riéndose*). Ya, desde que habéis de veras me convencí que estabais loco.
 PER. (*con resolución*). Aquí ha entrado una mujer.
 ROM. (*con frialdad*). Todo el cuarto podéis ver.
 JUL. Vuelvo a decir que estáis loco de remate.
 ALB. Dejad ese disparate, ya os podéis ir a la calle.
 JUL. ¿Una querida venís a buscar aquí?
 ROM. Chicos, vamos, esto es ya cosa perdida.

El rostro en ponche por mí le bañamos.
 ALB. ¡Famosa idea por Dios! Le sacamos entre dos muy formalmente, y le curamos su mal llevándolo al hospital por demente.
 ROM. Ea, ¡fuera!
 JUL. ¡Majadero! ¿Venís de cobrar baratos a hacer papel?
 ROM. Idos de aquí, caballero.
 JUL. A la cabeza los platos, fuera con él.
 (*Julián hace ademán de tirar los platos; Pereira coge la mano de Román y le reparta de los demás, diciéndole con rabia*).
 ¿Conocéisme?
 ROM. No por cierto.
 PER. Pues oye; si esa mujer está aquí, y luego a saber la verdad, date por muerto.
 ROM. (*levantándose*). Ya nos podemos batir, que aunque oculta la tuviera, sólo cadáver saliera; sin ella a fe te has de ir.
 PER. ¿Eres valiente?
 ROM. No sé.
 PER. ¿Y te batieras conmigo?
 ROM. Nunca evito un enemigo.
 PER. ¿Hubieras temor?
 ROM. ¿De qué?
 PER. Eres niño.
 ROM. ¡Vive Dios! que aquí mismo lo veamos.
 ¡Atrás!
 (*Tomando los floretes*).
 PER. Piénsalo.
 ROM. Riñamos; que muera uno de los dos.
 (*Se ponen en guardia. Alberto se pone entre los dos. Ana quiere salir del escondite y Julián la detiene, apoyándose de espalda contra la alacena*).
 JUL. Prudencia, señora.
 ANA. ¡Cielo!
 JUL. Mirad que es vuestro marido.

ALB. Caballeros, prohibido por las leyes está el duelo; batíos en campo raso.

ROM. Aparta, o de una estocada...

ALB. ¡Silencio!

PER. (*tirando el florete*). No tiras nada.

ROM. De aquí no has de dar un paso sin que me mates o mueras.

PER. Tienes la sangre caliente, eres joven y valiente,

como sois los calaveras.

Me marchó, y vuelvo a decir que si está aquí esa mujer,

Dios mismo no ha de valer para darte vivir.

JUL. (*al tiempo de marcharse Pereira*).

Y si él solo harto no es para tan bravo enemigo,

nos batiremos contigo uno tras otro los tres.

ESCENA VII

ROMÁN, JULIÁN, ALBERTO, ANA, *escondida*

JULIÁN. Humos traía.

ALBERTO. Y los lleva.

JUL. Con ese aire de matón, tiene, apuesto, un corazón

tan blando como una breva.

ROM. ¡Famosa es mi despedida de este mundo fatigoso;

nunca me pareció hermoso sino al exponer la vida!

Bien, volveremos a ver ciertamente a ese matón;

¿qué arriesgo yo en la función? Nada tengo que perder.

JUL. ¿Otra vez te has de batir?

ROM. Doquier que nos encontremos.

JUL. Ambos por ti lidiaremos.

ALB. Y acabamos de sufrir.

ROM. ¡Silencio!

(*Abriendo la alacena donde está Ana.*)

Salid, señora; vida y honra os defendí,

y a lo más, dentro de un hora parto muy lejos de aquí.

A veros no volveré;

suplicoos, pues, que digáis dónde ocultaros queráis, que yo os acompañaré.

ANA (*llorando*). ¡Ay de mí, Román!

ROM. Dejemos

suspiros y llantos, Ana;

el sol que saldrá mañana

juntos los dos no veremos.

Esta casa abandono hoy,

y el mundo dejo con ella;

mi dichosa o mala estrella

indolente a esperar voy.

Sin amigos... sin amores,

sin ningún vínculo aquí,

habrán de pasar por mí

horas acaso mejores.

(*Pausa de un momento.*)

¿Qué decís? ¿Puedo hacer más?

El camino equivoqué,

inútil me confesé,

y humillado vuelvo atrás.

ALB. Román, ¿no hay remedio alguno?

ROM. Ninguno encuentro.

ANA (*de rodillas*). ¡Ah! ¡Por Dios!

ROM. Alzad, que me es importuno.

JUL. Si ello, Román, ha de ser

y tan a pechos lo quieres,

tú te sabrás lo que eres,

y lo que puedes poder.

ROM. Salgamos.

ANA. ¿Y mi marido?

ROM. No temáis entre los tres.

JUL. Oscura la noche es

y lluviosa...

ROM. Se habrá ido.

ANA. De aquí no salimos, no.

ROM. Pues ved lo que habéis de hacer...

ANA. Que no tengo aquí de ser

la que pierda sola yo.

ROM. Ana, si erré mi camino,

¿no es el dolor para mí,

que mi corazón creí

lleno de un fuego divino?

Ni esperanza, ni fortuna

quedó ya en el pensamiento.

ANA. ¡Ni el alma en el pecho siento!

ROM. Vamos, ha dado la una.

(*Apaga las luces, y vanse todos cerrando*

la puerta por fuera.)

ACTO II

UNA MUERTE POR HONOR

PERSONAS

PABLO ROMÁN.

ALBERTO.

LUIA.

PEREIRA, portugués.

ESCENA PRIMERA

Un Jardín de una posesión de Alberto en Valencia: en el fondo un cenador; a la derecha una pequeña puerta casi obstruida con brezos y maleza: una hora antes de anochecer.

ROMÁN

Tremenda cosa es nacer
sin poder adivinar
en este revuelto mar
qué playas hemos de ver:
tremenda cosa es querer
lo que en el alma bullir
sentimos, al percibir
que es nuestra ánima inmortal,
puestos en un arenal
sin saber dónde acudir.

Apenas a luz salimos
engaños y error probamos,
donde quiera que miramos
notamos que nos perdimos.
Una fantasma seguimos
que sólo soñando vemos,
vacío si la tenemos,
si la perdemos fortuna:
¡no acertamos cosa alguna,
por Dios, desde que nacemos!

Fama y gloria codicié
porqué inmortal me sentí,
y cuando cerca la ví,
que era polvo imaginé.
Del mismo amor blasfemé
juzgué sueño distante,
niño, pobre y vergonzante,
y hoy que en el alma lo siento,
conozco por mi tormento
que es rey, tirano y gigante.

¡Ay! ¿Y soy el mismo yo
que de esa pasión de ayer

blasfemé, sin conocer
que hoy la sentiría? No.
Ya mi alma se abrasó,
castigo del cielo fué,
que cuando el alma salvé
de mi ambiciosa inquietud,
una vida sin virtud
alucinado abracé.

¡Ay! ¿Por qué nacen tan bellas
bajo formas de mujer
estrellas que han de hacer ver
el rigor de las estrellas?
Si nuestra vida está en ellas
y allí nuestra eternidad,
injusticia es en verdad
que viéndolas ¡ay! nosotros,
nos dejen para ser de otros
misericordia y oscuridad.

Alberto amigo, perdón,
que cuando tu honor ofendo,
que es en mi delirio entiendo
mi amor una maldición.
Errado habrá el corazón,
pero estaba escrito aquí;
y hoy, ¡perdón! la adoro, sí;
que en mi loco desvarío
eres tú sola, amor mío,
gloria y cielo para mí.

¡Ángel de paz y armonía!
Cuando vinistes al suelo,
¿por qué no dejaste al cielo?
el cielo que en ti vivía?
Pero ya en la tierra impía
tus ojos después de ver,
¿cómo amar otra mujer?
Que si hay ángeles de amor
juntó al trono del Señor,
ángel, Luisa, debes ser.

ESCENA II

ROMÁN; ALBERTO, saliendo del cenador

ROMÁN. ¿Me oíste, Alberto?

ALBERTO. A fe mía,
que amabas te comprendí.ROM. Así dije: no creí
que nadie me escucharía.

ALB. ¿Conque amas?

ROM. Sí por cierto.
 ALB. ¿Sin esperanza, parece?
 ROM. Sí, que mi amor no merece amor como el suyo, Alberto.
 ALB. ¿No merece? ¿Por qué así?
 ROM. Porque un amor como el mío...
 ALB. Sigue...
 ROM. Es un amor impío hecho sólo para mí.
 ALB. Menos te comprendo ahora. ¿No es acaso una mujer?
 ROM. Que no se puede querer, y que el corazón adora.
 ALB. Pues con ser mujer, yo creo que hay poder, si ella lo quiere; pues que fuere como fuere nunca la mancha el deseo.
 ROM. Sí la mancilla: es casada.
 ALB. Pues entonces tu razón...
 ROM. Vive Dios, el corazón a la razón tiene atada.
 Cuando se ama, cómo ver cómo ello es lo que se adora? Cuando un hombre se enamora, no sabe de qué mujer:
 Porque acaso destinado un ser para otro ser nace, y su mala estrella hace que tarde se hayan hallado.
 Yo la amo con frenesí, porque nací para ella; pero no quiso mi estrella que naciera para mí.
 ALB. ¿Luego es de otro?
 ROM. Claro está.
 Mas quiso la suerte impía que el amor la hiciera mía.
 ALB. ¿Y te ama?
 ROM. Lo dije ya.
 ALB. ¿Y eso lloras?
 ROM. Eso lloro; porque el amar y el morir no se puede en dos partir, y yo parto lo que adoro.
 ALB. ¿Y habré de saber si es mujer de tal condición...?
 ROM. Que se arrastra el corazón desesperado a sus pies; que es noble, rica y ajena.

Anciano en mi juventud, nací pobre, y sin virtud que oponer a tanta pena.
 Sufrí borrasca espantosa de pasiones encontradas, que estuvieron encerradas en una alma irreligiosa; porque mi existencia inquieta con impaciencia sufrí, y hoy héme gusano aquí, con corazón de poeta:
 que el mundo surcando voy en pos de un ángel mujer, que es mía, y no la he de ver por no ser yo lo que soy.
 ALB. ¡Desgraciado! Al fin comprendes el rigor de tu fortuna, y a esa fantasma importuna tu misma mano le tiendes.
 Mucho, sí, quisiste ser, mucho hubiste de dejar, que para a mucho llegar, mucho es preciso querer.
 Y hoy te ves triste, indeciso en un vacilar eterno, con el alma en un infierno, la vista en un paraíso.
 ROM. ¡Un paraíso! Y jamás habré yo de entrar en él.
 ¡Un paraíso de hiel!
 ALB. Que al fin de apurar habrás.
 ROM. ¡Apuralo! Ya lo sé. Tal tormento se me alcanza sin gloria, sin esperanza...
 ALB. Sin esperanza, ¿por qué?
 ROM. Porque vinimos al suelo con un corazón que encierra la miseria de la tierra, la ambición de todo un cielo.
 ¿Por qué no nos dió una estrella Dios, que en esta oscuridad mirando su claridad nos guiáramos por ella?
 Pero nacer a sufrir sufrir el término errar, llegar el día de amar y al tiempo de amar, morir... Injusto es, Alberto, a fe.
 ALB. ¡Desgraciado! Loco está.

no piensa en lo que será,
y ha olvidado lo que fué.)

¿Y hoy el mismo Román eres
que no creías ayer
que el amor a una mujer
más es pasión que placeres?

Tarde al fin has conocido
que amor nuestro pecho encierra.

ROM. Tanto esa idea me aterra,
que quiero no haber nacido.

ALB. Tal vez es tarde, Román:
mas a curar ese amor
tiempo y lágrimas serán
la medicina mejor.

ROM. Lágrimas, Alberto, no;
las derramé en la niñez:
vertilas ¡ay! de una vez,
y ya no las tengo yo.

Quando el corazón espera,
lágrimas tal vez derrama;
cuando ajeno es lo que ama,
no llora, que desespera.

ALB. ¿Tal es en tu corazón
esa hoguera en que se abrasa?

ROM. De lo imaginable pasa
el fuego de mi pasión.

ALB. ¿Tan violenta?
ROM. Es un volcán.

ALB. ¿Ninguna razón la aquieta?
ROM. ¿Y quién a la mar sujeta?

ALB. ¡Ah!, tú eres grande, Román:
más que el amor es la gloria;
busca la gloria y no el amor,
esa página de error
bórrala de la memoria.

ROM. ¡La gloria! Efímero nombre
cuyo seductor aliño
deslumbró el alma del niño,
pero no el alma del hombre.

¿Qué me importa ese laurel,
si, en llegándole a alcanzar,
tampoco tengo de hallar
sino amarguras en él?

El nombre: cualquiera es bueno,
si todos de muerte igual
son la sentencia fatal,
y abrigán dentro veneno.

ALB. Román, es fuerza vivir,
y vivir sin esperar;

que no podemos amar
lo que es de otro.

ROM. Pues morir.
ALB. Morir, Román, es no ser,
y en el no ser, no hay amor:
otro remedio mejor
a la mano hay que tener.

ROM. ¡Vivir sin amar!, mentira.
Dile al ave que no cante,
dile que el vuelo levante
sin el aire que respira.

Dile que pare al torrente
al borde de la cascada;
dila que quede estancada;
sobre la peña a la fuente:

ALB. (con decisión). Román, no amar
¡es preciso.

ROM. Sin amar ¿cómo vivir?
Es un infierno sufrir
con aura de paraíso.

ALB. ¿De vivir no hay más camino?
ROM. No hay otro.

ALB. Piénsalo bien.
ROM. Ley tan tiránica ¿quién
dar puede?

ALB. Yo y tu destino.
ROM. ¿Quién eres tú? ¡Vive Dios!

ALB. Imbécil, Alberto soy,
que entre ti y tu amor estoy,
y el destino entre los dos.

ROM. ¡Cielos! ¿Y yo mismo fui
quien se lo dije? Estoy loco;
toda mi existencia es poco
para pagarle ¡ay de mí!

(Román desde este momento parece perder
el juicio. Al penúltimo verso de esta
escena cree ver un fantasma; y fijando
los ojos en Alberto, dice aterrada.)

La muerte avara y cruel
me hubiera al fin consumido,
si los días que he vivido
no se los debiera a él.

A él, fantasma furioso
que entre los dos te levantas
para abrírnos a tus plantas
un precipicio espantoso.

Sombra airada que tu huesa
dejaste por mi tormento,

si ves en mi pensamiento
el pensamiento que pesa,
y tu perdón no merezco,
amigo a quien yo vendí...
¡Alberto! huyamos de aquí...
ALB. ¡Infeliz! Te compadezco.

ESCENA III

ALBERTO

¡Maldita ambición de ser
más de lo que puede un hombre!
¡Maldita ambición de un nombre
con que no hemos de poder!
Contento, ignorado ayer,
esperabas otro día,
y hoy en tu frente sombra
sentado el abatimiento,
te saca tu pensamiento
a la odiosa luz del día.
¡Es tarde, esperanza vana!
Tu quimérica pasión
se apagó en el corazón
en hora ¡por Dios! temprana.
Vino el estéril mañana,
ya de ilusiones vacío,
dudó el corazón impío,
y la esperanza se hundió:
arroyo que se perdió
entre las ondas de un río.

(Abre el cenador y sale Luisa.)

ESCENA IV

LUISA, ALBERTO

ALBERTO. ¿Le oíste? En su amargura
el a confesarlo vino:
amarte fué su destino,
amarle tú fué locura.

LUISA. Alberto, saben los cielos...

ALB. Mucho los cielos sabrán
cuando a los que aman dan
el tormento de los celos.

LUISA. ¡Perdón! ¡Alberto! Está loco,
al borde del precipicio.

ALB. Un pequeño sacrificio,
que los costaba tan poco.

LUISA. Por Dios, tranquilo repara!
ALB. ¡Silencio, digo, perjura!
Tú el amor y él la locura
me habéis de pagar bien cara.

LUISA. ¡Perjura! ¿Mi corazón
a quién diera sino a ti?
¿Tanto en llorar te ofendí
su terrible situación?

¿No era tu amigo mejor?
¿No te debe su existencia?
Y tenerle en tu presencia
¿no era tu gozo mayor?

Si en compadecerle erré,
y él puso su amor en mí,
el que amaba pecó, sí,
mas yo que escuchaba ¿en qué?

ALB. Si le oíste ¿por qué luego
de ti no le rechazaste?
¿En sus ojos no miraste
de amor el osado fuego?

LUISA. Le vi, pero contemplé
un hondo abismo detrás,
y un poco que huyera más,
faltara a la tierra el pie.

Oi su amoroso ruego,
mucho de él compadecida,
que en ello le iba la vida
y se la arrancara luego.

¿Tengo yo culpa, por Dios,
de que su alma violenta
no pueda vivir contenta
sino dividida en dos?

Recatada habré de ser
con él, pero ingrata no,
que si casada soy yo,
nací primero mujer.

Y nunca he de rechazar
un corazón desdichado
que a buscar viene a mi lado
un sitio donde llorar.

Mucho ofendiste mi honor
cuando imaginar pudiste
que el amor que tú me diste
vendiera por otro amor.

Que si por cariño no,
ni por otro miramiento,
por cumplir mi juramento
tu honor te guardara yo.

ALB. ¡Y él frenético te ama!

LUISA. ¿Qué daño me hará, una hoguera de que no siento siquiera el resplandor de la llama?

ALB. ¿Conque no le amas?

LUISA. Por cierto ¿tú lo pudiste pensar? ¿A quién Luisa habrá de amar después de amar a su Alberto?

(Llora.)

ALB. Mi vida, perdóname, que en pensar lo te ofendí; los celos dentro de mí a sofocar no alcancé.

Tú no sabes, vida mía, lo que es amar, para ver el amor de una mujer pasar como el sol de un día.

Imaginar que tranquila escucha otro nuevo amor y en el nuevo adorador vierte luz de su pupila.

Porque tus ojos ¡Luisa! la luz del sol arrancaron, dióte el alba su sonrisa y tus ojos alumbraron. Tus ojos ¡ay! me hechizaron, ¡hija del cielo español! Si así alumbró tu arrebol, ¿cómo sufrir que importuno gozar pudiera hombre alguno toda la luz de tu sol?

LUISA. ¡Mi esposo!

ALB. ¿Tuyo me llamas?

¡Oh! Tuyo, alma mía, sí, que vida no siento en mí sino porque tú me amas.

LUISA. Dulce bálsamo derramas en mi corazón, Alberto, con tus palabras, que cierto tú me llamaste perjura, y de esa voz la amargura, acaso me hubiera muerto.

ALB. ¡Hermosa! Porque te adoro, porque no vivo sin ti, todo el veneno sentí de los celos.

LUISA. Y ese lloro, amor destilado en oro, que en tus párpados se mece,

¿todo mi amor no merece?

¡Oh! Tu labio me lo dice...

ALB. Y el corazón te bendice cuando mi labio enmudece.

Cuando lloro es porque callo.

Que callo y lágrimas vierto;

porque a hablarte con acierto

hartas palabras no hallo.

Inútil es intentallo,

que si inconstante te miro

apenas hablas te admiro,

y pueden tal tus razones

que no hallo reconvenções,

te admiro, callo y suspiro.

(Durante la décima anterior Román ha cruzado el fondo del teatro, y dice al tiempo de desaparecer:)

¡Gózala en paz! Tuya es.

Para ti tiene ella amor,

que para mí aterrador

abre un abismo a sus pies.

Si hay otro mundo después

allí he de seguirla en pos,

que acaso disponga Dios

que cuando un ser ama aquí,

después de la muerte allí

hayán de amarse los dos.

(Al alejarse Román vuelve Luisa la cabeza y queda con los ojos fijos en él.)

LUISA. Hele allí, sobre su frente

lleva su destino impío,

su pensamiento sombrío

bullendo eterno en la mente.

Loco está, pero inocente.

ALB. Y ¿qué más pude yo hacer?

Le di mi casa, mi haber,

le di oro, independencia,

y él en su ciega demencia

codicia hasta mi mujer.

LUISA. De nobles es perdonar;

pues que todo lo perdió,

Alberto, si te ofendió,

enseñale tú a olvidar.

ALB. ¿Y lo que él ha de penar?

LUISA. Ese será su castigo.

ALB. Aunque ingrato fué conmigo,

respetaré su dolor,

que vale tanto el honor

como la paz de un amigo.

Ya está, Luisa, perdonado.
Tú, amor mío, abrázame
y perdona.

LUISA. ¿A ti, de qué?
¿Es delito haberme amado?

ESCENA V

LUISA

Ya era tiempo, desdichado,
de conocerte a ti mismo;
de tu indolente egoísmo,
de tu avara ceguedad,
no es madre la sociedad,
es la puerta de un abismo.

ESCENA VI

LUISA, ROMÁN

(Román vuelve a cruzar la escena y se queda inmóvil, los brazos cruzados, mirando a Luisa.)

LUISA. ¿Qué hacéis?

ROMÁN. ¡Qué he de hacer! Llorar.

LUISA. ¿Llorar? No alcanzo razón.

ROM. ¡Ah! Vuestra conversación
os acabo de escuchar,
y me partió el corazón.

LUISA. Puesto que la habéis oído
nada os tengo que decir,
veis que amiga vuestra he sido.

ROM. Los que en tal signo han nacido,
más les valiera morir.

Amistad le dais ahora
a un alma que tanto os ama.

Mal con un vaso, señora,
se apaga devoradora
del vasto incendio la llama.

Nunca los que amor sintieron
en amistad le cambiaron.

LUISA. Pero olvidarle supieron
cuando inútil le juzgaron.

ROM. Si eso os han dicho, mintieron.

No sabe lo que es amar
quien reconoce el olvido,
que amor se puede ocultar,

mas no se puede olvidar
cual si nunca hubiera sido.

LUISA. Pues ocultadle en el pecho,
y nunca más lo digáis.

ROM. Si a amor no tengo derecho,
mal, señora, me pagáis
el daño que me habéis hecho.

Por última vez lo digo,
te amo, el infierno me fuera
un paraíso contigo,
y el infierno más quisiera
que el epíteto de amigo.

LUISA. ¿Y qué más podéis pedir,
ni qué daros puedo yo,
si casada he de vivir?

ROM. A quien todo se negó,
¿qué ha de poder exigir?

Mi tormentosa fortuna
nada me dejó querer;
soñé una gloria importuna,
quimeras alcancé a ver,
pero realidad ninguna.

Para esto en mi edad temprana
sueños de flores soñé,
por ver que esa imagen vana
un sueño nada más fué
al despertarme mañana.

LUISA. ¡Ciego! Y ese loco amor
¿no es más sueño que otro alguno?
Buscad camino mejor.

ROM. A otro cariño mayor
ya, señora, no hay ninguno.

LUISA. Amad la fama, la gloria.

ROM. ¿Qué le importa a un corazón
desesperado, en la historia
dejar por nombre un borrón
en vez de fama y memoria?

Ya sé que el camino erré,
y que el tiempo que pasó
no ha de volver, ya lo sé;
pero ya es tarde, y a fe
que atrás no me vuelva yo.

LUISA. Luego ¿qué pensáis?
ROM. Amaros.

LUISA. ¿Y qué habéis de conseguir?

ROM. El placer de idolatraros.

LUISA. ¿Y de eso qué ha de quedaros?

ROM. La esperanza de morir.
Si en el amor no creí

por necesidad o altivez,
ya que una vez lo sentí
la vez primera ¡ay de mí
será la postrera vez.

LUISA. ¡Compasión siento por él!
¡No me resuelvo, por Dios!
Hay un medio.

ROM. ¡Suerte cruel!

LUISA. El espacio entre los dos.

ROM. (con desesperación). ¡Para el se-
[diento es la hiel!

LUISA. Inútil es vuestro amor
cuando estoy, Román, casada.

ROM. ¿Y ese es el medio mejor?

LUISA. Yo no encuentro medio a nada
cuando en ello va el honor.

Pensad desde este momento
esa quimera borrar
del alma y del pensamiento,
que yo di mi juramento
a mi esposo en el altar.

ROM. (Cerróme toda esperanza
de vivir la avara suerte.)

LUISA. Todo del tiempo se alcanza.

ROM. Si no cede la balanza
por el lado de la muerte.

LUISA. ¡La muerte!

ROM. ¿Y qué resta ya
a quien todo lo perdió?

LUISA. No, nunca desesperó
el justo.

ROM. ¿Y quién os dirá
que de esos justos soy yo?

LUISA. ¿Tengo yo, cielos, de ser
quien de su felicidad
la esperanza he de romper?

Maldita la sociedad
en donde nací mujer.)

ROM. (echándose a sus pies). ¡Lloras,
[hermosa?

LUISA. (con energía). ¡Insensato!
No lloro, que considero
de un marido caballero
y un galán con el ingrato,
que el marido es lo primero.

ESCENA VII

ROMÁN

¡Ya mis sueños se apagaron!
Los fantasmas de la vida
uno a uno se borraron
y ya nunca volverán.

¡Seis meses! Madrid, Valencia,
en sueños o realidades
como tremenda sentencia
el alma royendo están.

¡Seis meses! En mi memoria
han encendido una hoguera,
todo un porvenir de gloria
está quemándose allí;
es muy tarde, sin amores,
sin porvenir ni esperanza,
esa corona de flores
es de espinas para mí.

Perdí la luz de mis días
en ilusiones pueriles,
de mis horas juveniles
tengo sólo... una pasión;
y esa pasión imposible,
ese pensamiento eterno,
me pesa como un infierno
a plomo en el corazón.

Partiré lejos, muy lejos,
que el sol de mi amarga vida
con los últimos reflejos
alumbre el cuerpo mortal.
¡Adiós, Luisa encantadora!
¡Adiós, ofendido amigo!
Oí la tremenda hora...
tocaban a un funeral.

ESCENA VIII

ROMÁN, sentado en actitud de la más profunda meditación. PEREIRA, entrando por la puerta falsa en traje de camino.—Es completamente de noche.

PEREIRA. Salud, amigo.

ROMÁN. ¿Quién va?

PER. Una antigua relación
que ya desde otra ocasión
reconocida os está.

ROM. ¿Qué queréis?
 PER. Pensadlo vos.
 ROM. ¿Yo? Por todo un firmamento
 no cambio de pensamiento
 ni para pensar en Dios.
 PER. En mal hora creo a fe
 que he llegado.
 ROM. Sí por cierto.
 PER. Ese postigo hallé abierto,
 oí vuestra voz y entré.
 ROM. Pues bien, os podéis marchar,
 porque yo no os quiero oír.
 PER. Pues yo os lo quiero decir,
 y me lo habréis de escuchar.
 ROM. Marchaos, digo.
 PER. A eso vengo;
 y en cumpliendo mi mensaje,
 otra vez el mismo viaje,
 aunque largo, emprender tengo.
 ROM. Pues bien, decid ¿qué queréis?
 PER. Vengarme.
 ROM. (marchándose bruscamente).
 ¿Qué tengo yo
 con tu venganza?
 PER. (deteniéndole). ¡Eso no!
 Quedaos, me ayudaréis.
 ROM. (amenazándole).
 Ved que no tengo en la vida
 vínculo que baste alguno...
 PER. Pronto no tendrás ninguno
 que malgastarla te impida.
 Mira, traidor.
 (Descubriéndose.)
 ROM. ¡Vive Dios!
 ¡Pereiral!
 PER. Tú mi honor tienes,
 yo quiero tu alma en rehenes
 por fianza de los dos.
 Por eso a buscarte vine
 desde Madrid a Valencia,
 por él grita mi conciencia
 que te mate o te asesine.
 ROM. ¡Bueno! En mejor ocasión
 venir por él no has podido;
 en las manos me has caído
 y sed tiene el corazón.
 Vamos.
 PER. Espera, porque antes
 una nueva te he de dar,

que siempre han de interesar
 las nuevas a los amantes.
 Era, seis meses hará,
 una noche oscura, fría,
 la lluvia a mares caía...
 ROM. Importuno el hombre está,
 PER. Tres hombres, ebrios los tres,
 que una dama acompañaban,
 las calles atravesaban...
 otro venía después.
 A la incierta luz escasa
 de un farol agonizante,
 se detuvieron delante
 de una miserable casa.
 Salió una vieja al encuentro,
 y a la falsa voz de «amigo»,
 abrió un estrecho postigo
 y se cerraron por dentro.
 Entonces el embozado,
 apoyado en el portón,
 de los que habían entrado
 oyó la conversación.
 ¿Sabes lo que se trató?
 De engañar una mujer;
 yo la acerté a socorrer,
 y a vengarla vengo yo.
 Ella te adoraba, sí;
 y pues su honor era mío,
 a acabar el desafío
 he venido sólo aquí.
 ROM. ¿Me hablas a mí?
 PER. La maté.
 ROM. ¿Qué me importa?
 PER. ¿Por ventura
 no la amabas?
 ROM. ¡Qué locura!
 Nunca tal imaginé.
 PER. ¿Luego tú la sedujiste
 tan sólo por liviandad?
 ¿Y ella te amaba?
 ROM. Verdad.
 PER. ¿Es verdad?
 ROM. Ya lo dijiste.
 PER. No en balde para encontrarte
 tanto tiempo me afané;
 que me faltara pensé
 el tiempo para matarte.

ROM. Si me matas, y ha de ser por mano de caballero, una noche de estas, que lleves después espero un adiós a una mujer.

PER. Sí, por cierto.

ROM. Júralo.

PER. Sobre aquesta cruz de oro. ¿La amas?

ROM. No, que la adoro.

PER. Y ¿te corresponde?

ROM. No.

PER. ¡Estúpido! Loco estás.

Quando vengo por tu vida, de tu amante despedida ¿a hacerme correo vas?

¡Imbécil! La he de decir que vives libre, contento, y que en veinte años, en ciento, no habrás de poder morir.

ROM. ¿Por qué, traidor?

PER. Porque así:

hago más fatal tu estrella; tu vida la enfada a ella y yo me vengo de ti.

(*Pereira alarga dos espadas a Román, que toma una. Se baten, Pereira con serenidad, Román con impetuosa cólera.*)

PER. (con solemnidad).

¡Seis meses pienso que hará

que nos quisimos batir!
(*Viendo que la rabia de Román crece.*)
¿Quieres matarme?

ROM. O morir.

PER. ¿O morir?

ROM. Tanto me da.

PER. ¿Te herí?

ROM. No sé.

PER. Pues seguir...

ROM. Combate a muerte.

PER. (*dándole una estocada*). ¡Ahí está!

ESCENA ÚLTIMA

ROMÁN, en tierra; LUISA, ALBERTO,

PEREIRA

LUISA. ¡Dios mío!

ALBERTO. ¡Un combate aquí!

PEREIRA. Señores, un desafío; esto era negocio mío, pero ya le concluí.

ALB. (*mirando el cadáver de Román con rabia*).

¡Oh, le habéis muerto!
¿Y por qué?

PER. Por una deuda anterior.

LUISA. ¿Una deuda?

ALB. ¿Era de honor?

PER. Por el honor le maté.

MÁS VALE LLEGAR A TIEMPO QUE RONDAR UN AÑO

COMEDIA EN TRES JORNADAS 2

JORNADA PRIMERA

- De aquí no habéis de salir o quien sola he de saber.
- Pues mirad cómo ha de ser, que yo no lo he de decir.

CALDERÓN.

PERSONAS

- DON CARLOS.
- DON CÉSAR.
- DOÑA LEONOR.
- INÉS.
- BRIGIDA.
- GINÉS.
- DOS DESCONOCIDOS.
- ALGUACILES, SOLDADOS, etc.

ESCENA PRIMERA

El Campo del Moró

DON CARLOS, GINÉS

CARLOS En muy necio desvarío tu pensamiento cayó.

¿Cuándo te sacara yo, Ginés, para un desafío?

GINÉS. Mucho, señor, me consuela haberme engañado así; mas reecelé cuando os vi descender hacia la Tela.

CARL. Y por si siempre no es así... con mucha atención... Me padre en cosas... no alcanza con... con doña Leonor... en que me case por fin.

Y a decirlo yo... que mujeres... en el mundo... no hallara... porque es... noble, rica y... mas no miré... el amor... Otra pasión... que el alma... y mi linaje... despedido al... Dos meses... CARL. Depón, Ginés, tal recelo;

Y ten presente de hoy más que no sacó yo jamás mis criadas para un duelo. GIN. ¡Señor!.. CARL. Distinto que hacer a este campo me trae hoy, y sabe por fin que estoy prendado de una mujer.

Que en ello me has de ayudar cuando te traigo lo ves; pero has de elegir, Ginés, entre morir o callar.

GIN. Señor, dejadme partir, porque me habéis injuriado. CARL. ¡Ginés!.. GIN. He sido soldado y soy fiel hasta morir; y os digo que no es discreto secretos depositar en quien no habéis de fiar que sepa guardar secreto.

CARL. Te sobra, Ginés, razón. De lo que dije te olvida. GIN. Perdonad, pero en mi vida cupo en mi pecho traición.

CARL. Pues escucha.

CARL. Te sobra, Ginés, razón. De lo que dije te olvida. GIN. Perdonad, pero en mi vida cupo en mi pecho traición.

CARL. Pues escucha.

CARL. Pues escucha.

GIN. Decid, pues.

CARL. Y por si el tiempo no es largo, con mucha atención te encargo que me lo escuches, Ginés.

Mi padre en tenaz manía, no alcanzo con qué razón, con doña Leonor Girón en que me case porfía.

Y a quererla yo en verdad, o a no querer a ninguna, en abrazar tal fortuna no hallara dificultad:

porque es además de hermosa, noble, rica y muy discreta: mas no mira ni respeta el amor ninguna cosa.

Otra pasión tengo aquí que el alma entera me abrasa, y mi linaje y mi casa desprecio al nacer en mí.

Dos meses ha que cobarde citado aquí ocultamente, galanteo inútilmente a quien has de ver más tarde.

GIN. Mas si al fin lo he de saber, ¿a qué a entonces esperar?

CARL. Porque temo no has de hallar más, Ginés, que una mujer.

GIN. ¿Pues qué más queréis que vea?

CARL. La mujer por quien suspiro, sin mirar, cual yo no miro, a quien sea, o quien no sea.

GIN. ¿Pues en tan indigno objeto habéis puesto vuestro amor, que de su nombre, señor, tengáis que hacer un secreto?

CARL. Quizá. Pero aunque mi estrella así en mi mal lo arregló, tengo en mi conciencia yo que habré de valer más que ella.

Amo a una mujer oscura. Su padre, aunque era un buen hombre, dejola sólo su nombre, su pobreza y la hermosura.

GIN. Y tres mayorazgos son con los que puede alcanzar.

CARL. Lo que yo la pienso dar: mi mano y mi corazón.

GIN. Si tal que decís supiera vuestro padre don Enrique...

CARL. Calle el necio y no replique, que él callara aunque lo oyera.

Lo que a ti toca, Ginés, en vez de vanos consejos, es acechar desde lejos por dónde se parte Inés.

Sus pasos has de seguir donde vive hasta saber, porque yo la he de ir a ver, y ella no lo ha de decir.

Y ahora precaución será el separarnos.

GIN. Sí a fe.

CARL. Porque si juntos nos ve, sin llegar se tornará...

GIN. Y aunque ya tal precaución por sí sola no bastará...

CARL. ¿Qué, Ginés?

GIN. La cosa es clara; volved allí.

CARL. Damas son.

¡Tan temprano!

GIN. Aún hay estrellas. Venid, que pasen dejemos.

CARL. Sí, que después volveremos en cuanto se vayan ellas.

ESCENA II

DOÑA LEONOR, BRÍGIDA, con mantos

LEONOR. ¿Dijisteis bien al cochero el punto en que ha de aguardar?

BRÍGIDA. Entre el Soto y la Monclova; no temáis, que no errará.

LEON. Parece, si no me engaño, que este es el sitio.

BRÍG. En verdad que no quisiera una línea las señas equivocar.

Mas ved, allí está la Tela, la Casa de Campo allá, a esta parte la Monclova, aquí la fuente...

LEON. Mirad; pues aún no vino don César, no nos estuviera en más

en la orilla de esta fuente un instante descansar.

BRÍG. Sí, por cierto, mi Leonor.
¿Mas tal vez os sentís mal?
LEON. ¿Qué bien queréis que me sienta estando en este lugar

con lo que dentro del pecho tormento al alma me da?
¡Plugüiera a Dios que naciera, Brígida, en plebeyo hogar, si por ser quien soy me privan de cuanto me da solaz!

BRÍG. ¿Y por qué de una vez todo, mi Leonor, no confesáis?
Que no ha de ser tan tirano vuestro padre y cederá.

LEON. ¡Ceder! Brígida, ni un punto consiente en volver atrás, que una vez que fui a decirlo irritóse, y más tenaz juréme que o me casaba o me haría profesor.
Y ¡ay Brígida! si a lo menos don Carlos me amara...

BRÍG. ¡Bah!
LEON. Casárame por mi vida, siquiera por acabar

de quejas; mas en don Carlos, en vez de darme un galán, como yo sé que le obligan, me dan un tormento más.

BRÍG. Busquemos, pues, algún medio con que poderlo estorbar.

LEON. Nuestros padres lo trataron hace muchos años ya, de enlazar ambas familias por el efímero afán.

Ambos están empeñados, y entrambos me han de matar. Porque yo adoro a mi primo, don César cada vez más, y estoy a todo resuelta antes que sacrificar todo el amor de mi vida a quien no lo ha de estimar.

BRÍG. Los ímpetus, Leonor, de la pasión moderad, y dejad al tiempo, tiempo, que tras uno otro vendrá.

La pasión es un escollo, mi Leonor, en vuestra edad.

LEON. Pues yo seguiré mi ruta, o tengo en él de encallar.

BRÍG. Mirad no rompáis el buque y a pique venir lo hagáis, que lleváis, Leonor, en el honor.

LEON. Dueña, callad, que mujeres como yo bien su honor saben guardar, y no hay mejor centinela que la propia voluntad; mas si lo decís ahora por el lugar en que estáis, tened, Brígida, hasta el fin la paciencia de esperar, pues para amores livianos no os buscara yo en verdad;

que siendo Leonor Girón, como quien soy he de obrar, y en quien soy, dueña, no cabeo a pequeñez, ni liviandad.

BRÍG. Señora, si mis palabras pudieron en esto errar, perdonadlas, porque fueron hijas del labio y no más. Vuestro padre a mi cuidado os tuvo a bien encargar, y aunque pudo complacientemente conceder a vuestra edad lo que se debe en justicia, los límites sin pasar de la razón y el honor, os juro que volverá a vuestro honor a vuestro padre tan puro como el cristal; porque siendo yo quien soy, como quien soy he de obrar, y en quien soy, Leonor, no cabeo a pequeñez ni liviandad. Mas allí viene don César, y porque, Leonor, veáis que os quiero como a quien sois y rencor no sé guardar, donde vuestra voz no alcance me retiraré.

LEON. Esperad, que donde esté Leonor

habrá su dueña lugar.
Sentaos aquí, y ahora
ved, dueña, oíd, y callad.

ESCENA III

DOÑA LEONOR, DON CÉSAR, BRÍGIDA

CÉSAR. ¡Tanta fortuna, Leonor!
Recibí vuestro billete,
y aún me tengo por juguete
de sueño fascinador.
Hoy vengo, mi dulce amor,
dudando si en este incierto
desvarío estoy despierto
para tal felicidad,
y aún dudo de la verdad.

LEON. Sí, don César, es muy cierto.
Mas no por ello penséis
que en igual deslíz los dos
a mí me faltó por vos
ni a vos por mí faltaréis,
que es por honra, y lo veréis,
don César, por lo que os llamo;
de vuestro amor al reclamo
no os diera la cita, no.
Que años ha que os dije yo,
primo don César, que os amo.

CÉS. Confuso además estoy
vuestras voces escuchando,
y de que aún estoy soñando
más convenciéndome voy.

LEON. Don César, despertar hoy
a la voz de la razón
es precisa obligación
si como decís me amáis.

CÉS. Probarélo si me dais
de probaroslo ocasión.

LEON. Pues oíd y os la daré.
Sabéis (que no es de ignorar)
que me quieren desposar,
con pequeña causa, a fe;
que a otro que a vos no querré
sabéis, don César, también,
y es justo que penséis bien,
puesto que a otro no he de amar,
si me podéis desposar
antes que esposo me den.
Si elegir entre los dos

dejaran mi voluntad,
yo no eligiera en verdad,
don César, a otro que a vos:
quiérello distinto Dios.
Mi padre airado y violento
me propone en el momento
o casarme o profesar;
si con vos no he de casar,
elijo lo del convento.

CÉS. ¡No será, pese a los cielos
y a la negra estrella mía!
No he de perder en un día
una vida de desvelos:
Leonor, mi amor y mis celos
esos amaños tiranos
romperán, y de sus manos
ambos libres quedaremos.

LEON. Tened, don César, no demos
en obrar como villanos.
Que aunque consiento en quereros,
y si no a vos a ninguno,
es pensamiento importuno
que galán mío he de hacerlos.

CÉS. Leonor, como caballeros
que somos ambos a dos,
cuerpo a cuerpo...

LEON. No, por Dios,
que aún es mayor disparate
que consienta yo en que os mate
o a don Carlos matéis vos.

CÉS. A comprenderos, señora,
no atino por vida mía:
sacadme de esta agonía,
que por cierto que ya es hora.

A mí os acogéis ahora
porque casaros pretenden;
de las manos que os ofenden
yo libraros quiero y más.

¿Cómo, si os volvéis atrás,
vuestros descos se entienden?
Que yo os amo, claro está;
que os respeto, bien se ve;
que me amáis, pues, yo lo sé;
dudarlo ofensa será.

Cuando a daros mi amor va
la defensa que pedís,
que no le mate decís,
que él me mate no queréis:

decid pues, qué resolvéis,
qué otorgáis y resistís.

LEON. Que os ciega vuestra pasión
bien claro, don César, veo,
y en ello tiene el deseo
sobrada satisfacción.

Mas cobrad vuestra razón,
que ha falta de claridad,
y lo que os digo escuchad,
sin que andéis por conjeturas
con las razones a oscuras
y a tientas con la verdad.

Pues don Carlos no me estima,
don César, como a quien soy,
pediréis a mi padre hoy
la mano de vuestra prima.

CÉS. Y es patente que se exima.

LEON. Entonces idos al juez,
confesadle sin doblez
de mi padre la injusticia.

CÉS. ¿Y si el juez no hace justicia?

LEON. Acabamos de una vez,
porque es vano imaginar,
y miente quien lo dijere,
que yo con quien no me quiere
tengo nunca de casar.

Si vos lo habéis de excusar
por excusar la pendencia,
miradlo en vuestra conciencia,
que si con vos, César, no,
desde ahora apelo yo
del convento a la sentencia.

CÉS. Antes que suceda tal
pierda la vida, Leonor,
que con vida y sin tu amor
acertaré a estar muy mal.

LEON. Ved, dueña, si criminal
o liviano hay algo aquí.

BRÍG. Si guardáis reñor así
vuestra casa dejaré.

LEON. Me importa que el mundo esté
bien satisfecho de mí.

CÉS. Mas del campo a los extremos
un hombre hacia aquí se viene.

LEON. Partámonos, que conviene
que algún encuentro evitemos.

BRÍG. Ved que llega.

LEON. Pues quedemos
como estamos sin recelo.

CÉS. Bajad sobre el rostro el velo
y dejémosle pasar.

LEON. ¡Por mi vida que es azar!
¡Carlos!

CÉS. Confúndale el cielo.

ESCENA IV

DOÑA LEONOR, DON CÉSAR, DON
CARLOS, BRÍGIDA

CARL. (¡Todavía gente aquí.
¿No es don César el que veo?)
BRÍG. Que nos examina creo.

(Ap. a Leonor.)

LEON. Harto me pesa ¡ay de mí!
CÉS. No hará porfía, que es
hidalgo, y fuera importuno.

CARL. (Sin duda que sobra alguno,
pues si hay dueña somos tres.)

CÉS. (Ello es fuerza que se vaya
para podernos librar.)

CARL. (De poderme yo quedar
es fuerza que razón haya.)

CÉS. (Pues hemos bien de salir.)

CARL. (levantándose). (Yo tengo de que-
[dar bien,])

LEON. (sobresaltada). Don César.

CÉS. Quietas estén,
que yo lo haré.

LEON. Sin reñir.
(Don César y don Carlos se van el uno
para el otro.)

CARL. Don César, muy bien hallado.
CÉS. Don Carlos, mejor venido.

CARL. Si me fuera permitido...

CÉS. Cuanto os viniere en agrado.

CARL. Si tal no os pesa escuchar,
pues gozáis tanto favor,
suplicara a vuestro amor
se dignara despejar.

CÉS. Según como lo decís,
justo preguntaros fuera
si resuelto en tal manera
a que despeje venís.

CARL. Si tal empeño tomara,
don César, a cuenta mía,
menos espacio tendría
y en vez de rogar mandara.

CÉS. ¡Don Carlos...!

CARL. Dejad que acabe, porque hidalgo con razón nunca excusa la ocasión, pero dar su razón sabe. De entender vuestros asuntos, don César, no tengo afán: porque sabed que en mí van discreción y valor juntos. Si sólo me hallara aquí sin ocupación alguna, hubiera a honor y fortuna que echarais mano de mí. Mas pues llegando primero vuestro amor logrado habéis, confío no impediréis el mío por ser postrero. Ved ahora si en tal estado os puede mucho importar ceder un poco el lugar a otro menos fortunado.

CÉS. En cortesía y valor dos veces me habéis vencido.

CARL. Si en algo molesto he sido, perdonad, que haréis favor.

CÉS. (Fortuna fué singular que él me ayudara en tal guisa.)
(A don Carlos.) (A doña Leonor.)
A Dios quedad.—(Daos prisa.)

CARL. Él os quiera acompañar.

ESCENA V.

DON CÉSAR, DOÑA LEONOR, BRÍGIDA,
que se alejan sin que lleguen a desaparecer enteramente; GINÉS, llegando por detrás a DON CARLOS.

GIN. Ved que es Leonor.

CARL. Mentecato, ¿qué dices?

GIN. Que los cogí justo descuidados y los vi a mi sabor muy buen rato, y os juro que Leonor es.

CARL. ¿Mientes?

GIN. A fe de soldado.

CARL. (volviéndose a don César).

Don César, muy bien hallado. Señoras, bésoos los pies.

LEON. (a don César). ¿Qué es esto, primo?

CÉS. (a doña Leonor). No sé. Don Carlos, ¿qué se os ofrece?

CARL. Que nuestro encuentro merece más detenimiento a fe.

BRÍG. (a doña Leonor). (Nos ha conocido.)

LEON. ¡Cielos!

CÉS. Mas claro os explicaréis.

CARL. Vos si que favor me haréis en sacarme de recelos.

¿Esas damas quiénes son?

CÉS. Eso ya es descortesía.

CARL. Pues como antes os decía, yo soy hombre de razón.

Y así, don César, declaro que quien son he de saber.

Mirad vos cómo ha de ser, que de vos no me separo.

CÉS. Pues riñamos, vive Dios, que a mí callarlo me importa.

CARL. La contestación es corta, mas tal vez os pese a vos.

(Ponen mano a los estochos.)

LEON. ¡Cielos, valedme!

CARL. Teneos, que ya mi oído veloz

recogiéndome esa voz ha colmado mis deseos.

(A doña Leonor.)

Hermosa doña Leonor, ¿por qué os receláis de mí

cuando el hallaros aquí hoy es a entrambos mejor?

Que es libre y tirano amor bien sabéis, a lo que veo;

que en oculto galanteo os hallo, Leonor, aquí,

y tal vez podrá por mí cumplirse vuestro deseo.

LEON. Pues ya el disimulo es vano a vuestra penetración

yo soy Leonor de Girón,

(Alzándose el velo.)

que este es don César es llano. Mas no es en vos cortesano,

don Carlos, tanto insistir
 el semblante en descubrir
 de quien deseáis,
 que puesto que no me amáis,
 bien os lo puedo decir.
 Nuestras almas no acertaron
 a amarse un solo momento,
 lo de nuestro casamiento
 nuestros padres lo trataron;
 mas lo que ellos concertaron
 amor lo desconcertó,
 y pues su razón la erró,
 contra nuestros corazones,
 ellos las satisfacciones
 podrán daros y no yo.
 Pero porque no os vayáis
 sin satisfacción alguna,
 yo os diré que por fortuna
 a muy buen tiempo llegáis:
 es preciso que sepáis
 que ayer a mi padre vi;
 dióme a escoger ¡ay de mí!
 vuestra mano o el convento:
 yo, mejor que el casamiento,
 lo del convento elegí.
 Ahora, don Carlos, mirad
 si en hora tan desdichada,
 ceder me importará nada
 un poco de vanidad,
 y a Dios que os guarde.

CARL. Esperad;
 que esas razones sobraron,
 si vuestras almas no hallaron
 medio de amarse un momento,
 y lo de este casamiento
 nuestros padres lo trataron;
 si llevarais en paciencia
 dejarme antes concluir,
 no tuvierais que añadir,
 señora, ni una sentencia.
 Mientras creyó mi prudencia
 vuestra alma libre de amar,
 no me atreví a contrariar
 la voluntad de mi padre,
 mas ya que a quien mal le cuadre
 hay tal vez, dejadme hablar.
 En que no me amarais vos,
 y en que yo a vos no os amara,
 acaso aunque nos pesara

consintiéramos los dos.
 Escondiéramos por Dios
 uno al otro nuestro afán;
 y pues nobleza nos dan
 nuestros padres al nacer,
 ni yo amara a otra mujer,
 ni vos buscarais galán.
 Hubiéramos, Leonor,
 largo tiempo así vivido;
 la mujer con el marido,
 pero entrambos sin amor.
 Esto no cabe en mi honor
 permitirlo ni pensarlo;
 en vos estaba el callarlo,
 en mí estaba el inquirirlo;
 en vos estaba el sufrirlo,
 pero en mí está el estorbarlo.
 Amo a mi padre, le adoro;
 por cumplir su voluntad
 diera hasta mi eternidad,
 mas no el ajeno decoro;
 tendrálo en mí por desdoro,
 pero decidido estoy
 a que todo lo sepa hoy,
 que es justo que desde ahora
 os libre de mí, señora,
 por quien sois, y por quien soy.
 Al vuestro también diré,
 y afirmadlo vos así,
 que quedáis libre de mí,
 y no pregunte el por qué.
 Habrá de pesarle a fe,
 la ira le asaltará,
 mi padre me ultrajará,
 y ambos tendrán por mengua,
 pero os juro que mi lengua
 nunca más os nombrará.
 Ved, don César, si importaba
 a estas damas conocer,
 y si el duelo es menester,
 cuando gustareis se acaba.
 cés. Confieso que no aguardaba
 satisfacción tan cumplida;
 don Carlos, me dais la vida,
 perdonar debéis mi error.

CARL. Debe a mi lengua, Leonor,
 si en algo anduvo atrevida.
 LEON. Tan confusa de atenderos
 me tienen vuestras razones,

que me faltan expresiones,
don Carlos, que responderos.
Obligárame a quererlos,
como habéis bien advertido,
si mi suerte hubiera sido
por esposo mío tomaros,
que supiera respetaros,
don Carlos, como marido.
Pero a don César queriendo,
estimo más lo que hacéis...

CARL. Os suplico que excenséis,
que las horas van corriendo.

LEON. Es cierto, y agradeciendo
que mancebo tan cortés...

CARL. Bésoos, señora, los pies.

(Inés, llegando turbada y rápidamente, se ampara detrás de los que están en la escena, y al punto reconoce a don Carlos. Poco después entran dos desconocidos, que se supone venir tras ella.)

INÉS. ¡Hidalgos, en caridad!

LEON. ¿Qué es esto?

BRÍG. ¡Cielos!

CÉS. ¡Mirad!

INÉS. Socorro... ¡Carlos!

CARL. ¡Inés!

ESCENA VI

DON CÉSAR y DOÑA LEONOR, a la derecha, y a su lado BRÍGIDA; GINÉS, a la izquierda, y a su lado los dos desconocidos; en el centro INÉS, amparada por DON CARLOS.

GIN. ¡Ay Ginés! buena la hicimos:
ya escampa y llovian peñas.)

BRÍG. Si no nos mienten las señas,
papel de tercero hicimos.

LEON. (a don César).

¿Inés dijo?

CÉS. (a doña Leonor).

¿Qué sé yo?

Todos son secretos hoy.

CARL. (Corrido en verdad estoy.)

INÉS. ¡Quién en hombres se fió!

CARL. (a Inés).

Y en fin, ¿diréis qué es aquesto?

INÉS. Esos hombres me seguían.

CARL. (a ellos).

Esos hombres ¿qué querían?
Pocas razones, y presto.

HOMBRE 1.º Esa mozueta bellaca,
que en mi casa está sirviendo,
robó unos trastos, y entiendo
que se huía hacia Aravaca,
que es su pueblo, y voto a tal...

CARL. Inés, ¿tu criada?...

INÉS. No;

ese villano mintió
y lo ha fingido muy mal.

HOMBRES 1.º y 2.º ¡Cómo, infame!

CARL. ¡Callad vos,

que si no me fuera en mengua
os arrancara la lengua
de las fauces a los dos.

HOM. 1.º Daréisme cuenta y sobrada.

CARL. Traigo para los villanos
satisfacción en las manos.

Tomad esta bofetada.

(Dale.)

HOM. 1.º ¡Tal injuria a mí!

(Metén mano.)

CARL. (a Inés). Huye, Inés,
que yo la espalda te cubro.

INÉS. No me voy si no descubro
esa dama de quién es.

LEON. ¿Oís, don César? Le pidió
satisfacción.

CÉS. Ya lo oí.

LEON. (Que no me amara creí,
pero que por otra no.)

ESCENA VII

DON CÉSAR; DON CARLOS y los desconocidos riñendo; ALGUACILES, SOLDADOS, ETC.

ALGUACIL 1.º ¡Dense al rey!

OTRO. Ténganse, digo.

ALG. 1.º Afuera. Ténganse a raya.

UN ESCRI. El que reñido no haya
quédese para testigo.

CARL. (a uno de los desconocidos a quien tiene cogido por la garganta).

¿Connigo osabais reñir?
Llevadle, justicia, preso.

ALG. 1.º Ahora trataremos de eso, que todos han de venir.

¿Y qué es ello?

HOM. 1.º Esa mujer, que es, señor, criada mía...

CARL. Esta mujer no servía, y ya le pueden prender.

ALG. 1.º Todos irán, que si no, no acaba vuestra malicia.

CARL. Téngase aquí la justicia, o la haré tenerse yo.

Prended a ese hombre, y vais bien, sin ver lo más que aquí pasa.

Esta dama es de mi casa, y yo soy...

(Acercándose al oído del principal de la justicia.)

ALG. 1.º ¡Quietos estén! Vos con nosotros venid. (Al hombre 1.º)

Y vuestra merced perdone. (A Carlos.)

CARL. Los derechos que os abone al mayordomo decid.

ESCENA VIII

DON CARLOS, DON CÉSAR, DOÑA LEONOR, INÉS, BRIGIDA, GINÉS

INÉS (a don Carlos). Pues hoy os debo el honor, ved en qué os puedo servir.

CARL. ¿Tan sola os habéis de ir?

INÉS. Sola he venido, señor.

LEON. (a don Carlos con intención). Que la guardéis es mejor, don Carlos: idos con ella.

INÉS. (lo mismo). ¡Oh! Por mí no hagáis querella:

con esas damas quedad, que ir con vos por la ciudad

no está bien a una doncella. Porque vos, según parece,

en lo galán caballero, sois mucho para escudero

de quien tan poco merece De tal honra desmerece

mi edad y mi condición.

LEON. ¡Y que siendo yo Girón por otra no me quisiera!

Don Carlos, dirá cualquiera

que aquestos despiques son: Si conocéis a esa dama,

id con ella sin recelos, que no ha de servir de celos

a quien sabéis que no os ama. Y, si esto no es en disfama

de alguien de los que aquí estamos, permitidme que os digamos

que si estorbaros pudimos... Suponed lo que decimos,

don Carlos, cuando callamos.

CARL. Leonor, asuntos de honor no a las damas son ajenos,

ni el de esta ha de serlo menos, por no ser doña Leonor.

(A Inés.)

Señora, haréisme favor. INÉS. Con vos, señor, no he de ir.

LEON. Tiene razón, que ha de oír la frase que he de acabaros,

y que por apresuraros no me dejasteis decir.

(Con ironía.)

Nuestras almas no acertaron a amarse un solo momento:

lo de nuestro casamiento nuestros padres lo trataron:

Mientras mis ojos erraron y os creí libre de amar,

no me atreví a contrariar la voluntad de mi padre.

Mas ya que a quien mal le cuadre hay tal vez, dejadme hablar.

En que no me amarais vos, y en que yo a vos no os amara,

acaso aunque nos pesara consintiéramos los dos.

Escondiéramos ¡por Dios! uno al otro nuestro afán;

y pues nobleza nos dan nuestros padres al nacer,

ni amarais a otra mujer, ni yo buscara galán.

Así hubiéramos, señor, por largo tiempo vivido;

con la mujer el marido, pero entrambos sin amor.

Esto no cabe en mi honor permitirlo ni pensarlo;

en vos estaba el callarlo;
 en mí estaba el inquirirlo;
 en vos estaba el sufrirlo,
 pero en mí está el estorbarlo.

(Vase riendo y dando el brazo a don César. Brigida los sigue.)

INÉS *(con resentimiento a don Carlos)*.

Dos meses ha que me amáis,
 y el recuerdo no os asombre,

cuando os pido vuestro nombre,
 «un hidalgo», contestáis:

ha dos meses me engañáis:

ha dos meses que me mentáis.

«Un hidalgo», me decís:

y es bien claro que sois más.

¡Oh, no lo digáis jamás!

si decírmelo sentís!

Mas ha dos meses se estrella

en mi honor vuestra pasión;

preguntáis mi condición,

y yo os digo «una doncella».

Pues ambos por igual huella

nos buscamos hasta aquí,

vos recelando de mí,

yo recatando de vos,

desengañados los dos,

me perdisteis y os perdí.

(Vase Inés y queda don Carlos como avergonzado, y repara al punto en Ginés,

que le contempla.)

CARL. Fuerza que me pierda hoy es.

¡Cielos! No sé lo que me pasa.

(A Ginés.)

¡Cielos! No sé lo que me pasa.

ESCENA PRIMERA

Habitación elegante en casa del duque.

EL DUQUE

También es tenacidad
 de don Diego y de Leonor.
 Negocian puntos de amor

con una velocidad
 que ya toca en lo importuno.

No creen sino que esta boda,
 porque a ellos les acomoda,

no es incómoda a ninguno.
 Carlos jamás tuvo en ella

inconveniente a mi ver...
 pero le puede tener

si ve que se le atropella.
 Y aunque si ya no le halló

que le encuentre difícilto,
 tampoco obligarle a bulto

a casarse quiero yo.
 Porque ¿qué le contestara

si de haberme obedecido
 el mal que le haya venido

con razón me ehase en cara?
 Mucho me holgara en verdad

en que con Leonor casase;
 yo insistiré en que se case,

mas no contra voluntad.
 ¡Hola! A don Carlos llamadme;

y entretanto, pensamientos,
 de vuestros locos tormentos,

un instante relevadme.
(Pausa.)

Y por fin, si de su honor
 con una exigencia cruel

después de casarle a él
 le contara yo mi amor,

¿no dijera, y con justicia,
 a proceder tan injusto

que por hacer yo mi gusto
 puse en el suyo malicia?

Que yo amo es cierto a fe,
 que él no la ama es evidencia...

Qué he de hacer con mi prudencia
 vive Dios que no lo sé.

JORNADA SEGUNDA

Paréceme que aún la escucho.

Soy, dijo, a mi furor loco,

para esposa vuestra, poco,

para dama vuestra, mucho.

LOPE DE VEGA.

PERSONAS

EL DUQUE.

DON CARLOS.

DONA VIOLANTE.

INÉS.

GINÉS.

UN LACAYO, LA RONDA.

ESCENA II

EL DUQUE, DON CARLOS

DUQUE. Ya, hijo mío, te esperaba.
CARLOS. Yo, padre, os buscaba a vos.
Mas hoy no nos hemos visto:
dadme las manos, señor.

DUQUE. Tómalas, hijo, y con ellas
mi amor y mi bendición.
Tengo un punto de que hablarte
que nos importa a los dos.

CARLOS. Decid, padre, que os escuchó.
DUQUE. Siéntate, y óyeme.

CARLOS. Allá voy, padre. Estoy.
DUQUE. Sabes, hijo, que por dicha
(que así el cielo lo arregló)
somos nobles de la casa
de los Ponces de León,
y que en bienes de fortuna,
en honra, lustre y ivalor,

a ninguna otra en Castilla
de nuestra familia cedidó.

CARLOS. Y si hay, padre, quien lo dude,
nombrádmelo sin temor,
que además de la nobleza
traigo espada y hombre soy.

DUQUE. Nadie lo duda, y por esto
el mundo nos ordenó
ciertas leyes que cumplir
nos es en obligación.

Por ejemplo, que casemos
con damas de tanto honor
que con su lustre den lustre
a nuestro limpio blasón.

Ha mucho tiempo, hijo mío,
que tu boda se trató
por negocios de familia,
no te importa cuáles son,

y te buscamos esposa
en la virtuosa Leonor,
que es la prenda de más precio
de la casa de Girón.

Que a tu padre tal pluguiera
callártelo fuera error,
siendo tu padre el primero
que en esta boda pensó.

El tiempo y las circunstancias
la hicieron punto de honor:

pues al mío importa. Sea
mas si daña al tuyo, no.

CARLOS. Antes de que yo os responda
a mí respondedme vos.

DUQUE. Me amáis, señor?
DUQUE. Más que el ciego
amara si viera al sol.

CARLOS. Si pesarlo fuera dado,
¿cuál pesara más, señor,
vuestra honra, o vuestro hijo?

DUQUE. Hijo y honra... ¿qué sé yo?

CARLOS. ¿Luego igual pesan en ambos?

DUQUE. Por cierto que es confusión.
(Reflexionando.)

La honra, de nuestros bienes
es sin duda el bien mayor;

y los hijos... si son buenos,
nos bendice en ellos Dios.

La honra... tal vez se cobra
con intriga o con favor...

Los hijos...
CARLOS. ¿Qué decís, padre?

DUQUE. El que una vez se perdió...

CARLOS. ¿Respondéis, señor, quién pesa
más?

DUQUE. ¡El hijo, vive Dios!
Y a preguntarlo no vuelvas,
que dos veces tal vez, no.

CARLOS. Permitid, pues, que rehuse
la boda con Leonor;

mas no lo tengáis a mengua,
libertinaje o baldón,

que porque tal no pensarais
desposara al diablo yo;

mientras que amarme pudiera
doña Leonor de Girón,

consentí en sacrificaros
mi vida sola, señor;

pero hoy que sé que no alcanza
a amarme su corazón,

hoy en libertad la dejo;
la mía os atañe a vos.

DUQUE. La tuya, hijo, como tuya
toda entera te la doy,

úsala como quien eres,
como Ponce de León.

CARLOS. Mi libertad tengo en mucho,
y en más a quien me la dió,

porque aun antes de alcanzarla

era hijo vuestro, señor.
Pero... ¡padre! ¿Qué tenéis?
Desfallecida la voz,
los ojos volvéis inquietos,
¡fáltale al rostro el color!

DUQ. Del atormentado pecho
secretos afares son,
y el rubor de alimentarlo
sale en el rostro y la voz.

CARL. ¡Vos afares, padre mío!
¡Vos secretos! ¡Afan vos!
¡Oh! ¿Creísteis mis palabras?
Padre, mi padre, perdón.
Si os ha de causar enojos,
mirad bien que fué un error,
y antes, padre, que enojaros
muriera mil veces yo.
¿Lloráis, señor? ¡Vive el cielo!
Me partís el corazón.

¿Tanto ha podido ofenderos
el no querer a Leonor?
¡Ah! ¿Por qué no me mandasteis
que no os respondiera no?
Que es para mí sobre todo
mi padre, después de Dios.

DUQ. Calla, Carlos, que de el pecho
secretos afares son,
y parte en ellos no tienes
ni tú ni nadie.

CARL. Señor...

DUQ. Mira, Carlos, son hoy tales
estas dudas en que estoy,
que me pesa el sí, y me pesa
que me respondas que no.
Resistirlo más no puedo,
que un pensamiento traidor
me ha asaltado sordamente
tras el eco de tu voz.
He pensado que si amaras
a otra mujer, o mejor,
o más bella, o aun acaso
de más baja condición...

CARL. ¡Padre...

DUQ. No es que te lo digo,
es que lo pienso, más no.
Carlos, hijo mío, dime:
¿Me amas mucho?

CARL. Como Dios

amar a su Madre puede,
y como aquella al Señor.

DUQ. ¿Defendieras una causa
en que hubiera parte yo
con justicia?

CARL. ¿Eso dudáis?
Contra ley, y sin razón.

DUQ. ¿Y si vieras en tu padre
una falta, la menor,
mas que el mundo reprochar
pudiera como un baldón?

CARL. Harto contrario no fuera
todo el mundo a mi furor,
que un crimen en vuestro rostro
como virtud viera yo

y al que lo mismo no viera
delante a mí, ¡vive Dios!
que a estocadas en el pecho
le buscara el corazón

y no le valiera el sitio,
ni la fuerza, ni el valor:

le mata, y si no fuera
cuerpo a cuerpo, por traición;
porque es para mí en el mundo
mi padre después de Dios.

DUQ. Carlos, me vuelves la vida:
dame los brazos.

CARL. Señor,
vuestro hijo soy; mas decidme
de vuestro mal la ocasión.

DUQ. Pues que, Carlos, tanto me amas...
mis duelos vienen de amor.

CARL. ¿No es más, padre? Pues ¿en eso
vuestro corazón erró?
¿No sois hombre, y no están todos
sujetos a una pasión?

DUQ. Pero tal vez es indigno
de mi pecho tal amor,
que amo, Carlos, a una perla
pura, hermosa como el sol,
pero en el fango del mundo
el cielo me la encerró:
mas harto, Carlos, te he dicho,
y de vergüenza me voy,
que cosas a veces matan
si se escuchan, hijo, dos.

CARL. ¡Cielo santo! ¿Estoy despierto?
¿Tantas desventuras hoy?
¿Si tras la muerte me voy,

aún creo el hallarla incierto!
 ¿En lo mismo que he pecado
 a pecar mi padre va?
 ¡Oh, por Dios que no será:
 fuera de ambos mal contado!
 Padre, señor, un momento:
 un remedio me ha ocurrido
 con que vos seréis servido.
 en lo de aquel casamiento.

DUQ. ¡Un remedio! Y ¿qué ocasión?...

CARL. Aguardad y os la diré:
 permitido, y partiré
 mañana mismo a Aragón.

DUQ. ¿A Aragón quieres partir?

CARL. Allí haciendas no tenemos?

DUQ. Mas lo mismo quedaremos.

CARL. Así se ha de concluir.

Vos a don Diego diréis
 que a mi vuelta he de casarme.

DUQ. ¿Y una razón no has de darme?...

CARL. Padre, no la preguntéis.

Harto, señor, os pesara
 si yo la razón os diera.

DUQ. Por vengonzosa que fuera
 yo sé que la perdonara.

CARL. No es sino noble e hidalga;
 mas que la calle otorgad.

DUQ. No sé, Carlos, en verdad
 que tanto tu razón valga.

CARL. ¿Hoy en vos más no pesó
 que la honra el hijo quizás?

Pues ved que en mí pesa más
 el honor vuestro que yo.

DUQ. Tú verás lo que ha de ser,
 que más no he de importunar.

Y no me atrevo a negar
 lo que puedes menester. (Vase.)

ESCENA III

DON CARLOS, después GINÉS.

CARLOS. ¡Y en un solo momento,
 con sola una palabra, de mi vida
 robóme la esperanza y el contento!
 ¿Pero cómo no amarla...
 ¿A esa tierna beldad desconocida,
 tanto más adorada
 cuanto más me parece desdichada?

¡Oh! ¿Por qué nos llamamos
 Ponces, Tellos, Abarcas y Girones,
 si a amarrar no alcanzamos
 a nuestro alto blasón nuestras pasiones?
 Mas que mi padre viva,
 que ame y que goce como grande y rico,
 en tanto que en silencio
 yo mi amor a su amor le sacrifico.
 Y al fin ¿qué vale todo?

Mujer será, ligera y veleidosa,
 que cuando yo la alzara,
 tal vez de que era mía se olvidara
 acordándose ¡ay Dios! de que era hermosa.
 ¡Oh! ¡Tal pensando me extremezo y lloro!
 Mujer al fin... mujer, pero la adoro!
 ¡Hola! A Ginés buscadme.

GIN. Heme aquí ya, señor.

CARL. ¿Qué sabes de ella?

GIN. Seguí traidor su huella,
 mas tal vez conociendo la seguía,
 de calle en calle y de plazuela en plaza
 atenta y pertinaz iba y venía.

CARL. ¿La hallaste? Sí, o no.

GIN. ¡Por vida mía!

¿Pusiérame ante vos si no la hallara?
 Hasta la calle fui de *Mira el Río*,
 número cuatro, casa solitaria,
 la puerta estrecha y de agujeros llena,
 tras el cubo, señor, de la Almudena.

CARL. (Dale un bolsillo.)

Gracias, Ginés, y tomá.

GIN. Señor, soldado soy y buen criado,
 el oro es de traidores o cobardes.

CARL. Pues para mí conviene lo

[guardes...]

GIN. Mal, señor, se concilia
 ¿No estará en vuestras manos más seguro?

CARL. Yo puedo malgastarlo;
 tócale al mayordomo conservarlo,
 que soy, Ginés, un hijo de familia. (Vase.)

GIN. ¿Dijóme mayordomo?

Pajes son del oficio; pues lo tomo.

ESCENA IV

Casa pobre. Es de noche.—Luz

DOÑA VIOLANTE, INÉS

VIOLANTE. Estás cabizbaja.
 ¿Qué tienes, Inés?

INÉS. Doquier que los ojos
volváis, lo veréis.

¿Qué más, madre mía;
¿pudiera tener?

VIOL. Voluntad suprema
de los cielos es.

INÉS. Más propicios, madre,
nos pudieran ser.

VIOL. Respeta a los cielos;
son justos, Inés.

Tu padre hubo siempre
entera su fe;

fué siempre a su patria
y a su Dios muy fiel.

Murió defendiendo
su patria y su rey,

y aunque nuestras dichas
murieron con él,

los cielos son justos,
callemos, Inés.

Pero hoy más que nunca
parece a mi ver

que estás fatigada,
inquieta tal vez.

INÉS. ¡Dios mío!, ayudadme
silencio a mi ver.

Estáis tan enferma,
y están ya también

nuestras esperanzas
tan muertas...

VIOL. Sí a fe,
mas hemos llegado

hasta hoy, ya lo ves,
y así pasaremos

un día, dos, tres,
un mes y dos meses.

INÉS. ¡Ay madre! No sé
¿Y cuando se pasen

el día y el mes?
VIOL. Entonces...

INÉS. Calladlo;
no en ello penséis,

que acaso tan sólo
por vos vive Inés.

VIOL. ¡Hija! ¡Mi consuelo!
Mi amparo y mi fe...

¿Me amas?
INÉS. Me ofende

que tal preguntéis.

Por vos diera todo
cuanto puedo ser,
mi vida, mi alma,
mi amor ¡ah! también.

VIOL. ¡Tu amor!—¿A quién amas?
INÉS. Yo... a nadie... tal vez...

Si algún día amara...
como a vos ¿a quién

quisiera?... Y siento
aún que lo dudéis.

VIOL. Si algún día amaras,
si fuerza ha de ser

que ames...
INÉS. Madre mía,

por vos amaré.
Sin vos, ni los cielos

le bastan a Inés.
(Ruido como de alguien que llega. Un em-

bobado se acerca a la puerta.)
Mas ¡qué ruido...! ¡Un hombre!

¿Qué audaz! ¿Qué queréis?
EL DUQUE (desembozándose y saludando

respetuosamente).
Salvaros, señora,

si alcanzo a poder.

ESCENA VII

DOÑA VIOLANTE, INÉS, el DUQUE,
disfrazado

VIOL. Pues decid, señor, ¿qué pasa?
¿Qué repentina ocasión...?

DUQ. Trájome mi corazón
a las puertas de esta casa.

Con vos, señora, un instante
quisiera, si os place, hablar.

VIOL. Señor, no puedo alcanzar...
DUQ. De un asunto interesante.

VIOL. Decid, pues, que os escuchamos.
DUQ. (Indeciso estoy a fe,

y qué decirlas no sé.)
INÉS. Señor, atentas estamos.

DUQ. Nace a veces un deseo
en un corazón en calma,

que abraza, señora, el alma,
y que no se apaga creo;

todo entonces es dudar,
no sosegar ni dormir.

no se sabe adónde ir,
 ni se sabe en dónde estar,
 No hay regalo en el placer,
 ni las dichas nos agradan,
 pues hoy tanto nos enfadan,
 cuanto halagaron ayer.
 Huímos nuestros amigos,
 que al prestarnos sus consuelos
 no son más en nuestros duelos
 que impertinentes testigos.
 Y silenciosos y huraños,
 meditabundos y esquivos,
 en el mundo de los vivos,
 parecemos como extraños.
 Con el pensamiento a solas
 gozamos una ilusión
 cual faro que en un peñón
 alumbra las negras olas;
 mas como él incierta, vaga,
 ya esperanza, ya tormento,
 dentro allá del pensamiento
 ya se muestra, ya se apaga.
 Tal vez su ser no ignoramos,
 mas porque no nos asombre,
 jamás su ser ni su nombre
 a solas nos preguntamos.
 Hasta que llega una vez
 en que a tanto meditarlo
 no querer adivinarlo
 fuera extrema estupidez.
 Entonces nuestros ojos
 truécense en falaz ventura,
 y refleja una hermosa
 de nuestra alma a nuestros ojos;
 y de entonces sin temor
 nos perdemos en pos de ella:
 cuanto más huye es más bella,
 que es poderoso el amor.

VIOL. Tanto tiempo ha que no escucho
 acento tan cortesano,
 que pienso que fuera en vano
 querer escucharle mucho.
 Me habéis hecho recordar
 tantas pasadas venturas,
 que apenas por conjeturas
 os alcanzo a adivinar.
 Una hija tengo, señor;
 mas ved en vuestro deslizo
 que es demasiado infeliz

para inspiraros amor,
 No finjáis debilidad
 al través del abandono,
 que no cambia por un trono
 su amor y su soledad.
 ¿Qué habéis en mí conocido
 para una respuesta tal?
 O me he explicado muy mal,
 o me habéis mal comprendido.
 Sé la indigencia en que estáis,
 la virtud en que vivís;
 si os enoja lo que oís,
 a desearlo bastáis.
 Oro tengo, hidalgo soy;
 si oro noble os bastará,
 nadie en Castilla podrá
 daros tanto como os doy.
 Esto es ciego, ya lo sé,
 mas por oro, pompa, honor,
 si un poco me dais de amor,
 bien pagado quedaré.

VIOL. ¿Quién sois, que me hacéis
 honro de duelo, de placer?
 No me debéis conocer
 si no lo habéis de aceptar;
 que en la esperanza en que estoy
 si mi nombre os revelara,
 que me amarais me pensara
 nada más de por quien soy.

VIOL. Habláis, señor, de tal modo
 que no sé qué responderos.
 Pues todo vengo a ofreceros,
 mirad si os conviene todo.

INÉS. (¡Pobre anciana!) Perdonad,
 que aunque sé que el vulgo es necio,
 y sus habilllas desprecio,
 mi honor me importa, esnehad.
 Yo tengo, bien lo sabéis,
 una madre por ventura;
 ella, señor, mucho curar
 de las prendas que en mí veis.
 Amarla en mí no es virtud,
 si obligación principal,
 que fuera pagarla mal
 su desvelo y su inquietud.
 A su ciega voluntad
 ciega me sacrificara,
 su vida a Dios le comprara
 con toda mi eternidad.

Mas tuve un padre, señor, buen vasallo y buen soldado, que aunque en mi alma ha dejado para ella todo su amor, dejó a mi virtud constancia, con que, en tan rico tesoro, del noble me falta el oro, mas me sobra la arrogancia. Si la suerte, la riqueza con mi padre me quitó, yo sé bien que me dejó en la sangre la nobleza.

Pues noble supe nacer, y he vivido sin mancilla. Del mismo rey en Castilla barragana no he de ser.

DUQ. Con hartó respeto oí vuestras razones, señora, y no sé en verdad ahora a qué traerlas aquí. No os he venido a insultar como un avaro a un mendigo; he venido como amigo, para recibir, a dar. He venido porque os amo, bella Inés, desde que os vi, pero antes de entrar aquí os olvidé cómo me llamo; que amor a todos extiende su ley, y a nadie respeta.

INÉS. Pero el pueblo la interpreta, señor, como la comprende. Sé que hay un amor sublime que arrebató el corazón, que no es inmundá pasión, y de sus leyes se exime. Que es una vaga centella del fuego que anima el cielo, y se refleja en el suelo como la luz de una estrella. Sé que esa virtud sin nombre, sólo en el alma nacida, por el autor de la vida es un regalo hecho a el hombre. Pero, señor, también sé que esa flor sencilla y blanca el hombre ingrato la arranca y la huella con el pie.

DUQ. Pero ved que si la flor

se coloca en un altar, el que la supo apreciar adoró a su Criador.

INÉS. Vos, señor, sois tan galán como yo soy desvalida. (¡Siempre juntos en la vida, placer y tormento van!)

DUQ. Pensadlo, señoras, bien si lo podéis admitir, que yo del vulgo al decir pondré silencio también. Que antes que él sea testigo de las dichas de los dos, yo basto a hacerlos a vos igual en todo conmigo.

VIOL. ¿Y dejaréisme ignorar a quién debo agradecer?...

DUQ. No me debéis conocer si no lo habéis de aceptar; porque os repito que hoy, si mi nombre os revelara, que me amarais me pensara nada más que por quien soy.

(Vase.)

ESCENA VI

DOÑA VIOLANTE, INÉS

VIOL. Suspensa me tiene tal felicidad.

INÉS. Madre, madre mía, ¡qué lucha, qué afán! El alma en mil dudas, tormento me da.

VIOL. ¡Si al cielo piadoso movió nuestro mal, y el sol nos volviera tranquilo a brillar!

Inés, ¿qué dice ese silencio tenaz? ¿Qué piensas? ¿A ese hombre respuesta darás?

INÉS. Madre, madre mía, ¡qué lucha, qué afán!

VIOL. Te salva la honra, te adora y te da cuanto es, cuanto tiene noble y liberal.

Un punto en el vulgo
nos murmurarán,
en mil conjeturas
a perderse irán.
¿Qué importa, si al cabo
vendrán a parar
en que es la fortuna,
y fortuna y no más?
Y ser venturoso
no es ser criminal.

INÉS. Madre, madre mía,
¡qué lucha, qué afán!
Mas no, ¡Qué ventural!
¡Qué felicidad!
Daros una vida
de calma y de paz...
de haceros dichosa,
madre, y que jamás
nuestra agría desdicha
tengáis que llorar.
Mas yo en ese gozo
sin tregua y solaz,
tendré mis afanes
por fuerza que ahogar.
Fingiré contento...
¡Contento falaz!
Madre, madre mía,
¡qué lucha, qué afán!

VIOL. Mas si sientes, hija,
secreto pesar,
y tanta fortuna
recelos te da,
tu madre, hija mía,
aún puede esperar,
que así como vive,
por ti vivirá.

INÉS. Madre, en lo resuelto
no quiero pensar:
si hoy en vuestra hija
vuestra vida está,
¿que habréis vida, madre,
pudierais dudar
cuando al mismo cielo
no idolatro más?

VIOL. Inés, hija mía...
INÉS. Oh madre, cesad.
Id a vuestro lecho
reposo a buscar,

que el sol de mañana
más claro saldrá.

VIOL. Hija, y ¿qué respuesta...?

INÉS. De eso descuídad.

(¡Dios mío, Dios mío!

¡Qué lucha, qué afán!

(Vanse, y un momento después vuelve Inés sola.)

¿Hay hoy más tormentos,

Señor, que apurar?

Inés..., está dicho.

Felices serán,

te dieron la vida...

la vida les da.

De vida con ambos

la deuda es igual,

a entrambos su deuda

les he de pagar.

No importa a qué precio

su calma obtendrán...

No importa por ambos

que expire de afán.

(Queda suspensa, como acosada de honda aflicción interior. Sale don Carlos al paño con precaución.)

ESCENA VII

INÉS, DON CARLOS

CARL. (En casa de Inés estoy
por vez última y primera,
y en tan duro trance, que hoy
a echar la suerte postrera
a vida o a muerte voy...)

¡Qué afligida está!

INÉS. ¡Ay de mí!

¡Tras de tan incierto amar
venir a perderle así...!

CARL. *(saliendo)*.

Si basta el llanto a enjugar...

INÉS *(sorprendida)*.

Caballero, idos de aquí.

CARL. ¿Qué es esto, Inés?

INÉS. No lo sé.

CARL. Despedirme.

INÉS. Vedlo vos.

CARL. Óyeme, Inés, porque a fe
que en mi amor...

INÉS. No os oiré.

CARL. Mancha no hay.

INÉS. Idos con Dios.

CARL. ¿Así te enojas, mi bien?

Celos a mi ver me pides con rigoroso desdén.

¿Tú, Inés, así me despides cuando a eso vengo también?

INÉS. ¡Cielos! ¿Tú Carlós, me dejas...?

CARL. ¿Pues tú misma...?

INÉS. Sí; es verdad. Idos pues.

CARL. Ya que me alejas...

INÉS. Que no os oiga vuestras quejas, caballero, en caridad. (Loca estoy, no sé qué digo.)

CARL. Pero antes que parta, Inés, de una querella contigo satisfacción a un amigo fuerza que recibas es.

INÉS. Querellas sin tiempo son, y las podéis excusar.

CARL. Pero, Inés, ¿tanta ocasión pude esta mañana dar...?

INÉS. (Me desgarró el corazón.)

CARL. ¿Tanto, Inés, te habrá ofendido lo que hice sólo por ti, que tu amor habré perdido?

INÉS. ¡Amor! Nunca os lo he tenido. Cuando os lo dije, mentí.

CARL. Pues si tu amor fué mentira, ¿cómo la verdad se llama?

INÉS. ¿Y vuestro amor que os inspira, si vuestro pecho suspira por el amor de otra dama?

CARL. ¿Sin dejarme responder empezas a preguntar? Dime, Inés, lo que he de hacer.

INÉS. Mirad vos cómo ha de ser, porque no os quiero escuechar.

CARL. Pues yo lo quiero decir; y de grado o valimiento, hoy, Inés, me lo has de oír, o en este sitio me siento, y de aquí no he de salir.

INÉS. ¡Caballero, por piedad! No añadáis, no añadáis nada.

CARL. Oye.

INÉS. ¡Tal tenacidad!

CARL. ¡Horrible, desesperada!

INÉS. Hablad bajo en caridad.

CARL. ¿Por qué en voz baja ha de ser? Lo que aquí decirte puedo todos lo pueden saber, y no alcanzo a qué tener a repetírtelo miedo. Quísome mi padre dar otra mujer por esposa; plúgome en ella encontrar otra pasión amorosa y no la quise tomar. Su libertad la volví, Inés mía, por tu amor.

INÉS. ¿Por qué lo has dicho? ¡Ay de mí! Que aún hallaba en mi rigor mientras infiel te creí.

CARL. ¿Luego injusto y falso fué rigor tanto?

INÉS. ¡Qué sé yo!

CARL. ¿Luego aún me amas...?

INÉS. No lo sé.

CARL. ¿Luego, dulce, llevaré una esperanza...?

INÉS. ¡Eso no!

CARL. ¡Conque iré desesperado sin que aguarde fin mi pena, desoído y desamado, inocente, condenado por dicha y por culpa ajena! ¡Ah, en no verte consentía mientras tu imagen sagrada dentro del pecho vivía, y en hora más fortunada por tu amor, Inés, volvía!

INÉS. Don Carlos, ¡oh! no me habléis, que en cada palabra vuestra un tormento me traéis. En saber no os empeñéis toda la desdicha nuestra. Que tuve celos, es cierto; que os amo aún, es verdad; que os vea más, es incierto, que a un tiempo para mí han muerto amor y felicidad.

CARL. ¡El juicio voy a perder! Cuanto más cerca me pinto la oscura puerta tener, es forzoso deshacer

las vueltas del laberinto.
Si me amas, ¿por qué me das
tales tormentos, Inés?

INÉS. No preguntes.

CARL. ¿Amarás
a otro tal vez?

INÉS. ¡Fuerza es
todo apurarlo!

CARL. No más.

Si tal antes me dijeras,
mis querellas excusaras;
alcancé que errar pudieras,
pero no que me vendieras,
Inés, ni que me engañaras.

(Pausa.)

¡Con tu silencio, traidora,
confirmándomelo estás...

(Marchándose.)

El cielo os guarde, señora.

INÉS. ¡Santo Dios! Valedme ahora,
porque yo no puedo más.

(Cae llorando.)

CARL. ¡Interna contienda brava!
¿Quién causó tal confusión?

¿Qué es esto, Inés mía? acaba...

INÉS. Darte lo que te quitaba,
el alma y el corazón.

(Va a abrazarle, y se detiene.)

No, no. ¿Qué dije? Mentí,
mentí, Carlos, en verdad.

CARL. (con abatimiento). ¡Ah! ¿No me
amas?

INÉS. Eso sí:
pero entre ambos puso aquí,

no sé quién, la eternidad.

Idos, Carlos.

CARL. ¡Loco estoy!

¡De amor y de rabia lloro!

INÉS. Idos.

CARL. Dime ¡por quien soy!,
¿me amas?

INÉS. Sí: porque te adoro
es fuerza me pierdas hoy.

CARL. ¿Y si algún día...?

INÉS. No sé.

CARL. ¿Si libres al fin los dos...?

INÉS. ¡Imposible!

CARL. ¿Y no podré...?

INÉS. Harto dije.

CARL. ¿Y si tu fe...?

INÉS. Te amo, vete.

CARL. Adiós.

INÉS. Adiós.

(Vase Carlos.)

¡Madre mía, al fin vine!

Bien puedes dormir en paz,

que he vendido mi solaz

para comprártelo a ti. (Vase.)

ESCENA VIII

Exterior de la casa de doña Violante, en la calle de
Mira el Río; una puerta en el fondo. Noche muy
oscura.

DON CARLOS, *saliendo por la puerta del
fondo en el mismo momento de mudar la
escena. Por el otro lado y poco después el
DUQUE.*

CARL. ¿Hay confusión más extraña?

Dice que me tiene amor;

me despide con rigor,

y jura que no me engaña.

¿Cuanto más ama, más daña,

y ama como nunca amó;

todo su amor tengo yo,

sin embargo huye de mí.

¿Podrá amar?, dice que sí.

¿Esperar?, dice que no.

Si mi padre al fin vencido,

porque todo podrá ser,

o se cansa de querer,

o deja de ser querido,

y a mi vuelta ya en olvido

su amor o su estirpe echó,

¿no podré, volviendo yo,

adquirir lo que perdí?

Porque amar dice que sí...

Y esperar... ¡dice que no!

¿Y si el padre, a lo que infiero,

yerra en ello...? ¡Vive Dios!

que ha de ser entre los dos

mi padre siempre el primero;

mas si mi infortunio fiero

a compasión la movió,

¿lo que a mi padre di yo

no podrá darme él a mí...?

Porque amar, dice que sí...
y esperar... ¡dice que no!
DUQ. La respuesta he de esperar.
Por el oro y la grandeza
su virtud y su nobleza
a fe que no ha de cambiar.
Mas ¿para qué he de guardar
el oro y nobleza yo?
Ella es claro que otorgó,
pues virtudes la ofrecí...

Mi mujer dirá que sí;
mi dama dirá que no.
Mas si Carlos (lo sospecho
por su pronta turbación)
una igual inclinación
abrigara dentro el pecho,
cederá en mí su derecho,
no hay dudar, que siempre vió
virtud en cuanto hice yo.
Mas si no por él, por mí,
mi mujer dirá que sí;
mi dama dirá que no.

Mas ¿qué miro? ¡Santos cielos!
La casa es esta de Inés...
Y aquel hombre allí... ¿quién es?
Pese a mí que tengo celos.

CARL. ¿Quién será aquel importuno?
¡Oh, si el que me estorba fuera...!
Pie en el dintel no pusiera
desde el mismo rey ninguno.

Mas se acerca: ¿quién va allá?
DUQ. Un hidalgo. Calle haced.
CARL. Vengase vuestra merced,
que en mi estoque la hallará.

DUQ. ¿Quién sois?
CARL. Un hombre.
DUQ. ¿Qué hacéis?

CARL. Esperar que paséis vos.
DUQ. A esa puerta estáis por Dios...
CARL. De guardia porque no entréis.
DUQ. ¡Esto mas! Por vuestro pecho
el camino he de buscar.

(*Riñen.*)

CARL. Reñid bien, o vais a dar
en camino bien estrecho.
(*Cae el duque; huye don Carlos; y por su
camino sale Ginés, con quien tropieza.*)

GIN. ¿Téngaos!
CARL. ¿Ginés?

GIN. ¿Quién es?

CARL. Yo soy.

GIN. ¿Y eso era lidiar?

CARL. Dos caballos a ensillar
vamos al punto, Ginés.

(*Llévale por delante.*)

ESCENA IX

EL DUQUE; *la ronda por otro lado*

UNO. Por aquí sonaba el ruido.

OTRO. ¿Era riña?

EL PRIM. Y bien reñida.

EL SEG. Alguno perdió la vida.

UN TER. Pero allí veo un caído.

DUQ. A levantarme ayudad.

EL PRIM. ¿Os hirieron?

(*Ayúdanle.*)

DUQ. Nada fué;

Un rasguño, y resbalé.

En esa casa llamad.

JORNADA TERCERA

Perdona, pues, que el caballo
tome otra vez y me vuelva.

MORETO.

PERSONAS

DON CARLOS.

EL DUQUE.

DON DIEGO.

DON CÉSAR.

DOÑA LEONOR.

DOÑA VIOLANTE.

INÉS.

GINÉS.

CONVIDADOS.

ESCENA PRIMERA

Sala en casa de don Diego

DON CÉSAR, DOÑA LEONOR

CÉS. ¿Eso a su padre dijo?

Enredo semejante

sólo un padre creyera por un hijo.

LEON. Y corre por la villa
en romances y fábulas contado,
entre visos de sátira embocado.

CÉS. De ese modo en Madrid, Leonor
héroes ya de pajes y porteros
se han hecho por nocturnos pendencieros.

LEON. No hay cosa más sabida.
En cada casa de distintos modos
lo cuentan y celebran,
pero es lo cierto que lo cuentan todos.

Quién le supone oscuros galanteos
de escondite y escalas de balcones
en que ayuda a tan bajos devaneos;
buscó de espadachines y matones;
quién cuenta no sé qué de unos billetes
que dió a leer una moza a su vecina,
y ésta a la madre los leyó por celos.

CÉS. Por Dios que la aventura es peregrina.

LEON. Y estas consejas, primo,
concluyen en achaque de novelas
con la muerte de un hombre
de quien todos ignoran hasta el nombre.

CÉS. Mas yo alcanzo, Leonor, en este
un viso de verdad y fundamento.

¿Os acordáis tal vez de aquella dama
que hallamos en la Tela?

LEON. Sí por cierto. ¿Y que luego conocimos
de Carlos a pesar de la cautela?

CÉS. Me acuerdo, sí.

LEON. ¿Quién sabe
si esos los cuentos son, y de concierto
se están ahora en Aragón holgando
con la supuesta fábula del muerto?

LEON. Ello es cierto que Carlos,
sea que fundamento en esto hubiera,
temeroso o prudente,
acaso por burlar a la justicia
abandonó su casa de repente;

y sea por azar de un amorio,
o de otro encuentro alguno,
todos convienen sin contrario alguno
en que a un hombre mató en un desafío.
Suponiendo mi padre
que de excusar la boda son aquestos
efimeros pretextos,
arrostrando por todo
de casarnos, don César, busca modo.

CÉS. Por Dios que no lo entiendo.

¿Cómo romper le ocurre
con el duque el antiguo compromiso?

LEON. Eso es sin duda lo que más le
[aburré.

CÉS. Pero ¿y cómo cambió tan repen-
[fino?

LEON. Lo que no la razón hizo la ira,
que así nos acontece de continuo.

Quando le dije nuestro amor, furioso
tornóme a amenazar con el convento,
y al duque iba a pedir que el mismo día
concluyera por fin el casamiento.

Mas cuando de don Carlos
entendió la insolencia,

con el vano rumor de la pendencia
que sostuvo ante mí por otra dama,
de su ira comprimida

el abogado volcán reventó en llama.

«De tu palabra, Leonor, te eximo
(dijo además airado) y nada pierdes,
pues tu esposo desde hoy será tu primo;
de don Carlos desde hoy más no te acuer-
[des.»

CÉS. ¿Y vos lo cumpliréis?

LEON. ¡Por vida mía!
que raya la pregunta en osadía,
primo don César, y pregunta es esta
que no merece recibir respuesta.

CÉS. Si es que indiscreto anduve,
perdonad, porque a fe, Leonor querida,
que hay pensamientos que en el alma du-
[ran

cuanto dura nuestra alma y nuestra vida.
Propios son de quien ama los recelos,
y aunque no hayas a Carlos nunca amado,
al recordar su nombre, decontado,
siento en el alma en rebelión mis celos,
pues recuerdos de amor por más que pase
veloz el tiempo...

LEON. ¿Concluí, don César?

Cerrad el labio a tan menguada frase,
que si tal vez por yerro involuntario
alcanzara a quererle en algún día,
Carlos hoy fuera mi mayor contrario:
porque es preciso que entendáis, don Cé-
que en tales ocasiones [sar,

dentro cobija el ofendido pecho
de una mujer iguales dos pasiones;
y que si pude al seductor reclamo

de un pasado y atento galanteo
humillar el deseo,
ya me acordé de que Girón me llamo.

Y aunque broten sin tasa
rudas pasiones en el pecho amante,
puede más el orgullo de mi casa,
y de don Carlos, primo, no me acuerdo.

cés. Me lo atestigua mal ese recuerdo,
pues quien recuerda, Leonor, se acuerda.

LEON. Mas no se acuerda amante o ve-
leidosa
quien una ofensa de su amor recuerda.

cés. Mas no podrá decir que echó en
olvido
el antiguo querer, aunque de un día...

LEON. Yo recuerdo no más que me ha
ofendido;
y basta de ello ya por vida mía.

ESCENA II

DON DIEGO, viejo; DON CÉSAR, DOÑA
LEONOR

cés. ¿Cómo, señor, tan temprano?

DIEGO. Por vos, sobrino, esto y más.
(A Leonor.)

Muy pronto, Leonor, darás
a mi sobrino la mano.

cés. Permitid que agradecido...

DIEGO. ¡Oh! don César, levantad,
que a pesar mío en verdad
en la boda he consentido,
pues no ignoráis que tenía
prometida a mi Leonor.

cés. Mas yo sé también, señor,
que Leonor lo resistía.

DIEGO. Sí, mas ahora mismo voy
a don Enrique a pedir
disculpa de concluir
todos nuestros pactos hoy.

cés. Mas ved bien...

DIEGO. Ya va mirada.
Si él es Ponce de León,
yo soy don Diego Girón,
y no nos debemos nada.
En este mes sin exusa
os tenemos que casar,
que no es decente esperar
por quien tal honra rehusa.

cés. Don Diego, aunque ciego adoro
a Leonor, no me plugiera
que mi amor manchar pudiera
por quien sois vuestro decoro.

DIEGO. Eso a mi cargo dejad,
que ellos un cuento han hallado
con que a Carlos han sacado
a tiempo de la ciudad;
y enseñarles es preciso
que, de nosotros señores,
no hemos menester tutores.
que nos otorguen permiso.

cés. Justo es tal resentimiento,
y no es decente en verdad
murmuren en la ciudad
tanto de este casamiento.

DIEGO. Tenéis, sobrino, razón,
que me han en mucho ofendido,
y mal conmigo han cumplido
esos Ponces de León.
Si la boda no querían
por razón o veleidad,
¿por qué de su voluntad
la mudanza no advertían?

Y no dar en recurrir
a inútiles fabulillas
que al fin no son más que hablillas
que al vulgo dan que decir.

Por temor de la justicia
contar que Carlos huyó
después que a un hombre mató,
es conocida malicia.

Pues si el hecho fuese cierto,
alguien por Dios pareciera
que cuenta diera o pidiera
del matador o del muerto.

UN PORTERO. El duque Enrique, señor,
quiere veros.

DIEGO. Que me place.
Con esta visita me hace
a un tiempo doble favor.

ESCENA III

DICHOS, EL DUQUE

DIEGO. Me habéis cortado el camino,
que a vuestra casa iba yo.
DUQ. Viniera yo más contino;

mas don Diego, mi destino
de otro modo lo arregló.

(A Leonor.)

Bésoos, señora, los pies.
(A don Diego.)

Tal vez os vengo a enojar,
mas preciso a entrambós es,
que a poderlo yo excusar
portárame más cortés.

DIEGO (a los criados). Dad sillas y des-
pejad.

cés. (Levantándose). Y si importa que
[salgamos...

DUQ. No: si ós place, así quedad.

DIEGO. Señor don Enrique, hablad,
que atentos ós escuchamos.

DUQ. Como no ignoráis acaso
que estuve enfermo en el lecho,
así en silencio lo paso.

DIEGO. ¿Cómo en el lecho?

DUQ. Fué el caso
una estocada en el pecho.

DIEGO. Y a no haberlo aquí ignorado
holgáramos en cuidalle.

Dispensad...
DUQ. Por dispensado.

DIEGO. ¿Y fué...?

DUQ. De poco cuidado.

DIEGO. ¿En desafío?

DUQ. En la calle.

DIEGO. ¿Del todo restablecido
os sentís ya?

DUQ. De tal modo,
que a no haberme interrumpido
hubierais por mí sabido
mi intención...

DIEGO. Decidlo todo.

DUQ. No atino si he de enojaros.
Dos cosas vengo a deciros;

si he con ellas de agraviaros,
disculpa vengo a pedir, o
satisfacción a daros.

Mi hijo, a quien siempre estimé,
en duelo a un hombre mató,
cómo y dónde, no lo sé;

cuando mi mal me dejó
ya en mi casa no le hallé.

Hoy escribo de Aragón.
Ved su carta. (Saca un papel y lee.)

«Padre mío,
maté a un hombre en ocasión,

mas fué en legal desafío,
cuerpo a cuerpo, no a traición.

«Y porque en deshonra mía
nada lleguéis a temer,

lo hice porque me ofendía,
y otra vez le mataría

asi otra volviera a nacer.
«Matele por una dama,

«aunque pobre, noble y bella,
y aunque el corazón la llama,

«por más curar vuestra fama
me alejo de vos y de ella.»

(A don Diego.)

Si esto basta me diréis,
o si aún es preciso más.

DIEGO. Más claro os explicaréis.

DUQ. Don Diego, una hija tenéis;
y vos sabéis lo demás.

Si por objeto menor
mi hijo don Carlos olvida

la hermosura de Leonor,
ved que puedo darle vida,

mas no alcanzo a darle amor.
Y como este casamiento

tampoco a Leonor agrada,
con mutuo consentimiento

libre dejaros intento
de la palabra empenada.

Ved si en algo os ofendí,
aunque no quise ofenderos,

que por lo que toca a mí
ya os dije que vine aquí

resuelto a satisfaceros.

DIEGO. Excusada y sin razón,
don Enrique, en demasía

fuera tal satisfacción
cuando igual declaración

haceros me proponía.
Pues la tardanza mirando

con que andabais en obrar,
vuestra intención recelando

estaba a Leonor buscando
marido con quien casar.

En don César desde ahora
a su esposo podéis ver.

DUQ. (a Leonor). Enhorabuena, señora.

DIEGO. Y haránlo tan sin demora, que esta semana ha de ser.

DUQ. Pues vinisteis en serviros de arreglar esto tan bien, después de gracias rendiros, tengo el honor de deciros que hoy me caso yo también. Mi hijo don Carlos estoy en que de Aragón se viene, y amplia licencia le doy para que busque desde hoy la mujer que le conviene. Que no está bien en verdad que cuando mi boda ajusto con entera libertad, oponga a su voluntad las cadenas de mi gusto.

Tendré en la doble función amigos, aunque muy pocos, y espero en vuestra atención.

LEON. (*aparte a don César*). (Estos [Ponces de León creo que se vuelven locos.]

DIEGO. ¿En ocasión poderosa os propuso acaso el rey, don Enrique, vuestra esposa?

DUQ. La elegí yo por virtuosa, y de amor sujeto a la ley. Una dama que aunque oscura es tan noble como yo; y un prodigio de hermosura: yo la he dado mi ventura por el amor que me dió.

DIEGO. Participo cordialmente de vuestra satisfacción.

Tendré el convite presente.

(*Con intención.*)

que con vos eternamente soy don Diego de Girón.

DUQ. (*con indiferencia*). Perdonad, y [el cielo os guarde.

DIEGO. Con el cielo vayáis vos, y vuestra dicha no tarde.

DUQ. Ni a vos la vuestra os aguarde. A Dios quedad.

DIEGO. Id con Dios. (*Vase el duque.*)

¡Vive Dios, que eso acertaran esos mezquinos a hacer!

Si pudieran, por mujer alguna esclava tomaran; ¿y que a mi blasón osaran sus blasones enlazar?

(*A don César y a doña Leonor.*)

¿No es vergüenza contemplar una gente tan menguada? ¡Estupenda campanada con sus bodas van a dar!

(*Vase.*)

ESCENA IV

DOÑA LEONOR, DON CÉSAR

CÉS. ¿Oísteis, Leonor, al duque? Pasmado a mi fe me deja.

LEON. Corrida estoy yo de oírle desde que empezó, don César.

CÉS. ¡Que se casa!

LEON. Así lo dijo.

CÉS. Por mi vida que es quimera.

LEON. Con una dama, aunque humilde, que no le cede en nobleza.

CÉS. Y un prodigio de hermosura.

LEON. Tal para cual será ella. ¡Mezquinos! Así su estirpe torpes manchan y desprecian,

y con sangre de villanos la sangre de reyes mezclan.

Para eso en bizarras lides acrisoló su grandeza su generosa progenie,

de estos insultos ajena. Para eso conquistó pueblos, y deslindando las tierras los moros que las guardaban

huyeron de las fronteras. Para que viendo su sangre tinta con sangre plebeya,

desvelados en sus tumbas por quejarse no durmieran.

¡Oh! ¡Sobre ellos caiga un día su vilipendio y su mengual!

CÉS. Y entrambos en ultrajarse a un tiempo mismo se empeñan.

¿La carta oísteis de Carlos?

LEON. ¡Ojalá que no la oyeran!

CÉS. ¿Os pesa, señora mía?

LEON. Tened el labio, don César.
CÉS. Dijeran que esos son celos.

LEON. Quien lo dijere, mintiera.
La vergüenza de escucharlo
es lo que en verdad me pesa.
¿No oísteis con qué altivez
lo afirma la carta misma
de don Carlos? «Maté a un hombre»,
le dice, «por una ofensa,
y mil veces le matara
si las mil veces naciera.»

CÉS. «Matele por una dama,
aunque pobre, noble y bella.»

LEON. Bien haya sus almas nobles,
que acuden a la pobreza.

CÉS. ¡Y a las bodas nos convida!
LEON. Si me matara no fuera.

CÉS. ¿No iréis, Leonor?
LEON. No por cierto.

CÉS. ¿Y por qué no?
LEON. Por vergüenza.

CÉS. Pues yo iría, aunque no fuere
más que por burla siquiera.

LEON. Decís bien, que así a lo menos
reiremos a su cuenta.

CÉS. Y a su misma faz mofándose
reirá la corte entera.

Será placer.

LEON. Y colmado.
CÉS. Será venganza.

LEON. Y completa.
CÉS. Y a las fábulas del vulgo
inagotable materia.

LEON. Sí, sí; de sólo pensarlo
gozoso el corazón tiembala.

Será por cierto una burla
el casamiento.

CÉS. Gran fiesta,
asunto al mundo de mofa,
de sátira a los poetas.

LEON. ¡Oh! Por Dios que será un día...
Vayamos pronto don César.

CÉS. A ver los que matan hombres
por las pobres que son bellas.

LEON. Y el prodigio en hermostura
que no le cede en nobleza.

ESCENA V

Gabinete en casa del duque. Las doncellas acaban
de vestir a Inés. Un velador con un aderezo

DOÑA VIOLANTE, sentada; INÉS;

DONCELLAS

DONC. 1.^a Bizarra, señora, estáis.

DONC. 2.^a ¡Qué bien os va esa diadema!

DONC. 1.^a En belleza sois extrema.

Bajad un poco.

INÉS. ¿Acabáis?

DONC. 1.^a Concluí, si os enojáis
con este velo.

INÉS. Idos pues.

DONC. 2.^a Severa y rígida es.

DONC. 1.^a (marchándose todas). (Du-

quesa de primer día.)

INÉS. ¡Cuántas galas a porfía,
cuántos tormentos!

VIOL. ¿Inés?

Hermosa en extremo estáis.

INÉS. Pláceme que os plazca a vos.

VIOL. ¡Muy bella!

INÉS. ¿Sí?

VIOL. Sí, por Dios,

cuál no estuviste jamás.

INÉS. Agrádame, madre, más

que todo ello vuestro gusto.

VIOL. Tu madre soy, y es muy justo;

pero turba mi contento

el siniestro pensamiento

de que lo hagais a disgusto.

INÉS. ¿Qué es disgusto? Erráis a fe.

VIOL. ¿Que así lo hicierais por mí?

Me pesa porque lo sé,

mas si enojos...

INÉS. ¿Y por qué

vuestro bien me ha de enojar?

Que hoy por mí vais a encontrar

vanidad, riqueza, honor.

(Aunque a costa de mi amor,

vuestra paz he de comprar.)

Porque os amo, madre mía,

mas que a mí misma, y es poco

que yo me arrepentiría;

pero si yo me arrepentiría

que yo me arrepentiría;

pues por vos renunciaría

cuanto tengo y cuanto soy,

y cada vez, madre, estoy más satisfecha de mí.

VIOL. Cuanto más lo creo así, menos sintiéndolo voy.

Tanto placer me acibara una duda, un no sé qué...

Inés, no acierto por qué, mas si pudiera, llorara.

Si yo, Inés mía, alcanzara que por mí sola pudieras...

INÉS. Dejad, madre, esas quimeras que hijas de la mente són.

VIOL. Me acosan el corazón como si fueran de veras.

¿Te acuerdas de aquella oscura noche en que a tu esposo hirieron?

INÉS. Algunos traidores fueron que hicieron nuestra ventura.

VIOL. Paréceme desventura con principio tan fatal.

INÉS. ¿Hay, madre, capricho tal? ¿Cuanto vuestros ojos ven,

por más que sucede bien, a vos os parece mal?

En mí, madre, cada vez es el contento mayor,

pues más lejos el dolor veo de vuestra vejez.

Parece que otra niñez los cielos, madre, nos dan

según cambiándonos van en lujo, pompa y grandeza

de nuestra antigua pobreza la miseria y el afán.

Pero, madre, a vuestros ojos, hechos a la oscuridad,

ofende la claridad, y el sol con sus rayos rojos,

que así, madre, diera enojos a uno que en una prisión

hubiera con su aflicción pasado una larga vida,

y tuviera ya guardada la sombra en su corazón.

Pero cuando luego se hagan vuestros ojos a la luz,

veréis cuán sin inquietud sus tornasoles calagan.

Veréis, madre, cómo vagan

vuestros ojos sin cesar, sin cansarse de mirar la luz que os estorba ahora; que esos pesares, señora, son restos de aquel pesar.

VIOL. Me consuelas, hija mía, tan dulcemente...

INÉS. Ya veis que atormentaros queréis con tan triste fantasía.

VIOL. Si es cierta tanta alegría...

INÉS. ¿Pues, madre, no lo ha de ser? ¿No lo sabéis comprender

en estas riquezas sumas? Estas joyas y estas plumas,

qué ostentan sino placer? (Vase doña Violante.)

Mas si de galas tan bellas pudiera verse a través,

¿cuál el corazón de Inés se encontrara detrás de ellas!

Mas vanas son las querellas, pues vida y placer me dan

De mí reclamando están vida, contento y placer;

está resuelto; ha de ser. Muera conmigo mi afán.

Atrás, corazón, atrás: ahoga en silencio tu amor:

ya voy, mundo engañador, que esperando a Inés estás;

madre mía, vivirás sin que alcances de hoy a ver

entre el fingido placer de la dama en su opulencia,

la miserable dolencia del alma de la mujer.

Venid, perlas ostentosas, a orlar mi marchita frente;

que hoy he de ser insolente envidia de las hermosas.

Tiendan lirios, broten rosas, dond' he de fijar los pies,

que justicia además es que destramen los amores

oro, pompa, gala y flores en el entierro de Inés.

ESCENA VI

INÉS; EL DUQUE, *lujosamente vestido*

DUQ. Mi querida Inés, mi amor, albricias vengo a pedirlos.

INÉS. Yo sí que debo deciros que me deis albricias, señor.

DUQ. ¿Eso vos? ¡Qué bella estáis! Las albricias de miraros sí que debiera yo daros.

¿Verdad, Inés, que me amáis?

INÉS. ¿Pudierais, duque, dudarlo, cuando así bastáis a verlo?

DUQ. La duda de merecerlo me hace dudar de lograrlo.

Mas como no os pese a vos, juraros puedo, Inés mía, que que jamás me ha dado un día tan feliz como éste Dios.

Todo completo es en él, pues mi hijo, Inés, va a llegar, y ahora os venía a anunciar que esto dice este papel.

(Muestra un papel.)

Casi a una legua de aquí por su caballo quedó,

el paje delante envió para anunciármelo a mí.

¡Oh! Vos no le conocéis, y debéis tener afán,

es el mozo más galán de cuantos mirado habéis.

Y sin que en ellos os dé enojos...

INÉS. ¿Enojos a mí, señor?

DUQ. A la par con vuestro amor le quiero más que a mis ojos.

INÉS. Y orgullo debéis tener por un hijo tan honrado.

DUQ. Con la vida que le he dado le diera todo mi ser.

En lo noble a todos pasa; prudente con los prudentes,

valiente con los valientes, es el sostén de mi casa.

Vamos pues, que él va a venir y os lo quiero presentar.

INÉS. Y yo me tengo de holgar en salirle a recibir.

ESCENA VII

Salón elegante preparado para fiesta

DON DIEGO, DON CÉSAR, DOÑA LEONOR, CONVIDADOS, ETC., *repartidos por la escena en grupos.*

UNO. ¡Qué boda tan repentina!

OTRO. Ni vista ni adivinada.

Y dicen que ella es divina.

OTRO. Pues novia tan peregrina

le ha valido una estocada.

EL PRIM. ¿Habláis, don Tello, en verdad?

EL TERC. Esa fué la enfermedad por la que un mes guardó cama.

EL SEG. Ya sé dijo en la ciudad que rondaba a alguna dama.

(En otro grupo.)

CÉS. Impaciente estoy a fe por verlas, Leonor, salir.

LEON. Y yo, don César, porque con esta ocasión yo sé que han de dar bien que reír.

CÉS. Y lo hacen como quien son.

Ved con cuánta ostentación, gala y nobleza trajeron.

DIEGO. Siempre por locos tuvieron a los Ponces de León.

LEON. Mas, vedlos.

(El duque saliendo por la puerta del fondo, dando la mano a Inés, y seguido de pajes, dueñas, etc.)

DUQ. Vuestro esperar, señores, harto me pesa.

Mil gracias os he de dar.

Véngos, pues, a presentar a mi esposa la duquesa.

LEON. *(a don César aparte.)* ¡Qué es esto, César! ¿No veis?

CÉS. *(igualmente.)* Leonor, asombrado estoy.

LEON. ¿Es burla? *(A don César.)* Duque, Merced me haréis.

si un instante concedéis a mi hijo, que llega hoy.

INÉS. ¡Cuánto pesar, madre mía, tenéis que costar a Inés!

¡Ah! Sin vos nunca tendría
fuerzas en tanta agonía.)

(Ruido de espuelas, murmullo, y Carlos
dentro.)

CARL. ¿Dónde está?

DUQ. ¡Hijo mío! Él es.
(Corre hacia la puerta por donde entrará
don Carlos.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS: DON CARLOS Y GINÉS, en traje
de camino

CARL. ¡Padre mío! ¿Es tarde?

DUQ. No.

Nunca es tarde para ti.
Dame los brazos. Así (Abrazanse.)
te quiero, hijo mío, yo.

CARL. ¿Do está, señor, vuestra esposa?
Que quiero sus pies besar.

DUQ. Me la hacías olvidar.

Aquí está. ¡Ve cuán hermosa!
CARL. (retrocediendo). ¡Cielos, valedme!

INÉS. ¡Ay de mí!

DUQ. ¡Inés! ¡Carlos! ¿Qué tenéis?

LEON. (aparte a don César.)

¿No os lo dije? Ya veréis.

DUQ. ¿Qué es esto, hijo mío, di?

CARL. Padre, dejadme volver.

DUQ. ¡Volver, Carlos! ¡Vive Dios!

CARL. Que en vuestra casa los dos
a un tiempo no puede ser.

DUQ. ¿Qué te atreves a decir?

¿Pues en qué te falté yo?

CARL. Dejadme.

DUQ. (cogiéndole de la mano.)

¡Por Dios que no!

CARL. Dejadme, padre, partir.

DUQ. ¿Qué es esto, Inés, vida mía,
en tal punto no dirás?

Que tú también lo sabrás,
pues él contento venía.

INÉS. Señor, que el cielo cayera
veinte veces sobre mí,

holgara mejor aquí
que tal hoy aconteciera.

DUQ. ¿Y entrambos no he de saber,

Inés, Carlos, qué es aquesto?

¿Qué decís?

CARL. ¡Oh! Me detesto.
Dejadme, padre, volver.

DUQ. (con energía).
¡Eso no! Me lo diréis.

Os mando que lo digáis.
CARL. Señor, cuando lo sepáis
tal vez me maldeciréis.

DUQ. Habré de volverme loco.
¡Cielos santos! ¿Qué es aquesto?

Pero he de saberlo, y presto,
o tengo de valer poco.

CARL. Dejadme, padre, partir.

DUQ. (a los de afuera).
¡Hola! Las puertas cerrad.

(A los que están en la escena.)
De grado o de voluntad

don Carlos lo ha de decir.
(Los que están en la escena hacen ademán
de marcharse, y el duque los detiene.)

¡No! Todos quedad así.

Aunque sea el crimen mayor,
os juro que por mi honor

todos lo sabrán aquí.

CARL. Teneos, pues, padre.

DUQ. Acaba.

INÉS. (de rodillas).

¡Don Carlos, por compasión!

CARL. Vuestra esposa es...

INÉS. (angustiada). ¡Oh, perdón!

DUQ. Acabad.

CARL. La que yo amaba.

DUQ. ¡Cielos santos! ¡Sueños son!

CARL. (con decisión).

Ahora dejadme partir,

y de hoy más no me esperaréis.

DUQ. (con calma).

Es preciso que os quedéis,

que aún os falta que decir.

(Reflexionando.)

Todo por fin lo alcancé.

En una amante querella

mató a un hombre... fué por ella...

Pero y el hombre... ¿quién fué?

Nunca lo sepa, no, no.

Que lo ignore: está inocente.

Es fuerza que eternamente

crea que el hombre murió.

GANAR PERDIENDO

COMEDIA EN TRES JORNADAS ³

JORNADA PRIMERA

PERSONAS

DON JUAN.
DON PEDRO.
DOÑA ANA.
DOÑA CLARA.
OÑATE.
LUISA.
LA JUSTICIA.

La escena es en Toledo (1695)

ESCENA PRIMERA

Calle, y es de noche

DOÑA ANA, LUISA

ANA. Luisa, aquí te he de esperar;
entra tú mientras en casa
y el aderezo de perlas
dentro de su estuche, saca.

LUISA. ¿Qué, no quiso?

ANA. Todo entero
lo quiere: ¡suerte tirana!

LUISA. ¡Judío!

ANA. Haz lo que te digo.

LUISA. Mas ved, señora...

ANA. Ve, y calla.

(Entra Luisa.)

¿Hasta cuándo, suerte injusta,

habrás de tener esclava
del deshonor de un hermano
toda la honra de su hermana?
Ya ni haciendas, ni riquezas,
ni joyas quedan en casa;
todo en avarientas manos
se pierde sin esperanza. (Llora.)

LUISA (saliendo). Aquí está
ANA. Pues vamos presto.

LUISA. Mas al fuego de esas lágrimas,
las mías sobre los ojos
me los nublan y abrasan.
¿Esto más, señora mía?

ANA. ¡Ay Luisa! Déjame y calla,
que ya que no me consuelas,
mi mal aduermen mis lágrimas.
¿Dónde encontraste mujer
tan como yo desdichada?

Un hermano libertino
tengo por mi mal en casa,
que juega nuestras haciendas
en vez de beneficiarlas,
y entre usureros tahures
deja salud, oro y fama,
y yo por honor de entrambos
lloro y abono sus faltas.
Déjame, Luisa, que llore.

LUISA. ¿Mas no hemos ya meditada
ocasión en que don Pedro
de un error tan ciego salga?

ANA. ¡Ay, Luisa, qué mal entiendes lo que son nuestras desgracias! Con cuanto acertar debemos, más los errores se agravan, y a cada paso que huímos de más nuestra desdicha avanza.

LUISA. ¿Y qué, señora!...?

ANA. ¿Conoces, Luisa, tal vez a esa dama que frente a nuestro aposento tiene del suyo ventanas?

LUISA. ¿Doña Clara de Mendoza?

ANA. La misma; esa doña Clara, que cada vez que la miro a toda se estremece el alma. Déjame, Luisa, que llore.

LUISA. No os entiendo: doña Clara dentro su casa, ¿qué tiene con lo que en la nuestra pasa?

ANA. Sábelo ya de una vez, que así a lo menos, entrambas llorando la misma pena la haremos menos amarga.

Tiene un gentil caballero por hermano doña Clara, cuanto hidalgo generoso, que si no miente, me ama. Esta tarde llegó oculto a Toledo, y una carta que dél recibí esta tarde, con sus razones me mata.

LUISA. Decidlo todo, señora, que en un hilo tengo el alma.

ANA. Dice que a casarse viene.

LUISA. ¿Y dice con quién se casa?

ANA. ¿Pues si no fuera conmigo así decirmele osara?

LUISA. ¿Y eso es, señora, por Dios, de vuestro llanto la causa?

ANA. Pues siendo noble, ¿cuál otra más lágrimas me arrancara?

LUISA. Linda respuesta por cierto. Rico, valiente, que os ama, que os libra de vuestro hermano, y que al fin con vos se casa.

ANA. ¡Pues digo, no, sino sueño, que el forastero no es nadal!

ANA. Sígueme, Luisa, y la lengua para mis ofensas ata;

que siendo quien soy, no puedo escucharte tus palabras; que si él es tan fino amante que de desposarme trata, por su mismo amor no quiero que al fin me juzgue tan falsa que pensé con esta boda en desempeñar mi casa.

LUISA. Perdonad... mas gente llega.

ANA. Baja el manto, que tapadas... Mas ¡ciel! él es.

LUISA. ¿Quién?

ANA. Vamos, que en hablarle no me holgara. Antes de que nos conozca entremos.

LUISA. Mientras que pasa.

ANA. Sí; que si mi hermano vuelve...

LUISA. Pedirá para las ánimas.

ESCENA II

DON JUAN, después LUISA, después DOÑA ANA

JUAN. Doña Ana tiene un hermano; y puesto que yo no sé si doña Ana guarda fe, o si ha llegado a su mano la carta que la escribí, mi prudencia me aconseja que consulte con su reja si se ha olvidado de mí. Si es que ingrata me olvidó, disimular es aviso, porque a la fin es preciso que en ello quede bien yo. Si me es constante doña Ana, mañana me he de casar; mas si me pudo olvidar, a Milán vuelvo mañana.

(Llama a la reja.)

LUISA. ¿Quién es?

JUAN. Un hombre.

LUISA. En mal hora habéis llegado; id con Dios.

JUAN. Excusad palabras vos; llamad a vuestra señora.

LUISA. Desenfado trae el hombre; no está en casa.

JUAN. Vedlo bien.

LUISA. Lo vi; más decidme quién sois.

JUAN. Yo no tengo nombre.

LUISA. Buenas noches.

(Hace que cierra.)

JUAN. Abreviad, y dad aviso a doña Ana que la aguardo en la ventana.

LUISA. ¿Mas quién diré?

JUAN. Despachad.

ANA (en la ventana). ¿Quién es?

JUAN. ¡Doña Ana!

ANA. ¡Don Juan!

JUAN. Si amor mío, don Juan es, que vuelve a cabo a tus pies más rendido y más galán. ¿Y tú eres aún...?

ANA. Tu doña Ana, que te idolatra y espera, con tu amor más altanera, con tu vuelta más ufana.

JUAN. ¿Dierónteme mi carta?

ANA. Sí.

JUAN. Tal vez te di en ella enojos.

ANA. Con lágrimas en los ojos veinte veces la leí.

JUAN. Mi bien, ¿lágrimas por eso? Mas las últimas serán.

ANA. De mi fortuna, don Juan, afirmar lo fuera exceso.

JUAN. ¡La fortuna!

ANA. Bien lo sé que nunca se ha de cansar contra mí.

JUAN. ¿Y por qué dudar?

ANA. No me preguntéis por qué.

JUAN. Mas ved que es inadvertencia que en vos me arguye malicia hacer tamaña injusticia a mi amor en mi presencia.

Dudar de vuestra fortuna, cuando os vengo a desposar, es de mí propio dudar en ocasión importuna;

que si vos me amáis a mí como yo os adoro a vos,

uno del otro los dos somos la fortuna aquí.

ANA. Nunca, don Juan, pensé yo en ello de otra manera; y dudé de mi suerte fiera, de vuestra firmeza no.

Porque, don Juan, yo os amé desde el momento en que os vi, y de entonces para mí todo el mundo sueño fué.

Imaginar que os faltara error y vergüenza fuera, porque aunque yo lo quisiera, a olvidaros no acertara.

Pero es cierto que...

JUAN. Acabad.

ANA. Que nací en infausta estrella, pues tan mal se apareja ella con nuestra felicidad.

JUAN. Volvéisme el juicio, doña Ana, y... explicaos, porque aquí yo tan sólo sé de mí que os quiero esposa mañana.

¿Lloráis, vive Dios?

ANA. Sí, lloro.

JUAN. ¿Pues no os tomo por mujer?

ANA. Callad, que no puede ser, por lo mismo que os adoro.

JUAN. ¿Que no puede ser decís?

¡Voto a Dios y a San Millán!

¿Pues no vengo de Milán porque vos me lo pedís?

¿No dejo por vos allá

honor y engrandecimiento,

mostrando que el pensamiento

en nada sin vos está?

¿No soy soldado y me alejo

sólo por vos de la guerra?

¿Cuanta fama y gloria encierra

la guerra por vos no dejo?

¿Qué más por vos puedo hacer,

ni vos de mí qué esperar,

ni qué más tengo que dar,

o habéis vos que apetecer?

Llego a Toledo esta tarde,

y aunque por quien soy pudiera

entrar en faz altanera,

de mí mismo haciendo alarde,

prudente os busco, doña Ana,

azares por evitaros,
y vengo de noche a hablaros
a través de una ventana.
Y al recibirme contenta
decís que no puede ser:
lo que es mandarme volver,
doña Ana, según mi cuenta.

ANA. No, don Juan, que os engañáis;
¿pues no os mandé yo venir?

JUAN. Mas volvíisme a despedir
si al recibirme lloráis.

ANA. ¿Yo despediros, don Juan,
cuando en mal tan inaudito
más que nunca os necesitó
por remedio de mi afán?

¿Yo, don Juan, que instante a instante
las tardas horas conté,
y vuestra vuelta esperé
enamorada y constante?
Dejadme al menos llorar,
ya que dudasteis de mí.

JUAN. Pues si ya me veis aquí,
¿hay razón para tardar?
Ya que me dais amorosa
con vuestra fe el corazón,
mañana mismo es razón
que paséis a ser mi esposa.

ANA. Tan pronto no podrá ser.

JUAN. ¿No basto yo...?

ANA. No, don Juan.

JUAN. Todas, doña Ana, serán
inconstancias de mujer.
Decid que no me amáis ya,
y acabamos de una vez.

ANA. Al fuego de mi altivez
no toquéis, porque arderá.
Don Juan, os amo, os adoro
más que nunca.

JUAN. ¡Pese a mí!
Pues entonces, ¿quién aquí
va por medio?

ANA. Mi decoro.

JUAN. ¡Vuestro decoro! ¿Tal vez
en cuanto soy, tengo y valgo,
qué veis que no sea hidalgo
de valor escaso o prez?
O en vos si no ¿qué sentís
que os desdore o sea en mengua?

ANA. Don Juan, reportad la lengua,
que hasta en pensarlo mentís.
En mi honor no hay mengua tal,
ni en mi amor flaqueza alguna;
pero fueme la fortuna
desque nací bien fatal.

JUAN. Siempre os conocí tan bella,
noble, rica, en conclusión.

ANA. Y os dije que no es razón
la injusticia de mi estrella.

Mas, don Juan, tengo un hermano...

JUAN. ¿Por qué calláis?

ANA. No lo sé.
De ello me avergüenzo a fe.

JUAN. ¿Os prometió?

ANA. Fuera en vano.

JUAN. ¿Acaso resiste audaz
nuestro amor?

ANA. Inútil fuera.

JUAN. ¿Qué es pues?

ANA. En vano quisiera
decirlo el labio tenaz.

JUAN. Doña Ana, ¿os burláis de mí?
Sois bella, libre, me amáis
y todo al fin lo estorbáis,
y a todo decís que sí.

ANA. Declararlo más no puedo,
que en mí sola no depende.

JUAN. Si hay alguno que me ofende...

ANA. No le hallarais en Toledo.
Todo mi amor tenéis vos.

JUAN. ¿En qué, pues, tardanza cabe?
Vuestro hermano...

ANA. Nada sabe.

JUAN. No os entiendo, vive Dios.

Nada sabe vuestro hermano,
yo os amo y me amáis a mí,
decísme a todo que sí,
y que os oponéis es llano.

Acabad.

ANA. Es mi secreto.

JUAN. ¿Lo guardáis?

ANA. Como quien soy.

JUAN. Pronto a ayudaros estoy.

ANA. No fuera en verdad discreto.

JUAN. ¿En quién más podréis fiar?

ANA. En nadie, don Juan, a fe.

JUAN. Fiádmelo pues.

ANA. No haré,
que a otro en mí fuera faltar.

JUAN. ¿A otro en vos? ¿Y sin mí quién?

ANA. Otro lo sabe, y los cielos.

JUAN. (Por Cristo que tengo celos
y no los devoro bien.)

¿Luego en otro fiáis más?

ANA. ¡No, por Dios!

JUAN. Mal se concilia.

ANA. Negocios son de familia.

JUAN. ¿Mentís, doña Ana, quizás?

ANA. ¡Don Juan!

JUAN. Dejadme que acabe;

pues que no tenéis es llano

más familia que un hermano,

y este hermano nada sabe:

negocios en conclusión

de familia no tenéis,

con que es claro que queréis

sostener la dilación.

ANA. Pensadlo, don Juan, mejor,

qué mi hermano puede ser

quien alcance a entorpecer,

pese a entrambos, nuestro amor.

JUAN. ¿Loco estoy? Falsa sirena;

ya sé que con tal pretexto

queréis poner tiempo en esto;

¡mas si es así, norabuena!

Toledo no me ha de ver,

que de él me parto mañana.

ANA. Don Juan, ved, mirad...

JUAN. Doña Ana,

ved vos de esto qué ha de ser.

A haceros mi esposa vengo,

y en el punto en que os lo digo

secretos tenéis conmigo;

y o yo de saberlos tengo,

o para siempre me voy,

porque mi propia mujer

conmigo no ha de tener

secretos, por quien yo soy.

ANA. Ved que no lo soy aún.

JUAN. Pero lo fuerais mañana

si fuera, ingrata doña Ana,

nuestra constancia común.

¡Oh! Bien hacéis en llorar,

que eso bien sabéis hacer.

Armas son de la mujer
que huyendo se han de humillar.

(Hace que se va, y vuelve.)

ANA. Pues bien, sabedlo, y tened

de mí duelo a tal oír,

porque si os lo he de decir,

me habláis por última vez.

Que os hago tal confesión,

sólo por satisfaceros,

mas en ello agradeceros

no quiere mi corazón.

Mi hermano, don Juan...

LUISA (dentro). Señora,

abreviad.

ANA. ¿Qué?

LUISA. Vuestro hermano

vuelve la calle.

ANA. Es en vano

tener, don Juan, más demora.

JUAN. Aguardad.

ANA. No, por mi vida.

JUAN. Ved que llega.

ANA. Adiós, don Juan.

JUAN. ¿Sacaréisme de este afán?

ANA. En ocasión más cumplida.

(Cierran y vanse.)

ESCENA III

DON JUAN

¡Hay por Dios tal confusión

ni tan extraña mujer!

Hablando la he de perder,

pues me da satisfacción.

Y si por su confesión

bien su inocencia declara...

¡valiera más que callara

si habla por la vez postrera!

Conque en la misma manera

que la pérdida es cosa clara.

No se opone a nuestro amor

su hermano, pues nada sabe;

en ella ni en mí no cabe

mengua en lustre ni en honor.

Otro rival mi valor

en su amor no ha de admitir;

mas cuando vengo a pedir

de su amor la última prueba,

alza, mantiene y renueva
cuanto la puede impedir.
Que me ama, verdad será
cuando tan tenaz lo jura;
que cuan rica en hermosura
es tan libre, claro está;
pruebas de amor no me da
cuando me huye, bien se ve;
dóila mi mano y mi fe,
dice que muere por mí...
Pero me aparta de sí
ocultándome el porqué.
Y por Dios que o yo deliro,
o todo es una invención,
que en tan oscura razón
excusas tan sólo miro.
Y cuando a sondarla aspiro
me confundo en ella más;
satisfárame quizás,
más obvia el inconveniente,
y en nuestro amor no consiente
su intención volviendo atrás.

ESCENA IV

DON JUAN, OÑATE

OÑA. ¿Qué os hacéis ya tan de noche
así en la calle, señor?

JUAN. ¿Qué te importa, necio?
OÑA. ¿Acaso

fiel además no soy yo?

Aún no hace sino unas horas
que me confiasteis vos

de esta venida a Toledo
vuestra secreta razón.

Venis contento a casaros,
vuestra dama a eso os llamó,

y a vuelta de sólo un día
en ese guardacantón

os encuentro cabizbajo
centinela de un farol.

Permitidme que os repita
que eso me extraña por Dios.

Mas ya que os soy importuno,
en vuestra meditación

seguid, que pues sois mi amo
yo os obedezco y me voy.

JUAN. No, Oñate, que más que tu amo

he sido tu amigo yo,
y juntos hemos lidiado
siendo soldados los dos.
Y pues no ignoras el hecho,
debes saber la razón,
aunque no tienen razones
las sinrazones de amor.

OÑA. Decid pues: ¿tal vez doña Ana
con la ausencia se mudó?

JUAN. Dice que ciega me adora.

OÑA. ¿Mas excusa la ocasión?

JUAN. Sí por cierto; y a fe, Oñate,
que aquí sin mi acuerdo estoy
dudando de sus palabras,
y temiendo su razón.

OÑA. Mas su hermano...

JUAN. Nada sabe
don Pedro.

OÑA. Sí, otro amador
os contrasta...

JUAN. Su alma entera
me jura que tengo yo.

OÑA. Mas si una vez el descuido,
la sorpresa, la ocasión...

JUAN. Oñate, detén la lengua
si no has de dar a la voz

palabras menos villanas.

OÑA. Es suponerlo, señor.

JUAN. Tal suponer es osado,
y calumniar no es razón.

OÑA. Y por fin si dais permiso
que os lo diga...

JUAN. ¡Voto al soll!
¿Y estabas con esa calma
gozando en mi confusión?

OÑA. Como os veía...

JUAN. ¿Acaba!
OÑA. Acaba.

JUAN. Di presto.

OÑA. Pues a eso voy.
Luisa es una moza fresca,
carirredonda, encarnada,
que puede bien ser tomada

por de familia tudésca.

Dió en el vicio de servir
bajo auspicios de doncella.

Y si no dijera ella,
¿quién lo había de decir?

JUAN. Oñate, y en ese cuento ¿qué tengo que entender yo?

OÑA. Que ella es quien me lo contó de su boca: estadme atento. Luisa, que sirve a doña Ana, toda su confianza goza, y así es que sabe la moza la historia de la sultana.

Don Pedro, su lindo hermano, jugador de profesión, que tiene noble el blasón pero el corazón villano, juega siempre hasta perder, bebe siempre hasta ganar, y el daño para olvidar juega y bebe hasta caer. Con mañas tan disolutas y tan torpes compañías,

las noches pasa y los días en apuestas y en disputas; y queriendo tal vez mal a sus deudos y herederos, regala a los usureros los frutos de su caudal.

Lo suyo no le bastó, pues que pierde cuanto gana; pidió prestado a su hermana, y lo de entrambos perdió.

Después que ya no halló qué, en vez de sumiso hermano, para su hermana un tirano don Pedro en su casa fué.

Algo pudo escatimar doña Ana a la suerte cruel; mas ella llora, y juega él; y a pedir él, ella a dar.

En este estado, señor, claro es que doña Ana atiende a que, pues no tiene hacienda, os sea inútil su amor.

JUAN. ¡Inútil, por Dios que no; que si has dicho la verdad, con más brío y ceguedad la quiero por ello yo.

OÑA. Ved si es cierto cuanto digo, y si hay más segura señal, que quien sus prendas empeña es mi paisano y mi amigo.

JUAN. (Efímera es la razón,

mas concibo como humilla a quien tiene sin mancilla nobleza en el corazón.

Mujer noble y singular, mal poi Dios te conoci; mas tal he de ser por ti que me baste a disculpar. ¿Oñate?

OÑA. Señor. JUAN. Dos cosas secretamente has de hacer.

OÑA. Señalad las que han de ser por osadas o penosas. JUAN. A doña Ana llegarás con cualquier pretexto o modo, y en faz de usurero, todo cuanto pida la darás.

OÑA. ¿Mas si a conocermé llega, no veis que en vos mal arguya?

JUAN. El secreto es cosa tuya; nada a la industria se niega. Al mayordomo he de ver ahora mismo, y que te apronte la cantidad a que monte cuanto pueda recoger.

Tú como un desconocido, y en tu comercio mejor, dala cantidad mayor de la que te haya pedido.

Y a ese tu amigo, discreto las usuras pagarás, las haciendas librarás, y que nos guarde secreto.

¿Comprendiste? OÑA. Comprendí.

JUAN. Para tamañas finezas echa mano a mis riquezas, aunque me arruines a mí.

ESCENA V

OÑATE

Heme aquí ya en un punto de camarero y mayordomo junto. ¡A cuantos desatinos nos obliga la locura de amor! Viven los cielos que en favores don Juan bien extremados hoy cambia sus recelos.

y a partirse dispuesto; el amor de doña Ana por pretex- to satisface el orgullo de su casa y el fuego del amor en que se abrasa. Mas pues soy su criado, fuerza es obedecerle de contado. A doña Ana he de hablar; valga el ingenio; mas ella sale... haré el encontradizo, y vistase el amor traje postizo.

ESCENA VI

DOÑA ANA Y LUISA, *saliendo de su casa como en la escena primera*; OÑATE

ANA. Mira bien si se fué ya, y del empeño salgamos.

LUISA. Seguras, señora, vamos, que por la esquina se va.

ANA. ¿Mujer más infortunada que viste, Luisa?

LUISA. A fe que no.

ANA. La suerte conmigo dió más que con otra enconada; tras un año de esperar la posesión de su amor, por vergüenza del honor tenerla que desechar!

LUISA. Dejad para otra ocasión, señora, por Dios el llanto.

ANA. Cúbrete bien con el manto, y echa la llave al portón.

OÑA. Ellas son; llevo, señoras, perdonad, y guardaos Dios.

ANA. Así con él vayáis vos, que nos importan las horas.

OÑA. A abreviáros las venía, que me acaban de informar que quisierais empeñar prendas de alguna valía.

LUISA. Vaya con Dios el menguado, que quien tal dijo mintió.

OÑA. Amigo vuestro soy yo, y vengo bien informado.

Y por causas que yo sé, para acudiros, señora,

por eso *(señalando al aderezo que traerá*

Luisa oculto) dentro de un hora triple cantidad daré.

Y contad siempre conmigo, que es vuestro cuanto poseo, y os juro que ser deseo más que traficante amigo. Silencio, Luisa. *(Aparte a Luisa.)*

(Luisa, aparte a doña Ana). Dejadle hacer, señora.

(Ana a Oñate). Confío que no haréis en daño mío.

OÑA. ¿Temor de mí? Desechadle... ANA. En mi casa, pues, entrad, y el contrato cerraremos.

OÑA. No es menester, que tenemos buena fama en la ciudad.

Si os agrada aquí inmediato el dinero os contaré.

LUISA *(aparte a Oñate).* Mas... OÑA. *(aparte a Luisa).*

Después te lo diré.

ANA. Mas firmaréis el contrato.

OÑA. Haré cuanto vos mandéis, que a vuestro servicio estoy.

LUISA *(aparte a doña Ana).* Señora, fiada voy en que cuanto quiera haréis.

ESCENA VII

DON PEDRO *(casi a punto de embriaguez)*

Como hay Dios que he de arrojar la casa por un balcón.

Los mismos demonios son los que allí van a jugar:

para alcanzar yo a ganar tres cornados en conciencia.

tengo que echar la paciencia, el ánimo a entretener

con el calor del beber o el ruido de una pendencia.

¡Ilusiones me parecen! Luz de los dados será.

Naipes, dados... ¡voto va que los dados me entorpecen!

¡Cómo las sombras me crecen! Todo el cuerpo me flaquea;

y no atino lo que sea, que es mi cabeza un castillo.

(Riéndose.)

¡Ah! Aire tengo en el bolsillo,
y el aire me bambolea.

(Vase hacia la ventana de doña Clara).

Demos al amor un poco...

tiempo, que no hay más que dar;

naipes y dados al par

continuo me hacen el coco.

Jugador, amante y loco

son hilos de igual madeja.

Si no miento, esta es la reja

del aposento de Clara. (Llama.)

Saca a la noche esa cara,

y alumbrame esta calleja.

ESCENA VIII

DON PEDRO; DOÑA CLARA, en la ventana

CLARA. A Dios gracias, bien venido.

PED. Hermosísimo lucero...

CLARA. A Dios gracias, caballero,

¿habéis estado perdido?

PED. Adorando estuve, Clara,

tus hechizos.

CLARA. Mal se ve,

cuando vende su mercé

esa adoración tan cara.

PED. Cuatro días sin hablarte

te estuve deseando hablar.

CLARA. ¿De burla estás?

PED. Por gozar

doble gusto al encontrarte.

CLARA. Caballero, es demasía,

que importar puede a mi fama

que volváis a vuestra dama

con tanta descortesía.

PED. Amor mío, yo te adoro.

Deja que un amante beso

en tus labios...

CLARA. ¡Tal exceso!

Mirad más por mi decoro.

O mirad que desde luego...

PED. Clara hermosa, vive Cristo

que no sé cómo resisto

de tanto amor tanto fuego.

CLARA. Parece, por vida mía,

según lo audaz que venís,

que el fuego que presumís

se os apaga con el día.

¿O le soléis ocupar
en dar fuego a vuestro fuego
turbando el casto sosiego

de las bellas del lugar?

PED. Convengo, sí, en que hay juga-

que son sin disputa bellas,

mas como pierdo con ellas

por feas van apuntadas.

CLARA. Ved, don Pedro, qué decís,

que he de cerrar la ventana.

PED. Importuna estáis, hermana,

y por demás resistís.

CLARA. Vuestra hermana no soy yo;

ved, don Pedro, lo que habláis.

PED. Como tan oscura estáis,

que lo eráis me pareció;

pero a fe, Clara hechicera,

que primero que olvidarte,

con el mismísimo Marte

a estocadas emprendiera.

Yo, amor mío, estoy sin misas,

que en mi amorosa agonía

en ti pienso todo el día,

y en la noche pienso en ti.

En las tinieblas del alma,

en su torva tempestad,

en tu amor y en tu beldad

busco luz y busco calma.

Y en tan negra lobreguez,

siguiendo a tientas tus huellas,

voy marchando entre botellas

de respetable Jerez.

Y allí en tiernísimos sueños

deliro acciones navales,

espantosos temporales

y enamorados empeños.

Allí tú...

CLARA. Quedad con Dios,

que burla tan insensata

no consiento.

PED. Oyeme, ingrata.

CLARA. El ingrato fuisteis vos.

(Cierra, y vase.)

ESCENA IX

DON PEDRO, *y por otro lado* DOÑA ANA
y LUISA

ANA. Noblemente se portó.
LUISA. Amigo de mi padre es.
ANA. ¡Que a tal punto por mi hermano
me reduzca!
LUISA. Fiaos de él.
Ya visteis le conocía,
y del modo que le hablé.
(Rabiando estoy de este préstamo
el secreto por saber.)

ANA. Cortés prometió que cuanto
precisara busque en él.

LUISA. Y yo que vos admitiera
la propuesta.

ANA. Así lo haré.
¡Mas válganos Dios!

LUISA. ¡Señora!
ANA. ¿No es, Luisa, mi hermano aquél?

LUISA. Sí por Dios.
ANA. De doña Clara

las ventanas ronda a fe.
LUISA. ¡Si hubiera llamado en casa!

ANA. Volvamos.
LUISA. Volvamos pues.

(Al volver atrás se hallan con don Juan,
que llega por el mismo lado.)

ESCENA X

DON PEDRO, *en la reja*; DOÑA ANA y LUI-
SA, *en el centro*; DON JUAN, *al otro lado*

JUAN. Ello es hecho; pronto todo
remedio a tiempo tendrá.

PED. Clara, ¿te enojaste ya?
Vuelve a abrir, o de otro modo...

ANA. Don Juan es este.
LUISA. Si a vernos

alcanza por buen remedio
pienso que no hallamos medio

por donde huir o valernos.
JUAN. ¿Mas qué es esto? ¡Un hombre

a mis rejas! Vive Dios [allí
que le mate; ¡y estas dos

damas paradas aquí!

Antes que a mí, por quien soy,
es fuerza que a ellas acuda. (Llega.)

Señoras, si os falta ayuda
y la admitís, hombre soy.

ANA (volviéndose atrás).
Tanto favor agradezco.

A Dios quedad.
JUAN. Con Dios id.

Pero no es cuerdo, advertid...
ANA. De tal honra desmerezco.

LUISA. Por azar libramos bien.
ANA. ¡Acorrednos, santos cielos!

ESCENA XI

DON JUAN, DON PEDRO

JUAN. A mi honor da un hombre celos,
y es preciso saber quién.

Fuera, hidalgo, de esa calle
y el rostro a la luz sacad.

PED. La calle, pues, me ganad,
y el rostro importa tapalle.

JUAN. Fuera, digo.
PED. Fuera, vos,

que aquí calle y dama guardo.
JUAN. Calle y dama, ¡pues qué tardol!

He de veros, vive Dios. (Riñen.)

ESCENA XII

Vuelven a salir DOÑA ANA y LUISA reca-
tándose

ANA. ¡Mi hermano y don Juan riñendol!
¡Y en frente a la puerta están!

LUISA. Y por esta calle van
gente y justicia acudiendo:

¡Santo Dios!

ESCENA XIII

DICHOS, LA JUSTICIA

UNO. Ténganse al rey.
Fuera, digo: ¡eh, caballeros!

JUAN. Hasta mataros o veros
(Riñendo.)

atropello por la ley.

UNO. Estas tapadas miraban la pendencia.

OTRO DE JUST. Dense pues a prisión, que ellas después nombrarán los que lidiaban.

(*Sepáranlos, y Oñate, que llega a don Juan, le dice al oído.*)

ONA. Señor, doña Ana está aquí.

JUAN. ¡Cielos!

EL JEFE DE LA RON. Digan quiénes PED. (*cubriendo el rostro*). [son.

Quien somos es la ocasión tan sólo porque reñí;

conque si digo quién soy, lo más pierdo en la batalla..

OTRO. Prendedlos.

PED. ¡Hola! Canalla.

(*Emprende con ellos.*)

JUAN. Ved que a vuestro lado estoy; mas después nuestra pendencia seguiremos.

PED. Dad en ellos.

Dad, que van como camellos.

(*Métenlos a cuchilladas.*)

LOS QUE HUYEN. ¡Favor al rey! ¡Resistencia!

ESCENA XIV

DOÑA ANA, LUISA, OÑATE

ONA. Señora, alejaos vos mientras vuelven.

ANA. ¡Ay de mí!

ONA. ¿Esta es vuestra casa?

ANA. Sí.

ONA. Entrad presto, y guardaos Dios (*Entran, se vuelve Oñate, y cae el telón.*)

JORNADA SEGUNDA

PERSONAS

DON JUAN.

DON PEDRO.

DOÑA ANA.

DOÑA CLARA.

INÉS, criada.

OÑATE.

EL GOBERNADOR, viejo.

LA JUSTICIA.

ESCENA PRIMERA

Sala en casa de don Juan

DOÑA CLARA, INÉS

CLARA. ¡Viste confusión tamaña, Inés, ni tal desvergüenza! Por Dios que más no he de verle si de rodillas viniera.

INÉS. Señora, tales los mozos son hoy en aquesta tierra, que son capaces de dar a la más firme vergüenza.

CLARA. No parece que favores buscaba, sino pendencias, como si yo algún soldado venido de Flandes fuera. ¡Tal desacato! A fe mía que si tarda mi paciencia en acabarse, los muros y las rejas atropella.

INÉS. Mas, señora, eso tal vez confianzas de amor eran.

CLARA. ¡Las confianzas me placen! Cuando sin freno la lengua, sin trabas en el deseo, sin medida en la licencia, quisieron hacer las manos lo que los ojos hicieran. A fe que airada y corrida de conocerle me deja.

INÉS. Acaso disculpa tiene.

CLARA. ¿Disculpa? ¿De dónde haberla?

INÉS. ¿Qué sé yo? Mas quien bien te hará llorar, dice... [quiere

CLARA. Cesa,

y si has de justificarle quitate de mi presencia.

INÉS. Por vida mía, señora, que enojarte no quisiera; mas ve...

CLARA. ¿Qué?

INÉS. En esto de amores...

CLARA. Acaba.

INÉS. En fin, si supierais

lo que yo sé...

CLARA. Dilo.

INÉS. Siento

enojarte, y no quisiera

que apagar sin tiempo el fuego fuera en la llama eclar leña.

CLARA. Despacha, pues, o a mentarlo nunca en mi presencia vuelvas.

INÉS. Ya te empiezas a enojar.

CLARA. Me harás perder la paciencia.

Dilo, o vete.

INÉS. De secreto, que es confianza secreta.

CLARA. Si me empeñas tu palabra de callarlo...

CLARA. Bachillera, di, que puesto que me importa la noticia...

INÉS. Estadme atenta.

Don Pedro es bizarro mozo, galán, valiente y discreto, mas como mozo sujeto

a gozar de cuanto es gozo.

Amigo de sus amigos,

franco, noble y liberal,

que hará un milagro, con tal

de que en él tenga testigos.

Ya veis, mozo, libre, rico,

noble, osado y militar,

¿en qué habla de parar?

¿Comprendéisme, o no me explico?

CLARA. A fe, Inés, que no te entiendo tan oscura explicación.

INÉS. Pues prestad vuestra atención,

que todo os lo iré diciendo.

Tan galán como altanero,

tan feliz como galán,

puso y con razón su afán

en su estirpe y en su acero.

Cególe su vanidad,

y embriagóle su grandeza,

fió mucho en su riqueza,

y creció su ceguedad.

CLARA. Acaba, Inés, que tu cuento cansándome mucho va.

INÉS. Dirélo en fin claro ya

más que vuestro entendimiento.

De galán pasó a amador,

de amador a calavera,

y es fuerza que al fin cayera

el galán en reñidor.

De un empeño en otro empeño,

y de un lance en otro lance,

acabó por dar alcance de cuanto era único dueño.

Perdió su razón mejor,

que era el oro, y por volver

al oro, ya podéis ver

que acabó por jugador.

CLARA. ¿Y con eso, Inés, pretendes su osadía disculpar?

Más con ello has de agravar mis enojos.

INÉS. Mal lo entiendes.

CLARA. ¿Lo entiendo mal?

INÉS. Muy mal, sí;

pues bien claro se demuestra

que cuanto es y cuanto muestra

lo es y lo muestra por ti.

CLARA. ¿Por mí? Mengua es en verdad

que siéndome, Inés, infiel,

ande yo envuelta con él

en lenguas por la ciudad.

INÉS. Esa es, pues, otra razón

que prueba lo bien que quiere.

CLARA. ¿De qué la razón se infiere?

INÉS. Infiérese su pasión.

CLARA. Me ama y me olvida.

INÉS. No a fe;

de apariencias no te asombres,

que las culpas de los hombres

siempre tienen un porqué.

Yo sé que desesperado

vive tan sólo por ti.

CLARA. ¿Desesperado por mí?

¿Cómo, Inés?

INÉS. Más reservado

lo has, señora, de tener.

CLARA. Sí por cierto.

INÉS. Pues mirad, para

sin dineros no en verdad

se enamora a una mujer.

CLARA. Ten, Inés, la torpe lengua,

que por Dios que doña Clara

la lengua audaz arrancara

al que pensare tal mengua.

INÉS. Que yerras también entiendo,

que si está desesperado,

no es sino porque ha jugado

cinco semanas perdiendo.

¿Y cómo, pues, te ha de ver

sin vergüenza o sin enojos

cuando la luz de sus ojos puesta en ti debe tener? ¿Cómo, pues, ha de venir alegre y fino a su dama quien oro perdiendo y fama debe callar y sufrir? (¡Válgame Dios, qué torpeza o qué necia ceguedad!)

CLARA. (Cerca va a la lealtad quien por ser cobarde empieza.) Y esa vil disolución

de don Pedro, ¿aún es por mí? INÉS. ¿Y quién duda que es así con tal desesperación?

Puesto que te quiere bien y es tan noble caballero, fuerza es que si lo primero quiere, lo demás también.

Su mujer te ha de llamar según pienso, mas se aviene mal con quien caudal no tiene el bien de matrimoniar.

Y he aquí por qué despedido las noches pasa y los días en sus torpes compañías y en su vicio encenagado.

Y el tumulto y confusión de tan larga barabunda aviva, encona y redunda en su desesperación.

Continuo tras recobrar para ti cuanto ha tenido, juega de ti con olvido y tu amor por conquistar.

Por impericia o por suerte juega con tan mala estrella, que tal vez va a dar por ella...

CLARA. ¿Adónde? Acaba. INÉS. A su muerte.

CLARA. ¡Su muerte, Inés!

INÉS. Ved si os ama quien sin duda en su pasión juega su reputación por quedar bien con su dama.

CLARA. ¡Si cierto fuera...!

INÉS. A mi fe que él mismo me lo contó.

CLARA. ¿Cuándo?

INÉS. Hoy.

CLARA. ¿Hoy? INÉS. Sí.

CLARA. ¿Cómo fué?

INÉS. Esperando a hablarle yo.

Que incierta de la imprudencia del lance de la ventana,

fuí a saber esta mañana la razón de la pendencia.

CLARA. Bien está.

INÉS. ¿Le perdonáis?

CLARA. No lo sé.

INÉS. Sed menos cruel.

CLARA. Busca a Oñate.

INÉS. No sé de él. (Sale.)

Vedle aquí.

ESCENA II

DOÑA CLARA, OÑATE

OÑA. ¿Qué mandáis?

CLARA. Tú eres de don Juan, mi hermano antiguo servidor.

OÑA. Hame unido a mi señor

larga vida.

CLARA. Y de tu mano lo fia todo.

OÑA. Es así.

La vida le debo y más.

CLARA. ¿Y como a él dispuesto estás;

Oñate, a servirme a mí?

OÑA. Me lo ha dicho muchas veces, señora, y así lo haré.

CLARA. Y yo te lo pagaré por cierto como mereces.

Lo que te voy a encargar quiero que en secreto quede.

OÑA. Vuesa merced decir puede.

CLARA. Silencio en primer lugar.

OÑA. Hombre soy de tal tesón

en serviros, doña Clara,

que antes del pecho sacara

que el secreto, el corazón.

CLARA. Pues que todo el favor tienes

de mi hermano, conocer

debes a los que han de ser

mayordomos de mis bienes.

OÑA. Sí por cierto.

CLARA. También sabes que yo tengo mi porción

con cabal separación
de don Juan.

OÑA. Sí.

CLARA. Y que por graves
razones los administra
con los suyos a la par.

OÑA. Y con afán singular
los beneficia y registra.

CLARA. Pues bien, tamaño favor
me has de hacer en acudirme.

OÑA. Ya os dije que es repetirme
la orden de mi señor.

CLARA. Pues escúchame. ¿Conoces
a don Pedro de Aguilar?

OÑA. Tal vez de oírle nombrar,
por señas sólo y por voces.

CLARA. La razón yo me la sé,
mas tú de tal modo harás
que en secreto le darás
cuanto pida.

OÑA. Así lo haré.

CLARA. Pero que nunca sospeche
ni mi hermano ni él de mí.

OÑA. Más fácil será que así
del secreto se aproveche.

CLARA. Hazlo tú del mejor modo
sin demora ni disculpa,
que si alguien de ello te culpa,
yo te respondo de todo:
pues completa libertad
te otorgo en ello.

OÑA. Está bien.

Haré que todos estén
cual yo a vuestra voluntad.

CLARA. (Así mi amor favorezco
bajo pretextos de honor.)

OÑA. (Eso también es amor,
y más con ambas merezco.)

CLARA. Mas mi hermano. Sal de aquí,
y silencio sobre todo.

OÑA. (A fe que es extraño el modo
con que ambos fían en mí.) (Vase.)

ESCENA III

DOÑA CLARA, DON JUAN

JUAN. El cielo, hermana, te guarde.
CLARA. Con él vengas. (¡Que severo
trae el rostro!)

JUAN. (Probar quiero
si lo oculta de cobarde.)

Téngote, Clara que hablar
en asunto que interesa
que aclaremos. (La sorpresa
se hizo en su rostro lugar.)

CLARA. (¡Cielo santol! Empezar puedes,
que atenta, hermano, te escucho.)

JUAN. Responde, y ve importa mucho
que bien respondiendo quedes.

¿Sabes lo que es el honor,
mi Clara, en una mujer?

CLARA. De cuantas puede tener
esa es la prenda mejor.

JUAN. ¿Si la pierde?

CLARA. Se deshonra.

JUAN. Y el más leve viso en ella
confunde, apaga, atropella
la clara luz de la honra.

¿Lo sabes, hermana, bien?

CLARA. Así resuelta lo creo.

JUAN. Y así resuelto deseo
que no lo olvides también.

CLARA. Mas a qué vienen no sé
preámbulos tan extraños.

JUAN. Para el mayor de los daños
la mayor cautela a fe.

Que a los pies de una ventana
suene en la noche serena
amorosa cantilena,
es fineza cortesana.

Que en la dulce soledad
del lecho oiga una mujer
la música, puede ser
tan sólo curiosidad.

Que a la música gentil
asome acaso al cristal,
si no es amor criminal
es vanidad mujeril.

Que un osado mozalbete
pida a un billete razón,
no dando contestación
no trae deshonra el billete.

Mas que al son del instrumento
abra audaz una ventana,
no es fineza cortesana,
que es liviano atrevimiento.

Ahora bien, contesta, hermana:
un hombre a tus rejas vi;

¿fué acaso o intento en ti, fuiste curiosa o liviana?

CLARA. Que a un rumor claro y pueril se abra acaso una ventana y asome a escuchar tu hermana, vanidad es mujeril.

Que a un osado mozalbeta niegue una contestación, es hacer su obligación devolviéndole el billete.

Que a un hidalgo llamamiento asomase a una ventana, más que osadía liviana es cortés procedimiento:

que si esposo ha de tener que la dé amor, paz y honor, fuerza es que le cobre amor antes de ser su mujer.

Si a favor la oscuridad en su casa le admitiera, deshonra y mancilla fuera, fuera mengua y liviandad.

Mas si al escuchar la queja de su amor pone advertida cuanto expone de atrevida, prudente tras una reja,

dime pues, ¿aquí tu hermana en qué pecará en verdad? ¿Fuera en ella liviandad, o atención más cortesana?

JUAN. Donde peligra el honor sobra la cortesanía.

CLARA. No el honor peligraría donde hay honra con amor.

JUAN. ¿Luego es cierto que ha salido a la ventana mi hermana?

CLARA. Nada he dicho de ventana, ni tú me lo has requerido. Me pusiste una cuestión y te he respondido a todo; hela yo vuelto a mi modo variando la solución.

JUAN. Al fin, contéstame, Clara: ¿saliste a la reja o no?

CLARA. Si eso te entendiera yo, a eso, don Juan, contestara. Mas todo va en preguntar, don Juan, por una ventana,

y a fe que de buena gana te quisiera contestar.

Propónesme una cuestión, te respondo otra después, vuelvótela del revés y vuelves tú a tu opinión; pero como no me explicas a lo que he de responder, yo al contestar, tú al saber, sufres y me mortificas.

JUAN. ¿Más claro lo he de decir? Anoche en la calle entré y a lo lejos escuché tus ventanas entreabrir.

CLARA. Brava presunción por cierto. ¿No pudo haber más ventana que se abriera si tu hermana no hubiera la suya abierto?

JUAN. ¿Y qué pretendes que arguya cuando a mi casa al llegar con un hombre vine a dar que me guardaba la tuya?

CLARA. Tal vez tu aprensión sería.

JUAN. ¿Y era también mi aprensión cuando aparte la razón contra mí mismo reñía?

CLARA. Mas un hombre pudo ser que puesto en la calle a acaso, a alguno guardaba el paso, o tal vez a una mujer.

JUAN. Por esa pregunta yo. ¿Sabes la mujer quién era?

CLARA. Muy mal yo de ella supiera cuando él dél respondió.

JUAN. Mas sin que él cuenta de sí diera, ¡voto a Belcebú! ¿no sabrás, hermana, tú, si a quien guardaba era a ti?

CLARA. Yo nada sé.

JUAN. Yo sí sé, y tú también lo sabrás, porque tú me lo dirás, o yo decirlo te haré. Qué él sólo por ti venía lo sé yo bien, vive Dios,

y así sólo entre los dos no ha de quedar tal porfía. Honor tengo y hombre soy, y contra fuerza y valor

quien mancha osado mi honor
tú me lo has de decir hoy.

CLARA. Mas aunque por mí viniera,
¿en qué tu honor te manchara?

JUAN. ¡Vive Dios que le matara
si hoy mismo lo conociera!

CLARA. Don Juan, demasiado estás.
Considera que has nacido
mi hermano, no mi marido,
y que eso te está de más.

JUAN. ¡De más dijiste! Ya sé,
villana, tu torpe mengua,
que me convence tu lengua
que el que vino por ti fué.

CLARA. Muy mal arguyes, don Juan.

JUAN. Arguya, pues, mal o bien,
hoy mismo me dirás quién
me causa por ti este afán.

CLARA. Piénsalo, hermano, mejor.

JUAN. Lo pensé, y me he convencido,
que hermano, si no marido,
tengo hermana, y tengo honor.

ESCENA IV

DON JUAN, OÑA

OÑA. El señor Gobernador
quiere veros.

JUAN. En mal hora
llega por Dios. Dile que' entre.

ESCENA V

DON JUAN, EL GOBERNADOR

GOB. Señor don Juan de Mendoza,
dadme mil veces los brazos.

JUAN. Y con ellos me dais honra.
¡Vos en mi casa!

GOB. Sabiendo
que llegasteis, y en mi propia
casa rehusáis compañía,
vengo a veros en estotra.

JUAN. Es la casa en que habitó
mi hermana mientras que sola
túvola mi obligación
y las armas españolas.

GOB. De esa manera os excuso.

Dadme otra vez y otra y otra
esa mano.

JUAN. Con la vuestra
más fuerza y más brío cobra.

GOB. Decidme, ¿conque Don Mendo,
vuestro padre, de Dios goza?

JUAN. Murió, don Luis, como noble,
ganando tumba gloriosa.

GOB. Y a saber que vuestra hermana
doña Clara aquí tan próxima
vivía, estando en Toledo,
por obligación forzosa,
sirviérala yo de hermano;
mas tan oculta guardóla
su recato, que hoy a un tiempo
supe de entrambas personas.

Ved en qué puedo servirlos,
y tened en la memoria
que es mi casa vuestra casa.

JUAN. Cuánto ese aviso me importa
os mostraré.

GOB. No por cierto.
Descansad, don Juan, ahora
de vuestra marcha unos días,
que ha sido larga y penosa.

Yo volveré a visitaros,
y en tanto contad con toda
mi autoridad en Toledo,
que será vuestra, aunque corta.

JUAN. Acaso la necesite.

GOB. Y obtendréisla sin demora.
¿Lleváis acaso algún pleito
que desenredar?

JUAN. Muy otra
es mi intención, mas ya de ella
os daré parte.

GOB. Y yo ahora
molestaros no pretendo.

JUAN. Más que molestia me es honra.
Yo he de daros unas cartas.

GOB. Descansad, que es lo que importa,
que las cartas yo enviaré
por ellas a mejor hora.

Y pues he de hablar con vos,
porque aún tengo algunas cosas
que atañen a vuestro padre
que deciros de más monta,
no tardaré en dar la vuelta.

JUAN. Tal vez este hombre me importa. (Vase.)

ESCENA VI

DON JUAN, OÑATE

JUAN. ¿Oñate?
 OÑA. ¿Qué mandáis?
 JUAN. Dime, ¿qué hicisteis anoche de la dama?
 OÑA. Aseguréla en su casa.

JUAN. ¿Y la disteis...?
 OÑA. Todo cuanto pidió; mas la criada sagaz me conoció, y aunque es callada, y yo de ella respondo, además de eso la he llenado de fábulas el seso, y la he desorientado en tal manera que nada creo sospechar pudiera.

JUAN. Está bien; mas tú acaso ¿conociste al galán con quien reñía?

OÑA. Imposible sería, que a distancia de un paso nada se vía en noche tan oscura.

JUAN. Perdíle en el tumulto, y con tal desventura, que una hora por la calle anduve a bulto por ver si me era dado concluir de una vez lo comenzado.

OÑA. Tal vez yo, señor, sepa averiguarlo todo.

JUAN. De qué modo me di.
 OÑA. Yo me sé el modo, si me dejáis hacer; porque o soy ciego o a mucho alcanzo y con la vista llevo.

JUAN. Explicáte más claro.

OÑA. Ya os acordáis, señor, del refrán: [cillo:

«Por el hilo se da tras el ovillo.»
 Y tengo para mí que en paz sigamos la pista por el hilo, porque temo más mal del que pensamos.

JUAN. ¿Mas quién así se llega sin avisar?

OÑA. Mujer es.
 JUAN. Y en el velo misteriosa la faz esconde.

OÑA. O es menesterosa, o equivocada viene de preciso.

ESCENA VII

DON JUAN; DOÑA ANA, con manto

JUAN. Guárdeos Dios. ¿Qué se os ofrece,
 la silenciosa embozada?

ANA. Si una mujer desolada vuestra atención os merece, que una palabra me oigáis.

JUAN. Hablad.
 ANA. Aún no puede ser, que no me han de conocer donde vos sólo no estáis.

(Sale Oñate y quedan solos.)

JUAN. Servida, señora, os veis: decid qué queréis de mí.

ANA. Sepamos antes aquí, don Juan, si me conocéis. (Se descubre.)

JUAN. ¡Doña Ana! Cielos, ¿qué es esto?

ANA. Es mi desdicha, don Juan.

JUAN. Hablad, pues, en que vuestro temo algún lance funesto.

ANA. La luz el llanto me arrasa; y atino a la voz muy mal. En este punto fatal la justicia entra en mi casa.

JUAN. ¡La justicia! ¿Y cómo así?

ANA. Ya es fuerza que os lo declare porque tenga quien me ampare en mis cuitas. ¡Ay de mí!

Tengo, don Juan, un hermano para quien nunca bastó

cuanta riqueza heredó ni cuanto adquirió tirano;

malgastó en pocos días, sin bastar amago o ruego

a retraerle del juego y de torpes compañías.

Jugó lo suyo y lo ajeno, pues yo a mi pesar le di

cuanto dejáronme a mí, de insana avaricia lleno.

Y tras tantos sinsabores como por su mal pasé,

mi casa hoy, don Juan, hallé presa de sus acreedores.

De vos me vengo a amparar, de angustia y lágrimas llena,

porque a otro que a vos mi pena
no acertara a confiar.

JUAN. Doña Ana, con vuestro amor
hoy me honráis y me ofendéis,
que acudiendo a mí me hacéis
un favor y un disfavor;
mas vuestro intento decid,
que en todo os he de ayudar.
¿Queréis, señora, tornar
sin vuestro hermano a Madrid?

ANA. Pues quisisteis vuestra mano
ofrecerme en mi riqueza,
valedme hoy en mi pobreza,
de mi suerte y de mi hermano.
Pues que por sus culpas hoy
tan sola y triste me veo,
acabar es mi deseo
de las penas en que estoy.
Y en último pensamiento,
la vida por concluir,
yo de aquí no he de salir
sino para ir a un convento.

JUAN. ¿A un convento? Loca estáis.

ANA. Pues que vos lo presumís...

JUAN. Mirad bien lo que decís,
que hablando conmigo estáis.

ANA. Por ser quien sois os lo digo,
porque quiero en este afán
teneros, si no, don Juan,
por amante, por amigo.

JUAN. Más se aviene esa amistad,
doña Ana, en mí con mi amor.

ANA. Pasión es tal vez menor,
pero de mayor verdad.

JUAN. Por cierto que a comprenderos
aún bien no alcanzo, doña Ana,
mas es diligencia vana,
que en ello he de complaceros.
Vuestra suerte y vuestra fe
penetra mi corazón,
y vuestra honra y condición
hoy, doña Ana, bien se ven.
De aquí no habéis de salir,
pues aquí os habéis venido:
sin hermano o sin marido:
de ambos podéis elegir.

Vuestro hermano, pues perdió
vuestra hacienda, no queréis:

vuestro marido, ya veis
que me ofrezco a serlo yo.

ANA. Abreviemos de razones,
don Juan: pues noble nació,
no ha de decirse de mí
que sucumbo a mis pasiones.
En lo que tengo de hacer
tomé ya resolución:
ayudadme mi opinión,
hoy, don Juan, a defender.
La justicia está en mi casa,
y yo a la vuestra al subir
defensa os vine a pedir,
y no de vergüenza escasa.
Ved en tamaña ocasión
si lo podéis remediar.

JUAN. No, si no habéis de aceptar
mi mano y mi corazón.

ANA. Harto os dije.

JUAN. Nunca a fe
sin vos he de consentir...

ANA. Dejadme, don Juan, salir,
que yo lo remediaré.

JUAN. Tened, que al Gobernador
voy en este punto a hablar.

Su respuesta en esperar,
doña Ana, me haréis favor.

Que si he de daros enojos,
no merezco yo en verdad

sino en vuestra voluntad
respetar vuestros antojos.

En este mismo aposento
sola y segura estaréis,
y usar de ese otro podéis,

si conviene a vuestro intento.
Dios os guarde.

ANA. Os vele a vos, don Juan.

JUAN. (¡Oh! Su paz rescataré.)
(Vase.)

ANA. (A olvidar cuánto le amé
ayudadme, santo Dios.)

ESCENA VIII

DOÑA ANA

No, imposible, no será;
no viva ya en él mi amor,
que aquí en el alma mi honor

antes que mi amor está.
 ¿Y cómo no amarle ya
 cuando más amante así
 todo lo expondrá por mí?
 ¡Oh! ¡Tan noble he de ser yo!
 Que él mi amor espere, no;
 yo muera amándole, sí.
 Mas gente llega... ¿Qué escucho?
 ¡De mi hermano es esa voz!
 INÉS (dentro). ¿Adónde vais tan veloz?
 PED. (dentro). El asunto importa mucho.
 ANA. Con la ira y el temor lucho;
 sin duda viéndome entrar
 viéneme airado a buscar.

ESCENA IX

*Escóndese DOÑA ANA, y salen DON PEDRO
 e INÉS*

PED. A doña Clara advertid
 que la espero.
 INÉS. Mas decid...
 PED. ¡Idos! ¡Qué estupendo hablar!

ESCENA X

DON PEDRO, sentándose en un sillón

¡Por fin gracias que llegué,
 y por Dios no sin trabajo!
 La calle de arriba a abajo
 cuarenta veces crucé.
 ¿Quién va? — ¡Oiga su merecé! —
 Dense al rey. — Abran aquí...
 Guardia en el zaquizamí...
 Tanta prisa y confusión
 por tener jurisdicción
 en la hacienda que perdí.
 (Riéndose.)
 ¿Qué diablos van a encontrar
 en mi casa, ¡voto a Dios!
 si somos a cobrar dos
 y veinticinco a gastar?

(Levantándose.)

Aquí, amor, me has de ayudar.
 Clara llega. Mentiré;
 mi amor la ponderaré;
 cuanto más resistirá

más el tiempo pasará,
 y mejor me salvaré.

ESCENA XI

*DOÑA ANA, oculta; DON PEDRO,
 DOÑA CLARA*

PED. Mi Clara, mi bien, mi amor,
 bien sé que es temeridad,
 mas no es posible en verdad
 resistir a tanto ardor.
 Yo te adoro.

CLARA. Bien se ve
 que alevemente mentís;
 si hoy a mi casa venís,
 decid, don Pedro, por qué.

PED. (¡Aquí de Dios!) Ángel mío,
 porque, ¿qué vida habrá en mí
 cuando están presos en ti
 mi razón y mi albedrío?
 Querrás decirme tal vez
 que porque perdido estoy...
 ¡oh! nada a negarte voy,
 fuera necia estupidez.

Mas yo te amo: un mundo entero
 concebí para ti loco,
 quise conquistarte loco
 en él el lugar primero;
 mas me avergüenzo al decillo.
 ¿Quién era yo? Un hidalguito
 a quien sus padres dejaron
 unas viñas y un castillo
 que los tiempos asolaron.
 Yo era noble, era valiente,
 mas dentro del corazón
 hervían eternamente,
 dándome guerra insolente,
 tu amor, Clara, y mi ambición.
 Mi ambición, Clara, que en mí
 era tu amor y no más,
 que vivo y espero en ti,
 y por ti sólo sentí
 no ser príncipe quizás.
 Fuéme adversa la fortuna,
 perdí tiempo, honra y caudal,
 y hoy sin esperanza alguna,
 más mi ambición me importuna
 contra mi suerte fatal.

Mas, Clara, yo triunfaré:
vive Dios! me haré soldado,
iré al campo y lidiaré,
y orgulloso tornaré
más que nunca enamorado.
Porque pese a la razón,
no es amor una quimera,
y yo aquí en el corazón
de una infinita pasión
siento la insaciable hoguera.
A darte mi despedida
vengo, y espero perder
en la demanda la vida,
o con mi ambición cumplida
tengo, Clara, de volver.

CLARA. ¡Oh! ¡Partes!

PED. Lejos de aquí.

CLARA. ¿Cómo? ¿Dónde?

PED. A conquistar
tu amor o mi muerte.

CLARA. ¿Así
piensas, don Pedro, llegar...?

PED. Hasta tus pies. *(De rodillas.)*

CLARA. ¡Ay de mí!

PED. Venia otorgadme, señora,
para partir con valor;
no hay en ello más demora,
que el corazón me devora
la hoguera de vuestro amor.

CLARA. No, ya es inútil partir,
don Pedro; quedaos, pues,
que no os he de permitir...

PED. Ni yo osar más que morir
de ventura a vuestros pies.

¡Oh! ¿Me amáis?

CLARA. Pensadlo vos.

PED. ¿Siempre igual?

CLARA. Siempre igual fui.

PED. Mas dejadme por los dos
partir.

CLARA. Eso no.

PED. *(Venci
por asalto, vive Dios.)* *(Levantándose.)*
(Pausa.)

CLARA. Lo habéis fingido muy bien.
¿Os sentís contento ya?

PED. *(Mi gozo en el pozo está:
¿a que juega esta también?)*
No os alcanzo a comprender.

CLARA. Bien está: olvidemos esto:
que yo os amo es manifiesto.

PED. ¡Válgate Dios por mujer!

CLARA. Pese a vuestra sinrazón,
yo os amo, don Pedro, así,
porque no puedo ¡ay de mí!
sujetar mi corazón.

Que un imán incomprensible
hay, don Pedro, en el amor,
a la razón y al valor

contrapuesto e invencible;
y en verdad que sin valer
a menos, os amo ciega,

que a tanto, don Pedro, llega
lo débil en la mujer.

¡Mas cielos!

PED. ¿Qué pasa?

CLARA. Él es.

PED. ¿Quién?

CLARA. Mi hermano. Mas ganad
esa puerta.

PED. No en verdad,

que en la calle...

CLARA. ¿Qué haréis, pues?

PED. La justicia está en mi casa,
y con ella he de topar.

CLARA. Aquí os podéis retirar.
(Al gabinete donde está doña Ana.)

PED. Cerrado está.

CLARA. El tiempo pasa,
y don Juan por la escalera
sube ya.

PED. Alejaos vos,
que yo con él...

CLARA. No, por Dios.

PED. Id.

CLARA. ¡Don Pedro!

PED. Salid fuera.

ESCENA XII

DON JUAN, DON PEDRO; DOÑA ANA,
oculta

JUAN, *(cerrando la puerta).*
Ya libre la casa está,
que el viejo gobernador
para salir fiador
consentimiento me da.

Sin duda ocultóse ahí.
Mas ¿qué miro?

PED. Guárdeos Dios, señor don Juan.

JUAN. ¿Quién sois vos?
¿Qué hacéis? ¿Quién os trajo aquí?

PED. Un hidalgo soy, y espero de una dama a quien llamáis hermana...

JUAN. No prosigáis, y seguidme, caballero.

PED. ¿Adónde?

JUAN. Al campo.

PED. ¿Y a qué?

JUAN. A batirnos.

PED. ¿La razón?

JUAN. ¿No os lo dice el corazón?

PED. Callado lo siento a fe.

JUAN. Ya es demás. Salid conmigo.

PED. Ya os dije, don Juan, que no.

JUAN. Ved que he de sacaros yo.

PED. Que de aquí no salgo, digo.

Sé que tenéis la justicia

en la calle, y al bajar

con la justicia he de dar,

don Juan, por vuestra malicia,

JUAN. Mentís, y viven los cielos

que quien sois he de saber.

PED. Yo me daré a conocer

sin que os cause más desvelos.

Don Pedro de Aguilar soy.

JUAN. (mirándole).

¡Vos! y anoche con mi hermana...

PED. ¿Qué os asombra? En la venta-

JUAN. Ciego de cólera estoy. [na...

(Cierra la puerta y deja la llave en tierra.)

De aquí no hemos de salir

ambos a dos, Aguilar,

y aquí no habéis de encontrar

la justicia.

PED. Por reñir

nada se pierde. Riñen. (Riñen.)

ESCENA XIII

DOÑA ANA, DON PEDRO, DON JUAN

ANA. ¡Teneos!

JUAN. ¡Cielos!

PED. ¡Mi hermana!
(A Don Juan.)

Preciso es que esta mañana uno de los dos muramos.

ANA. ¡Favor! ¡Favor!

JUAN. Decís bien:

hasta morir o matar.

(Dentro.) ¡Favor al rey!

JUAN. ¿Es temblar?

PED. Eso os pregunto también.

(Cae don Juan, y don Pedro, abriendo un balcón, se descuelga.)

PED. Tal vez por este balcón a la puerta he de caer.

ESCENA XIV

DON JUAN, en tierra; DOÑA ANA, DOÑA CLARA, la Justicia

LA JUST. Dense al rey.

CLARA. ¡Una mujer!

ANA. (Dadme ¡oh Dios! resolución.)

CLARA. ¿Cómo habéis entrado aquí?

ANA. Por mi desgracia impelida.

LA JUST. Ese hombre yace sin vida: que la prendan.

ANA. ¡Ay de mí!

JORNADA TERCERA

PERSONAS

DON JUAN.

DON PEDRO.

DOÑA ANA.

DOÑA CLARA.

LUISA.

ENÉS.

EL GOBERNADOR.

OÑATE.

LA JUSTICIA.

MAESE JUAN,

HIDALGOS,

SOLDADOS,

PAISANOS,

jugadores.

ESCENA PRIMERA

Calle, y es de noche.

OÑATE

Magnífico enredo:

¡Y en qué ha de parar,

ni el diablo en Toledo
tal vez lo sabrá!
Mi amo acuchillado,
doña Ana en prisión;
su hermano empeñado,
mayordomo yo.
Mi amo discurriendo
remedios aquí,
y todos perdiendo,
quedamos al fin.
Y tanto barajan,
que todos a igual,
ni suben ni bajan
ni se hallan jamás.
Don Juan ha salido
por primera vez;
dicen que han venido
a don Juan a ver;
y si su impericia
en la conclusión
mete la justicia,
¡la logra por Dios!

ESCENA II

OÑATE, LUISA

LUISA. ¿Y ahora, Oñate, qué hay que [hacer?

OÑA. ¿Pues soy yo doctor acaso?

LUISA. No anduviste tan de paso para echarnos a perder.

OÑA. ¡Yo a perder! Mejor dijeras que fuí quien te echó a ganar.

OÑA. ¿O tú piensas que aquel dar, Luisa mía, no fué en veras?

LUISA. Que entonces diste ya sé, mas pese a mí condenada

que ahora no tenemos nada, ni encontramos quien nos dé.

OÑA. ¿Y a mí a quejarte venías?

¿Pues he podido hacer más?

LUISA. No por cierto; ¿mas podrás decirme por quién lo hacías?

OÑA. Por las joyas que doña Ana dábame en prendas.

LUISA. Oñate, no acierto cómo se trate con maña tan cortesana.

OÑA. Bien está; mas dime tú qué piensas hacer de ti.

LUISA. Sentar plaza por ahí de virreína del Perú.

Vaya una pregunta chusca.

OÑA. Vaya una respuesta necia.

LUISA. En la tormenta más recia el peor puerto se busca.

OÑA. En tormentas judiciales ¿qué puerto hay donde acudir si todos han de salir por puertas de criminales?

LUISA. La justicia en casa entró, mas por yo no sé qué encanto

llegó otra orden entretanto, y otra vez la abandonó.

Doña Ana... no sé más de ella.

Don Pedro con más furor, más que nunca jugador,

toda la casa atropella.

OÑA. ¿Don Pedro en su casa está?

LUISA. Sí, y encontrándola llena, la vacía como si ajena

fuese, y a saco la da.

OÑA. ¿Mas tú...?

LUISA. De su casa me echa, pues de su hermana enemigo,

dice que soy su testigo que su conducta le acecha.

Que soy una enredadora, de su hermana mensajera,

en sus amores tercera, vigia y encubridora.

Pero más que otra razón a despedirme le obliga

la de no ser yo su amiga y tercera en su pasión.

OÑA. ¿Está acaso enamorado?

LUISA. Tal vez, pero eso era poco: está con sus trampas loco,

perdido y desesperado.

OÑA. Ten, Luisa, esa lengua de hacha, que has comido de su pan.

LUISA. Y él engordó con mi afán, y hoy a secas me despacha.

OÑA. ¿Mas doña Ana...?

LUISA. Tan cruel lloro su enemiga estrella, y lloro en verdad por ella,

aunque me alegro por él.
Al partirme esta mañana
eché mis últimas redes;
ni clavos en las paredes
deja su pasión villana.

OÑA. Allí viene.

LUISA. Ya le ves;
los pasos vino contando
como si fuera arrastrando
toda su hacienda en los pies.
No quiero que a verme llegue.
Adiós, Oñate.

OÑA. Adiós, Luisa.

LUISA. Y dile que con más prisa
el alma de una vez juegue.

ESCENA III

DON PEDRO; OÑATE, *oculto*

PED. Otra vez vuelvo a tentar
el rigor de mi fortuna,
porque quien mucho importuna
si no logra ha de cansar.
La aurora no me ha de hallar
aquí ya de ningún modo,
pues de quedar en el lodo
de la miseria sumido,
vale más haber corrido
la suerte y la audacia en todo.
Suerte, madre revoltosa
de los naipes y los dados,
ídolo de los soldados
y la gente valerosa,
emperatriz poderosa
que en opuestos hemisferios
minando estados e imperios
el bajo mundo nivelas,
y a ningún mortal revelas
tus desiguales misterios;
a ti, luz de los audaces,
compañía en la grandeza,
esperanza en la pobreza,
que continuo esperar haces
a nuestros días fugaces
la fortuna que no llega,
reina alada, muda y ciega,
que a ciegas en todas partes
males y bienes repartes,

vieja que con todo juega;
duélete, madre, de mí,
que como a norte y esuado
en mis congostas acudo
por última vez a ti.
Heme ya a tus pies aquí
como orillas de la mar,
dispuesto en ella a arrojar
cuanto tengo y cuanto soy;
porque pienso salvar hoy
cuanto valgo, o naufragar.

ESCENA IV

DON PEDRO, OÑATE

OÑA. ¿Señor don Pedro?

PED. ¿Quién es?

OÑA. Un amigo.

PED. Guárdeos Dios;

mas nada que hacer con vos
tengo, conqué hasta después.

OÑA. No tan apriesa os vayáis,
que algo tendremos que hablar.

PED. ¿Traes espada?

OÑA. ¿Es a lidiar,
don Pedro, adonde ahora vais?

PED. Voy donde a vos no os importa.

OÑA. Mas donde os importa a vos
vayamos juntos los dos.

PED. No, que es jornada bien corta,
y es demás la compañía.

OÑA. Pero podéis tropezar,
e hicierais bien en llevar
quien acudiros podría.

PED. Es demasiado ofrecer
para pensar en cumplir;
ved si me habéis de acudir,
porque me voy a caer.

OÑA. Vamos, pues que vuestro amigo
soy ha mucho tiempo ya.

PED. Pues si sois mucho tiempo ha,
venid, si os place, conmigo.

OÑA. (*quitando el embozo*). Vamos.

PED. ¿Ginés?

OÑA. Ved, señor,

si seré buen compañero.

PED. Soy, Ginés, un majadero.

vienes al tiempo mejor;
¿traes dineros?

OÑA. Excusada pregunta. Sí; ¿qué queréis?

PED. Ved en lo que estimaréis.

OÑA. Yo, señor, no estimo nada. Dádmela estimada vos

cualquier prenda, y despachemos

PED. Tienes razón; hablaremos después del valor los dos.

OÑA. Ha de ser grande la apuesta.

PED. Como que voy a amarrar la fortuna, o a quedar por puertas.

OÑA. ¡Audacia es esta!

PED. Es mi postrera esperanza, y en ella la arriesgo toda.

OÑA. ¡Bien! Con la fortuna, boda, que o nada o todo se alcanza.

PED. Esta noche la hago mía, o la dejo de servir.

OÑA. Por ella hemos de reñir hasta que despunte el día.

PED. ¿Tal ánimo traes, Ginés?

OÑA. Por vuestra amistad no más.

PED. No te vuelvas, pues, atrás.

OÑA. A no ver que chanza es de otro modo respondiera.

PED. Mas ve que si pierdo todo...

OÑA. ¡Qué diablo! Habláis de modo como si ya se perdiera.

Delante, señor, marchad, y en mí fiad.

PED. Si es así

delante voy. Y por mí

cual si fuerais ya jugad.

ESCENA V

DON JUAN, trayendo a DOÑA ANA con tanto; OÑATE

JUAN. ¿Con quién hablabas?

OÑA. Con él.

JUAN. ¿Pedía oro?

OÑA. Sí, señor, y cada día mejor sabemos nuestro papel.

Mañana al salir la aurora ya en Toledo no estará.

JUAN. ¿Y esta noche?

OÑA. Queda allá, que me espera desde ahora.

JUAN. Toma, y aguardadme a mí.

OÑA. ¿A vos, señor?

JUAN. Sí por cierto.

Todos tenemos abierto el mismo camino allí.

OÑA. Mas...

JUAN. Ahí llevas unos dados:

a que yo entre esperarás y con ellos jugarás.

OÑA. ¿Son amigos?

JUAN. Y probados.

(*Toda esta escena pasa entre don Juan y Oñate: el resto entre don Juan y doña Ana.*)

ANA. ¿Quién es ese?

JUAN. Un comerciante

que me empeña alguna vez. (Vase.)

OÑA. ¡Don Juan ha de ir...! Pardiez, que no lo entiendo. Adelante. (Vase.)

ESCENA VI

Sala corta en casa de don Juan

DOÑA CLARA, INÉS

CLARA. ¿Viste, Inés, a don Pedro?

INÉS. Sí, señora,

y a Madrid parte al despuntar la aurora.

CLARA. ¿A Madrid?

INÉS. Eso dijo,

y ballele en el afán toско y prolijo de deshacer la casa.

CLARA. ¡Cielos! ¡Que esto me pase! Que se parta a Madrid y no le vea.

Mas dime, Inés, y al fin consuelo sea del alma dolorida,

¿qué decía de mí a su despedida?

INÉS. Fuera la priesa, o el capricho

anduvo descortés en gran manera.

«Decid, dijo, a esa dama que esta noche me parto de Toledo,

que en mí más nunca piense,

y la descortesía me dispense, que primero soy yo.

CLARA. Traider, ingrato. ¿Esto te dijo, Inés? No lo esperaba; mas a fe que en tan necio desacato no sabía tal vez de quien hablaba. Mas yo he de hablarle, Inés, antes que huya, y he de minar al fin la astucia suya.

INÉS. Ved lo que hacéis, señora.
CLARA. Ya nada es tiempo de mirar le amo, le adoro, le idolatro ciega, [ahora: y a tal extremo llega

ya mi pasión, que fuera de camino a amarle y nada más me determino. ¿Por qué galán al pie de mis ventanas en amoroso son me requería?

¿Por qué en suaves cantigas cortesanias con fábulas de amor me enardecía?

¿Pensaba acaso que a su amante queja sordo mi corazón; sordo mi oído, no cruzaba su voz la doble reja buscando el corazón adormecido?

¿Pensaba que sus vanos juramentos el fondo de mi pecho no minaban, ni tenían sus tibios pensamientos eco con que en los míos resonaban?

¡Por Dios que se engañó! Si sabe ardiente fingir su vano amor ¡el insensato! ¡oh! no sabrá apagar la que imprudente inflamó hoguera con osado trato.

¿Inés?

INÉS. Señora.
CLARA. El manto dame al punto,

y sígueme.
INÉS. Mirad...

CLARA. Ya va mirada: por honra y miramiento todo junto y arrostra una mujer enamorada. ¿Mas llamaron?

INÉS. No sé.
CLARA. Mira esa puerta.

INÉS. Nuestro hermano, señora.
CLARA. ¡Por mi vida que acierta

a acudirme don Juan en mala hora! Mas, abre, Inés, aprisa,

y si tarda en salir llévame el manto, y de su sueño o inquietud me avisa. (Vase.)

ESCENA VII

DON JUAN, DOÑA ANA

JUAN. Doña Ana, en mi casa estás, y al cuidado de mi hermana hasta después de mañana es fuerza permanezcáis. Libre del todo quedáis, y o yo poco he de saber, o presto habrán de volver otra vez a vuestra mano los bienes que nuestro hermano tan sólo supo perder.

ANA. Mas decidme antes, don Juan: ¿sano estás ya de la herida?

JUAN. Doña Ana, no por mi vida os paséis tan hondo afán.

ANA. Largo tormento me dan los recuerdos de aquel día.

JUAN. Segura, señora mía, en ello podéis vivir; fué un amago de morir por el bien que yo quería.

ANA. Mas tuve la culpa yo; dejad que al menos la lllore.

JUAN. Pues dejadme vos que adore a quien mi herida causó. Mas ya que esto se arregló, doña Ana, atención prestad, que es ya mucha ceguedad, osadía y altiveza, acosar vuestra nobleza, contra vuestra voluntad.

ANA. Dispuesta, don Juan, estoy vuestra razón a escucharos, porque más que toleraros debo respetaros hoy.

JUAN. A hablaros de entrambos voy, porque en tamaña ocasión desigual resolución es preciso que tomemos, y entrambos consideremos nuestra noble condición. Por un impensado azar en mi casa os sorprendieron; culpada, pues os prendieron, os hubieron de juzgar. Al fin os logró salvar

con empeño y con favor,
pero otro riesgo mayor
sin duda vais a correr;
pues sois hermosa y mujer
no os cumple tal guardador.
Si en esta casa os quedáis,
peligra vuestra opinión;
pero hay en esta ocasión
más peligro en que salgáis;
donde quiera que vayáis,
que habéis de ir sola es bien llano.
Si os guardáis de vuestro hermano,
pues que tanto os ofendió,
que otro os ampare que yo
es pensamiento villano.
Que yo os amo, claro está:
si me amáis, vos lo sabréis;
y mirad qué respondéis;
que sin duda es tiempo ya:
puesto que la noche os da
tiempo, pensadlo mejor,
que a una parte vuestro honor
y a otra la seguridad,
es quedar en la ciudad
lo mejor y lo peor.
Si no me habéis de admitir,
pues que tanto no merezco,
el amor que yo os ofrezco
fuerza es, doña Ana, partir;
mas no he de dejaros ir
si no vais con vuestro hermano;
que esto no queréis, es llano;
y si esto no ha de llegar,
fuerza es, doña Ana, quedar,
y murmure el vulgo vano.

ANA. Atenta ya os escuché,
y otorgaros la razón
es forzosa obligación,
pues ambos peligros sé.
Tal decisión tomaré
que nos convenga a los dos,
y no os extrañéis, por Dios,
que noble, don Juan, nací,
y no he de faltarme a mí
cuando a vos no os faltáis vos.
Díonos por desgracia el cielo
una pasión hechicera,
que un cielo la tierra hiciera
si infierno no fuera el suelo.

Por ella en tierno desvelo
los seres amantes van
siguiéndose con afán,
como las sombras al sol,
como al sol el girasol,
como al acero el imán;
mas tal es la incompletéz
de este mundo que habitamos,
que siempre el bien que gozamos
es miseria y hediondez.

Amor sentimos tal vez
que el corazón nos devora,
y su llama abrasadora
nos es fuerza sofocar,
porque no acertó a brotar
don Juan, en la mejor hora.

Si viviéramos aún,
don Juan, en un paraíso,
para amar no era preciso
más que el cariño común;
mas para amarse según
las leyes en que vivimos,
es fuerza nuestro cariño
donde pusimos mirar
no lo que fuimos a amar,
sino lo que amar pudimos.

El amar a una mujer
sólo, don Juan, por su amor,
corriendo el tiempo es peor
que venirla a aborrecer;
la inconstancia en el querer
es propia del corazón,
y si por otra ocasión
al fin la razón se acaba,
se ve tarde que sobra
cuanto antes no fué pasión.

Puesto que a este amor social,
para que cobre interés,
forzoso añadirle es
otro interés material,
do no hay más que espiritual
pasión con que se mantenga,
claro es que no se sostenga
amor e interés por Dios,
y que alguno de los dos
a ceder a entrambos venga.

Don Juan, yo he de ser quien soy,
pues quien soy siendo nací:

por vos, por él, y por mí, busco a mi hermano desde hoy.

JUAN. Mas mirad...
ANA. Resuelta estoy.

JUAN. Mas tanta tenacidad con que habéis sin caridad pintado a vuestro capricho un amor...

ANA. Si bien no he dicho, yo sé que he dicho verdad, y esto baste.

JUAN. Baste, pues. Y porque no baya demora, a vuestro hermano, señora, que hoy busque preciso es.

ANA. Mas tal prisa...

JUAN. ¡Oh, que después no será tiempo!

ANA. Id con Dios. Ya lo que hacer sabréis vos, y no he de pedir os cuenta.

JUAN. Y a mi vuelta más contenta será la vida en los dos.

ESCENA VIII

DOÑA ANA

¡Yo sabré amar! y de la negra vida, sentada en la ribera yo lloraré de mi pasión perdida la calma pasajera. Yo sabré amar, y de mi amante historia la lastimosa huella quedará como rastro en mi memoria de moribunda estrella. Lejos de mí la fiesta de ese mundo, que osado y maldiciente la marcha del dolor largo y profundo buscará en mi frente. Yo lloraré en silencio solitaria, y en mi postrema hora no podrá descifrar en mi plegaria la razón del que llora.

ESCENA IX

DOÑA ANA, DOÑA CLARA

CLARA. Ya ha salido mi hermano, y a favor de la noche tenebrosa

saldré también. ¡Mas Dios, qué es lo que

ANA. (Doña Clara, ésta es; ¡yo no res- [mirol
[pirol])

CLARA. (¿Mas no es ella?) Decídmelo: ¿vos de don Pedro hermana no sois?

ANA. Yo soy doña Ana de Mendoza, señora, que a mi hermano tal vez buscando ahora al favor me acogí de vuestro hermano.

CLARA. ¿Vos buscáis a don Pedro? Tanto mejor; es llano que cuando ambas a par le buscaremos con más facilidad le encontraremos. Inés, el manto, presto.

ANA. Mas mirad que si vuelve don Juan, ¿con qué pretexto disculpa le daréis de tanta prisa?

CLARA. Yo también a don Pedro busco, y es diligencia tan precisa, que saliendo las dos en busca suya tornaremos a casa antes que a ella don Juan se restituya. (Y así cuando don Juan haga querrela, pues a su hermana busca, yo le diré que importunaba ella.)

ANA. Mas mirad...

CLARA. Vamos pronto, que antes de media hora...

ANA. Mas reparad, señora...

CLARA. Ya va bien reparado. A don Pedro busquemos, que antes que don Juan vuelva, volveremos. [mos.]

(La ase del brazo y vanse.)

ESCENA X

Un figón; una mesa a cada lado, y otra en el fondo. En las laterales, barajas; en la del centro, dados. A la derecha una puerta, sobre la que se lee: Paso a la hostería. Botellas y vasos.

DON PEDRO, OÑATE y algunos hidalgos en la mesa del centro; soldados y gente del pueblo, en las laterales. Beben y juegan.

(Mesa primera.)

UNO. Jugad bien.

OTRO. Vais a perder.

EL PRIMERO. Maese Juan, no hacéis [ninguna.
 MAESE JUAN. Es rigor de mi fortuna.
 UNO DE LOS QUE JUEGAN. ¿Triunfos [son?
 MAESE JUAN. Lo podéis ver.
 Bastos son triunfos.
 OTRO. Jugad.
 MAESE JUAN. Pues perdemos [voto a [Dios!
 EL ANTERIOR. ¿Quién ha soltado ese [dos?
 MAESE JUAN. Yo lo he soltado; cargad. (Mesa segunda.)
 UNO. Tú tienes las cartas dobles.
 OTRO. Mientes como un escribano.
 EL PRIMERO. Muestra el juego, abre la [mano.
 EL SEGUNDO. Aquí está.
 UN SOLDADO. Los juegos nobles; no haya trampas, sino tiene esto fin de contado.
 UNO DE LOS QUE NO JUEGAN. Téngase, [señor soldado.
 EL SOLDADO. ¿Quién dice téngase?
 EL ANTERIOR. Yo.
 EL SOLDADO. Mire y calle.
 EL ANTERIOR. Eso le digo, EL SOLDADO. Vuesa mercé se sosiegue, calle, beba, escuche y juegue, o apártese acá conmigo.
 EL PRIMERO. Triunfos son oros.
 EL SEGUNDO. Ahí van.
 EL TERCERO. Por no tenerlos mayores ahí va ese cuatro.
 EL CUARTO (recogiendo la baza). Señores, donde las toman las dan.
 EL SEGUNDO. Es que no hacen una baza.
 EL PRIMERO. Toda la noche perdemos.
 EL TERCERO. No tengo prenda.
 EL SEGUNDO. Juguemos; eso no nos embaraza; bajo palabra jugad, que mañana pagaréis. (Mesa primera.)
 UNO. Maese Juan, ¿cuánto perdéis?
 MAESE JUAN. Cuarenta escudos.
 OTRO. Cargad.

(Mesa tercera.)
 UNO (que echa los dados).
 Vos, don Pedro.
 PED. (apuntando). A la mayor.
 EL PRIMERO. Juego, diez: (Tira.) no [vais tan mal.
 Juego, seis. (Tira.)
 EL SEGUNDO. Lance fatal: pierdo la suerte mejor.
 EL PRIMERO. Pedid.
 PED. La mayor.
 EL PRIMERO. Ahí va! Juego, nueve. (Al segundo.) Va por vos; juego, siete.
 EL SEGUNDO. ¡Vive Dios!
 Sorda mi fortuna está.
 UN HIDALGO. Don Pedro, ¿cuánto per- [deís!
 PED. Gano treinta y seis escudos.
 EL HIDALGO. ¡Gracias a Dios!
 PED. Son desnudos los treinta, que debo seis.
 Servidme vino.
 EL CUARTO. Eso sí; tenéis razón; vino y juego.
 EL TERCERO. Mientras atizan el fuego, tirad una vez por mí. (Mesa segunda.)
 UNO. Dobles esas cartas son.
 OTRO. Eso ya es tenacidad.
 EL PRIMERO. Dobles son.
 EL CUARTO. Es la verdad.
 EL SEGUNDO. Mentís vos.
 EL CUARTO. Tiene razón.
 EL PRIMERO. Infame, me habéis robado: volvedme todo el dinero, o vive Dios...
 EL QUINTO. ¡Caballero!
 EL SEGUNDO. Si tocáis sólo un cornado, os envaso este puñal.
 EL PRIMERO. Soltad, traidor.
 EL CUARTO. ¡Vive Cristo que fué trampa!
 UN SOLDADO. No lo he visto.
 OTRO. Dice bien.
 OTRO. Pues dice mal.
 EL PRIMERO. Esos escudos me den, o vive Dios que a estocadas los recobre.

EL SOLDADO. Camaradas,
silencio, quietos estén.

EL SEGUNDO. Salid conmigo a la calle.

EL PRIMERO. Eso bien.

EL SEGUNDO. Vamos.

EL PRIMERO. Venid,

y a ser cortés, voto al Cid,
que una vez he de enseñalle.

MAESE JUAN (*de una mesa a otra*).
¿Qué es eso?

UNO (*en la otra mesa*).

Un poco paciencia,
algo descontentadizo.

MAESE JUAN. ¿Picóse?

EL OTRO. Sí.

MAESE JUAN. Pues mal hizo.

OTRO. Lleva con él su sentencia.

(*Mesa tercera.*)

EL SEGUNDO. Tened ahí, que gano yo.

PED. Tiró por mí.

EL SEGUNDO. Fué por mí.

PED. Pues yo el último perdí.

EL SEGUNDO. No perdisteis.

PED. ¿Cómo no?

EL PRIMERO. Don Pedro, tiene razón;
tiré por él.

PED. Si eso es,
callo, y pierdo veintitrés.

¡Vino, muchacho!

EL PRIMERO. Diez son.

ESCENA XI

Dichos; DON JUAN, con antifaz.

(*Mesa primera.*)

UNO. ¡Gentil talle!

MAESE JUAN. Audaz a fe,

EL PRIMERO. ¿Conocéisle?

MAESE JUAN. No por cierto;
el semblante trae cubierto.

EL SEGUNDO. ¿Quién es ese?

EL TERCERO. No lo sé.

JUAN. (Allí está don Pedro: llego;
y Oñate vino con él.)

Bien estudió su papel.)

(*Mesa tercera.*)

UNO. Por vos va, don Pedro. Juego.

PED. La mayor.

EL PRIMERO. Once.

PED. Ya es mía.

JUAN (*llegando*). Yo apuntaré contra
la mayor.

EL PRIMERO. Doce.

PED. ¡Por Dios!

¿Su merced nos desafía?

JUAN. No, juego como cualquiera;

fortuna fué si gané.

PED. Fortuna sin duda fué,
porque a ser de otra manera...

JUAN. ¿Qué fuera?

PED. ¿Sabéis quién soy?

JUAN. Un... don Pedro de Aguilar;
mas ved si queréis jugar,

que esperando juego estoy.

PED. ¿Sois muy valiente?

JUAN. Tal vez;

mas me ayuda la fortuna,

y jamás cedió a ninguna

mi fortuna y mi altivez.

En fin, ¿jugáis?

PED. Descubríos.

JUAN. ¿Qué os importa mi disfraz?

Tras este lienzo falaz

encubro secretos míos.

PED. Pero quien el rostro encubre,

traiciones guarda o temor.

JUAN. La traición del jugador

con el juego se descubre.

OÑA. (*a don Pedro*).

Yo a vos, don Pedro os abono;

jugad.)

PED. Bien; juguemos pues.

JUAN. Que os mantengáis fuerza es

con tan poderoso abono.

OÑA. ¡Bien! Señores, juego nuevo

yo os sacaré

JUAN. Sea.

PED. Tirad.

(*Mesa segunda.*)

UNO. Esas bazas os tomad.

OTRO. Y con esta siete llevo.

EL PRIMERO. ¿Ganasteis?

EL SEGUNDO. Qué, ¿no jugáis?

EL PRIMERO. No tengo qué.

EL SEGUNDO. Norabuena;

tomad la mitad.

EL PRIMERO. Es ajena,
que otra mitad me ganáis. (*Levántanse.*)
(*Mesa primera.*)

UNO. No juego más.
MAESE JUAN. ¿Por qué no?

EL PRIMERO. Porque pierdo todo un
año.

MAESE JUAN. ¿Eso miráis? ¿Sois taca-
ño?

EL PRIMERO. ¿Pues nací príncipe yo?

OTRO. Jugad.
EL PRIMERO. No juego.

MAESE JUAN. Sea así.
(*Levántanse todos, y se acercan a la mesa
3.ª, donde están don Juan, don Pedro y
Oñate.*)

EL PRIMERO. ¿Es apuesta?

EL SEGUNDO. Así parece.

EL TERCERO. Atendames.

EL SEGUNDO. Lo merece.

EL PRIMERO. ¿Va contra don Pedro?

EL SEGUNDO. Sí.

OÑA. (*tirando con sus dados.*)

Don Pedro, a vos. Juego, seis.

A vos, el del antiaz.

Juego, diez.

JUAN. Gano.

PED. En verdad,
brava fortuna tenéis.

OÑA. (*a don Juan.*)

Juego a vos, once. Sacáis
bien alto. Don Pedro, a vos.

Juego, siete.

PED. Voto a Dios
que sin almá me dejáis.

Muchacho, vino. (*Bebe.*)

EL PRIMERO. Eso es;
valor, don Pedro.

PED. Sigamos.
OÑA. Caballero, a vos.

EL SEGUNDO. Veámos.

OÑA. Juego, cinco.

PED. Es mía.

OÑA. (*tirando.*) Tres.

PED. Por mi vida que es azar.

JUAN. ¡Qué suerte más importuna!

PED. Ahí va toda mi fortuna

de una vez, por acabar.

OÑA. A vos, caballero: diez;

PED. ¡Por San Millán!
OÑA. Juego a vos.
Tres.

PED. ¡Qué suerte, vive Dios!
No se me ha dado una vez. (*Retirándose.*)

JUAN. ¿Qué es eso, no jugáis más?

PED. Como las barbas no juegue
no sé ya qué a jugar llegue.

JUAN. Vuestra palabra...
PED. Quizás,

si aun mi palabra tuviera,
¿pensáis que no la jugará?

JUAN. Con ella me contentara,
que sé bien que se cumpliera.

PED. Haced cuenta que la di
y la perdí.

JUAN. ¿Mas no habéis
prendas?

PED. Ved las que queréis.

JUAN. ¿Las haciendas?

PED. Las perdí.

JUAN. ¿Soldado sois?

PED. Capitán.

JUAN. ¿Las armas?

PED. Perdilas ya.

JUAN. ¿Caballo?

PED. Jugado va.

JUAN. ¿Sueldo del rey?

PED. No le dan.

EL PRIMERO. Probad, don Pedro, for-
Veinte escudos presto yo.

EL SEGUNDO. Yo diez.

EL TERCERO. Yo quince.

PED. Eso no:
todo en una se reúna,
y apuntadlo.

EL SEGUNDO. Eso es, valor.

OÑA. Juego, diez.

PED. Ahora sí
que vuelve la suerte a mí.

OÑA. Juego, once.

JUAN. ¡Es encantador!

EL PRIMERO. Don Pedro, imposible a

me parece.

EL SEGUNDO. ¡Qué jugar!

OÑA. Vaya, ¿volvéis a apuntar?

EL TERCERO. Jugad.

PED. Ya no tengo qué.
 JUAN. Esa espada.
 PED. Bien, tirad.
 OÑA. Vos, hidalgo. Once.
 EL SEGUNDO. ¡Qué suertel!
 OÑA. A vos, don Pedro. Seis.
 PED. Muerte
 daís; a Dios os quedad.
 EL PRIMERO. Yo juego con vos: juegue-
 [mos.
 Seguro en mi suerte estoy.
 EL SEGUNDO. Yo con vos a apuntar
 [voy.
 PED. Pero no sé qué juguemos.
 JUAN. ¿Contra todo lo perdido
 no tenéis ya que poner?
 ¿No tenéis casa, mujer,
 no sois dueño ni marido?
 PED. Muchacho, vino. No tengo
 casa, ni mujer, ni hogar.
 Una hermana... y...
 UN SOLDADO. ¡A jugar!
 JUAN. Con vuestra hermana me aven-
 PED. Reportaos. Voto a Dios. [go.
 que lo que decís miréis.
 JUAN. Hago porque recobréis
 lo que habéis perdido vos,
 y esa puesta os doy de más.
 PED. (marchándose).
 ¡Una suerte tan seguida!
 ¡Imposible es, por mi vida,
 que se sostenga...! ¡Quizás!
 EL PRIMERO. Vamos, dejad de pensar
 y decidíos valiente.
 PED. No ha de ser.
 EL SEGUNDO. ¿Cobardemente
 os habéis de retirar?
 PED. ¿Mas quién sabe? Contra todo
 arriesgo una prenda yo.)
 EL TERCERO. ¿Habéis de huir?
 PED. (Eso no,
 y el pagar... Es de otro modo.)
 TODOS. ¡Bien, don Pedro!
 EL PRIMERO. Y yo con vos
 esta espada jugaré.
 EL SEGUNDO. Yo estos diamantes.
 EL TERCERO. A fe,
 yo cien escudos.
 EL CUARTO. Yo dos.

EL QUINTO. Y yo aquesta cruz de plata.
 PED. ¡Venga vino!
 OÑA. Vaya en paz
 a vos, el del antifaz.
 Juego, nueve.
 MUCHOS. Bajo data.
 OÑA. Vuestas mercedes atiendan.
 Va por ellos. Juego, tres.
 PED. Trampa por los cielos es.
 UNO. Los demonios que lo entiendan.
 JUAN. ¡Cómo trampa, vive Dios!
 (Pone mano a la espada.)
 PED. Ténganse aquí.
 (Echando también mano al estoque.)
 JUAN. Vuestra hermana
 perdisteis.
 PED. Es prenda vana.
 JUAN. Y a estocadas...
 PED. Eso a vos.
 ALGUNOS. Paz.
 OTROS. ¡Fueral!

ESCENA XII

Cuchilladas. OÑATE se pone al lado de DON
 JUAN. Algunos toman partido por DON
 PEDRO. Derrriban las luces y queda todo
 en confusión. DOÑA ANA y DOÑA CLARA
 asoman a la puerta como huyendo de al-
 guien que las persigue.

ANA. ¡Cielo! ¿Es aquí?
 CLARA. La voz de don Pedro es esa.
 Juan, encontrándose en la oscuridad con
 doña Clara. ¿Quién aquí se me atraviesa?
 ANA. ¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de
 [mí!,
 don Pedro.
 PED. (hallándose con doña Ana).
 ¿Qué es esto? ¿No
 es mujer esta que toco?
 ANA. ¡Cielo santo!
 PED. ¿Estoy yo loco?
 JUAN. ¡Ténganse!
 PED. ¡Luz!
 UNO. ¿Quién cayó?
 PED. ¡Voto a Dios! Luces aquí.

ESCENA ÚLTIMA

EL GOBERNADOR, *Ronda y dichos*

GOB. Dense al rey.

PED. Atrás el rey,
que primero que su ley
me importa mi honor a mí.

(*A doña Clara, a quien tiene asida.*)

¿Quién sois vos?

GOB. Que nadie osado
mueva el pie. Vos, caballero,
decid quién sois.

UNO. Un soldado.

GOB. Cada uno el nombre que goza
diga, que esperando estoy.

PED. Don Pedro de Aguilar soy.

JUAN (*descubriendo el rostro*).

Y yo don Juan de Mendoza.

PED. ¡Vos! ¡Cómo...! Y yo, vive Dios...

JUAN. Reportaos, pese a mí,
que no sé quién está aquí
ofendido de los dos.

Vuestra hacienda habéis perdido,

y pues toda en mi poder

está, yo os la he de volver:

para esto la he obtenido.

Mas con una condición.

PED. Decid.

JUAN. Yo tengo una hermana;

su esposo seréis mañana,
que pelagra su opinión.

(*Don Pedro ríe a carcajadas.*)

¿Os reis?

PED. (*lo mismo*). Ved si me río.

GOB. ¿La razón?

PED. Os la diré.

¿Visteis horóscopo a fe
más fortunado que el mío?

Jugué y perdí hasta la espada;

gocé jugando y perdiendo;

gran vida hice a lo que entiendo,

y al cabo no pierdo nada.

Mirad si que ría es bien.

(*A don Juan.*)

Pero yo tengo otra hermana;

hacedme el favor mañana

de desposarla también.

ANA. Así será, y pues estoy

tan a tiempo, esta es mi mano.

CLARA. Ya que consiente mi hermano,
yo, don Pedro, vuestra soy.

JUAN. ¿Mas cómo...?

PED. La explicación
para luego... pese a mí

que es bizarro.

(*Riéndose.*)

GOB. Y ya de aquí

que salgamos es razón.

OÑA. Y con esto, a lo que entiendo,

el autor también saldrá

del empeño en que hoy está

con este *ganar perdiendo*.

JUAN DANDOLO

DRAMA EN TRES ACTOS

ESCRITO EN COLABORACIÓN DE D. ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

PERSONAS

JUAN DANDOLO (BERNARDO
CARAVELLO),
MARIANA, su hermana.
JACOBO DAGOLINO.
PEDRO.
GASPAR, gondolero.
MAFFEL.

DÓN RAMIRO.
ISAAC BENJAMÍN.
CABALLEROS VENEZIANOS.
DAMAS.
ANINA.
ROSA.
INÉS.

La acción pasa en Venecia a fines del siglo XV

ACTO PRIMERO

Calle en Venecia

ESCENA PRIMERA

PEDRO, a la puerta de la casa de Bernardo;
MARIANA, en el balcón

PED. ¿Decís que esta noche?

MAR. Sí;

esto sólo le responde.

PED. Mas no me habéis dicho dónde os ha de ver.

MAR. ¿Dónde? Aquí.

PED. ¿A esta puerta?

MAR. Sí; mas cuida no noten a tu señor,

que en ello estriba mi honor y acaso también mi vida.

PED. No temáis.

MAR. Adiós. (Se entra.)

PED. Por más

que diga mi amo, no sé

de tanta cándida fe

lo que ha de alcanzar jamás.

Estos misterios de amor

que han de ser fatales creo

y trascienden a himeneo,

que no hay desdicha mayor.

¡Y ha de hacer esta mujer

que caiga en tal desvario!

Ya no sois, pobre amo mío,

el que de antes solfáis ser.

En otro tiempo era cosa

harto notable, a fe mía,

encontraros más de un día
en los brazos de una hermosa.
Corrió un mes, y esta beldad
os está en su amor prendiendo:
mátame Dios si comprendo
tan rara fidelidad.

ESCENA II

GASPAR, BERNARDO

(Salen por el fondo a la izquierda del espectador.)

BERN. Ya hemos llegado: bien puedes
volvete: toma.

GASP. ¿Qué hacéis,
Monseñor?

BERN. ¿Pues qué?

GASP. ¿No veís?

¡Oro!

BERN. ¿Y bien?

GASP. ¡Tantas mercedes!

BERN. ¡Oh!, ¿por qué me hablas así?
¡Monseñor!

GASP. No dije nada.

BERN. ¿No soy ya tu camarada
y tu hermano de armas, di?

GASP. ¡Camaradal, sí, bien dices;
esos tiempos no olvidé,
que no sé si llamaré
más tristes o más felices.

BERN. ¡Qué guerras!

GASP. ¡Qué mortandad!

BERN. Venecia, no como ahora,
del mar la reina y señora
se llamaba con verdad.

Sus nobles no envilecían
su existencia en los placeres,
ni como blandas mujeres
telas de seda vestían.

Ni en molición regalada
hicieron del vicio alarde,
ni por el puñal cobarde
trocaron la dura espada.

Entonces no era el honor
como ahora inútil nombre,
y era virtud en el hombre
esa virtud del valor.

Del campo la piedra dura
era en las lides su lecho,
y no temblaba su pecho
bajo la férrea armadura.
Ahora ya, prefieren viles,
la esclavitud a la guerra,
arrastrándose en la tierra
como míseros reptiles.

GASP. Es verdad, ¿mas cómo así,
mudando conversación,
de tan pobre condición
tan rico te hiciste, di?
Tú eres soldado, valiente,
es verdad, pero no más
que un soldado, y rico estás
si ya tu porte no miente.
Las artes están fatales,
y tu oficio de espadero
que no te produzca infiero.

BERN. ¡Sí, por Dios!, se hacen puñales.

GASP. Pudiera ser... sin embargo,
todo eso, Bernardo, es humo.

BERN. ¡Eh!

GASP. Y acertarlo presumo.

BERN. ¿Sabrás quizá...?

GASP. Me hago cargo

aunque de cierto lo ignoro,
 quizá el secreto se encierra
 en hacer de pobre tierra
 florines de plata u oro.
 Secreto es ese que diz
 que más de un sabio encontró,
 y aqueso presumo yo
 que pudo hacerte feliz.

BERN. ¡Bah!, no es eso. Es más sen-
mi secreto. [cillo]

GASP. ¿No haces oïo?

Pues te hallasté algún tesoro
al levantar un ladrillo.

Eso a menudo lo ves.

BERN. Tampoco es eso, Gaspar;
no lo puedes acertar.

GASP. ¿Pues qué, tan difícil es?

BERN. No puedes, si yo no hablo,
el móvil de mi fortuna
conocer.

GASP. Sin duda alguna
vendiste tu alma al diablo;
y si es así, bien querría,

tal mi suerte es de cruel,
hacer amistad con él
para venderle la mía.

BERN. ¿Cierto?... (*Sonriéndose.*)
GASP. Al mismo Belcebú

como riquezas me diera,
y feliz también me hiciera,
cual sin duda lo eres tú.

BERN. ¡Feliz..., ¡no lo soy, pardiez!
Con todo mi corazón
cambiaría mi situación

por tu paz y tu honradez,
o al menos siempre lo fuiste.

BERN. Cuando tú me conociste...
pero ese tiempo ha pasado.

GASP. ¿Es cierto?
BERN. Sí, por mi mal.

GASP. Mi estado entonces prefiero.
¿Eres tal vez carcelero,
o esbirro del tribunal?

BERN. No te canses; soy... (*Al oído.*)
GASP. ¡Gran Dios!

(*Alejándose.*)
BERN. ¿Qué haces, amigo?
GASP. Me voy.

No puede haber desde hoy
amistad entre los dos.

BERN. Es cierto, sí; vete ya:
mi aliento puede mancharte.

GASP. El cielo quiera arrancarte
de aquesa senda.

BERN. ¡Ojalá!

ESCENA III

BERNARDO

Razón tiene; mas no veo
otro remedio en mi suerte
que el remedio de la muerte...
¡Dios sabe que la deseo!
¡Dios lo sabe que por ti
virtud y honor olvidé,
pobre Marianal, y yo sé
que no lo hiciera por mí.
De otro modo, sin ventura,
en lenta, amarga agonía,
otra vez marchitaria
la miseria tu hermosa.

Tú sufrías, en verdad;
yo no sé si resignada,
mas devorabas callada
tus lágrimas de orfandad.
¡Oh!, no; que sufra yo solo
aunque Venecia me llame
con el nombre torpe, infame
del terrible Juan Dandolo.

(*Entra en su casa.*)

ESCENA IV

JACOBO, PEDRO

JAC. ¿Eso Mariana te dijo?

PED. Eso.

JAC. ¿Que viniera?

PED. Sí;

pero aún no es hora.

JAC. La noche
poco tardará en venir.

Entretanto, esperaremos...

PED. ¿En dónde, señor?

JAC. Aquí.

PED. ¿Y si os viesen?

JAC. ¿Quién?

PED. Alguno

llegóme lo a prevenir...

JAC. No me verán.

PED. Cuando espera

un caballero gentil
en una esquina arrimado,
queriendo el rostro encubrir,
no hay duda, señor, ninguna
que quien le detiene allí
son los ojos hechiceros
de un humano serafín.

JAC. Nadie puede conocerme.

PED. Como gustéis; yo por mí...

JAC. Entretanto de otro asunto
tengo que hablarte.

PED. Decid.

JAC. Esta mañana he salido
del juego sin un cequí.

PED. Todos los días a casa
de esa manera venís.

¿A qué es la nueva?

JAC. Mi padre
se ha llegado a resistir
a franquearme sus arcas.

PED. Hace bien.
 JAC. Ya no hay ardid,
 no hay medio ya de arrancarle
 un miserable florín.

PED. Harto os ha dado.
 JAC. Es preciso,
 sin embargo, recurrir
 a algún medio.

PED. Ya lo veo.

JAC. Para ello he pensado en ti.

PED. ¿Os burláis?

JAC. ¿No lo adivinas?

PED. Al punto, si lo decís.

JAC. Vete a buscar en Rialto

al buen Isaac Benjamín,
 un prestamista usurero,
 y haz luego que venga aquí.

PED. ¿Empeñáis vuestra palabra,
 o vuestra firma?

JAC. ¿A qué fin
 me lo preguntas?

PED. Porque
 es tan miserable y vil
 la condición de esos perros,
 que no darán un cequí
 por la palabra y la firma
 de un hidalgo tan gentil;
 mas si tenéis, por ventura,
 alguna alhaja ruin
 que valga el doble a lo menos
 que la suma que pedís...

JAC. Imposible.

PED. Y aunque guarde
 larga madeja sutil
 de perfumados cabellos...

JAC. ¿Te atreves eso a decir?

PED. El hebreo, que como hombre
 de talento baladí,
 su precio ignora, y no sabe
 que bañada de jazmín
 en otro tiempo besaba
 con voluptuoso bullir
 el peregrino contorno
 de algún cuello de marfil,
 la dejará en vuestras manos,
 reservando para sí
 los diamantes que la guardan,
 y el oro, que es tierra vil.

JAC. ¿Y no hay otro medio?

PED. Yo
 no lo alcanzo.

JAC. Con que al fin
 será preciso... ¿y si ella
 lo llegase a presumir?

PED. No es fácil.

JAC. Enhorabuena.
 Ve en busca de Benjamín,
 y aquí os espero..., mil doblas
 le pedirás.

PED. Lo haré así.

ESCENA V.

JACOBO.

No lo sabrá... la fortuna
 no siempre ha de ser contraria,
 y las manos de un judío,
 aunque profanen, no manchan.
 Presto volverá a las mías,
 para que de ellas no salga
 esta prenda de tu amor,
 que un rico tesoro guarda.
 Estos hermosos cabellos
 que blando perfume exhalan,
 y mil veces resbalaron
 sobre tu desnuda espalda,
 tornarán, yo te lo ofrezco,
 porque consuelan mis ansias
 cuando ausente de tus ojos
 dolientes mis horas pasan.

(Un hombre embozado pasa silenciosamente por el fondo y llega a la casa de Bernardo.)

¿Qué es esto? Un hombre que oculta
 en el embozo la cara,
 paró a su puerta: sospechas...
 ¿Quién puede ser? Ahora llama.

(La puerta se abre y el embozado entra como recatándose.)

¡Le abren! El diablo me lleve
 si aquesto no tiene trazas
 de amorosa cita... ¡Cielos!
 ¡Infiel ellal ¡Marianal
 No es posible; mas lo cierto
 es que entró, que le aguardaban...

¡Oh! Yo también entraré,
así veré si me engaña.

(Va a llamar y se detiene.)

¡Ah! Que los celos me ciegan...

¿No puede entrar en su casa

hermano, padre o marido?...

Pero dudarle no basta.

ESCENA VI

JACOBO, PEDRO, ISAAC BENJAMÍN

PED. Isaac Benjamín.

JAC. Bien vengas,
judío.

ISAAC. Que os guarde Dios.

Hame dicho este criado

que con mucha precisión

necesitabais mil doblas

sobre alhajas de valor.

La cantidad es inmensa;

mas si permitierais vos

que viese la prenda...

JAC. Es justo,
mírala.

ISAAC. ¡Dios de Jacob!

Bien lo merece, hay diamantes

claros como el mismo sol.

Poco, a la verdad, mil doblas

para tal alhaja son;

y si queréis...

JAC. No, me basta.

PED. ¿Sacáis el cabello?

JAC. No,

así para rescatarlo

será el conato mayor.

ISAAC. Tomad y contad.

ESCENA VII

Mientras JACOBO cuenta el dinero, salen
de la casa BERNARDO y el Embozado

BERN. Ya sé...

Conozco mi obligación

y quedaréis satisfecho.

PED. Dos hombres salieron. (A Jacobo.)

JAC. ¡Dos!

Mira y disimula.

BERN. Pero

os advierto, monseñor,

que si a todo me convengo,

al precio que decís, no.

(El embozado le da un bolsillo.)

Fuí soldado, y en mi pecho

late un noble corazón,

y os juro que no me agrada

herir con golpe traidor.

Un hebreo no es de cierto

un enemigo feroz,

y en este caso...

(El embozado vuelve a darle dinero.)

Ya veo

que me entendéis: ¿os vais? ¡oh!

aún me resta por haceros

la postrera reflexión.

Si he de extraer los papeles

que consigo lleva, estoy

pagado como asesino,

pero no como ladrón.

(Vuelve a darle dinero el embozado.)

PED. Si nos ven...

JAC. Disimulemos:

cabal está.

PED. Alzad la voz,

no noten que recelamos.

JAC. Isaac Benjamín, adiós.

(Al pronunciar Jacobo estas palabras, el

embozado llama la atención de Bernardo

mostrándole con la mano al judío. Ber-

nardo hace un movimiento de cabeza,

indicando que lo ha comprendido. El

embozado se va.)

ISAAC. Adiós, noble joven.

BERN. ¡Vaya!

que casualidad mayor...

(Se va Isaac y Bernardo le sigue.)

ESCENA VIII

JACOBO, PEDRO

JAC. ¿Quiénes pueden ser?

PED. Su hermano

es el uno de los dos

sin duda.

JAC. ¿Cómo has sabido?...

PED. Hace un instante, más no todo lo que yo quisiera.

JAC. Pero en fin...

PED. Supe que son de pobre origen..., él vive a costa de su sudor, que es un armero.

JAC. Imposible,

PED. Yo no alcanzo esa razón; sin embargo, para luego lo preguntaré mejor.

JAC. Pienso que baja.

PED. Cuidado con revelar la que vos indagáis...

JAC. Ni una palabra: no te alejes.

PED. Cerca estoy.

ESCENA IX

Dichos, MARIANA

JAC. Te veo al fin..., ya creía que no vinieses.

MAR. ¿Por qué? ¿Es tan tarde?

JAC. Sí, a fe mía, que sin tu luz no vivía todo el tiempo que esperé. La impaciencia es un dolor si nace de tal amor como éste que el alma abriga, que da tormento y fatiga sólo porque da temor.

MAR. Jacobo, ¿tanto me amáis?

(Con melancolía.)

JAC. ¿Eso preguntáis, señora?

MAR. ¡Gran Dios!

JAC. ¿Acaso dudáis?...?

MAR. Dudar, dudara en buen hora.

JAC. ¿Eso decís, y lloráis?

¡Mal haya quien de esos ojos causa los duros enojos!

¿Quién, señora, te ofendió?

MAR. Nadie, sino quien buscó placeres y encontró abrojos.

Y misma soy de mi mal la causa, que loca, insana

alimenté criminal una pasión inhumana que habrá de serme fatal.

Y al fin, es llegado el día temido, aunque no esperado. Llegar por fuerza debía, y nuestro amor descuidado eterno el placer creía.

JAC. Habla, ¿qué puede en el mundo nuestro afecto contrastar?

¿De qué nace ese pesar que con dolor tan profundo miro en tus ojos brotar?

¿Celoso, adusto y sombrío tiraniza tu albedrío

de algún marido el rigor? Dilo, y el enojo mío...

MAR. Es más honesto mi amor.

JAC. Perdona si te ofendí, que nunca supe quién eres

por más que lo pretendí: siempre sois todas así

misteriosas las mujeres.

MAR. Sí, misteriosa, es verdad, pero es un secreto horrible!...

Niña, en mi mejor edad, sobre mí pesa terrible,

funesta fatalidad.

JAC. Dilo, pues.

MAR. Nunca.

JAC. ¿Por qué?

MAR. Es imposible.

JAC. Y no más

que esa razón..., ¡oh!, ya sé por qué otra razón no das!...

MAR. No lo sabes.

JAC. Sí, sí, a fe mía.

¿Quién lo duda? Arrepentida de amarme, en otra pasión acaso el alma engreída...

MAR. ¿Eso piensas?

JAC. ¡Fementidal!

¡Nunca esperé tal traición!

MAR. ¡Calla! ¿No te amo? Si fuera eso que dices verdad,

ni estas lágrimas vertiera, ni en mi doliente ansiedad por ti mi vida expusiera.

JAC. ¡Tu vidal!

MAR. ¿Sabés que el cielo
puso un muro entre los dos?

JAC. No lo sé, pero recelo
que estáis gozando, ¡por Dios!
en doblar mi desconuelo.

¿Quién hay que pueda romper
tales, tan sagrados lazos?
Sutilezas de mujer

que dan al alma placer
para romperla en pedazos.
Gozáis en vender amores

a precio de un corazón,
y con halagos traidores
guardáis entre blancas flores
el veneno y la traición.

MAR. ¡Jacobol!

JAC. ¡Bajando estás
los ojos avergonzadal

MAR. Esto, ¡Dios mío! ¿estól más!

JAC. Mariana..., adiós...

MAR. ¡Desdichadal!

JAC. ¡Para siempre adiós!

MAR. ¿Te vas?

JAC. Tú lo quieres.

MAR. Mas dudando

de mi amor..., dudar así...
¿No ves lo que estoy pensando?

JAC. Decidme, pues..., ¿hasta cuándo
queréis burlaros de mí?

Ya sé, señora, ya sé
que soís llorando funesta,

y esa mi desdicha fué,
que el alma, la vida y fe

aquese llanto me cuesta...
MAR. Oíd..., la suerte importuna

no como a vos me halagó
y es tan oscura mi cuna,

que no habrá mujer ninguna
tan humilde como yo.

Y aunque es verdad que os adoro,
y que este amor es mi vida,

Jacobo, tampoco ignoro
que profano mi decoro

viviendo en él engreída.
Porque con tanta afición,

no siendo mi suerte igual
aunque igual mi corazón,

ser tu esposa fuera un mal,
y ser tu amante un baldón.

JAC. ¿Quién eres, pues?
MAR. Ahora bien,

dudes de mi afecto o no,
júzgueslo amor o desdén,

vete en buen hora..., también,
también a sufrir voy yo.

JAC. Espera.

MAR. No, no es posible
aquí ya permanecer.

JAC. ¡Panta perfidia es creíble!

MAR. Vete, Jacobo, es terrible
el amor de esta mujer.

JAC. Has de oírme.

MAR. Presto, acaba...

JAC. ¿Piensas tú que mi pasión
blasones en ti buscaba,

ni otra cosa demandaba
que ternura y compasión?

¿Qué importan nobleza y oro
cuando hay amor y virtud,

y ese tan rico tesoro
que en ti frenético adoro

de hermosura y juventud?
Habla... y si puede bastar

mi mano a satisfacerte,
únanos luego el altar,

si no es que quieres gozar
en mi desdicha y mi muerte.

MAR. ¿Juras al Dios soberano,
que es de tu oferta testigo,

darme de esposo la mano?
JAC. Deme severo castigo

si juro su nombre en vano.
MAR. Espera...

JAC. ¿Viene alguien?
MAR. Sí;

¿ves un bulto?
JAC. ¿Quién será?

MAR. Tal vez mi hermano. ¡Ay de mí!
Que se acerca; vete ya.

JAC. Observaré desde allí.

ESCENA X

BERNARDO, MARIANA

BER. ¡Mariana!

MAR. ¡Tú tan presto!

BERN. ¿Te sorprendes?

¿No me esperabas, di?

MAR. No.

BERN. Y entretanto acaso el tiempo en que mi vuelta esperas, no será como de antes, sin encanto.

MAR. No comprendo, Bernardo.

BERN. Por ventura, ¿no me he explicado bien?

MAR. Cierto...

BERN. ¿En qué pasas las horas tristes de la noche oscura?

MAR. ¿En qué, sino en rezar?

BERN. Bien lo comprendo y por esa razón a tales horas buscando más sublime santuario y más sublime altar, habéis salido del humilde oratorio solitario... Mas no a citas de amor...

MAR. Tales sospechas...

BERN. Sospechas... ¡Oh!, tomad.

MAR. ¡Cielos, qué ve!

BERN. Joya es tuya, Mariana.

MAR. ¿Y cómo pudo a tus manos venir?

BERN. No sé; mas mira, mírala bien, hermana; es una prenda de tiernísimo amor; mira que guarda de tu cariño despreciada ofrenda.

MAR. Yo...

BERN. ¿No son éstos, di, los rizos [bellos que engalanaron tu nevada frente? ¿No es ésta la color de tus cabellos?

MAR. ¡Bernardo!...

BERN. Y esta joya que tu [hermano prenda de su querer te dió en un día, prenda es de liviandad, de amor insano que hoy atestigua la deshonra mía.

MAR. ¡Deshonra!, no es verdad: pura [y sin mancha fué mi pasión, Bernardo: este cariño, que inundó el alma de inefable encanto, es virginal, como el amor de un niño.

BERN. ¿Quién lo duda? Es verdad que [no pagaron con igual expresión tan tierno afecto, y tu inocencia y tu candor burlaron. ¿En qué mano presumes que esa joya por desgracia encontré?

MAR. Dime; no acierto tanta infamia a creer.

¡Oh! El desdichado no más me infamará.

MAR. ¿Quién es?

BERN. Ha muerto.

MAR. ¡Ah! ¡Por mi culpa!

BERN. No; morir debía: no le mató tu amor ni mi venganza... Fué su desdicha y la desdicha mía.

MAR. ¿Qué has hecho?

BERN. ¿No lo sabes? ¿No sospechas a qué grado de infamia y desventura tu hermano se arrastró, ni a cuánto grado por ti, por tu cariño, la memoria de un padre y de una madre ha deshonrado?

MAR. No lo digas, por Dios.

BERN. Esto te asusta, y sin embargo, hermana, en el delito siendo conmigo igual, eres injusta. Ambos su tumba sin pudor manchamos; ambos escarnecemos su memoria... ambos también es fuerza que muramos.

MAR. ¿Es un crimen amar?

BERN. ¿Y si el infame burlase tu candor?

MAR. No, no es creíble.

BERN. Mas si fuera capaz...

MAR. ¿No eres mi hermano? Dejarle sin castigo era imposible.

BERN. Esto debe acabar: harto, Mariana, [celoso de tu honor y tu inocencia espíe tus quiméricos amores... Tu soberbia ambición y tu imprudencia han colmado mi vida de dolores. Sí, en esas noches para mí sombrías y hermosas para ti, cuando amorosa a tus placeres, ciega, te entregabas y sin pudor, en hora silenciosa citas de amor a tus galanes dabas; presa yo en tanto de infernal martirio como el tigre tus pasos acechaba espiondo el momento del delirio. Andrea Foscarini, el noble joven, más que noble galán, de su señora a la cita acudió..., su pobre madre su triste fin desconsolada llora.

MAR. ¡Tú fuiste!...

BERN. Aquel Filippo Trevisano, opulento señor, turbó de nuevo tu corazón, haciendo que olvidases el triste fin del mísero mancebo. También era una noche bien oscura, bien oscura, ¡por Dios!, cuando acudía a la cita fatal..., combate horrible fué aquel, porque su brazo era valiente y era afrontarle a la verdad terrible. Pero conmigo la razón luchaba. Cayó...

MAR. Filippo... tú... tú le mataste...
 ¡Tú mataste a los dos!..., lo sospechaba. ¡Oh! ¿Conque a mí tan sólo en este mundo me es vedado el amar?...

BERN. Mal lo comprendes. ¿Por qué ambiciosa y ciega al amor torpe de esos nobles sin fe sólo te enciendes? ¿Sabes que hay una ley, una barrera que a los hombres separa? Esa es la cuna, y es el oro también; ¿cuál es, Mariana, cuál es tu nacimiento y tu fortuna? Mas si la valla quebrantando alguno tu altivo origen olvidar parece, máscara es esa que engañoso toma, milano es, que desciende de su altura por devorar la tímida paloma. Mas no temas jamás, mientras yo viva, que la valla quebranten: si el milano en derredor de ti su vuelo tiende, a su pesar conozca que la garra del águila altanera te defiende.

MAR. Sí, dices bien, a tanto desvarío es fuerza renunciar.

BERN. ¿Pero esta noche no esperas, di, al galán?

MAR. Bernardo, entremos; ya más no le he de ver.

BERN. Yo lo aseguro.

MAR. Ven.

BERN. Yo le espero aquí.

MAR. ¿Qué dices? Calla...

Ya no vendrá esta noche, te lo juro.

BERN. Entra, yo aquí me quedo.

MAR. No.

BERN. Si temes mi indignación, aparta; porque airado

no sea que en ti misma ensaye el golpe que ha de herir al amante desdichado.

MAR. ¡Oh! No me apartaré.

BERN. Pues bien...

(Sacando el puñal.)

MAR. ¡Dios mío!

(Huye, y sale Jacobo.)

JAC. Yo te defiendo.

MAR. ¡Ay, huye!

BERN. ¡Miserable!

PED. Venid...

MAR. Huye, Jacobo...

BERN. Estamos solos...
 Desnudad vuestra espada..., ved que arde lleno el pecho de saña.

JAC. Es imposible...,

con vos no he de reñir.

BERN. ¡También cobarde!

JAC. Cobarde, no.

BERN. Pues bien, aunque no
 [lidies, te mataré, villano.

JAC. Bueno fuera,
 a no estorbarlo yo.

BERN. Pronto veremos

cómo lo evitarás.

JAC. De esta manera. (Vase.)

ACTO SEGUNDO

Un aposento en casa de Jacobo

ESCENA PRIMERA

JACOBO, MARIANA

JAC. ¿Recelar puedes de mí que te salvo de un tirano?

MAR. Jacobo, al fin es mi hermano.

JAC. No obrará un verdugo así. Pero está bien, tu escondite a acertar no ha de valer por más que todo el poder del infierno solicite.

Y aun si cupiera en tu amor un pequeño sacrificio...

MAR. Ya va por el precipicio por lo menos el honor,

y prenda la creó a fe
si no buena, suficiente.

JAC. Perdona, anduve imprudente.

MAR. Y otra además te daré.

Si en ganar este aposento
temerosa consentí,

en que me guardes aquí
enamorado consiento.

JAC. ¡Oh! Y en él te defendiera
del mundo entero a fe mía,
porque eres mi luz, mi día...

MAR. ¡Quién el porvenir supiera!
Acaso en la confusión
de estrepitosos placeres
has de abrir a cien mujeres
las puertas del corazón.

JAC. Mariana, o no te conoces
o te ha mentido tu espejo;
pídele, por Dios, consejo,
que ha de desmentirte a voces.

MAR. Muchos lo mismo me han dicho
creyéndome más liviana;
pero al fin de una semana
tuvieron otro capricho.
Si tú, como ellos, un día...
Aparta, sueño importuno.

JAC. ¡Oh! Nunca te amó ninguno
con tan ciega idolatría;
hasta el birrete ducal
que el mismo dux me ofreciera,
sin ti, amor mío, creyera
que me sentaba muy mal.

MAR. Dime, Jacobo, si sientes
lo que diciéndome estás;
mas tal vez mañana vas
a confesarme que mientes.
Cuando sin vida tu padre,
libre y poderoso seas
y placer que no poseas
no encuentres como te cuadre;
cuando Jacobo en tutela
sea el conde Dagolino,
¿no clarará su destino
de quien ahora no le ceta?

JAC. Destino no habrá mayor
que adorarte, y en verdad
que he de hacer con vanidad
ostentación de tu amor.
Todos al pasar corriendo

y en derredor agolpados,
curiosos o embelesados,
¡cuán hermosa! irán diciendo.

Envidia de las mujeres,
ídolo de los galanes,
tú causarás sus afanes,
y amargarás sus placeres.
Acecharán despechadas
cuando de tu casa sales,
las plazas y los canales
dejándote avergonzadas.

¡Oh! ¡Por Dios que es gran placer
el orgullo en la hermosura!

MAR. Rebélase a tal pintura
cuanto tengo de mujer;
porque..., lo has adivinado;
sí, todas somos lo mismo;
orgullo, amor, egoísmo,
guarda el corazón cerrado.
¡Oh! Y frenéticas de amor,
hay momentos en que diéramos
cuanto amor hallar pudiéramos,
por un chal, por una flor.

Mas... *(Pensativa.)*

JAC. ¿En qué piensas, mi vida,
que con secretos enojos
se agolpa el llanto a tus ojos?

MAR. ¡Si esa pasión fué fingida!
Si pasado un mes, un año,
fastidiado al fin de mí...
Dímelo, Jacobo, aquí;
me matará un desengaño.

JAC. ¿Qué dices, Mariana?

MAR. Mira,
tal vez en este momento
en mil locuras consiento,
mas mi amor me las inspira.
Yo puedo por no perderte,
mirando a tu vanidad,
mostrarme por la ciudad,
satisfecha con quererte.
Aquí tus propios amigos,
más que su necio murmullo
harto le pese a mi orgullo,
serán de tu amor testigos.
Si lo quieres, por tu dama,
por tu sierva pasaré;
todo, sí, lo arrostraré,
que nada pesa a quien ama.

Mas si tras tanta pasión,
 tras tanto envilecimiento,
 traidor otro pensamiento
 te asaltara el corazón,
 si un día tal vez villano
 como a esclava me despidas,
 entonces, ¡oh!, no te olvides,
 de que he tenido un hermano.

JAC. (Altiya es la muchachuela,
 y juro a Dios que me place;
 las piezas de los castillos hace,
 mas ardimiento revela.)
 Estás de sueños, Mariana,
 y de quimeras hablando;
 ¿por qué siempre recelando
 estar hoy para mañana?

MAR. Con ese temor no puedo;
 Jacobo; celosa soy;
 siempre tras tu sombra voy;
 mas de perderla con miedo.
 Mozo, audaz, enamorado,
 hoy todo el amor lo vence,
 mas temo que te avergüence
 rico y noble lo pasado.

JAC. Avergonzarme, ¿y de qué?
 ¿De adorarte, vida mía,
 cuando altares te alzaría
 para prendas de mi fe?

MAR. Mas deliramos, por Dios;
 ¿y mi hermano?

JAC. No dará
 donde el escondite está
 si lo queremos los dos.

MAR. Él descubre cuanto pasa,
 Jacobo, en toda Venecia.

JAC. En poco su vida aprecia
 si acierta con esta casa.

MAR. Es valiente.
 JAC. Y noble soy.

MAR. Es celoso.
 JAC. Y soy amante.

MAR. Él te seguirá constante.
 JAC. Yo tras él constante voy;

y aparta todo recelo,
 que pues yo te guardo aquí,
 no tendrás rastro de ti
 ni las estrellas del cielo.

MAR. Mas fuera lance cruel
 que por guardarme de más

celándote de él, quizás
 dieras más pronto con él.

ESCENA II

JACOBO

Me siento cada vez más hechizado,
 más orgulloso cada vez me siento,
 y cuanto más me arriesgo enamorado
 más crecen imposibles a mi intento.
 Jorge, Maffei y Tiépolo decían:
 «Nada conseguirás de esa altanera;
 y de un empeño tan tenaz reían
 y ha reído a su vez Venecia entera.
 ¡Oh! La verán de mi pasión vencida,
 avergonzados la verán, lo juro...

¿Mas dónde?, en esta cámara escondida,
 en este negro calabozo oscuro.

Heme aquí vencedor, a quien condenan
 a esconder con vergüenza su victoria,
 pues que opuestas razones hoy me ordenan
 callar a un tiempo y pregonar mi gloria.
 ¿Pedro? (Llamando.)

ESCENA III

JACOBO, PEDRO

PED. ¿Señor?
 JAC. ¿Has oído?
 PED. Alguna cosa entendí,
 y por cierto que no vi
 galán más comprometido.

JAC. Me ama.
 PED. Con el alma toda.

JAC. Y en todo consentirá.
 PED. Eso, el tiempo lo dirá
 y todo el mundo en la boda.

JAC. ¿Qué estás de boda diciendo?
 PED. ¿Cómo, pues, no os casaréis?

JAC. No.
 PED. Pues vos os lo veréis,

que yo por mí no lo entiendo.

JAC. Basta de chanzas por hoy,
 y un buen consejo me da.

PED. Yo, señor, no alcanzo ya
 otro alguno, por quien soy.

JAC. ¿Eso respondes? ¡Por Dios!

¿Acaso, bribón, no fuiste quien robarla propusiste?

PED. ¿Por qué lo aceptasteis vos?

Dijisteis que era tan bella, que era tan irresistible,

que dabais por imposible vivir un punto sin ella.

Dijisteis que por su amor daríais el paraíso...

y juzgué que era preciso dároslo al cabo, señor.

No hallo de qué os irritéis, porque os serví, causa alguna;

dijisteis: es mi fortuna..., En la mano la tenéis.

JAC. Eso... siempre se habla así... pero se entiende de modo...

PED. Es que yo lo entiendo todo como me lo hablan a mí.

JAC. Ponte, Pedro, en la razón y hablemos claros: testigos quiero a todos mis amigos

hacer de mí posición. Todos me dieron enojos

con mi amante vanidad, y ahora me importa, en verdad,

pasársela por los ojos. PED. Pues casaros no queréis,

por imposible lo tengo. JAC. En lo difícil convengo.

PED. Vale más que lo dejéis. JAC. ¿Dejarlo? ¡Por vida mía!

que estás de sobra importuno! ¿Pescador hubiera alguno

que a tal se resolvería? ¿Dejarlo cuando ya está

toda Venecia en acecho, y si no dan con lo hecho

van a los alcances ya? Me apedrearán en Rialto,

y a fe que lo mereciera, que al menos confesar era

que vivo de aliento falto. PED. Si tan decidido estás,

yo sé en ello lo mejor: dad desde hoy a vuestro amor

cuanto escándalo podáis. JAC. ¿Eso propones?

PED. Sois noble,

esperáis grandes riquezas, y a empezar vuestras grandezas

tenéis con derecho doble. Si fuerais un gondolero,

un soldado, ya se ve, contra ello clamara a fe

el dux y el estado entero. Pero en vos no será nada,

yo sé que os lo aplaudirán, a lo más, lo más, dirán

que es una calaverada, y tenéis tantas a cuenta

que poco importa una más. JAC. No me ha importado jamás

por una ni por sesenta. Mas fuera necia locura,

sin extrema precaución, dar tamaña ostentación

a tan audaz aventura. Pero aun con suerte leal

sería ese intento vano: ese maldito de hermano

¿no tiene en los sesos sal? PED. Con oro...

JAC. Será altanero, y si en honra no ha nacido,

¿qué villano no ha creído que fué siempre caballero?

PED. Si vano el oro desprecia, con acero se le paga.

JAC. ¡Vil, te atreves...! PED. ¡Oh! ¡Si hay plaga

de acreedores en Venecia! En no pudiendo cobrar,

el que primero se atreve, o el deudor mata al que debe,

o el otro al que ha de pagar. JAC. ¿Y tal, villano, propones

a Jacobo Dagolino? PED. Cada cual va a su camino,

y hay quien le anda a tropezones. Consejo me habéis pedido,

y os he dado mi consejo: a voluntad os lo dejo

y nada habemos pedido. Quisisteis pronto llegar

y por el atajo eché; si torpe el camino erré,

aún se puede remediar.

JAC. Hacer de una muchachada un lance tan criminal, nunca, Pedro, pensé tal.

PED. Perdonad...

JAC. Va perdonada.

PED. Pero cosa tan mezquina hallar un acreedor es, que se encuentra a dos por tres a vuelta de cada esquina.

JAC. ¿Aún piensas, infame, en ello?

PED. Luego, anda tanto matón, tanto hidalgo valentón que riñe por un cabello...

Y en fin, no es, señor, mi intento dudar un punto de vos, mas aquí para los dos me da este asunto tormento. Tengo un no sé qué...

JAC. Despacha,

¿tienes miedo?

PED. Acaso, acaso.

Y me temo algún mal paso al fin con esa muchacha.

JAC. Acaba y no me atormentes; ¿qué temes, di, qué recelas?

PED. Todas esas muchachuelas son tan ligeras de mientes, que si a sospechar llegara que es vuestro amor, amor puro, sólo amor...

JAC. ¿No estás seguro tal vez de que lo arreglara?

¡Oh! Nada hay ya que temer: presa en mis lazos cayó, y el medio póseo yo de guardar a una mujer.

PED. No confiéis demasiado, que tal vez la confianza

a muchos con la esperanza en las manos ha dejado. Sin darle que sospechar no podéis, en mi opinión, cerrarla puerta y balcón prohibiéndole mirar.

Y una seña a una ventana, a media noche un gemido, un guante, un papel caído puede perderos mañana.

JAC. Si llegase a tal extremo, ¿mi espada no va conmigo?

PED. Todo el cielo me es testigo de que por vos nada temo. Mas cosa que desatina tener acreedores es, y es fácil a dos por tres hallar uno en cada esquina.

Y bueno es pensar en ello cuando anda tanto matón, tanto hidalgo valentón que riñe por un cabello.

JAC. No vas del todo sin tino, y algo pesan tus razones.

PED. Si es mejor dar tropezones que no dar con el camino.

Porque si el maldito hermano quisiera reñir con vos, sé muy bien que entre los dos lo arreglarais mano a mano. Pero eso de consentir

en ponerse de vigia toda una noche y un día para no veros venir; eso de andar destacado buscando siempre un objeto

y no dar con su sujeto y volver desatinado corriendo de ceca en meca, para venir a parar en que acaban de sacar un cadáver del Giudecca...

yo, señor, siento temello, mas lo temo y me aniquiló... (tengo la vida en un hilo mientras Bernardo ande en ello.)

JAC. ¿Mas otro medio no ocurre? Una enfermedad, un viaje, la variación de paraje, la necesidad..., discurre.

PED. Pues, señor, no doy con él: mientras que viva el hermano cuanto se haga será en vano.

JAC. ¡También es lance cruel!

PED. No paséis por ello pena; lo haremos entre los dos, y yo arreglaré con Dios nuestra cuenta mala o buena. Yo buscaré a Juan Dandolo,

ESCENA IV

JACOBO, y vuelve PEDRO

y por corta cantidad,
esta noche en la ciudad
hallará a Bernardo solo.
Juan sabe bien su papel;
beberán juntos quizás,
y unas palabras no más
tendrás en la calle con él.

JAC. Y yo he de pagar...
PED. No, no:

vos me hacéis adivinar
dónde oro queréis dejar,
y de allí os lo quito yo.
Y con esto, de contado,
vos nada tenéis que hacer,
y yo habré de responder
a más, de haberos robado.

JAC. ¡Imposible!
PED. Pues mirad

que temo por vuestra vida:
al demonio está vendida;
tened de ella caridad.
Y a más, ¿qué adelantareis
con tenerla aquí encerrada,
cuando nadie creerá nada
por mucho que lo contéis?

JAC. Pero al menos, si eso fuera,
por ejemplo, un desafío...

PED. Si así es mejor, no porfío;
que sea de esa manera.
Mirad por ese balcón.

(Va a una ventana.)

¿Veis en aquel esquinazo
un embozado, que un brazo
posa en el guarda-cantón?

JAC. Le veo.

PED. ¿Le conocéis?
JAC. No, por cierto.

PED. Es Juan Dandolo:
parece puesto allí sólo
para que vos le llaméis.

Vuestra bolsa os he cogido.
(Coge de una mesa la bolsa.)

De un salto en la calle estoy:
llamo, pide, cuento, doy,
y negocio concluido. (Vase de repente.)

JAC. Tente, Pedro... ¡y vive Dios
que al cabo razón le sobral
El se atribuye la obra,
él responde por los dos.

PED. Aquí le tenemos.
JAC. No verle me importa.
PED. Pues bien, retiraos.
JAC. ¡Con tiento, por Dios!
PED. Será, lo prometo, conferencia
[corta.

Llevaos adentro la niña con vos;
cuidado que astuta la trampa sospeche.
JAC. De mí te confía.

PED. Podéisla contar
un cuento bien largo, que el tiempo apro-
[veche.
Si no, dadle celos y hacedla rabiar.

ESCENA V

PEDRO; BERNARDO con máscara y dis-
tinto traje del que usó en el acto an-
terior.

BERN. (En vela he pasado la noche y
[el día.

¡Ay de ellos si necios la guardan aquí!
PED. Entra.

BERN. ¿Qué me quieres?
PED. De grande cuantía

a darte un encargo te llamo.

BERN. Pues di.
PED. La máscara deja; sepamos quién
[eres.

BERN. Si cumplo contigo, no importa
[quién soy.

PED. ¿Que arriesgue un secreto a tu
[máscara quieres?

BERN. Mi rostro es muy feo, mi nom-
[bre te doy.

Yo soy Juan Dandolo, mi cifra es aquesta;
más señas no tengo que aqueste puñal:
ve, pues, si te basta, y el oro me apresta;
si es grande el empeño, será el premio
[igual.

PED. Empeño..., no hay mucho; la
muerte de un hombre;
se quiere en secreto.

BERN. ¿Es noble?

PED. Tal vez.

BERN. ¿Del pueblo?

PED. Artesano.

BERN. Veamos su nombre.

PED. Veamos si aceptas.

BERN. Me sobra altivez.

Si es pobre y plebeyo, me niego del todo, que me indigno es por ello gran suma exigir, y es mengua miserias ganar de ese modo.

PED. Pecó.

BERN. Que se enmiende, dejadle vivir.

PED. A un noble ha ofendido, que muera [ra le cuadra.

Ve si has de matarle.

BERN. Cobarde es a fe.

PED. ¿Cobarde?

BERN. ¿No sabes, a un perro [que ladra,

con qué se castiga?

PED. ¿Con qué?

BERN. Con el pie.

PED. Es perro que muere.

BERN. ¿Valiente?

PED. Y de bríos.

BERN. Pues ve si le nombras.

PED. Si aceptas me dí.

BERN. Ya estás importuno, los bravos [son míos:

huelgo en que resistan.

PED. ¿Qué dices?

BERN. Que sí.

PED. ¿Lo juras? ¿Palabra me empeñas?

BERN. La empeño.

PED. Si dudas sabiendo...

BERN. Jamás dudé yo.

PED. Pues toma (*Le alargó un bolsillo.*)

BERN. Que excuso dirás a su dueño.

PED. Son doblas y en oro.

BERN. Después, ahora no.

PED. Bizarro eres.

BERN. Ya lo ves.

PED. ¿En tal caso, está acabado el negocio?

BERN. De contado; mas dime el hombre quién es.

PED. Pues tu palabra te aprieta, quitarás la luz del cielo a Bernardo Caravello, espadero en la Piazzetta.

BERN. (Aquí estaba, no menti; mis celos fueron leales: mas no son tantos los males cuando me tienen aquí.) ¡Vive Dios!

PED. ¿Dudando estás?

BERN. No: pero en verdad que siento que me cueste un juramento, un Caravello no más.

PED. ¿Luego le conoces bien?

BERN. Como a mí mismo, y me pesa.

PED. Pues ve que nos interesa que presto muerte le den.

BERN. Se la darán.

PED. Por si acaso,

y pues que su nombre sabes, calcula antes que le acabes la dificultad del caso, y aprecia tu intrepidez.

BERN. Casi de balde lo hiciera, que he pensado en que muriera ese hombre más de una vez.

PED. Cien doblones.

(*Mostrando la bolsa.*)

BERN. Hartos son y aún temo no merecellos.

PED. ¿Dónde?

BERN. Aquí, vendré por ellos cuando traiga la razón. (*Con intención.*)

PED. Conque...

BERN. Pronto morirá.

PED. ¿Cuándo?

BERN. Antes de media hora, que sé que en acecho ahora a pocos pasos está.

PED. Doble el premio será así, y no temas ser muy cruel.

BERN. Pronto doblarán por él... (Como no doblen por ti.) (*Vase.*)

ESCENA VI

PEDRO, luego JACOBO

PED. Estamos al cabo, la cosa está [hecha, podremos al menos seguros vivir. ¡Qué diablo!, la cuenta será un poco [estrecha,

que cuanto más tiempo más hay que
añadir.

JAC. ¿Está concluído?

PED. Sin duda, es asunto
que notas no admite ni en contra ni en pro.

JAC. Conque el pobre mozo...

PED. Contadle difunto.

JAC. Por valiente pasa.

PED. Decid que pasó.

Ya con Caravello su odio es antiguo
y en pagar su muerte le hicimos merced:
en sitio le tiene seguro y contigo.

JAC. ¿Lidiarán acaso?

PED. Lo harán de una vez.

JAC. ¿Le diste las doblas?

PED. Tomarlas no quiso
y os pide disculpa.

JAC. ¿De balde lo hará?

No quiero esa cuenta: pagarle es preciso:
su causa y la mía tal vez mezclará;
y yo con un bravo que mata en la sombra
no pienso hacer nunca mi causa común.

PED. Es hombre de garbo; valiente se

[nombra.

JAC. Es vil asesino, cobarde...

PED. Según.

Él tiene su fama, su pueblo y su gente,
y hay quien sus hazañas le canta también.

JAC. Jamás un infame podrá ser va-

[liente,

y a mí me interesa que el oro le den.

PED. Dijo que en cumpliendo por ello

[vendría.

JAC. Dáselo y que nunca le vuelva a

[ver yo.

PED. Si no por su infamia, ¿de vos qué

[sería?

JAC. Yo hallara algún medio.

PED. Pudiera que no.

En fin, como quiera seguros estamos;
no estéis por tan poco cabizbajo así:
ya os dije denantes que si ambos pecamos,
yo llevo las cuentas por vos y por mí.

JAC. ¡Bellaco!

PED. Y al cabo, señor, es lo cierto
que en ello ganamos a medias los dos:
yo, hablando de veras, en miedo del
[muerto,
y vos, por mis cuentas, el miedo de Dios.

JAC. Ya basta. Apostado le aguarda en
[la calle:
no vuelva y Mariana le acierte a encontrar.

PED. ¿Qué más a este siervo tenéis
[que mandalle?

(Inclinándose con aire socarrón e hipó-
crita.)

JAC. Que de él en tu vida me vuelvas
[a hablar.

(Con severidad.)

ESCENA VII

JACOBO

Acaño el menguado, mejor merecía
por hombre a lo menos, como hombre
[morir...

mas es cuento largo; la culpa no es mía:
bien muerto está el muerto, dejadle dor-
[mir.

Ya ahora no es tiempo de duda o temores;
¿qué importan los medios si llevan al fin?
Desde hoy en el mundo no habrá más que

[flores:
ábreme, pues, mundo, tu libre jardín.

Ven, crédula hermosa, qué el mundo te

[espera,
la gloria te aguarda, ¡de un día quízás!...
Mas breve y liviana, por último es gloria,
y al menos un día dichosa serás.

Por ese momento de triunfo mundano
la vida vendiera y el alma también...

Mi casa es muy noble, mi padre ya anciano:
gran cosa es mi nombre llevándole bien.
Que me abra Rialto sus arcas de hierro,
que sacie mi orgullo, mi ciega ambición,
y luego aunque doble la usura por yerro
y en prendas me pida mi propio blason.

ESCENA VIII

JACOBO, MARIANA

MAR. ¡Tan solo, Jacobo, aquí
y tan cabizbajo estás!
¿En qué pensabas?

JAC. En ti.

MAR. ¡Si siempre hicieras así!

JAC. ¿Y qué pudiera hacer más?
Esclavo de tu hermosura,
ni un punto del pensamiento
puedo borrar tu pintura:
no pienso un solo momento
mas que en tu propia ventura.

MAR. ¿Y en qué pensabas ahora
por mi ventura, mi amor?

JAC. En que está cerca la hora
de que puedas quien te adora
nombrar doquier sin rubor.

MAR. ¡Oh! Loca me has de volver:
tú me engañas.

JAC. No en verdad.

MAR. ¿Conque pronto?

JAC. Podrá ser.

MAR. Aún no lo acierto a creer,
no me engañes, por piedad.
Ve que te amo en tal manera,
que consentida ya de ello
si me faltaras, muriera,
que siento la vida entera
suspendida en un cabello.

JAC. ¡Engañartel, no por cierto,
¿y a qué tan raro capricho?

MAR. Si estoy soñando no acierto;
el cielo, sí, me has abierto,
Jacobo, con lo que has dicho.
Repítemelo otra vez.

JAC. Y otras ciento si lo quieres:
vas a ser en tu altivez
de toda Venecia prez
y rabia de sus mujeres.

En lo noble y poderoso
pocos se igualan a mi;
a ti, ninguna en lo hermoso;
tú bella y yo generoso,
¿quién no ha de envidiarnos, di?

Mi amor dirá a mi riqueza:
«Dadle plumas, dadle chales,
cuanto quepa en su grandeza»,
y por ver tanta belleza
se poblarán los canales.

Cuando en mi góndola real
grite a mis esclavos: «¡Sus!
¡Y al agua!», habrá en el canal
quien te haga venia ducal
como a la esposa del dux.

MAR. ¡Calla, sin aliento estoy
de placer, calla por Dios.

JAC. Y tanto a aprestarte voy
que no ha de haber, por quien soy,
quien goce más que los dos.

MAR. ¡Soy, Jacobo, tan feliz!,
tan...

JAC. Silencio, pasos siento,
y ve que el menor deslíz,
nuestra fortuna, infeliz
puede hacer en un momento.

(Va a la puerta.)

¡Una máscara! Sin duda...
Mariana, déjame solo.

De este aposento te escuda
y estate allí sorda y muda.

(¿Si habrá cumplido Dandolo?)
MAR. ¿Tardarás?

JAC. No; asuntos son
de casa en que estoy tratando.

MAR. ¡No me olvides!

JAC. Esperando
me queda.

MAR. Y desde el salón
puedo esperar escuchando.

ESCENA IX.

JACOBO, BERNARDO

JAC. (¡Él es!)

BERN. (Ayudadme, cielos,
a sujetar mi paciencia.)

JAC. El cielo le dé prudencia
y no despierte sus celos.

BERN. Guárdeos Dios.

JAC. ¿Qué me queréis?

BERN. Vuestro encargo concluí.

JAC. ¿Conmigo habláis?

BERN. Con vos, sí.

JAC. ¿Acaso me conocéis?

BERN. Disimular es en vano.
¿No me habéis buscado vos?

JAC. ¿Yo buscaros? No, por Dios.

BERN. (Hiere y esconde la mano.)
Sabed pues...

JAC. Más bajo hablad.

BERN. (Aquí está.) Digo que soy...

JAC. Más bajo. (Temblando estoy.)

BERN. Soy...

JAC. Bien; comprendo, tomad.
(Dándole la bolsa.)

BERN. (Sin duda nos puede oír.)

JAC. Es negoció concluído.
(Despidiéndole.)

BERN. (Pues a buscarla he venido,
sin ella no he de salir.)

Ya pueden desde este punto
darle...

JAC. Más bajo, por Dios.

BERN. ¿Le habéis muerto acaso vos
o teméis aún al difunto?

JAC. Idos.

BERN. (Parece que aprieta.)

Me voy, y perded recelo,
que Bernardo Caravello
queda muerto en la Piazzetta.

ESCENA X

Dichos, MARIANA

MAR. ¡Santo Dios, muerto mi hermano!

JAC. Sal pronto, impostor, de aquí.

MAR. ¿Quién mató a mi hermano, di?
(Con rabia.)

JAC. Sal pronto o... (Metiendo mano.)

BERN. Tente, villano.
(Quitándose la máscara.)

MAR. ¡Ay de mí!

JAC. ¿Qué es esto, cielo?

BERN. ¿No lo adivinas tú solo?
Es que viene Juan Dandolo
a vengar a Caravello.

JAC. Pues bien, quien quiera que seas,
uno u otro, vivo o muerto,
que digas al fin te advierto
de una vez lo que deseas.

BERN. De una vez te lo diré:
quiero tu vida o mi honor;
mira tú lo que es mejor,
que sin ambos no me iré.

JAC. Ve tú lo que bien te está
y consulta tu ambición.

BERN. Corazón por corazón
y honor por honor me va.

Eso te doy a elegir
y no hay mucho que dudar;

con ella te has de casar
o conmigo has de morir.

JAC. ¿Y sabes?...
BERN. Todo lo sé;

que como el dux eres noble,
riqueza posees al doble,
no hay quien te competa a fe.
Mas sé, aunque es herencia corta,
que tengo honra y tengo hermana,
y pues la tengo villana,
tenerla honrada me importa.

JAC. Pues mira cómo ha de ser.

BERN. Todo lo tengo pensado;
darásme un papel firmado
tomándola por mujer.

JAC. ¿Y mi padre?

BERN. Morirá,
que está viejo.

JAC. Mas primero...

BERN. Pues no tiene otro heredero,
después de muerto será.

JAC. (¡No puedo con mi altivez,
por Dios, en trance tan duro!)

BERN. Ve que mi paciencia apuro.

JAC. Acabemos de una vez.
No me he de casar con ella
sólo por ser condición.

BERN. Pues venga tu corazón.

MAR. ¡Hermano!

BERN. Los labios sella.

JAC. Ven, pues, a beber la hiel
que guarda con tu sentencia.

BERN. Es vana tu resistencia,
que vienen muchos por él.
A una voz, por la ventana
suben cuatro como yo.

JAC. ¡Villano!

BERN. Villano o no,
tu corazón o mi hermana.

JAC. Bien está, dame el papel
y dicta su contenido.
(En la trampa me ha cogido;
mas si yo le cojo, ¡ay de él!)

BERN. «Seis meses después de muerto
tu padre, será la boda.»
(Dictando.)

JAC. ¡Gran penal!

BERN. No es esa toda.
La condición falta.

JAC. Es cierto.
 BERN. Y si esa tregua vencida no has salido de tu empeño, escribe que me haces dueño de tu honor y de tu vida.

JAC. (Y hasta entonces, mentecato, ¿quién te ha dicho que tu hermana no habrá muerto, y será vana la condición y el contrato?)
 ¡Oh, me he de burlar de tí!

BERN. Firma y cierra ese papel. Yo me quedaré con él.

JAC. ¿Está bien? (Con ironía.)

BERN. Bien está así.

JAC. Y ahora en más seguridad, pues que al fin me casaré, casa y nombre la pondré con decoro en la ciudad.

BERN. No lo pienses!

JAC. ¿Cómo no?

BERN. Guarda tu nombre y tu oro, que desde hoy con más decoro sabré guardártela yo.

ACTO TERCERO

Fin de una cena en el palacio Dagolino. — Algunos de los convidados en trajes de máscara, como venidos desde el baile a la mesa. — En el fondo, a lo lejos, el salón del baile. — Música y tumulto.

ESCENA PRIMERA

DON RAMIRO, JACOBO, MAFFEI, PEDRO, en pie; seis convidados; ANINA, ROSA, INÉS y otras dos damas.

JAC. ¡Jal, ¡ja! Don Ramiro, ¿ya os ata la lengua mi lágrima?

MAF. ¡Bravo!

UNO. Las copas tomad.

Dejemos a España: que a fiestas es mengua llamarla al tumulto de nuestra ciudad.

OTRO. Dejemos a España: no vale su gente más que para sangre verter en la lid.

OTRO. Decid, don Ramiro, ¿y el noble valiente,

después de un combate, no brinda en [Madrid?

OTRO. ¿Qué vale que tengan Jerez en [España?

OTRO. Mejor estuvieran sus viñas aquí.

MAF. ¿No se hacen botellas?

RAM. ¿Y aquesto os extraña? Se templan espadas y lanzas allí.

UNO. Lo dicho; no hablando de sangre [y de guerras,

no hay más en las fiestas de España que [hablar,

RAM. Con sangre regamos allá nuestras [tierras,

y así hasta el labriego se apresta a lidiar, ROSA. Mas hay, según dicen, jardines

INÉS. Y sotos pomposos. [floridos.

ANINA. Y dicen también que al son voluptuoso de blandos sonidos alegres comparás de danzas se ven.

RAM. Hourís, no se encuentran acaso [tan bellas

cual éstas que agora cercándome están; mas yo os aseguro, señoras, que entre [ellas,

las hay que os causaran un punto de afán. No hay blondos cabellos, tceces de azuce-

[nas con ojos que roban al cielo su azul,

mas hay serafines con tceces morenas por quien bota buques al agua Stambul.

Brindemos a España, país de placeres; do ponen los moros su gloria y su edén.

JAC. Brindemos, mas luego por nues- [tras mujeres

es fuerza que España nos brinde también.

RAM. Sin duda, no quitá el cortés al [valiente,

y es noble Venecia, pomposa ciudad.

JAC. A España, señores, a su inclita [gente.

(Brindan.) RAM. Lágrima y Venecia, que dan li- [bertad.

UNO. Inés, ¿no brindasteis? (A Inés.) OTRO. ¿Acaso te dieron

enojos las bellas del suelo español? No temas, hermosa, yo sé que no vieron

cual la de tus ojos, la luz de su sol.

JAC. Pedro, ¿de qué cuba sacaste ese que no bebe el conde?

PED. De la honda, señor.

JAC. Pues rompe su copa, y en vaso escánciale chipre, que lo balla mejor.

UNO. ¿En qué piensas, Rosa? (*A Rosa.*)

ROSA. En ti.

EL MISMO. Por mi vida que poco en tu mente posar me creí; ¿y a quién debo, dime, tan dulce guarida?

ROSA. Tu voz, ¿en quién deja pensar [sino en ti?

EL MISMO. ¿Y quién de una copa, to- a oídos pequeños arregla la voz?

Apróntame Chipre, verás cómo entono y hago gorgoritos como un ruiseñor.

JAC. Anina, levanta la copa.

ANINA. Brindemos.

JAC. Al viento más suave que sopla en [el mar.

ANINA. El brindis extraño.

JAC. ¿Pues qué, no sabemos que Giácomo vuelve?

UNO. Pues es un azar.

¿Y el joven Guarini?

OTRO. Son ambos valientes.

OTRO. El uno a lo menos.

JAC. Y el otro.

ANINA. Mas yo...

EL 1.º Guarini es bizarro.

OTRO. Son algo parientes.

OTRO. Sí; por una deuda que el padre [dejó.

UNO. Brindemos primero.

OTRO. Brindemos.

TODOS. Brindemos.

JAC. La historia vendrá de la deuda [después.

UNO. Al viento más manso.

OTRO. Los vasos crucemos.

ANINA. Mas ved, caballeros...

JAC. Las copas, Inés.

(*Brindis.*)

UNO. Ahora, la historia

ANINA. Mirad bien, señores...

OTRO. Anina, en nosotros secreto es- [tará.

TODOS. La historia.

UNO. No hay cosa como unos amores, tras de quien el diablo por último da.

Mas ved...

EL QUE HÁ DE CONTAR. Dos palabras.

TODOS. La historia... la historia...

UNO. Anina, si al cabose habrá desaber.

JAC. Cuanto antes se sepa, más pron- [to memoria no quedará de ello.

OTRO. Por fin ha de ser.

UNO. Bogaba en el Lido ligera una [tarde

la góndola Diana de Giácomo; en pos, haciendo en seguirla químérico alarde,

la iban a lo lejos la pista otras dos.

Giácomo volaba por esos canales,

cada vez bogaba su góndola más.

No tuvo Regatta dos remos iguales,

que siempre las otras llevaba detrás.

Ya casi tocaba la arena olvidada

del puente que presta al palacio dual

camino a la cárcel... paróse cruzada

la Diana en el medio del largo canal.

Ya sólo alumbraba crepúsculo vago,

y sólo confuso se oía el rumor

del ancho canal que desagua en el lago,

y al lejos del puerto disorde clamor.

Las góndolas iban cercando a la Diana

cuando ésta, tocando la orilla, posó

en tierra una dama que huyendo liviana,

a un hombre en la playa por guarda dejó.

Y en vano tras ella a par se lanzaron

dos nobles que guardan las góndolas dos.

La espada en la orilla de Giácomo hallaron,

y en la misma noche cenaron con Dios.

TODOS. ¡Giácomo!

UNO. ¿Y la dama?

EL QUE CUENTA. Silencio; la historia

a tanto no llega.

OTRO. Anina, ¿qué tal?

JAC. Señores, ya basta: brindad en

de ese que valiente venció en el canal.

UNO. A Giácomo brindo.

OTRO. Dios quiera que el viento

le traiga cuanto antes con oro y con bien,

JAC. Escáncianos, Pedro, licor de So-

[rrento

que ofusque a Ramiro de España el edén.
(*Brindan: don Ramiro y otros convidados se levantan.*)

JAC. ¿Os vais, caballeros?

RAM. ¿Y el baile no espera?

JAC. Lo había olvidado.

OTRO DE LOS QUE SE VAN. ¿Y vos, no
[venís?

JAC. Desaire a este lágrima hacer no
[quisiera.

VARIOS. ¡Justo!

RAM. Confesaos con él.

JAC. Bien decís.

(*Vanse todos, menos Jacobo y Maffei.*)

ESCENA II

MAFFEI, JACOBO

JAC. ¿Ahí te quedas?

MAF. Ya lo ves.

JAC. ¿No bailas?

MAF. Cosa es por hoy
imposible, porque estoy
no muy seguro en mis pies.

JAC. No te sirve eso de excusa,
que no hay uno, ¡vive el cielo!
que no tropiece en un pelo.

(*Se sienta: Maffei, bebe.*)

MAF. ¡Es fuego este Siracusa!
¿Qué, no te vas?

JAC. ¡No, pardiez!
Luego iremos al salón.

MAF. Así me harás la razón. (*Bebe.*)
Plomo hirviendo es tu Jerez,
que convierte la alegría
en báquico frenesí.

¡Lágrima, esclavo! (*Bebe.*) Esto sí;
esto es néctar y ambrosía.

JAC. Alegre estás.

MAF. ¿Por qué no?
Y tú desalmado y triste...

Sin duda que no bebiste.

JAC. Te equivocas... ¿Triste yo?

MAF. Mal hiciera... ¡Oh!, el gozar,
esta es la vida, y reír

olvidados del morir,
¡y olvidados de pensar!

Y aunque mueran en su abril

mis ilusiones livianas,
y jamás cubran las canas
esta frente juvenil.

Sí, porque quiero llevar
al fondo del ataúd

mi risueña juventud,
sin padecer ni temblar.

Llegue en buen hora mi fin,
mas sucumba como fuerte

y que me encuentre la muerte
a las puertas del festín.

JAC. Tienes razón: yo comprendo
así la felicidad.

MAF. De amores es nuestra edad,
y el amor crece bebiendo.

Brindemos.

JAC. Como te cuadre...

Vino.

MAF. A mí...

JAC. Pues vaya.

MAF. ¡Vaya!...

A que tanta gloria haya
cual tuvo deudas tu padre.

JAC. Respeta al que ya murió.

MAF. ¿Y qué dice tanto hebreo
que con ardiente deseo

su fin tal vez esperó?

JAC. Mi fin esperando están.

MAF. ¿No pagas deudas?

JAC. No pago.

MAF. Da esperanzas.

JAC. Eso hago.

MAF. ¿No hay oro?

JAC. Si ellos lo dan.

MAF. ¿Y apuran mucho?

JAC. Sí, a fe,

y aunque mi nombre me escuda...

MAF. ¿Quieres pagarlos?

JAC. Sin duda.

MAF. ¿Y qué te falta?

JAC. Con qué.

MAF. Yo sé un medio.

JAC. ¿Un medio? ¿Cuál?

MAF. Yo también a veces debo...

JAC. Adelante..., eso no es nuevo,

mas la paga...

MAF. Esa es fatal.

Supón que el hebreo apura...

Le pides luego el contrato

en que firmaste insensato
con el préstamo la usura.
De la intención peregrina
nada sospecha el hebreo:
vuela en alas del deseo,
y al dar la vuelta a una esquina...

JAC. Calla.

MAF. Y así halló su fin,
por ser mi acreedor tan sólo,
a manos de Juan Dandolo
el buen Isaac Benjamín.

JAC. ¿Tú fuiste?

MAF. ¿Qué?

JAC. ¿Sabes, di,
todo el mal que así me has hecho?
El golpe que hirió su pecho
también me ha alcanzado a mí.

MAF. ¿De veras?... ¡Lance gentil!

JAC. Dandolo tiene una hermana.

MAF. ¿Hermosa?

JAC. No es tan lozana
la flor del pintado abril.

MAF. Está de más la poesía
y preferió el canto llano.

JAC. Por largo tiempo el hermano
ignoró la pasión mía.

Una noche bien fatal,
por tu invención peregrina
halló Isaac en una esquina
de Juan Dandolo el puñal.

Una prenda de mi amor
cuando le hirió el hierro impío
llevaba el triste judío...

Vieras allí su furor.

Buscáme, en fin, con deseo
de matarme...

MAF. El lance es triste:
mas tú no lo consentiste,
a juzgar por lo que veo.

JAC. Robéle la hermana.

MAF. ¡Bravo!
Esas son cuentas más claras.
Siempre pensé te portaras
como quien eres, al cabo.

JAC. Pero él, que doquier me espía,
cuando más estoy tranquilo
pronto descubre el asilo
donde oculta la tenía.

MAF. ¿Y en fin?

JAC. Hízome jurar
que muerto que el viejo fuera,
su deshonra redimiera
con mi mano en el altar.

MAF. Pero Dandolo murió,
y aunque viviera, no creo
que en tan ciego devaneo
cayeras.

JAC. Nunca, eso no.

MAF. La danza empieza otra vez...
¿Y de esa promesa insana
aún no ha venido su hermana
a reclamar?...

JAC. ¡No, pardiez!

MAF. ¿Piensas que vendrá?

JAC. Lo espero.

MAF. ¿Y qué harás?

JAC. Aún no lo sé.

Direla que ya olvidé
hasta si he jurado.

MAF. Pero...

(*Vanse hablando; el teatro queda solo un instante.*)

ESCENA III

MARIANA, en traje de máscara

No está..., cuidadosa
la sala crucé
buscándole en vano
cient veces y cien.
Estoy fatigada...,
aquí esperaré,
que apenas ya pueden
tenerme mis pies.

(*Se deja caer en una silla.*)

La noche está oscura:
horror, lobreguez
del cielo encapotan
el ancho dosel.
Silencio de muerte
se nota doquier,
canales y plazas
durmiendo a la vez;
la brisa no sopla,
que duerme también...
La noche es de cierto
terrible y cruel.

¡Si en vano este tiempo
llorando aguardé
con ciega esperanza
de loca altivez!
¡Si tantos delirios
y tanto amor fiel
habrán de hallar sólo
desprecio y desdén!
Entonces, amores,
piedad de mujer,
yo dentro del pecho
guardaros sabré.
Amor, si a mis plantas
rendir no le ves,
la miel de tus flores
convírtase en miel.
¡Ay, que si insensatos
burlaron mi fe,
de cierto la noche
terrible ha de ser!
¡Oh, breves instantes
de plácido bien,
que fuisteis un tiempo
mi vida y mi ser!
Amantes delirios,
tornad otra vez
y al alma agitada
su dicha volved.

Mas ¡ay!, que la noche
es horrible..., aquel
fue un tiempo de gloria
que no ha de volver.
Me abraso..., ¡cuál late
violenta mi sien!...
Mas..., ¡cieelos!, ¿me engaño?
Jacobo..., sí, es él.

ESCENA IV

MARIANA, JACOBO.

JAC. ¡Oh, talle celestial!
MAR. Me ha visto.
JAC. ¿Qué haces
aquí tan sola en apartada estancia?
¿Cánsate el son de báquicos clamores,
o acaso esperas misteriosa cita
del mortal que rebosa en tus amores?
MAR. Lo has acertado..., es eso.

JAC. ¿Sí?, perdona...
cedo el puesto al galán.

MAR. No..., te esperaba.

JAC. ¿Conóceme?

MAR. De cierto.

JAC. ¿Soy yo acaso
ese mortal feliz?

MAR. ¡Quién sabe!

JAC. Acaba.

MAR. ¡Tú eres, Jacobo!

JAC. Entonces, ¿por qué ocultas
tras ese rostro inmóvil tus facciones?

(*Quiere quitarle la máscara.*)

MAR. ¿Qué hacéis, conde? Soltad.

JAC. Si eres hermosa,
cual lo presumo de tus ojos bellos,
de esa garganta tersa que engalanan
en líbricas madejas tus cabellos,
¿por qué ocultas el rostro, mi señora?...

MAR. Hermosa me creyeron algún día,
luz me llamaron de brillante aurora...
Yo no sé si lo fui..., mas lo creía.

JAC. ¿Mas no sabré quién eres?

MAR. Sí, por cierto;
mas temo...

JAC. ¿Qué?

MAR. Que acaso has de enojarte
si ya en tu corazón dulces recuerdos
de un desdichado amor no tienen parte.

JAC. ¿Recuerdos de un amor?

MAR. ¡Ya no te agrada!
Ya la inquietud a tu semblante asoma,
y es menos halagüeña tu mirada.

¿Es posible que aún no me conoces?

JAC. No, por cierto.

MAR. ¡Oh! Que sí, que ya en el rostro
te está el despecho desmintiendo a veces.

JAC. ¡Mariana!

MAR. Allí en recuerdas...

JAC. ¿Cómo quieres
que olvidara un instante tus memorias,
que las memorias son de mis placeres?

MAR. ¡Ah, me amas todavía!

JAC. Eso no he dicho,
ni eso quise decir... En su corriente
los días a las cosas arrastraron,
borrando así del alma indiferente
la ilusión de los tiempos que pasaron.

Este mundo, Mariana, es otro mundo;

el hombre que ahora vez es ya otro hombre, [bre, que salvar debe de contacto inmundo el esplendor de su orgulloso nombre.

MAR. ¿Qué dices?

JAC. La verdad; lo que tú misma debiste conocer en otros días: esa ciega pasión, alimentada de una esperanza inútil, es ya fuerza que sucumba al destino subyugada, y que al poder de la razón se tuerza.

MAR. Piénsalo bien, Jacobo, no es ya [tiempo de volvernos atrás, ni yo he venido de una esperanza inútil halagada.

JAC. Habla.

MAR. ¿Olvidaste ya que un juramento para siempre nos liga?

JAC. No, Mariana: ni tú, sin duda, olvidarás tampoco lo que con violencia entonces me obligaron a que tuviera mi nobleza en poco. Cierto es que perjuré, que esa promesa que tu imprudencia a recordar se atreve, más que por mi conciencia fué dictada de un asesino por el hierro alevé. Suyo el perjurio fué, suyo es el dolo... Demándale ese infame juramento al cobarde puñal de Juan Dandolo.

MAR. Acabemos, Jacobo, ¿tú no sabes que si a tus plantas mi soberbia humillo es por piedad a ti?

JAC. ¿Piedad, señora?

MAR. ¡Me debes tanto amor!

JAC. Eso sí creo, de placer y de amor habla en buen hora. Olvida lo demás: el león regio al carnívoro tigre no se enlaza, ni es posible enlazar en torpe nudo tu raza innoble con mi noble raza.

MAR. Ten compasión de ti... [postrera responde: ¿has olvidado que ofreciste, muerto tu padre, recibir mi mano?

JAC. Que lo ofrecí a Dandolo, ya lo [viste.

MAR. Tu padre ya murió.

JAC. También tu hermano.

MAR. Si no fuese verdad...

JAC. Lo sé de cierto: en Florencia, por mano del verdugo, en pago de sus crímenes ha muerto.

MAR. ¡Oh!, pero aún vive su infeliz [hermana;

piénsalo bien, y que vengarse pueda, y que si soy mujer, soy veneciana. ¡Ay, si olvidando amores y promesas, descuidado y tranquilo te adormeces..., mísero tú, que de león blasonas, si del tigre la cólera embraveces!

JAC. Ya estáis, señora, por demás can- [sada: recordando esos locos devaneos, tenéis en mucho lo que tengo en nada.

MAR. Me insultáis, noble conde, por- [que débil y humillada me veis, vil y cobarde, burláis mi pena y despreciáis mi ruego, de tan negra maldad haciendo alarde.

¿Mi engañada pasión tenéis en nada? ¿No teméis que del suelo se levante la dignidad de la mujer hollada?

JAC. Basta ya, que es inútil la amenaza y es inútil el ruego, ya os lo dije. Nada puede Jacobo Dagolino, el noble conde de opulenta cuna, a la hermana deber de un asesino.

MAR. Sí, el honor.

JAC. No hay honor entre los tuyos, ni cabe mancha donde no hay pureza.

MAR. Tienes razón, Jacobo, ni tam- [poco cabe piedad de la venganza empieza.

(Abre la puerta y aparece en ella Bernardo [con máscara.)

ESCENA V

JACOBO, MARIANA, BERNARDO

BER. Guárdeos Dios.

JAC. Muy bien venido.

BERN. ¿Conocéisme?

JAC. ¿Un antifaz

usáis por rostro?

BERN. Es disíraz que para entrar me ha servido.

JAC. No es difícil de acertar, baile de máscaras doy.

BERN. Por eso con ella estoy.

JAC. Idos, os ruego, a bailar.

BERN. No vine a bailar aquí.

JAC. ¿Venís a hacer oración? No es, creo, iglesia el salón.

BERN. Es capilla para mí.

JAC. Pesado estáis por demás: vengáis por lo que viniereis, decidme lo que quisiereis.

¿Os deben algo?

BERN. Quizás.

JAC. ¿De quién reclamáis?

BERN. De vos.

JAC. ¿Es acaso alguna venta no cobrada?

BERN. Es una cuenta incompleta entre los dos.

JAC. Hablad con el mayordomo.

BERN. Sólo con vos ha de ser.

JAC. Mañana podéis volver.

BERN. ¿Mañana?, es muy tarde.

JAC. ¿Cómo?

¿Así osáis en mi palacio levantaros hasta mí?

Salid al punto de aquí, ¡o vive Dios!...

BERN. Más a espacio.

Una deuda habéis conmigo: y es fuerza que la paguéis.

JAC. Mañana la cobraréis.

BERN. Al punto ha de ser, os digo.

JAC. Pues bien, a cuenta tomad,

(*A larga una bolsa.*)

y volveréis por el resto.

BERN. No, señor conde, no es esto; esos papeles mirad. (*Muéstralos.*)

JAC. Eso es ya distinto asunto: mas... mal negocio tenéis:

más os valdrá que dejéis en su descanso al difunto.

BERN. Harto esa mujer os dijo: mirad lo que contestáis,

y ruégoo que no seáis en la respuesta prolijo.

JAC. ¡Holá!, señor valentón, ¿acreedor por poderes,

y abogando por mujeres venís? ¡Daisme compasión!

BERN. Mejor, conde, os estará la compasión de los dos, porque os juro que de vos también compasión me da.

JAC. Mal forjáis tan torpe dolo: si yo ese papel firmé,

con quien en él me obligué no es más que con Juan Dandolo.

BERN. Sólo quien reclama es él, y pues deber confesáis,

ved la respuesta que dais que os pregunta ese papel.

JAC. Vuestra impostura es bien vaná; en un cadalso expiró

Dandolo, y ya no soy yo quien se casa con su hermana.

BERN. Es decir, que si viviera, lo hicierais tal vez de miedo.

JAC. (Conmigo mismo no puedo.)

BERN. ¡Nunca tan vil os creverá!

JAC. ¿Sabéis a quién habláis?

BERN. Sí.

JAC. Pues teneos, ¡vive Dios!

BERN. Teneos, mal conde, vos, que os veis delante de mí.

JAC. ¿Yo a vos? ¡Necio! ¿Os olvidáis que a una voz, a una señal,

puedo echaros un dogal al cuello?

BERN. ¡Mucho fiáis!

JAC. Si aún fuerais Dandolo mismo, ¿no veis que por esa puerta

tenéis, a mi voz, abierta la eternidad y el abismo?

(*Mariana cierra, a estas palabras, la puerta del fondo.*)

MAR. ¡Corto, cerrándola yo, el paso a la eternidad!

JAC. ¡Traidores!

BERN. Conde, mirad. (*Descúbrese.*)

JAC. ¡Cielos!

BERN. ¿Os casáis o no?

JAC. ¡Oh! ¡No alcanzo a comprender si estoy, santo Dios, despierto!

¿Pues Juan Dandolo no ha muerto?

BERN. Vedlo vos.

JAC.

No puede ser.

BERN. ¿No me esperabas aquí?

¿Creíste en tu orgullo loco que me importaba tan poco mi honra y mi vergüenza a mí?

Porque tal vez no se oía su formidable rugido creíste al león dormido, mas el león no dormía.

Tendido en la sombra espesa puso a su cólera barras, más al aguzar las garras no perdió nunca la presa.

Porque un impostor villano mi nombre acaso tomó, fuera, ¡el necio!, se creyó del alcance de mi mano.

De ti mal pagado a fe, nuevas de mi muerte di, de la tumba no salí porque en ella nunca entré.

Te engañaste, ¡vive el cielo!, creyendo tan torpe dolo, porque si era Juan Dandolo soy Bernardo Caravello.

Ve, pues, lo que has de elegir y lo que has de contestar: mañana te has de casar o esta noche has de morir.

JAC. Mal esta audacia te está cuando en mi poder te tengo.

BERN. Por una respuesta vengo: ve, pues, quién me la dará.

JAC. Respuesta sí te daré y escúchame cómo empieza: esta noche tu cabeza al verdugo entregaré.

¡Hola!
(Va hacia la puerta excusada; Bernardo se le interpone.)

BER. Tente, mentecato; ¿no ves que tu voz sofoca el son del baile que toca en el salón inmediato?

Por la vez postrera, conde, que una respuesta me des.

JAC. Sal o mueres a mis pies.

BERN. ¿Te casas o no? Responde.

JAC. No.

BERN. Pues como noble lucha, o como traidor te mato.

(Riñen.—Golpes dentro.)

JAC. Allí tu sentencia escucha.

BERN. Con mi justicia me bato y es mi confianza mucha.

JAC. La puerta derribarán.

BERN. Será tarde.

JAC. Muy temprano para ti.

(Mariana, que ha permanecido inmóvil durante esta escena, como resuelta de una vez a dejar su lugar a su vengador, viendo que su hermano lleva la peor parte, exclama:)

MAR. ¡Piensa, oh hermano, en mis seis meses de afán!

JAC. Más ira tienes que brio: pierdes tierra.

BERN. No lo sé.

JAC. De un balcón te colgaré, si queda el campo por mío.

MAR. ¡Dios te dé, hermano, valor!

JAC. Es inútil esperanza.

MAR. Y quedarnos sin venganza (Con despecho.)

es quedarnos sin honor.

(A estas palabras Bernardo, recobrando lo perdido, desarma y hiere en una mano a Jacobo.)

BERN. No le perderás, a fe.

MAR. ¡Santo Dios!, ¡gracias te doy!

JAC. Fuera de combate estoy: ¿más quieres?

BERN. Sí.

JAC. Pues di qué.

BERN. Que mueras me importa sólo.

JAC. ¡Indefenso, vive el cielo!

BERN. Es que siendo Caravello soy a un tiempo Juan Dandolo.

Como Bernardo cumplí lidiando hasta desarmarte: falta a Dandolo su parte, que hay dos personas en mí.

JAC. (Todo el infierno en el pecho me revienta y me le abraza.

¡Tener en mi propia casa sobre mí mismo derecho!

Ven, dime, infernal mujer,

¿no basta que un Dagolino dando a tu suerte camino...?

MAR. Jacobo, no puede ser. Has ahogado mi esperanza, me has hollado en mi dolor, y... ahora no vale tu amor lo que vale mi venganza.

JAC. Pues bien, no es tan tarde aún: cuanto me pedis concedo; ¡ah!, un día..., y aún hacer puedo nuestra fortuna común.

MAR. No: te amé como a mi Dios, vine a postrarme ante ti, tú me escupistes así ya no hay medio entre los dos.

JAC. Mas luego...

BERN. Es vano decir.

JAC. Cuerpo a cuerpo...

BERN. Es delirar.

JAC. Con oro...

BERN. Arrójalos al mar.

JAC. Te salvara...

BARN. Has de morir.

JAC. Mañana...

BERN. ¡Quimera vana!

Nada hay aquí que te asombre: hoy pronunciarás mi nombre y a mí ahorcarán mañana. Muere.

(Vase a él.)

MAR. No puedo ya más: de tanta crueldad me espanto.

JAC. ¡Traidores!

MAR. ¡Le amaba tanto!

¡Bernardo, Bernardo!

BERN. ¡Atrás!

Tu honor a volverte voy ¿y aún vacilas?

MAR. Tiemblo, a fe.

(En el punto en que Bernardo, vuelto a su hermana, la dirige la anterior reconvencción, Jacobo abriendo la puertecilla falsa entra en un gabinete contiguo. Bernardo, clavando el contrato en el puñal le sigue, diciendo:)

BERN. Aqueste el contrato fué y le cumplo.

JAC. ¡Muerto soy! (Dentro.)

ESCENA ÚLTIMA

Abrense por fin las puertas del fondo, y entran todos los que se suponen en el salón del baile, los que no hallando en la escena más que a MARIANA, dicen asombrados:

TODOS. ¡Cielos! ¿Y Jacobo?

BERN. Aquí:

(Saliendo del gabinete.)

una palabra empeñó:

si él perjuró no cumplió,

yo, por mi parte, cumplí.

(Algunos se dirigen al gabinete. Otros se quedan en la escena.)

PED. ¡Qué veo!

MAF. ¡A vengarse sólo

salió de la tumba helada!

BERN. Conmigo ven, desdichada.

(A Mariana.)

MUCHOS. ¡Tentel!

BERN. Paso a Juan Dandolo.

CADA CUAL CON SU RAZÓN

COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAS

- EL REY DON FELIPE.
- EL MARQUÉS DE VÉLEZ.
- DON PEDRO.
- DOÑA ELVIRA.

- INÉS.
- EL CONDE DON GUILLEN.
- SEGUNDO EN LA ESCENA.
- RONDA Y SOLDADOS.

La escena en Madrid. El acto 1.º en el jardín de doña Elvira; el 2.º y 3.º en la antesala de su habitación. La acción empieza el 21 de septiembre de 15... a las once de la noche, y concluye al día siguiente, a la misma hora

ACTO PRIMERO

Noche, y Jardín de doña Elvira.—A un lado un asiento de piedra.—En el fondo, la casa de doña Elvira, con rejas y balcones, y más a la derecha una puertecilla que da del jardín a la calle.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO

PEDRO. Decídmelo al menos su nombre.
 ELVIRA. No lo debéis conocer.
 PED. ¿Y eso no es darme a entender que amáis, Elvira, a ese hombre?
 ELV. Ya dije que es un secreto.
 PED. Mas si el secreto no sé, ¿cómo de él me fiaré?
 ELV. Por mi palabra sujeto.
 PED. ¿Os amo, don Pedro, a vos, a os creedme, y no os asombre,

os juro a Dios que de ese hombre necesitamos los dos.
 PED. No lo comprendo, señora; quién soy yo, dónde he nacido, quiénes mis padres han sido estoy ignorando ahora.
 Vivó desde que nací acaso a merced ajena, sin que pudiera mi pena llegar a costumbre en mí. Siempre (¡inocente quizás!) tan negro destino lloro, mas cuando sé que os adoro no necesito yo más.
 ELV. Don Pedro, sin freno vais buscando mi perdición.
 PED. ¡Me haréis perder la razón!
 ELV. Nada de ese hombre temáis.
 PED. ¿Que nada tema decís de un hombre que os enamora,

cuando estoy viendo, señora,
que favores le admitís?

ELV. ¡Hay, don Pedro, tal afán!
¿Pues yo misma no os lo digo?
Puede ese hombre ser mi amigo,
pero nunca mi galán.

PED. ¿Y cómo creeros puedo
si sé que os habla de amor?

No dudo de vuestro honor,
mas tengo a su audacia miedo.

Cuando os contemplo con él,
Elvira, en conversación,
me rebosa el corazón
en lugar de sangre, hiel.

Vos me lo habéis suplicado
ante mí puesta de hinojos,

y aunque es para darme enojos,
con causa os habréis hallado.

Pues tan liviana no os creo
que, para mentir mejor,

hicierais mi propio amor
segundo en tal devaneo.

Obedezco, llero y callo
sentencias de vuestra boca,

porque al fin sólo le toca
obedecer al vasallo.

Mas en causa tan sagrada,
aun siendo mi propio hermano

echara menos la mano
el gavilán de mi espada.

ELV. Por medio, don Pedro, estoy
en tan espinoso asunto,

y os ruego que en él ni un punto
os olvidéis de quien soy.

PED. Eso sólo me contiene,
y si es fuerza que os lo diga,

eso tan sólo me obliga
a respetar al que viene.

Que os juro que de otro modo,
si en mi razón me fiara,

en la calle le esperara
atropellando por todo.

ELV. Bien, pues os vuelvo a advertir
que en paz a ese hombre dejéis,

y no más me preguntéis,
que no os puedo más decir.

PED. Yo más os preguntaré
pues tal es vuestra sentencia,

mas si podré mi paciencia
tener a raya, no sé.

ELV. Cómo la tenéis mirad,
que, porque me importa mucho,

al preveniroslo lucho
con mi propia voluntad.

Mandároslo no quisiera,
mas a faltarme él o vos,

don Pedro, de entre los dos
yo no sé a cuál eligiera.

PED. ¡Loco me habéis de volver!
¡No es, decís, vuestro galán,

y evitáis con tanto afán
cuanto le puede ofender!

Que me adoráis me decís,
y a vuestro amor siendo fiel,

comparándome con él,
que dudáis me prevenís.

Decidme si podéis, pues,
¿es vuestro padre, señora?

ELV. No por cierto.

PED. ¿Es en mal hora
hermano?

ELV. No.

PED. ¿Pues quién es?
¿Debeísle tantos favores,

vida, hacienda, honor quizás...?

ELV. No le debo a ese hombre más
que penas y sinsabores.

PED. ¿Y le amáis?

ELV. No, le respeto.

PED. ¿Y el respeto solamente
puede en vos...?

ELV. Andad prudente,
que tocáis en mi secreto.

PED. ¡Oh! Por cuanto sois y amáis
fiad el secreto en mí,

que al depositarlo aquí
en un pozo lo enterráis.

ELV. Dijeos, don Pedro, que no.

PED. ¡Morir de celos me haréis!

ELV. De celos no os acordéis
mientras os los guarde yo.

PED. Mas ved que es duro castigo
para un amante, señora,
ser por secretos que ignora
de ajenas dichas testigo.
Pensad lo cruel del tormento
de esperar puesto en un potro

sabiendo que tiene otro
entrada en nuestro aposento.

ELV. ¿En mi aposento? Eso no;
reparad que jardín es.

PED. Para estar a vuestros pies
por igual lo tengo yo.

Y aún es peor, en verdad,
que un techo de roble o piedra,
un banco de verde hiedra
y un techo de oscuridad.

ELV. Callad ya, que me ofendéis:
pues con sospecha tan ruin
¿a solas en mi jardín
que estáis conmigo no veis?

Y si soy quien soy con vos
con quien a casarme voy,
¿dejaré de ser quien soy
con quien odiamos los dos?

Don Pedro, pensadlo bien,
y no así, de celos loco,
tengáis a una dama en poco
sin razón y sin por quién.

PED. ¿Sin por quién? ¿Pues y ese hom-
a quien vais a recibir?

ELV. Necio andáis en insistir,
que nunca os diré su nombre.
Y escuchadme en conclusión,
don Pedro, porque a fe mía
que es ya larga esta porfía,
tenga o no tenga razón.

Yo os amo. ¿Qué más queréis?
No hubo jamás hombre alguno
que no me fuera importuno
desque vos me conocéis.

Si cansado de mi amor
me dejarais inconstante,
no fuera un claustro bastante
para enterrar mi dolor.

Por ello en el alma herida,
olvidando al mismo cielo,
osara en mi desconsuelo
atentar contra mi vida.

Mas es, don Pedro, preciso
que a ese hombre reciba aquí,
y ha de ser, don Pedro, así
aunque importe el paraíso.

Mirad si causa tendré
cuando así ante vos me humillo.

PED. Asombrado estoy de oílo,

y aún no lo comprendo a fe.
Que murierais me decís
si yo os dejara de amar:
¿eso debéis esperar,
y, sin embargo, insistís?

ELV. Eso esperar no debía;
mas ya que desde hoy lo espero,
espero en Dios, caballero,
que os arrepintáis un día.

PED. ¡Mas lloráis!... decidme al fin
el secreto y concluyamos.

ELV. Mirad, don Pedro, que estamos
a solas en el jardín.

PED. ¡Oh, tanto dudar me ofende!
¿No puedo ayudaros yo
en ese secreto?

ELV. No,
que si se aclara se vende.

PED. ¡Señora!
ELV. Que desconfío
de vos nunca imaginéis;
quien le venda no seréis,
seré yo, porque no es mío.

PED. Una palabra no más,
y perdonádmela, Elvira;
¿desconfianza os inspira
mi nacimiento quizás?

ELV. Don Pedro, yo en vos no amé
la cuna en que habéis nacido;
hidalgo os he conocido,
siempre hidalgo os amaré.

Cuando en mi antigua alicción
me hallasteis de amor ajena,
vos consolabais mi pena
sin preguntar la razón.
Nada vos sabéis de mí,
ni de vos nada sé yo;
puesto que no nos pesó,
sigamos, don Pedro así
y retiraos.

PED. Adiós,
señora, y ved lo que hacéis.

ELV. Lo que he resuelto sabéis.

PED. Dios os guarde.

ELV. Va con vos.

Inés, a don Pedro guía
y cierra luego el portal.
(Secreto triste y fatal
que me pone en la agonía.)

(*Siéntase en el banco ocullando el rostro en sus manos con profunda agitación, mientras en el lado opuesto pasa aparte la segunda escena.*)

ESCENA II

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO, después INÉS

PED. ¡Tan rara contradicción no es posible comprender! Razón deberá tener, y muy grande en mi opinión. Mas yo sabré la razón, antes de salir de aquí, y ambos cumplimos así, pues tengo que en tal aprieto no vende Elvira un secreto que sólo yo sorprendí.

INÉS (con luz). Cuando gustéis.

PED. Bien está. (El osado siempre acierta.) (A Inés, aparte, tomándola por la mano.) Oye, en llegando a la puerta con brío un portazo da. Despídeme en voz tan alta que se oiga aquí.

INÉS. ¿Para qué?

PED. De esta casa no saldré.

INÉS. ¿Eso más?

PED. Aún hago falta.

INÉS. Es imposible, por Dios.

PED. (mostrando la daga, llevándola aparte.)

Dos recompensas, Inés, de oro y hierro: elige, pues, la que quieras de las dos.

INÉS. Mas...

PED. ¡Silencio!

INÉS. Luego...

PED. Elige.

Si salgo, volveré a entrar.

INÉS. Pues mirad que a mi pesar la necesidad lo exige.

PED. No temas; desde esa reja quiero escuchar solamente.

INÉS. ¿No más?

PED. No.

INÉS. ¿Seréis prudente?

PED. Mi razón me lo aconseja.

INÉS. Pues vamos.

PED. Salgamos, pues, que es a mi impaciencia tarde. (Vanse.)

INÉS (dentro y alto).

Buenas noches. Dios os guarde,

PED. (dentro y alto.)

Buenas las tengas, Inés.

don Pedro, cuando (Oyese un portazo.)

ESCENA III

Vuelve INÉS al jardín, y al mismo tiempo asoma DON PEDRO por la ventana del fondo

INÉS. (Grande empuño acometi; con bien me saquen los cielos.)

PED. (en la reja.) (De mi honor y de mis celos pongo la atalaya aquí.)

ELV. ¿Le seguiste?

INÉS. Sí, señora.

ELV. ¿Le conociste?

INÉS. No sé.

Mas lo que he visto diré, que más no puedo.

ELV. En buen hora.

INÉS. Ya de Santiago a la puerta os aguardaba, a mi ver,

con el otro.

ELV. Puede ser.

INÉS. Siempre la cara encubierta

Paráme como esperando,

vióme, mirele, miró,

mas siguió disimulando.

Vinose a poco hacia mí,

gané la vuelta a una esquina,

y él porfiado y yo ladina,

rogó, negué, dió y cedi.

Dijele que en vuestra casa

ya no estoy, pero que en ella

tengo amiga la doncella,

quien me cuenta lo que pasa.

Que atropellando por todo

si aquí esta noche venia,

que os hablara dispondría

tomando a mi cuenta el modo.

ELV. ¿Y le esperas?

INÉS. Sí en verdad.

PED. (en la reja).

(¿A qué ya aguardar el resto?

¡Voto a Dios que más es esto

que inconstancia, liviandad!)

ELV. ¿Y estás segura que es él?

INÉS. Gran respeto le mostraba

su compañero, y llevaba

lacayo, paje y doncel.

¡Oh! Rico y gallardo mozo

es a fe, que se le vía

una cruz de pedrería

por debajo del embozo.

ELV. (El paje... el doncel... ¡la cruz...!

Leales son mis recelos;

prestadme esta noche, cielos,

tiento al labio, al alma luz.)

¿Distele la llave, Inés?

INÉS. Sí, señora.

ELV. ¿Y no vendrá

solo?

INÉS. A fe que tal no hará

si es hidalgo.

ELV. Vete, pues.

INÉS (marchándose).

(Al miedo en esta ocasión

debe el tener un testigo.)

PED. (Lo que no oí como amigo

oíre como ladrón.)

ESCENA IV

DON PEDRO, en la reja; DOÑA ELVIRA, en el jardín

ELV. Mi don Pedro, perdón si misteriosa,

dando a un santo deber rostro liviano,

amiga infiel y amante mentirosa

tu limpio amor al parecer profano.

Si ora verme pudieras y escucharme,

¡oh! con harta razón me detestaras;

mas cuanta más hallaras para odiarme,

mayor razón para quererme hallaras:

Tú me creyeras a tu amor perjura,

y nunca en tu cariño más constante,

en las tinieblas de la noche oscura,

cuanto nuestro liviana, guardo amante.

No lo alcanzas. Yo sé, mas siempre ignora

este secreto que mi honor no infama:
siempre mi firme corazón te adora,
segura amante o sospechosa dama.

PED. (en la reja).

¿A qué para venderme, misteriosa

dar a esotra pasión rostro liviano?

¿Por qué, si no me amas mentirosa,

tu amor me velas a mi amor profano?

¡Oh, si pudieras verme y escucharme,

cómo mi atrevimiento detestaras!

¡Mas, si razón tenías para odiarme,

medio mejor de despedirme hallaras!

No asiliviana y a tu amor perjura,

acudiendo a misterios de constante,

en el silencio de la noche oscura

vendieras al galán con el amante.

¡Ese el secreto fué que ya no ignora

mi alma ofendida y que tu honor infama!

Perdióte al fin mi amor... pero aún te

[adora,

segura amante o sospechosa dama.

ELV. Siento pasos.

PED. Sin duda de esa puerta

dióle las llaves.

ELV. ¡Ayudadme, cielos,

que mi inocencia veis!

PED. ¡Celos, alerta,

que pues sueños no son, ya no sois celos!

ESCENA V

DON PEDRO, en la reja; DOÑA ELVIRA, en el jardín; EL REY y EL CONDE DON GUILLÉN, por la puertecilla del fondo.

EL REY se adelanta, y EL CONDE queda guardándole la espalda casi en el centro del teatro.

REY (a don Guillén.) ¿Es aquí?

GUILLÉN (al rey). Sin duda alguna.

REY (a don Guillén). Llamaremos.

ELV. (Ellos son.)

REY (a don Guillén). Tantas venturas aduna

que aún no creo en mi fortuna.

PED. (Dios me alumbré la razón.)

ELV. (al rey). ¿Quién va allá?

REY (a D.^a Elvira). ¿Sois vos, señora?

ELV. ¿Y el de Santiago sois vos?

REY. ¿Llego tal vez en mal hora?

ELV. No por cierto, esta es la hora.

REY. ¡Oscura noche por Dios!

ELV. ¿Qué le hace la oscuridad?
(*Se sienta en el banco.*)

REY. Para sentiros y hablaros, nada: mas hace en verdad para veros y adoraros.

ELV. Esquiva tengo la faz.

REY. Hermosa como un lucero, os la he visto.

ELV. ¿Dónde?

REY. En misa.

Y con más espacio infiero que he de verla.
(*Acercándose con audacia.*)

ELV. ¡Caballero!

REY. ¿Qué?

ELV. Que amáis con mucha prisa.

REY. ¿Cómo?

ELV. Aún no sabéis quién soy, ni yo vos, y ya queréis exigir...

REY (*reportándose*). No, sólo voy a pedirlos que os nombréis por conoceros desde hoy.

ELV. (*con indiferencia*). Llámome Rita Aguilera.

PED. (*en la reja*). ¿Habrás desvergüenza tal?

REY. ¡Pues, Rita, sois hechicera!

ELV. Yo vuestro nombre os pidiera si nó lo hubierais a mal.

REY (*con indiferencia*). Llámame Juan Benavente, hijo de opulento hidalgo de Segovia.

ELV. ¡(Bien lo mientel)

REY. Hay quien me llama el valiente, mas poco en el mundo valgo.

ELV. Oh, nó he pensado yo así al veros.

REY. ¿Y dónde?

ELV. En misa.

Noble y valiente os creí. Que por eso os elegí...

REY (*interrumpiéndola*). También vos amáis de prisa.

ELV. Hablé con el corazón

algo indiscreta tal vez; perdonad...

REY. No hallo razón; palabras sencillas son, y es virtud la sencillez. Por una mujer sencilla anduve loco poco ha. Lo sabe toda Castilla...

ELV. (*interrumpiéndole*). ¿Qué habéis hecho en nuestra villa que tanto os conocen ya?

REY. ¡(Tiene la memoria fiel)

¿Qué queréis! ¡Era mi novia!

ELV. ¡(No estudió mal su papel)

¿Conque fuisteis en Segovia los amantes de Ternel?

¿Y es muy antigua esa historia?

REY. No tengo exacta memoria.

ELV. ¡Hermosa sería ella!

REY. No os igualaba en lo bella.

ELV. Dios os la tenga en la gloria.

REY. ¿Mas qué nos importa ya? Eso a más os probará que sé amar.

ELV. Y eso igualmente prenda para mí será, señor don Juan Benavente.

(*Doña Elvira deja caer un guante. El rey se baja a recogerle, y la da un beso en la mano.*)

REY. ¿Qué fué?

ELV. Dejadlo, es el guante.

REY. Permitid que le levante, y en vuestra mano primero dulce señal... (*La besa.*)

ELV. ¡Caballero!

REY (*con autoridad*). Tended la mano adelante.

ELV. No será.

REY. Os le he de poner, o con él me he de quedar.

ELV. Vos veréis lo que ha de ser, mas mucho os vais a obligar si eso os atrevéis a hacer.

REY. No hay obligación penosa que yo no emprenda por vos.

ELV. Vedlo bien.

REY. Sois muy hermosa.

Y negaros cualquier cosa
me fuera en mengua, por Dios.

ELV. ¿Lo prometéis?

REY. Lo prometo.

ELV. Ved que es muy noble el sujeto.

REY. ¿Pues qué habrá que hacer con

ELV. Nada, firmar un papel [él]

y guardar ambos secreto.

REY. ¿Mas a qué mi firma aquí?

Si es que os estorba un galán,

¿no basta, Rita, que así

me lo encomendéis a mí?

ELV. No me basta.

REY. ¡Hay tal afán!

Si es que os importa que muera,

nombradle, que morirá.

ELV. Morir ¡oh! Dios no lo quiera.

¡Por la suya el alma diera!

REY. ¿Sólo un destierro será?

ELV. Mientras sepa que está aquí

ni respiro ni sosiego.

REY. ¿Le teméis?

ELV. No.

REY. ¿Le amáis?

ELV. Sí.

REY. Y queréis que a vuestro ruego...

ELV. Su amor no os estorba en mí.

REY. ¿A dos amáis? Es traición.

ELV. No os dé pena esa pasión,

que al nacer ya la tenía.

PED. *(en la reja)*.

¿Que tan negra alevosía

cupiera en su corazón!

REY. ¿Mas mi firma de qué os vale?

ELV. Si la pónéis toda entera,

sé que a mi deseo iguale;

con ella de Madrid sale,

y esa nuestra dicha fuera.

PED. ¡Oh! sí, de Madrid saldré,

mas de tu amor satisfecho

vengado a la par iré.

¡Tanta cólera no sé

cómo me cabe en el pecho!

REY. Mas tal porfía en firmar

es inútil.

ELV. Pues el guante

volvedme, o voy a llamar,

y podéis, don Juan, temblar

que mi gente se levante.

Prenda por prenda en buen hora;
por ese guante un papel.

REY. *(Sin duda que la traidora
mas me conoce...)* Mas, señora,

¿qué queréis hacer con él?

ELV. ¿Y qué queréis hacer vos
del guante?

REY. Llevar conmigo
una prenda por testigo

de nuestro amor.

ELV. ¿De los dos?

Ved que yo a nada me obligo.

REY. ¿Mas pagaréis igualmente

con el vuestro mi favor?

ELV. Viviréis eternamente

de mi memoria señor.

REY. Sois como bella indulgente.

Conmigo le llevaré;

recuerdo de mi fortuna,

estaré donde yo esté.

ELV. Yo el papel reclamaré

en hora más oportuna.

REY. Doquier que le reclaméis

os juro que le obtendréis,

mas ved que a cambio de amor.

ELV. ¿No habéis cumplido, señor,

y ya que cumpla queréis?

Sois injusto.

REY. Amante soy,

y los favores que os pido

en devolveros estoy:

que lo que os exijo mido

tan sólo por lo que os doy.

Noble nael, y os adoro;

cuanto soy, Rita, os ofrezco;

cuanto tengo, espada y oro;

que aunque tanto no merezco,

desde mi nada os imploro.

ELV. ¡Galán estáis por demás!

REY. No es a fe galantería,

sino amor, Rita.

ELV. ¿Eso más?

REY. ¿Esto os ofende quizás?

Por Dios que lo sentiría.

Mas ya que tanto me honráis,

un favor además, Rita,

es fuerza me concedáis.

ELV. Decid lo que deseáis.

REY. Repetiros la visita.

ELV. Para firmar el papel cuando gustáreis venid; mas no cual galán infiel que teme que den tras él las hablillas de Madrid. Venid con la luz del sol sin reserva, en claro día, y no a la luz de un farol; que eso no arguye hidalgüía en un galán español.

REY. Así lo haré, descuidad.

GUILL. (Tan poca dificultad... pronto rindió su albedrío.)

PED. (en la reja).

(Nunca creyera, Dios mío, tan torpe infidelidad.)

REY. Del guante...

ELV. Dejadlo así,

que prenda al cabo será del papel... mas ¡ay de mí!

(Ruido en la puerta del jardín.)

REY. ¿Qué tenéis?

ELV. Si mal no oí...

REY. Pesárame azas...

(El marqués entra embozado por la puerta falsa. El conde, al sentirle, dice:)

GULL. ¿Quién va?

ESCENA VI

Dichos; EL MARQUÉS, que al entrar da con DON GUILLÉN, y se detiene a su voz

MARQ. ¡Dios me valga! Traición es. ¿Habránme visto salir?

PED. (quitándose de la ventana). (Por Cristo que ya son tres, y tanto no he de sufrir.)

GUILL. (al marqués). ¿Quién va?

MARQ. (volviéndose). Volveréme, pues.

(Don Pedro, al salir a la escena, gana la puerta del jardín, interponiéndose al marqués.)

ELV. (al rey).

Sin duda os han descubierto.

REY. (a Elvira). Retiraos vos.

(Vase Elvira.)

PED. (al marqués). ¿Quién va?

MARQ. (Por Dios que el jardín abierto a nuestra deshonra está.)

PED. (al marqués). Responda quién va, o es muerto.

MARQ. (a don Pedro).

Tened, que sólo sois vos

quien aquí ha de responder,

PED. Os tengo de conocer

mas que os pese, voto a Dios,

REY (llegando).

Ved de qué manera, pues,

que si no yo estoy demás.

PED. (poniendo mano a la espada).

Echaos todos atrás,

u os acuchillo a los tres.

REY (adelantándose).

Pues que estoy de sobra dije

a mi vez, ¡atrás, amigo!

PED. (con ironía). Que sois peor enemigo que galán bien se colige.

No hay otro medio, señores,

(Sacando la espada.)

en las manos los aceros,

reñid como caballeros

o morís como traidores.

(Viénesse don Pedro a ellos, y el rey se pone en guardia.)

REY. ¡Adelante!

PED. Hais de decir quién sois y a qué habéis entrado,

o por Dios crucificado

que no volvéis a salir.

REY. Caballeros como yo

no ceden a ningún hombre.

PED. Quien no dió a mi voz su nombre, el alma a mi estoque dió. (Riñen.)

MARQ. (Terrible apuro por cierto:

si les descubro quién soy,

mi vida al verdugo doy;

si callo, acaso soy muerto...

Riñamos, que es lo mejor.)

(Se mete a estocadas.)

ESCENA VII

EL REY, EL MARQUÉS, DON PEDRO y DON GUILLÉN, riñendo; DOÑA ELVIRA y CRIADOS, con luces.—Todos recatan el rostro.

PED. (furioso). ¡Aquí luces!

REY (a don Pedro). ¡Mantecato!

¿Vais con tan necio arrebatado a atropellar por su honor?

ELV. (llegando).

¿Tanto tumulto en mi casa?

PED. Aquí...

REY (a don Pedro). ¡Callaos ahora!

Vos perdonadnos, señora. (A D.^a Elvira.)

si esto sin disculpa pasa.

Por caso afuera reñimos mal pensando unos de otros,

la ronda dió con nosotros y en el jardín nos metimos.

La puerta estaba entornada, y aquí cada cual resuelto a recatarse, hemos vuelto a la pendencia empezada.

GUILL. (Bien las urde el Benavente.)

ELV. (¡Esa mentira me salva!)

PED. (Razón tiene; ya es el alba y aún en la calle no hay gente.)

REY (a don Pedro).

Luego podremos reñir.

ELV. Si no era más, id con Dios.

REY (a Elvira). Perdonad la ofensa vos y que la faz descubrir

ninguno hayamos osado, puesto que el rostro enseñar satisfacción era dar

a quien le hemos recatado.

ELV. Vais con perdón y salid.

MARQ. (que se ha mantenido siempre tras de todos).

(¡Bien con la sombra libré!)

REY (a Elvira).

Quién la puerta abrió y a qué no sabrá nadie en Madrid.

ESCENA VIII

Decoración de calle figurando el exterior de la puerta del jardín de doña Elvira, y amanece

EL REY, EL MARQUÉS, DON PEDRO y DON GUILLÉN, saliendo

PED. En la calle estamos ya, y o quiénes sois me decís

o aquí conmigo reñís.

REY. Mirad vos cómo será.

PED. Espada y daga conmigo, (Desenvainando.)
campo con los tres haré.

MARQ. (poniéndose al lado de don Pedro). Dos a dos, con vos seré,

y después vuestro enemigo.

REY (desenvainando). Sea, y partida la calle,

la espada una vez desnuda, brazo audaz y lengua muda por sí cada cual batalle.

(Sacan las espadas y riñen, el rey y don Guillén de un lado, el marqués y don Pedro de otro.)

ESCENA IX

DICHOS; UN ALCALDE DE CORTE CON RONDA y SOLDADOS

ALCALDE. Ténganse al rey, caballeros.

PEDRO. En mal hora habéis llegado.

ALC. Dense al rey.

REY (a don Pedro). Dese el menguado, que al rey no llegan aceros.

Esta es mi espada, tomad. (Al alcalde.)

PED. (al rey). Entregaisla de cobarde.

REY. (a don Pedro). Volveremos, que no es tarde.

PED. ¡Si por Dios!

REY. No en la ciudad.

PED. Hoy mismo.

ALC. (mirando la espada del rey). Mas este sello...

¿Quién sois?

REY. (desembozándose). Un hidalgo

ALC. ¡El rey! [aquí. Todos de rodillas, menos el marqués y don Pedro. ¡El rey!

(El marqués, que se ha mantenido embocado, al oír nombrar al rey, vuelve la espalda; algunos alguaciles le siguen.)

MARQ. ¡Ay de mí! (Vase.)

ALC. ¡Perdonad, señor!

REY. En ello cumplís vuestra obligación.

PED. ¡Vive Dios!

REY (a don Pedro). ¿Qué murmuráis?

PED. Me pesa que el rey seáis,
que reñía con razón.

ALGUA. (*trayendo al marqués siempre
embozado*).

Este hombre riñó con vos,
y al conocerlo dió a huir.

REY (*con nobleza*). Dejadle, señores, ir,
que pues no pudo ¡por Dios!
desembozarle mi espada,

que muestre la faz no es ley
quien riñó contra su rey

por conservarla tapada. (*Vase el marqués.*)
Decid que acerquen mi coche; (*A unos.*)

y yo os aconsejaría (*A todos.*)
que no contarais de día

lo que habéis visto de noche.
(*Vase el rey, y todos le siguen con el som-*

brero en la mano.)

ESCENA X

DON GUILLÉN, DON PEDRO

(*Don Guillén lleva a don Pedro a un lado
y le dice con aire triunfante.*)

GUILL. Nadie a su rey puede osar
a quien su altura no asombre.

(*Vase don Guillén, y antes que salga de
la escena le toma del brazo don Pedro,
y llevándole aparte le dice con desprec-*

cio:)
PED. Como él bajara a ser hombre,
yo le saliera a esperar.

ACTO SEGUNDO

Antesala del cuarto de doña Elvira, que estará a la izquierda. — A la derecha, una puerta que da al exterior, y otra enfrente que da al interior de la casa. — En el fondo un balcón, a cuyo lado derecho se ve otra puerta de celosías que da a un pasadizo cubierto, y al izquierdo una puertecilla secreta por donde está entrando el marqués en el momento de alzarse el telón.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS

La puerta vuelvo a cerrar.
¡Santo Dios, que entre hoy así

como un ladrón, quien aquí
como dueño puede entrar!

En mis seis años de ausencia
con ella estuve soñando...

¡y estoy, vive Dios, temblando
de ponerme en su presencia!

¡Si ciega tras el placer
corriendo, de mí olvidada,

me tuviera avergonzada
que salir a responder!

¡Si a los halagos de ese hombre
al fin su virtud rendida,

la encontrara envilecida
indigna ya de su nombre!

¡Oh, que vileza tamaña
quepa en un alma real!

¡Que obre villano tan mal
todo un monarca de España!

¿No debiera estar contento
quien me ha robado mi amor,

que aún llega a mi propio honor
con tan torpe atrevimiento?

Mas es fuerza que me oculte
si al cabo he de obrar con tino,

no sea que errando el camino
más luego le dificulte.

(*Párase delante del gabinete de doña
Elvira.*)

No, que el rey puede tardar
y acudir antes Elvira.

(*Delante de las celosías.*)

A salvo de aquí se mira,
pero no sé cómo entrar.

Este pasadizo... cierto
corresponde al corredor...

Mas el peligro es mayor
si el corredor no está abierto.

(*Delante de la puerta que da al exterior.*)
Da esta escalera al jardín...

mas desde un balcón pudiera
verme en el jardín cualquiera,

y es vano el secreto al fin...
¡Pobre Elvira! ¡Elvira mía!

¡Cómo podrás suponer
que te venga a sorprender

quien a abrazarte venía!
Pobre niña encantadora,

mitad de mi corazón,

secretos del cielo son
que el hombre imbecil ignora.
¡Oh, cuántos años sin verte,
hermosa luz de mis ojos,
llamé al son de los cerrojos
desesperado a la muerte!
Colmó mi temor por tí
mis penas y mis desvelos,
pero al fin, ¡viven los cielos!
que de vuelta estoy aquí.
Y ¡ay del que pudo a tu honor
osar, niña abandonada!
No me tendrá ya la espada
el respeto ni el temor;
ni me ha de arredrar la ley,
que de ira y de celos loco,
tendré por mi honor en poco
a la justicia y al rey.
¡Mas qué digo! ¡Loco estoy!
¡Yo a mi rey?... ¡Mas si es preciso!...
No, que injuriarme no quiso,
pues aún ignora quién soy.

(Mirando.)

Alguno viene... es Inés.
¡Dueña constante y leal
que tan amiga en el mal
como en la fortuna es!
De ella asegurarme quiero;
que pues fiel aún la hallo aquí,
que ha de hacer tanto por mí
como por Elvira infiero.

(Se retira a un lado.)

ESCENA II

EL MARQUÉS, INÉS

INÉS. ¡Jesús! Aún no me ha salido
del cuerpo el susto de ayer!
Razón tenía en temer
de don Pedro lo atrevido.
Necia de mí, a quien el miedo
la voluntad manió...
¿Pero qué pude hacer yo,
Virgen santa, en tal enredo?
Él sólo quería oír;
¿quién se había de figurar
que pudiera otro llegar
con intención de reñir?

(Pausa.)

Yo, que a don Pedro encerré,

motivando la querrela,
¿cómo ahora delante de ella
sin vergüenza me pondré?...
«¿Con que así Inés en mi casa
la lealtad de tantos años
hoy con tan torpes amaños
desacredita y traspasa?»
Eso dirá, sí por cierto,
y con razón, doña Elvira...
Antes de aquella mentira
valiera más haber muerto.

MARQ. (Negando a ella.)

Quien se arrepiente pecando
no está lejos del perdón.

INÉS (dando un grito). ¡Ay!

MARQ. ¡Tente!

INÉS. ¡Aparta, visión!

MARQ. ¿Inés, estás delirando?

INÉS (de rodillas).

¿Dejaste, sombra fatal,
el sepulcro que te encierra,
o estás purgando en la tierra
tus delitos de mortal?

MARQ. Alza, Inés.

INÉS. Perdón os pido,
alma de don Juan Cisneros.

MARQ. ¡Inés!

INÉS. Malos caballeros

ya sé que vos han vendido;
que vivisteis encerrado,
que os ahorcaron...

MARQ. ¡Calla, Inés!

INÉS. Y confieso a vuestros pies
que contra vos he pecado.

MARQ. Inés, vivo estoy a fe;
alza, que jamás he muerto,
que es un cuento.

INÉS. Será cierto,
¡mas no me levantaré!

MARQ. Alza, Inés, o ¡vive Dios!

(La coge por el brazo.)

que si apuras mi paciencia,
te muestre con evidencia
que estoy vivo!

INÉS. ¡Vivo vos!

MARQ. Vivo, sí, veme, yo soy;
ese azoramiento calma:
yo soy en cuerpo y en alma
Juan Cisneros.

INÉS. ¡Sin mí estoy!
¡Vos el marqués, y vivís!
Por muerto os hemos llorado.

MARQ. En vida estuve enterrado.

INÉS (retrocediendo).
¿Resucitado venís?

MARQ. No temas. En una torre
me encerró mi mala suerte,
y por eso de mi muerte
falsa la noticia corre.

Celos de un hombre que pudo
pusieronme, Inés, allí:
anoche libre me vi,
y aunque lo veo, lo dudo.

INÉS. ¿Conque vivís, mi señor?

MARQ. ¿Y tu ama?

INÉS. Por vos suspira
día y noche... doña Elvira.

(Llamando.)

MARQ. No la llames, es mejor.

INÉS. ¿Cómo, señor, no querriais
ver vuestro amor, vuestra perla,
vuestra vida?

MARQ. Es sorprenderla,
asustarla.

INÉS. ¿Dudariais?

Crejera que vuestro gesto
retrata una desazón
que os destroza el corazón.

¿Podréis no amarla? ¿Qué es esto,
señor?

MARQ. Anoche soñé
celoso con una afrenta.

¿Ese afán que me atormenta
puedes calmarme?

INÉS. No sé.

MARQ. Inés, apenas cayeron
ayer las luces del día
y en la neblina sombría
los objetos se envolvieron,
por la puerta del jardín
ansioso a veros entraba,
cuando un hidalgo que estaba
apostado en un confin,
me recibió con su acero;
quiseme de él recatar,
y al huírle vine a dar
con el de otro caballero.
Uno por la puerta entró

de la calle; sé quién es;
a los otros dos, Inés,
alguno al jardín llamó.

¿Por ti entraron?

INÉS. No, señor.

MARQ. Luego entraron por Elvira.

INÉS. Yo... señor...

MARQ. Una mentira
no ha de salvarte mejor.

Conque, Inés, lo cierto, di:

¿Elvira citó a aquel hombre?

INÉS. Sí, señor.

MARQ. ¿Sabe su nombre?

¡Responde!

INÉS. Pienso que sí.

MARQ. (con autoridad).

Pues no hay dentro de esta casa

con Elvira otra mujer,

que sepas es menester,

Inés, cuanto en ella pasa.

Conque lo que sabes di,

y lo que piensas excusa,

porque si luego te acusa

una mentira, ¡ay de ti!

¿Sabe quién es?

INÉS. Sí, lo sabe.

MARQ. ¿Y ella al jardín le citó?

INÉS. Sí, señor.

MARQ. ¿Ella le abrió?

INÉS. No, que le di yo la llave.

MARQ. ¿Por orden suya?

INÉS. Así fué.

MARQ. Claro está, ¡viven los cielos!

¡Don Pedro entonces con celos
se ocultó!... Todo lo sé.

(Pausa.)

¿Para esto en una prisión
lloraba yo tantos años?

Tan amargos desengaños

no esperó mi corazón.

¡Necio, miserable viejo,

que allí por su honor callaba

mientras su honor le infamaba

una mujer sin consejo!

Y ahora ¡Dios mío!, ¿qué hacer?

¿Cómo vivir sin honor,

sin...

INÉS. ¡Eso decís, señor,

y de Elvira!

MARQ. ¿No es mujer?
 ¿Corazón no tiene, di?
 ¿No puede a ciegas amar?
 Quien duerme junto al hogar
 al cabo se abrasa allí.
 ¿Tú sabes lo que las quejas
 alcanzan de un galanteo
 cuando avivan el deseo
 imposibles de unas rejas?
 ¿No sabes tú cómo abrasan
 los queiebros de un galán,
 que al corazón siempre van
 si por los oídos pasan?
 ¿No sabes a una mujer
 cuánto tientan en verdad
 la noche, la soledad,
 las palabras de placer
 que un labio audaz la prodiga,
 cuando, al jurar que la adora,
 la está llamando señora
 y a ser su dama la obliga?
 ¿No sabes, Inés, por fin
 en quien con amor delira
 el fuego infernal que inspira
 la frescura de un jardín?
 Tú lo ignoras, mas yo no,
 que mi juventud recuerdo,
 porque el tiempo me hizo cuerdo
 por loco que anduve yo.
 INÉS. Si no lo hubierais a mal,
 a acordaros me atreviera
 que nunca Elvira quisiera
 sino a un hombre principal.
 MARQ. (con ira). ¿Principa? ¡Por vida mía,
 demasiado principal
 Un galán de sangre real;
 ¿más principal le quería?
 INÉS. ¡Cómo! ¡El rey!
 MARQ. Eso le abona.
 INÉS. ¡Perdón! No supe...
 MARQ. ¿Ignorabas
 que era a quien la llave dabas
 el mismo rey en persona?
 INÉS. Sí, lo juro...
 MARQ. Bien está.
 Yo sé, Inés, que esta mañana
 por esa mujer liviana
 segunda vez volverá.

Quiero saber lo que a Elvira
 dice... ¿Me entiendes, Inés?
 INÉS. ¡Oh!
 MARQ. Lo mando.
 INÉS. ¿Y cómo, pues,
 ha de ser?
 MARQ. El modo mira.
 La visita será aquí;
 todo lo quiero escuchar,
 sin que puedan sospechar
 que están delante de mí.
 INÉS. Pero, si no os ha de ver,
 no podéis aquí quedaros,
 pues por fuerza ha de encontraros
 Elvira, que ha de volver.
 MARQ. Yo entré por aquella puerta;
 mas si la tengo cerrada,
 no alcanzo, Inés, a oír nada,
 y quedar no puede abierta.
 INÉS. Ocultaros no sé cómo.
 MARQ. De dos elige un castigo,
 o guardas mi honor conmigo,
 (Mete mano a la daga.)
 o...
 INÉS (aterrada). ¡Ciclo santo!
 MARQ. Hasta el pomo.
 INÉS. ¡Perdón, señor! (De rodillas.)
 MARQ. Obedece.
 INÉS. No supo ese hombre al llamar
 cuánto os podía injuriar.
 MARQ. Tanta indulgencia agradece,
 Inés, que a quien torpe abrió
 a la deshonra mi puerta,
 no advertida, sino muerta
 debiera dejarla yo.
 INÉS. Mas...
 MARQ. ¡Despacha!
 INÉS. Perdonad.
 Sólo tengo un aposento
 en que ocultaros, y siento...
 MARQ. ¿Cuál es?
 INÉS. El mío.
 MARQ. Guiad.
 INÉS. Hasta que al salón volver
 podáis estaréis, allí,
 y...
 MARQ. Adelante, Inés, que aquí
 consejos no he menester.

ESCENA III

DOÑA ELVIRA; después INÉS.

ELVIRA. ¡Qué noche tan triste! Cual lú-
[gubre sueño
que rueda en tinieblas medrosa pasó.

En vano a la reja por verles me empeno,
la sombra callada mis ojos cegó.
Ni un paso, ni un bulto, ni un ¡ay! ni un

[gemido
llegué en las tinieblas a ver ni a escuchar.
Si al duelo volvieron alguno, ha caído...

Cualquiera que caiga tendré que llorar.
¿Por qué ese don Pedro se afana impru-
[dente
mi triste secreto tenaz en saber?

Sin duda hará un crimen de un hecho
[inocente
que herir en la honra podrá a una mujer.

Mas ¡ay! se lo dije, tal es mi secreto.
¿Por qué, si me ama, de mí no fiar?

¿No puede haber nunca sagrado un objeto
que obligue a una dama a mentir o a ca-
[llar?

¿No ve cuánto sufro? ¿No ve cuánto duelo
me cuestan de ese hombre las citas de
[amor?

¿No ve que si a medios indignos apelo
serán mis razones de mucho valor?
Mas ¡ah! que si al cabo descubre su nom-
[bre,

por más que inconstante tal vez me ten-
[drá.
¡Conséjele el cielo, que a mí sólo ese hom-
[bre

la paz y la vida volverme podrá!
¿Mas cómo tan tarde ninguno parece?

(Llamando.)
¡Inés! Tal vez teme mi enojo excitar;
mas yo la perdono, que no lo merece;
mandando don Pedro no hay más que
[callar.

(Llamando.)
Inés... ¡Dueña!
INÉS. ¿Qué mandáis?

ELV. ¿Cómo despiertas tan tarde?
¿No ves que es ya día claro?

INÉS. Dispensad...

ELV. Las rejas abre,
que entre el aire.
(INÉS abre el balcón, y va hacia la puerta
con intento de volver a salir.)

¿Dónde vas?
¿Tan presto quieres marcharte?

Acábame de vestir,
aquestos corchetes dame,
prende bien estos cabellos...

Torpe estás; no sé qué cause
tanto desamaño en ti;
cerca de dos horas hace
que andando estoy por la casa;

¿no me sentistes enantes?
INÉS. Señora...
ELV. El jardín anduve
registrando.

INÉS. (¡Cristo!, valmel)
ELV. ¿Qué hablas?

INÉS. Nada...
ELV. Me parece
que una exclamación soltaste.

INÉS. Yo, señora...
ELV. Inés, despacha,
y tanto afán no te pases
por culpa que en ti no estuvo.

INÉS. ¡Cómo, señor! Del lance
de ayer noche...
ELV. No hay que hablar.

Supongo, Inés, a qué artes
acudiría don Pedro.
INÉS. ¡Es tan violento!

ELV. Adelante.
Ya sé bien que cuando manda
no es el resistirle fácil.

INÉS. Conque al fin perdonaréis...
ELV. Ya dije que más no se hable
de ellos; aunque tu indiscreción
me puso en extremo trance,

sé que eres fiel servidora
y que de necia pecaste.

A otra cosa. Esta mañana
vendrá.
INÉS. ¿Quién?

ELV. ¿Pues no lo sabes?
El rey.
INÉS. ¿Conque vos sabíais
quién era?

ELV. Sí.

INÉS. ¿Y liviandades de tal peso no os espantan? Quien al rey sus puertas abre cuando se muestra embozado por una calle adelante, no por el rey, por el hombre...
ELV. (*interrumpiéndola*).

Esa torpe lengua calle, y acuérdesse que a mi casa para obedecer la traje.

INÉS. Señora...
ELV. ¿Con él de amores piensa la necia que trate?

INÉS. ¿Pues de qué sino de amor pueden tratar los galanes? ¿No le llamáis al jardín?

¿Requiebro no le escuchasteis? ¿No os dijo que erais hermosa? ¿No se llevó vuestro guante?

ELV. ¡Cómo!
INÉS. Perdonad, mas ya no pretendo disculparme; desde ese balcón velaba vuestra honra.

ELV. (*con indiferencia*). Muy bien hace servidor que tanto cura de sus amos... a esta parte siento ruido, ve quién entra.

INÉS. Es don Pedro.
ELV. Bien, que pase.

INÉS. ¿Pues el rey?
ELV. ¿Qué se la importa? Obedezca a quien la mande.

INÉS. ¡De tanta eita y visita con bien el Señor nos saque! Buena se arma si otra vez vuelven todos a encontrarse.)

ESCENA IV

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO

PEDRO. Perdonad si aún una vez os soy molesto, señora; con mi amor no vengo ahora, que vengo con mi altivez. No hay ya medio entre los dos; con las razones que tengo,

no me toca ni a más vengo que a despedirme de vos. Permitidme concluir, que no he de ser muy prolijo; me dais a elegir, y elijo entre huiros y sufrir.

Fuera inconstancia en verdad posponerme a cualquier hombre, pero al rey... dadla otro nombre que no sea liviandad.

Vos me habéis puesto esa ley; yo, consultando a mi honor, no quiero partir mi amor ni con hombre, ni con rey.

ELV. (*con dignidad*). ¿Con vuestro amor no venís y sí con vuestra altivez?

Bien: os recibo a mi vez con la altivez que exigís. Yo no sé si contestar,

a vuestro amor bien pudiera; mas mengua, don Pedro, fuera cuenta a vuestro orgullo dar.

Inconstante me llamáis si amara tan sólo a otro hombre; es el rey, y con el nombre de liviana me injuriáis.

Que le amo osado decís, que no hay medio entre los dos, que os engaño decís vos, y yo os digo que mentís.

Vos resistís a mi ley, y yo no parto mi amor con quien duda de mi honor ni por hombre ni por rey.

ELV. E fugios son de mujer, pues razón tiene en dudar quien pudo ver y escuchar en vuestro jardín ayer.

ELV. Don Pedro, es empeño vano que disculpas demandéis; si obré liviana creéis, creo que obrasteis villano.

Tiempo bastante os pedí a poder satisfaceros; no debisteis esconderos para indagar más de mí.

Y en fin, si culpada estoy, disculpas diera tal vez

al amor, no a la altivez,
que altiva por demás soy.

PED. Pues dadme, señora, alguna,
cualesquiera que tengáis,
que si al fin os disculpáis,
será disculpa oportuna.

ELV. ¿Y quién me la pide ahora,
el orgullo o el amor?

PED. El despecho y el dolor,
si habéis disculpa, señora.

ELV. Pues bien, don Pedro, os adoro;
todo fué farsa, mentira.

PED. ¿Esa es la disculpa, Elvira?

ELV. ¿No veis, don Pedro, que lloro?
¿Y por quién sino por vos?

PED. (con indiferencia).

Toda mi existencia diera
por una gota siquiera
de ese llanto, vive Dios;
mas si no me acuerdo mal,
también anoche llorabais,
y en falso, Elvira, jurabais
por una disculpa igual.

ELV. ¡Y os juro que no menté!

PED. ¿Eso más?

ELV. Es mi secreto.

PED. ¿De burla me hacéis objeto?

ELV. ¡Don Pedro, os mofáis de mí!

PED. ¡Yo mofaros!

ELV. ¿No me amáis?

PED. Hoy no sé qué responder.

ELV. ¿Pero me amabais ayer?

PED. ¡Oh, sí!

ELV. ¿Y de mí os fiáis?

¿Un secreto haber no puede
que siendo, don Pedro, ajeno,
baste a hacer que un hombre bueno
como sospechoso quede?
Enojaros fuera ley
si amara a un hombre cualquiera;
¿mas tan tenaz con vos fuera
por ser querida del rey?

PED. ¿Mas no fingisteis el nombre
hablando anoche con él?
¿No pedisteis un papel
con el destierro de un hombre?

ELV. ¿Y eso no es prueba evidente
de que vergüenza tenía
tal galán?

PED. Es que él fingía
que era don Juan Benavente.

ELV. Y es que no ignoraba yo
que era el rey, antes de entrar.

PED. ¿Y él no se pudo informar
de vuestra persona?

ELV. No;
darle noticias no pudo
ni pariente ni vecino,
que es, don Pedro, mi destino
un misterio ciego y mudo.

En esta casa escondida
ha seis años me veis vos,
y un solo hombre, Inés y Dios
saben a medias mi vida.

PED. No lo alcanzo a comprender.

ELV. Esperad un día más,
y no os pesará quizás
lo que os dice una mujer.

PED. Mas el rey...

ELV. Nada temáis;
hoy tan sólo ha de venir.

PED. ¿Y le pensáis recibir?

ELV. ¿Eso, don Pedro, dudáis?

PED. ¡Esto es por demás, señoral!

ELV. En que otra vez le reciba
todo nuestro amor estriba;
creed a quien os adora.

PED. (O estoy loco, vive Dios,
o loca se ha vuelto ella...
A no ser que esta querella
locos nos vuelva a los dos.)

ELV. Don Pedro, en ello me va
más que existencia y honor,
y os juro que no es amor,
que aquí mi secreto está.

PED. A lo mismo hemos tornado
que ayer decíais, señora,
y, sin embargo, hasta ahora
aún no os habéis disculpado.

ELV. ¿Más satisfacción queréis?
Pues bien, al rey esperad,
y que os ponga tolerad
donde veáis y escuchéis.

PED. Anoche le escuché y vi;
¿y eso qué hace a nuestro amor?

ELV. Hace, don Pedro, a mi honor,
y mi honor me importa a mí.
Anoche por vez primera

al rey osé recibir;
 hoy que le vuelvo a admitir,
 será por la vez postrera.
 Testigo fuisteis en una;
 sedlo, don Pedro, en las dos
 y... haced paciencia por Dios,
 que es un golpe de fortuna.
 Dejad que firme el papel,
 que después que le obtengamos,
 todos sin trabas quedamos,
 vos conmigo y yo con él.

PED. (con enfado).
 ¿Y el papel qué importa aquí?

ELV. Más que a mí os importa a vos,
 a otro hombre más que a los dos,
 y más que la vida a mí.
 Conque si habéis de esconderos
 seguidme, y si no ha de ser,
 no puedo, don Pedro, hacer
 ya más por satisfaceros.

PED. ¡No os entiendo, por mi vida!
 Mas ya que así os empeñáis,
 fuerza es que darne podáis
 satisfacción bien cumplida.
 Vamos.

ELV. Tened un momento,
 y ved que os vuelvo a advertir
 que cuanto aquí vais a oír
 es mentira y fingimiento.
 Palabras serán de amor,
 excesivas si queréis,
 pero nunca os olvidéis
 que os amo, y que tengo honor.

ESCENA V

Inés

¡Válgame el Cristo de Burgos!
 ¡Yo puesta en tan duro trance!
 Escondido mi señor
 en mi propio cuarto, pase;
 pero escondido don Pedro
 por mi señora... Dios hace
 milagros, y tal vez uno
 de este peligro nos salve.
 Voy por don Juan, y Dios quiera
 ayudarnos y ayudarle.

ESCENA VI

DON PEDRO y DOÑA ELVIRA, abriendo por dentro las celosías, asoman a la escena

ELVIRA. Este escondite, don Pedro,
 sólo por dentro se abre.
 Desde aquí ved y escuchad,
 y mirad si os satisface
 quien os llama por testigo
 en la causa que acusasteis.

PED. Basta que vos lo digáis,
 que puesto que yo no baste
 tal misterio a comprender,
 vuestra palabra es bastante.

ELV. Con Dios quedad, que el rey
 [viene.

PED. Permitid que os acompañe
 por la escalera.

ELV. Bajad
 hasta el corredor si os place.

PED. Cierro aquí, y dadme la mano.

ELV. Tomadla, y bajad delante.
 (Cierran las celosías.)

ESCENA VII

Al momento que DON PEDRO cierra las celosías, salen el MARQUÉS e INÉS por el mismo lado por donde entraron al retirarse en la escena II, y que se supone dan al interior de la casa.

INÉS. Pronto, entrad, que doña Elvira
 puede volver al instante,
 y desde un balcón he visto
 cruzar al rey por la calle.

MARQ. Bien está, Inés; tú, silencio.

INÉS. ¡Por Dios, señor!

MARQ. Calla y salte,
 y como adviertes a Elvira
 que estoy aquí, encomendarte
 puedes al cielo.

INÉS. ¡Que vuelve!
 (El marqués entra en el gabinete de doña Elvira. Inés se queda de espaldas a la puerta en el momento en que vuelve doña Elvira.)

Cerrad bien. (¡San Pedro, valme!)

ESCENA VIII

DOÑA ELVIRA e INÉS, en la escena; DON PEDRO, en las celosías; el MARQUÉS, en el gabinete.

ELVIRA. Inés.

INÉS. Señora.

ELV. Que llaman.

INÉS (mirando por el balcón).
El mismo.

ELV. ¿El rey?

INÉS. Sí.

ELV. Pues abre.

INÉS. Señora, ved lo que hacéis.

ELV. Obedezca, dueña, y calle.

(Vase Inés.)

¡Dios mío! veis mi inocencia.

Santa es mi causa, ayudadme.

(Ruido en las celosías. Doña Elvira se acerca.)

¿Don Pedro?

PED. (dentro de las celosías).

Aquí estoy, señora.

INÉS (anunciando).

Don Juan Benavente.

ELV. Pase.

ESCENA IX

EL MARQUÉS y DON PEDRO, ocultos; EL REY y DOÑA ELVIRA, en la escena.

REY. Guárdeos Dios, la de Aguilera.

ELV. Señor don Juan, bien venido.

REY. ¿Me esperabais?

ELV. Siempre espera quien bien quiere.

REY. Antes viniera,

mas...

ELV. Tarde, don Juan, no ha sido. Sentaos.

REY. Cansado estoy.

ELV. Reposad.

REY (sentándose). ¡Oh nunca así tan bien hallado me vi!

ELV. ¿Cuántas damas habéis hoy visitado antes que a mí?

REY. ¿No tenéis espejo, Rita?

ELV. ¿Por qué me lo preguntáis?

REY. Porque así me lo acredita el que con otra creáis

que parto vuestra visita.

Dentro del pecho al amaro

mueren afectos añejos,

y daisme indicios bien claros

de que, o no sabéis miraros,

o no usais vuestros espejos.

ELV. ¡Galantería extremada, don Juan!

REY. No, por Dios que no.

ELV. ¿Qué sois en la corte?

REY. Nada.

ELV. Por lisonja tan sobrada cortesano os juzgué yo.

REY. Y al ver tanta discreción yo os juzgara una condesa.

¿Os reís?

ELV. (riendo). ¡Linda invención!

¿Una humilde montañesa de los montes de León?

Mucho, don Juan, me queréis,

o ignoráis mucho de España,

pues tan discreta me hacéis

cuando Aguilera sabéis

que es familia de montaña.

REY. No os extrañe eso, señora,

pues que ignore extraño no es

vuestro ser y estado agora

quien ve en vos, y en vos adora,

un prodigio montañés.

ELV. ¿Por tan bella me juzgáis?

REY. Más no alcanzara el pincel

de Murillo.

ELV. ¡Ponderáis!

Mas si amáisme...

REY. ¿Eso dudáis?

ELV. Pues firmadme este papel.

REY. (¡Linda flema por mi vida,

tras de tanto desbarrar!)

Pronto queréis ser servida.

ELV. Fué condición prometida

no volver sino a firmar.

REY. (¡Oh, pues me apura por Dios!

¡Qué responderla no sé!)

Mas sin ver qué queréis vos

que firme, no firmaré.

ELV. Es un pacto entre los dos.

REY. ¿Mas qué nos obliga en él?

ELV. A vos perdonar a un hombre, y a mí seros siempre fiel por respeto a vuestro nombre escrito en este papel.

REY. (Situación más apurada...)

Mas... ¡ocurrencia excelente!

ELV. ¿Firmáis?

REY. Estáis empeñada...

(Firmaré Juan Benavente,

con lo cual no firmo nada.)

Dadme una pluma.

ELV. (con coquetería). ¡Ay de mí!

REY. ¿Qué?

ELV. Que no hay plumas aquí.

REY. Que las busquen.

ELV. Es el caso...

Mas ya está.

REY. ¿Disteis acaso

con ellas?

ELV. Mucho que sí.

Con ese anillo es igual.

(*El que el rey lleva en el dedo.*)

REY. ¡Qué diabólica invención!

Reparad...

ELV. ¿Vuestro blasón

no es ese?

REY. ¡Lance fatal!

ELV. Tanto vale en conclusión.

Tomad, no le negaréis,

sobre esta oblea...

(*Toma el papel, le pone una oblea, y se le da al rey, de manera que no le quede otro remedio.*)

REY. Advertid...

ELV. Vamos, ¿en qué os detenéis?

REY. Mas...

ELV. Fuerza es que eso selléis,

o de mi casa salid.

Pues habéis, don Juan, venido

con condición de firmar,

cumplidme lo prometido,

que el precio habéis admitido

de amor por papel trocar.

REY. Pues prometí, cumpliré,

que al fin caballero soy.

¿Mas me juráis?...)

ELV. ¡Sí, a mi fe!

Nada ignoble os propondré.

REY. Pues, tomad. (*Sella, y dale el papel.*)

ELV. Graecias os doy.

REY. (*con satisfacción.*)

Y ahora, pues, que yo cumplí,

Rita, que cumplas es ley.

¿Me amas?

ELV. Sin duda que sí.

REY. ¿Mucho?

ELV. Mucho.

REY. Cuánto di.

ELV. Cuanto amar pudiera al rey.

REY. ¿Os burláis?

ELV. Por qué no acierto...

REY. Más esperaba de vos.

ELV. ¿Dijeros algún desacierto?

El rey, don Juan, es de cierto

primero después de Dios:

y si os amo como al rey

no alcanzo de qué os quejáis.

REY. ¡Ya respirol! ¿Eso extrañáis?

No admite igualdad en ley

con nadie el que vos amáis.

ELV. ¡Venís, don Juan, lisonjero!

REY. (*con osadía.*)

Eres bella como el sol,

tu mirar es hechicero;

te amo, Rita.

ELV. Caballero,

sois audaz.

REY. Soy español.

Dame que esa linda mano

acaricie, hermosa Rita.

ELV. No será. ¡Dios soberano!

PED. (*entreabriendo las celosias.*)

¡Que sea un rey tan villano!

Por los cielos que me irrita.)

REY. (*a Elvira.*)

¿Qué, tu palabra me niegas?

¿Ser mía no prometiste?

ELV. Noble soy. (*Con orgullo.*)

REY. Mal voto alegas.

(*Con audacia.*)

PED. (*sacando el medio cuerpo por las celosias.*)

¡Oh, león regio, te perdiste

si así con el tigre juegas!

MARQ. (*asomando por el gabinete de*

doña Elvira.)

¡Oh, por Cristo que me infamal!

PED. (viendo al marqués).

¿Mas qué veo?

MARQ. (viendo a don Pedro).

¡Voto a Dios!

¡Tantos hoy contra mi famal!

PED. (saliendo).

¿Conque tres para una dama?

Salid, viejo. (Al marqués.)

MARQ. (con ira). Soy con vos.

ESCENA X

EL REY, DOÑA ELVIRA, DON PEDRO,
EL MARQUÉS

(El rey recobra la majestad de su persona, apartando su afectada galantería. Doña Elvira muestra temor, don Pedro celos, y el marqués sigue recatando el rostro como en el acto primero.)

REY (con arrogancia).

¿Quién sois vosotros que doquier tenaces

seguís a vuestro rey? ¿Dais al olvido

que ahuyenta las salvajes alimañas

del soberbio león ronco el rugido?

¿Me entendéis? Despejad.

PED. (adelantándose con orgullo).

Mucho te engañas

si piensas aterrarme con tus voces.

Si imbéciles reptiles de repente

a la voz del león huyen veloces,

atrevida le aguarda la serpiente.

Bajo tu ley nací, nací vasallo,

mas también a su dueño se somete

el orgulloso y lidiador caballo,

y tira sin embargo a su jinete.

Oyame ¡oh rey! y mi cuestión decide.

(El rey se cala su sombrero, que habrá dejado sobre el velador en la anterior escena, y sentándose en el sillón, dice con la altivez y majestad que requiere la situación:)

REY. Valiente me pareces; ya te es-

habla, y con tiento tus palabras mide;

que hablando con tu rey te importa mu-

cho.

PED. No sé quién soy, el nombre con

[que firmo

no sé, Felipe cuarto, a quién le debo;

mas o villano o real me le confirmo,

y con audacia y altivez le llevo.

Ignoro todavía por qué mano

de oro y consejos mi porción recibo;

mas buenos son, de noble y castellano,

y humilde yo los obedezco y vivo.

No conocí ni padres ni parientes,

que me esquivó el placer desde la cuna;

solo, he vagado entre diversas gentes.

Esto es mi porvenir y mi fortuna.

(Mostrando la espada.)

Llegué un día de Flandes a esta casa

que en anónima carta me mostraron

como un asilo en mi orfandad, y pasa

de años seis que sus puertas me fran-

quearon.

Aquí a Elvira encontré, y aquí amé a

[Elvira.

La adoro ¡oh rey! y voto al firmamento

que, si no ha sido su pasión mentira,

su amor con nadie en dividir consiento.

Yo no tengo más padres, más hermanos,

más ilusión que Elvira, y más fortuna:

robármela, es ahogar con necias manos

al tigre sus cachorros en la cuna.

Ahora bien, pues no tengo otra esperanza,

ni otra ventura en mi existencia quiero,

tigre seré que por la selva avanza

vengador de sus hijos carnicero.

No transijo con rey ni con villano,

y meditado bien, que yo altanero,

si noble no nací ni caballero,

me sientio con aliento soberano.

MARQ. Basta, mancebo, basta; tu no-

bleza

bien la audacia atestigua de tu boca;

tu causa acaba do la mía empieza;

cédeme tu lugar, que a mí me toca.

(Pónese delante del rey, recatando el rostro

como hasta aquí.)

(Al rey.) Yo amaba a una mujer más que

[a mi vida,

era el único bien que me quedaba;

luz de mis ojos, para mí perdida,

presa de la vejez ¿qué me restaba?

Un mancebo, señor, fué sin consejo

el bien a hurtarme que perdido lloro.

la sedujo, le amó, y el pobre viejo
quedó en su soledad sin su tesoro.

REY. ¿Sin espada os dejó? ¿Qué hicis-
[teis de ella?

MARQ. No me atreví con él.

REY. Cobarde fuisteis.

MARQ. No era esquivar por eso la que-

REY. ¿Entonces por qué, pues, lo con-

MARQ. Porque noble nació. [sentisteis?

REY. ¿Y eso es nobleza?

MARQ. Yo ni ultrajado con mi rey me

REY. ¿Mentís, anciano? [atrevido.

MARQ. (desembozándose).

Por mejor certeza,

doña Ana era mi amor, vos el maneebo.

(El rey se levanta y le mira. Don Pedro

pone mano a la daga y doña Elvira ex-

clama:)

ELV. ¡Padre mío!

PED. ¡Su padre!

MARQ. (a Elvira). Aparta.

(A don Pedro.) ¡Tente!

(Al rey.) Perdonar pude al príncipe, debía;

mas al futuro rey mengua sería.

igualar con don Juan de Benavente.

REY. ¿Me amenazáis?

MARQ. No sé, mas escuchadme.

El rey gozó mi amor, y por cubrillo...

¿Que lo diga teméis? Mas perdonadme,

me encerrasteis, señor, en un castillo.

REY. Basta, marqués; si en el castillo

fué por traidor no más, que vuestra gente

alzasteis contra mí; mas presto anduve

y sofoqué la hoguera de repente.

¿Calláis? Vos el rebelde fuisteis, sólo

lo sabemos los dos bien a conciencia;

pagarnos fué no más dolo por dolo;

por eso fué prisión vuestra sentencia.

MARQ. Mal lo entendéis; no os pido de

[doña Ana

cuentas aquí, que de mi honor las pido.

REY (con desprecio).

Si hija hubierais a fe menos liviana,

jamás hubiera por su amor venido.

MARQ. (avergonzado).

¡Oh, que tenéis razón!

PED. Yo no soy padre.
Yo también de su amor os pido cuenta;
mirad si me la dais.

REY. ¡Tal vez te cuadre
que olvide que soy rey! ¿No te contenta?

PED. Pláceme, ¡vive Dios! y defendeos.

REY (sin hacer caso de don Pedro).

Marqués, por el balcón llamad mi gente

y que os prenda otra vez.

ELV. (dando el papel a su padre).

Señor, teneos, y nunca

que perdonado estáis, si no inocente.

REY. ¿Qué es eso?

ELV. Su perdón; lo habéis sellado.

MARQ. ¡Hija mál!

ELV. Mirad si obré liviana;

tanto a vos por mi padre me he humi-

llado.

REY (después de un momento de silencio).

Dos partes tiene esa promesa insana;

os perdono, marqués, cumplo la mía.

(Don Pedro se adelanta hacia el rey. El

rey sin hacerle caso se dirige primero

a doña Elvira.)

PED. Que falta ved la de quien no

[perdona.

REY (a doña Elvira).

Para cumplir la vuestra os doy un día;

(A don Pedro con desprecio.)

y a vos... ved quien os presta una corona.

(El rey sale apartando a don Pedro, y

cae el telón.)

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo

ESCENA PRIMERA

DOÑA ELVIRA, DON PEDRO

PED. ¿Yo, Elvira, quedarme aquí?

No, imposible, iré con vos.

ELV. ¿Y eso podemos los dos?

PED. ¿Conque al cabo huís de mí?

Nada os importa mi amor,

o al rey teméis según veo.

ELV. ¿Y qué hacer cuando el deseo

es contrario del honor?

De ese amor no hago querrela,
que sin vos no sé vivir;
¿mas cómo podéis seguir
sin difama a una doncella?

No soy vuestra esposa yo,
y va mi padre conmigo...
¿Por galán o por amigo
creéis que os consienta? No:
igual ha de ser la ley
de mi honor para los dos,
y nunca ha de huir con vos
quien huyendo va del rey.

PED. Bien, Elvira; ya os comprendo
que con el rey compararé
es con decoro anunciarme
que vais de don Pedro huyendo.

Y si es así, hablad, Elvira,
decidmelo de una vez;
que hiere más mi altivez
que un desaire, una mentira.

ELV. Demente estáis, y os perdono
vuestro insulto.

PED. ¿Lo es quizás?

ELV. ¿No os dije que tengo en más
vuestro cariño que un trono?
Mas ya oísteis que tachó
mi conducta de liviana,
y fuera mengua mañana
que lo acreditara yo.

PED. ¿Y porque él no crea tal
yo sin vos me quedaré?
Nunca, Elvira; os seguiré,
que la ley es desigual.

El dudó de vuestra fama,
robaros quiso el honor,
y tratáis con más rigor
que al que os ofende, al que os ama.

Si no me quiere admitir
vuestro padre como amigo,
como importuno testigo
doquiera os he de seguir.

Y nada por vos me abate;
iré como vuestro esclavo,
y si a vuestro padre al cabo
ofendo así, que me mate.

ELV. Don Pedro, ¿estáis delirando?
¿Qué desafueros son estos?
¿Para tan torpes dementos
os he dado causa? ¿Cuándo?

¿No os amé como a mi vida?
¿No os dije que al exponerla
de perderos o perderla,
la daba por bien perdida?

¿Mi padre en qué os injurió?
Del rey temiendo el ultraje,
prepara esta noche el viaje;
¿puedo impedirselo yo?

¿Contra el rey ha de ponerse?
¿A quien tan de alto pelea,
no es ceder acción tan fea,
que el huir es defenderse.

Si vuestra suerte importuna
de por medio se metió,
no tengo la culpa yo,
sino la mala fortuna.

PED. Pues bien, de hinojos tenaz
por esposa os pediré.

ELV. Y os lo negarán.
PED. ¿Por qué?

ELV. La conversación mudad.
PED. ¿Eseucharla no queréis?

ELV. Dejadla, yo os lo aconsejo.
PED. Pues que os ofende, la dejo;

mas la razón me diréis.
Dadme al fin un desengaño:

¿no me amáis ya? Hablad, Elvira.
Sois mujer... ¡Si al aire gira
la veleta, no es extraño!

¡Pero lloráis! Vive Dios,
de misterios concluid,
y quién estorba decid
la ventura de los dos.

ELV. ¡No lo preguntéis, don Pedro,
que habrá de pesaros mucho!

PED. No temáis, sereno escucho;
de mi suerte no me arredro;
decido.

ELV. Fuera un baldón.
PED. Acabad.

ELV. Vais a ofenderos.
PED. ¡Pronto!

ELV. (con dignidad, pero sin altanería.)
Elvira de Cisneros
me llamo.

PED. Tenéis razón.
Por mucho amaros quizás
que os llamabais olvidé
Cisneros y Santa Fe,

y yo don Pedro no más.
 ¡Tenéis razón! ¿Cómo osara
 alzarse hasta vos, señora,
 un vagabundo que ignora
 el padre que le engendrara?
 Nacida en hidalga cuna,
 ¿cómo pudierais tomar
 marido que os ha de dar
 amor en vez de fortuna?
 ¡Oh, no faltaría alguno
 de vuestra raza altanera
 que os casabais que os dijera
 con el hijo de ninguno!
 ¡Por Dios que tenéis razón!
 ¿Qué importa, al tomar marido,
 si os le dan con apellido,
 que os le den sin corazón?
 ELV. ¿Y pensáis que yo le tome?
 Pensasteis que hablé por mí?
 No; vuestro amor está aquí,
 y las entrañas me come.
 ¿Me juzgáis tan altanera
 que os negara mi pasión
 por un inútil blason
 que le dan hoy a cualquiera?
 ¡Mal lo entendisteis, por Dios!
 Si corre ya el mundo así,
 ¿por qué me culpáis a mí?
 ¿Podéis remediarlo vos?
 PED. Perdón, señora, perdón:
 lo que os he dicho no sé.
 Pero es muy amargo a fe,
 que tengáis tanta razón.
 Perdonad, tanto tiempo ha
 que no pienso en otra cosa,
 que una idea tan odiosa
 no cabe en mi mente ya.
 Cuando de Flandes volví, *(Con ternura.)*
 mal curado de mi herida,
 sólo por vos esta vida
 en conservar consentí.
 Cuando acudir a mi Dios
 los médicos me mandaban,
 mis potencias se elevaban
 no a los cielos, sino a vos.
 Al porvenir me decían
 mirase, y en aquel punto
 a vuestro bello trasunto
 mis sentidos atendían.

Si clavados en el cielo
 mis ojos, por un instante
 se inundaba mi semblante
 de esperanza y de consuelo,
 no era que blanca visión
 en su azul me sonreía:
 érais vos, que yo os veía,
 señora, en mi corazón.
 ¿Os acordáis?
 ELV. ¡Si, me acuerdo...!
 Fuera olvidarlor morir;
 mas pienso en el porvenir
 y en su inmensidad me pierdo.
 Con tan hermosas visiones
 doré mi vida, y en tanto
 que fué para vos mi llanto,
 para vos mis oraciones.
 Mi vida ofrecía a Dios
 en inspiración cristiana,
 mas nunca llegó profana
 hasta los cielos, por vos:
 que hasta el cariño filial
 con el vuestro dividía,
 pues de otro modo creía
 que era emplearle muy mal.
 ¿Mas quién creyera que ese hombre
 que nos debía salvar,
 nos viniera a condenar
 ante la ley de su nombre?
 PED. ¡Tenéis razón, vive Dios!
 Mas pues no soy criminal,
 yo sólo en su tribunal
 responderé por los dos.
 ELV. ¿Qué estáis diciendo?
 PED. Hombre soy
 sin derecho y sin fortuna;
 puede que el rey tenga alguna,
 y a que me la preste voy.
 ELV. ¿Eso pensáis?
 PED. Eso pienso.
 ELV. ¡Por Dios, don Pedro!
 PED. ¡Quitad!
 ELV. Si es que me amáis...
 PED. Sí, en verdad,
 con amor insano, inmenso,
 No sé ya sin él vivir,
 mi alma el vuestro necesita;
 por eso a quien me le quita
 se le he pensado pedir.

ELV. Vais a perderos; la ley es para el rey y no para el pueblo, por quien la hace ha de fallar.

PED. Pues para reñir y amar soy tan hombre como el rey. A su alcázar llegaré.

(*El marqués asoma a escuchar.*)

ELV. Y subir no os dejarán.

PED. Haré frente.

ELV. Y os la harán.

PED. ¿A mí?

ELV. A vos.

PED. Le esperaré,

y una vez ha de salir.

Y sea de día o de noche, salga a pie, a caballo, en coche,

voto a Dios que me ha de oír.

ELV. Os apartarán.

PED. ¿Por qué?

ELV. Por que al rey cedáis el paso.

PED. ¡Dios de Dios! En ese caso como vil le mataré.

ESCENA II

EL MARQUÉS sale de repente, dirigiéndose a DON PEDRO. *Este contesta como hombre resuelto a no ceder un punto de su opinión.*

MARQ. ¡Regicidal!

PED. Bien está: mi único bien es Elvira; quien contra mi bien conspira, vasallo o rey, morirá.

MARQ. ¡Qué estás diciendo, insensato! El labio insolente cierra; quien al rey osa en la tierra hace a Dios un desacato.

Y ni es noble ni español quien la vida le consiente.

PED. (con ira). Ved que habláis...

MARQ. (interrumpiéndole). Con un demente

que escupe sin juicio al sol. Don Pedro, si a tal ultraje fuereis capaz de atreveros, mientras viva Juan Cisneros hallaréis quien os ataje,

Tal vez me tiembla la mano para defender mi honor;

mas dará la ley tanto vigor al honor del soberano.

Lo dije: si os atrevéis a crimen tan grande como el de intentar por aquí habéis de pasar primero que al rey lleguéis.

PED. Mi espada no tiene punta contra vuestro corazón, mas guardad vuestra opinión cuando nadie os la pregunta.

Y permitidme advertir que no sé con qué derecho tutor mío os habéis hecho y me osáis reconvenir.

MARQ. Derecho tengo. No le hallo.

MARQ. ¿No halláis derecho en la ley que defender a su rey manda a todo buen vasallo?

PED. ¿Cómo, si sois tan leal, el rey os llamó traidor?

MARQ. A informarse el rey mejor, no me lo llamara tal.

PED. ¡Mas callasteis! Es quien es, y era fuerza consentillo.

PED. Os acordáis del castillo y al león besáis los pies.

MARQ. Bien, don Pedro; en conclusión al rey os mando olvidar; ved que os lo puedo mandar con razón y sin razón.

PED. Ya os toleré demasiado; que tengo sangre española; con una condición sola me daré por obligado.

MARQ. Decid.

PED. Amo a vuestra hija, y pues hay quien la deshonra, que fíe en alguien su honra y entre el rey y yo que elija.

MARQ. ¡Tanta osadía me extraña! ¿Entre él y vos escoger? ¿Desde cuándo queréis ser igual con el rey de España?

PED. Como ladrón de su honor de noche el rey ha venido;

y más vale un mal marido
que el mejor galanteador.

MARQ. Don Pedro, mientras yo viva
del rey no ha de ser la dama;
mas ya que su honra y su fama
en la de su esposo estriba,
aconsejémos que miréis,
pues la pretendéis tan vano,
al ofrecerla la mano
el nombre que la ofrecéis.

PED. ¿Me insultáis?

MARQ. Una verdad
no es un insulto, por Dios.

PED. ¿Y quién sois que tanto vos
jugáis con mi vanidad?
Cuando, a la corte al venir,
aquí mi pie dirigieron,
sin duda que bien supieron

a quien íbais a admitir.
Si eso fué por amistad,
mi nombre no es un borrón;
y si fué por compasión,
nada os debo en realidad.

Si soy noble o soy villano
no lo sé; mas, caballero,
tanto acosáis al cordero
que os ha de morder la mano.

Yo no me ignalo a mi rey;
mas Dios al crear los hombres
no hizo distinción de nombres
en la igualdad de su ley.

MARQ. Pues entendido mejor;
si el rey tan tirano fuera
que a sus pueblos se atreviera
en conciencia y en honor;
si para su osada huella
en el rincón más oscuro
no hubiera un honor seguro
en casada ni en doncella;
si por odio a sus vasallos
tanto en ellos se ensañase
que a su coche les atase
a la par con sus caballos,
pudieran, sí, todos ellos
toda su sangre agotar...
y vos no podéis tocar
al menor de sus cabellos.

PED. ¿Luego vos sabéis quién soy?
Decidmelo, pues, al punto.

MARQ. No.

PED. (conteniéndose).

De modo os lo pregunto
que pruebas de humilde os doy.

MARQ. Don Pedro, no os lo diré.

PED. Mirad que si así el camino
me cerráis de mi destino,
cuantos pueda tentaré.

MARQ. Todos los podéis tentar.

PED. Pues adiós.

MARQ. Quedad aquí.

PED. ¡Es mandar!

MARQ. Lo mando, sí.

PED. ¿Y quién sois para mandar?

MARQ. Escúchame, pues lo quieres,
y después de mis razones,
desprecia mis opiniones,
insensato, si pudieres.

¿Unas cartas no recibes
en que consejos te dan?

PED. Sí.

MARQ. ¿Y con ellos, di, no van
los dineros con que vives?

PED. Sí.

MARQ. ¿Y en ocasión alguna
oro o carta te faltó?

PED. Nunca.

MARQ. ¿Y a quien tal te dió
pesárale tu fortuna?

PED. No, por Dios.

MARQ. ¿Tendrá derecho
a exigir, por la existencia
que te guarda, tu obediencia?

PED. ¿Y quién por mí tanto ha hecho?
¿Quién de mí tanto curó?

MARQ. ¿Merece respeto?

PED. Sí;

¿mas quién es? ¿Dónde está?

MARQ. Aquí.

Don Pedro, ese hombre soy yo.

PED. ¡Vos!... quién soy, decidme, pues.

MARQ. Imposible.

PED. Pues mirad
que secreto por mitad
callado, secreto es.

MARQ. Imposible.

ESCENA III

DICHOS; INÉS, que entra apresurada.

MARQ. (a Inés). ¿Qué queréis?
(Con aspereza.)

INÉS. Señor, un hombre embozado
esta carta me ha entregado.
(Dale la carta.)

MARQ. ¿Para mí?

INÉS. Sí, señor. Vos lo veréis.

MARQ. (mirando el sobre).

(A doña Elvira Cisneros...)

El sello y firma real... (La abre.)

(Lee y dice volviendo a doblar la carta.)

¿Que un hombre tan principal
cometa estos desafueros?

ELV. ¿Qué dice aqúese papel
que os ha faltado el color?
Decid lo que trae, señor.

MARQ. La muerte viene con él.

PED. (con inteligencia). ¿Dice el rey?...

MARQ. (con seguridad). Que volverá.

PED. ¿Esta noche?

MARQ. Sí, por cierto.

PED. Antes que entre será muerto.

MARQ. ¡No, por Dios!

PED. ¿Cómo!

MARQ. (con brío). Entrará.

PED. ¿Entrará?

MARQ. Sí; ¿por qué no?

¿No es el rey?

PED. (con aire sombrío, saludando y vol-
viendo la espalda).

El cielo os guarde.

MARQ. ¿Dónde?...

PED. Lo sabréis más tarde.

MARQ. Tened, que os lo mando yo.
(El marqués va a detenerle. Don Pedro se
adelanta a la puerta.)

PED. Hacedos, buen viejo, atrás:
¿que tengo que agradeceros?

Vos sois don Juan de Cisneros,
y yo don Pedro no más. (Vase, y cierra.)

ELV. ¡Dadle prudencia, Señor!

INÉS. Ved que va desesperado.

MARQ. Dejadle, va enamorado

y harále volver su amor.

Vos, dueña, despejad.

ESCENA IV

EL MARQUÉS, DOÑA ELVIRA

MARQ. Y tú, hija mía,
a salir de esta casa te aperebice;
yo lidiaré con mi desdicha impia.

ELV. Padre, jamás.

MARQ. Mi bendición recibe:
si oyes que presa de fatal fortuna
por ti perdí la vida...

ELV. Padre mío,
vos me arrullasteis en hidalga cuna;
no temo el porvenir, le desafío.

Si al rey le pesa que el perdón astuta
yo le arrancara, y por vengarse infame
me iguala con la torpe prostituta,

que llame sus verdugos, que los llame,
Por vos expuse mi virtud al vicio,
por vos tal vez me llamarán liviana;

iré, padre, con vos al sacrificio,
y por entrambos doblarán mañana.

Abrid, señor, las puertas y balcones;
a afrontar su insolencia basto sola;
que manche no temáis vuestros blasones;

hija vuestra nació, nació española.
MARQ. Sí, ¡vive Dios! nacistes hija mía,
bien lo muestran tu intento y tus palabras,

pero joven aún; tu fantasía
mengua el peligro, y tu peligro labras.
¡Ah! Tú eres una misera ovejuela;

sin más armas que intentos inocentes;
¿qué ha de valerte tu infantil cautela
contra león que trae garras y dientes?

ELV. Pues huyamos los dos.

MARQ. Es imposible.

Tigre sin presa cuanto va devora.
Se creyera el audaz irresistible...
¡oh! y contara con lengua mofadora

que en sus lazos caísteis, que una noche
ciega de amor te recibió en sus brazos,
que el suyo ansiando le prestó su coche,

donde tu limpio honor llevó en pedazos;
que eres suya, y le aguardas amorosa
en escondida quinta... ¡no, hija mía!

Que encuentre presa, y que su sed impía
sacie si quiere en sangre generosa.

ELV. Pues bien, padre, los dos nos
[quedaremos;

duda no ha de dejar mi torpe fuga,
porque el cendal en que el honor tenemos
no admite mancha, ni vapor, ni arruga.

MARQ. A entrambos alcanzara su ven-
[ganza.

ELV. Entonces, padre, en tan extrema
[hora
matadme, sí, y acabe su esperanza,
que sangre que liberta no desdora.

MARQ. ¡Tú, hija mía, morir! ¡Oh! no,
[partamos.

ELV. Al punto.

MARQ. Sí, dispón nuestra partida.

ELV. Pronto, padre, estará.

MARQ. Ve que arriesgamos
en cada instante nuestra pobre vida.

ESCENA V

EL MARQUÉS

Sí, partiremos en la noche oscura,
y escondiendo al huir nuestras facciones,
iremos como va por la espesura
cuadrilla de rebeldes o ladrones.
Acaso al verse en su ilusión burlado,
empañando la fe de los que huyeron,
¡seguides por doquier, dirá irritado,
que a su patria y su rey traidores fueron!

(Pausa.)

¡Tal mancha sobre mí! ¡Oh! y los que que-
oyéndole, ignorantes cortesanos, [den
crédito dar a su despecho pueden,
y dirán sin razón: fueron villanos,
No partiremos, ¡vive Dios!... ¡Elvira!...

(Llamando.)

Tente, viejo infeliz, ¿cómo dejarla
por el necio temor de una mentira
en poder del que así podrá ultrajarla?
¡Oh!, partiremos. ¿Para tanta mengua
en injusta prisión por tantos años
su honor velando encadené mi lengua?
¡Me excusara a matarle tantos daños!
¿No pude hacerlo con razón bastante?
¿No le encontré en los brazos de doña

[Ana?

¿Y no era a fe la ofensa del amante
igual con la vileza soberana?

(Reportándose.)

¡Miento, jamás! Si en honra había na-
[cido,
necia razón en mis blasones hallo:
Robó mi amor, dejóme envilecido,
mas obré cual debí, que era el vasallo.
Partiremos, sí, por Dios.

ESCENA VI

EL MARQUÉS, INÉS

INÉS. ¡Señor! ¡Señor!

MARQ. ¿Qué traéis,
que ni hablar, dueña, podéis?

INÉS. Ahí están.

MARQ. ¿Quiénes?

INÉS. Los dos.

MARQ. ¿Quién son los dos?
INÉS. Por la puerta
del jardín entrando están:
ved que son ellos, don Juan.

MARQ. Mas ¿quién son?

INÉS. Estoy muy cierta
que es el rey.

MARQ. ¡El rey!

INÉS (señalando al balcón). Miradle.

MARQ. (azorado). Guardad las puertas, Inés;

detenedle.

INÉS. Inútil es,
que entra ya.

MARQ. (poniendo mano a la daga, y mi-
rando al cielo).

¡Señor, salvadle!

Bien, a Elvira me llamad. (Vase Inés.)

Pronto, dueña. Santo Dios,

libres saldremos los dos

o muertos de la ciudad.

(Con profunda agitación.)

Mataré al rey; es su estrella.

¡No, por Cristo! Noble soy;

matarla prefiero a ella.

¿Mas cómo, siendo tan bella,

tan sin culpa? Loco estoy.

Venceré tal enemigo

muriendo yo... Seré cruel

tan solamente conmigo.

Mas dejándola con él,

¿en mi muerte qué consigo?

¿A ella?... nunca, que es mi amor.

¿A él?... no puedo, que es mi rey.

¿A mí?... en peligro mayor
la dejo... ¡Maldita ley
del orgullo y del honor!

¿Conque valarme no puedo
contra un hombre que me ultraja?

¿Conque habré de estarme quedo
cual si me infundiera miedo

quien mis puertas descerreja?

¿Mas no viene contra mí?

¿Y no es defenderme ley
de quien va a ofenderme? Sí.

¿Mas cómo puedo ¡ay de mí!
defenderme contra el rey?

Pasos allá abajo siento;
miraré por el balcón.

Mas... ¡cielos, qué pensamiento!
Dios me da en este momento

tan osada inspiración.

*(Se sienta en el velador, escribe una carta,
la cierra, la pone junto a la lámpara,
pone el velador junto al sofá y llama.)*

¡Oh, sí... escribo... bien está;
dejo a la luz el papel...

Cerca de ella... a hablarla irá,
verá el papel, le leerá,
y en sí volverá con él.

¡Elvira! ¡Inés! *(Llamando.)*

INÉS y ELV. *(saliendo).* ¿Qué mandáis?
MARQ. Una copa.

INÉS. ¿En vos estáis?
MARQ. *(a Inés, que sale).* ¡Calle!...

(A Elvira, señalando el sofá.)
Reclínate aquí.

y haz que duermes.
ELV. ¿Mas miráis

que a solas?...
MARQ. Yo estaré allí. *(Al interior.)*

*(La dueña trae las copas: el marqués las
deja sobre el velador, quita la luz de
los ojos de doña Elvira, que se habrá
reclinado en el sofá, mira por el bal-
cón, etc., etc., todo con el cuidado más
prolijo, como puede tener de más interés
el corazón de un buen padre.)*
(A doña Elvira.)

Por más que intente apurar
no despiertes, por tu vida.

Por el balcón ha de entrar,
le abro.

*(Abre el balcón, va a salir, y vuelve para
decir a doña Elvira:)*

Ve que eres perdida
si no sabes despertar.

ESCENA VII

DOÑA ELVIRA, *en el sofá fingiendo pro-
fundo y letárgico sueño; el REY, en-
trando por el balcón.*

REY *(hacia fuera).*

¡Alerta estad, don Guillén!

El papel me sorprendió,

mas a mi vez vengo yo

a sorprenderles también.

(Viendo a doña Elvira.)

¡Qué veol! ¿Me engaño?... ¡Oh, nol!

Duerme: ¡cuán hermosa está!

*(Vuelve la luz de modo que la dé en los
ojos.)*

No manchan tintas extrañas
su tez, y el fulgor que da

la luz, prolongando va
la sombra de sus pestañas.

¡Nunca vi rostro como él!
Sublime a par que sencillo,

dióle con dócil pincel
sus contornos Rafael

y su misterio Murillo.
Al contemplarla tan bella

en su imprudente descuido,
mi audacia en su faz se estrella,

y estoy, vive Dios, corrido
al verme delante de ella.

¡Cuál se agita mansamente
con la igual respiración!

¡Qué sueño tan inocentel!
El blando compás se siente

con que late el corazón.
A interrumpirsele voy

y a sus pies me arrojaré.
(Dudando.)

No, que duerma... Necio estoy.

¿Su fe no ha empeñado hoy?
Sí; pues que su amor me dé.

(Llamándola.)

¿Elvira?... No me responde.
 ¿Elvira?... ¡Sueño tenaz!
 ¡Si lo fingiera falaz!...
 No, que su pecho no esconde
 tan villana liviandad.
 ¿Elvira?... Mi bien... Mi dueño...
 ¡Calla! Qué piense no sé.
 Bastara si fuera empeño,
 mas en mujer no vi, a fe,
 jamás tan profundo sueño.
 Túrbase más mi deseo
 cuanto dudo en su virtud.

(*Ve la carta.*)

Mas cielos, ¿qué es lo que veo?
 Aquí hay una carta, creo
 puesta de intento a la luz.

(*Mirándola.*)

¿Mi necia ilusión me engaña?
 Es el sobre para mí.
 Sí... claro está: ¡cosa extraña!
 Felipe cuarto de España...
 Entero está el nombre, sí.
 Ábrola y leo: (*Lee.*) «Señor,
 «morir así fué su estrella;
 «yo, mirando por mi honor,
 «matóla tan sólo a ella,
 «que a vos no tuve valor.
 «El sueño en que la encontráis
 «sueño es de mortal veneno;
 «vos muerte, señor, la dais;
 «que despierte no temáis,
 «que no hay ya vida en su seno.»
 ¡El alma a creer no acierta
 tan extrema bazarria!
 ¡Elvira!... no, no despierta.
 ¿Conque es verdad que está muerta
 y pensaba que dormía?
 ¿Con que por mí te mataron,
 casta y celestial belleza?
 ¿Por mí al mundo te robaron?
 ¿Por mi tu cristal quebraron,
 vaso de limpia pureza?
 Aún que respira parece,
 aún tenue calor conserva
 cual seca y estéril crece
 en muralla que envejece
 recia e inútil la yerba.

(*Ruido de espadas dentro.*)

¡Mas qué rumor!... ¡Por quien soy
 que es de acero contra acero!
 ¿Hay más desventuras hoy?
 De mí mismo huyendo voy.
 (*Va a salir por el balcón y al mismo
 tiempo salta por él don Pedro en la
 escena, diciendo:*)

PED. Buenas noches, caballero.

ESCENA VIII

EL REY, DON PEDRO; DOÑA ELVIRA,
 en el sofá

REY. ¡Esto más!
 PED. (*resuelto.*) En el jardín
 dejo a un hombre...

REY (*con asombro.*) ¡Cómo!
 PED. Muerto;

y estando el balcón abierto
 nos encontramos por fin.

ELV. (*¡Dios mío!*)
 PED. Cojo la escala, (*Lo hace.*)

la doblo, y el balcón cierro;
 el que salga hará el entierro
 del que muera en esta sala.

REY. Alguno hace falta ya;
 mirad. (*Mostrando a doña Elvira.*)

PED. ¿La matasteis vos?
 REY. Matóla ultrajando a Dios.

PED. ¿Quién?
 REY. Su padre.

PED. Bien está,

Si ella a su fatal fortuna
 dió su vida, ¿qué me importa?

La nuestra será bien corta,
 que es por demás importuna.

No vine esta noche aquí
 menguado a llorar por ella,
 que vine... porque mi estrella
 lo quiso esta noche así.

REY (*con calma.*)
 ¿Su vida os importa poco,
 y la amabais, según creo?

Mancebo, por lo que veo
 os estáis volviendo loco.

PED. Loco debiera de estar
 según de amarga es mi vida;

mas todo en ella se olvida
si hay injurias que vengar.
Por ese balcón trepé
tras de vos por encontraros.

REY. ¿Y vinisteis?...
(*Le a salir por un lado.*)

PED. A mataros.

REY. ¿La razón?

PED. Yo me la sé.

REY (*con altivez*).

¡Vasallo! ¿A quién la razón,
contra su rey no le falta?

PED. Mentís, no es rey quien asalta
las casas por el balcón.

REY. ¿Y quién pudo haceros juez
en causa tan soberana?

PED. Vuestra injuria esta mañana,
y esta noche mi altivez.

(*Con brío.*)

Para darme una razón
corona me habéis pedido,

la vuestra se os ha caído
al subir por el balcón.

REY. ¡Mirad, mozo, que os perdéis!

PED. Iguales estamos ya:

que yo la traiga, eso da
como que vos la dejéis.

REY. Que me conocéis mirad.

PED. Haré que no os conocí,

que es de noche.

REY. Hay luz aquí.

PED. La apagaré, descuidad.

(*La tira una cuchillada, y la mata.*)

Ea, reñid.

REY. Miradlo, a fe.

PED. Lo miro; por los balcones
no entran más que los ladrones,

ELV. (*levantándose*).

No puedo más jay de mí!

PED. (*al rey*). Teneos, ¡viven los cielos!
que han despertado mis celes

unos lamentos que oí.

ELV. ¡Sí, teneos, que es razón!

REY. ¿No es esa la voz de Elvira?

PED. ¿Muerta no sois?

ELV. Fué mentira.

REY. ¡Tal engaño!

PED. ¡Tal traición!

¿Conque vos, quien erais siendo,

mentís con tal villanía
que os hace el rey compañía,
y estáis para mí durmiendo?
Reñid. (*Al rey.*)

REY. ¡Reñid, que por Dios
que sólo cuando venís
está despierta!

PED. ¡Mentís!

REY. ¿Al rey un mentís?

PED. A vos.

(*Se buscan en la oscuridad, cruzan las
espadas, y doña Elvira da con don
Pedro.*)

REY. Acercaos.

PED. Defendeos.

ELV. (*a don Pedro*).

¿Qué vais a hacer, insensato?

PED. ¡Quitad, señora, o vos mato...
sin más respetos!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; EL MARQUÉS, con una luz

MARQ. ¡Teneos!

PED. (*al marqués*). ¡Echaos fuera!

REY. Apartad.

MARQ. (*a don Pedro*). ¡Es tu padre!

PED. ¿Acabas hoy,
suerte cruel?

REY. ¡Soñado estoy!

¿Que habéis dicho?

MARQ. La verdad.

PED. (*cayendo de rodillas a los pies del
rey*).

¡Padre!... Perdón si villano
tanto con vos me atreví,

que hervía, señor, en mí
vuestro valor soberano.

MARQ. (*inclinándose con el mayor res-
peto*).

Vos me quitasteis mi amor,
y yo con afán prolijo

me he vengado en vuestro hijo
como quien era, señor.

REY (*con nobleza*).

Todos sois nobles aquí;
dadme los brazos, don Juan;

vuestras virtudes están avergonzándose a mí.

(A don Pedro.)

Alzaos, duque de Olmedo,

(Le echa el toisón de oro.)

llegad, vuestra esposa es esa;

ese es mi hijo, duquesa,

mirad qué más daros puedo.

En palacio viviréis,

será real nuestro apellido...

MARQ. Señor, que miréis os pido

el que ser quien sois tenéis.

Atad al vulgo la lengua;

pues que hijo mío a ser va, dejadlo estar como está, que os es pregonarlo mengua.

(A don Pedro.)

Mi hijo sois, llevad mi nombre,

que no os ha de avergonzar,

pues bien le puede llevar,

incluso el rey, cualquier hombre.

PED. Sí, le admito.

REY. En conclusión,

marqués, la razón os sobra.

MARQ. En palacio, señor, obra

cada cual con su razón.

AVENTURAS DE UNA NOCHE

COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAS

- PED. Y le salvamos.
- MARQ. Y le diré.
- DON JUAN
- DON CARLOS
- DON PEDRO YRIBARRA
- DON ANTONIO NOGUERA
- GARCERAN
- DON MARGARITA
- HELENA
- REY
- DON JUAN
- DON CARLOS
- DON PEDRO YRIBARRA
- DON ANTONIO NOGUERA
- GARCERAN
- DON MARGARITA
- HELENA
- REY

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO YRIBARRA. ¿Y estaréis en la ciudad de...
 GARCERAN. Enéme impideis...
 PED. Tal vez se tallo el valor...
 GARCERAN. No fue por misdo en verdad...
 PED. Mas estante el alboroto...
 GARCERAN. Y el alma y el hon de guerra...

Y no sabeis...
 GARCERAN. una vereda...
 PED. que no hay un punto en la tierra...
 GARCERAN. Mas he cinco mil jayanes...
 PED. Mas he cinco mil jayanes...
 GARCERAN. No temen ni Dios ni los escuderos...
 PED. y sin otros propósitos...
 GARCERAN. las dadas pidiendo a gritos...
 PED. Y tanto se espantaron...
 GARCERAN. Señor, es un tal...
 PED. cada razón un insulto...
 GARCERAN. cada cito una blasfemia...
 PED. Por el príncipe de Viana...

LEALTAD DE UNA MUJER

Y

AVENTURAS DE UNA NOCHE

COMEDIA EN TRES ACTOS

PERSONAS

DON JUAN.
DON CARLOS.
DON PEDRO PÉREZ DE PERALTA.
DON ANTONIO NOGUERAS.
GARCERÁN.
DOÑA MARGARITA.
BEATRIZ.
BRIGIDA.

RANGEL.
UN JEFE DE LOS REBELDES DE BARCELONA.
LONA.
JUSTICIA.
SOLDADOS.
REBELDES.
MONTAÑESES.
PUEBLO.

La escena es en Vallirana, pueblecito distante cuatro leguas de Barcelona, la noche del día 12 de marzo de 1461

ACTO PRIMERO

Calle y noche.—Casa en el fondo con puertas y balcones practicables; una imagen de Cristo en un nicho con un farolillo que alumbraba la escena.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO, GARCERÁN

PEDRO. ¿Y entrastes en la ciudad?

GARCERÁN. Fuéme imposible, señor.

PED. Tal vez te faltó el valor.

GARC. No fué por miedo en verdad.

Mas es tanto el alboroto,
la alarma y el son de guerra,

que no hay un palmo en la tierra
seguro en peña ni soto.
Más de cinco mil jayanes
armados con picas y hoces,
mostrando está lo feroces
que son hoy los catalanes.
No temen ni Dios ni ley,
y sin otros requisitos
les dejo pidiendo a gritos
la cabeza de su rey.

PED. ¿Tanto la asonada apremia?

GARC. Señor, es en tal tumulto
cada razón un insulto,
cada grito una blasfemia.
Por el príncipe de Viana

rebeldes clamando están,
y si al fin no se lo dan,
contra el rey salen mañana.

PED. ¿A tanto se han de atrever?

GARC. ¿Que si se atreven? Señor,
ya iban al gobernador,
cuando me vine, a prender.
Diputados la ciudad
al rey atrevida ha enviado,
a pedirle de contado
su fuero y su libertad.
No quieren otro señor
que el príncipe, y si les pican
han de osar, según se explican,
a desacato mayor.

Ya han puesto en las armas reales
unidos ambos blasones,
y están hirviendo en pregones
las casas consistoriales.

PED. Mas el príncipe en Pamplona
por el rey preso aún está.

GARC. Pues o libertad le da
o el rey pierde a Barcelona.

PED. ¿Y está el camino también
de Lérida interceptado?

GARC. No estará, si aún no ha llegado
tierra adentro el somatén.
Mas si ya del atamador
rebelde oyeron la seña,
no hay villa, lugar ni peña
por el rey don Juan, señor.

PED. ¿Y no sabes excusada,
Garcerán, una vereda
que hasta el rey llevarle pueda?

GARC. Es la noche tan cerrada
que por milagro será.

PED. Mas si el rey por un descuido
ignora aún...

GARC. Es perdido,
sobre él Cataluña va.

PED. Pues advertirle es preciso.

GARC. Hem... (Remiso.)
PED. ¿Garcerán, no te atreves?

Ve que es fuerza que le lleves
tá de palabra el aviso.

¿Dudas?
GARC. Dudo si llegar
hasta Lérida podré.

PED. Mis caballos te daré
y los puedes reventar.

GARC. No por caballos lo dejo,
que hartó tengo con el mío,
que va cobrando más brío
como va siendo más viejo.
El más astuto lebrél
no me atrapa en paz ni en guerra
si cuatro palmos de tierra
pongo entre mi jaco y él.
No temo a ningún tunante
que por la pista me siga,
mas sí emboscada enemiga
que me tenga por delante.

PED. Bien, pues tiempo no perdamos;
antes que más se alborote
la tierra...

GARC. ¿Yo tomo el trote
para el rey?

PED. Y le salvamos.

GARC. ¿Y le diré...

PED. Que al momento
se ponga en fuga.

GARC. Mas vos...

PED. Aquí me quedo, por Dios,
leal a mi juramento.

GARC. ¿Y si el bando montañés
descubre al fin vuestro nombre?

PED. Moriré aquí como un hombre
navarro y agramontés.
Eso dile al rey don Juan,
que aquí de atalaya estoy,
y que de aquí no me voy
si orden suya no me dan.

GARC. Mas ved...

PED. Que soy caballero,
que fe al rey he prometido,
y de cambiar su partido
pedazos me harán primero.

Eso dile, y que si falta
todo el reino a su corona,
suya es la hacienda y persona
de don Pedro de Peralta.
Garcerán, monta a caballo,
toma (Dale un bolsillo), y parte.

GARC. Adiós, señor.

PED. Y acuérdate que es mejor
ser muerto que mal vasallo.

ESCENA II

DON PEDRO; después MARGARITA y
BEATRIZ

PED. Prontas estarán mis gentes;
y si llega Garcerán
su intento no lograrán,
vive Dios, los insurgentes.

MARG. Él es.

PED. Margarita mía.

MARG. Caro esposo.

PED. A tiempo vienes.

MARG. Pedro, ¿qué azar me previenes
en esa faz tan sombría?

PED. Al fin, decirlo es forzoso;

Margarita, te oculté
viniendo al campo el porqué,
con afán bien misterioso.
Por evitar tu inquietud,
con engaño manifiesto,
te di siempre por pretexto
la estación o la salud.

MARG. ¿Pues qué otra causa pudiera?...

PED. Muy sencilla y muy leal;
yo sigo el bando real
y soy fiel a mi bandera.

MARG. Bien, Peralta.

PED. A Barcelona

mandóme el rey espiar,
y traje a questo lugar
encargos de la corona.
Ardua prisión en secreto
al venir me encomendó,
y estoy a cumplirla yo
por obligación sujeto.

Tu amor, bella Margarita,
sin mí no se hallaba bien,
y a fe, hermosa, que también
te agradecí la visita.
Mas ya la tormenta crece,
y en motines rebelado
se declara el principado
contra el rey, según parece.
En tal punto es ya preciso
que te vuelvas a Pamplona.

MARG. ¿Y tú?

PED. Acecho a Barcelona
hasta posterior aviso.

MARG. ¿Conque yo me he de salvar
mientras en peligro quedas?
No, mientras partir no puedas
contigo me he de quedar.

PED. Margarita, es excesivo
cariño; mi obligación
es quedarme.

MARG. En aflicción
continua, Peralta, vivo.
Cuando mi amor no me quita
el servicio de la ley,
mi amor me enajena el rey,
y ahí se queda Margarita,
En continuo sobresalto
dudo si mueres o vives...
Siempre desde el campo escribes
que hay encuentro, o que hay asalto.

Si hoy aguardo un mensajero,
mañana por impericia
me dan falsa una noticia
que ni me importa, ni espero.
Hoy nos partimos de aquí;
mañana vamos allá,
y la vida se me va.

Peralta, en temor por ti,
Tu amor busco y no le hallo;
que al darte amorosas quejas,
suena un clarín y me dejas
por la lanza y el caballo.

PED. ¡Oh! Ponderas, Margarita,
la exigencia de la ley,
que me necesita el rey
si el amor me necesita.

Y entiéndelo al fin mejor,
que en estas rebeldes guerras
yo le defiendo sus tierras
y él me defiende mi amor.
Entronzado el de Viana
por indolencia, ya ves
del partido agramontés
lo que sería mañana.

MARG. ¡Quién sabe! Ese rey don Juan
que con empeño prolijo
persigue tanto a su hijo,
¿premiará al cabo tu afán?

PED. ¿Y qué importa si me olvida?
¿Obedecerle no es ley?
Pues yo lidio por mi rey
mientras me dure la vida.

MARG. Padre que tanto se encona
con un hijo que se humilla,
¿olvidar no habrá en mancilla
a quién debe la corona?
Diz que el príncipe insolente
contra su vida atentó,
mas quien tal le levantó
traidor y villano miente.

PED. ¿Qué te se alcanza, amor mío,
de esas quimeras a ti?
Segura no estás aquí,
y en que partas me confío.

MARG. ¿Cuándo?

PED. Esta noche.

MARG. Quizá
obedecerte me pesa.

PED. Margarita, esto interesa.

MARG. Pues tú lo quieres, será.

PED. Apronta, pues, tu equipaje
para dentro de una hora.

Tú, Beatriz, ve al hórreo ahora
y dile a Juan que se baje
al puente con los caballos,
que nos marchamos no noten
y en el lugar se alboroten
algunos malos vasallos.

BEAT. Voy, pues.

PED. Id y despachad,
que mucho la noche avanza
y está toda mi esperanza
en su densa oscuridad.

(Beatriz se va por la derecha. Don Pedro
y Margarita entran en su casa por la
puerta del fondo, y sale por la izquier-
da don Carlos embocado.)

ESCENA III

DON CARLOS

¡Hay más desventuras hoy,
pese a mi negra fortuna!
Ciérranse una por una
las sendas que a seguir voy.
Ni fin ni esperanza hallo
en suerte tan enemiga;
cayó muerto de fatiga
en el campo mi caballo.
¡Y ahora, cuando por suerte

si dos leguas avanzara,
acaso a evitar llegara
mi desventura... o mi muerte!
¡Oh!... Mas si Dios fué servido
disponerlo de otro modo,
Dios es el Señor de todo
y razón le habrá movido.

(Viendo el crucifijo.)

Señor, sabéis que mis quejas
en el afán de mis duelos
dirigí siempre a los cielos
de mi prisión por las rejas.
Las estrellas solitarias
de cien noches son testigos
que oré por mis enemigos
en mis humildes plegarias.
Erré y enmendé mi error;
agravié, mas satisficé;
cuanto pude, Señor, hice
hasta en mengua de mi honor.
Otorgué cuanto pidieron;
cedí, me entregué en sus manos,
y ellos entonces, villanos,
con más audacia me hirieron.
Cuanto esperaba perdi...

(De rodillas.)

Señor, vuestra hechura soy;
si hay más desventuras hoy
caigan, si os contenta, en mí.

ESCENA IV

DON CARLOS, BEATRIZ

BEAT. (Nuestro viaje está dispuesto;
dentro de una hora partimos;
si viajamos o si huímos
Dios lo sabe... ¿Mas qué es esto?
¿Allí de hinojos un hombre
casi a la puerta de casa?)

CARL. (viendo a Beatriz).

(Por favor diré a quien pasa
de este lugar me dé el nombre.)
Buena mujer, perdonad;
¿mas diréisme dónde estoy?

BEAT. ¡Brava cuestión por quien soy!
¿Forastero es?

CARL. Contestad.

¿Qué pueblo es este?

BEAT. Me gusta el modo de preguntar.

CARL. Ved si habéis de contestar, o id adelante.

BEAT. (¡Qué adusta condición!) Es Vallirana.

CARL. ¿Dista Barcelona mucho?

BEAT. ¿Vais allá?

CARL. Puede.

BEAT. ¿Qué escucho?

No hagáis tal; por el de Viana se han alzado en rebelión, y si sois de los del rey...

CARL. ¡Sí, por cierto!

BEAT. Pues no hay ley que os liberte.

CARL. En conclusión, ¿cuánto dista Barcelona?

BEAT. Tres horas.

CARL. ¿Podéis decir quien dé un caballo en que ir hasta allá, si se le abona?

BEAT. Yo conozco poca gente de este pueblo.

CARL. Si queréis, hoy enriquecer podéis amigo, deudo o pariente.

BEAT. ¿Cómo?

CARL. Al que quiera un caballo venderme en este lugar, tanto oro le podré dar que no sienta el ser vasallo.

BEAT. ¡Oh! a mi señor no hace falta el oro.

CARL. ¿Luego servís?

BEAT. Y a un buen amo.

CARL. (con prontitud). ¿A quién decís?

BEAT. A don Pedro de Peralta.

CARL. ¡Peralta! (Con interés.)

BEAT. (¿Pero qué digo?)

CARL. ¿Agramontés?

BEAT. Sí, por Dios.

CARL. ¿Conde?

BEAT. ¿Conocéisle vos?

CARL. Mucho que sí; soy su amigo.

Mas callad.

BEAT. ¡Ay! Y a no ser porque con su amigo di,

ya me iba a perder aquí por mi lengua de mujer.

CARL. Más bajo.

BEAT. Tenéis razón. Que ahora bien se necesita prudencia.

CARL. ¿Está Margarita con él en esta ocasión?

BEAT. Sí, mas antes de la aurora a Pamplona nos volvemos.

CARL. ¿Cómo?

BEAT. Caballos tenemos para dentro de una hora.

CARL. ¡Gracias, fortuna!

(La coge por distracción la mano.)

BEAT. ¿Qué hacéis?

CARL. Escuchad; si a Margarita dais aviso...

BEAT. ¿Yo una eita?

CARL. Llamadla así si queréis, mas decidla...

BEAT. No diré ni el credo.

CARL. Ved que me va la vida aquí.

BEAT. No será.

CARL. Pues un papel os daré. Enseñadsele, por Dios, y amparáis a un desdichado.

BEAT. ¡Y quién sabel...

CARL. Si cuidado os da, leedle.

BEAT. Mas vos...

CARL. Nada tenéis que temer; el nombre que aquí va escrito no tiene más que un delito.

BEAT. ¡Un delito!

CARL. Sí, el nacer.

BEAT. ¿Pues quién sois?

CARL. Nada os importa; mirad si el papel lleváis, que en él la vida me dais.

BEAT. Vuestra esperanza es bien corta; mas dadme acá ese papel si es cierto lo que decís.

CARL. Tomad.

BEAT. Pero si mentís,
Dios os maldiga por él.
(*Beatriz toma el papel y entra en casa de Peralta.*)

ESCENA V

DON CARLOS

¡Oh, gracias, Dios de bondad!
que en vuestra mente infinita
me habéis dado en Margarita
acaso la eternidad.
No, no ha de ser tan villana
ni tan infame conmigo
quien fué consuelo y testigo
de las cuitas de mi hermana.

(*Pausa.*)

Porque, ¿qué vale en verdad
mi humildad y mi silencio,
si yo propio me sentencio
con mi llanto y mi humildad?
Huiré lejos, muy lejos;
déme quien pueda un caballo,
y acaben, rey o vasallo,
pesares ya tan añejos.

ESCENA VI

DON PEDRO *asoma al balcón que deja ver la luz con que supone alumbrada la habitación.* DON CARLOS *está de espaldas a él y casi debajo del Cristo que habrá en una esquina a la izquierda.*

PED. (*mirando hacia la derecha.*)
Nada. Rumor no se siente
a través del aire manso:
ni sosiego ni descanso
por el rey con esa gente.
Dejan al amanecer
los rebeldes la ciudad,
pero les lleva en verdad
gran ventaja mi mujer.
Los caballos son briosos,
extraviados los caminos,
y fieles los campesinos
de esos pueblos montañosos.

¡Oh! Sin azar llegarán;
y si al rey salvo igualmente,
por Dios que tranquilamente
los rebeldes me hallarán.
Mas veo en aquella esquina
un embozado en acecho...
Y reza según sospecho
ante la imagen divina.
La luz quitaré de aquí
porque la sombra me encubra;
no sea que me descubra
por espiarle, él a mí.
(*Queda el balcón a oscuras.*)

ESCENA VII

Ábrese la puerta y sale MARGARITA con velo, quedando ésta y BEATRIZ un momento en el umbral. DON PEDRO *vuelve a ponerse en el balcón en cuanto quita la luz, y DON CARLOS vuelve la cabeza al ruido de la puerta y voz de MARGARITA.*

MARGARITA (*a Beatriz*).

¿Dices que me espera ahora?

BEATRIZ (*a Margarita*).

Al pie de aquel Cristo.

MARG.

Al punto

vuelvo.

BEAT. Allí está.

MARG. Y de este asunto
a tu amo...

BEAT. Estoy, señora.

Le diré que el equipaje
estáis en vuestro aposento
arreglando, y un momento
retardaremos el viaje.

PED. (*en el balcón*).

Por Dios que abrieron la puerta
y vi con la luz escasa
salir alguien de mi casa.

BEAT. La puerta queda entreabierta;
cuando volváis empujad;
y entraréis sin hacer ruido.
(*Beatriz cierra; Margarita se adelanta hacia don Carlos, y don Pedro hace un movimiento de atención muy marcado.*)

ESCENA VIII

DON PEDRO, *en el balcón*; DON CARLOS
y MARGARITA, *en la calle*

PED. (Por Cristo que estoy corrido:
¿no es mi mujer? Sí en verdad.)

MARG. ¡Mi señor!...

CARL. No me nombréis.

MARG. Las lágrimas a los ojos
sienfo al veros. ¡Siempre abrojos
bajo las plantas tenéis!
¿Qué es de vos?

CARL. Tan desdichado
como siempre.

MARG. ¿Y vuestra hermana?

CARL. Prisión con ira inhumana
en un convento la han dado.

MARG. ¿Y en cuál?

CARL. Es la voz común
que en Tolosa gime ahora.

MARG. ¡Infeliz!

CARL. Y vos, señora,
¿qué os hacéis? ¿Me amáis aún?

MARG. Más que nunca cada día.

CARL. Sabréis, pues, mis desventuras.

MARG. Por noticias muy seguras,
y las lamento a fe mía.

CARL. Acaso vos solamente
mi corazón conocéis.

MARG. Y acaso de mí podéis
fiaros ya únicamente.

CARL. ¡Cuál me han tratado!

MARG. Lo sé.

¿Mas posaréis mucho aquí?

PED. (Los oigo hablar, pese a mí,
mas no les entiendo qué.)

CARL. Espero tan sólo en vos
que esta noche me salvéis.

MARG. ¿Oro, caballos queréis?

¡Nadie os seguirá por Dios!
Mas, don Carlos, vuestra tez
extraño en lo macilenta.

CARL. Mi juventud me atormenta
cual pudiera la vejez.

Con el alma destrozada,
con el cuerpo dolorido,
me pesá el haber nacido
a vida tan desgraciada

¿Veis a la luz moribunda
de esa santa lamparilla,
la palidez amarilla
que la mustia faz me inunda?
Pues lo que hacer no pudieron
las garras de las pasiones,
los hierros de las prisiones
y los pesares lo hicieron.
Lloráis; ¡pobre Margarita!
Me amáis y os doléis de mí;
pero Dios lo quiso así
en su justicia infinita.

MARG. Huid, señor.

CARL. Déjame hablar
un corto instante contigo,
que jamás tuve un amigo
con quien partir mi pesar.

MARG. ¡Ah! Bien conmigo podéis
dividirle si eso os place,
que más de veinte años hace
que aquí posesión tenéis.

CARL. ¡Oh! y por escuchar tu acento,
por mirar un solo instante
la expresión de tu semblante,
no hay difícil sufrimiento.

¡Al verte, al oírte hablar,
que aún soy feliz me parece,
mi ser se rejuvenece,

vuelvo la existencia a amar!
Que es tan dulce a un desdichado
recordar lo que pasó,
que vivo un instante yo
soñando con lo pasado.

MARG. (con entusiasmo).

¡Ay! Pues vivid y soñad
si os inspiro un blando sueño,
y ojalá pueda mi empeño
velaros la realidad.

CARL. ¡Cuán al vivo me recuerdas
las venturas que me huyeron,
Margarita! ¿Qué se hicieron
aquellas noches... te acuerdas?

MARG. ¡Si me acuerdo! ¡Cuán hermosa
estaba la infeliz Blanca!

CARL. Llanto de dolor me arranca
esa memoria preciosa.
La noche entera pasábamos
en dulcísimos cariños.

MARG. Como que éramos tres niños y con afán nos amábamos.

CARL. Niños, sí, ¡cuán inocentes entonces, cuán descuidados! Y después ¡cuán desdichados!

MARG. Pero nunca diferentés de aquellos tiempos dichosos en que en brazos de la infancia no saljan de una estancia nuestros planes ambiciosos. Siempre nos hemos querido como amorosos hermanos, por más que amaños tiranos separarnos han podido. Os acordáis, no lo dudo, de aquella sangrienta tarde en que de un hombre cobarde vos me servisteis de escudo?

CARL. Eso es de más, Margarita.

MARG. ¿Y habéis acaso olvidado que os anuncié un embazado en Lérida mi visita?

CARL. ¡Oh!

MARG. A vos no haberme acudido y puesto a los pies del rey, bajo el peso de la ley, sucumbiera mi marido.

CARL. No hay más de aquello que ha-

PED. (De amores es la querella, y por Dios Santo que de ella jamás lo llegué a pensar.)

MARG. La vida ambos os debemos, Pérez de Peralta y yo.

CARL. ¿Habéiselo dicho?

MARG. No, mas al fin se lo diremos

si a vuestra fortuna importa.

CARL. No, fuera menguado vicio valerse de un sacrificio

que costó pena tan corta.

Y es tan tenazmente adicto al partido agramontés,

que echarse en sus manos, es muy peligroso a un proscrito.

MARG. Si es agramontés, es noble,

CARL. Por eso será leal, y en salvar la causa real será su conato doble.

MARG. Por más que sea, señor, apegado a su partido,

Pérez con honra ha nacido y nunca será traidor.

La vida le habéis salvado; y aunque es para él un secreto,

él os valdrá en este aprieto si no leal, obligado.

CARL. ¡Cuán buena sois, Margarita, de gracia y virtud cuán llena!

MARG. No sé, por Dios, si soy buena, mas la injusticia me irrita.

Os veo desde la cuna acechado y perseguido,

más que por mal merecido por vuestra mala fortuna.

Yo la amiga fiel y sola fui de Blanca vuestra hermana,

y de olvidar la villana no hubiera sangre española.

CARL. ¡Oh! y para quien la ha proscrito

no tiene ella sobre sí más que el parecerse a mí,

que ese es su único delito.

MARG. Vos fuisteis el protector de mi honor en la orfandad;

conmigo en la soledad ella partió su dolor,

y yo seré agradecida, señor, a tantos favores,

si no cual sois acreedores, con honra, haciendas y vida.

Enemigo es mi marido de vuestra gente, mas voy

a arriesgar para vos hoy cuanto valgo. —Os he pedido

me digáis qué es lo que os falta.

CARL. Mas mirad bien... ¿Qué queréis?

Pedidme, que os salvaréis aun contra el mismo Peralta.

CARL. ¡Ángel de mi triste vida!...

MARG. Dejad plegarias agora, y hablad de vos, que ya es hora.

CARL. Pues oíd. Si a toda brida corriendo la noche entera

y arriesgando mi persona, con el alba en Barcelona

acogerme al fin pudiera,
salvárame de una vez
de enemigos y traidores.

MARG. De los caballos mejores
de mi marido, escoged.

CARL. Mas Peralta...

MARG. Antes sois vos,
y si vos de esta tormenta
os salváis, quedo contenta
aún pagando por los dos.

CARL. ¡Margarita!

MARG. Venid, pues;
oro os daré y un caballo,
con un guía que vasallo
de mis baronías es.

CARL. Del bien que ahora me hacéis
será mi memoria inmensa.

MARG. Una sola recompensa
quiero por él que me deis.

CARL. Por mucho que sea, estoy
en que es mayor mi deseo.

MARG. Por si a Blanca más no veo,
decidla lo que hice hoy.

(*Vanse don Carlos y Margarita por la
derecha; don Pedro, al verlos marchar,
dice:*)

PED. Celoso estoy, vive Dios,
y avergonzado además.

(*Cierra el balcón y sale por la puerta
diciendo:*)

La muerte llevan detrás;
si no es sueño ¡ay de los dos!

(*Vase detrás de ellos.*)

ESCENA IX

Salen por el lado opuesto DON JUAN y
NOGUERAS armados; DON JUAN con ar-
madura completa y calada la visera;
ocho o diez soldados detrás.

NOGUERAS (*a don Juan*).
Dióle el caballo la vida,
que iba veloz como el viento;
yo le perdí en un momento
aunque corrí a toda brida.

JUAN (*impaciente*).
Acabemos ¡vive Dios!
y sin hablar del caballo,

Nogueras, tan mal vasallo
ha sido él hoy, como vos.

NOG. Es injusticia; ¿esas nieblas
no veis? ¿Qué más pude hacer?

JUAN Correr, Nogueras, correr
hasta hallarle en las tinieblas.

NOG. Mas en noche tan oscura,
sin práctica en los caminos,
darle caza de los pinos
entre la áspera espesura,
era imposible.

JUAN. ¿Eso más?

NOG. A dar un punto la cara
por Cristo que le matara.

JUAN. Hicieraislo por detrás.

NOG. ¡A traición!

JUAN. ¿No era lo mismo?

NOG. Soy cristiano, y tengo honor.

JUAN. No reza con un traidor,
Nogueras, el catecismo.

Si es la voluntad del rey
que muera o se dé a prisión,
cara a cara o a traición

cumplíais vos con la ley.

NOG. (*con intención*).
Perdonad si digo mal,
¿mas tanta ira el rey tiene

que a cualquier medio se aviene
si vence?

JUAN (*después de un instante de duda*).
Todo es igual.

Con tal que muera en secreto
con visos de puro azar.

(Y queda el que pueda hablar
a eterna noche sujeto.)

NOG. Bien, pues dad que en mi arre-
bato

le alcanzo y le doy la muerte;
¿qué hiciera el rey si por suerte
en su lugar a otro mato?

JUAN. Fuera rebelde también
y con justicia muriera.

NOG. ¿Y si rebelde no era?

JUAN. Bien, Nogueras, está bien.
No hay más en ello que hablar;
pues que al fin de cualquier modo
se escapó, se acabó todo,

salgamos de este lugar.
NOG. ¿Así volveros queréis?

JUAN. Si no le habéis conocido con la niebla, y él ha huido, no sé qué remedio halléis.

ESCENA X

RANGEL, *saliendo apresurado, se pone delante de DON JUAN y NOGUERAS, como esperando que le pregunten.*

NOG. ¿Qué es?
RANG. ¿Si para hablar licencia me dais?

JUAN. Adelante.
RANG. Ya cogido el rebelde está.

NOG. ¿Con verdad?
RANG. Con evidencia.

El caballo que tomé de vuestra caballeriza ¿no era?...
JUAN. Color de ceniza.
RANG. Cabos negros.

JUAN. Sí.
RANG. Pues yo,

por la cerca del lugar receloso jineteando, me le he topado expirando.

NOG. ¿Estáis cierto?
RANG. A no dudar:

le hemos quitado la silla, y de la falda escarlata bordado está sobre plata vuestro escudo en una orilla.

NOG. (a don Juan). (Él es pues.)
JUAN (a Noguerras). (Sin duda alguna.)

Mas según la noche avanza, no le queda otra esperanza que la noche y su fortuna.

NOG. Habrá dentro del lugar ballado algún escondite.

JUAN. Pues es fuerza que se evite que se nos vuelva a escapar. Mas oye: ¿sabe quién es esta gente el perseguido?

NOG. Ninguno.
JUAN. ¿Y me ha conocido alguien?
NOG. No.

JUAN. Adelante, pues. El pueblo en redor cerquemos, y que no quede por ver casa o choza.

NOG. Es menester que la caza no espantemos. Yo en silencio nuestra gente por doquiera apostaré, y o Noguerras no será u os entrego al delincuente.

JUAN. Vamos, pues.
NOG. Oye, Rangel,

haz las calles espier por peones, y si a dar llegan por suerte con él, ya que fugarse pretenda, ya que se esconda o resista, el que le ponga la vista que le siga o que le prenda.

(*Vanse don Juan y los soldados primero; Noguerras y Rangel quedan solos en la escena a los últimos versos.*)

ESCENA XI

Interior de una casa pobre; a la izquierda, una alacena o almarío. A la derecha, un balconillo bastante bajo de antepecho. Luz artificial.

BRÍGIDA

¡Con qué cuidado me tiene mi Blas!—Tengo el corazón en un hilo.—Las diez son, válgame Dios, y no viene.

(*Asómase a la ventana.*)
Y esta noche, cuántos ruidos que suenan por el lugar...

Y nada puedo alcanzar por más que soy toda oídos. Este diablo de ventana

da nada más que a un jardín, luego este barrio es el fin, lo peor de Vallirana.

De manera que aunque se halle medio de oír o entender, no puede una nunca ver lo que sucede en la calle.

Pero en la escalera siento pasos... ¡ay! ¿si será Blas?

(*Llaman a la puerta.*)

Llamaron... (Otra vez.) De prisa estás.
Allá voy... (Otra vez.) Voy al momento.
(Abre, y entra Margarita azorada como
salió en la escena octava.)
¡Dios mío!

ESCENA XIII

MARGARITA, BRÍGIDA

MARG. Nada temáis; permitid que en vuestra casa me oculte.

BRÍG. ¿Pero qué pasa?

MARG. Y tomad.

BRÍG. ¡Oh! ¿Qué me dais?

MARG. Nada, guardadlo.

BRÍG. ¡Dinero!

MARG. Para vos.

BRÍG. Imposible es.

MARG. Lo dejo.

BRÍG. Dejadlo, pues.

MARG. Mas salvarme es lo primero.

BRÍG. Mas ¿quién sois? ¿Qué queréis [vos?]

MARG. Cerrad corriendo esa puerta.

BRÍG. Acabad, me tenéis muerta.

MARG. Prestadme atención, por Dios.

Dentro de un instante un hombre

vendrá en mi busca quizá; grueso, alto, cano, ¿estáis?

BRÍG. Ya.

MARG. Aunque el mismo rey se nombre no le abráis.

BRÍG. No le abriré.

MARG. Mirad que me va la vida.

BRÍG. (Ella está tan aturrida que da compasión a fe.)

MARG. Mas tened cuenta, y por Dios que no los equivoquéis.

BRÍG. ¡Cómo!

MARG. Que entrar le dejéis.

BRÍG. ¿Al viejo?

MARG. No.

BRÍG. ¿Pues son dos?

MARG. ¿No dije?... De uno no más.

BRÍG. Pues escuchad con cuidado, tal vez vendrá otro embozado.

BRÍG. ¿Delante de ese o detrás?

MARG. Delante o detrás, no sé; mas al mancebo es preciso que deis al punto un aviso.

BRÍG. ¿Y qué aviso?

MARG. Os le diré.

Que aquel de quien he huido, aquel con quien él reñía, que huya de él.

BRÍG. ¡Qué algarabía!

MARG. Que huya, sí, que es mi marido. BRÍG. (Pues estamos bien, y yo que...)

MARG. ¿Llaman? No abráis sin ver dónde me puedo esconder.

(Llaman con fuerza muchas veces.)

BRÍG. Tirará la puerta.

MARG. Aún no.

Aguardaos un instante. (Da con la alacena, se mete dentro, aparta la mesa, y hacen entre las dos lo que dicen los versos.)

Cerradme en esta alacena.

Traed la mesa. (La pone delante.)

Estad serena.

BRÍG. (¡Habrà enredo semejante!)

Y si viniera mi Blas entre tanta confusión...

(Va a la puerta, y en el momento que la abre se entra don Carlos embozado.)

¿Quién?... pues se entra de rondón.

(Mirándole.)

¿Será el de alante o de atrás?

ESCENA XIII

MARGARITA, oculta; BRÍGIDA, DON

CARLOS

CARL. Decidme, buena mujer, ¿no habéis abierto la puerta a una dama?

BRÍG. (Mirándole todavía.) (¿Y quién acierta cuál de los dos puede ser?)

CARL. Acabad por vuestra vida.

¿Dónde está?

BRÍG. ¿Quién?

CARL. Así volveré. Esa dama.

BRIG. ¿Qué dama? ¿Cómo se llama?
 CARL. No hagáis la desentendida, mis
 porque yo la he visto entrar.
 BRIG. Serían vuestros recelos.
 CARL. Apartad, viven los cielos, que
 que yo la entraré a buscar.
 (*Don Carlos entra por la izquierda, cáese-
 le el embozo, y Brigida, que no ha cesado
 de mirarle, dice:*)
 BRIG. ¡Ah! Es el mozo.

ESCENA XIV

*Quando todavía le está mirando, y apenas
 se ha ocultado DON CARLOS de la vista
 del público, entra por la puerta, que aún
 tendrá abierta BRIGIDA, DON PEDRO,
 que la dice de repente:*

PED. Vive Dios
 que aquí una mujer ha entrado,
 y después un embozado:
 decid dónde están los dos.
 BRIG. (¡Dios mfo!) Señor...
 PED. Por Cristo
 que si niega...
 BRIG. Si en mi casa...
 PED. Yo sé lo que en ella pasa.
 BRIG. Nadie entró.
 PED. Yo les he visto.
 BRIG. Señor...
 PED. Despache.
 BRIG. Sí aquí...
 PED. Yo por Dios los buscaré,
 y si los hallo, yo haré
 que no os olvidéis de mí.
 (*Vase a entrar don Pedro por otro bas-
 tidor de la izquierda, y vuelve a entrar
 don Carlos, con quien se enciuentra cara
 a cara.*)
 CARL. ¡Maldita mi estrella impía!
 Mi suerte está en manos de ella,
 y pierdo necio su huella
 cuando más falta me hacía.)
 PED. (Él es.)
 CARL. (¡Mas qué veo, cielos!)
 PED. ¡Caballero!
 CARL. ¿Qué queréis?
 PED. De esta casa no saldréis.

CARL. ¿Quién lo estorbará?
 PED. Mis celos.
 ¿Qué hicisteis de mi mujer?
 CARL. ¿Y es á mí a quien la pedís?
 PED. Con vos vino.
 CARL. No.
 PED. Mentís;
 y me la habéis de volver,
 o por Dios que os acuchillo.
 CARL. (¡Habrà desdicha mayor!)
 PED. Decid, o a vuestro valor
 apelad.
 CARL. Es más sencillo. (*Rüen.*)
 (Si no hay medio más seguro
 de huir que matar a este hombre,
 nada al fin hay que me asombre,
 mi mala fortuna apuro.)
 BRIG. ¿Y qué va a ser hoy de mí?
 ¡Cielos, socorro, socorro!
 Todo a abortarlo corro.
 CARL. (Mi suerte se cumple aquí.)

ESCENA XV

DICHOS; RANGEL

RANG. (No me engañe; él es; él mismo:
 aquí mi astucia me valga.)
 (*Se pone de parte de don Carlos.*)
 ¿Qué es aquesto, gente hidalga?
 CARL. Quitad.
 RANG. Eso es heroísmo.
 Soy con vos.
 (*A don Pedro, poniéndose de su parte.*)
 PED. Quitad también.
 RANG. Pues qué reñis uno a uno,
 yo he de reñir por alguno
 y he de dar adonde den.
 BRIG. (dentro.) Entren aquí.
 RANG. (cayendo.) Muerto soy.
 CARL. ¿La justicia y ya hay un muer-
 [to?...
 ¿Ese balcón no da a un huerto?
 Sí.
 (*Don Carlos gana el balconcillo, salta por
 él con la mayor rapidez posible, y don
 Pedro, colérico, dice:*)
 PED. ¡Cobarde!... Tras él voy.
 (*Va tras él.*)

ESCENA XVI

MARGARITA en la alacena; RANGEL, tendido; BRÍGIDA; el ALCALDE, JUSTICIA y GENTE.

BRÍG. Esta es, señora, mi casa, y no sé por qué pecado tanta gente en ella ha entrado, duende o diablo...

ALC. ¿Mas qué pasa?

BRÍG. (viendo a Rangel).

¡Ay! ¡Dios de mi corazón!

¡Mirad!

UNO. Un hombre caído.

OTRO. Muerto está.

UNO. No más que herido.

ALC. A ver, daos a prisión. (A Brígida.)

BRÍG. Pero, señor...

ALC. O decid

quién aquí mató a ese hombre.

BRÍG. Si jamás supe su nombre.

ALC. Pues a la cárcel venid.

BRÍG. Esperad, que yo os diré lo que sepa. Ha poco rato que entró con mucho recato aquí una mujer.

ALC. Dad fe.

BRÍG. Al verla de miedo llena, que apenas hablar podía porque un hombre la seguía, la metí en esa alacena.

ALC. Veámosla, pues.

(Bájanse todos hacia la parte del teatro en que está la alacena, dejando expedito el paso de la puerta.)

ESCENA XVII

DICHOS, MARGARITA

MARG. ¡Teneos!

ALC. ¡Y con la cara tapada! Descúbrase la taimada.

MARG. De mi desdicha doleos.

ALC. Fuera el velo.

MARG. Por piedad, que os compadezca mi llanto.

ALC. Mostrad, u os arranco el manto sin...

MARG. Villano, no, en verdad.

Si llega a poner en mí

la mano algún atrevido,

cuéntese de muerte herido.

ALC. ¿Amagáis?

MARG. De muerte, sí.

ALC. Yo sé que manda la ley...

MARG. Tenga quien la ley auxilia,

cuenta con una familia

que es tan noble como el rey.

ALC. ¿Qué hacemos?

(El alcalde se vuelve a los demás, que se encogen de hombros, y miran estúpidos a Margarita. Entretanto llega don Pedro hasta donde están.)

ESCENA XVIII

DICHOS, DON PEDRO

PED. (Pues que él halló camino en la oscuridad, ella pagará en verdad lo que el galán no pagó.)

(Se muestra al alcalde.)

¿Me conoce? ¡Calle, pues!

Mirando a su buena fama

y al secreto, de esta dama

mi casa la cárcel es.

Yo daré al juez mis razones,

y porque bien todos queden,

llegarse a mi casa pueden

a tomar declaraciones.

(Ofrece el brazo a Margarita con severidad, y ella le toma.)

MARG. ¡Valedme, santos del cielo!

PED. Hidalgos, que os guarde Dios.

(Vanse don Pedro y Margarita.)

ESCENA XIX

El ALCALDE, el ESCRIBANO y los demás alrededor de RANGEL; le levantan, le desabrochan, etc.

ALC. Uno queda de los dos, acudamos al del suelo.

UNO. Está sin herida alguna.
 OTRO. Mirarle bien la cabeza.
 OTRO. Callad, que a volver empieza.
 EL 1.º ¡También ha sido fortuna!

ESCENA XX

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS,
 y GENTE DE ARMAS

JUAN (*a Nogueras*).
 ¿Conque le hallaron?
 NOG. Rangel
 le ha seguido hasta esta casa.
 JUAN. Veamos, pues, lo que pasa,
 y si no ha dado con él
 le empalo.

NOG. Mas hele ahí.

JUAN. (*Se acerca a Rangel, y asiéndole
 de un brazo le dice como de su-
 perior a inferior:*)

¿Qué es ello?

RANG. (*levantándose y dejando de disi-
 mular.*)

¡Señor, sois vos!

JUAN. ¿Diste con él?

RANG. Con él dije.

¿Cercasteis el pueblo?
 JUAN. Sí.

RANG. Pues ya es nuestro, vive Dios.
 (*Van a salir, y el alcalde se pone por
 delante.*)

ALC. En nombre, hidalgos, del rey
 se tengan.

NOG. Atrás.

JUAN. Salgamos.

(*Rangel encasqueta al alcalde el sombrero
 hasta los ojos de una palmada, diciéndo-
 le con moña:*)

RANG. Donde nosotros estamos,
 nosotros somos la ley.

ACTO SEGUNDO

Salón en casa de don Pedro de Peralta. Puerta en el fondo que da al interior y exterior de la casa. A la izquierda, el gabinete de Margarita; a la derecha, la habitación de don Pedro: una ventana con reja; mesa, sillones, etc., etc. Luz artificial.

ESCENA PRIMERA

En el momento de alzarse el telón está BEATRIZ cerrando la puerta del fondo por donde se supone que acaba de entrar, y se dirige hacia el gabinete de Margarita.

BEAT. Mucho mi señora tarda;
 Dios me la saque con bien,
 que si en el pueblo la ven
 y soplan, buena la aguarda.
 Voy, por ahorrar detención,
 a contemplar su equipaje;
 porque a fe que nuestro viaje
 quiere priesa y precaución.

(*Entra en el gabinete, quedando sola la es-
 cena por un corto instante, después del
 cual aparecen don Pedro y Margarita
 del brazo; ella con velo y él embozado
 como salieron de la escena en el acto
 primero.*)

ESCENA II

DON PEDRO, MARGARITA

PED. Bien, señora, muy bien por vida
 [mía:

¿son éstos los cuidados de una dama
 por un hidalgo a quien la luz del día
 es menos cara que su limpia fama?
 ¿Esto es honra, es amor, es hidalguía?
 Decidme, si acertáis, ¿cómo se llama
 la que vende su fe y amor primero
 por el amor de un torpe aventurero?

¿Dó vais en medio de la noche oscura
 después de oculta y amorosa cita,
 mientras el esposo de la amante impura
 vuestra fortuna y salvación medita?
 ¿Los rebeldes temiendo por ventura
 me ibáis a hacer la guardia, Margarita,
 en avanzado puesto centinela
 que vende a su señor mientras le vela?

¡Ira de Dios! Si noble no mirara
 que sois una mujer, un ruin gusano,
 un reptil a quien necio acaliciara
 mientras cobarde me mordió la mano:
 si de quien soy un punto me olvidara
 y ser pudiera cuanto vos villano.

vuestra traidora liviandad no alcanza la violenta explosión de mi venganza?

Mas concluyamos de una vez, señora; esta noche saldréis de Vallirana bien guardada por gente que aún ignora cuanto tenéis de ingrata y de liviana. Vuestro equipaje dispone ahora, que en un convento dormiréis mañana; de mí no os acordéis en adelante, y estad pronta a partir... vuelo al instante. *(Vase por la puerta del fondo, cerrando por fuera.)*

ESCENA III

MARGARITA

¡Habrá apuro mayor!... Y si entretanto, sin más amparo que mi pobre empeño, le apresan por rebelde... Cielo santo, lo estoy palpando y me parece sueño.

¿Cómo tan presto nuestra cita supo, Peralta?... ¿Desde cuándo así me espía? Tanta desdicha en él tan sólo cupo si es que no lo hizo la torpeza mía.

(Mirando por todas partes.)

¡Si encontrara una puerta, una ventanal! ¡Si hubiese quien le diera algún aviso! ¡Si no parte, que al fin caiga mañana en manos de unos u otros, es preciso.

¡Imposible! ¡Esta reja, este aposento cerrados!... ¡Oh! y creará que le abandono; y si el secreto revelar intento a mi marido, ¿cuál será su encono!

¡Enemigo y rebelde!... No, Dios mío, a salvarle, Señor, prestadme ayuda; mas siento pasos... en la suerte fío y espero mi ocasión atenta y muda.

(Se sienta recatando el rostro, y al ver asomar a Beatriz por la puerta de su gabinete, da un grito de alegría, yendo para ella.)

ESCENA IV

MARGARITA, BEATRIZ

MARG. ¡Gracias, Dios mío!

BEAT. Señora, ¿qué tenéis? ¿Qué ha sucedido?

MARG. Nada, Beatriz; te ha traído sin duda un ángel ahora.

BEAT. ¿Pero qué pasa? ¿Qué es esto?

MARG. Pérez...

BEAT. *(interrumpiéndola, y ambas con mucho afán en lo restante.)*

Con el otro día.

MARG. Y en la sombra nos siguió.

BEAT. ¿Y os encontró?

MARG. Por supuesto.

Yo al lejos le conocí; trabóse en la calle un duelo, llegó gente, me eché el velo, salí del tropel, y huí.

Signióme astuto el doncel; una mujer me escondió, mas mi marido llegó a poco tiempo tras él.

BEAT. ¿Y riñeron?

MARG. Sí, por Dios; mas el ruido dió noticia del caso: fué la justicia...

BEAT. ¿Y se salvaron?

MARG. Los dos.

Con el temor, con el ruido yo no vi por dónde huyeron, pero a mí me descubrieron y al fin di con mi marido.

BEAT. ¡Santa Polonia nos valga!

MARG. Ahora, Beatriz, es preciso que yo dé a ese hombre un aviso, y de este aposento salga.

BEAT. Pero, señora...

MARG. ¿Qué hay, pues?

BEAT. ¿Y otra vez queréis salir?

MARG. A salvarle o a morir.

BEAT. ¡A morir! ¿Tanto interés os tomáis en su aflicción?

MARG. Porque él su vida salvara, que me robasen dejara cuanto hay en mi corazón.

BEAT. Señora, estoy aturdida.

Seis años ha que en la casa estoy, y lo que hoy nos pasa no se me ocurrió en mi vida.

¡Una pasión tan violenta guardabais tan en secreto, que yo jamás vi el objeto!

MARG. Tenga con lo que habla cuenta;

¿quién la dice que un galán sea y no un desventurado?

BEAT. ¿Cuándo un infeliz ha dado a una mujer tanto afán?

MARG. Pues que se salve es forzoso, sea quien quiera.

BEAT. Vedlo vos.

MARG. (viendo las llaves que tiene Beatriz a la cintura).

¿Tienes llaves?

BEAT. Tengo dos.

MARG. ¿Son?

BEAT. De ahí una.
(De la puerta del fondo.)

MARG. ¡Dios piadosol
Pronto, Beatriz, este manto
ponte.

(Margarita la pone de grado o por fuerza el guardapiés negro y la ata por la cintura su manto, cuya operación dura hasta el fin de la escena, que irá con toda la posible celeridad.)

BEAT. ¡Yo!

MARG. Y esta basquiña.

BEAT. ¿Y el amo?

MARG. Antes de la riña
volveré yo.

BEAT. ¡Cielo santo!

Va al punto...

MARG. Déjale, y calla
por mucho que te amenace.

BEAT. ¿Conque yo soy quien fuego
[hace

y vos ganáis la batalla?

MARG. Por más que venga furioso...

BEAT. ¡Santo Cristo de la Vega!

MARG. Tú calla siempre, y si llega
el caso a más, con brioso

acento, y nada te asombre,

dile que te vengarás,

acusándole además
de la muerte de aquel hombre.

BEAT. Mas...

MARG. Silencio; trae la llave.

BEAT. ¿Conque yo sin culpa alguna?...
MARG. Es un golpe de fortuna.

BEAT. ¿Mas hay razón?...
MARG.

BEAT. ¡Dios lo sabel

(En estos cuatro últimos versos, Beatriz,

suplicando, Margarita huyéndose de ella, llegan a la puerta, ábrela Margarita, y dejando dentro a Beatriz, sale por fuera. — Beatriz vuelve después al centro del teatro, y se sienta resignada en el sillón, quedando sobre poco más o menos como quedaba Margarita cuando salió don Pedro de la segunda escena.)

ESCENA V

BEATRIZ

¡Se dará suerte más perra!
¡Conque por salvarse mi ama,
sin atender a mi fama
a mí en su lugar me encierra!
¿Y qué se dirá de mí
cuando sepan que me salgo
de noche con un hidalgo?
¡Y al cabo si fuera así!
Pase... ¡pero que al estar
arreglando el aposento
sin maldito del intento
de ver ni de gulumear,
culpada he de parecer
tan sólo por la torpeza
de ir a asomar la cabeza
cuando no era menester!
¡Y ella! ¡Mi ama! ¡Habría valor!
Tras tanta gazmoñería
a su marido vendía.
¡Dios ayude al buen señor!
¡Mas suben!... Él es quizás...
¡Me cubrol! ¡Enemiga estrellal!
Es mujer, y haré por ella
lo que pueda... nada más.

ESCENA VI

BEATRIZ, DON PEDRO

PED. Ya los caballos están
preparándose en la oscura
noche, y con planta segura
al convento os llevarán.
¿Qué decís? ¿No halláis, señora,
una disculpa que darme?

¿O aún más queréis ultrajarme con vuestro silencio ahora?

— ¡Está bien! ¡Muy bien por Dios! Si os empeñáis en callar, al fin tendré yo que hablar la última vez por los dos.

Yo os amaba, Margarita, más que a la luz de mis ojos; di siempre a vuestros antojos una importancia infinita.

No hubo fiesta ni torneo en que por veros contenta galán no tuviera en cuenta vuestro mujeril deseo.

No hubo una lengua atrevida que a vuestra conducta osara, que al punto no me pagara la insolencia con la vida.

No hubo juglar ni cantor con cuyos cuentos holgarais, cuyos cuentos no gozarais del invierno en el rigor.

Constante en vuestro cariño, a vuestro amor bien leal, siempre os traté por mi mal como a un caprichoso niño.

Vuestro antojo era mi ley, vuestra inclinación mi guía, en mayor cuenta os tenía que a mi patria y a mi rey.

Por vos, tenaz cortesano, aglomeré en mis blasones honores y distinciones que hoy estima el mundo vano.

Por vos a la lid bajé; y vencido o respetado, por daros marido honrado de continuo me afané.

Con vuestra escasa nobleza enamóreme, señora, vuestra beldad seductora casi hundida en la pobreza:

Que bien sabéis que en su corte una princesa os tenía, más que por vuestra hidalguía por vuestra virtud y porte.

¡Y al cabo, esposa liviana, mintiendo virtud y amor,

habéis hecho de mi honor mercadería villana!

¿Qué hicisteis del corazón de que yo presente os hice?

BET. (Pues si es verdad lo que dice, a fe que tiene razón.)

PED. ¿En callar os obstináis? ¿Es decir que vuestra culpa no puede tener disculpa, si arrepentida no estáis?

¿Es decir que pues carezco de buena o mala respuesta, o no la tenéis dispuesta, o de vos no la merezco?

¿Es decir que a mí orgullosa con vuestro crimen estáis, y que a vuestro encierro vais, mujer vil, e ingrata esposa?

Muerte aquí mismo no os doy en un arrebatado insano, porque me tiene la mano ver quién sois, y ver quién soy.

(Beatriz hace un movimiento de temor.)

¡Teméis! ¡Recatáis la cara de ese velo en la doblez! Tenéis razón: si otra vez le mostrarais, ¡os matara!

Veladla, si; que tan bella como es por mi desventura, no viera más que impostura, infamia y vergüenza en ella.

Venid, señora, conmigo:

(Beatriz permanece inmóvil.)
¿Qué hacéis? ¿Me insultáis de intento?

BET. (Ahora me lleva al convento. Yo canto.)

PED. ¿Oís lo que os digo?

BET. Señor...

PED. Seguidme y callad, que en el dolor con que lucho...
(Don Pedro la coge de la mano, y al llegar los dos a la puerta se oye por dentro la voz de Margarita. Don Pedro suelta a Beatriz al oírlo y abre.)

MARG. (dentro). ¡Peralta!

PED. ¡Cielos, qué escuchol

MARG. (dentro). ¡Peralta!

PED. (abriendo). ¡Es ella en verdad!

ESCENA VII

DON PEDRO, MARGARITA, BEATRIZ

BEAT. (Gracias a Dios que respiro.)

MARG. (a don Pedro).

Bajárasme a despedir,

que ya es hora de partir

a Pamplona... ¡Mas qué miro!

¡Una mujer! Por mi vida,

Pérez, que a haberme pensado

que estabais tan ocupado,

me ahorrara la despedida.

¡Para partirme a Pamplona

es aquesta la razón!

¡Es esta la rebelión

que ha estallado en Barcelona!

PED. (confuso).

Si estoy soñando no acierto.

Respondedme, Margarita,

¿no habéis salido a una cita?

¿No?...?

MARG. ¿Me insultáis?

PED.

No por cierto.

Es un misterio espantoso,

una fatal realidad.

(Con aján.)

¿No habéis hablado en verdad

con un galán misterioso?

¿No entrasteis en una casa

donde ocurrió una pendencia,

donde entró?...?

MARG. Tanta insolencia

de raya, Peralta, pasa.

¿Eso a mí me preguntáis

con tan torpe atrevimiento,

Y solo en este aposento

con esa mujer estáis?

¿Mal hidalgo y mal marido,

me ibais, villano, a engañar,

y aún me queréis achacar

lo que habéis vos cometido?

¿A mí cuentas me pedís

de vuestros locos amores?

¿Y han sido vuestros mayores

de noble raza? — Mentís.

Aborto de ajenas faltas,

por un error o un descuido

habéis, don Pedro, nacido en casa de los Peraltas.

PED. ¡Margarital Vive Dios que si' otro tal me dijere,

aquí pedazos de hiciera, y... agradecédmelo vos.

MARG. ¡Cómo!

PED. (a Beatriz). De dudas salgamos. ¿Quién sois? Descubríos... presto;

pues vos sois la causa de esto, qué es aquesto os preguntamos.

Esta mujer es mi esposa, dadla de esto una razón,

sacadnos en conclusión de esta duda escandalosa.

MARG. (a Beatriz, que, aunque dudosa, va a alzarse el velo).

Teneos, no os descubráis;

ya entiendo vuestras marañas;

unas facciones extrañas sin duda a mostrarme vais;

no las podré conocer, y vos vais a concluir,

buen Peralta, con decir «No conozco a esta mujer.»

No, bien está como está, de ambos satisfecha quedo.

BEAT. (¡Válgame Dios y qué enredo de golpe ensartando val)

PED. (a Beatriz). Señora...

BEAT. (Ese es otro apuro.)

PED. El rostro una vez mostrad, y por Cristo atestiguad

que no os conozco. (A Margarita.)

¡Os lo juro!

MARG. Eso más, viven los cielos, hombre imbécil, que por Dios

que siento ahora hacia vos desprecio y mengua, no celes.

BEAT. (Salgamos pronto de aquí antes que el diablo la enrede.)

(Fingiendo un poco la voz, pero sin que toque en el ridículo, a don Pedro.)

Vuesa merced con Dios quede.

PED. ¿Así os vais, señora?

BEAT. Sí. Sin culpa en aquella muerte, pues sois vos quien le mató,

libre de pena estoy yo si bien su merced lo advierte. Pues parte no tengo alguna en vuestro fatal error, dejadme salir, señor, y válgame mi fortuna.

PED. Mas sola...

BEAT. Soy española, casa tengo, y pues salir sola me han visto, he de ir a mi casa otra vez sola.

PED. Pero...

BEAT. Dejadme.

PED. ¿Y no habéis de decir?...

BEAT. Es mi secreto.

MARG. (No salió mal del aprieto.)

Mejor es que la dejéis, que pues ya de cualquier modo compostura haber no puede, que se vaya o que se quede, es igual para mí todo.

(Coge Margarita a Beatriz, y llevándola a la puerta, la dice en voz alta:)

Id, y si en mi casa os hallo preparaos a morir.

(Al oído.) (Ve a Juan corriendo a decir que me ensille otro caballo.)

(Cierra la puerta con impetu, y vuelve a la escena.)

ESCENA VIII

MARGARITA, DON PEDRO

PED. (Por Dios que me desatinan aventuras tan extrañas.)

MARG. (Si no le salvan mis mañas esta noche le asesinan.)

Pedro Pérez de Peralta, escuchadme atentamente, y lo que voy a decir os tened en memoria siempre.

PED. Concluyamos, Margarita.

MARG. Tenga la lengua si puede, y escuche atento una vez.

PED. Pues no hay remedio, sed breve; (Se deja caer en un sillón.)

mas no olvidéis que os escucho, aunque sentado, impaciente.

MARG. Sabéis que en hidalga cuna nací, y por ello me deben si no amor, quien no lo tenga, respeto quién se me atreve.

PED. ¡Señora!...

MARG. Por vos lo digo, que torpe esta noche, Pérez, manchado habéis vuestros timbres de leal y de valiente.

PED. Mirad...

MARG. ¿No sabes, Peralta, que el honor de las mujeres es un castillo cerrado que sus maridos defienden?

PED. Pero...

MARG. ¿Y no sabes, Peralta, que el necio que desguarnee de este alcázar las troneras sus puertas abre y le vende?

PED. Pero...

MARG. ¿Y no sabes, Peralta, que al casarnos, mutuamente a ti te dijeron: —¡Guárdala! y a mí: Quien te guarde tienes?

PED. Pero...

MARG. ¿Y no sabes, Peralta, que el que a su mujer ofende no es león que la custodia, sino monstruo que la muerde?

PED. Pero...

MARG. ¿Y no sabes, Peralta, que nunca amorosas pueden dividir un mismo lecho la paloma y la serpiente?

PED. Pero...

MARG. ¿Y no sabes, Peralta, que está Margarita Téllez muy mal entre su honra limpia y los amores de Pérez?

PED. Pero...

MARG. ¿Y no sabes, Peralta?

PED. Pero...

MARG. ¡Calla!

PED. Pero...

MARG. ¡Escucha!

MARG. ¡Tent!

Que pues no eres, vive Dios, ni el que su alcázar guarnee,

ni el noble león que vela,
sino quien su alcázar vende,
y el necio que su honra escupe
y la serpiente que muérde,
yo me voy a mi convento
después de invocar las leyes.
¡Beatriz!

PED. (entre confuso y colérico).
(Dios de justicia,
¿qué infernal misterio es este
que cuanto más le sondeo
menos mi afán le comprende?)

ESCENA IX

DON PEDRO, *sentado en su izquierda, meditación*; BEATRIZ, MARGARITA

BEAT. ¿Qué mandáis?

MARG. Dobles caballos
apronten y doble gente,
que todos juntos partimos.

BEAT. ¿Todos?

MARG. A la corte.

BEAT. Puede.

MARG. Calle y váyase la necia.
(¡Ay de ti si me obedeces!)

ESCENA X

DON PEDRO, MARGARITA

MARG. Peralta, vuestro equipaje
disponed cuando quisieris;
esta noche partiremos
a ver al rey juntamente,
y... aboguemos uno del otro
las memorias para siempre.
(*Entra en su gabinete con señales marca-
das de indignación, y dice abriendo la
puerta:*)

Esto es dar al tiempo, tiempo,
y el que tiene tiempo, tiene.

ESCENA XI

DON PEDRO

¡No lo entiendo, por Dios! ¿Conque no
[era ella]
¿Mas yo no los seguí? ¡Oh! Estoy seguro

que no perdí ni equivoqué la huella o
por ruin crucero o callejón oscuro.
Dos veces se ocultó; dos a encontralle
volví, y tras dél veloz gané la casa
y el mismo hallé con quien reñí en la calle
de las estrellas a la luz escasa.
Allí estaba también ella escondida;
no alcanzo en qué lugar del aposento,
mas oíla al subir, y por mi vida
que era su voz y conocí su acento.
La así del brazo, la arrastré conmigo,
vine, subimos, la dejé cerrada,
no hice más que bajar hasta el postigo,
y al volver, no era ella la tapada.
Viéndolo estoy y dudo si lo veo;
¡no atino ¡vive Dios! si estoy soñándol...
¡Ah! No que dudo, que deliro-creo,
pues no comprendo lo que estoy palpando,
mas yo daré con el misterio infame,
y si a encontrar con quien me burla llego,
aunque al infierno en su socorro llame
ni la amenaza le valdrá ni el ruego.

(Llamando.)

¡Beatriz!

ESCENA XII

DON PEDRO, BEATRIZ

BEAT. ¿Qué mandáis, señor?

PED. Ven acá y cierra esa puerta.

BEAT. (Todo lo sabe, estoy muerta.)

PED. Respóndeme; y por mi honor
que si ocultas la verdad
en lo que a exigirte voy,
Beatriz, a empezar vas hoy
tu viaje a la eternidad.
¿Esta noche Margarita
no salió?

BEAT. Yo no la vi.

PED. ¿Pues por quién sino por ti
pudieron darla la cita?

BEAT. ¿Pero qué cita, señor,
que de lo que habláis no sé?

PED. ¿Te burlas, Beatriz?

BEAT. No a fe.

(Trémula estoy de pavor).
PED. No hay más que los tres en casa,
de ella salió una mujer;

o tú o ella habéis de ser, y de entre las dos no pasa. Si tú no abriste la puerta, has de saber quién la abrió; quién fué confiesa, o de no cuéntate, Beatriz, por muerta.

BEAT. Pero ved, señor...

PED. Lo dije; aquí una mujer había; ¿quién fué, pues no era la mfa? Hablas o mueres, elige.

BEAT. Os diré, pues, lo que sepa, y tenedme compasión. (Espiaré su intención con cuanta fortuna quepa.)

Al hórreo, señor, bajé a llevar orden a Juan de vuestra parte...

PED. ¿Qué afán! No pregunto eso.

BEAT. ¿Pues qué?

PED. ¿Cuando del hórreo volviste, responde, al ir o al venir, en casa entrar o salir alguna mujer no viste?

BEAT. Señor, perdonad si anduve algo en volver perezosa, que de la noche medrosa, compañía esperando estuve.

PED. Voto a...

BEAT. Azorada volví; mas cuando a avisaros iba en estos cuartos de arriba gran son de quietella oí.

Miré por el agujero de la llave, os ví a los dos, y no me atreví por Dios a meterme de tercero.

PED. ¿Pero no viste salir de este cuarto una tapada?

BEAT. Yo, señor, no he visto nada: porque verdad a decir, como amantes quimerillas nadie importa que examine, me volví por donde vine despacito y de puntillas.

(Un momento de silencio, en que Beatriz observa a don Pedro, y éste medita desesperado.)

PED. Está bien. Tarde o temprano la verdad he de saber; y si eres tú o mi mujer, no tenéis remedio humano. No he de cesar en mi afán; y aunque me cueste la vida, si no doy con la escondida he de dar con el galán. (Vase.)

ESCENA XIII

BEATRIZ

De tan peligroso apuro por un milagro salí; si da con ello ¡ay de mí! me hace añicos de seguro. Temblando estoy todavía. Conforme me preguntaba, cuanto más disimulaba más su intención me temía. Lo que a mí me asombra más, es ver cómo en este asunto tal papel hago, que un punto no puedo volverme atrás. Si descubro el galanteo él descubre la escondida; y en ambos casos mi vida de un pelo colgada veo. Quien tiene razón no sé, mas del hidalgo y la dama... Allá voy... serviré al ama, y si da mal, cambiaré. (Va a la puerta del gabinete de Margarita y llama.)

¿Señora?

ESCENA XIV

BEATRIZ, MARGARITA

MARG. ¿Eres tú?

BEAT. Yo soy.

MARG. ¿Están los caballos ya?

BEAT. Con ellos al puente va

Juan.

MARG. Beatriz, sin alma estoy.

¿Y de ese infeliz qué es?

BEAT. No lleva la mejor parte, según calculo.

MARG. A informarte de su suerte corre, pues;

BEAT. ¿No es rebelde al rey don Juan?

MARG. ¿Qué te importa?

BEAT. Es que hay soldados en el lugar, que apostados por los de Navarra están.

MARG. (¿Esto más, cielos?) No importa, una carta a precaución tengo, y aunque en conclusión es esperanza bien corta, como has de dársela ve.

BEAT. Es vano empeño, señora, que está hecho un Argos ahora vuestro esposo.

MARG. Ya lo sé; mas asomada al balcón puedes la calle espiar, y si es que acierta a pasar...

BEAT. Entiendo mi obligación.

MARG. Mas mira si a pesar de esto, antes que él llegue a venir puedes tú acaso salir tras él con cualquier pretexto.

BEAT. Así lo haré, descuidada.

MARG. Que entre en casa no permitas, y cuenta que de él me admitas oro o papel.

BEAT. No en verdad. MARG. La última razón espero en mi cuarto. (Entra en él.)

BEAT. Lo haré así. Que tengo yo para mí que si esto se alarga muero. (Asómase don Pedro a la puerta, y viéndolo a Beatriz con el papel en la mano, escucha estos cuatro versos y sale.)

Basta de misterios ya, y harto hay con un escondite, que si tomá su desquite don Pedro...

ESCENA XV

BEATRIZ, DON PEDRO

PED. Le tomará.

BEAT. ¡Cielos!

PED. Venga ese papel.

BEAT. Señor...

PED. El papel.

BEAT. Tomad.

PED. Aquí sabré en realidad

quién es ella, o quién es él.

«Un caballo prevenido

tenéis en el puente.—Adiós.—(Lee.)

«y ved que os persiguen dos,

«los del rey y mi marido.»

Quien escribe es Margarita.

(A Beatriz.)

Salid.

BEAT. (Por todo atropella.) (Vase.)

ESCENA XVI

DON PEDRO, después de un momento de reflexión

Acudo primero a ella y aseguro al de la cita.

(Se sienta y guarda el papel.)

¡Dadme paciencia, Dios mío!

¡Margarita! (Llamando.)

ESCENA XVII

DON PEDRO, MARGARITA

MARG. ¿Qué me quieres?

PED. (No sé cómo me contengo, ¡Vive Cristo!) Que te sientes.

MARG. (¿Si habrá cogido la carta? Disimulemos.)

PED. (La infame quiere fingir todavía;

mas sorprendido el billete, a mí me toca esta vez.)

¿Tienes, querida, presente cuánto tiempo ha nos casamos?

MARG. Seis años y algunos meses.

PED. Pues eso ha que nuestra honra nos prestamos mutuamente.

MARG. (El alma tengo en un hilo.)

PED. Dime, ¿y esto cuántas veces si se pierde se recobra?

MARG. ¿Pero, a qué viene esto, Pérez?

PED. ¿Sabes, Margarita mía, que cada sentido tiene una puerta por do sale nuestra honra y nunca vuelve?

MARG. Pero...

PED. ¿Y sabes, Margarita, que no sois más las mujeres que un alcázar en que la honra guardada los hombres tienen?

MARG. Por Dios, Pérez, que no alcanzo lo que con eso pretendes.

PED. ¿Sabes que un alma con honra otra alma con honra quiere, porque es justo que se guarden las reinas para los reyes?

MARG. Pero...

PED. ¿Y sabes, Margarita, que el marido que la pierde compra una marca de infamia que lleva en el rostro siempre?

MARG. Pero...

PED. ¿Y sabes, Margarita, que en tanto que no la vengue ni de hidalgo ni de hombre el vano nombre merece?

MARG. Mas yo...

PED. ¿Y sabes, Margarita, que, si por ella no vuelve, hasta las dueñas escupen de su blasón los cuarteles?

MARG. Pero...

PED. ¿Y sabes, Margarita, que ha nacido hidalgo Pérez, y no ha de vivir sin honra aunque al mismo Dios le pese?

MARG. ¡Cielos!

PED. ¿Y sabes, Margarita, que un remedio hay solamente para dolencia tan grave?

MARG. Pero escucha.

PED. ¿Y qué es la muerte?

MARG. Pero...

PED. ¡Silencio!

MARG. Oye...

PED. ¡Calla!

Más hablando no me afrentes, y lee, si te queda aliento, Margarita, estos papeles.

MARG. ¡Santo Dios! (Ganemos tiempo y en su misma red se prende.)

(De rodillas.)

¡Perdón, Pérez! ¡A tus plantas me arrastraré eternamente!

PED. ¿Y el polvo en que tú te arrastrarás mi honra volverme?

MARG. Lloraré al pie de tu lecho velando mientras tú duermes.

PED. ¿Y qué sueño ha de acudir a quien sin honra se acueste?

MARG. ¡Seré menos que tu esclava, besaré el polvo que huellas!

PED. ¿Y qué harás con esas manos que toman esos billetes?

MARG. ¡Perdón!

PED. La vida que llevas que te perdona agradece, y prepárate a enterrarla en un claustro para siempre.

ESCENA XVIII

MARGARITA

¡Terrible apuro por Dios! Si me confío y me vendo,

ambos a dos nos perdemos, porque Peralta no cede,

No se lo digo, imposible; es un proscrito, un rebelde,

y Pérez con un contrario ni transige ni conviene.

No, sola le he de salvar, y si al cabo me sorprende,

a todo estoy ya resuelta, le diré cuanto le debe;

y si aún se niega obstinado, entonces, ¡cielos, valed!

Que vuestros altos designios más que mis intentos pueden;

¡Beatriz! (Llanando.)

ESCENA XIX

MARGARITA, BEATRIZ

BEAT. Señora...

MARG. ¿Y Peralta?

BEAT. En la calle.
 MARG. Atentamente
 acecha por dónde va.
 BEAT. Según dijo, pronto vuelve.
 MARG. Pues ponte al balcón al punto,
 porque de mí no sospeché.
 BEAT. Mas, señora...
 MARG. Y si entretanto
 que está fuera, el otro viene,
 avisame en el momento.
 BEAT. Pero...
 MARG. Y dile que me espere.
 (Éntrase Margarita, dejando a Beatriz de
 repente. Esta la mira hasta que la pierde
 de vista, y después de silencio dice y se
 va.)
 BEAT. Pues, señor, si entiendo jota
 que los demonios me lleven. (Vase.)

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ, que entra por la puerta del fondo

¡Eh! va estamos en campaña.
 A la puerta está el mancebo,
 aquí la enredan de nuevo,
 y Santiago cierra España.
 No, pues de esta ya es en vano
 que yo tercié pretender.
 Si me llega a sorprender
 don Pedro, canto de plano.
 (Llama a la puerta del gabinete de Mar-
 garita.)
 ¿Señora?

ESCENA II

BEATRIZ, MARGARITA

BEAT. A la puerta está.
 MARG. ¿Peralta?
 BEAT. El otro.
 MARG. ¿Y le has dicho?...
 BEAT. Todo, mas tiene capricho
 por veros y...

MARG. No será.
 ¿Está Juan con el caballo
 prevenido?

BEAT. Junto al puente.
 MARG. Pues si no corre prudente,
 remedio a su mal no hallo.
 Dile que se salve, que huya,
 que le juro por mi vida...
 BEAT. Señora, según la olvida,
 poco espera de la suya.

MARG. ¡Cómo!
 BEAT. El son de los caballos
 se oye en el pueblo.

MARG. ¿Y aún tarda?
 BEAT. Del rey de Navarra aguarda,
 si no le habláis, los vasallos.

MARG. ¡Oh, qué afán! Por el balcón
 a despedirle saldré.

BEAT. Es ya muy tarde.
 MARG. ¿Por qué?

BEAT. Se vienen de pelotón
 los jinetes por la calle.

MARG. ¿Darán con él?

BEAT. ¿Quién lo duda?

MARG. Pues abre; y que Dios le acuda.
 BEAT. Le hallará Pérez.
 MARG. Que le halle.

ESCENA III

MARGARITA

¡Santo Dios! Si han decretado
 su muerte vuestros enojos,
 que no le vean mis ojos
 morir tan desventurado.
 Matadle lejos de mí
 si es tan culpable, Señor,
 o va a hacer vuestro furor
 hoy dos víctimas aquí.

ESCENA IV

DON CARLOS, MARGARITA

MARG. ¡Huid los del rey, por Dios!
 CARL. Tan de cerea me seguían,
 que en las manos me tenían
 si no me ampararais vos.

MARG. ¿Por qué no habéis del lugar salido?

CARL. Imposible fué; por cuantas calles eché fui con soldados a dar.

MARG. ¿Conque estáis cercado aquí?

CARL. Sí, de noche, abandonado, como tienen acosado en un monte a un jabali.

MARG. ¿Y no hay medio?

CARL. No, ninguno.

MARG. ¿Ni es posible concluir?...

CARL. Nada, y a poder morir hallara remedio alguno.

Margarita, si quisieran mi suerte y mi vida sola,

alma me alienta española, dos veces no la pidieran.

Mas todos esos valientes que rebeldes son al rey,

fuera de la misma ley las víctimas inocentes.

No, imposible transigir; he jurado a esa ciudad

de volver su libertad, y lo tengo de cumplir.

MARG. ¿Y tenéis pensado?...

CARL. Nada:

¿ni cómo pude pensar ¡ay de mí! sino en salvar esta vida desdichada?

ESCENA V

Vuelve BEATRIZ con el manto y basquiña que en el acto segundo la puso MARGARITA, y con el que salió de la escena.

BEAT. Esto vuelvo al gabinete, que todo lo anda Peralta;

y si nota que aquí falta y a mi aposento arremete,

lo encuentra y cae en la trama, ¡Dios nos asista!

MARG. ¿Qué es?

BEAT. Vuestro manto...

MARG. Pronto, pues:

tíralo sobre la cama,

y corre, vuelve al balcón y avisa al venir Peralta.

BEAT. (O mucha precaución falta, o sobra mucha razón.)

ESCENA VI

MARGARITA, DON CARLOS.

MARG. Don Carlos, para salvaros de tan inminente apuro no hay más que un medio.

CARL. ¿Seguro?

MARG. Único.

CARL. ¿Cuál?

MARG. Ocultaros.

Partimos dentro de un hora Peralta y yo; en esta casa podéis quedar mientras pasa la turba perseguidora.

Los del rey se partirán con el alba, y en tal caso pensad, don Carlos, que a un paso los de Barcelona están.

CARL. Margarita, cosa alguna no es ya posible emprender que no venga a entorpecer mi desdichada fortuna.

MARG. Pues fiar en mi marido tampoco es posible ya, según por ambos está irritado y ofendido.

Mas decid, en conclusión, con el bando agramentés si dais, ¿tan difícil es obtener vuestro perdón?

CARL. Mirad, Margarita, bien

(Con melancolía.)

mi rostro por un instante, qué muestras en mi semblante habrá que respuesta os den.

MARG. No os entiendo.

CARL. ¿Os olvidáis

que en una torre encerrado, a alimentarme forzado comí su pan?

MARG. Me aterráis.

CARL. ¿Aún no me entendéis?

MARG. No atino...

CARL. ¿No habéis oído decir que el pan que ayuda a vivir corta a la vida el camino?

MARG. ¡Cómo!

CARL. ¿Nunca oísteis vos que fué de muchos la vida sentenciada en la comida?

MARG. Un veneno... ¡Santo Dios!

CARL. Siento en mi sangre su huella, y aunque el fin no consiguieron, los traidores me le dieron en la prisión de Morella.

MARG. Mas...

CARL. No acuso a nadie, no; al brindar me la bebida la mano quedó escondida, no he de descubrirla yo.

Y pues aún vivo, y su intento el que fué no satisfizo, sé que quien el mal me hizo, si le dejan me hará ciento.

MARG. Don Carlos, hora menguada al nacer os ha acudido cuando allí no le ha cosido, contra el muro vuestra espada.

CARL. Hay, Margarita, ocasión en que con razón bastante hay que tener por delante no acero, sino razón.

MARG. No sé cómo lo entendéis, porque en tan extremo caso moris si traéis el vaso, no bebo si no bebéis.

CARL. Yo le apuré todo entero,

(Con amargura.)

y si otra vez me le enviaran, todo por cierto lo vacío se le llevaran, mas otro beber no quiero.

Poner el mar he pensado por eso entre ambos a dos, que me pesara por Dios volver a lo comenzado.

MARG. Dirán que no habéis podido con la prez de vuestro nombre.

CARL. Diga lo que quiera el hombre como Dios fuere servido.

MARG. ¿Y la gloria?

CARL. (con resolución.) ¡Eh! ¡Ilusión vana!

conozco mi obligación, y sé que tengo razón.

MARG. ¿Para callar?

CARL. Soberana.

Harto, Margarita, os dije; entre infeliz y malvado que me llamen desdichado es lo que menos me aflige. Basta ya de rebeldía,

y aunque me den la razón, no harán que en nécia ocasión confiese que la tenía.

Y dejémoslo, señora, que penséis lo que queráis, me basta que lo sepáis vos sola en el mundo ahora.

MARG. Maldita fué vuestra estrella,

(Con tristeza.)

don Carlos, desde el nacer.

CARL. De sangre hice ya correr hartos arroyos por ella.

¿Mas lloráis?

MARG. ¿No he de llorar, señor, tanta desventura?

CARL. No se puede mi amargura con lágrimas aliviar. No pudo nunca un amigo consolarla o dividirla.

MARG. Pues si no podéis partirla,

(Con entusiasmo.)

podéis llevarla conmigo.

Yo, don Carlos, os amé con amor tan soberano,

que si nacierais mi hermano, si os quisiera más no sé.

Y a la faz del mundo entero puedo este amor confesar, sin que le hayan de tachar de liviano ni altanero.

Por mucho que os suponían mal hijo, inquieto y traidor, siempre atrevido mi amor

les contestó que mentían.

Por más que vuestra misión de desventura haya sido,

siempre por vos he tenido cariño en el corazón.

Sí, y pues arrostré quizás en mi honor una sospecha,

la vereda es muy estrecha para que me vuelva atrás. Mi esperanza es bien escasa, pero debe ya ser una

para entrambos la fortuna; quedad, señor, en mi casa. Aquí os habéis de salvar, o aquí habemos de morir, que mejor es sucumbir que humillarse a suplicar.

CARL. ¡Margarita! MARG. Sí, yo soy,

si no de reinos señora, una mujer que os adora y os salva, o perece hoy.

ESCENA VII

DICHOS, BEATRIZ

BEAT. ¡Don Pedro!

MARG. Ocultos, pues.

CARL. Mas...

MARG. Callad, y entrad ahora.

Si partimos con la aurora, no habéis peligro después; sino, desde aquí escuchad, y según la situación, a vuestro ingenio y razón en todo caso apelad. Cierro aquí, y quito la llave. *(Cierra, y al volverse ve a Peralta, que la ha visto quitar la llave de la puerta.)* *(Peralta.)*

ESCENA VIII

MARGARITA, DON PEDRO

PED. *(Ya le encontré.)* Secreto será muy grave, *(Con ironía.)* pues lo guardas.

MARG. Bien se ve.

PED. ¡Si yo lo aciertol...

MARG. ¿Quién sabe?

PED. Acabemos, Margarita, quiero ver quién está aquí.

MARG. Sí, por Dios: ¿quién es lo quita? Mas ved que es una visita que vino sólo por mí.

PED. Abrid, pues.

MARG. ¡Oh, no! Esperad, que a quien aquí tengo oculto le echasteis sin caridad de vuestra casa.

PED. Acabad.

MARG. Le vais a hacer otro insulto.

PED. Despachemos, vive Dios, aquí os mato ambos a dos, o a ese hombre la puerta abráis.

MARG. ¡Un hombre!

PED. El galán.

MARG. Mentís.

PED. ¿Aún negáis?

MARG. ¿Aún porfiáis vos?

¡Necio estáis, venid acá. *(Le toma de la mano, le aparta, y dice con aire de triunfo.)*

¡No acertáis quién puede ser!

PED. Sea quien quiera, lo dirá.

MARG. ¿Olvidaste la mujer que hallé con vos? ¡Aquí está! *(Señalando al gabinete.)*

PED. Es una farsa, señora, es una infame impostura que vos inventáis ahora.

MARG. Os disculpáis en mal hora; aquí está, y está segura.

PED. De cólera pierdo el tino; ¡abrid aquí, o voto a tall!

MARG. Vuestra vergüenza imagino, mas con techo de cristal no tiréis al del vecino; todo por cierto lo doy; tengo por mi buena estrella un galán, en eso estoy, mas, Pérez, con él me voy mientras os quedáis con ella.

PED. Abrid esa puerta, pues; mi dama o vuestro galán, veamos pronto quién es.

MARG. Es inútil vuestro afán, que lo he pensado al revés. Y contened el furor con que osado me amagáis, que es mi parte la mejor.

La dama está aquí, señor,
ved si el galán me encontraréis.

PED. No sé cómo me contengo.
Pues confesáis que es así,
obedecedme.

MARG. Convengo;
mas la misma queja tengo
yo de vos, que vos de mí.

Y si por tino o azar
vuestra dama supe hallar
y no halláis mi galán vos,
no hago más que atestiguar
que he sabido más que vos.

PED. Mirad si queréis abrir,
o a la fuerza he de apelar.

MARG. Inútil es insistir.

PED. Aprestaos a morir
como le llegue a encontrar.
(Va a forzar la cerradura con la daga.)

ESCENA IX

DICHOS, BEATRIZ

BEAT. Señor, señor.

PED. (con ira). ¿Qué queréis?

BEAT. Que a tirar las puertas van.

PED. ¿Loca estáis?

BEAT. Ved lo que hacéis.

MARG. ¿Mas quiénes son?

BEAT. ¿No los veis?

PED. ¡Los rebeldes!

BEAT. Aquí están.

ESCENA X

DICHOS, DON JUAN, NOGUERAS,
SOLDADOS

JUAN. Aquí hay un rebelde; o dadle, o
registro y ¡ay de ellos si ese hombre está
[la casa
[aquí!

MARG. (Nos trae desventuras la suerte
[sin tasa.)

PED. ¡El mundo está todo, por Dios,
[contra mí!

(A don Juan.)

Quien quiera que fuereis, si no contem-
[plara
que do habéis entrado sin duda ignoráis,
por Cristo bendito que yo os contestara
con lengua de acero. (Mano a la daga.)

JUAN. ¿Qué es eso, amagáis?
PED. No, pues que parece pecadís de
[ignorante
y a fuer de obediente vasallo venís;
mas ved si la casa dejáis al instante,
que el rey está en ella.

JUAN. (¿El rey?)

PED. ¿No me oís?

JUAN. Hidalgo, ¿estáis loco? ¿Pensáis
[que el rey sea
el hombre a quien necio ó traidor escon-
[deís?

(A la gente.)

No quede rincón que no se ande y se vea.

MARG. ¡Dios mío, ayudadnos!

PED. ¡Teneos!

JUAN. ¿Qué hacéis?

PED. Yo soy, caballero, don Pedro Pe-
[ralta.

(Con brío.)

He traído a este pueblo del rey comisión;
y busco a ese mismo rebelde que os falta,
del rey en el nombre, don Juan de Ara-
[gón.

JUAN. Que aquí entró un rebelde, lo
[he visto, os lo juro.

(Con desprecio.)

Que vos sois Peralta lo veo también;
mas si hallo a ese hombre que os ahorco es
[seguro.

PED. ¿Vos?

JUAN. Yo.

PED. ¡Voto a Cristo!

JUAN. Callad y vais bien.

PED. ¿Que soy olvidasteis del rey se-
[cretario,
de Lérida alcalde, su amigo más fiel?

JUAN. Yo nada os he dicho, Peralta,
[en contrario;

mas obro en su nombre... pensad que soy
[él.

PED. Pues yo no os conozco, ni sé
[vuestro cargo,
y a mí sus despachos él mismo me dió.

JUAN. Repito, Peralta, y silencio os
[encargo,
que el rey de Navarra en su ausencia soy
[yo; [visto bendito
mandad que a esa gente las llaves entre-
[guen.

(A ellos.)

No quede escondrijo ni cuarto por ver.

(A Peralta.)

Y no hayáis recelo que a un átomo lle-
[guen,
que ya tienen todos lo que han menester.

PED. Estoy que no veo. Pedazos le hi-
[ciera
si en falso su fuero llegara a encontrar.
Aquí están las llaves.

(Peralta las toma de Beatriz, don Juan
de don Pedro, y don Juan las alarga
a Noguerras, que va por el interior de la
casa a registrarla con toda la gente que
entró con ambos.)

JUAN. Mirad lo de afuera;
(A Peralta y Margarita.)
a mí estos salones me pueden mostrar.

ESCENA XI

DON JUAN, DON PEDRO, MARGARITA

PED. Del rey me habéis dicho venís
[en el nombre;
no haré resistencia, conmigo venid.

JUAN. (mirando a Margarita.)
(¿Será la muchacha mujer de este hom-
[bre?)

MARG. (¡Dios mío, acudidme!)

JUAN. (¡Muy bella!) (A Peralta.) Decid.
¿Esta es vuestra esposa?

PED. (amostazado.) Mi esposa.

JUAN. ¡Es muy bella!

PED. ¿También conocéisla por suerte?

JUAN. No a fe. No a fe,
mas he muchas veces oído hablar de ella,
y que era excesiva su fama pensé.
Mas ya que la he visto, Peralta, os con-
[fieso
que es más que su fama su rara beldad.

PED. Lo dicen. (Me abraso.)

MARG. Dejaos ya de eso,
señor caballero.

JUAN. (¡Muy linda en verdad!)
¿Ha visto la corte?

PED. Vivió algunos años
en ella.

JUAN. Jurara que nunca la vi.

PED. ¿Sois, pues, de la corte?

JUAN. De intrigas y amaño,
escuela, me cansa aunque noble nací.

Conózcola empero, pues siendo soldado,
estoy muchas veces muy cerca del rey;
ya veis, centinela en palacio apostado,
las damas mirando entretengo la ley.

PED. Pasemos, si os place. — Ese es mi
[aposento,
y en él hasta el lecho podéis registrar.

(Don Pedro le dirige hacia su cuarto. Don
Juan observa a Margarita.)

JUAN. (Pues es la Peralta de gracia un
[portento.)

MARG. (¡Me juzga tan bella!... no lo he
[de olvidar.)

Haré a mi hermosura tercero... probemos.)
¿Podré, caballero?...

JUAN. ¿Yo os puedo servir?

MARG. Sí; pues que por noble os dais
[y os tenemos,
con vos un secreto quisiera partir.

PED. (¡No sé cómo a raya tendré la
[paciencial!)

JUAN. Hablad, que os escucho.

MARG. ¡Empacho me dal
(Le lleva hacia la puerta donde está don
Carlos, de modo que se conozca la in-
tención de que oiga.)

JUAN. ¿Son cosas?... .

MARG. De casa, atended.

JUAN. ¡Qué inocencia!

MARG. Nosotros, casados ha tiempo y
[por...
¡Yal

JUAN. Entiendo, adelante.

MARG. Trabamos ahora...

JUAN. ¿Alguna reyerta de amor con-
[yugal?

MARG. Preciso; en mi cuarto cerré a la
[traidora

porque él no la viese.

JUAN. ¿Y lo sabe?
MARG. ¡Caball

Mujer ofendida y teniendo la prueba que da a mis recelos derecho y razón, si sois caballero dejadme que os deba tan sólo una gracia.

JUAN. Será obligación.
MARG. (con intención).

Ya veis que un rebelde no es una manceba, cuidemos su fama, que tiene opinión; quisiera tan sólo saber quién me lleva de Pedro el cariño.

JUAN. Y es buena ocasión. Mas vine, señora, tras un enemigo; ¿en ese aposento juráis que no está?

MARG. No es más que una dama; de [cierto os lo digo.

JUAN. ¿A cuartos de adentro por este [se va?

MARG. No hay más aposento que sala [y alcoba;

no hay más escondido que aquella mujer; cortina, ni puerta, luz, ni vista roba, y entre ellas ni un niño se puede esconder.

JUAN. ¿Iréis a la corte?
MARG. Si veo a esa dama

primero que Pérez.
JUAN. Prometo que sí.

MARG. (Dios quiera que me oiga y apo- [ye la trama.)

PED. ¡Oh! Pues pese a entrambos no [sale de aquí.)

JUAN. Abrid y veamos.
PED. (con curiosidad).

(Cualquiera que fuere, [mujer la descubro, galán doy con él.)

MARG. (Si ha oído se salva, si no, por [mi muere.

Señor, amparadnos en trance tan cruel.)

(Abre Margarita. Don Juan se da por satisfecho. Don Pedro queda como asombrado.)

¿La veis?
JUAN. Es la dama.

MARG. Sentóse corrida [la faz encubriendo.

PED. (Es ella por Dios.)

MARG. (Pendían de un hilo su vida y [mi vida.)

JUAN. Estoy satisfecho.
MARG. (a don Pedro).

¿Lo estáis también vos?
PED. Del todo.

JUAN. ¡(Pobre hombre!)

PED. Si sueno no acierto; mas queda en mis manos, y voto a la luz que en ellas expira, o sabemos de cierto si el velo que lleva es mantilla o capuz.)

ESCENA XII

DICHOS; los del Rey, que vuelven con NOGUERAS

JUAN. ¿Le habéis encontrado?
NOG. Milagro parece

que en torno cercado pudiera escapar. (A don Juan, bajo.)

Mas ved que el peligro y el tiempo huye [y crece.

JUAN (a Nogueras). ¿Y ahora?...
NOG. Yo quedo por vos a velar.

JUAN. Partamos. Peralta; tal vez, y [muy presto,

vendrán los rebeldes a veros.
PED. Lo sé.

JUAN. ¿Y vais?
PED. A quedarme guardando mi pues- [to

al rey obediente.

JUAN. Mirad...
PED. Lo miré.

JUAN. El rey sabrá luego que honor [nunca os falta.

PED. Si no lo ha olvidado lo sabe bien [ya.

Decidle, si os place, que aquí está Peralta leal todavía, y leal morirá.

JUAN. Holgará en saberlo y oídme. [(Entretanto

que baja conmigo, podrá su mujer

ganarle el secreto; el hombre es un santo en esto de amores.) (Vanse todos.)

ESCENA XIII

MARGARITA, después DON CARLOS

MARG. No sé lo que hacer. ¿Don Carlos?

CARL. Dejadme que salga, señora; pues esa es mi estrella, dejadme morir.

MARG. Sois salvo.

CARL. ¿Y Peralta?

MARG. En salvarlos ahora de grado o por fuerza le haré consentir.

CARL. Mas ved.

MARG. No hay porfía: ¿ois desde adentro?

CARL. Pues me he disfrazado, ya veis mas de ese soldado quisiera el encuentro poder excusarme.

MARG. Fiaos de mí, que le he conocido: sé cuánto os importa y cuánto os detesta, mas no os hallará.

CARL. En esa esperanza...

MARG. Tal vez es muy corta. *(Sintiendo a don Pedro, cierra.)*

ESCENA XIV

DON PEDRO, cerrando las puertas, vase hacia MARGARITA, que se queda de espaldas a la puerta de su gabinete.

PED. *(Galán, dama o duende de aquí [no saldrá.]*

Los lances de esta noche, Margarita, no comprendo, mas de uno u otro modo de mi incógnito amor y vuestra cita ver quiero el fin y comprenderlo todo. Cerrada en vuestro cuarto está mi dama decís, y el galán vuestro no parece; va en descubrir a entrambos nuestra fama, y el tiempo corre y el peligro crece. Elegid: o prudente y advertida

de ese aposento me franqueáis la puerta, y doy sin dilación con la escondida, o por lo del galán os dejo muerta.

MARG. Ved, Peralta...

PED. Razones abreviemos; yo soy el ofensor, vos la ofendida, quiero satisfaceros; olvidemos vuestro galán y venga mi escondida.

MARG. Pues primero entended.

PED. No entiendo nada; venga vuestro galán o mi tapada.

MARG. Si antes no oís lo que deciros Peralta, no entraréis. *[tengo,*

PED. Nada os escucho; la dama o el galán: porque os prevengo que el mío y vuestro honor me importan *[mucho.*

(Va a la puerta.)

MARG. Teneos.

PED. Apartad.

MARG. Oíd primero.

PED. ¡Fuera, o por Dios!

ESCENA XV

DON PEDRO; DON CARLOS, saliendo; MARGARITA

CARL. ¡Teneos, caballero!

PED. Al fin salisteis, rondador de calles, mas falta vuestra cómplice.

CARL. Soy solo con mi desdicha yo.

PED. ¿Solo habéis dicho?

CARL. Nadie conmigo está.

PED. ¿Conque era un dolo?

¡Conque sois a la par, viven los cielos, enemigo del rey y del estado y objeto aborrecible de mis celos!

CARL. Peralta, no soy más que un desdichado. *[dichado.*

PED. ¡Desdichado!... Un traidor.

CARL. ¡Tened la lengua!

PED. ¡Oh! Mirando la cuna en que he entregaros al rey tengo por mengua cuando en mi propia casa os he cogido.

CARL. En hacerlo tardáis.

PED. ¿Eso os contenta? ¿Teméis más mi furor que su justicia, vil causador de mi baldón y afrenta?

Mas calculasteis mal; que yo me obligo al galán y al rebelde dar castigo.

CARL. De una vez concluyamos, caballerito, ni soy lo que pensáis, ni mancha alguna temáis en vuestro honor, porque prefiero a las manos morir de mi fortuna.

Huí una noche, por desdicha mía, de una torre en que preso allá en Pamplona la ambición y la envidia me tenía, y pensé refugiarme en Barcelona. Por los del rey de cerca perseguido, me acogí a este lugar a la aventura; no delincuente, desdichado he sido, y el cáliz apuré de la amargura.

Entregadme... yo soy el que buscaban; mas perdonadme si mi nombre os velo; que esos que ha poco de salir acaban, mi cómplice os harán si os lo revelo.

PED. ¿Quién sois, pues?

CARL. Un proscrito, aunque inocente. Mas tal vez mi cabeza está tasada, y si os digo mi nombre, va esa gente a suponer que la tenéis comprada.

PED. Entiendo vuestra sordida impostura, mas yo no os pido por rebelde cuenta ni indago vuestra dicha o desventura; quiero vengar en vos mi torpe afrenta. Escondido en mi casa os he encontrado; os vi de ella salir con Margarita, y pues no entiendo bien lo que ha pasado, explicación o sangre necesita.

MARG. Yo os la daré, Peralta.

PED. Pues sed breve. ¿Sabéis quién es ese hombre?

MARG. Sí por cierto; ese es un hombre a quien Peralta debe a manos del verdugo no haber muerto.

PED. ¡Mentís!

MARG. ¡No, vive Dios! A él solamente debes esposa, libertad y vida... Ahora si quieres llamaré a esa gente y serás ante Dios un parricida.

PED. No alcanzo...

MARG. Lo adivino. ¿Has olvidado cuando en bandos la corte desgarrada en prenda estaba del combate osado en la plaza la horca levantada?

¿Cuando víctimas daban a porfía la sed de honores, la ambición de mando, y un triunfo pregonaban cada día la cabeza del uno y otro bando?

En un oscuro calabozo distes, Peralta, y a morir te condenaron;

de salvación y fuga desististes, y por muerto los tuyos te lloraron. Te salvaste por fin; ¿pero no sabes quién burló entonces de la ley el fallo?

Pues él rompió de tu prisión las llaves,

(Señala a don Carlos.)

y él fué quien para huir te dió el caballo.

PED. Su nombre.

MARG. De rodillas has de oírle si a conocer tu bienhechor te avienes, y apróntate, Peralta, a bendecirle, que le debes la vida y cuanto tienes. Él acogió mi juventud perdida, él fué mi hermano, mi tutor, mi amigo, y por él en la corte protegida me dió fortuna y me casó contigo.

Ese fué quien, de humilde e indigente, me igualó generoso con su hermana.

PED. ¿Su nombre, por piedad!

MARG. La ingrata frente pon a los pies del príncipe de Viana.

(Don Carlos se desemboza; don Pedro queda en sombrío y sinestros silencio. Margarita con aire triunfador.)

CARL. Yo soy, Peralta, ese hombre [desdichado, ludibrio del furor de la fortuna.

Vedlo, don Pedro, bien: noble y soldado, mi esperanza está en vos si aún tengo alguna.

MARG. ¿Qué haces, Peralta?

PED. Lloro, Margarita.

CARL. ¿Tanto me habéis, Peralta, aborrecido?

PED. En esta noche, para mi maldita, me alegrara, señor, no haber nacido.

MARG. ¿Dudas?

PED. El mismo rey aquí me puso para prenderos y entregaros luego: si os salvo, amigo, de traidor me acuso, y apuro mi deshonra si os entregó. Entre infamia y traición... ¿qué más hablaros?

Nacidos los Peraltas caballeros, caballero y leal debo salvaros, vasallo de mi rey debo venderos.

MARG. Di, y ese rey, cuando señor te hallas del secreto de que él mató al de Viana,

mal padre y peor rey, para que calles
¿no te ahorcará por precaución mañana?

PED. ¿Eso en un rey a suponer te atre-
ves?

MARG. Sí; cuando tú, cumpliendo como
[bueno,

dado a prisión al príncipe le lleves,
él doblará la dosis del veneno.

PED. ¡Margarita!

MARG. Le lleva en sus entrañas.
Sálvale o dale. ¿De temor objeto
piensas que vivas? Pagaréis, te engañas,
él la cuna real y tú el secreto.

PED. ¡Margarita! (Con ira.)

MARG. Con risa cortesana
te jurará traidor que le perdona,
pero al morir aprenderás mañana
que valió más que el hijo la corona.—

¡Pero lloráis! ¡Perdón! (Al príncipe.)

CARL. ¡Era mi padre!

Yo todo por la paz le he prometido,
ir desterrado donde más le cuadre,
cederle liberal cuanto he tenido.
Proscripto de mi patria, desterrado.

(Llora.)

no exigía yo más de su corona
que el honor y la paz del principado,
el fuero y libertad de Barcelona.

MARG. (con entusiasmo).

No, ser no puede criminal quien ama
sus pueblos y su honor más que su vida:
mira, Peralta, llanto no derrama
al nombrar a su padre un parricida.

CARL. ¡Parricidal! Per cierto que min-
[tieron:

Cataluña y Navarra ¿no le enviaron
embajadores que por mí le hicieron
reconocer cuán torpes le engañaron?

¿No me dieron sus tronos algún día
Nápoles, la Sicilia y la Cerdeña,
y por el mar la tentación no huía
de respeto filial en irme seña?

¡Ah! Todo lo tenté, vine a postrarme
con toda la humildad de los vencidos,
y abrí, en vez de los brazos a estrecharme,
a la ambición de Francia los oídos.

Ciego ya por mezquinos intereses,
mi humillación y lágrimas pospone
a los condes de Fox, al fin franceses...

Bien, suyo soy; ¡que mate o que perdone!

(A don Pedro.)

Libre de vuestro empeño estáis conmigo;
no es tarde aún, abrid esa ventana
y entregad sin temor al enemigo
al desdichado príncipe de Viana.

MARG. ¡Pérez!

PED. Señor, que me arranquéis pre-
[tiero
la vida, a ser traidor.

CARL. ¡Dadles la mía!

PED. ¡La mía, vive Dios, daré primero!

MARG. (escuchando).

Silencio... una esperanza hay todavía.
(Hace al príncipe que entre otra vez en su
gabinete.)

Que no os vean... entrad.

CARL. (entrando). ¡Aún más, señora!

MARG. No respiréis siquiera.
(A Peralta.)

¡Abrid la puerta!

PED. Margarita, ¿qué hacer?... ¡

MARG. (abriendo). Callar ahora.
(Estoy de miedo y de esperanza muerta.)

ESCENA XVI

DICHOS; GARCERÁN, como salió de la esce-
na en el acto primero, con botas y es-
puelas, cubierto de lodo y sudor, y en
el más completo desorden.

GARC. Señor, salvaos; los rebeldes lle-

PED. ¡Esto más!

GARC. Por la sombra protegido
la puerta del jardín les he ganado,
y a morir o salvarlos he venido.

MARG. ¡Dios santo!

PED. Garcerán, tarde has llegado.

GARC. Yo os salvaré, venid.

ESCENA XVII

Cuando GARCERÁN va a salir, llegan DON
JUAN con RANCEL y dos o tres de los
suyos.

JUAN (a Rangel). ¡Y ay si has mentido!
Aquí está el rebelde, o dádmele al punto,

o cierro la casa y la mando quemar;
si alguno resiste dejadle difunto;
morir o entregarle, poco hay que dudar.

PED. ¿Y quién amenaza con muerte y
[con fuego

mi casa?

JUAN. Quien puede.

PED. ¿Quién puede sois vos?

JUAN. Peralta, no vale la fuerza o el
[ruego,
o dais el rebelde u os quemó a los dos.

PED. ¿Y habiendo ese encargo yo aquí
[del rey mismo,
pensáis que al monarca sirviera tan mal?

JUAN. El rey, satisfecho de tal patrio-
[tismo,
os ha relevado del cargo real.

Y en fin, en mis manos por suerte ha
[caído,

pués dió en Villafranca conmigo al huir.
El rey en secreto prenderle ha querido,
y al rey en secreto conmigo ha de ir.

PED. ¡No irá, voto a Cristo!

JUAN. ¿No irá? Y con mi gente
vos mismo a Pamplona conmigo vendréis.
El rey os lo manda.

PED. Y al rey frente a frente
cuando él me pregunte...

JUAN. Le responderéis;
y estoy ya cansado, Peralta; acabemos,
¿me dais ese hombre?

MARG. Buscadle, señor;
franquearos la casa lo más es que hare-
[mos;

de no contentaros mirad lo mejor.

JUAN. Sois bella, señora; cual sois de
[taimada,
me habéis engañado con harta doblez.

MARG. Tan sólo esta cuadra no fué re-
[gistrada.

JUAN. No quedará nada por ver esta
[vez.

(Don Juan entra en el aposento con No-
guerras, Rangel y los soldados del rey
se quedan en la escena. Margarita cerca
de la puerta por donde entró don Juan.

Peralta indeciso entre colérico y aver-
gozando: en esta situación se oyen por
fuera gritos y clarines, ruido de armas

y caballos, y algunos arcabuzazos allá
a lo lejos.)

RANG. ¿Qué es esto?

UN SOLDADO (asomándose a la ventana).

Tomemos pies.

¡Los rebeldes!

(Margarita corre el cerrojo a la puerta
del cuarto donde entró don Juan.)

MARG. (Por si acaso.)

(Pasa al lado opuesto donde está don
Carlos.)

ESCENA XVIII

DICHOS; SOLDADOS de los insurgentes de
Barcelona, rebeldes de todos puntos de
Cataluña, etc.; MARGARITA, delante de
la puerta donde está DON CARLOS; DON
PEDRO, con la espada en la mano.

EL JEFE. Al primero que dé un paso
le divido de un revés.

¡Hola, aquí hay agramonteses!

Atados bien por los codos,
y que los guarden con todos
nuestros bravos montañeses.

Señores, darse a prisión,
o venirse con nosotros.

(A don Pedro.)

Sois hombre de condición.

Abajo hay algunos potros;
montad el que os diere gana,
y Barcelona os abona.

MARG. (abriendo el cuarto donde está el
príncipe).

De rodillas Barcelona
ante el príncipe de Viana.

ESCENA XIX

DICHOS; el PRÍNCIPE

CARL. Insensatos, ¿qué intentáis?

REBELDE. Libraros.

CARL. ¿De quién?

REBELDE. Del rey.

CARL. ¿Y así las leyes?...

REBELDE. No hay ley,
señor, donde vos no estáis.

Barcelona, esa ciudad
de su príncipe dolida,
al rey pide vuestra vida,
y con vos su libertad.
¡Viva el príncipe de Viana!
TODOS (*fuera y dentro*). ¡Viva!
REBELDE. ¡Viva Barcelona!
TODOS (*idem*). ¡Viva!
CARL. Vuestro intento abona
esa rebelión insana.

REBELDE. Señor, Cataluña entera
no quiere más que con vos
la ley suprema de Dios
y la libertad primera.

CARL. Vamos, pues, a esa ciudad,
y si mi padre se aviene,
mañana os juro que tiene
Barcelona libertad.

Peralta, venid conmigo.

PED. Perdonad: me quedo aquí.

CARL. ¿Y el rey?

PED. Hidalgo nací,

y a morir leal me obligo.
Idos, príncipe, con Dios.
Si estáis salvo, ya lo veis,
nada al cabo me debéis,
y aún quedo en deuda con vos.

Y aunque mi honra está empeñada
a cual más por cada uno,
para no ir contra ninguno
dejaré patria y espada.

MARG. Idos, y el cielo permita
que cuando lejos muramos,
que sois tan feliz sepamos
como España necesita.

CARL. Pues si en mejor ocasión
un día a mi padre veis,
que no pedí le diréis
más que la paz y el perdón.
Que ya dolorido y harto
de guerra y mal tan prolijo,
siendo su heredero y su hijo
a tierra extranjera parto.

MARG. Id.

(*El príncipe los abraza y dice saliendo:*)

CARL. Y pues sois tan honrados,
en vuestros males extremos
venid a mí, y partiremos
el pan de los desdichados.

(*Vase.*)

ESCENA XX

MARGARITA, DON PEDRO

MARG. Dios os ayude, señor,
(*A Pérez.*)

Y Dios sólo te ha salvado,
Peralta, de haber quedado
por infame o por traidor.
Y porque ahora la prudencia
más que nunca es menester,
antes de lo que has de ver
quiero hacerte una advertencia.
Él, de dos reinos señor,
tras del príncipe ha corrido
como si hubiera nacido
berberisco o salteador.

Porque de asunto tan grave
no caiga sobre él la mengua,
no hay más que arrancar la lengua
a quien el secreto sabe.

Ahora bien: pues lo sabemos,
el argumento es bien llano.

Peralta, tarde o temprano
por saberle moriremos.
(*Abre la puerta donde están don Juan y
Nogueras.*)

ESCENA ÚLTIMA

MARGARITA, DON PEDRO, DON JUAN,
NOGUERAS

MARG. Podéis salir, rey don Juan.

PED. ¡El rey!... ¿Conque no mentían?

MARG. (*a don Juan*).

Por el príncipe venían;
le encontraron y se van.
De vos a él le protegimos
y de los suyos a vos,
no podéis, señor, por Dios
decir que traidores fuimos.

JUAN. Peralta, yo bien sabía
que hice en vos un buen amigo.

PED. No habéis, rey don Juan, con-
[migo,
porque yo no os conocía.
El que oculto estuvo allí

era el príncipe de Viana;
 si vos lo contáis mañana,
 a él lo debéis, y no a mí.
 Y no temáis que en la historia
 por nuestra audaz villanía
 quede, señor, algún día
 de esta noche una memoria.
 Que vos mismo habéis venido
 tras del hijo que engendrasteis,
 es un secreto que echasteis
 con nosotros al olvido.

JUAN. Ingrato no me hallaréis.
 PED. Dejadlo estar como está

y partid cuando gustéis,
 que nada temer podéis
 de los catalanes ya.
 Mas me habéis hecho el ultraje
 de creerme desleal,
 y ya me sentara mal
 el rendiros homenaje.
 Rey don Juan, esa es mi espada.
*(Se la descíñe y la pone en el suelo a
 sus pies.)*
 Para no haceros traición,
 no la llevo a precaución
 ni desnuda ni envainada.

PRIMERA PARTE.

ACTO CUARTO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS.

TERCERA.

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

PEDRO DE VILLAGRÁN

Y

TERESA

Y

JUAN DE VIANA

Y

EL ZAPATERO Y EL REY

(PRIMERA PARTE)

DRAMA EN CUATRO ACTOS. 7

A MI BUEN AMIGO DON JOSÉ GARCÍA LUNA.

Me aconsejaste que presentara en escena al rey Don Pedro, y escribí este drama para ti. Reconocido quedo a todos los actores que han tomado parte en su representación; pero sería necia vanidad negarte las dos partes de gloria que te corresponden.

El rey Don Pedro te daría las gracias; y el público que te ha colmado de aplausos, te ha dicho mejor que pueden hacerlo mis palabras, que *has aconsejado bien y has ejecutado mejor.*

Tu buen amigo,

Madrid, 14 de marzo de 1840.

ACTO PRIMERO

PERSONAS

DON PEDRO.
DON JUAN.
DIEGO PÉREZ, zapatero.
BLAS, } sus hijos.
TERESA, }
UN HOMBRE DEL PUELO.

La escena es en Sevilla

Por odio y contrario afán
calumniado torpemente,
fué soldado más valiente
que prudente capitán.

Osado y antojadizo
mató, atropellado cruel;
mas por Dios que no fué él,
fué su tiempo quien lo hizo.

ESCENA PRIMERA

Interior de la casa de Diego Pérez: ajuar del oficio.
Es de noche

BLAS, TERESA

TERESA. Sí, sí, cierra la ventana,
que hace una noche...

BLAS. Muy buena
para empezar una ronda.

TER. ¡Vaya, y diluvial
 BLAS. Por fuerza
 bebe los vientos por tí
 si hoy es constante.
 TER. ¡Qué pelmal!
 BLAS. Vive Dios que es un mancebo
 que vale un mundo, Teresa;
 ni valientes le intimidan,
 ni temporales le arredran;
 con su espadón en el cinto
 y su malla sempiterna,
 no hay quien le tosa en Sevilla
 si como ronda pelea.
 TER. Siempre te me estás burlando.
 BLAS. ¿Yo burlarme?, no lo creas;
 si la verdad no te digo
 en la vida hablé de veras.
 ¿Crees tú que entrar le dejara
 en casa, si no creyera
 que es un soldado y valiente?
 TER. (sobresaltada). ¡Dios mío!
 BLAS. ¿Qué fué, Teresa?
 TER. Sería aprensión.
 BLAS. Sería.
 TER. Creí que abrían la puerta.
 BLAS. Lo que tú tienes es miedo.
 TER. Ojalá no le tuviera;
 aunque en tal caso, mi Blas,
 gran ventaja no me llevas.
 BLAS. ¿Cómo?
 TER. Anteanoche temblabas.
 BLAS. ¿Cuándo?
 TER. ¿Cuándo? ¿No te acuerdas?
 BLAS. No a fe.
 TER. Cuando aquella mano
 que, ayéndola por las rejas,
 cerró a golpe la ventana.
 BLAS. Algún hidalgo tronera
 que a su casa volvería
 con tres o cuatro botellas.
 TER. ¿Y aquellas voces que oímos?
 Di, ¿y el son de las cadenas?
 BLAS. ¡No lo mientes!
 TER. ¡Virgen santa,
 qué noche tan cruel fué aquella!
 Rodaba todo el infierno
 por el atrio de la iglesia.
 BLAS. ¿Lo viste tú?
 TER. ¿Yo? En la cama

me di mil veces por muerta,
 y no me atreví de miedo
 ni a rebullirme siquiera;
 pero Juanito me dijo
 que él asomó la cabeza
 por la rejilla, mucho antes
 que a cerrárnosla vinieran,
 y vió...
 BLAS. ¿Qué vió?
 TER. Seis fantasmas,
 cuatro blancas y dos negras.
 BLAS. Hablemos si te parece
 con formalidad, Teresa.
 TER. Pero no dejes la obra
 por hablar.
 BLAS. Enhorabuena;
 sigo con ella, y escucha.
 Aunque yo en verdad no tenga
 miedo a los muertos, sea dicho
 con la debida cautela,
 por no tenerlos vecinos
 he echado a solas mis cuentas.
 TER. Y a fe que la vecindad
 no es muy grata.
 BLAS. Estáme atenta.
 Puesto que van ya tres noches
 que esos muertos se rebelan,
 y con sus danzas nocturnas
 dormir en paz no nos dejan,
 pienso ir, si padre consiente,
 a otro barrio con la tienda.
 ¿No te parece? Y mañana...
 TER. ¿Mañana? ¡Soberbia ideal!
 BLAS. Cuanto más pronto mejor.
 TER. Sí, sí, porque el miedo arrecia.
 Yo, la verdad, ni una noche
 duermo un minuto serena.
 BLAS. Pues yo sueño con los diablos
 y los duendes todas ellas.
 TER. ¡Hola! ¿Conque al cabo, Blas,
 que tienes miedo confiesas?
 BLAS. Negar que los muertos me hacen
 mucha pavura, Teresa,
 fuera, a hablar como hombre honrado,
 en mí la aprensión más necia.
 Sabes que en toda mi vida
 temí paliza, pendencia,
 ni motín, que en todo lance
 presto anduve a la defensa

de mi padre o mis hermanos, de un vecino... de cualquiera. Sabes que estuve empeñado no ha mucho en ir a la guerra, y que a dejarme mi padre, ya estaría en la frontera. Mas los muertos me intimidan, ¿a qué andarse por las verbas? Si veo venir de frente una pica, una ballesta, derecho me voy al bulto; por ir aunque más no sea; estoy en hablando de muertos, estoy con la pataleta. Me columpió que parece que es de plomo la cabeza, los pies y manos de corcho, y el corazón de manteca.

TER. Pues manos a la mudanza.

BLAS. No, como a padre convenga, a otra parte con la música.

TER. Blas, que llaman a la puerta.

BLAS. Abre tú.

TER. Miren qué gracia!

Abre tú que estás más cerca.

BLAS. ¡Vaya! ¡Pues aún tendrá miedo! ¿Quién?

DIEGO (*dentro*). Yo.

BLAS y TER. Buenas noches.

DIEGO. Buenas

os las dé Dios, hijos míos.

(*A Blas, que se asoma a la puerta con curiosidad.*)

Vaya, Blas, que hueve, cierra.

ESCENA II

DIEGO, BLAS, TERESA

TER. ¿Queréis lumbre?

DIEGO. Sí, por cierto;

que hace una noche tremenda.

BLAS. Sentaos.

DIEGO. Toma el sombrero.

Llévate la capa y tiéndela.

BLAS. Chorreando está.

(*Vase Blas y vuelve.*)

TER. ¿Qué tenéis,

padre? Traéis descompuesta, desencajada la cara.

DIEGO. Es el frío.

TER. No, por fuerza

os ha sucedido...

BLAS. ¿Cómo?

¿Qué es eso?

DIEGO. Vaya, que apenas

llego, siempre os empeñáis

en que azares me sucedan.

No tengo nada.

BLAS. Es que importa

que jamás os acontezca

mal, mientras que tengáis hijos

que os venguen.

DIEGO. ¿Eh? ¿o en verdad

BLAS. Que os defiendan,

DIEGO. La venganza es, hijo mío,

de maldición una piedra,

que tarde o temprano vuelve

contra el mismo que la suelta.

BLAS. Ya lo sé padre, que he oído

mil veces eso en la iglesia.

DIEGO. Pues es preciso que siempre

en la memoria lo tengas.

Pero vamos a otra cosa:

¿Vino?

BLAS. Nadie.

DIEGO. En hora buena;

¿conque habéis estado solos?

BLAS. Sí, señor.

TER. Si no se cuenta

el miedo de cada cual.

DIEGO. ¿Y de qué ese miedo era?

¿Ambos calláis?

TER. Dilo, Blas.

BLAS. Padre, hablando con franqueza,

DIEGO. Bueno; dejadlo.

BLAS. Es que estamos siempre...

DIEGO. ¿Y aquellas voces que

BLAS. Y hemos tratado los dos

de que mudemos la tienda.

DIEGO. No hay que pensar más en ello;

los muertos son gente buena;

y no se meten con nadie!

TER. Pero...

DIEGO. Silencio; Teresa;

no son los muertos a fe

los que ahora a mí me amedrentan;
y de una vez para siempre
que comprendáis me interesa,
que los muertos no hacen daño,
y que hablar de ellos molesta.

BLAS. Pero, padre, ¿y esas voces
que de noche nos atruenan?

DIEGO. Cerrad las ventanas bien,
y dormid a pierna suelta;
las voces sólo son ruido,
y el ruido no rompe piernas.

BLAS. ¿Y no era más fácil?...
DIEGO. No.

BLAS. Vuestro mal humor os ciega:
padre, ¿qué tiene de extraño
que por ser la calle estrecha,
porque se pierde o se gana,
o sea por lo que sea,
mude un vecino algún día
a otro barrio casa o tienda?

DIEGO. Blas, yo tengo mis razones,
y permanecer es fuerza
en esta casa, aunque mucho
de ello en el alma me pesa.

BLAS. ¡Qué diablos! ¿Quiere y no
[quiere]
¿A que también da en la tema
de callar que tiene miedo?

Pero...
DIEGO. Basta de querrelar,
no hay que alzar ya más pelillos
a conversación tan necia;
y el que de noche curioso
me abra a deshora una reja,
que se eche a él solo la culpa
del mal que a todos nos venga.

TER. ¿Llamaron?
BLAS. ¿Abro?
DIEGO. ¿Pues no?
Que entre en mi casa quien quiera.

ESCENA III

DICHOS; DON JUAN DE COLMENARES

JUAN. Dios sea loado.
DIEGO. ¿Don Juan!
¿Con una noche tan cruda
vos en mi casa?

JUAN. Sin duda,
siempre os quise con afán.

DIEGO. Cuatro años hace, señor,
que en ella no os hemos visto.

JUAN. De venir es, ¡vive Cristo!
esa la razón mejor.
Cuanto más corren los años
más los amigos se prueban,
y amistades se renuevan
en males y desengaños.

DIEGO. Habláis, don Juan, de amis-
con tono tan singular, [tades
que nos haréis revelar
en la vuestra novedad.

JUAN. ¡Oh, no, Diego! Por mi vida
nunca os la tuve más fiel,
y de ello...

BLAS. ¡(Reniego de él.)
JUAN. Os da pruebas mi venida.

(Con aire de importancia.)

¡Hola! ¡Qué altos los muchachos
están!... ¡Mozo más caball...
No le sentarían mal
la coraza y los mostachos.

¿No es este el que quiso ser?...
BLAS. Yo soy, y si aún me dejaran,
por San Juan que se quedarán
los zapatos por coser.

JUAN. ¿Con tanta afición te sientes?

BLAS. Los ojos tengo rasados
sólo con ver los soldados
con el hierro hasta los dientes.

JUAN. Y entonces, ¿por qué esa sen-
[da?...

BLAS. Dice mi padre, señor,
que siempre he de estar mejor
que en el cuartel, en la tienda.

JUAN. Nada hay a eso que añadir;
mas, Diego, si no hay objeto
que lo obste, tengo en secreto
dos palabras que decir.

DIEGO. ¿A mí, don Juan?

JUAN. A ti, Diego.

DIEGO. Podéis empezar, si os place.

JUAN. No estás solo.

DIEGO. ¿Eso qué le hace?

JUAN. Iréme, pues.

DIEGO. Idos luego.

(Con orgullo.)

Bajo este techo, don Juan,
no hay quien no pueda discreto
guardar el mejor secreto.

JUAN. Grandes para ti serán
los motivos de esa fe
en tus hijos, pues lo son,
pero fuera indiscreción
fiarme yo, y no lo haré.

DIEGO. Pues tanto empeño mostráis,
idos vosotros.

BLAS. (Maldita
sea con él su visita.)

(Vanse Blas y Teresa.)

ESCENA IV

DON JUAN, DIEGO

DIEGO. Solos estamos; ¿habláis?

JUAN. Diego, tú, audaz y orgulloso,
de tu virtud satisfecho,
caminas siempre derecho
por el camino espinoso
de la vida; mas preciso
será que te haga mirar
que hay mucho en que tropezar.

DIEGO. Os agradezco el aviso;
mas tengo ya sesenta años,
y si es que torcido anduve,
los vicios que siempre tuve
tarde os parecen extraños.

JUAN. Diego, tu altivez modera
y a la razón deja luz,
que es muy recta tu virtud,
pero es atrevida y fiera.

Consulta contigo mismo
lo que vas a responder,
que va tu respuesta a ser
tu salvación o tu abismo.
¿Quieres escribir tu nombre
donde los nuestros están?

DIEGO. Ya os dije que no, don Juan.

JUAN. ¡Qué tenacidad de hombre!
Diego, ¿lo has pensado bien?

DIEGO. Sí, don Juan.

JUAN. ¿Y no has pensado
que va a alcanzar tu pecado
a mi cabeza también?

DIEGO. ¡También a vos! No lo entiendo.

JUAN. ¿Quieres que en olvido eche

que ambos con la misma leche
nos nutrimos?

DIEGO. Os comprendo;
tal vez creéis que me amáis
porque pensáis mucho en mí,
mas cuando pensáis así,
don Juan, os alucináis.
Mucho mi arrogancia os pesa,
pues culpo vuestras acciones,
y esas son las mil razones
porque Diego os interesa.

JUAN. Mas hay otros que, inflexibles
por no malograr su afán,
a tu vida tenderán
todos los lazos posibles.

Te seguirán por doquiera,
y es inflexible decreto
que quien roba su secreto
ayuda les preste o muera.

DIEGO. Concluamos de una vez:
yo sé que hay un Juez supremo,
y nada en el mundo temo
mientras me ampara ese Juez.
Os habéis puesto, insensatos,
con los muertos a jugar,
y habéis logrado engañar
así a muchos mentecatos.

JUAN. Cuanto importa mantener
de ese aislado monasterio
la oscuridad y el misterio,
en mi empeño puedes ver.
Es fuerza, Diego, que el vulgo
de comprenderlo no acabe;
si ha de morir quien lo sabe,
peligro, pues lo divulgo.

DIEGO. Desprecio la oculta ley
que proscribe mi virtud,
y siendo en mi juventud
soldado, defiendo al rey.

JUAN. Al rey que deja morir
de hambre a sus servidores,
que andan hoy como traidores
mendigando a quien servir.
Al rey que deja inhumano
que a merced de oficio infame...

DIEGO. Quien tal al trabajo llame,
es, don Juan, sólo un villano.
Jamás en lo que es me meto
mi rey, que soy su vasallo;

bueno o malo, sufro y callo,
y aunque le odio, le respeto.
Lo dije: ¡y mirad por Dios
que pierdo ya los estribos!
No temo muertos ni vivos;
conque meditado vos.
Y no le toméis a espacio,
que no soy yo vuestro amigo;
y en amistad os lo digo,
mañana voy a palacio.

(Un punto de silencio.)

JUAN. Lloré, supliqué por ti,
mas la vida nos va en ello;
y cada cual por su cuello
mira con razón aquí.
Conque si ello tanto importa,
piensa a tu vez y despacio,
que no llegará a palacio
ni tu palabra más corta;
pues no puedes en conciencia
en ser nuestro consentir,
custodiado has de partir,
y no temas la indigencia.

(Le ofrece un bolsillo, que Diego rechaza.)

DIEGO. Dadlo a los de vuestra grey,
don Juan, que yo mi pobreza
lleo con tanta fiera
como su corona el rey.
Y aunque los den tan baratos
que cieguen por trabajar,
nunca pan me ba de faltar;
mis hijos harán zapatos.

JUAN. Sabés, y Dios me es testigo,
de que hice por ti, a mi fe,
cuanto pude.

DIEGO. Ya lo sé;
mi padre os crió conmigo.

JUAN. Y no sé cómo igualmente
la misma leche nos hizo
necio y descontentadizo
a ti, y a mí tan prudente.

DIEGO. Tenéis razón, ¡vive Dios!
que hemos salido en pareja
un lobo con una oveja.

JUAN. Tú el lobo.

DIEGO. Y la oveja vos;
eso dije.

JUAN. Hombres ingratos
que desprecian tan traidores...

DIEGO (interrumpiéndole).
No quiero vuestros favores,
don, Juan; coseré zapatos.
¿Me tenéis más que decir?

JUAN. Que te encomiendes al cielo.

DIEGO. A ese tribunal apelo.

JUAN. A Dios.

DIEGO. Con vos quiera ir.

ESCENA V

DIEGO, BLAS, TERESA

BLAS. Padre, no oí lo que os dijo,
mas créolo un desacato;
y muerte afrentosa elijo,
si siendo yo vuestro hijo
os ofende y no le mato.

DIEGO. Blas, el cariño te ciega.

BLAS. No sé qué juego se juega,
porque no oí más que el fin;
pero el negocio es muy ruin,
cuando mi padre se niega.

DIEGO. ¿Nada comprendiste?

BLAS. No.

DIEGO. Dios tal vez te ensordeció

BLAS. Vi que os ofreció dinero,
y que dijisteis: No quiero;
bien hecho, tampoco yo.

DIEGO. Blas, la honra es un tesoro,
y aunque te ofrezcan más oro
que cabe en la catedral,
si la vendes harás mal.

BLAS. Primero me mate un moro.
No le está bien a un mancebo
los secretos rastrear
de un viejo, sé que no debo;
mas ¿me queréis confiar
este? A guardarle me atrevo.

DIEGO. Es inútil; está bien
donde está, y no estará, no,
mucho tiempo.

BLAS. Yo también
tomaré lo que me den
los que saben más que yo.

(Pausa.)

TER. Padre, ese hombre os ha dejado
tan inquieto... ¿qué tenéis?

DIEGO. ¿Vuelves ya a lo comenzado?

Con tan prolijo cuidado
acosado me tenéis.

Mas ahora que hago memoria,
si ese soldado viniera
de otras noches, me pluguiera.

TER. ¿Os fuera útil?

DIEGO. Sí que fuera.

BLAS. ¡Es hombre de grande historia!
Me gusta por lo valiente,
y de honrado tiene fama:

(A Teresa.) ¿No es así?

TER. Padre consiente
en que venga...

BLAS. Y es corriente,
que quiera padre no es tacha.

DIEGO. No le agradezco infinito
sus visitas en verdad;

mas hoy que le necesito...

BLAS. ¡Voto a San Diego bendito...!

DIEGO. Blas, no jures.

BLAS. Perdonad;
pero mal lobo me coma
si no vuelvo como un galgo

con él.

TER. ¿Llaman?

BLAS. Luego asoma.
en nombrando al ruin de Roma.

DIEGO. Si fuera él...

BLAS. Apostara algo.

ESCENA VI

DICHOS; DON PEDRO, en traje de soldado.

BLAS. Seor soldado, guárdeos Dios.

PED. Él le socorra, mancebo.

Alegre está, ¿qué hay de nuevo?

BLAS. Nada, pues llegasteis vos.

PED. ¿Me esperaban?

BLAS. Impacientes.

PED. ¿Qué es ello, pues, linda niña?

¿Se la ocurre alguna riña?

¿Qué me mandáis?

DIEGO. Que te sientes.

PED. Buen viejo, disimulad;

no os saludé en derechura,

porque al ver tanta hermosura

me siento ciego.

DIEGO. En verdad

que sois un hombre bizafío,
y siempre con buen humor.

(Don Pedro mete sin ceremonia ambos pies
por medio de todos.)

PED. Dejadme echar al calor
esta humedad y este barro.

BLAS. (Si no viera en una pieza
su amor y su edad marcial,

Teresa, tomaba a mal
su desenfado y franqueza.)

PED. ¿Qué murmura el perillán?

BLAS. Que traéis hoy una espada
con mucho primor dorada.

PED. En el cuartel me la dan;
y como me sirva bien,

jamás las señas la tomo;
que al pulsarla por el pomo

se cura siempre a cercén.
Pero al caso, señor Diego:

dispuesto estoy a escucharos;
hablemos de prisa y claros,

que he de partirme muy luego.

DIEGO. ¿Entráis en palacio vos?

PED. ¿Por qué me lo preguntáis?

DIEGO. Porque si hasta el rey llegáis
quiero hablarle.

PED. Si por Dios;
y si queréis que le diga...

DIEGO. A solas le quiero hablar.

PED. Para tan alto piear
muy grave causa os obliga.

DIEGO. No a mí.

PED. ¿Pues a quién?

DIEGO. A él.

(Don Pedro frunciendo el ceño se arrellana
en la silla, diciendo con altivez.)

PED. Diga, pues, lo que se ofrece.

DIEGO. Al rey su merced parece.

PED. ¿La cara tengo tan cruel

que con el rey me compara?

DIEGO. Hable de él con más respeto,

que yo jamás me entrometo

a mirar al rey la cara.

¿Y en fin, lo podéis hacer?

PED. Cuando queráis.

DIEGO. Pues mañana.

PED. ¿A qué hora?

DIEGO. La más temprana

PED. Pues bueno, al amanecer.

DIEGO. ¿Os burláis?
 PED. No por mi vida,
 porque mañana temprano
 ha dispuesto el soberano
 dar al monte una batida;
 conque si verle queréis,
 que madrugéis es preciso.
 DIEGO. No echaré al agua el aviso.
 PED. Mucho de él os prometéis.
 DIEGO. Eso es ya negocio mío,
 señor soldado.

PED. Bien está;
 a mí tanto se me da;
 conque en ello no porfío.

DIEGO. Pues a otra cosa; y decid,
 ¿qué se habla por la ciudad?

PED. Estoy de eso a la verdad
 tan al cabo como el Cid.

DIEGO. ¿No os importan las noticias
 de vuestra patria y del rey?

PED. ¿A mí?... Que haya buena ley
 y se hagan muchas justicias.
 Lo demás nada me importa;

y cuando columbro guerra,
 (Señalando la espada.)

doy un repaso a esta sierra,
 y estoy listo en cuanto corta.

(Llamen en la puerta con brío.)
 TER. ¡Ay!

PED. Llamen.
 DIEGO. Abre. (Lo hace Blas.)

ESCENA VII

DICHOS; un HOMBRE DEL PUELO

BLAS. ¿Qué quiere?
 HOMBRE. ¿Diego Pérez?

BLAS. Aquí es.

HOM. Que vaya corriendo, pues,
 que su pariente se muere.

DIEGO. ¿Mi pariente? ¿Y qué pariente?

HOM. Gil Pérez el estatuario,
 que está con un mercenario
 muriendo devotamente.

DIEGO. ¡Gil Pérez!... ¡Oh! perdonad,
 señor soldado, que entiendo
 que ese que se está muriendo

conmigo en su mocedad
 siguió las armas reales.

PED. Id, que soy muy vuestro amigo
 y estáis cumplido conmigo;
 id a remediar sus males.

Y si urgen por mala estrella
 medicinas o dinero,
 tengo una bolsa de cuero;
 mandad por lo que hay en ella.

DIEGO. Gracias, y adiós.
 BLAS y TER. ¿Volveréis?

DIEGO. En cuanto el mal lo permita.
 (Sale Diego con el hombre; Blas y Teresa
 se asoman a la puerta.)

BLAS. Corre que se precipita.
 PED. Mozos, buen padre tenéis.

ESCENA VIII

DON PEDRO, TERESA; BLAS, cosiendo
 zapatos

PED. Decidme, esquivo hermosura,
 ¿me queréis como yo a vos?

TER. Brava pregunta por Dios.

PED. Brava os quiero, activa y dura;
 ¿pero la frase la extraña?

Darela satisfacción:
 es que está mi corazón

por sus ojos en campaña.
 Y soldado más valiente

que prudente capitán,
 planto el sitio y allá van

mis ballestas de repente.
 Si el enemigo responde,

a él voy, y sin hacer alto
 entro el lugar por asalto

sin mirar nunca por dónde.
 ¿Se me entiende?

TER. Como está
 tan oculta la emboscada,

no es fácil...

PED. Vuestra avanzada
 dió con ella.

BLAS. ¡Voto valiente!
 Paréceme que a barato

lo echáis, y se me barrunta.
 PED. ¿Quién al rapaz le pregunta?
 Calle y cosa su zapato.

BLAS. (Siempre adelante me lleva; por más que me tengo serio; arranca con tal imperio que el diablo que se le atreva.)

TER. Bien, hablemos de otra cosa: dicen que el rey de Castilla...

PED. ¿Está ahora con la Padilla en conferencia amorosa?

TER. ¿Qué me importa? Es de la guerra de Aragón por que preguntó.

PED. Contadme allá por difunto.

TER. ¿Os partís para esa tierra?

PED. El rey sus tercios envía para allá, y según infiero yo salgo con el primero;

conque al caso, prenda mía: si no me dais antes de ir

de vuestro amor una prueba, dad por llegada la nueva

de que estoy para morir.

TER. Mucho en el alma lo siento, que al cabo os quería bien.

PED. (Bello está en ella el desdén, pero más el sentimiento.)

¿Conque me queréis, Teresa?

TER. Ya lo dije; mas si os vais, pesame que lo sepáis.

PED. ¿Que os pesa decís?

TER. Me pesa:

porque es vuestra condición olvidar lo que ha pasado

en lugar que habéis dejado; conque ved si en Aragón

olvidaréis a Castilla.

PED. (con brío).

¿Olivar y haberla visto? Y vale más ¡voto a Cristo!

que la Aldonza y la Padilla.

TER. ¿Qué decís? ¿Que... ¿a quién nom-

ped. Padilla y la Coronel, [bráis? damas del rey.

TER. ¿Y con él y aquéllas nos comparáis?

PED. Sí, pues siendo ante la ley él el primero y mejor,

la más hermosa el amor debe cautivar del rey.

BLAS. Ved que estáis aquí conmigo, y ved que su hermano soy.

PED. ¡Qué lenguaraz estás hoy!

BLAS. Es que soy...

PED. Calle, le digo.

BLAS. (Los ojos me hace bajar, y se me traba la lengua.)

TER. No le riñáis, que es gran mengua hacerle esto tolerar;

y partid, que es ya muy tarde y no está mi padre aquí.

PED. ¿Con vos no me dejó a mí? ¿Qué importa que yo le aguarde?

(Tocan a las ánimas, y al son de las campanas Blas y Teresa hacen un movimiento de temor.)

PED. ¿Qué es eso?

TER. ¿No oís tocar?

BLAS. Las nueve deben de ser.

PED. ¿Y qué tiene eso que ver para ponerse a temblar?

BLAS. ¿Qué, no sabéis lo que pasa? Mas no me miréis así,

que ponéis un ceño...

PED. Di que es lo que hay.

BLAS. En esta casa es imposible vivir: la mejor noche nos comen.

PED. ¿Quién?

BLAS. Temiendo estoy que asomen, que a esta hora suelen venir.

PED. ¡Qué tropel de desaciertos! ¿Locos a esta hora os volvéis?

BLAS. ¿Los oís? (Don Pedro da un paso hacia la ventana; Blas le detiene.)

No os asoméis.

PED. ¿Pero quién son?

BLAS. Unos muertos.

PED. ¡Muertos!... ¡Bah! ¡Bah! Pues ya ¿conque todo eso era miedo?

¿Y se ven? (Segundo paso de don Pedro y detención de Blas.)

BLAS. Estaos quedo si morir no queréis hoy.

PED. Y en efecto, se oye ruido y se ve luz por la calle.

TER. Sientó que padre no se halle
ya esta noche recogido.

BLAS. ¡Cielos, yo tiemblo por él!
Todos los días parecen
hombres que a fuerza perecen
de esa iglesia en el cancel.

PED. ¿Y la justicia lo sabe?

BLAS. Sin duda saberlo debe.

PED. ¿Y entonces?

BLAS y TER. Nadie se atreve.

PED. (Gran misterio en ello cabe;
prosigamos, y si encuentro
el hilo a este laberinto,

fuego pondré a su recinto
hasta dar con lo que hay dentro.)

Decid, ¿y habéis visto alguno
de esos cuerpos que perecen
por la noche, y aparecen
por la mañana?

BLAS. Ayer uno.

PED. ¿Tenía herida?

BLAS. En el pecho.

PED. ¿Y mostraba la señal
ser de espada o de puñal?

BLAS. Que con ambas lo habían hecho
dijeron los cirujanos.

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

PED. ¿Luego eran contra uno dos?

BLAS. ¿Luego eran contra uno dos?

abrir se ve a Diego tendido en tierra.)
DIEGO. ¡Ay de mí!
PED. ¿Soñando estoy?

ESCENA IX

DON PEDRO, DIEGO, BLAS, TERESA

BLAS. ¡Sangre! ¿Quién fué, padre mío?
DIEGO. Tente, Blas, no salgas, no,
que murieras como yo,
y en ti mi esperanza fio.

BLAS. Voy a buscar...
DIEGO. Excusado;

¡fué mi destino fatal!
Arrimadme ese sitial,
y acercaos, buen soldado.

PED. Decid si sabéis quién fué,
que ha de acordarse de vos.

DIEGO. Dejadme acabar, por Dios:
id a ver al rey...

PED. ¿Y qué?

DIEGO. Y decidme que esos muertos...

PED. Acabad.

DIEGO. No puedo más.
(Inclina la cabeza y muere.—Pausa.)

PED. ¡Voto a Dios y a Barrabás!
Entre sus labios abiertos,
él mismo el secreto ahogó.

BLAS. ¡Padre!

TER. ¡Señor!

PED. Esto es hecho;
vamos a echarle en su lecho,
que ayudaros puedo yo.

(Llévante y vuelve don Pedro.)

ESCENA X

DON PEDRO

¿En ver al rey tanto afán
y a puñaladas morir?

De lo que le iba a decir
claros barruntos me dan.

Con él los muertos mantienen
misteriosa relación...

Con el rey por precisión
también relaciones tienen.

¡Incomprensible cadena,

yo seguiré uno por uno tus eslabones, y alguno se deshará como arenal
(*Se pasea a pasos precipitados, y exclama mirando a la ventanilla.*)

Muertos que del nicho salen y a los vivos asesinan, son, si a espacio se examinan, fantasmas que verse valen.

ESCENA XI

DON PEDRO; BLAS sale a la puerta y se tiene en el dintel, la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras del más profundo dolor.

BLAS. ¡Amigo!

PED. ¡Desventurado!

¿Diego?

BLAS. No le nombres ya: ¡silencio! Mi hermana está rezando aún a su lado.

PED. Que lllore es mucha razón.

BLAS. Sí, que rece una mujer, pero algo más ha de hacer un hombre en esta ocasión.

PED. ¿Luego dijo?...
BLAS. Nada dijo,

pero yo lo sé muy bien, que hay cosas que no las ven sino los ojos de un hijo.

(*Muy marcado.*)

Un hombre esta noche estuvo con mi padre hablando aquí, y yo con mi padre vi que muy descortés anduvo.

Ya de la puerta al dintel dijo: Encomiéndate al cielo...

A su tribunal apelo

si quien le mata no es él.
(*Quedan ambos en silencio por un instante.*)

PED. Esta noche irás conmigo y el rey te remediará.

BLAS. ¿El rey? No voy; me ahorcará, que es del otro muy amigo.

PED. ¿Y no hay justicia en Sevilla?

BLAS. Dicen que con este rey

no hay más razón ni más ley que su capricho en Castilla.

PED. Rapaz, la audacia perdono:

porque lastimado estás;

pero no hables así más

de quien se sienta en un trono;

y escúchame un buen consejo,

que lléveme Belcebú

si no sé yo más que tú

en la muerte de ese viejo.

¿Quieres con el hombre dar

que a tu padre asesinó?

BLAS. El alma daría yo

a quien me le haga encontrar.

PED. Pues los secretos que encierran las tumbas, los saben bien

a estas horas...

BLAS. Pronto, ¿quién?

PED. Esos muertos que te aterran.

BLAS. ¡Santo Dios!

PED. Que no te atrevas

a esperarlos, bien se ve;

mas yo en tu lugar lo haré, y piensa cuánto me debes.

Yo hallaré el rastro a tu presa, te daré a ese hombre, y si él es,

me has de ayudar tú después

a poner cabo a la empresa.

¿Dices que de esa ventana

se alcanza la iglesia a ver?

BLAS. ¡Cielos! ¿Qué intentáis hacer?

PED. Una caridad cristiana:

vete, mancebo, a rezar

por el que duerme allí echado;

vete; yo soy un soldado

y voy también a velar.

BLAS. Mirad bien, que aunque parecen ilusiones del temor

esos fantasmas, señor,

mayor crédito merecen.

Mi padre me amenazó

que quien osara mirar ni entender...

PED. Vete a rezar,

Blas, que te lo mando yo.

BLAS. Valiente sois, buen soldado;

quédoos muy agradecido,

mas de hinojos os lo pido,

quede el postigo cerrado.

¡Oh, aunque me digáis tenaz
que son visiones del miedo,
lo he visto y juraros puedo
que hay un muerto pertinaz
que en cerrárnosle se empeñal

PED. Vete, que ha de estar abierto,
y como asome ese muerto
yo le daré santo y seña.
(Don Pedro obliga a Blas a entrar en el
cuarto donde entró su padre.)

ESCENA XII

DON PEDRO

Que lloren sus desventuras
los hijos de un zapatero,
mientras busca un caballero
con valor sus aventuras.

(Entorna la ventana.)

Dejo entornado el postigo
y mato la luz; así
veo y no me ven a mí
de las sombras al abrigo.

(Toma un taburete y se sienta enfrente de
la ventana.)

Quien son los muertos veré,
y si a toparlos acierto,
no me ha de quedar un muerto
que sepa tenerse en pie.

ACTO SEGUNDO

Plazuela cuyo fondo representa la fachada principal de una iglesia abandonada: en el fondo el atrio cercado de verjas de hierro; a la derecha, el exterior de la casa de Diego, con la ventanilla que abrió don Pedro en el acto anterior.

PERSONAS

- DON PEDRO.
- BLAS PÉREZ.
- DON JUAN DE COLMENARES.
- SAMUEL LEVÍ.
- DON JUAN ROBLEDO.
- DOÑA ALDONZA CORONEL.
- DON ALBAR PÉREZ DE GUZMÁN.
- UN CONJURADO.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN DE COLMENARES, SAMUEL
LEVÍ

JUAN. Preciso matarle fué.

SAM. ¿Conque al cabo?

JUAN. Sí, murió,

que un día más de su vida
fuera nuestra perdición.

Duéleme mucho su muerte;
pero a juzgar, vive Dios,
las nuestras contra la suya,
lo hecho tengo por mejor.

SAM. Sí, por el santo Abraham;
¿pero estáis seguro vos
de que nadie más que el viejo
cayó en la cuenta?

JUAN. Eso no;
hermanos fuimos de leche,
y era ese Diego un varón
justo, inflexible y severo,
que siempre pensó y obró
según su recta conciencia;
y aunque tuviera ocasión
fuera del rey, a ninguno
parte de su intento dió.

SAM. Mas hijos tiene.

JUAN. Samuel,

desechad todo temor;
los hijos, como del vulgo,
la canalla cobarde son;
ni abrirán una ventana
hasta muy entrado el sol,

ni cerrarán una puerta
sino antes de la oración;
y a gente tal, en contándola,
cualquier patraña o error,
la tenéis siete semanas
soñando con la visión.

SAM. En verdad, buen Colmenares,
que os acude harto valor
para arriesgaros a tanto.

JUAN. Nunca, Samuel, me faltó
ni la audacia ni el consejo
cuando puestos en unión
me tentaron el antojo
las grandezas y el amor.

SAM. Así corre vuestra fama

por Sevilla, y así sois el escándalo en el templo y en las calles el terror.

JUAN. Vaya que estáis esta noche filósofo; un hombre soy, y como tal mis pecados y flaquezas humanas son. Sólo hallo una diferencia con los demás, y es que yo aborrezco a los hipócritas, y obro con satisfacción sin embozar mis flaquezas con disimulo traidor.

SAM. Bien meditado, don Juan, tal vez no os falte razón; pero es el vulgo envidioso, injusto y murmurador.

JUAN. ¿Qué diablos vais a decirme con tan prolijo sermón? Que me place la hermosura, que a los regalos me doy, que mis inmensos caudales derramo con profusión, que tengo amigos, que tengo mucho en la corte favor.

¿Y eso qué tiene de extraño? ¿No hacéis otro tanto vos?

SAM. ¿Y os olvidáis ya, don Juan, del bonete y del ropón?

JUAN. ¿Y os olvidáis que me dieron la prebenda como a vos del rey la tesorería?

SAM. ¿Cómo?

JUAN. Vedlo en conclusión: yo era soldado, la guerra siendo rico me cansó; el rey me quería entonces; el cabildo enredador de Sevilla, harto indiscreto, no sé en qué le desairó. Don Pedro, para humillar tan osada presunción, sin mirar a más razones en el coro me sentó; conque soy un ave ambigua que estoy en disposición de volar y de correr como me venga mejor. No recibí orden alguna;

y a mi antojo, ved que voy llevando con igual brío las espuelas y el ropón.

Más vamos a lo que importa: ¿el mensajero llegó?

SAM. Mañana llega.

JUAN. ¿En secreto?

SAM. No, con mucha ostentación, que trae comitiva y viene con nombre de embajador.

JUAN. ¿Y es hombre de quien se fie?

SAM. A toda prueba.

JUAN. ¡Por Dios que el atrevimiento es mucho! SAM. No es, don Juan, mucho mayor que señalar una iglesia por punto de reunión.

JUAN. De audaces es la fortuna, ya veis lo bien que salió para apartar los curiosos de los muertos la ficción.

SAM. Aunque a bulto, en poco estubo si con nosotros no dió el justicia Benavides allá en el otro rincón.

JUAN. ¡Oh, aquí seguros estamos gracias a lo que costó! Dos veces hemos venido, y mirad en derredor, no hay una casa habitada, y el zapatero murió. Pero el enviado, decidme, ¿sabrá hacer?...

SAM. ¡Santa Sión! Médico, adivino, astrólogo; y mi huésped, ved, señor, si tendrá bien su lugar; de sus consejos en pos, enfermos, pobres y tontos le irán a implorar favor. Entrarán cuantos quisiéremos, y tomarán de su voz nuestras órdenes, a guisa de remedio o predicción.

JUAN. ¡Soberbia idea, Samnel! ¿Y Aldonza?

SAM. En venir quedó, y aguardará del alcázar, para salir, la ocasión.

Pero, don Juan, vamos claros, ¿la amáis de veras?

JUAN. ¡Pues no!

Es noble, astuta y hermosa.

SAM. Don Juan, que os asista Dios.

JUAN. Y además don Juan Lacerda, su cuñado, el reino entró por Córdoba.

SAM. Y su marido viene a ayudarnos.

JUAN. Estoy en que esta noche le esperan.

SAM. Celoso del rey; ¿traidor se ha vuelto Albar de Guzmán?

JUAN. Nuestro es el rey.

SAM. Vámonos, que alguien llega desde el atrio.

veremos, don Juan, quién son.

JUAN. Si nos acechan ¡ay de ellos!

Arrojaos sin temor y adelante.

SAM. En ese caso, podéis arrojaros vos.

JUAN. ¿Qué teméis?

SAM. Nada en resumen; mas soy viejo, odio el rencor, y para matar cristianos, don Juan, no conspiro yo.

JUAN. Pues ahora es digo lo de antes, Samuel, que os asista Dios.

ESCENA II

DON JUAN, SAMUEL, *tras de las verjas del atrio*; ROBLEDO, DOÑA ALDONZA CORONEL.

ALDONZA. ¿Robledo, llegamos ya?

ROBLEDO. Este es el sitio, señora.

ALD. Tan solo y tan a deshora miedo este sitio me da.

ROB. Nada tenéis que temer, que entre amigos os halláis.

ALD. ¿Que soy, Robledo, olvidáis nada más que una mujer?

Y aunque sagaz y ofendida, es natural mi temor.

ROB. Cubriros fuera mejor con el lienzo.

ALD. Me intimida disfrazarme de este modo, y horror de mí misma tengo.

ROB. En que repugna convengo; mas esto lo salva todo.

(*Pónense unos mantos blancos, y dirigiéndose hacia el fondo quedan de espaldas al espectador a manera de muertos con sus sudarios.*)

ROB. Oh, es muy feliz la invención de estos lienzos funerarios.

ALD. Pues de andarnos con sudarios no es la mejor ocasión.

ROB. ¿Tenéis tan poca esperanza?

ALD. Demasiada tengo acaso; mas, Robledo, un solo paso puede arrastrar la balanza.

ROB. Tal vez alguno nos mira.

ALD. ¿No veis alguien a la puerta?

ROB. Nadie a venir aquí acierta, si como vos no conspira.

Seguidme.

ALD. Vamos allá, que en vos confío, Robledo.

ROB. Venid, señora, sin miedo, que yo llamaré.

JUAN. ¿Quién va?

ROB. Las ánimas.

SAM. Ellos son.

JUAN. (Sepamos antes de entrar lo que se puede esperar de las gentes de Aragón.)

ALD. ¿Sois vos, don Juan?

JUAN. Sí, yo soy.

ALD. Gran miedo por vos pasé.

JUAN. Miedo decís, ¿y por qué?

ALD. ¿No veis el traje en que estoy?

SAM. Guárdeos el cielo, señora.

ALD. ¿También Samuel con nosotros?

SAM. También Samuel.

JUAN. Y aún hay otros que el conocerlos ahora trabajo os ha de costar.

ALD. ¿Y os exponéis tan temprano?

JUAN. Es el vulgo muy villano y no se atreve a acercar. Si no por esta invención de los muertos, ya apostara que estábamos cara a cara.

ha mucho con el león; mas hicimos tan extrañas anécdotas referir, que nadie ha osado venir contra visiones tamañas.

SAM. Pues determinar es fuerza de concluir lo más presto, que es fácil que den tras esto y la fortuna se tuerza.

JUAN (*a doña Aldonza*):
¿Qué es de don Albar Guzmán?

ALD. Esta noche entra en Sevilla.

JUAN. ¿Y el otro?

ALD. Contra Castilla dispuestos ambos están.

SAM. ¿Vuestro cuñado Lacerda sigue venciendo?

ALD. Sí a fe y en él precavida até

un cabo de nuestra cuerda; al otro está mi marido,

que con los suyos atento, aguarda sólo el momento del ataque convenido.

JUAN. ¿Trae gente?

ALD. Pocos, más buenos, que por diferentes puertas entrarán.

JUAN. Que estén abiertas se dispondrá.

ALD. Eso es lo menos: nuestros los alcaides son.

JUAN. Robledo, ¿y la gente vuestra?

ROB. Mucha tengo, osada y diestra, dispuesta a la rebelión;

pero sin armas están.

JUAN. Cuando hagan al caso, iréis donde las encontraréis.

ROB. ¿Instrucciones?

JUAN. Se os darán.

¿Y vos, Samuel?

SAM. Todo está preparado a la ocasión:

Granada con Aragón auxilio y favor nos da.

Mahomad, el rey Bermejo, a pretexto de embajada envía desde Granada un moro de su consejo;

y pues no han de sospechar de un embajador amigo, él hará que al enemigo puedan avisos llegar.

JUAN. El legado del pontífice parte con nosotros toma.

SAM. De rebeliones en Roma hay muy práctico un artifice.

ALD. Mas el rey...

JUAN. Dejadme hacer: disoluto mozabelle,

le daremos un juguete que le sepa entretener.

ALD. Estemos muy sobre aviso, que tiene más de león,

cuya sangrienta afición saciar antes es preciso.

SAM. Pues si al león por ventura saciar antes interesa,

yo le arrojaré una presa que satisfaga su hartura;

y pues aunque entrado en años de ser mozo no dejó,

al león dormiré yo y al mozo vuestros amaños.

ALD. Tanto amor le he de fingir, que milagros ha de hacer

si es capaz de preveer que en mi amor ha de morir.

¿Don Enrique?

JUAN. Será rey.

ALD. ¿Contestó?

SAM. Contestó ya, y en sus poderes nos da

por buenos ante la ley.

JUAN. Nos deberá él la corona, rey el pueblo castellano,

y el infierno otro tirano que le espera, aunque le abona.

ALD. Vaya allá ¡viven los cielos! de huésped de Lucifer.

JUAN (*a doña Aldonza*). Y con él puede correr

Albar Pérez.

ALD. (*a don Juan*). ¿Tenéis celos?

JUAN. ¿No sois vos todo mi afán?

ALD. Mas viniendo mi marido...

JUAN. Todo está ya prevenido.

ALD. ¿Qué decís?

JUAN. Juntos irán.
 ALD. ¡Vuestro amigo!
 JUAN. ¿Y qué tenemos?
 ¿No necesita una presa el león? Darémosle esa.
 ALD. ¡Don Juan!
 JUAN (*señalando al judío*). ¿Otra le daremos?
 ALD. Me entendisteis.
 JUAN. Bien está: despachemos esa gente, que hace tiempo que impaciente también nos espera ya.
 (*Éntranse todos en la iglesia, y cuando vuelven las espadas asoma y sale después don Pedro por la puerta que se supone de la casa de Diego Pérez.*)

ESCENA III

DON PEDRO

¡Por la Virgen de Belén
 León de sangre sediento,
 se dará el rey por contento
 con la presa que le den?
 ¿Y el cetro de un mozabete
 mientras venden a Aragón,
 echarán carne al león
 y al mancebo algún juguete?
 (*Pasea a largos pasos y dice de repente.*)
 ¡Por Dios que si estando quedo
 necios a acosarle van,
 cuando ruja se echarán
 entre la yerba de miedo!
 ¡Voto a Dios! Bando insensato,
 que hallarás al león, sí;
 pero caerá sobre ti
 silencio como el gato.
 (*Vuelve a pasearse meditando.*)
 ¿Quién necio al primer embate,
 mal jugador de ajedrez,
 jugando la primer vez
 tira al rey un jaque mate?
 ¿Con trampas y alteraciones
 piensan el juego embrollar?
 Empecemos a jugar
 moviendo algunos peones.
 ¡Blas!

ESCENA IV

DON PEDRO, BLAS

BLAS. ¿Qué quiere?
 PED. Ven acá:
 ¡Páreceme que decías
 que a tu padre vengarías!
 BLAS. ¡Sí, por Dios!
 PED. Empieza ya.
 BLAS. No juegue con mi dolor,
 que por Cristo que le juro
 que, aunque plebeyo y oscuro,
 razón me sobra y valor.
 PED. La paciencia, sin embargo,
 te hace falta: tenla, pues:
 yo sé el matador quién es.
 BLAS. ¿Quién?
 PED. La prudencia te encargo.
 BLAS. ¡Prudencia! ¿Y visteis morir
 a quien me mandáis vengar?
 PED. Ve la justicia a buscar
 y hazla contigo venir.
 BLAS. ¿De mí burlaros queréis?
 PED. ¿De Colmenares te olvidas?
 BLAS. ¿Ese fué?
 PED. El mismo.
 BLAS. Cien vidas
 que tuviera... ¡oh!, lo veréis.
 PED. Pues yo le pondré en tus manos
 si traes la justicia tú.
 BLAS. ¡Justicia! ¡Por Belcebú
 que es auxilio de villanos!
 ¿Dónde está ese tigre cruel?
 Dadme esa daga por Dios,
 y cierro delante a vos
 a puñaladas con él.
 PED. Y si tal haces, menguado,
 ¿llegarás a tu enemigo
 sin que tropiece contigo
 la justicia de contado?
 Si el golpe verras por suerte...
 BLAS. No temáis, no le erraré.
 PED. Mejor es que se le dé
 la justicia, que es más fuerte.
 BLAS. ¿Ese consejo me dais
 y sois soldado del rey?
 ¿Os remitís a la ley
 y espada al cinto lleváis?

Guardaos enhorabuena
 vuestros consejos, y ahora
 dejadme aguardar mi hora
 mal devorando mi pena;
 porque os juro que un zapato
 no he de volver a coser,
 si es que yo le alcanzo a ver
 y allí mismo no le mato.

PED. Bien está, le matarás.

BLAS. ¿Cara a cara?

PED. La manera
 ponla tú con tal que muera.

BLAS. Vamos allá.

PED. Tente, Blas:
 que tú lo harás te repito,
 mas con una condición.

BLAS. ¿Cuál es?

PED. En esta ocasión
 la justicia necesito.

BLAS. ¿Para él?

PED. Si; cuando le prueben
 que el delito cometió,
 haré que a tus manos yo
 sentenciado te lo lleven.
 ¿Lo oyes?

BLAS. No lo entiendo bien;
 mas no os puedo resistir:
 voy... y si vais a mentir,
 el cielo os maldiga.

PED. Amén.

ESCENA V

DON PEDRO

Que le mates, eso quiero;
 que quien con su rey se atreve,
 justo es que la muerte lleve
 por mano de un zapatero.
 Que le mates; es la ley,
 y así aprenderá de cierto
 que no hay un vivo ni un muerto
 de quien tenga miedo el rey.
 Alguien llega; si es amigo
 de esa gente, antes de entrar
 se tendrá que confesar
 a solas aquí conmigo.

ESCENA VI

DON PEDRO, DON ALBAR PÉREZ
 DE GUZMÁN

ALB. (Esta la iglesia será
 si cuando señas me dieron
 a traición no me mintieron:
 pecho al agua.)

PED. ¿Quién va allá?

ALB. ¡Las ánimas!

PED. Adelante.

ALB. ¿Estáis vos?

PED. Por Don Enrique.

¿Y vos?

ALB. No hay por qué me explique
 sin que el misterio levante.

PED. ¿No os dieron aquí una cita?

ALB. ¿Y aquí os citaron a vos?

PED. Sí.

ALB. Y a mí.

PED. Conque a los dos
 aquí se nos necesita.

¿Sois Lacerda, Mahomad
 o Roma...? Esperamos hoy
 sus avisos.

ALB. Guzmán soy.

PED. ¿Albar Pérez? Perdonad
 que a conoceros al punto
 no os hubiera detenido.

¿Venís, Guzmán, decidido?

ALB. A vencer o ser difunto.

PED. Eso sí; bien elegimos;
 ni un cobarde hay con nosotros,
 aunque en mucho más que a otros
 por ofendido os tuvimos.

ALB. ¡Mucho sabéis!

PED. Soy el ojo
 derecho de don Samuel,
 y no me recata él

ni su más mínimo antojo.
 ¿Y os llegó su carta?

ALB. Sí.

PED. Ya visteis lo que decía.

ALB. Y vos, pues todo os lo fia.

PED. Como que yo la escribí.
 (Fortuna fué que escribiera,
 que a ciegas le pregunté.)

Pues si mal no me enteré,
ya sólo por vos se espera.

ALB. Voy, pues, a entrar.
PED. Aguardad,
que pues la suerte es propicia,
daros quiero una noticia.

ALB. Dádmela, pues, y abreviad.
PED. (con intención).

Vuestra mujer os es fiel.
ALB. ¡Vive Dios...!

PED. Sé que irritado
con ella os habéis mostrado.
ALB. (amostazado).

¿Y qué se le importa a él?
Si contra el rey conspiráis...

PED. Del rey hablaros pensé.
ALB. Pues id derecho, que a fe
que os juro que lo acertáis.

PED. Preso en sus lazos le tiene
doña Aldonza.

ALB. ¡Ya volvéis!
PED. Si de él vengaros queréis,
hablar de ella vos conviene.

ALB. Seguid.

PED. Por si torpe lengua
su limpieza calumnió,

sabed que hay quien defendió
vuestra causa... aunque sin mengua.

Ella tiene al rey cogido;
mas sólo es para ayudar
con su amor a conspirar
a su amigo y su marido.

ALB. ¿Su amigo?

PED. Y vuestro mayor;
pues a vuestra orden atento,
no se separa un momento
de ella, por cumplir mejor.

ALB. ¿Por quién me tomáis a mí?

PED. Por don Albar de Guzmán,
y a fe que sin mucho afán,
que vos lo habéis dicho así.

ALB. Pues estáis mal informado,
que yo no encargué a ninguno
mi mujer.

PED. Pues hay alguno
que a su cargo la ha tomado.

ALB. ¿Quién?

PED. Don Juan de Colmenares.

ALB. Os digo que os engañáis.

PED. Nada, Don Albar, temáis
de quien sirve en los altares.
Pero entrad, que os entretengo.

ALB. (¡Aviso más singular!)
Decidme...

PED. ¿Queréis entrar,
que os esperan?

ALB. A eso vengo;
Mas quiero una explicación
de eso que ahora me habéis dicho.

PED. ¿Traéis en fingir capricho?
Mas en fin, tenéis razón,
que delicados asuntos
son los asuntos de honor.

ALB. Quien no habla de ellos mejor
cerca está de los difuntos.

PED. ¿Me provocáis? No hay por qué,
mas si os ofendéis por esto,
don Albar, estoy dispuesto
y el caso os explicaré.

ALB. ¿Cuándo?

PED. Mañana, que fuera
dar antes que sospechar.

ALB. ¿A qué hora y en qué lugar?

PED. En mi casa y a cualquiera.

ALB. ¿Dónde moráis?

PED. De mi casa
haré que os avisen, y...
pero entrad, que pese a mí
que el tiempo hablando se pasa.

(Sube don Albar las gradas del atrio, di-

ciendo:)

ALB. (Por Cristo que me ha metido
ese hidalgo en confusión.)

PED. (viéndole entrar).

Para una conspiración
no hay cosa como un marido.

ESCENA VII

DON PEDRO

El dardo en el pecho lleva
y a fe que le ha de estorbar,
mas si le quiere tocar
la herida él mismo renueva.

(Se echa a retr.)

Poco hay en el otro mundo,
según se ve, de provecho,

cuando un soldado ha deshecho su plan más sabio y profundo.

(Después de un momento de meditación, con ira, marcando el carácter inconstante del rey don Pedro, dice.)

Torres de orgullo y grandezas necios levantando están, mas otro levantarán su torre con sus cabezas.

ESCENA VIII

DON PEDRO, BLAS

PED. ¿Cumplisteis?

BLAS. Sí.

PED. No los veo.

BLAS. Pronto los tendréis aquí, que más me interesa a mí mi venganza, y la deseo.

PED. Escucha, Blas.

BLAS. Ya os escucho.

PED. ¿Serás capaz de esperar a los muertos?

BLAS (con temor). ¿Yo?

PED. A juzgar

por el yo, los temes mucho.

BLAS. Mas la pregunta ¿a qué asunto?

PED. Es que te encargo en conciencia que tengas mucha prudencia si aparece algún difunto.

BLAS. (Cómo no puedo entender, hablar de muertos le gusta; nada a este hombre le asusta; mas nada le veo hacer.)

(Uno de los conjurados aparece en el atrio envuelto en el lienzo que le sirve de disfraz.)

BLAS. ¡Cielos!

PED. ¿Qué es eso?

BLAS (señalando al conjurado). ¡Mirad! (Blas cae de rodillas, con la expresión del pavor más concentrado. Don Pedro vuelve el rostro con serenidad.)

ESCENA IX

BLAS, DON PEDRO, un CONJURADO

CONJ. (Rumor oí, según creo; no vendrá mal un paseo contra una curiosidad.)

PED. Quieto, Blas, o eres perdido.

BLAS. (Tamaño valor me pasma.)

PED. (Dejemos que la fantasma nos diga a lo que ha venido.)

CONJ. Desventurado mortal que, pecador descarriado, a este lugar has llegado, ¿quién eres?

PED. Si no voy mal, poco para muerto sabes, pues no conoces en mí un vivo que viene aquí por negocios hartos graves.

CONJ. Eres, pues...

PED. Del otro mundo, donde ya aguardando están a Samuel y al de Guzmán.

CONJ. (Es nuestro, si bien me fundo.) (Vase acercando a don Pedro, y mirándole de arriba abajo, extraña la capa echando menos el disfraz.)

Que vengas de allá me alegro, aunque es tu disfraz muy franco.

PED. Es que tú eres muerto blanco y yo soy un muerto negro.

CONJ. Negro o blanco ¿a qué no entrar con nosotros?

PED. Es que yo soy muerto que nunca entré donde le pueden cerrar.

CONJ. ¡Traidores hay, pesia mí! Responda quién va o es muerto.

(Al acercarse a don Pedro, asiendo éste su daga con disimulo, le da de puñaladas y va a caer fuera de la escena.)

PED. Quien los infiernos ha abierto esta noche para ti.

CONJ. ¡Cielos!

BLAS. Por San Blas, ¿qué es esto? Con los muertos arrogante

se los lleva por delante...
¿Qué hombre es éste, a Dios opuesto?
(*Vuelve don Pedro limpiando la daga.*)

PED. Bien muerto está el temerario.
Por Cristo que lo acertó
cuando al conspirar tomó
para envolverse un sudario.

ESCENA X

BLAS, DON PEDRO

PED. ¡Blas!
BLAS. (Miedo este hombre me da.)
PED. ¿Qué tiemblas? ¿Esto te asombra?
Ven, que un muerto es una sombra
y al ver esta cruz se va.
(*Muestra la de la daga.*)

BLAS. (Temblando estoy de pavor.)
PED. Vamos, ¿qué temes, muchacho?
¿No ves cómo los despacho?
Cálmate y cobra valor;

que aunque entre el vulgo mantienen
gran crédito los difuntos,
en viendo dos vivos juntos
nunca a amedrentarlos vienen.

BLAS. Así será, pues que veo
que con ellos os cerráis
y a estocadas los echáis.

PED. Que vengan muchos deseo:
y aprende a hacerlo de mí,
que muertos como el que has visto
no merecen voto a Cristo,
sino lo que a ese le di;
mas vienen.

BLAS. Es la justicia.

PED. Blas, silencio y confianza,
no malogres tu venganza
por ceguedad o impericia.
Aquí tu venganza empieza,
y si sagaz me ayudares,
lograrás de Colmenares
por lo menos la cabeza.

BLAS. Mas...

PED. Silencio, ya lo ves;
tá de mi poder testigo,
eres, conque sé mi amigo,
que te alegrarás después.

BLAS. (Todo es misterios este hombre;

mas pues me halaga y me ayuda,
tendré la lengua tan muda
como su brazo y su nombre.)

ESCENA XI

DON PEDRO, BLAS, la JUSTICIA

PED. Más vale nunca que tarde:
(*Con autoridad.*)
que la justicia y la unión
matan con la detención.

JUS. ¿Quién se atreve?
PED. Dios le guarde.

JUS. ¿Para esto llamáis la ronda?
PED. Callad.

JUS. ¿Quién manda callar?
PED. (*le dice al oído.*)

Quien puede hacerlos ahorear
aunque la faz vos escondan.
(*Bajo a los de la ronda; le oyen todos,
menos Blas.*)

Esta noche han muerto aquí
a Pérez el zapatero:
aquí al agresor espero,
y el cadáver está allí.

En su casa os esconded,
y cuando mi voz oigáis,
al que en la calle veáis
sin más reparos prended.

Y... para todos lo digo,
ni el reo ni el tribunal

han de saber, voto a tal,
que habéis topado conmigo.

Imparcial que sea quiero
del agresor la sentencia,
que tan hombre es en conciencia
como el rey el zapatero.
Con que adentro.

(*Al entrar los detiene.*)

¡Eh! y escuchad:
con el muerto está su hija;

nadie importuno la aflija
por gracia o curiosidad;

y cuenta que por torpeza
o por malicia, espíar

ese alguno este lugar,
porque pierde la cabeza.

(*Entran y don Pedro les cierra puerta y
postigo.*)

ESCENA XII

DON PEDRO y BLAS, *que no debe haber comprendido la escena anterior que pasa entre DON PEDRO y la RONDA.*

BLAS. ¿Qué van a hacer en mi casa?
¿No veis que mi padre está...?

PED. Todo lo he previsto ya;
tú atiende a lo que aquí pasa.

Tal vez volverán los muertos;
entre ellos viene sin duda
Colmenares.

BLAS. ¡Dios me acuda!

PED. Y tenga tus desaciertos:
aunque le veas venir
estate quieto a mi lado.

BLAS. Eso no, señor soldado,
si le veo, ha de morir.

PED. Pues deja que pasen todos,
que con tantos atreverte
fuera correr a la muerte.

BLAS. Lo haré así.

PED. De todos modos

llegó tu venganza, Blas:
mas que en ninguna ocasión
divulgue tu irreflexión
lo que esta noche a ver vas.

ESCENA XIII

DON PEDRO y BLAS *se apartan a un lado*;
SAMUEL, DON JUAN, DON ALBAR, RO-
BLEDO, CONJURADOS, etc.

JUAN. Conque no olvidad, señores,
que nuestros días son tres;
el santo y la seña es
ánimas y embajadores;
entretanto, con el moro
que se aviste cada cual,
y no le irá a nadie mal
ni por armas, ni por oro. *(Vanse muchos.)*

ESCENA XIV

DON PEDRO, BLAS, SAMUEL, DON JUAN,
DON ALBAR, DOÑA ALDONZA, ROBLE-
DO, etc.

JUAN. Ahora bien, hecho lo hecho,
este lugar se abandona;

Enrique tendrá corona
y nosotros gran provecho.

ALD. Adiós, don Juan.

SAM. Dios os guarde.

ALB. *(a Samuel)*. Él os ayude, Samuel.

ROB. ¿Os quedáis?

SAM. Tengo con él

que hablar.

JUAN. Pues decid, que es tarde.

ESCENA XV

SAMUEL, DON JUAN; BLAS y DON PEDRO,
ocultos

SAM. ¿Don Juan, la queréis aún?

JUAN. ¿Pues en qué mudanza ha ha-

SAM. ¿No es don Albar su marido?

JUAN. ¿Y el peligro no es común?

SAM. Pero...

JUAN. ¿No hay en este lance

averías de fortuna?

Pues no ha de faltar alguna

que si me estorba le alcance.

Mas lo que hablarme teniais...

SAM. A eso voy: pues sois tan rico

como yo...

JUAN. ¿Qué?

SAM. ¿No me explico?

En repartir bien hariais

los gastos entre los dos.

JUAN. Vuestra avaricia redobla,

Samuel, y por cada dobla

lloorais un cántaro vos.

SAM. Ya veis... tantos adelantos

y tan exhausta la caja.

JUAN. Ya se os hará una rebaja;

que por ahora no son tantos;

mas cuenta con que el dinero

mucho os duela; tirad de él,

que en este caso, Samuel

la cabeza es lo primero.

SAM. Fío en vos.

JUAN. Y sabéis bien

que por tal parcialidad

os ofrece Mahomad

medio reino de Jaén.

SAM. En el moro al fin tendré

quien me ayude en un azar.
(Y un escondido lugar
donde el tesoro pondré.)
Buenas noches!
JUAN. Id con Dios.

ESCENA XVI

DON PEDRO, BLAS, DON JUAN; después
la JUSTICIA

JUAN. Ambiciosos miserables,
cuyas manos insaciables
van siempre del oro en pos.
Vete en paz hoy y atésora
que yo te haré levantar
con tres palos un altar
donde te llegue tu hora.

(Mira a la casa del zapatero y dice mar-
chándose.)

Su infortunio me hace duelo;
mas él se empeñó en morir,
y entre los dos a elegir
quiso lo mejor el cielo.

PED. (a Blas). Ahora tú.
(Blas se arroja sobre don Juan, y mien-
tras ese se defiende y la justicia los
separa, sin que don Juan vea de dónde
salen, dice don Pedro.)

PED. ¡Favor al rey!
JUAN. ¡Viven los cielos, villano!

BLAS. ¿Y mi padre?

JUS. Echadle mano.
JUAN. ¿Qué es esto?

JUS. Ayuda a la ley.
BLAS. Ese a mi padre mató.

JUAN. ¿Cómo? ¡Infame!

JUS. Basta ya,
que ese hombre acusado está.

JUAN. ¡Viles, asesino yo!

BLAS. Y aún niega... dejadme a mí;
ese hombre muerte merece;

dádmelo, me pertenece,
yo soy el verdugo aquí.

(Blas, separado de don Juan, forcejea por
llegar a él. Llevan a don Juan por el
lado opuesto a la casa de Diego Pérez,
y don Pedro coge a Blas por el brazo,
cuando todos vuelven la espalda.)

JUS. (a Blas).
Ea, atrás tú... y venid vos. (A don Juan.)

JUAN. Inocente...

JUS. Sí seréis;
pero allá se lo diréis
a los jueces.

JUAN. Sí por Dios.

PED. (a Blas).
Ven aquí, y en mí te fía.

ESCENA XVII

DON PEDRO, BLAS

BLAS. Ved que me habéis prometido...

PED. Que del crimen convencido
en tus manos le pondría.

Pues bien, pasado mañana
te avisarán de un lugar
donde has de ir a consultar
sobre la justicia humana.

BLAS. ¿Qué me importa?

PED. (Dale un bolsillo). Calla y ten.
Con esto el entierro harás
de tu padre y de ese, Blas;

(Señalando al sitio donde cayó el conjura-
do a quien mató don Pedro.)

y callando te irá bien.

BLAS. (De sus ojos tengo miedo;
por más que al orgullo acudo,
me apura, me opongo, dudo;
mas resistirle no puedo.)

(Entra en su casa empujado ligeramente
por don Pedro.)

ESCENA XVIII

DON PEDRO

Bien; nada don Juan sabrá,
nada los jueces tampoco,
y ese pensamiento loco
adelante seguirá.

(Se echa a reír, y dice yéndose y frotán-
dose las manos con muestra de satis-
facción.)

Y es justo que en hora acaben
y al vulgo den que reír
muertos que aún han de morir
y que la hora no saben.

ACTO TERCERO

Gabinete oriental en casa de Samuel Levi, destinado al embajador del rey Bermejo. Puerta en el fondo y secretas a los lados; mesa con tapete de grana, cojines, etc. Luz artificial.

PERSONAS

DON PEDRO.
DON JUAN DE COLMENARES.
SAMUEL LEVI.
BLAS PÉREZ.
DON JUAN ROBLEDO.
DOÑA ALDONZA CORONEL.
TERESA PÉREZ.
UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.
DON DIEGO GARCÍA DE PADILLA.
JUAN CORTACABEZAS.
DOS BALLESTEROS DE LA GUARDIA DEL REY.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ALDONZA CORONEL, DON JUAN DE COLMENARES

ALD. Imposible, don Juan; dirán si [quieren que por capricho mujeril os quise, mas no penséis que mi decoro hollando así el blasón de los Guzmanes pise. Mucho os amé y os amo todavía, que negároslo aún fuera locura, mas seguired liviana, Colmenares, tinta en su sangre...

JUAN. Basta; estad segura que os comprendo muy bien: enhorabuena, trocar por un mal rey un buen marido, que merecía os pareció la pena; mas quien señora en un palacio ha sido, vivir no debe en opulenta casa, que de hidalgo solar al fin no pasa.

ALD. Me tentáis demasiado la pacien- [cia, señor don Juan: tened esos dietarios, porque pican, pardiez, en insolencia; quien al rey escuchó fué mi venganza; mató a mi padre y vive en mi memoria.

JUAN. ¡Qué diablos! ¿Por tan poco una [pendencia queréis armar? No somos hoy tan niños que no alcancemos ya la tecnología y el sistema de amores y cariños.

ALD. Tenéis, don Juan, un alma de- [pravada, incapaz de sentir; e indiferente, dispuesto estáis con sátrica insolente a reír de la cosa más sagrada.

JUAN. ¿Pues qué queréis? ¿Que a fuer [de caballero que errante corre a caza de aventuras, abra un palenque a voz de pregonero y haga astillas por vos un par de lanzas ganoso de cosecha de esperanzas? No es mi propuesta tan difícil cosa; en cualquier asonada repentina, muere a manos de turba codiciosa el patriota mejor tras de una esquina.

ALD. Basta ya, por mi vida, Colmena- [res.

Si la lengua arrostré del populacho, del rey don Pedro por vengarme ansiosa vengo a mi padre y moriré gozosa: todo el mundo verá, por más que os pese, que el corazón del rey no pretendía quien aguardando la ocasión, sedienta bebió la sangre que en su pecho habia.

JUAN (con sarcasmo). Y embozando su amor con su venganza, supo astuta volver a su marido celebrando su triunfo esclarecido; y éste, de su conducta satisfecho, cuando vos le digáis *vengué a mi padre*, responderá tranquilo *bien has hecho*.

ALD. Mucho os motáis, don Juan, de [su desgracia, y a su enojo mostráis muy poco miedo, cuando sabéis que recordaros puedo que no hablasteis con él con tanta auda- [cia.

JUAN. ¿Y por tan bueno me tenéis, se- [ñora, que me lanzara a provocarle necio, cuando al fin de la fiesta no sería sino del vulgo fábula y desprecio? Convengamos al fin en que por suerte bien entrambos a dos nos conocemos, y pues ambos a dos nos descubrimos, nada por fin entrambos nos debemos. Mas es tiempo de obrar: quede aquí todo, y pues ambos un fin nos proponemos, justo es que cada cual llegue a su modo.

ESCENA II

DICHOS; SAMUEL y el EMBAJADOR, por el fondo

SAM. ¡Gracias, a Dios!

JUAN. Él nos ayude, amigos.

EMB. Grave susto nos disteis, Colme-
JUAN. (frívolamente). [nares.

Los cielos ¡vive Dios! me son testigos de que más de una vez me di por muerto, y de todos el fin tuve por cierto.

El oro derramé con manos llenas por penetrar el laberinto oscuro de las dudas que entonces me acosaban, todos los cargos vi que se me hacían, y todos de asesino me culpaban, mas nada a fe de conspirar decían.

SAM. Mas los jueces...

JUAN. Asaz interesados, fallaron mi sentencia conforme a su interés, no a su conciencia.

SAM. (con satisfacción).

La noticia indecisos esperamos, mas cuando esta mañana la supimos nos reímos, don Juan, y respiramos.

JUAN. El caso es muy donoso ciertamente, no se ha visto sentencia más graciosa; mas pasemos, señores, a otra cosa; no hay más que hablar, con nuestro plan [seguimos.

SAM. ¿Y el rey?

JUAN. ¡Oh! Más que nunca confiado, hoy mismo con su mesa me ha brindado; mas yo sé bien, o me alucino mucho, que espléndido banquete le preparo que ha de costarle, por quien soy, bien [caro.

EMB. Abreviemos, si os place, de ra-
[zones.

SAM. Sí, obremos de una vez, que no [tenemos

a cientos ya a escoger las ocasiones.

JUAN. Tenéis razón, amigos, empee-
[mos.

¿Los de Aragón?... (A doña Aldonza.)

ALD. En la ciudad entraron; Guzmán con ellos la señal espera,

y aquí vendrá, si la ocasión le ayuda, favorecido por la sombra muda.

EMB. Mañana nos dará pública audiencia el rey en el alcázar.

JUAN. (al embajador).

Ese tiempo le da nuestra sentencia: ca, pues, ya sabéis cuanto hace al caso: emprended del oráculo la farsa, que entre la turba de cristianos locos que por mentiras os darán dineros, entrarán de los nuestros unos pocos; no me los confundáis con la comparsa.

(A doña Aldonza con galantería.)

Dadme el brazo, señora, si aún alcanzo a serviros de escudero.

ALD. Pues no podéis ya ser mi caba-
[llero,
la última vez tomadle por ahora.

ESCENA III

SAMUEL, el EMBAJADOR

SAM. Dejemos a esos necios embriaga- en sus ciegas y torpes vanidades. [dos

EMB. Hablad de don Enrique. SAM. Ya consiente en dar a Mahomad esas ciudades que le pide, tal vez muy exigente; pero es justo sin duda que pague cara su eficaz ayuda.

EMB. ¿Dará, pues, los poderes necesari-
[rios?

SAM. No, pero pues tan variados sucesos prestarán mil ocasiones, de ellas se quitarán las garniciones, y con faz de sorpresa tomaréis lo que os toque de la presa.

EMB. Quedará, pues, Castilla reducida a un pedazo de terreno...

SAM. Sí, donde ondule el pabellón [ajeno?

EMB. Permitid que os replique, Samuel, puesto que tanto os interesa, según se ve, su causa: ¿por qué aquí no os quedáis con don En-
[rique?

SAM. No más reyes, que pobres y al-
[taneros

nos adulan menguados su grandeza
y nos pagan después crueles y fieros
dando a su pueblo ruin nuestra cabeza.

Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro,
desde hoy ofrezco, si los quiere, al moro.

EMB. Ya veis lo que os escribe
mi rey, y claro está que os los recibe.

SAM. Llevad a cabo, pues, lo comen-
[zado.

EMB. ¿Habéis ya a vuestras gentes avi-
sado?

SAM. Hoy avisados fueron; [sado?
mis amigos y fieles servidores

por el vulgo las nuevas esparcieron
de que el muy sabio embajador, que cura

del ánimo y del cuerpo los dolores,
a admitir se dispone sus visitas,

y ya el crédulo vulgo se apresura
a consultar al mago

en el silencio de la noche oscura.
EMB. Está bien: a los jefes instruídlos

del ridículo oráculo;
lo que importa decidlos,

yo al vulgo engañaré.
SAM. Y poned en cuidado.

Vendrá larga caterva de importunos
y de necias muchaehas engañadas,

tras de esperanzas mentirosas unos,
tras de ventura y predicciones otros,

pero vendrán entre ellos
las ánimas, que esperan de nosotros,

no plegarias mentidas ni oraciones,
sino armas afiladas,

el oro y las secretas instrucciones
que le serán por vuestro labio dadas.

EMB. Presto, pues, el oráculo empece-
[mos]:

a los nuestros daremos lo que importa,
y al vulgo sin razón le mentiremos.

ESCENA IV

SAMUEL y el EMBAJADOR salen por la de-
recha; aparecen en seguida por una
puerta falsa de la izquierda DON PEDRO
con DON DIEGO GARCÍA DE PADILLA y
DOS BALLESTEROS de su guardia.

PED. ¡Aquí, lebreles, y alerta!
A la primera señal

le echáis al cuello un dogal
y le ahorcáis en esa puerta.

PAD. Ved que es ese hombre, señor,
embajador de Granada.

PED. ¿No acuso, pues, la embajada
si cuelgo al embajador?

(Padilla y los ballesteros se retiran; don
Pedro va a ocultarse tras de la puerta
que abrió Samuel al salir, y cuya hoja
cae sobre la pared.)

PED. Yo cazo por afición
ya un insecto, ya una fiera;

pues hallo esta ratonera,
cacemos este ratón.

ESCENA V

Vuelve el MORO, y al cerrar la puerta se
halla cara a cara con DON PEDRO, que
echa mano a la llave y quedan un mo-
mento en silencio, mirándose uno a otro.

PED. Buenas noches nos dé Dios.

EMB. ¿Por dónde ha entrado este
[hombre?]

PED. Nada hay aquí que os asombre.

EMB. ¿Sois?

PED. Un hombre como vos.

EMB. ¿De la casa?

PED. Justamente.

EMB. ¿Amigo de don Samuel?

PED. Mucho.

EMB. ¿Y por mandado de él
venís a mí?

PED. Cabalmente.

EMB. Pero en mi mente no cabe...
sin tropezaros en mí,

¿cómo habéis entrado aquí?

PED. Por el ojo de la llave.

EMB. ¿Qué es esto, venís de mofa?

PED. ¿Unos muertos no esperáis?

¿Que se aparezcan dudáis,
pues, las gentes de esa estofa?

EMB. ¡Cómo!

PED. ¿No oísteis decir
que un muerto espíritu es

y no necesita pies,

ni por dónde, para ir

ni venir?

EMB. Mas no comprendo,
por Alá.

PED. Tened paciencia:
yo os explicaré mi ciencia,
y ya lo iréis comprendiendo.

(*Tiéndese don Pedro en un almohadón, y sigue diciendo en tono burlón.*)

Hay sabios tan pobrecitos
que tras cualquier embustero
se van hacia el matadero,
dóciles como cabritos.

Hay muertos tan infelices
que a pocas apariciones,
a tumbos y a tropezones
dan en tierra de narices:
y hay astrólogos tan rudos,
tan menguados adivinos,
que en lo que hace a sus destinos
sus horóscopos son mudos.

(*Hace el moro un movimiento de resistencia.*)

No resistáis, voto a tal,
que vengo muy bien armado,
y cogiéndoos descuidado
el combate no es igual.

Que sois he oído decir
un mago más que mediano:
tomad; aquí está mi mano,
(*Tiende la mano armada con guantelete.*)
decidme mi porvenir.

EMB. (Disimulemos, pardiez,
quién es hasta descifrar.)
Aunque era justo negar
respuesta a tanta altivez,
porque no ceda la ciencia
a la fuerza o la amenaza,
os disimulo la traza
de tan rápida exigencia.

PED. Ved que también adivino
soy, y a mi vez os diré
poco o mucho lo que sé
que os guarda vuestro destino.
EMB. Entonces esta molestia
nos podemos excusar.

PED. (Aún voy con él a cerrar
cómo quien caza esta bestia.)
¿Conque no sabéis decir,
ni mirando a lo pasado,

lo que ha sido de un soldado,
ni cuál es su porvenir?

EMB. (Dudando estoy.)

PED. Bien está;
pues reservado os guardáis,
fuerza es que de vos oigáis
lo que fué y lo que será.
Vos fuisteis Marcos Martín,
que en sus traidores afanes
servisteis a los Guzmanes,
y les vendisteis por fin.

La razón os la diré:
cuando un bastardo ser quiso
rey de Castilla, preciso
buscar un veneno fué.

EMB. ¡Cielos!

PED. Le aprontasteis vos.
Descubierto, con el oro
que hurtasteis, fuisteis al moro
y renegasteis de Dios.
Ayudando al rey Bermejo
en Granada a conspirar,
cuando rey se hizo llamar
os hizo de su consejo.

(*Un momento de pausa.*)

Te he dicho, Marcos Martín,
lo que ha sido tu pasado;
atiende ahora con cuidado,
que voy a hablar de tu fin.
O con la mía se acuerda
tu voluntad desde hoy,
o te juro por quién soy
que bailas en una cuerda.

EMB. (Rendirse sin pelear
fuera locura extremada.)

PED. (con altivez). ¿Qué dices?

EMB. No digo nada.

PED. ¿Eso es negar u otorgar?

EMB. (arrancando con indignación.)

¿Por quién me tomáis a mí,
mortal miserable y necio,
que viene a poner a precio
mis pareceres aquí?

¡Necio de mí, si mi ciencia
quien sois no me revelara!

PED. ¿Y es perspicacia tan rara
de tu ciencia o tu conciencia?

EMB. Vos, criado entre traidores,
traiciones doquier soñáis,

de las estrellas dudáis, de sabios y de doctores.

(Con tono de inspiración. Don Pedro trémulo de ira.)

Yo vine de mi señor, con mi ciencia poderosa, de vuestra nación leprosa médico y embajador.

¿Y de una historia indecente me hacéis el protagonista?

PED. (levantándose, dando una patada en el suelo).

¡Nuestra Señora me asista, y aún hablará el insolente!

Escucha, sabio doctor y embajador compasivo, voy a desollarte vivo

y a mandarte a tu señor.

¿Pensas que tengo tan flaca la memoria, o tan menguado el enojo, que irritado

mi cólera el tiempo aplaca?

Siervo apóstata, asesino mal comprado, vil ladrón, ¿piensas que es tu salvación

ese disfraz de adivino?

Despoja de esos trebejos.

(Arráncale de un tirón la capellina que le cubre todo.)

¡Padilla!

ESCENA VI

PADILLA y dos BALLESTEROS aparecen a la voz de DON PEDRO; mientras MARCOS no acierta a volver de su asombro, le asen, le despojan del turbante y demás útiles que han de servir para el disfraz de DON PEDRO, y le llevan.

PED. A ese embajador servirás de confesor; guárdale bien y no lejos.

ESCENA VII

DON PEDRO

¡Darán al mozo un juguete y alguna presa al león!

Por Dios que de diversión servirán al mozalbete.

(Hace lo que va diciendo.)

Cálome esta mantellina, coloco la luz de modo que en sombra quede yo todo, mientras el resto se ilumina abro, me cubro, me siento, y a adivinar me preparo; a fe mía que muy caro pagan mi entretenimiento.

ESCENA VIII

DON PEDRO, BLAS

BLAS. Éste es sin duda el doctor.

PED. ¿Quién va?

BLAS. Blas Pérez.

PED. ¡Por Cristo

que está al reclamo bien listol!

Diga, pues.

BLAS. (Dame pavor tan melancólica estancia.)

Es el caso... yo... (No sé cómo empezar.)

PED. (Siempre fué tan cobarde la ignorancia.)

¿En fin, qué quiere de mí,

Blas Pérez?

BLAS. Venganza quiero.

PED. ¿Y de quién?

BLAS. De vos la espero, pues me encaminan aquí.

PED. ¿Y qué es ello?

BLAS. Ello es, señor, que hace tres noches, en una lluviosa y negra, oportuna para el cobarde y traidor, mi padre...

PED. (interrumpiéndole). Bien, le mataron.

BLAS. Sí, murió a manos de un hombre... [bre...]

PED. Colmenares, sé su nombre...

BLAS. ¿El hecho, pues, os contaron?

PED. ¿Qué es mi saber en esencia si lo pasado no acierto?

BLAS. ¡Si le habrán dicho que ha los hombres y no su ciencia!) [muerto]

PED. Sea como quiera, adelante: un soldado te ayudó, y por él la ronda dió tras de ese hombre en el instante. A él te arrojaes audaz, mas te detuvo el soldado, que aún no era el tiempo llegado para tal temeridad.

BLAS. Todo lo sabéis sin duda, y puesto que a vos me enyan, está claro que sabían que me podéis dar ayuda:

PED. ¿No te la dió el tribunal?

BLAS. (con desprecio). Si Dios otra vez naciera,

y entre sus niñas cayera, pasáralo a fe muy mal.

PED. ¿No hay, pues, justicia en Sevilla?

BLAS. Fué mi padre zapatero.

PED. ¿Quién en la ley es primero?

BLAS. Los más ricos en Castilla.

PED. Mire el mozueto insolente

lo que dice antes de hablar.

BLAS. Ved si me habéis de vengar o me vuelvo.

PED. Blas, detente; ¿tan mal te trató la ley que así decidido estás?

BLAS. Y no me volviera atrás aunque atropellase al rey. ¡Oh! mataré a Colmenares

donde quiera que halle espacio, en la calle, o en palacio, aun al pie de los altares.

PED. ¡Impío!

BLAS. Seré imparcial: obraré con mi enemigo como el tribunal conmigo.

PED. ¿Pues cómo obró el tribunal?

BLAS. ¿Qué, no lo sabéis, señor? El tribunal por su oro le priva un año del coro,

que en vez de pena es favor.

PED. ¿Eso más?

BLAS. Conque es decir, que al cabo, por buena cuenta,

cobra como antes su renta, al coro sin asistir.

Ved, pues, si tengo razón; y si vuestra ciencia alcanza a mi padre a dar venganza, buscad presto la ocasión.

PED. ¡Fuego de Dios en el mozo y qué derecho se va

a su asunto! Bien está. Concédote sin rebozo

la razón; pues es tan clara; y pues por venganza vienes,

¿a que te ponga te avienes al matador cara a cara?

BLAS. ¿Que si me avengo? ¡Sí a fe!

PED. Mañana a palacio irás, con eso paso te harás. (Dale una seña.)

hasta donde alguien esté que te ponga en la ocasión.

BLAS. ¡Yo a palacio! Fuera yerro, y me echaran de él como a un perro

al saber mi condición.

PED. Si a tu padre has de vengar, tal orden has de cumplir.

BLAS. Con esto a palacio he de ir... ¿Y qué falta me hace entrar?

PED. Obedece a tu destino, que así dispone que muera,

porque si le matas fuera te ahorcarán por asesino.

BLAS. Vos queréisme hacer el bú, y puede ser... ¡vive el cielo!

PED. Obedece, rapazuelo, a quien sabe más que tú.

(Don Pedro se levanta y le pregunta con imperio.)

¿Diste a Diego sepultura?

BLAS. Se la di.

PED. ¿Y al otro?

BLAS. (asombrado). ¡Cómo!

¡Sabéis también...?

PED. Pies de plomo necesita esta aventura:

tenlos y no olvides, Blas, que quien con muertos pelea,

es muy posible que lea tus pensamientos, y más.

¿Con la bolsa del soldado enterrastes a los dos?

BLAS. La misma noche. (Por Dios, lo que esto no se lo han contado.)

PED. ¿Hablarán los que lo hicieron?

BLAS. Su oficio es sólo enterrar.

PED. La lengua, pues, se han de atar o sepultura se abrieron: mañana a palacio.

BLAS. Iré.

PED. ¿Me tienes más que decir?

BLAS. Nada más.

PED. Te puedes ir y hasta mañana.

BLAS. ¿Os veré?

PED. ¿No te prometió el soldado darte a Colmenares?

BLAS. Sí.

PED. Pues lo que él promete, a mí cumplir me está encomendado.

(Al despedirle.)

Y cree, Blas, al adivino: quien los misterios no calla de este cuarto, por él halla del otro mundo el camino.

BLAS. (Seguiré a fe su consejo, que todo este hombre lo sabe, y el negocio es harto grave, pues que se arriesga el pellejo.)

PED. ¿Qué aguarda?

BLAS. Yo más quisiera preguntar... mas tengo miedo.

PED. Vete, que en vengarte quedo.

BLAS. Mas decid...

PED. Váyase fuera.

ESCENA IX

DON PEDRO

Mató a Pérez Colmenares, y el crimen pagando en oro, privándole un año del corono. ¡Y matan a otros pelgares por robar un alfiler!

Bien... ¿La justicia atropella mi justicia? Haré con ella lo que ella acostumbra a hacer.

Alguien llega. ¿Quién va allá? (Vuelve a colocarse como al principio a la sombra de la lámpara.)

ESCENA X
DON PEDRO, ROBLEDO

ROB. Ánimas y embajadores. PED. (Aquí empiezan los traidores.)

¿Está todo?

ROB. Todo ya; sólo falta repartir

el oro que ha de pagar, los brazos que han de lidiar y armas con que han de reñir.

PED. Tomad, en ese bolsón lo necesario tenéis.

Las armas encontraréis en San Benito.

ROB. ¿No son los monjes del rey amigos?

PED. Que eso crean es muy bueno, que así estará el rey ajeno de haberlos por enemigos.

ROB. Eso, sí, podéis fijar seña y hora.

PED. Con prudencia meted gentes en la audiencia que mañana me han de dar.

ROB. Luego mañana... PED. Así es:

al oír el esquilón, sable en mano y al salón.

ROB. Allí muere a nuestros pies. PED. ¿Quién parecer le ha pedido?

ROB. ¿A un mismo fin coligados no estamos todos?

PED. ¿Pagados no habéis vosotros venido?

ROB. La canalla sí, yo no.

PED. ¿Qué prendas derecho os dan a ser más? ¿En dónde están las gentes que pagáis?

ROB. ¿Yo? Soldado valiente soy,

que arriesgo en esta partida si no mis doblas, mi vida.

PED. Por canalla, pues, os doy, que eso arriesga la canalla cuando a los palacios osa, y es que no tiene otra cosa que perder en la batalla.

ROB. ¡Vive Dios!
 PED. Calle y va bien,
 que pues en esta querella
 arriesga él tanto como ella,
 canalla será también.

ROB. Hombre soy...
 PED. ¡Por Satanás,
 he aquí lo que son soldaditos!
 Beben y riñen osados
 y no sirven para más.
 Robledo, llévate ese oro;
 las armas en San Benito,
 y mañana al primer grito
 en el salón junto al moro.

ROB. ¿Pensáis, pues, hereje vil,
 que, muchachos de una escuela,
 nos lleváis tan sin cautela
 como ovejas al redil?
 Iguales hemos de ser,
 pues lidiamos por igual;
 o vais a pasarlo mal,
 ¡por vida de Lucifer!
 Que no faltará quien, roto
 algún cabo de la rueda,
 romper el círculo pueda...

PED. (Si habla mucho le acogoto.)
 Digoos que iréis a palacio
 con vuestra gente pagada,
 y a la primer campanada,
 fuego; y no os andéis reacio,
 porque paga vuestro cuello.

ROB. Pues bien.
 (Don Pedro impaciente se levanta, y abandonando la mesa, tras de la que ha estado oculto su cuerpo toda la escena, vase hacia Robledo, mostrando por debajo de la capellina morisca, que le está corta, las piernas armadas de acicates y mallas, a usanza de los caballeros cristianos.)

PED. Eh, largo de aquí.
 ROB. (mirándole a los pies).
 ¡Santo Dios! ¿Calzan así
 los moros?

PED. (Topó con ello.)
 (Llévale don Pedro a la fuerza hasta la puerta, y dilece con voz siniestra:)

PED. Dicen que es por las pezuñas
 fácil con el diablo dar. (Muéstrale un pie.)

¡Ay si llegáis a contar
 que le habéis visto las uñas!
 (Le enseña una mano armada de guantelete
 y cierra la puerta dejándole fuera.)

ESCENA XI

DON PEDRO

Si le digo al fin quien soy,
 a darle muerte me obligo;
 mas si quien soy no le digo,
 todo lo descubre hoy.
 ¡Oh! harale prudente el miedo.
 ¡Padilla!

ESCENA XII

DON PEDRO, PADILLA

PED. Si a San Benito
 no va, por Cristo bendito
 que me prendáis a Robledo.

PAD. Han de recelar, señor,
 los demás de esa medida.

PED. Pues prométele la vida.

PAD. Dineros fueran mejor,
 que tal vez desesperado,
 si alcanza que ha de morir,
 se negará a consentir,
 a su partido obligado.

PED. Entonces poco me importa;
 si se niega le ahorcarás,
 y tras él a los demás.
 Así es la función más corta.

PAD. Si permitís que os pregunte
 sin desacato, señor,
 ¿no era eso mucho mejor?

PED. Mil gracias por el apunte.

PAD. Si os ofendí, perdonad.

PED. ¿No sabéis que ellos decían
 que al león entretendrían?

¿No se entretiene en verdad?

Dúrale la diversión
 mientras el hambre no le apura;

esto es, el juguete dura
 mientras hartó está el león.

PAD. Pero advertidos, de cierto
 tarde o temprano...

PED. Ya basta, Padilla; mientras se gasta mi juguete, me divierto.

PAD. Mas no perdáis la ocasión por un infantil capricho.

PED. Me divierto, y está dicho. Darles quiero una lección. Ya viste el vulgo necio que se agolpaba al umbral. ¿No merece, voto a tal, mi burla con mi desprecio? En pos viene del oráculo de un decantado adivino, y le usurpa ese asesino de la ciencia el tabernáculo. Contra su rey conjurados porque igual premia y castiga, en larga y secreta liga su alcázar minan osados. Al vulgo insensato admiran, y a pretexto de arte mágico, a un fin más sangriento y trágico con sus misterios conspiran.

Ahora bien, pues cazadores sin tiento, cuadrilla loca, de su cueva hasta la boca siguen al león vencedores, de sus peñas al abrigo saldrá el león de repente!

PAD. Mucho ese dicho insolente os picó.

PED. Padilla amigo, confiésolo, pues me obligas; los tigres, los elefantes provocan al león pujantes, mas le insultan las hormigas, ¡Oh!, pues, astuto y mañero todas por fin las junté, mañana las pisaré al cegar el hormiguero!

(Padilla se retira a una señal de don Pedro.)

ESCENA XIII

DON PEDRO vuelve a colocarse tras de la mesa, como antes, y sale TERESA con manto que le cubre el rostro.

TER. ¿Sois vos el sabio doctor que duelos del alma cura?

PED. No es mi ciencia tan segura que alcance a todo dolor. ¿Quién sois?

TER. Soy una mujer pobre, triste y desvalida, a este lugar impelida por sus cuitas.

PED. Puede ser que contenta no salgáis, pues siendo tan desdichada, la verdad no será nada propicia. ¿Cómo os llamáis?

TER. Mi nombre, ¿qué importa aquí? Sé que obedece la ciencia con lisonja a la opulencia, mas yo del vulgo nací.

(Deja en la mesa una moneda.) Sin embargo, esto es, señor, cuanto un pobre os puede dar; ved si eso puede comprar vuestra ciencia.

PED. No es valor que se paga con dinero: guardaos eso; decid lo que queréis, y advertid que en todo ayudaros quiero.

TER. Dos cosas que consultar tengo.

PED. Decid la primera.
TER. Saber en dónde, quisiera, a un soldado podré hallar.
PED. La segunda.

TER. El nombre oír del traidor que hace tres días mató a mi padre.

PED. ¿Tenías, antes del padre morir, sospecha de azar tan duro?

TER. Si lo hubiera sospechado, señor, le hubiera salvado.

PED. (¿Es ella? Aún no estoy seguro.) ¿Murió tu padre en la calle?

TER. Sí, señor.
PED. ¿A puñaladas?

TER. Sí, señor.
PED. ¿Eran pasadas las ánimas al matalle?

TER. Sí, señor.
PED. ¿De ello testigo

fué ese soldado a quien vas buscando?

TER. Así fué.

PED. ¿Quizás le amaste?

TER. Mostróse amigo de mi padre, y...

PED. Di a tu hermano que aquel que mañana vea

que en la audiencia real pasea depariendo mano a mano

con el rey, ese es el hombre... Y en cuanto a ese otro soldado

a quien buscas, ha mudado traje, condición y nombre.

TER. ¿Pero verle no podré?

PED. Y si el que buscas no es ya, ¿de qué hallarle te valdrá?

TER. Mis cuitas le contaré; mas fiaré a su cuidado,

y amante o compadecido, valiente sé que ha nacido,

y obrará como soldado.

PED. Mucha fe tienes en él.

TER. Le amo, y vengaráme al cabo, que le llaman Pedro el Bravo.

PED. Y también Pedro el Cruel.

TER. No será entre las mujeres donde use nombre tan fiero.

PED. ¿Tanto le quieres?

TER. Le quiero.

PED. Pues, Teresa, no le esperes; Pedro es un valiente, sí,

te vengará porque es justo; mas aunque oírlo sea susto,

no es ya Pedro para ti.

TER. Razón no alcanzo, señor.

PED. Hay entrambos largo trecho y es un mal que ya está hecho.

TER. Todo lo ignala el amor.

PED. ¡Imposible!

TER. Yo no digo que si es rico, noble, avaro,

mi amor me pague tan caro si con mi amor no le obligo.

Si (aunque pensarlo me pesa) con otra casado está,

el daño mortal será,

no para él, para Teresa.

No le humillará mi amor; si venga a mi padre y lava

mi afrenta, seré su esclava, porque él será mi señor.

Si a alguien con amarle ofendo, nadie me podrá estorbar

que pueda en silencio amar objeto que no pretendo.

PED. ¡Pobre muchacha! ¿Y si fuese Pedro un falso y un traidor?

TER. No conseguirá un error que por él no me interese;

aun si miente le amaré.

PED. ¿Y si es un vil, cuyo oficio te infama?

TER. Haré un sacrificio y su infamia partiré.

PED. Y si su conducta loca, con depravada intención,

a tu orgullo con razón, y a tu honor, Teresa, toca,

¿le amarás?

TER. Siempre; aunque triste lloraré mi desventura,

y no habrá fin mi amargura si es verdad.

PED. Tú lo dijiste; él sabía que hasta ti

no se podía bajar, y te enamoró a pesar.

¿Quieres aún buscarle?

TER. Sí.

La última vez verle quiero, y en nombre de aquel amor

voy a encomendar, señor, mi venganza a un caballero.

PED. ¡Sí, por Dios! Y no te engaña tu amor, que si te ha mentido,

te vengará arrepentido, que es quien es. (Mujer extraña!

Veamos.) ¿Antes tuviste que él otro amor?

TER. Le olvidé.

PED. ¿Quiérete aún?

TER. No lo sé.

PED. ¿Dice?

TER. Que sí.

PED. Mal hiciste.

TER. Mal hiciste.

paso en palacio te harán,
y hasta el rey te llevarán.

TER. ¡Al rey!

PED. A él debes llevarle;

Pedro Bravo estará allí;
háblale... y lleva contigo

al alcázar a ese amigo,
que anda perdido por tí.

TER. ¿Y qué relación?...?

PED. No dudes,

Teresa: ¿de qué en conciencia
me serviría la ciencia

a que confiada acudes,
si remedio no te hallara?

Ve a palacio y de contado
verás a Diego vengado,

y a Pedro Bravo la cara.
¿Quieres más?

TER. Si no temiera
que mi empeño...

PED. Di y concluye.

TER. ¿De mí Pedro Bravo huye
por desamor?

PED. ¡Necio fúeral!

Te quiere cada vez más;
pero sigue mis consejos:

ama a Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.

TER. ¡Me aterrás!

PED. Tú eres muy bella,
él es mozo, y aunque bueno,

su amor es bruto sin freno
que cuanto alcanza atropella.

Harto dije; vete, pues.

ESCENA XIV

DON PEDRO

¿Con su deshonra qué gané?

No quiero ser tan villano
con quien tan sincera es.

Casta y sencilla palabra
presa en las redes de amor,

que vayas libre es mejor
que cruel gavilán te coma.

Yo te vengaré de mí,
y al ver quien era y quien soy,

en que has de estimar estoy
por lo que soy lo que fui.

¿Quién va?

ESCENA XV

DON PEDRO; JUAN CORTACABEZAS, con
mandil y cuchillas al cinto

CORT. Juan Cortacabezas
con todos sus menesteres.

PED. ¡Voto a San Gill! ¿Y qué quieres?

CORT. Sabedor de mis proezas,
aquí me envió don Samuel,

para que hablara con vos;
conque bien sabréis los dos

para qué me envía él.

PED. (¿Quién es este zafio?) Oriéntame
de tus hazañas, y a ver

si me sirves.

CORT. Que saber
no hay mucho.

PED. Despacha, cuéntame.

CORT. Llámome Juan, soy de oficio
carnicero (o cortador,

si así os place), y tanto amor
le profeso a mi ejercicio,

que vendo al sol, y peleo
por la noche; y de este modo,

aunque igual no vale todo
siempre es igual el empleo.

PED. Entiendo; ¿conque es decir
que eres de esos que en Sevilla

pónen precio a una cuchilla
sin ir al rey a servir?

CORT. Ya ve usarcé, nunca falta
quien refunfuñe de todo.

PED. Pues ya se ve.

CORT. De ese modo
siempre a un buen hombre le asalta...

Pues... dan en decir algunos
que siempre mi calle a oscuras

está, y otras mil locuras
que a la fin...

PED. Toma. (*Dale un bolsillo.*)
CORT. ¿Hay aquí
precio...?

PED. De un hombre no más.
CORT. Bien vale, por Barrabás.

PED. ¿Te dijo el nombre Leví?
CORT. No.

PED. Pues mañana temprano
ve al alcázar, y qué hacer
te darán.

CORT. Ya empiezo a ver:
¡válgame Dios soberano!
Yo oí decir que hay quien piensa
que el rey... ¡oh, si fuera cierto!

(Don Pedro le echa una mirada de des-
precio, diciéndole con tono de ambigua
interpretación.)

PED. Juan, si tienes buen acierto
doblarán la recompensa.
Vete.

CORT. ¡Si supiera tall!

ESCENA XVI

DON PEDRO

¡Cortacabezas! ¡Buen nombre!
Mañana veré si a ese hombre
se le han dado bien o mal.

¡Padilla!

ESCENA XVII

DON PEDRO, PADILLA, después MARCOS
MARTÍN entre dos guardias

PED. Tráeme a ese mago.
(A Marcos.) Martín, pues tan mal empleas
tu ciencia, es fuerza que veas
los horóscopos que yo hago.

Ven acá: ese pergamino
has de escribir a Samuel,
y vas a fijar con él
bueno o malo tu destino.

Dile que oportuna ausencia
es del caso, que está todo
previsto, y que haga de modo
que estén todos en la audiencia.
(Marcos escribe. Don Pedro le mira con
escripulososa atención.)

Y ve que si un garabato
te veo hacer que no entienda,
tu vida tengo por prenda...
Escribe limpio, o te mato.
(Toma don Pedro el pergamino y lo exa-
mina detenidamente.)

Está bien; a una prisión
llevadle, y a la hora dada,
mañana irá su embajada
a dar al rey al salón.

(Asen los ballesteros a Marcos, que ha
quedado en pie junto a la mesa donde
escribió, y al pasarle por delante de don
Pedro, le dice éste.)

Si obedeces vivirás:
de otro modo tu torpeza
te costará la cabeza.
Padilla.

(Salen y Padilla vuelve a la voz de don
Pedro. Este cierra la puerta por donde
han entrado los que suponen venir de
la calle, y descorre el cerrojo de la del
fondo, que se supone dar a las habita-
ciones interiores de Samuel. Hecho esto
y puesto el pergamino en parte visible
de la mesa, vase hacia don Diego Gar-
cia de Padilla.)

ESCENA XVIII

DON PEDRO, PADILLA

PED. Con él irás;
que no hable ni al confesor,
y en cumpliendo su embajada,
en una caja cerrada
la cabeza a su señor.

PAD. ¿No le dijisteis?...
PED. Lo siento;

mas tener cuenta es preciso
del refrán con el aviso:
quien hace un cesto hará ciento.

ACTO CUARTO

PERSONAS

- DON PEDRO.
- DON JUAN DE COLMENARES.
- SAMUEL LEVÍ.
- BLAS PÉREZ.
- DON ALBAR PÉREZ DE GUZMÁN.
- UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA.
- EL CARDENAL, legado del Pontífice.
- ROBLEDO.
- JUAN CORTACABEZAS.
- DOÑA ALDONZA CORONEL.
- TERESA PÉREZ.
- CORTESANOS, PRELADOS, DIGNATARIOS ECCL

SIÁSTICOS Y CIVILES DE TODAS CATEGORÍAS.
ACOMPANAMIENTO DEL LEGADO Y DEL EM-
BAJADOR, BALLESTEROS DEL REY, CONJU-
RADOS Y PUEBLO.

La escena pasa en el alcázar de Sevilla.

PARTE PRIMERA

Galería corta con puerta en el fondo, en el alcázar
de Sevilla

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO, DOÑA ALDONZA

PED. ¡Eso dicen! vive Dios,
Aldonza, que no lo entienden.
Si aún nos queremos los dos,
bien lo veis, hermosa, vos.

ALD. Meter zizaña pretenden.

PED. Eso sí, y por mejor prueba
os voy a decir la nueva
con que me han venido a mf:
que Albar Pérez está aquí.

ALD. ¡Cuento!

PED. El aire se lo lleva.

¡Oh! Pero ved la perfidia
con que lo cuentan; añaden
que Lacerda ya no lidia
por el rey.

ALD. Dichos de envidia.

PED. Al menos mé lo persuaden;
mas no es eso todo aún:
os hacen de mancomún
con vuestro pobre marido,
que anda de celos perdido
fraguando el daño común.

ALD. ¡Pero vos no lo creeréis!

PED. ¿Yo? ¡Ni por pienso! Escuchad:
aún hay quien dice que habéis
vos bajado a la ciudad
a verle.

ALD. ¿Y vos?...

PED. Ya lo veis:
siempre en vuestros ojos preso,
perdido siempre de amor,
desprecio al vulgo sin seso,
y aun casi me agrado de eso
por confundirlos mejor.

ALD. Mas dejadme preguntaros:
¿qué se hace vuestra Padilla?

PED. Indicios me dais bien claros

de que ha podido enojaros;
mas ved que no está en Sevilla.

ALD. ¿No la volveréis a ver?

PED. Tuviérala por muy fea
tras de veros.

ALD. Vaisme a hacer
la más dichosa mujer.

PED. Eso mi amor os desea.

ALD. ¡Oh! Será mientras aliente
mi anhelo amaros, mi gusto

serviros, eternamente
ser vuestra... y murmure injusto
el populacho insolente.

Sois el sol con cuya lumbre,
con cuyos vivos reflejos
se goza la muchedumbre,
y envidia que el sol me alumbre
de cerca y a ella de lejos.

PED. Decís, Aldonza, muy bien:

os envidian porque os ven
junto al sol radiante estrella,
mas será fuerza que a ella
den culto a la par también.

¡Oh! Soy quien soy en Castilla,
y acatarán mis antojos;
que de no, fuera mancilla
para mí, luz de mis ojos,
amor mío.

ALD. ¿Y la Padilla?

PED. ¿Celos tenéis?

ALD. ¡Qué sé yo!
Mas al cabo...

PED. Eso acabó.

ALD. ¡La Padilla es tan hermosa!

PED. Sed con ella generosa,
yo la enamoré y me amó.
Perdonad, no os había visto
todavía, un error fué,
mas lo corregí bien listo;
la amaba, os vi y la dejé.

(Bien lo hacemos, ¡voto a Cristol!)

ALD. Mas entre el vulgo, señor,
corréis por algo inconstante.

PED. ¿Y no decíais, mi amor,
ha poco, que es ignorante
el vulgo y murmurador?

ALD. Quien bien quiere, bien sospecha.

PED. ¡Ehl! ¿quién hace caso alguno
de cuentos de su cosecha?

Sin ir más lejos, ved uno con que os quedaréis satisfecha.

¿Sabéis lo que ha sucedido con Colmenares?

ALD. Sí a fe.

PED. Dió la muerte a un atrevido que le amagó.

ALD. ¡Descreído!

PED. ¿Y sabéis qué dicen?

ALD. ¿Qué?

PED. Que le mató porque osado el bribón se había negado a no sé qué devaneos con su hija... Dichos tan feos inventa el vulgo menguado.

ALD. ¡(Cielos, qué luz!)

PED. ¿Qué decís?

ALD. Me horrorizo del supuesto.

PED. Lo mismo que yo sentís.

ALD. Él tan noble, tan modesto...

PED. (Un buen par os reunís.)

Mas ahora que hablamos de él, ¿sabéis que me hizo reír la sentencia? ¡Está al nivel de la ley de un rey tan cruel!

ALD. (¿Qué querrá este hombre decir?)

PED. El vulgo canalla es;

sobre él pesa la justicia; el rico, el noble, a sus pies la tiene.

ALD. El vulgo codicia

no más que sus doblas.

PED. ¡Pues!

Más ya le harán, vive Dios, ir de la nobleza en pos.

(Con la cuchilla en la mano degollando dos a dos tanto insolente villano.)

ALD. Sois justo, señor, en eso, que os acata la nobleza y os defiende.

PED. ¡Oh! lo confieso;

por ella asaz me interesó. (Como ella por mi cabeza.)

Mas veo allí a Colmenares; voy a celebrarle un rato sus aventuras y azares.

Y a fe que son singulares.

(Como para sí.) ¿Amagarle?... ¡Mentecato! Bien muerto está el que mató.

(Se echa a reír, observando la impresión que sus palabras hacen en doña Aldonza.)

Y luego... ¡brava quimeral!

¿Quién amores le colgó con aquella zapatera?

(Rte.) ¡Oh! voy a darle ahora yo gran zumba con su Teresa.

ALD. ¿Se llama así?

PED. Dicenlo.

Mas a vos ¿qué os interesa?

ALD. ¿A mí? Nada.

PED. Creí.

ALD. No;

tan sólo lo pregunté por la zumba.

PED. Bien está.

Adiós, mi amor.

ALD. Él os dé

compañía.

PED. (Me holgaré si a ambos el diablo os la da.)

(Vase don Pedro, y al llegar al jin del teatro se vuelve a mirar a doña Aldonza.)

ALD. ¡(Necio! ¡Así vive tranquilo y hoy agoniza tal vez!)

PED. (Se traga el anzuelo el pez sin ver que va atado al hilo.)

ESCENA II

DOÑA ALDONZA

Vete, que a la muerte vas.

¡Necios! De torpes placeres con una ilusión no más,

llevan a un hombre detrá, como a un perro, las mujeres.

¡Qué vale, sol de Castilla, tu atrevimiento y valor,

si a pesar de tu Padilla aquí a mis plantas te humilla

una sonrisa de amor! Mas caí en curiosidad;

¿si acaso será verdad y por otro amor me deja?

¡Oh, abriera la eternidad
a tan maldita parejal!

¡Y por quién! ¡Santa María!
¡Por una villana tall!

Grave el insulto sería,
y por Dios que merecía
castigo al delito igual.

¡Ay!... miseria, nada son
las cosas de nuestro ser:

¡qué inconstante el corazón
donde hierve una pasión,
donde alienta una mujer!

Me dejó y le aborrecí;
que le olvidaba creí;

y hoy que de otro amor recelos
tengo por él, ¡pesiamí!

que de don Juan tengo celos.
(*Guzmán asoma por un lado recatándose.*)

¿Mas qué es esto? Un encubierto
me acecha mal escondido

tras el postigo entreabierto:
se acerca... quién es no acierto.

ALB. Ella es. (*Saliendo.*)

ALD. ¡Cielos, mi marido!

ESCENA III

DOÑA ALDONZA, DON ALBAR PÉREZ

ALB. Os halló al fin, señora: ¿por qué
[huraña

os recatáis de mí? ¿Tenéisme miedo?

ALD. ¿Miedo, por qué?

ALB. Que preguntéis me extraña
lo que yo mismo preguntaros puedo.

Dime, Aldonza, ¿dó estás hace tres días
que ni día ni noche doy contigo?

ALD. ¿Qué era, Guzmán, lo que de mí
[querías

que así te afanas para dar conmigo?

ALB. ¿Qué quiero? ¿Qué el esposo con
[la esposa

tras larga ausencia y pesadumbres quiere?

¿Y qué quiere la alegre mariposa

en torno de la luz en donde muere?

Aquella noche misteriosa y triste
que te hallé con los nuestros en la cita,
¿dónde al salir con las tinieblas fuiste?

Si me niegas tu amor, ¿quién me le quita?
¿Qué haces en este alcázar?

ALD. ¿No lo sabes?

Soy la dama del rey.

ALB. ¡Voto a los cielos!

¿Y lo dices así?

ALD. ¿No era?...

ALB. No acabes,

o por Dios...

ALD. Voto va, tenáis celos.

ALB. ¡Si, celos, vive Dios! Negros, ho-
[rribles,

que me roen, Aldonza, las entrañas;

¡celos que están pidiendo irresistibles

sangrel

ALD. La habrá, Albar Pérez, no te en-
[gañas.

Habrá sangre ¡pardiez! y no muy lejos;

ten al fijar los pies mucho cuidado;

Guzmán, porque del sol a los reflejos

has de andar con la sangre deslumbrado.

Las losas estarán resbaladizas

esta tarde en palacio.

ALB. No hablo de eso:

hablaba de mi honor.

ALD. De sus cenizas

hoy ha de alzarse por su propio peso.

ALB. ¡Hoy se alzaré y le vendes!

ALD. Te engañaron.

Guzmán; tiempo ha que a réditos le puse.

Y hoy que a crecida cantidad llegaron,

justo será que los emplee y use.

ALB. Acabemos, Aldonza; me interesa

mi honor más que mi patria y que mi vida:

reine quien quiera, sobre tu honra pesa

mancha indeleble e incurable herida.

ALD. No lo entiendes.

ALB. El vulgo lo murmura.

ALD. Y el vulgo es necio.

ALB. Mas su lengua infama.

ALD. Lo que hoy tacha, mañana por
[ventura

lo aplaudirá, Guzmán.

ALB. Deja la llama

donde prendió su indeleznable huella,

y no vuelve la fama por la honra

que una vez marchitó.

ALD. No se atropella

tan fácil la virtud por la deshonra.

ALB. ¡Mientes, Aldonza, mientes! Aquí
¿no te he visto con él en amorosa
conversación?

ALD. Te ciega tu egoísmo,
Guzmán, y aún no conoces a tu esposa.

ALB. ¿Y en palacio no vives torpe-
mente con la infame Padilla comparada?

ALD. Y en palacio viviera eternamente
hasta salir cadáver o vengada.

ALB. Aún me querrás, por Dios, dorar
[tu afrenta.

ALD. Mala memoria tienes; ¿no has
[oído

una historia contar triste y sangrienta
de un Coronel que pereció vendido
por mandato del rey, y en una torre
a una mujer le dieron su cabeza?
Su sangre, Pérez, por mis venas corre;
llámome Coronel, ve mi torpeza.

ALB. ¡Cómo! Fraguaste tú...

ALD. ¡Sí, por mi vida!
No hubo estorbos que el paso me tuvieran,
familia y honra atropellé ofendida,
y nada me importó lo que dijeran.

Le esperé, le acosé con mi hermosura;
le sitíe con mis ojos, e insensato
cayó a mis pies, poniendo a su locura
precio que ha de pagar, y no barato.
Jáctase de mi amor, público lo hizo
por orgullo no más... ¡oh dura poco,
porque antes que le mude antojadizo,
pierde la vida por su orgullo loco.

ALB. ¡Y yo, Aldonza, contigo conspi-
[raba
por instinto también!

ALD. Basta; dejemos
que el tiempo llegue, que de andar no
[acaba:
fuerza es, Guzmán, que sospechar no de-
[mos.

ESCENA IV

DON ALBAR

Juzgué mal, vive Dios; bien ha pensado;
ella a su padre vengará altanera,

y del amor del rey iré vengado
cuando a las manos de su dama muera.

ESCENA V

DON ALBAR, DON PEDRO y DON JUAN
DE COLMENARES, cruzando por el fondo

PED. ¿Qué hombre es aquel, Colmena-
[res?

COLM. No le distingo a fe mía.

PED. ¡Voto a San Gil, juraría!...

COLM. ¡Guzmán! ¡Todos son azares!

PED. El rostro recata, ve
quién es; que sea quien sea,
no quiero que aquí me vea.

COLM. (Con eso le advertiré.)

PED. (Así les podré acechar
sin que ellos de ver lo ethen.)

COLM. Porque astutos no sospechen,
le procuraré apartar.

ESCENA VI

DON JUAN, DON ALBAR

ALB. ¡Oh, vive Dios! ¡Qué recuerdo!
Colmenares ¿no es aquel?

De cierto a saberlo... ¡ay de él!

JUAN. (Halagarle será cuerdo.)
Guzmán, ¿en palacio así
tan descuidado os estáis?

ALB. ¿Donde vos, don Juan, entráis
no me es dado entrar a mí?

JUAN. De la corte estáis proscrito.

ALB. ¿Y encausado no estáis vos?

JUAN. Es muy distinto, por Dios,
el vuestro de mi delito.

Si maté a quien me ofendía,
fué mi causa la mejor.

ALB. Si a mí me llaman traidor,
mañana será otro día.

JUAN. ¡Tanto fiáis de la suerte!

ALB. De mí a lo menos espero
que moriré caballero,
sea cuando quiera mi muerte.

JUAN. Eso he oído decir
de continuo a vuestra esposa.

ALB. Mujer es muy generosa.

JUAN. ¡Oh! Con vos hasta morir.
 ALB. ¡Bien conocéis su intención!
 JUAN. A su virtud me remito.
 ALB. ¿Sabéis si por tal la admito?
 JUAN. ¡Diablos de conversación!
 ¡Qué giro tomando val!
 ¿Podierais vos dudar de ella?
 Noble, generosa, bella,
 y bien casada.
 ALB. Quizá.
 JUAN. (¿Habla este hombre, o adivi-
 [na?])

Si no es más que una sospecha...
 ALB. (¡El mentecato! Imagina
 que el disimulo aprovecha.)
 Mas decidme, pues sabéis
 tanto vos de su hermosura,
 de su vida y virtud pura
 más enterarme podréis.
 JUAN. ¿Yo?
 ALB. Vos, sí.
 JUAN. ¡Qué extravagancia!

¿Su guarda, don Albar, soy?
 ALB. Que la guardo a probar voy,
 don Juan, a vuestra arrogancia.
 JUAN. Sospecháis tal vez...
 ALB. De vos.
 JUAN. ¿Por?
 ALB. Un no sé qué me han dicho.
 JUAN. Pase, si habláis de capricho.
 ALB. ¡De veras hablo, por Dios!

Pero estamos en palacio,
 y tal vez no muy seguros;
 venid abajo a los muros,
 y hablaremos más despacio.
 JUAN. No comprendo vuestro afán;
 mas os veo algo irritado
 contra mí, y tened cuidado
 que nací noble, Guzmán.

ALB. Vos lo decís, mas no basta.
 JUAN. ¿De mi sangre dudaréis?
 ALB. Sé, don Juan, que descendéis
 de ilustre y antigua casta;
 pero palabras cortemos,
 téngos a solas que hablar.
 JUAN. Creo poder contestar.
 ALB. Venid, pues, y lo veremos.
 JUAN. Más fácil...
 ALB. Os engañáis,

uno u otro ha de caer,
 y en soledad ha de ser:
 o morís o me mataís.
 JUAN. Será así, pero no ahora.
 ALB. ¿Por qué no?
 JUAN. Fuera locura
 no dar cima a otra aventura,
 y va llegando la hora.
 ALB. Pues...
 JUAN. Esta noche.
 ALB. Corriente.
 JUAN. Yo os buscaré.
 ALB. Yo os espero.
 JUAN. Adiós.
 ALB. Adiós.

JUAN. (Majadero,
 ¡de lo dicho se consiente!
 ¡Por una mujer ajena,
 y de quien cansado estoy!) (Vase riendo.)
 ALB. Curaré su ambición hoy
 con una estocada buena.

ESCENA VII

DON JUAN, DON ALBAR, TERESA

(Al salir don Juan da con Teresa, que
 va a entrar.)

TER. ¡Cielos!
 JUAN. ¡Teresa!
 TER. ¡Ay de mí!
 ALB. ¿Qué es eso?
 TER. (a don Albar). Si sois hidalgo
 y el honor tenéis en algo,
 sacadme, señor, de aquí.
 JUAN. (¡Qué diablos, cuánta aventura!)
 TER. Una hora ha que ando perdida
 por esta casa, traída
 a ella por mi desventura.
 JUAN. (a don Albar). Está loca.
 TER. (a don Juan). ¡Loca dije!
 ¡Sí, loca por ti, cruel!
 (A don Albar.) Guíadme vos lejos de él,
 señor.
 ALB. (Celos son de hijo.)
 ¿Quién es? (A don Juan.)
 JUAN. No sé.
 TER. ¡No lo sabel
 Monstruo, ¿y mi padre?

ALB. (¿Qué es esto?)
 TER. Hidalgo, sacadme presto,
 antes que el furor me acabe.
 ALB. ¿Pero qué buscas, quién eres?
 TER. Yo soy...
 JUAN (interrumpiéndole).
 Lleváosla, pues.
 (Aparece doña Aldonza, y Teresa se ampara de ella.)

TER. ¡Oh, señora, a vuestros pies
 favor!
 JUAN. (¡Ea, dos mujeres;
 se acabó!)

ESCENA VIII

DON JUAN, DON ALBAR, DOÑA ALDONZA,
 TERESA

TER. Por compasión
 llevadme lejos de ese hombre.
 Tiene de cordero el nombre,
 con entrañas de león.

ALD. ¿Quién, muchacha?

TER. Ese asesino.

ALD. ¿Eso más?... Don Juan, muy
 bien.

JUAN. (Nos pierde.)

ALD. Conmigo ven,
 niña. (¡Rostro peregrino!)

JUAN (a Aldonza).

Ved que su lengua imprudente
 os lleva al cadalso hoy.

ALD. Contenta al cadalso voy,
 que llevaré mucha gente.

¿Era por esto el afán
 de huir amante conmigo?

El mundo será testigo
 de mi venganza, don Juan.

JUAN. Ved...

ALD. Quitad, vil impostor.

ALB. (que les ha estado observando toda
 esta escena).

(Oh, sí, de cierto eso es.)
 Señor don Juan, salid, pues.

JUAN. Yo sé una interpretación;
 vamos.

ALB. (a doña Aldonza).
 Y vos... tened cuenta

que he de lavar de mi afrenta
 hasta el último borrón.

¿Me entendéis?
 JUAN (a don Albar). Y os diré...

ALB. Nada.
 Colmenares, lo sé todo.

JUAN. Don Albar, pues de ese modo...

ALB. No hay más lengua que la espada.
 (Salen.)

ESCENA IX

DOÑA ALDONZA, TERESA

ALD. Id con Dios; viven los cielos,
 ¿qué me importa de esa afrenta
 cuando no tengo más cuenta
 que con mi rabia y mis celos?
 ¿Te llamas Teresa?

TER. Sí.

ALD. ¿Quieres a ese hombre?

TER. Ya no.

ALD. ¿Le quisiste?

TER. Lo mandó

mi padre, y obedecí.

ALD. ¡Tu padre!

TER. Fueron hermanos

de leche y era un deber,

mas nunca le pude ver.

ALD. (¡Es ella y cayó en mis manos!)

(Robledo pasa pensativo por el fondo y se

para viéndolas.)

¿Quién te ha dirigido aquí?

TER. Señora...

ALD. Contesta, ¿quién?

TER. Un adivino.

ALD. Está bien;

adivino para mí.

Robledo, venid acá;

a esta mujer detenedme

mientras...

TER. ¡Dios mío, acorredme!

ROB. ¡Y en palacio!...

(Vase a volver Aldonza y se halla con

don Pedro.)

PED. ¿Quién va allá?

ALD. ¡Cielos!

ESCENA X

DICHOS: DON PEDRO

TER. Él es, Pedro Bravo.

(Se echa a su cuello.)

PED. ¡Teresa!

TER. ¡Oh! Tenme contigo.

PED. ¿Qué dices?

TER. Sálvame, digo.

ALD. *(De comprenderlo no acabo.)*

PED. Aldonza, ¿la conocéis?

ALD. ¿No me habíais dicho vos que de don Juan?

PED. No, por Dios, alucinado os habéis.

Dejadnos.

ALD. ¡Cómo! ¿Con ella?

PED. ¿No lo veis?

ALD. ¡Pérfido! Ahora.

PED. Idos a rezar, señora, y dejad a esta doncella.

ALD. No, don Pedro, aquí no os dejo sin que me expliquéis al cabo qué es eso de Pedro Bravo.

PED. Que os vayáis os aconsejo.

ALD. Pues satisfecha no estoy, no me he de mover de aquí, que he de saber pesiamí si al fin ofendida voy.

PED. Idos, y callad el pico, que yo a vuestro gabinete, os enviaré un ramillete de flores, y un abanico.

TER. ¿Os moáis?

PED. Si no os contenta, os enviaré mi rosario, y en él pondrá el emisario vuestra cabeza por cuenta.

ESCENA XI

DON PEDRO, TERESA

TER. ¡Pedro!... *(Tiernamente.)*PED. No olvidéis de hoy más de aquel sabio los consejos: *«Amá a Pedro desde lejos, no se lo digas jamás.»*

TER. ¡Aún me privaréis!...

PED. Silencio;

Teresa; viniste aquí a buscar venganza a pedir de mi: ven a ver cómo sentencio. Si te ultrajó Pedro Bravo, don Pedro te satisface; pues por lo que a lo de antes hace, aquí empiezo y aquí acabo.

TER. Señor, quien quier que seáis, que aun comprenderos no puedo, para quien en nada quedo, pues do empezáis acabáis. Vuestra palabra os levanto, pues que vais de mala gana, que me creo asaz villana para obligaros a tanto.

PED. Ve recta por tu camino, muchacha, y confía en Dios; vas de la venganza en pos, y es vengarte tu destino.

ESCENA XII

DON PEDRO toma de la mano a TERESA, que le sigue en silencio; al salir por el fondo se hallan cara a cara con DON ALBAR, que va a entrar; él y DON PEDRO se recatan uno de otro.

ALB. Razón tiene, esperaré a la noche; mas ¿quién va?

PED. ¿Quién es éste?

ALB. *(¿Quién será?)*No ha de verme. *(Le verá.)*

PED. ¿Qué significa en palacio un encubierto?

ALB. O voy mal, o a un embozado es igual.

PED. ¡Tercó sois!

ALB. Y vos reacio.

PED. ¿Vais a entrar?

ALB. ¿Vais a salir?

PED. Por sobre vos, según veo.

ALB. Que entraré lo mismo creo.

PED. *(Conocle, vive Dios.)*

ALB. Pues a uno y otro interesa salir y entrar sin ser visto.

ved lo que hacen ¡vive Cristo!
dos cuervos con una presa.

PED. ¿Con retóricas andáis?
Chistoso estáis, por mi vida.
Entrad, pues; mas la salida
mirad por dónde la halláis.
Y pues sabéis comparar
con las fieras a la gente,
andaréis, Guzmán, prudente
un consejo en escuchar.
(*Le lleva aparte. Robledo está al fin de la
galería mirando la escena.*)

PED. (*a don Albar*).
El cuervo cuanto más negro
fortuna más negra augura.
(*Se desemboza y se muestra vestido de
malla.*)
Que hay cuervo es cosa segura.
ALB. ¡Cielos! (*Conociéndale.*)
PED. ¿Le yisteis? Me alegro.
(*Vuelve a embozarse con la mayor indife-
rencia, y vase con Teresa. Robledo baja
a la escena poco a poco.*)

ESCENA XIII

DON ALBAR, ROBLEDO

ALB. ¡La voz del de la otra noche,
San Dionís! Y en los secretos
de nuestras gentes hablaba
como en sus negocios mismos.
Él es, no me queda duda;
todo lo adivino a un tiempo:
de la muchacha el galán,
de doña Aldonza el cortejo,
de Guzmán el enemigo
y de todos el infierno.
¡Oh! Todo me sobra ahora;
valor, honra, vida y celos.
ROB. Don Albar, dadme la mano.
ALB. ¿Despedida es?
ROB. Para lejos.
ALB. ¿Dónde os vais?
ROB. Do iremos todos:
en la plaza nos veremos.
ALB. ¿Despedido estáis?
ROB. Lo estamos.
ALB. ¿Tanto como yo, Robledo?

ROB. He visto al diablo las uñas.
ALB. ¡Y yo las alas al cuervo!

PARTE SEGUNDA

Salón de embajadores en el alcázar de Sevilla: tro-
no, dosel y aparato de magnificencia real. Puerta
en el fondo, cerrada, y secretas a los lados.

ESCENA XIV

PADILLA, que está en la escena; DON PE-
DRO Y TERESA, que entran

PED. ¿Está?
PAD. Todo.
PED. ¿Y el muchacho?
PAD. Ya espera.
PED. ¿Sabe el papel?
PAD. Ojalá todos como él.
PED. ¿Cumplirá, pues?
PAD. Sin empacho,
que trae brío.

PED. Bien está;
guarda a esa muchacha bien,
y que en el salón estén
cuando vuelva, todos ya.
Teresa, sigue a ese hidalgo;
y pues invocas la ley,
él te llevará hasta el rey,
que te hará justicia en algo,
(*Aparte a Padilla.*)

Prendedme aquella mujer;
Guzmán que por pies no tome;
y el que en palacio hoy asome,
a salir no ha de volver. (*Vase.*)

ESCENA XV

PADILLA introduce a TERESA por una
puertecilla, por la que él se va después
de abrir las puertas del fondo a su
tiempo.

PAD. Venid y esperad aquí.
TER. ¿Dónde me lleváis, señor?
PAD. Vos os lo sabréis mejor:
callar me mandan a mí.

ESCENA XVI.

PADILLA abre as puertas del fondo, que dan a una magnífica antesala llena de Cortesanos que se reparten por la escena. Entre ellos vienen SAMUEL LEVÍ, ROBLEDO, COLMENARES y los demás CONJURADOS: PRELADOS, MILITARES y DIGNIDADES de todas categorías. En un grupo SAMUEL y otros CONJURADOS.

UNO. ¿Llegó la ocasión?

SAM. Llegó.

OTRO. ¿Y el moro?

SAM. Respondo de él.

PRIMERO. ¿Mas no decís?...?

SAM. Será fiel.

SEG. ¿Razón hay?

SAM. Me la sé yo.

NO HA UN HORA que recibí un segundo pergamino: todo irá por su camino.

OTRO. ¿Colmenares?

SAM. Vedle allí.

(Vuelven a mirarle.)

PRIM. ¿Y entraron los de Guzmán?

SAM. Es nuestra toda Sevilla: no hay temor, tendrá Castilla un rey mejor.

SEG. Por tal le dan.
(En otro grupo Colmenares y otros.)

JUAN. ¿Habéis esparcido bien por el vulgo mi noticia?

UNO. Todos dicen que es justicia

JUAN. ¿Y habrá tumulto?

OTRO. También.

JUAN. ¡Oh! Es obra de religión la del Papa.

PRIM. Sí en verdad; pero el pueblo en realidad no merece excomunión.

(Los maceros anuncian al rey, que sale por una puerta lateral embozado como siempre.)

MACEROS. El rey.

ESCENA XVII.

DICHOS; DON PEDRO, a cuya salida doblan todos la rodilla.

PED. Alzaos, vasaallos!

UN CONJ. ¡Qué orgullo!

PED. Vengan a mí

Colmenares y Leví.

UN CONJ. (Así pide los caballos.)

PED. Samuel, en los labios veo que las palabras te bullen; y palabras que se engullen, se indigestan, según creo.

JUAN. Señor, vuestros nobles son los que presentes están.

PED. ¡Holal Os entiendo, don Juan. Es mi capa la ocasión de la advertencia. ¿Fs decir que esa ilustrísima grey necesita ver si el rey es curioso en el vestir?

Quitadme esa capa, pues.
(Lo hace don Juan, y aparece armado, a cuya vista se alza en la escena murmullo de descontento.)

ALGUNOS. ¡A la audiencia viene armado!

[do!]
PED. Este es traje de soldado, y el rey un soldado es.

(Óyese un ruido fuera y gente que arma tumulto por el fondo.)

PED. ¿Qué es eso?

JUAN. Es que la canalla se agolpa a veros aquí.

PED. ¿La canalla a verme a mí? Que entre, pues.

JUAN. Mirad la valla, señor, que de la nobleza justamente la divide:

PED. ¿Para quien justicia pide es estorbo la pobreza?

¿Creéis, don Juan, que me asombra esa muchadumbre acaso,

o tema a su toscos paso que me estropee una alfombra?

Que entre mi pueblo en mi casa.

(Llénase la escena de gente de todas condiciones.)

Rey soy de toda Castilla
y no ha de haber en Sevilla
para hablar con el rey tasa.
Que vea mi pueblo entero,
hoj que embajadas recibo,
quién es su rey. Por Dios vivo,
que lo vean, eso quiero.

UN NOBLE. (Con la turba nos confunde
el insolente.)

OTRO. (¡Habrà mengual!)

OTRO (a los dos).

(Hable el hierro por la lengua
y esa alta torre se hunde.)

PED. Que entren los embajadores
que espero.

(Ábrese una puerta lateral, y aparecen el
legado del pontifice y el embajador del
rey de Granada, disputándose la entra-
da, ceccados de sus respectivos acompa-
ñamientos.)

ESCENA XVIII

DICHOS, el LEGADO y el MORO

MORO. Antes he de ser.

LEG. ¡La Iglesia a un infiel ceder!

PED. ¡Voto a...! ¿Qué es esto, señores?

Entrad los dos a la par,
que aunque a un tiempo habléis los dos,
palabras tengo, por Dios,
con que a los dos contestar.

UNO. (¡Descreído!)

OTRO. (Así se hará
enemigo a toda Europa.)

SAM. (a don Juan). (Esto marcha.)

JUAN (a Samuel). (Viento en popa.)

PED. Vamos a ver: ¿habláis ya?

MORO (a un tiempo). Gran señor...

LEG. (idem). Rey de Castilla...

PED. (al Moro).

Que hablaras tú, fuera justo;
mas demos al papa gusto,
que al cabo tiene su honrilla.

UN CONJ. (a Samuel).

(Ved, todo sale adelante.)

SAM. (Mirad por todo el salón
nuestras gentes en montón.)

EL CONJ. (Y el moro que fué constante.)

LEG. Rey de Castilla, yo en nombre
del Pontifice romano,
y él en el del soberano
Dios, que expiró por el hombre,
te decimos: que teniendo
tus pecados y delitos
en número de infinitos
y tu pertinacia viendo;
viendo las continuas guerras,
escándalo y mortandad
con que tiene tu impiedad,
tiranizadas sus tierras;
te requerimos de hoy más,
que retiradas tus gentes
de Aragón, allí no intentes
derecho alguno jamás.

Y si por tenaz capricho
no desistes de tu afán,
tus reinos por ello van
a sufrir un entredicho.

Rey don Pedro, tales son
mis encargos; si Castilla
hoy al Papa no se humilla,
caerá en ti su excomunion.

CORTES. (¡Qué escándalo! ¡Excomulga-
la nación sólo por él.)

OTRO. (¡Tiene ese monstruo cruel
toda la tierra indignada!)

PED. (al legado). ¿Acabasteis?
Acabé.

PED. Pues ahora me toca a mí:
lo que hoy os respondo aquí,
diréis a Roma.

LEG. Eso hará.

PED. Puesto que el rey de Aragón
conmigo lidió esta guerra,
y solamente a mi tierra
alcanza su excomunion,
o por ello su eminencia,
nos excomulga a los dos,
o le cuelgo ¡voto a Dios!
a la puerta de la audiencia.
Si Roma no sabe leyes,
yo meteré en esa villa
diez mil lanzas de Castilla,
y verá quién son sus reyes.

LEG. ¿Eso más?

PED. No me replique:
o parte para Aragón.

a doblar la excomuni6n,
o a mi enojo roto el dique,
envíe en un saco a Roma
su cabeza, y echo al río,
Cardenal, el tronco frío
a que al agua se lo coma.
Salid.

LEG. En Roma diré...

PED. Decid cuanto os dé la gana;
mas si aquí os hallo mañana,
mala embajada os daré.

ALGUNOS. (¿Qué es esto?)

ESCENA XIX

DICHOS, *excepto el LEGADO*

PED. (a la multitud).
Y murmullos fuera.

Si hay a quien escandalice
lo que con ese hombre hice,
vaya con él donde quiera.

(Al moro.) Habla.

MORO. Gran señor, un rey
que allá en el Genil habita,
vuestra amistad solicita
aunque en enemiga ley.

De joyas corto presente

(Muestra los regalos, telas, etc.)
os hace; admitid, señor,
esta ofrenda hecha al valor
por un enemigo ausente.

PED. (sin hacer caso de Marcos Martín).
Colmenares, ven acá,
departamos, que es mejor
que oír a ese embasador,
que a fe que pesado está.

MORO. ¿Me oís, señor?

PED. Sí, decid,
os entiendo bien, amigo.

¿Sabéis, don Juan, lo que digo?

JUAN. ¿Qué, señor?

PED. Que es muy feliz
el fallo del tribunal
en tu causa.

JUAN. Sí, pardiez;
me insultó con altivez,
y allí le maté. ¿Hice mal?

PED. Y si fué, te lo perdono;
pero no falta quien quiera,
don Juan, que el que mata, muera.

JUAN. Mi honor tengo yo en mi abono,
señor.

MORO (al rey).
Que os hablo en el nombre
del rey mi señor.

PED. Ya escuchó;
seguid, seguid.

CORTES. (Esto es mucho.)

PED. (a don Juan).
Cuenta, don Juan, que es muy hombre
quien lo intenta, aunque rapaz,
y que hay justicia... A esa puerta
llamaron; mirad quien es,
Colmenares.

SAM. (¿Tiempo, pues!)

CONJ. (a otros). (Amigos, estad alerta.)

ESCENA XX

Un momento de silencio.— Cuando COLMENARES llega a la puerta que DON PEDRO le señala, suena el esquillon de palacio, y abriéndose la puerta de repente, DON JUAN se halla frente a BLAS, que le da de puñaladas. TERESA, que sale tras él, queda horrorizada en medio de la escena.— Los CONJURADOS dan en la confusión el grito convenido, y se van hacia el rey, a cuyos lados estarán ya PADILLA y los BALLESTEROS REALES con las lanzas y arcos tendidos. PADILLA ceba en los hombros de DON PEDRO el manto real, y tomando éste de un doncel su capacete ceñido con la corona de oro, se planta en medio de la escena, apoyado en aquella patesana con puño de bastón, que dicen que usó en algún tiempo.

CONJ. ¡Castilla por don Enrique!

PED. ¡Castilla por Pedró el Cruel!

(Retroceden.)

Eso de hoy más verá en él,
pues rompió Castilla el dique.

Pues resiste el blando yugo
de mi igual y justa ley.

dujará al veria su rey, como han de cam...
 si es su rey o su verdugo...
 (A Juan Cortacabzas, que ha estado entre

Acá; toma esa invención
 con mi sello y mi cuchilla;
 y a preguntar ve a Sevilla;
 si es mi hacha o mi bastón.
 Verdugo real te nombro
 toda la ciudad pasea,
 y que mi pueblo te vea
 por doquier con eso al hombro.

PAD. Señor, ¿qué será mañana
 de ese furor la memoria?

PED. Padilla; dirá la historia
 lo que la diere la gana;
 mas si piensan sin rebozo
 esos avaros monarcas
 partir mi reino y mis arcas
 porque me ven rey tan mozo,
 yo haré que mi reino quede
 con honra como español,
 y haré ver que sólo el sol
 tenerle debajo puede.

PAD. Señor, que veáis justo es
 que las naciones enteras
 tremolarán sus banderas
 contra vos.

PED. (con fiereza). Que vengan, pues.
 Yo haré tragar a Aragón,
 a Roma, a Navarra y Francia,
 a los unos su arrogancia,
 y a la otra su excomuni6n.
 Vasallos, el soberano
 que oye, ve, juzga y sentencia,
 abierta tiene su audiencia
 para el noble y el villano.
 Que si cruel tengo de ser,
 preciso será primero
 que me apreciéis justiciero
 para saberme temer.

(Se sienta en el trono.)

Samuel, ¿conoces a ese hombre?

(Al verdugo.)

SAM. (temblando). Yo, señor...
 PED. ¿No le escogiste
 para un muerto que aún existe
 y de quien callaste el nombre?

SAM. Señor...

PED. (al verdugo). Tu ración es esa;
 llévatela y no hay perdón
 Samuel, hallaste al león,
 y es fuerza echarle una presa.

(Se lo llevan.)

Ballesteros, el camino
 sabéis, y os los he marcado;
 llevad los que os he contado
 cada cual a su destino.

ESCENA XXI

A una seña de DON PEDRO se apoderan
 sus soldados de todos los conjurados, y
 del embañador MARCOS MARTÍN, etc.

PED. Rapaz, acércate aquí. (A Blas.)
 ¿Mataste a ese hombre?

BLAS. Piedad,
 señor, sabéis la verdad.

PED. Díselo a todos, no a mí.

BLAS. Mató a mi padre, señor,
 y el tribunal por su oro
 privole un año del coro,
 que en vez de pena es favor.

PED. ¿Lo oís? Así el tribunal
 a un asesino juzgó.

Sentencia, pues, daré yo
 para el vengador igual.
 ¿Qué es tu oficio?

BLAS. Zapatero.

PED. No han de decir, vive Dios,
 que a ninguno de los dos
 en mi justicia prefiero.
 Pesando ambos desacatos,
 si en un año cumplía el
 con no rezar, cumples fiel
 no haciendo en otro zapatos.

Teresa, está ya demás (A Teresa.)
 repetirte mis consejos:
 «Áma a Pedro desde lejos,
 no se lo digas jamás.»
 Puedes marido elegir,
 que al cabo es mucho mejor
 morir pobre y con honor,
 que dama del rey vivir.

TER. A vuestras plantas postrada,
 señor, de mi orgullo loco
 pidoos perdón.

PED. (a Teresa). Mal es poco.
Vete, que vas perdonada.

(A los que quedan en la escena.)

Vosotros, canalla vil,
turba cobarde e ingrata,
que conspiráis de reata
en muchedumbre servil,
id; por necios os perdono;
id de mi reino, insensatos,
que no quiero mentecatos
en derredor de mi trono.
¡Fuera!

ESCENA XXII

DON PEDRO, PADILLA

PED. Traedme, Padilla,
de paso esos dos menguados,

que han de caminar atados
como perros en trailla.

que han de caminar atados
como perros en trailla.

que han de caminar atados
como perros en trailla.

ESCENA ÚLTIMA

DON PEDRO, PADILLA, DON ALBAR,
DOÑA ALDONZA

PED. Ahí tenéis vuestra mujer;
si no os da mengua tenella,
podéis aún vivir con ella,
si no un convento escoger;
mas tened cuenta, Guzmán,
si en mis reinos os encuentro,
dos horcas frontera adentro,
desde hoy os aguardarán;
que mientras pueda mi ley
sonar por ambas Castillas
la han de escuchar de rodillas
desde el zapatero al rey.

Un momento de silencio.

EL ZAPATERO Y EL REY

(SEGUNDA PARTE)

DRAMA EN CUATRO ACTOS 8

ACTO PRIMERO

Quinta de un solo piso de Juan Pascual, colocada de manera que el espectador vea uno de los aposentos de frente. En este aposento y a la derecha, una alacoba cerrada con cortinas; en el fondo una puerta que da al exterior, y a la izquierda, una ventana que da al campo. Este figura un valle frondoso a la falda de un montecillo; terreno montañoso. Es de noche.

PERSONAS

- EL REY DON PEDRO.
- EL INFANTE DON ENRIQUE.
- EL CAPITAN BLAS PÉREZ.
- JUAN PASCUAL.
- INÉS.
- JUANA.
- ENMASCARADOS, CAZADORES Y MONTEROS.

ESCENA PRIMERA

JUAN PASCUAL, INÉS

INÉS. ¿Vais a salir, padre?

PASC. Sí.

INÉS. ¿Y amenazando tormenta?

PASC. Tomada la tengo en cuenta, mas no voy lejos de aquí.

Tardará mucho a mi ver todavía en estallar, y aun ha de darme lugar para salir y volver.

INÉS. Si tenéis tal precisión no me opongo a que salgáis, mas con mi gusto no vais.

PASC. No alcanzo por qué razón. Un hombre al campo avezado y en sus fatigas curtido no ha de verse detenido por un pequeño nublado.

INÉS. No es mi recelo mayor ese nublado.

PASC. ¿Qué es, pues?

INÉS. Hace dos noches o tres que corre cierto rumor...

PASC. ¡Por mi vida! Y tú también das crédito a esas cosas de muchachos y de viejas?

INÉS. Yo, padre...

PASC. Basta; manten,

Inés, la puerta cerrada: llama al punto a tu doncella, y en tu aposento con ella dormid, y no temáis nada. ¿Lo oyes?

INÉS. Si, señor.

PASC. Pues ve,
y advierte que esto resuelvo,
Inés, porque pronto vuelvo
y no quiero hallarte en pie.

INÉS. Seréis, padre, obedecido.

PASC. Así es fuerza que lo hagáis;
y aunque en el bosque sintáis
o dentro de casa ruido,
ni os levantéis a escuchar,
ni a mirar os asoméis,
porque es fácil que lleguéis
a ensordecer y a cegar.

(Vase.)

ESCENA II

INÉS: luego JUANA

INÉS. ¿Connigo tanto desvío
mi padre, y tanto misterio?
¿Tan franco antes y hoy tan serio?

No sé qué piense, Dios mío.

Mas obedézcole y callo;

¿Juana?

JUANA. Señora!

INÉS. Al momento
vámonos a mi aposento;

JUANA. ¿Tan pronto?

INÉS. En verdad que no hallo
de esto en padre la razón;

Mas él, Juana, así lo quiso,
y obedecer es preciso;

JUANA. ¡Si aún las ánimas no son!
Y a más de eso, ¿olvidáis que hoy

es lunes y el capitán
enamorado y galán

vendrá?...
INÉS. Temiéndolo estoy;

que está mi padre en el bosque
y si con él se tropieza...

JUANA. ¡Vaya! Con tanta tibieza
le vais a hacer que se amosque.

Él viene desde Sevilla
a escape, por solo hablaros,

y vos hacéis mil reparos
para abrir una trampilla,

por la cual como una monja
juráisle amor y constancia;

que él convertirá en sustancia;

mas a hablaros sin lisonja,
no es empresa muy galana
correr posta entre dos luces,
para pegarse de bruces
hora y media a una ventana.

INÉS. No sé qué más pueda hacer
si de mi padre a disgusto...

JUANA. Y ¿qué tiene ese hombre adusto
con vuestras cosas que ver?

Cualquiera doncella honrada
es hija del padre Adán,

y no es cosa un capitán
para ser desperdiciada.

Cualquiera noble castellano
que a una mujer se dirija,

puede darle una sortija,
puede besarla una mano.

De día encontrarla puede,
si con tiento se le avisa,

en baile, en paseo, en misa,
sin que por liviana quede.

Y a un hombre de quien se admiten
palabras de amor sinceras,

libertades tan ligeras
sin desdoro se permiten.

Vos nada le concedéis
a ese pobre capitán,

que viene muerto de añan
tan solo porque le deis

a través de esa ventana
una esperanza perdida,

que alarga a su amor la vida
hasta que vuelve mañana.

INÉS. ¡Ay Juana! Bien sabe Dios
que amo a ese hombre cuanto puedo,
mas tengo a mi padre miedo.

JUANA. ¿Se ha de casar él por vos?
Y en fin, ¿qué puede decir?

Es un bravo militar

que por vos puede mirar
y defendiéndose morir.

Vuestro padre...

INÉS. Calla, calla...

Con mi padre ha puesto el cielo
entre mí y el mundo un velo,

y ante ese hombre una muralla.
Muchas veces, ¡ay de mí!,

me ha dicho: ¡Inés, si la suerte
se inclina a favorecerte,

gran precio tienes en ti; mas si, como ahora sospecho, mantiene igual la balanza, Inés, tu sola esperanza viene a ser un claustro estrecho.

JUANA. ¿Un claustro? ¡Vaya! Chochees de gente fría de seso. Mi padre me ha dicho a mí eso lo menos sesenta veces. Mas oíd.

(Tocan las campanas a las ánimas.)

INÉS. ¿Tocan?

JUANA. Sin duda. Las ánimas dando están.

INÉS. ¡Dios quiera que el capitán hoy a la cita no acuda! (Baja el capitán por las peñas y se acerca a la ventana.)

JUANA. Estar segura podéis de que no tardará mucho. (Llama.)

INÉS. Pero ¡Dios mío! ¿qué escucho? Su señal es esa.

JUANA. ¿Lo veis?

INÉS. ¡No abras, por Dios!

JUANA. ¿Y ha de estar de la ventana por fuera?

INÉS. ¿Y si mi padre viniera?

JUANA. Más pronto le ha de encontrar si le dais ese plantón.

INÉS. ¡Ah! Dile, pues, que se ausente.

JUANA. El consejo es excelente. Preguntará la razón,

y el tiempo que ha de pasar en respuestas y preguntas,

sabiéndole atar las puntas puede mucho aprovechar.

Salid a escucharle vos, y yo desde otra ventana acecharé.

INÉS. ¡Tente, Juana!

JUANA. Reacia estáis, vive Dios, ¿capitán?

(Se asoma y habla al capitán.)

CAP. ¿Juana?

JUANA. Yo soy.

Andad en pláticas breves, que volver el padre debe que salió. A velaros voy.

(A Inés.) Ahora vos; y por mi vida

no os andéis en miramientos, y aprovechad los momentos, que yo estaré prevenida.

ESCENA III

INÉS, dentro de la ventana; el CAPITÁN, fuera

INÉS. ¿Capitán?

CAP. ¿Inés?

INÉS. ¿Sois vos?

CAP. Sí, yo soy, luz de mis ojos.

INÉS. Veros aquí me da enojos.

CAP. ¿Tanto me odiáis?

INÉS. No por Dios.

Capitán, yo os quiero bien: más de lo que debo acaso; mas me temo algún fracaso si por desventura os ven.

CAP. Espada traigo conmigo

y en mi amor pongo tal fe, que si que estáis cerca se en cualquier trance me obligo...

INÉS. Callad, por Dios, capitán;

si mi padre llega a veros...

CAP. Fiad que no he de ofenderos en las canas de don Juan.

Si llega a verme, mi nombre sin empacho le diré,

que os amo con mucha fe.

INÉS. Quien quier que seáis, sois hombre

y ha de ofenderse al miraros. CAP. Pues ¿qué puede hallar en mí para que se ofenda así?

INÉS. ¡Plegue a Dios no llegue a ha-

Y no más me preguntéis, quereros en mí es locura.

CAP. Señora, me estremecéis!

¿Tal vez prometida a otro estáis por él?

INÉS. No, en verdad; mas no tengo voluntad que ofreceros.

CAP. En un potro de vuestras palabras me ponen.

¿Casada estáis?

INÉS. No, capitán. De haciendas, o de familia contiendas a vuestro enlace se oponen? Hablad, que en la corte tengo con el rey tanto favor, que lo que os plazca mejor puedo hacer si le prevengo.

INÉS. No, capitán, que es tan rara la fortuna que me espera, que en ella nunca quisiera que nadie se interesara. Secretos ¡ay! que jamás se aclaran un solo instante, me yedan mirar adelante, me ciegan si miro atrás. Mi padre no siempre ha sido lo que ser hoy aparenta, y yo con él por mi cuenta graves riesgos he corrido.

Ya moza de una posada, y ya aldeana grosera, viví de poblados fuera siempre oculta y olvidada. Una vez de este misterio le he demandado razón, y aún tiembla mi corazón al recordar el imperio con que «en la vida, me dijo, por tu porvenir demandes, que tus destinos son grandes, mas varios, según colijo.

Espera, y ruégale a Dios que lleven igual camino tu destino y mi destino, a quien otro lleva en pos.

Sí, capitán; otro día que puesta en una ventana veía la gente aldeana que en bailar se divertía, con voz siniestra, y con ojo torvo y escudriñador, díjome: «Huye del amor, que es de zarzas un manojó. Y el que más bello imaginas en tu amante sencillez, sólo ha de serte tal vez una coyunda de espinas.»

Un hombre en una ocasión que con mi padre trataba, notó éste que me miraba con demasiada atención; y aunque empeñado en su suerte corría en su misma causa, le dijo, haciendo una pausa: «amarla es ir a la muerte.»

De entonces todo su anhelo fué a todo el mundo ocultarme, y a nadie puedo mostrarme sino debajo de un velo. Esto baste, capitán, y sírvaos esto de aviso, para que no andéis remiso en cosas que a mí me van.

CAP. Aborto estoy de escucharos; mas yo satisfecho quedo si vos me decís que puedo correspondido adoraros.

INÉS. Harta os he dado ocasión para que bien lo sepáis: mas ¡por Dios, que lo tengáis guardado en el corazón! No os paréis en mis desdenes, que son hijos del temor; yo os amo, mas de mi amor no os deis grandes parabienes.

CAP. Nada me toca saber de lo que guardáis secreto: amaros sólo es mi objeto y eso no más puedo hacer. Ni los riesgos me amedrentan, ni las desdichas me apuran, no; mi amor os aseguran, y mi constancia acrecientan.

INÉS. Lo mismo hallaréis en mí...; mas cada instante que pasa temo que se vuelva a casa mi padre, y os halle aquí.

CAP. Pártome, pues.

INÉS. Sí; idos presto.

CAP. Ahí os queda mi albedrío.

INÉS. También ¡ay de mí! va el mío del vuestro ocupando el puesto.

CAP. Adios, mi vida.

INÉS. Id con Dios, capitán, y Él os dé suerte.

ESCENA IV

CAP. Para amarte hasta la muerte.
INÉS. Más hallá os querré yo a vos.
(Al irse el capitán ve que se acercan por las montañas, bajando por el camino que trajo, varios enmascarados con luces.)

CAP. Mas ¿qué veo, Dios divino?
¿Qué luces son las que avanzan que por las peñas se alcanzan, bajando por el camino?

INÉS. ¡Huid, huid! ¡Ay de mí! No el pueblo murmura en vano. La Virgen, si sois cristiano, os saque con bien de aquí.

CAP. ¿Qué habláis, señora?
INÉS. ¡Esos ruidos que oía yo en las montañas no eran del vulgo patrañas!

CAP. ¡Cielos! ¡Son aparecidos!
JUANA. Señora, pronto cerrad, *(Salien- Transida vengo de miedo... [do.]*
¡Cerrad, por Cristo!

INÉS. No puedo, que el capitán...
(Juana, al capitán asomándose por la ventana.)

Por piedad salvaos, buen caballero. Trepad, trepad a las peñas, y buscaos por las breñas a viva fuerza sendero.

INÉS. No, no huyáis; esas visiones tienen de lince los ojos. Aplaquemos sus enojos, capitán, con oraciones.

(Se hinca.)
CAP. No puedo huir, ni salvarme: todo mi valor flaquea.

INÉS. Pues bien, sea lo que sea, entrad también.
(Le da la mano y el capitán salta por la ventana.)

JUANA. Ni un adarme de serenidad me acude.

INÉS. Cerrad pronto esa ventana. Mata esa bujía, Juana. Ahora que Dios nos ayude.

PASC. Llegar podemos sin miedo: del pueblo la gente tosca supone el bosque poblado de apariciones medrosas. Mi gente eché de mi casa, y fuera ocupada toda, sólo hay en ella mujeres que por dormidas no estorban. Esconded, pues, las linternas por si una vieja curiosa a saludar a las brujas por las rendijas se asoma, y ve que en mi casa entramos.

ENR. Y a más guarecerse importa de techado, porque empiezan a ser espesas las gotas.

UNO. Terrible nublado avanza.
ENR. Según lo airado que sopla el vendaval que le impelle, su duración será corta.

PASC. Entrad, si os place, señores, y os cobijará esta choza.
CAP. *(dentro)*. Sudando estoy de pavor, Estoy escuchando sordas debajo de esa ventana voces de varias personas.

JUANA. Meten la llave en la puerta.
INÉS. Mi padre es.

JUANA. ¡A buena hora le ocurre llegar!
INÉS. Se acercan.

CAP. Estad serena, señora. Si es que son hombres, mi espada os protege.

JUANA. ¡Y si son sombras!
INÉS. No, huyamos.

CAP. Pero guíadme si no queréis...

INÉS. Una alcoba
tiene este aposento. En ella...
(*Buscando la alcoba.*)
(De miedo no la hallo ahora).
Aquí está. Dadme la mano... (*Al capitán.*)
Entrad... Por aquí nosotras. (*A Juana.*)

ESCENA V

EL CAPITÁN, en la alcoba; DOÑA INÉS y
JUANA, en su aposento; por la puerta del
fondo JUAN PASCUAL y los enmascarados.

PASC. Este es mi cuarto, señores.
Yo me sirvo de esta alcoba.
Si gustáis...

ENR. Basta que vos.

PASC. Cierro esta puerta; y esa otra
(*La de doña Inés.*)

da a un pasadizo muy largo
que en otra ala desemboca
del edificio, y en donde
una hija mía reposa,

que aunque vele, es imposible
que nada comprenda ni oiga.

ENR. Está bien.

PASC. Pues empecemos.

ENR. Guardar la máscara importa,
y no hay para qué nombrarse
conociendo las personas.

Este anillo que el infante (*Le muestra.*)
me dió por su mano propia,
atestigua mis poderes,

y no hay quien no le conozca.
Lo que se selle con él,
él mismo lo corrobora.

PASC. Ea, pues; los pergaminos
y las plumas están prontas;
despachémoslo cuanto antes.

Yo creo que nadie ignora
de los que me están oyendo,
que tuve una hermana hermosa,
de quien el rey de Castilla
tomó a cuenta la deshonra.

ENR. Sabemos que en una noche
dispuso unas falsas bodas;
reunió un falso concilio
de prelados, a quien Roma
castigó debidamente,

la dió nombre de su esposa,
y después de profanarla
torpemente, abandonóla.

PASC. Así es la verdad: mi hermano,
aunque al principio en su cólera
se apartó de su amistad

y amenazó su corona,
hoy lidia por su bandera,
y reales privanzas goza.

Yo no: jamás he olvidado
aquella hazaña afrentosa
de don Pedro, y la venganza

he retardado hasta ahora
sólo por falta de un día
de ocasión segura y próspera.

Ahora bien: tengo en secreto
minada a Sevilla toda,
donde una conjuración

fermenta a estallar muy próxima.
Si don Enrique me jura
dueño hacerme sin demora

de las tierras y castillos
que por este escrito constan,
yo le daré, muerta o viva,

de don Pedro la persona.
(*Don Enrique mira el pergamino que está
sobre la mesa.*)

ENR. Aunque pedis mucho, el principe
lo que pedis os otorga;
mas dadle una garantía.

PASC. Con mi misma ofensa sobra;
y en cuanto a mi buena fe,
harto por demás la abona

el hallaros tan seguros
a una distancia tan corta
de Sevilla y de don Pedro.

cuando una voz de mi boca
daros podía una muerte
tan cierta como alevosa.

ENR. Decís bien: vuestro interés
tiene raíces tan hondas
como el nuestro en este asunto.

Réstanos saber ahora
qué garantía exigís
de don Enrique.

PASC. Esa es cosa
que me procuré hace tiempo,
y que sólo puedo a solas

con el mismo don Enrique
tratarla yo.

ENR. Lo que oiga,
vea, prometa o alcance
quien su real anillo logra,
haced cuenta que él la escucha,
y la presencia y la sanciona.

PASC. Pues apartaos un poco.

ENR. Hablad.

PASC. (con misterio).

Yo sé de la historia
del infante don Enrique

las escenas más recónditas.

ENR. ¡Vive Dios!

PASC. Oíd con calma,
que a quien vengarse ambiciona,
ni precauciones le bastan,
ni se contenta con pocas.

ENR. Adelante.

PASC. Hace diez años
que en una noche horrorosa
se dió un asalto a un castillo

frontero de la Rioja.

Vencieron los de don Pedro,
y su furia asoladora

pegó fuego al edificio.

ENR. ¡Recuerdo horrible!

PASC. Espantosa
fue aquella noche! Las llamas

entraban hasta una alcoba,
donde postrada en su lecho,

con las postreras congostas,
estaba una noble dama.

Entre sus brazos gemía
cuanto desdichada hermosa

una niña encantadora
parecida a don Enrique.

ENR. (Le mira.)

ENR. ¡Miserable!

PASC. Oíd, que acaba:
La dama era...

ENR. (interrumpiéndole):

El nombre sobra.

PASC. La niña, por hija de ambos

hoj don Enrique la llora.

ENR. Murió!

PASC. No tal: hubo un hombre
que del incendio salvóla.

ENR. ¿Y vive?

PASC. Sí.

ENR. ¿Dónde, dónde?... (Con ansia.)

PASC. Eso en mi secreto toca,
y esa entre mí y don Enrique

es mi garantía sola.

ENR. Y don Enrique por ella
diera cetro, vida y honra.

PASC. Lo sé, que tuvo a su madre,
profunda, devoradora

una pasión, cuyas huellas
de su corazón no borran

de desengaños y lágrimas
los quince años que le agobian.

Por eso lo hice: don Pedro
fué causa de mi deshonra,

y no quiero que su hermano,
cuando ciña su corona,

reniegue de su palabra,
cual renegó él de sus bodas

con mi hermana. Es precaución
que me atañe.

ENR. Ponzoñosa

serpiente, de cuya lengua
los vapores me sofocan,

¿quién en mitad del camino
de don Enrique te arroja?

PASC. La experiencia y la venganza:

si nuestro plan se malogra
y yo en la demanda muero,

no receléis que traidora
pase el dintel de mi tumba

mi venganza. En una bolsa
de malla, asida a mi cuello,

de pergamino habrá una hoja
con la instrucción necesaria

para encontrar esa joya
que así don Enrique estima.

Si llega acaso mi hora
sin mi venganza, ¿el guardarla

qué utilidad me reporta?

No faltará quien la encuentre
y en sus manos se la ponga.

Mas si doy cabo a mi empresa,
y a don Enrique victoria

consigo sobre don Pedro,
por si la fortuna loca

contra mí quiere volverse,
la conservaré; y no es otra

mi resolución postrera.

ENR. ¿Y vive?

que nada tuerce ni dobla.
La cabeza de don Pedro
por esa hija, a quien adora;
prenda por prenda es muy justo,
que amores, señor, son obras.

ENR. Pues no hay remedio, está bien;
mas no olvidéis que blasfema
don Enrique de severo,
y si fe en vos halla poca,
con vuestro secreto y todo,
sin más reparo os ahorca.

PASC. En eso estoy.

ENR. Pues entonces
no lo echéis de la memoria.

PASC. Vos decid a esos señores
que satisfechas ahora
quedan en vos cuantas dudas
nuestros pactos ocasionan.

ENR. Así es la verdad, señores.

PASC. Sellad y dadme las cosas
(*Sellan el pergamino.*)
dispondré yo de manera

segura, acertada y pronta,
y aviso os daré de todo
en tres días y a estas horas.

ENR. Salgamos, pues, que ya es tarde.
Que os guarde Dios.

PASC. Él os oiga.
(*Salen todos, y Juan Pascual, que se queda
a la puerta viéndolos partir. El capitán
asoma entretanto por el aposento.*)

ESCENA VI

EL CAPITÁN, *escondido*; JUAN PASCUAL,
que vuelve a entrar

CAP. ¡Que esto pase, vive Dios!
Mas nunca peor se logre.
¡Bien haya quien a esta quinta
me ha encaminado esta noche!
Un cabo tengo del hilo;
si por azar no se rompe,
yo llegaré al otro cabo
y ¡ay de la madeja entonces!
Cordeles haré con ella
con que ellos mismos se ahoguen.

PASC. (*Entrando*).
Todo está ya concluido.

Mañana voy a la corte;
de este sayal me despojo;
empuño broquel y estoque;
dejo mi nombre del campo
por mi verdadero nombre,
y con firmeza y audacia
preparo el último golpe.
Mantente firme, cadena,
sobre cuyos eslabones
de ambas Castillas la suerte
consigo al fin que se apoye.
Mantente firme, cadena.
Y si ninguno se rompe,
yo les desharé uno a uno,
y ¡guay de don Pedro entonces!
Mas durmamos, que ya es hora,
y adunando precauciones,
veamos si las mujeres...
(*Entra con la luz por el pasadizo que da al
cuarto de doña Inés, y a este tiempo ba-
ja don Pedro embozado por los peñascos.
Llueve.*)

ESCENA VII

DON PEDRO, JUAN PASCUAL

PED. ¡Gracias a Dios que del monte
veo el fin, y hallo un techado
en que vivos se recogen!
Veo allá abajo una casa;
entraré en ella esta noche,
aunque sean sus paredes
madriguera de ladrones,
y aunque tenga que asaltarlas
a estocadas y mandobles
con una legión de diablos.

PASC. (*Volviendo a la escena*).
Nada; duermen como postes:
cerradas están las puertas
con llaves y picaportes.
Durmamos, pues.
(*Al ir a entrar en la alcoba llama don Pe-
dro a la puerta con recios golpes.*)

PED. ¡Ha de casa!
PASC. ¿Quién va a estas horas?
PED. Un hombre.
PASC. ¿Qué quiere?

PED. Pues llamo, es claro que quiero entrar.

PASC. Pues perdone vuesa merced, y esa esquina a su mano izquierda doble, y en esa tercera calle verá un mesón do le alojen.

PED. ¿Párecelo, vive Dios, que he andado yo todo el bosque, con el barro a la cintura, sin luz y echando los bofes, para correr callejuelas y acostarme en los mesones?

PASC. Abra esa puerta, o por Cristo que aunque forrada esté en bronce, tales porrazos dé en ella que os la arranque de los goznes.

PASC. Brío traéis. Y coraje; y abra pronto.

PASC. No se enoje, que al cabo merecen algo sus cortesés expresiones.

PED. Cortesés o no cortesés, para lo dicho soy hombre. *(Sale Juan Pascual con la luz a abrir; y mientras entran él y don Pedro, dice el capitán:)*

CAP. O sueño por vida mía, o esa es su voz. ¡Cielo! ¿Adónde sus desventuras le traen?

PASC. Entrad aquí. Buenas noches. Perdone el buen caballero si con él anduve torpe.

PED. Perdone él mi mal humor, que el lance no es para flores. Heme extraviado cazando; rompieron los nubarrones en agua, y no topé senda por donde salir del monte.

PASC. ¿Hidalgo sois? Caballero.

PASC. ¿De qué lugar? De la corte.

PED. ¿De la corte? ¿Que me place! Sabremos qué nuevas corren!

PED. Pues no traigo yo el gaznate para muchas relaciones.

PASC. ¿Tendréis hambre? Como un lobo.

PASC. Aunque en la casa de un pobre os encontraré, no faltaron nunca en ella provisiones.

PED. Sacadlas, pues. Voy al punto.

PED. Dios se lo pague, buen hombre. PASC. *(llamando)*. ¡Juana! ¡Inés!

INÉS y JUANA. ¡Señor! Traed luces.

LEVANTAOS. PED. No incomode tanta gente para mí.

PASC. Mis criados labradores son, y no duermen en casa; mas dejadme dar mis órdenes, que aún hay quien os sirva en ella.

ESCENA VIII

DOÑA INÉS, JUANA, DICHO

PASC. Juana, aquel par de pichones que hay en el armario saca: tú, Inés, en los interiores aposentos otra cama para esta noche dispónme, que aquí dormiré en la mía este hidalgo.

JUANA. ¡San Onofre! ¿Y el capitán?

INÉS. ¡Cielos santo! ¡Cuánto azar en una noche!

(Vanse doña Inés y Juana. Esta vuelve con unos platos, botella, mantel, etc., que Juan Pascual toma; la despide, y sirve a don Pedro.)

ESCENA IX

JUAN PASCUAL, DON PEDRO

PASC. *(De la corte dice que es. Veamos si puedo astuto sacar del hidalgo fruto.)*

Trae, y vete con Inés. *(A Juana.)* ¡Eal Comed, caballero: *(A don Pedro escanciándole.)*

Bebed y aliento tomad.

PED. Falta me hace a la verdad.
A vuestra salud. (Bebe.)

PASC. Espero
que a la vuestra contribuya.

PED. Bueno es a fe este licor.

PASC. Cosecha mía, señor.

PED. ¡Buena cosecha es la suya!
¿Tiene muchas viñas?

PASC. Tengo
lo que llaman mucho aquí,
que me alcanza para mí
y la gente que mantengo;
y no lo pasamos mal.

PED. ¿Qué pueblo es este?

PASC. Una aldea
mezquina, escondida y fea.

PED. ¿Tiene nombre?

PASC. Juan Pascual.
Cuatro casucas de tierra
que yo mismo labré aquí,
y a las que mi nombre di
cuando volví de la guerra.

PED. ¿Servido habéis?

PASC. Con honor,
aunque no con gran provecho.

PED. ¿Cáspital? ¿Y os habéis hecho
de todo un pueblo señor?

PASC. Dineros de que un buen tío
me hizo heredero a su muerte
labraron de buena suerte,
y así he logrado algo mío.

PED. Mas de lo servido al rey
no obtuvisteis recompensa?

PASC. El rey cree que en su defensa
verter la sangre es de ley.

PED. Mas ¿fuisteis a verle?

PASC. No;
nunca le vi cara a cara.
Temí que me desairara,
y soy muy altivo yo.

PED. Mal le juzgáis, a mi ver,
pues favor en él no cupo
si vuestro valor no supo.

PASC. Pues lo debiera saber.

PED. ¿Saber la historia debiera
él de todos sus vasallos?

PASC. Como él para gobernallos
buenos jueces eligiera,

alcanzara bien a todos;
mas gobierna con tal mengua...

PED. Tenga el villano la lengua,
y hable de él con buenos modos.

PASC. Aunque con ruda franqueza,
la verdad hablé no más;
y no cejo un paso atrás
si me cortan la cabeza.

Todo el reino está revuelto
desde que don Pedro manda,
y el diablo parece que anda
con él por Castilla suelto.

Que esta es la verdad, señor,
negármela no podéis,
y cada vez, ya lo veis,
vamos de mal en peor.

PED. Eso dicen sus contrarios,
y le han llamado Cruel;
porque le achacan a él
la culpa que tienen varios.

Murmuran que a sangre y fuego
tala sus propios lugares:
mas ¿quién es en sus hogares
el que le turba el sosiego?

¿No han invadido sus tierras,
llamándose sus señores,
esos hermanos traidores
que le han movido las guerras?

¿No empezaron sus desmanes
despreciando los resguardos
que les daba, esos bastardos,
los hijos de los Guzmanes?

Y si ellos mismos atizan
el fuego de la venganza,

¿a qué invocar su templanza?
¿De qué, pues, se escandalizan?

PASC. Argüís en mi favor.
Pues hombre es el rey también,
oír le estuviera bien
consejos en su furor.

Y ved lo que llevo dicho:
por oír consejos malos,
emprende don Pedro a palos
con quien le viene a capricho.

Él pone su confianza
en ministros que le venden,
y a su conveniencia encienden
o contienen su venganza.

Que por muy distintos fueros

y muy diversos registros,
hay justiciar ministros,
y ministros justicieros.
Y el justiciar bien o mal
cosa es que pide gran seso.

PED. Mucho se os alcanza de eso
a lo que veo, Pascual.

PASC. No, señor, sino muy poco;
mas creo que lo que digo
se alcanza a cualquier mendigo,
y a todo el que no esté loco.
Porque el mandar ¿quién ignora
que es como un potro llevar,
a quien hay que refrenar
y dar rienda a buena hora?
Porque si se le exaspera
conduciéndole sin tiento,
concluirá violento
por hacer el cuanto quiera.
Si el rey tuviera a su lado
un hombre como yo, creo
que quedaría a deseo
en poco tiempo su estado.

PED. Pues bien, la palabra os cojo.
A Sevilla os llevaré,
y que os deje el rey haré
gobernar a vuestro antojo.

PASC. ¿Yo ante el rey?

PED. Nada temáis.
Llévame siempre consigo,
y soy su mejor amigo.

PASC. Rúegoos, señor, que advertáis
que, campesino insensato,
hablé sin saber con quién.

PED. (con autoridad).
Elige, y escucha bien
las condiciones del trato.
Él su poder y grandeza

te ha de prestar en Castilla:
mas si en un flaco te pilla,

Pascual, pierdes la cabeza.

PASC. Eso, señor, no es justicia.
La palabra me cogéis,
y para ello no atendéis
mi rudeza y mi impericia.

PED. Que atrás no te volverías
dijiste.

PASC. Tenéis razón;

y hablé con el corazón,
aunque dije tonterías.

PED. Esto ha de ser; retiraos,
y si no vais, ¡vive Dios
que el rey enviará por vos!
Conque a venir preparaos.

PASC. Está bien. ¿Que es esto, cielos?
Mejor fortuna logré
de la que nunca esperé.
Venganza, tiende tus velos;
la ocasión es oportuna;
mucha audacia necesito;
mas, por el cielo bendito,
de audaces es la fortuna.

ESCENA X

DON PEDRO, solo

¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Dudándolo estoy, pardiez!
¿Quién creerá que mi altivez
llegó a sujetar así

un labrador, un villano,
culpando mi condición
con tan osado tesón?
Túvome Dios de su mano.

Mas tan cerca de Sevilla
y en tan oculto lugar,
mucho me da que pensar,
y a fe que me maravillá.

En tal materia tan dueho,
tiene ese hombre, o me equivoco,
de campesino muy poco,
y de sedicioso mucho.

¡Oh, aciago signo es el mío,
y en hora fatal nació!
Todo el mundo contra mí,
¿qué me vale tanto brío?

Aragón, Navarra, Francia,
Granada, Vizcaya y Roma,
empresa contra mí toma,
pero me sobra arrogancia.

Audaz y nunca indeciso
a la refriega me lanzo;
mas por doquiera que avanzo,
no sé la tierra que piso.

Siempre con planes inciertos,
siempre en medio de traidores,

como en tus brazos me encuentre
y yo te tienda los míos?

INÉS. ¡Dios mío, qué acento es este!
¿Quién sois?

PED. ¿Qué extrañas quien soy o
cuando tú a buscarme vienes,
y yo te salgo a encontrar,
por instinto solamente,
pues son profetas del alma
los corazones a veces?

INÉS. ¡Muerta estoy! ¡Me he equivo-
cado!

Sin duda di con el huésped;
mas retirarme de él.)

PED. En esquivarme no pienses
sin escucharme, que ya
que amor me ha dado esta suerte,
no he de ser de los amantes
que de cobardes la pierden.

INÉS. Caballero, ese lenguaje
tanto a mi decoro ofende,
que sólo el silencio es frase
con que puedo responderle.

CAP. (O me engañan mis oídos,
o que oigo a Inés me parece.)

INÉS. Ya os he dicho que no, osado,
quebrantéis con tan alevé
intención descomedida
del hospedaje las leyes;

PED. Amor es dios, y ninguna
puede haber que le sujete.

INÉS. La ley contra la razón
cabrer en un dios no puede.

CAP. ¡Cielos, cierta es mi sospech!
¿Qué hacer en trance tan fuerte?

Por otra puerta no puedo
salir, y aun cuando pudiese,
perder a Inés era fuerza,
o con don Pedro perderme.)

PED. Suspende hermosa enojada,
el ceño esquivo; suspende
el justo enojo, sabiendo
que quien te habla de esta suerte
es un caballero noble

cual pocos hay que le lleguen,
que en tus amores perdido
se arriesgó a tanto por verte,
y que riquezas y honores
con su corazón te ofrece.

INÉS. El favor os agradezco;
pero reparad prudente
que la hija de Juan Pascual
nunca a lo que a sí se debe
puede faltar, ni del mundo
por todos los intereses.

PED. Deja el melindro y repara
que a tus pies humildemente.

INÉS. Callad, y no hagáis que a voces
llame a mi padre y mis gentes.

PED. Y cuando vengan, ¿qué harán
si de mi antojo el más leve
soplo, ante mí de rodillas
hacer que se postren puede?

CAP. (Esto es ya mucho: yo llego,
y salga lo que saliere.)

Don Pedro, ved lo que hacéis.

PED. ¿Quién, vive Cristo, se atreve?...

CAP. Quien huye de vuestros rayos
porque su luz no le ciegue;
mas quien os deja advertido
que os es siniestro este albergue.

PED. ¿Qué escucho?

INÉS. (Soltó; me libro
por esta puerta.)

PED. (al capitán). Detente.

Quien seas, que por mí velas
en la oscuridad, ¿quién eres?

CAP. (Al cabo con la ventana
tropecé dichosamente
Callo, y me salgo por ella.)

(Salta por la ventana.)

PED. Habla, no temas; acércate.

CAP. (Mas por la montaña vienen
con luces.) ¡Gracias, fortuna!
¡Aquí, aquí!

PED. ¿Qué ruido es este?

CAP. ¡A mí, monteros, a mí;
aquí el capitán Blas Pérez!

PED. Mis cazadores son estos
que en mi seguimiento vuelven.

ESCENA XII

DON PEDRO, JUAN PASCUAL,
EL CAPITÁN

PASC Caballero, ¿qué alboroto...?

PED. Nada, buen hombre, recele;
monteros son de mi casa.

PASC. ¡Válgame Dios, cuánta gente!

PED. Soy rico, y mantengo a muchos; abrid, y dejádes que entren.

PASC. Allá voy.

PED. *(a don Pedro)*. Señor... Silencio, que importa no conocerme.

CAP. Viendo que no parecíais, todo el monte diligentes recorrimos, y un villano nos dió el sendero que tiene fin en frente de esta casa.

PED. Justo es que se recompense a ese villano; dadle eso! *(Un bolsillo.)*

PASC. *(viendo que doña Inés y Juana han salido)*. ¡Eh! A su cuarto las mujeres.

INÉS. Padre, al oír tal estruendo.

PASC. Curiosidad solamente!

PED. ¡Hola, hola! Juan Pascual, ¿hija tan bella tenéis, y llamado me lo habéis?

PASC. Vinisteis en hora tal, que estaba ya recogida; que aunque en mi casa es señora, se levanta con la aurora, y de la hacienda me cuida.

PED. Es muy hermosa.

PASC. Favor y lisonja cortesana.

PED. Llevadla con vos mañana.

PASC. ¿Aún dais en eso, señor?

PED. Hoy don Pedro ha de saber que en Castilla hay tan grande hombre como vos; yo vuestro nombre le diré, y os querrá ver. Conque así, considerad, y yo os lo quiero advertir, que por fuerza habéis de ir si no vais de voluntad.

PASC. *(con altivez)*. Pues tanto empeño ponéis, decidme al rey que aunque rudo labrador, como me veis, soy tenaz y testarudo. Y si me pone consigo en el poder a la par, tiene mucho que arriesgar para habérselas conmigo.

PED. Pues eso os digo yo a vos; que el rey don Pedro es tan hombre, que no hay cosa que le asombre, siendo él la sombra de Dios. ¿Lo oís?

PASC. No lo he de olvidar.

PED. Adiós, y por vuestra vida, que esa hija tan recogida no os descuidéis de llevar. Que fuera en el rey mal visto daros pompa soberana, y quedarse ella villana.

PASC. Conmigo irá; no resisto.

PED. Ahora, señores, marchemos. *(Vanse por las montañas alumbrando con los hachones de don Pedro. Cuando todos vuelven la espalda, el capitán se encara con Juan Pascual, y le dice, tendiéndole la mano al último verso.)*

CAP. ¿A Sevilla iréis, Pascual?

PASC. Iré, capitán; si tal.

CAP. Pues mañana nos veremos.

ESCENA XIII

JUAN PASCUAL, fuera de la casa; INÉS y JUANA, a la entrada

PASC. ¿Qué querrá ese hombre decir con ese tono de pique? Mas será de don Enrique y me querrá seducir, como me juzga labriego.)

(A Doña Inés y a Juana.)

V. otras a vuestro cuarto, para vigilia hay harto con tanto desasosiego. *(Cierran las ventanas y se retiran, dejando a Juan Pascual fuera de la casa. Los cazadores se alejan por las montañas, y cuando han desaparecido, Juan Pascual hace una seña con un silbato, y salen de entre las rocas los enmascarados de don Enrique.)*

ESCENA XIV

JUAN PASCUAL, DON ENRIQUE, enmascarados

PASC. La suerte nos favorece más que nunca imaginé:

mañana voy a Sevilla
segundo del rey a ser.

ENR. ¿De don Pedro?
PASC. De don Pedro.
Conque mañana estaréis...

ENR. Nuestro puesto ya sabemos,
señor Juan Pascual, donde es.

PASC. ¿Adónde?
ENR. Con don Enrique.

Ese pergamino ved.
PASC. (Lee.) «El rey de Francia envía a

don Enrique doce mil hombres de guerra

a las órdenes del famoso capitán el caba-

llero Bertrand Duguésclin, y le presta para

su empresa ochocientos mil florines de oro.

«A la hora en que estas letras os lleguen,

estarán rayando las fronteras de Castilla.»

ENR. ¿Estáis, Juan Pascual?
PASC. Estoy.

ENR. ¿Como leal cumpliréis?
PASC. Como cumpla don Enrique.

ENR. Él lo hará como quien es.
PASC. Pues muerto o vivo, en sus ma-

juro a don Pedro poner.
ENR. Pues adelante.

PASC. Adelante.
ENR. ¿Hasta cuándo?

PASC. No lo sé.
ENR. ¿De aquel papel...?

PASC. Viva o muera,
sobre mí le encontraréis.

ENR. Pues Dios os dé su favor.
PASC. Quiera protegeros él.

(Vanse don Enrique y los suyos.)
Ahora veremos, don Pedro,

quién es el que ultraja a quién.
¡Oh! Tú me esperas mañana;

¡por Dios que no faltaré!
(Entra en su casa y cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

Cámara real de don Pedro; una puerta en el fondo;
un balcón a la derecha, y una puerta a la iz-
quierda con otra secreta que se abrirá a su tiempo.

PERSONAS

DON PEDRO.
EL CAPITÁN BLAS PÉREZ.

JUAN PASCUAL.
DOÑA INÉS.
JUANA.
UN ERMITAÑO.
SOLDADOS, CONJURADOS, PAJES, DAMAS,
MÚSICOS Y PUEBLO.

ESCENA PRIMERA

DON PEDRO, EL CAPITÁN BLAS PÉREZ

PED. Esto es hecho, capitán: no queda un rincón de tierra que no nos levante guerra,

o nos cause algún desmán. Da ese maldito francés

dineros y hombres a Enrique; y quieren que ponga dique

yo a mi paciencia? ¡Eso es! Yo, legítimo heredero

del reino que ansioso guardo, debo decirle al bastardo:

«Ven, toma; tú eres primero. Toma ese cetro real;

envíame a un calabozo, que yo expiraré de gozo

esperando tu puñal.» No, todo empeño es en vano.

El me apellida el Cruel, y no ha de escudarme a

el título de mi hermano. Con amigo ni enemigo

no hay medio de que me explique, sin que me nombren a Enrique

a la par siempre cónmigo. Por donde quiera que vaya

no oigo hablar más que de ese hombre. Ya me fatiga su nombre,

y no sé tenerme a raya. En fin, capitán, veamos esas cartas que dicen esas

CAP. Noticias de ese hombre hay har-
PED. La vida necesitamos para él [tas.
para él [voto a Beleebú!

CAP. Pues aunque sienta enojárselo, otra tengo yo que daros de ese mismo.

PED. ¡También tú!

CAP. La vida en ello nos va, y a ser tan sólo la mía,

la callara y moriría sin enojaros.

PED. Está bien. Dila, que no me enojo.

CAP. Ese labrador taimado que en su casa os ha hospedado...

PED. ¿Vas a culparme el antojo de hacerle gobernador para ver cómo se explica?

CAP. Es que a más altura pica ese labriego, señor.

PED. Es un pillo, ya lo sé. ¿Piensas que yo lo ignoraba?

CAP. Es que de ofrecer acaba vuestra cabeza, y...

PED. (con calma). ¿Y qué?

CAP. ¿Y qué? No sé cómo arguya, señor, si os va en un mal paso...

PED. ¿La cabeza? Y dime, ¿cómo vendrá ese hombre sin la suya?

CAP. No, mas repare su alteza...

PED. Vaya, Blas; no es grande azar: ya sé que se va a jugar cabeza contra cabeza.

CAP. Pues, señor; ya que es preciso, sabed que yo vi, y oí anoche...

(Éntrase un ermitaño en el salón, y don Pedro al verle se levanta dirigiéndose a él con saña.)

PED. ¿Quién se entra aquí, ¡Vive Dios! sin mi permiso?

¿A qué te llegas, traidor, hasta el cuarto de tu rey?

ERM. Vengo a intimarle una ley de su natural señor.

PED. ¿Yo siervo? ¡El rey de Castilla!

ERM. Sí; siervo del absoluto Señor, que hizo en un minuto del orbe la maravilla.

PED. (moderándose y descubriéndose), ¿Ministro sois del altar?

Perdonad; no os conocí. Hablad; ¿qué queréis de mí?

ERM. A solas hemos de estar.

PED. (al capitán). Sal, y espera.

ESCENA II

DON PEDRO, EL ERMITAÑO

PED., (al ermitaño). Decid, pues, ERM. Yo soy un monje ermitaño

que a todo comercio extraño con el mundo en que te ves, paso mi pobre existencia a orillas de un precipicio, ceñido con un cilicio, en áspera penitencia.

A Santo Domingo ayer, a quien tengo por patrón, con sincera devoción oración me puse a hacer, y en ella con grande espanto, cercado de resplandores vivos y deslumbradores, aparecióseme el Santo.

PED. (De fe por demás sencilla que son patrañas colijo.)

ERM. Escucha, el Santo me dijo: «Ve, y dile al rey de Castilla que el alma se purifique del mal que en la tierra ha hecho, porque va a romperle el pecho el puñal de don Enrique.»

PED. (furioso). ¡Traidor! ¿con esas me vienes?

¡Enrique me ha de matar! No han de poderte librar ni las órdenes que tienes.

¡Hola, capitán! Aquí.

Veremos si se abre el cielo para salvarte.

ERM. A él apelo, pues sus órdenes cumplí.

PED. ¡Eal Sin más dilaciones quitádmelo de delante,

y degolladle al instante debajo de mis balcones.

CAP. Señor, con muerte tan fea...

PED. Es un perro de mi hermano. Sí, que muera ese villano donde mi pueblo lo vea.

CAP. Señor...

PED. Nadie me replique. No, no hay perdón para ese hombre.

(Lo llevan.)

ESCENA III

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, DOÑA INÉS, EL CAPITÁN

¿Conque es eco de mi nombre el nombre de don Enrique?
 ¡En todas partes su sombra conmigo a mi lado va!
 ¡En todas partes está,
 y en todas partes me asombra!
 ¿Conque ese hombre es mi destino?
 ¿Y en la corte y en la plaza,
 y en el templo, y en la caza
 le he de hallar en mi camino?
 ¡Oh, que venga de una vez,
 que venga, y entre mis brazos
 verá como hago pedazos!
 ¡Pero es cobarde, pardiez!
 No vendrá, no. De emboscadas
 me cercará y de traición,
 que no tiene el corazón
 para vencerme a estocadas.

ESCENA IV

DON PEDRO, JUAN PASCUAL, DOÑA INÉS, EL CAPITÁN

PED. ¿Qué es?
 CAP. Ahí está el labrador y montañés.
 PED. Llega en buena hora.
 Que entre, y veremos ahora
 si es un hombre de valor.
 CAP. Entrad, que el rey os espera.
 PASC. Dadnos, gran señor, los pies.
 Mas ¡cielos!... ¿Este el rey es?
 PED. El rey vuestro huésped era.
 PASC. (¡Y tuve ineci! en mi casa anoche a don Pedro yo!)
 PED. (Mucho al verme se turbó.)
 PASC. (¡Yo no sé lo que me pasal!)
 PED. Acérquese, Juan Pascual,
 y de respetos se exima,
 que el rey tiene en mucha estima
 a un hombre de ciencia tal.
 PASC. Señor...
 PED. Desde este momento
 en Castilla mandaréis;

silla a mi mesa tendréis,
 y en mi palacio aposento.
 Que hacía falta habéis dicho
 un hombre cual vos al rey.
 La vara os doy de la ley:
 mandad a vuestro capricho.
 Nadie os ha de ir a la mano:
 tendréis el anillo real;
 mas sed justo, Juan Pascual,
 con el noble y el villano.

(A sus guardias.)

Pregónese este mandato
 y que se cumpla al momento.
 ¿Estáis, Juan Pascual, contento?
 No os quejaréis de mi trato.
 Andad, y el cielo os alumbra:
 id a que Sevilla os vea,
 y en vuestra justicia crea
 la asustada muchedumbre.
 Pero que os sirva de base
 para el cargo que emprendéis,
 que vos me responderéis
 de cuanto en mi reino pase.
 Desde la corte, os lo aviso,
 hasta la aldea más tosca,
 no ha de moverse una mosca
 sin que la otorguéis permiso.
 Capitán, su secretario
 seréis vos, que en su ejercicio
 puede parecer novicio,
 y le seréis necesario.

(¿Estás? Su sombra has de ser,
 y por si tuere de intento,
 apodérate al momento...)

CAP. (¿De quién?)

PED. (De aquella mujer.)
 (Doña Inés.)

ESCENA V

JUAN PASCUAL, DOÑA INÉS,
 EL CAPITÁN

PASC. ¡Ah, no saber que el rey era!
 ¡Mentecato!
 INÉS. ¡Ay, padre mío!
 Con un rey de tanto brío
 mala fortuna os espera.
 PASC. ¿Y qué remedio me queda?

PASC. Algunas órdenes díles para que ocupen su puesto. Yo voy a ocupar el mío, capitán. ¡A Dios quedad!

CAP. Mirad bien por la ciudad.

PASC. Podéis fiar en mi brío.

ESCENA VII

EL CAPITÁN, luego JUANA

CAP. Viéndolo estoy y lo dudo. Al cabo de tanto azar, para colmo de desdichas Inés en palacio está.

Y aunque por fortuna suya nombromé el rey su guardián, es claro que él querrá verla y de ella se prenderá.

Sabe que fué quien anoche entró en su cuarto a buscar un hombre a quien no conoce; mas que amenazóle audaz y le advirtió de un peligro; y querrá saber de cuál.

¡Ah! Tiemblo, por vida mía.

JUANA. ¡Calla! ¿Sois vos, capitán?

CAP. ¡Juana! ¿Qué es esto! ¿También...?

JUANA. También estoy por acá.

(*Asoma don Pedro por el fondo.*)

Los guardias de esta antesala no me dejaron pasar con mis amos, hasta que ahora a una orden de Juan Pascual...

CAP. Dios te ha conducido aquí mi angustia para calmar.

Di a Inés que tiene en su cuarto una ventana que da a un jardín, y que por ella la tengo al punto que hablar de cosas que mucho importan a nuestra seguridad.

Ve, no tardes.

JUANA. Voy al punto.

CAP. Vuela.

JUANA. Bien; voy a volar.

ESCENA VIII

DON PEDRO, EL CAPITÁN

CAP. Corro al jardín al instante!

Mas ¡Dios mío!

PED. ¿Dónde vas?

CAP. Iba, señor!

PED. Sin mentir.

CAP. Señor, os iba a buscar.

PED. ¿Has olvidado, Blas Pérez,

que yo no duermo jamás,

que todo lo oigo y lo veo,

y que espío con afán

a los mismos a quien mando

a los otros a espigar?

¿No sabes que la traición

tan diestro me tiene ya,

que hasta en la sombra que pinto

encuentro que sospechar?

Dimme, pues, ¿a esa mujer,

de qué la conoces, Blas?

CAP. ¿Esa doncella?

PED. Por su ama

preguntó.

CAP. Señor, piedad!

Alcanzaron mis ojos su hermosura

del monte entre los árboles un día,

y llevóme a sus plantas mi locura.

PED. ¿Tú la amas?

CAP. Sí; con ciega idolatría.

La amo, señor: mi pensamiento loco,

indeleble, su imagen me retrata,

y la vida sin ella tengo en popo.

PED. ¿Conque ella a tu pasión nophá

me ha dado el brío que lo [sidó ingrata?

CAP. Siento orgullo al decirlo todavía.

Era un secreto que en mi pecho estaba;

mas hoy del corazón salir debía,

y para revelárosle os buscaba.

Yo anoche, mientras vos en la aspereza

del monte andabais, de mi fe impelido,

a su padre escuché vuestra cabeza

prometer, en su cámara escondido,

PED. Luego ¿eres tú, gusano miserable,

por quien ella venía a mi aposento,

y quien con un aviso inexplicable

quiso esconderme su amoroso intento?

¡Tú fuiste, ya lo sé, quien feimentional

tal artificio imaginando diestro,
de mi voz replicaste requerido
que era aquel sitio para mí siniestro!
¡Creíste que tu amor, su honor acaso
de tu rey el aliento profanara.
y audaz pensaste que tan necio paso
con tu señor un punto te igualara!
La erraste, capitán. Por un exceso
vives de mi bondad: tu vida entera
no es más que un vaso, que aunque dura
[falso,
polvo al impulso de mi aliento fuera.
Yo te dejé que con osada mano
vengaras a tu padre impunemente,
pero no por tus méritos, villano,
porque a mí me vengabas igualmente.
¡Tú la amabas! ¿Y qué? Si al fin oíste
que yo la hablé de amor, oíste el fallo
con que el tuyo rompí. ¿No lo entendiste?
¿Quién era allí el señor? ¿Quién el vasallo?

CAP. Mas ¿qué debí de hacer? ¿Cuál
[fué mi yerro?

PED. Ver, oír y callar: partir sin ruido
lejos del rey, pues no eres más que un pe-
[rro
para echarte a mis plantas mantenido.
Donde los ojos del señor se posan,
en el oído en que su voz resuena,
si ojos y oídos de vasallos osan,
de cegar y no oír tienen la pena.

CAP. Cegádmelos, señor, si os ofendie-
[ron:
paguen, si os place así, tanta osadía;
mas ved que sin querer vieron y oyeron...
lo que ha olvidado la memoria mía.

PED. Pues que lo olvide bien, y en
[tiempo alguno
pase por ella la escondida idea.

CAP. No tomáis, no, que vuelva ino-
[portuno
ese recuerdo, aunque mi muerte sea.
A mi padre vengar me prometisteis;
miraros me dejasteis cara a cara;
nombre y hacienda y opinión me disteis,
y en una eternidad no lo olvidara.
Sí; nacido en el polvo, destinado
a obedecer tan sólo, soy un perro,
que al lecho siempre de su dueño atado,
lame servil de su cadena el hierro.

Un perro, sí; mas con leal empeño
muchos y largos años he vivido
velando en las campañas vuestro sueño,
pronto siempre a morir agradecido.
Mas hablad. ¿Qué queréis? De vuestro an-
[tojo
soy el eco no más; ni hay más pasiones
en mi pecho que vos: vos sois mi arrojo,
mi existencia, mi fe, mis opiniones.
No hay nada para mí que vos primero,
ni ley, ni amor: para serviros vivo.
«Da, hierle», me decís, y doy y hiero,
y el pan aprecio que de vos recibo.
Yo la amo, la idolatro, es mi esperanza;
pero dócil, señor, a vuestro yugo,
decidme: «Caiga en ella mi venganza»,
y yo mismo me torno su verdugo.

(Pausa.)

PED. Su protector serás; yo te la entre-
CAP. Señor, a vuestros pies... [go.

PED. Alza, vasallo.

Si a mi capricho con tu vida juego,
no oso a la fe que en tus creencias hallo.
Yo te la entrego, pues; sé tú su egida,
y si en esta inquietud con quien batallo
pierde su padre por traidor la vida,
echa tú sobre mí tan duro fallo.
Sé inocente a sus ojos, y que nunca
un enemigo en ti vea ominoso
de nuestra suerte si la flor se trunca,
que no has de aventajarme en generoso.

CAP. ¿Conque...?

PED. Ya basta; como quieras obra:
de su padre es el freno, y tú la obra;
si Enrique vence al fin, todo me sobra.
Sírvate con su padre de rehenes.

ESCENA IX

EL CAPITÁN, luego JUAN PASCUAL

CAP. Id descuidado, señor,
que si es verdad que la quiero,
siempre en mí será primero
la gratitud que el amor.
Sal, pues, sal del pecho mío,
necio amor sin esperanza:
sal, y tórnate en venganza
al brotar del corazón.

La vida vas a costarme:
mas ¿qué vale mi existencia?
Sal; el deber te sentenciaré,
te asesinaré la razón.
Si; si la traición esconde
Juan Pascual en su rudeza,
yo le diré: «Su cabeza
de tu traición me responde.»
¡Hola! ¿Sois vos?

PASC. Yo soy, sí.
¿Qué teméis de mí?

CAP. ¿Yo? Nada.
PASC. Ya os dije que esta jornada
era sólo para mí.

CAP. Paréceme que el poder
mucho os hincha, Juan Pascual.

PASC. No debe de irme tan mal,
pues que me hago obedecer.
Y no recaerá en mancilla
del rey que el poder me da,
pues aplaudiéndolo está
todo el pueblo de Sevilla.

CAP. (asomándose). En efecto, hay en
[la plaza
mucho gente.

PASC. (con intención). Y mucha más
que vendrá.

CAP. ¡Por Barrabás
que algún tumulto amenaza!
Asistente de Sevilla,
lo que el rey os encargó...

PASC. No fué que enmendara yo
lo que hizo el rey de Castilla.
Mirad bien.

CAP. Llevan a un hombre
como traidor al cadalso.

PASC. Y el pueblo dice que es falso;
que es un santo.

CAP. ¿Y ese nombre
que alucinado le aplica
que ha de libertarle entiende?

PASC. Yo no sé si lo pretende;
mas sé que le santifica.

CAP. Y en fin...

PASC. En fin, eso el rey
ordenó que se cumpliera
antes que el poder me diera;
conque ahí no alcanza mi ley.

CAP. ¡Pero si él cuentas os pide...!

PASC. Que las pida; no me arredro;
entonces verá don Pedro
con quién es con quien se mide.

Él depositó en mi mano
todo el poder de la suya,
y no habrá ya quien destruya
este poder soberano.

¿Lo oís?

CAP. ¡Cómo! ¿Osáis poneros
de vuestro rey al igual?

Tened cuenta, Juan Pascual...

PASC. Vosotros sois quien teneros
debéis delante de mí.

CAP. ¿Creéis que esa investidura...?

PASC. Me dará la dictadura...

CAP. ¡Traidor!

PASC. ¡Basta!

CAP. Basta, sí.

Porque él se venga primero
mi furia es fuerza que tenga.

Don Pedro vendrá, y...

PASC. Que venga,
capitán, aquí le espero.

ESCENA X

JUAN PASCUAL, luego DON PEDRO

(*Oyense murmullos en la plaza que van creciendo por momentos, hasta parar en gritos descompasados, mueras, etc. Se asoma al balcón.*)

PASC. Venga, sí; tan imprevisto
el golpe habrá de sentir,

que no ha de poderle huir...
mas todo ello fué preciso.

(*Mirando por el balcón.*)

¡Hola! La guardia resiste;
el clérigo les exhorta:

pero la guardia es muy corta
y la multitud embiste.

VOCES. ¡Perdón! ¡Perdón!

OTRAS. ¡Muera, muera!

PED. ¿A qué viene este tumulto?

PASC. Será por cualquier insulto,
un alboroto cualquiera.

PED. No, no; mis guardias se lanzan
contra la audaz muchedumbre.

PASC. Eso será la costumbre;

pero mis gentes avanzan,
y ellas lo arreglarán: descuidad eso.

(Toca la campana a rebato.)

PED. ¿Mas qué campana es esa? ¿Es a
[rebato?

¡Me vendías, traidor!
PASC. Tente, insensato.

Estás en mi poder; te tengo preso.

PED. ¡Preso yo, vive Dios! ¿Con qué ca-
[denas

mis manos atarás, si a un soplo mo-
tú mismo resistir podrás apenas?

PASC. Tened, don Pedro, vuestro inú-
[til brío:

tened, y no salgáis, porque es en vano.
Yo gané vuestras guardias con dinero,
y al populacho amotiné villano:

no hay en vuestro favor un solo acero.

Yo más que vos maquinador y astuto,
por la mano os gané; más atrevido,
logré primero de mi audacia el fruto...
Soberano león, ya estáis rendido.

PED. (con fiera.)

¡Rendido! El orbe todo se arruinara
sobre mí, Juan Pascual, y con fiera
le viera yo caer, y le esperara
sin inclinar siquiera la cabeza.

PASC. Y yo, que sobre vos lo he amon-
[tonado

para echárosle encima de repente,
le veré desplomarse arrebatao
y estrellarse al caer en vuestra frente.

¿No alcanzáis la razón de lo que os digo?

Lo sé; mas escuchad. No estoy tan sólo,
cual otros mil común un enemigo,
que en pro de otro partido hoy os inmolo.

No. Soy un hombre, cuyo honor hollasteis
tejiendo la mentira más villana,
cuyos limpios blasones empañasteis

atropellando la honra de una hermana.
Yo estaba en tanto en Portugal; mas vine
de venganza con sed devoradora,
y a lograrla con calma me previne.

con estudiado afán; y esta es mi hora.
Sí: contempladme bien. No como un día
reptil oculto a vuestros pies me arrastro,
que hoy os vengo a decir con osadía:

yo soy, don Pedro, don Guillén de Castro.

PED. ¡Tú un Castro!

PASC. Vengador de doña Juana,
que llora en un oculto monasterio
su desesperación. Ella es mi hermana;

y este es de Juan Pascual todo el misterio.
¿Qué más queréis, don Pedro, que os ex-
[plique

porque con tal estrépito me vengo?

Pues sabed que he jurado a don Enrique
vuestra cabeza dar, y os lo prevengo.

PED. Pues bien: ven a arrancarla de
mis hombros,

y aprenderás más fáciles promesas
a hacer si has de cumplirlas; nunca asom-
[bros

me dieron más difíciles empresas.

PASC. ¡Oh! Ya con vos vuestro poder
[no lidia,

y es ceder o morir vuestro destino.

PED. (con ironía).

Del tuyo siento, buen Guillén, envidia
y quiero que hacia allá me abras camino.

PASC. Don Pedro, os engañáis: me ha-
[béis herido

de vuestra ley y fuero con la espada,
y a vuestra misma ley he acudido.

Escuchada la plebe amotinada. (Gritos.)

¿Lo oís? Clama por vos: viene a buscaros.
Ya os he dicho, señor, que estabais preso
y que al bastardo prometí entregaros.

PED. Mucho te ha de costar, vive Dios,
[eso. (Con sarcasmo.)

Tú has prometido a Enrique mi cabeza,
y le llamas, tal vez, a que la tome:

pues bien, la tuya encontrará su alteza:
yo se la arrojaré cuando se asome.

(Cierra las puertas y ase de una espada.)

Ahora a tu vez defiéndete, villano;
usa de tu valor y de tu acero,

porque vas a aprender de un rey tirano
lo que hay de un asesino a un caballero.

Ven; ya no lidia mi poder conmigo;
aquí mi majestad ya no me escuda:

sólo Dios es aquí nuestro testigo,
Ruégale, Castro, que te dé su ayuda.

ESCENA XI

DICHOS; CONJURADOS, que suben por el balcón

VOGES. ¡Muera don Pedro! ¡Muera!
UN CONJ. (que sube por el balcón):

¡Aquí, valientes!
Aquí está el rey, subid.

OTROS (que suben tras él, y van contra don Pedro):

¡Muera el tirano!

PED. Venid a mí, rebeldes insolentes, y probaréis el peso de mi mano.

PASC. ¡Ea! Acabad con él.

ESCENA XII

DON PEDRO se defiende de todos los que le acometen, cejando contra la pared; y en el punto en que va a sucumbir al número se abre a sus espaldas una puerta, en la cual aparece el CAPITÁN, que muestra a DOÑA INÉS desmayada en sus brazos, y cuyo pecho amenaza con la daga desnuda. Todos retroceden.

CAP. ¡Atrás, canalla!
Da un solo paso más, y la asesino.

(A Pascual.)

PASC. Teneos, capitán. Atrás vosotros, (A los suyos.)

CAP. (a don Pedro):

Una barca, señor, puesta se halla en la torre del Oro; este camino seguro allá desde el palacio os lleva.

Huid.

PED. Traidores, volveré algún día, y ¡ay del que entonces a parecer se atreva!

CAP. (a don Pedro):

Huid. Ahora, Juan Pascual, escucha. Cabeza por cabeza: esta es la mía;

(Señalando a doña Inés.)

la contienda es ya igual, franca la lucha.

PASC. Por piedad, capitán, por cuanto en el mundo tenéis, el impío acero de su pecho apartad: yo os doy amparo, riquezas, libertad!

CAP. (con firmeza). No: sólo quiero que entiendas bien mi condición postrera: escúchamela bien, hiena taimada. La suerte de don Pedro a tu hija espera, y a su suerte desde hoy encadenada, ella responderá de su destino, siendo, como él, dichosa o desdichada. Ahora sigue si puedes mi camino, y mira de quién es esta jornada. (Cierra la puerta secreta; Juan Pascual se arroja a ella desesperado, y cae el telón.)

PED. ¡No, partiendo así!

ACTO TERCERO

El teatro representa el terrado de la torre del castillo de Montiel, el cual se figura flanqueado de cuatro torreones. En el fondo, por encima de las almenas, se alcanzarán a lo lejos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de don Enrique. A la derecha y en el fondo, una puertecilla que conduce al torreón y otra a la izquierda, al lado de la cual por una ventana, con rejá se verá un interior del torreón donde estará el astrólogo Ben-Hagatin; un pilar de piedra en que está clavado en medio de la escena el pendón del rey don Pedro. Es de noche.

PERSONAS

- DON PEDRO.
- EL CAPITÁN BLAS PÉREZ.
- JUAN PASCUAL.
- DOÑA INÉS.
- EL ASTRÓLOGO BEN-HAGATIN.
- MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA.
- EL ALCAIDE DEL CASTILLO DE MONTIEL.
- GUARDIAS Y SOBADOSOS DE DON PEDRO.

ESCENA PRIMERA

EL REY DON PEDRO, sobre un torreón, mirando al campo de DON ENRIQUE; DOÑA INÉS, lo mismo por las almenas; el CAPITÁN, dando sus órdenes al ALCAIDE, que estaba hablando con él; el ASTRÓLOGO, en su torre consultando a la luz de una lámpara sus instrumentos cabalísticos, de los que se sirve para hacer el horóscopo de DON PEDRO.

CAP. Que esté ese paso secreto guardado por buena gente, y que entre él solo;

ALC. Corriente.

CAP. Ya conocéis el sujeto.

ALC. Ya le conozco.

CAP. En los nichos que hay en aquel subterráneo, puede ser triunfo instantáneo con los hombres de armas dichos. En estando ese hombre dentro, que se lance vuestra gente allá abajo de repente de los suyos al encuentro. Todos prisioneros; y en tanto, por esa puerta que estén tres o cuatro alerta cuando esté él conmigo aquí. ¿Lo oís? Que él entre no más.

ALC. Está bien. (Vase.)

CAP. (a doña Inés). Y vos, señora, retiraos, que ya es hora.

INÉS. (con tristeza). No imaginé yo jamás, capitán, eso de vos.

CAP. ¡Ah! Lloráis... Por caridad, el llanto de mí ocultad; no me hagáis dudar de Dios.

INÉS. No le invoquéis, ¡fementido!, que a enojo le provocáis cuando a sus plantas alzáis corazón tan corrompido.

¡Hombre vill! ¿Esto es amor?

¡Engañar a una mujer rehenes para tener con su padre vencedor!

¿Esto es, capitán, nobleza?

¡Decirle a un padre que elija, mostrándole de su hija con un puñal la cabeza!

CAP. Callad, señora, callad, que ignoráis lo que me cuesta con vuestro padre esa apuesta de inaudita atrocidad.

INÉS. Decid mejor lo que os vale, porque tenéis la esperanza que mi peso la balanza de vuestra fortuna iguale. Porque ¿cómo ha de dejar un padre a su hija morir tan sólo por conseguir a un enemigo vulgar?

Le diréis: «Vida por vida, salvadme a mí y os la entrego, que al fin es cosa de juego una mujer seducida.»

CAP. Retiraos, doña Inés, o de mí fe no respondo.

INÉS. A tu pesar, en el fondo de tu alma mi razón ves.

CAP. Os engañáis, os lo juro: vos veis el remordimiento donde hay otro sentimiento más noble, si más oscuro. Vos no podéis comprender que un hombre que a su rey, a su sacrificio su fama, su amor, su razón, su ser.

Ni vos lo comprenderíais, ni yo os lo osara explicar, pues a poderlo alcanzar yo sé que os asombraríais. Sí; yo estoy viendo una estrella de quien salvación espero, y para apagarla infiero que voy corriendo tras ella.

INÉS. (con emoción). ¡Ah! Rendíos, capitán. Cuando veo el sentimiento con que expresa vuestro acento ese incomprensible afán, aún que me amáis imagino, y que me decís lo cierto, aunque la influencia advierto de algún insondable sino.

CAP. Sino fatal que me impele a abreviar mi propia vida, desgarrándome una herida al punto en que más me duele.

INÉS. ¡Ah, me amáis! Dejaos vencer.

CAP. Sí; os adoro, ¿a qué mentir?

INÉS. Pues bien, dejadme salir.

CAP. Señora, no puede ser.

INÉS. ¿Es decir, mal caballero que debo estar desde aquí en que seréis para mí mi opresor, mi carcelero?

CAP. ¡Oh, por Dios! (Desesperado.)

INÉS. ¡Atado al yugo que vuestro dueño os impone, vendréis, si el rey lo dispone!

a parar en mi verdugo;
 Bien: seré mártir; mas vos
 que así me sacrificáis,
 mi airada sombra arrojaís
 entre vuestro paso y Dios.
 Sí, capitán: yo os perdono
 mi bárbaro sacrificio;
 pero os aguardo en su juicio,
 y os emplazó ante su trono.

ESCENA II

DON PEDRO, EL CAPITÁN

CAP. Emplaza, emplázame, si
 breve ha de ser este plazo,
 pues tu muerte de rechazo
 me dará la muerte a mí.
 ¡Oh! Si asomarte pudieras
 a mirar mi corazón,
 moviérate a compasión
 al ver cuál me lo laceras.
 Mas ¡ay! ¡Con cuánta verdad
 me culpas mi villanía!

(Pausa.)

Y atrás no me volvería
 por toda una eternidad.

PED. (que se ha vuelta a oír la última
 parte de la escena anterior, y baja al to-
 rreón). Blas. Señor.

CAP. Esa mujer
 te cuesta mucho, lo veo;
 libértárela deseo:

siento verte padecer.

CAP. Señor, con esa quimera
 no andéis desasosegado.
 Ya me la habéis entregado,
 y haré de ella lo que quiera.

PED. En vano ¡infeliz! reclamás
 tus derechos contra ella,
 porque es demasiado bella
 y veo cuánto la amas.

CAP. La adoro, señor, la adoro
 con ceguedad. Sin embargo,
 de atormentarla me encargo.

(Con resignación.)
 aunque a escondidas la lloro.
 Por cada lágrima suya

daría la vida entera;
 mas pide una razón fiera
 que la vuestra sustituya!

PED. Pérez, mi mente se pierde
 concibiendo tal maldad,
 y a decírte la verdad,
 la conciencia me remuerde.

CAP. También a mí; mas la lacalló
 con razón más poderosa.

PED. ¿Y con cuál?
 CAP. Con la imperiosa
 lealtad de buen vasallo.

PED. ¡No, por Dios! ¿Qué lograrás
 con tan triste sacrificio?
 CAP. Pagaros un beneficio

que no olvidaré jamás.
 Vos, generoso en exceso,
 recordarle no queréis;

y más, don Pedro, me hacéis
 agradecido por eso.
 Mirad en torno, señor,

¿de vuestro reino, qué os queda?
 Gracias que esta torre pueda
 daros tumba con honor.

PED. (con orgullo).
 Yo siempre moriré honrado;
 que atestiguar harto puedo
 que hasta encontrarla, sin miedo

con mi fortuna he lidiado;
 Huí, es verdad, de Sevilla;
 mas he revuelto la Europa

para encontrar oro y tropa
 con que volver a Castilla.
 Entré valeroso en ella

con quien seguirme ha querido,
 y si vencer no he podido,
 es porque tal fué mi estrella.

Maté, atropellé, deshice
 a cuantos hallé enemigos,
 y exageran mis castigos;

los a quien yo satisfacé,
 Mil veces les perdoné;
 y otras mil se amotinaron,
 y repartir me intimaron

lo que yo solo heredé.
 ¿Para esto había razón?

¿Qué derecho se le abona?
 ¿Por qué pedir mi corona
 si les daba el corazón?

No. Encerrado como estoy, viva el airab venga la muerte, sí, venga.
Mientras un soldado tenga,
el rey de Castilla soy.

CAP. Uno siempre os quedará,
don Pedro, mientras yo aliente.

PED. (dándole la mano).
Y bien lo futuro quien cuente
tu lealtad no faltará.

CAP. Mi padre fué zapatero,
vasallo, y de él nací yo,
y su alteza me nombró
capitán y caballero.
Quiero pagáros leal
vuestro favor con usura,
cavando mi sepultura
con la vuestra por igual.

PED. No, por mi vida; eso no.
Si Dios no me restituye
mi reino, sálvate y huye;
mis tesoros te doy yo.

CAP. ¿Sin vos, para qué los quiero?
Si es que la fortuna ingrata
con el dolor no me mata,
volveré a ser zapatero.

PED. Mas oye; en esa escalera
siento pasos.

CAP. Es sin duda.
Men Rodríguez; quiera ayuda
darnos Dios.

PED. ¡Ojalá quiera!

ESCENA III

DON PEDRO, EL CAPITÁN, MEN
RODRÍGUEZ DE SANABRIA

CAP. Men Rodríguez, ¿qué noticias?...

PED. ¿Habéis visto a ese francés?

ROD. Sí, señor.

PED. ¿Admite, pues?

ROD. No oso daros las albricias.

Mas inclinado le he visto
a proteger vuestra fuga,
pues dice que le subyuga
vuestra situación.

PED. ¡Por Cristo!
El oro que yo le ofrezco

es quien le mueve hacia mí;
mas si me saca de aquí,
al cabo se lo agradezco.

ROD. Oyóme con gran templanza;
prometi, insté, supliqué;
quién erais le recordé.

y al fin me dió una esperanza.
Díjome que allí venía
a sueldo de vuestro hermano,
y que tenderos la mano
sin venderle no podía.

Yo entonces por grande hazaña
el salvaros le pinté,
y en vuestra palabra y fe
le prometí media España.

PED. Bien hiciste en prometer,
que darse la mitad puede,
pues como mal me la enrede
entera la he de perder.

Mas al fin, ¿qué dijo?
ROD. Al fin,
tras de andar algo reacio,
pidióme un pequeño espacio.

PED. ¡Ese Beltrán de Claquín
me parece un gran traidor!
Porque si leal obrara,
que si o que no contestara.

ROD. Ya contestará, señor.
Si consiente y nos socorre,
hará en señal que se encienda
un farol sobre su tienda,
que se ve desde esta torre.

Vedla, señor.
PED. ¿Es aquella
que está junto a la corriente?

ROD. Sí, señor; la que está enfrente
de la torre de la Estrella.

PED. Bueno.

ROD. Si le veis brillar,
podéis sin riesgo salir

y a su misma tienda ir,
que él mismo os saldrá a esperar.

PED. Men Rodríguez, por si acaso
la luz a brillar acierta,
sobre el torreón alerta
estad, no erremos el paso.

(Sube Men Rodríguez al torreón.)
Retírate, Blas, también,
que quiero oír el consejo

de ese celebrado viejo;
mas cerca queda.

CAP. Está bien. (Vase.)

ESCENA IV

DON PEDRO, EL ASTRÓLOGO; MEN RODRÍGUEZ, en el torreón, donde ni ve ni oye lo que pasa en la escena.

PED. ¿Habéis concluido ya?

ASTRÓL. Vuestro horóscopo he formado y mi ciencia he consultado.

PED. ¿Y qué respuesta nos da?

ASTRÓL. Confusa es la explicación; pero vos la entenderéis, que los secretos sabéis que hay en vuestro corazón.

Ved: en ese pergamino de los astros está escrita la razón. Se necesita el mismo que su destino busca, su enigma resuelva.

PED. (Lee.) Por alrededor de Castro que he de morir, dice un astro, y otro dice que en la selva. ¿No podéis darme más clara explicación?

ASTRÓL. Sí, podría; pero mucho sentiría que si lo hiciese os pesara.

PED. ¡Pesarme! Pues que consulto mi destino a las estrellas, es para saberlo de ellas distintamente, no a bulto.

ASTRÓL. Su respuesta es esa; y de ella el sentido a escudriñar, veo que en este lugar os es fatal vuestra estrella.

PED. Eso ya yo me lo sé

(Con amargura.)

desde el punto en que nací; y que mejorara aquí

que nunca me esperaba a fe. (Señalando el pergamino que tiene en la mano.)

Esto no vale de nada, buen astrólogo.

ASTRÓL. Hay aún

consulta menos común que hacer, pero es arriesgada.

PED. ¿Con quién creéis que tratáis para dudar del valor?

ASTRÓL. Yo os lo propongo, señor: vos haréis lo que queráis.

PED. ¿Sabré...?

ASTRÓL. Toda la futura suerte a que el destino os lleva.

PED. ¿Cierta?

ASTRÓL. Cierta. Es una prueba terrible, pero segura.

PED. Hacedla, pues.

ASTRÓL. Necesito prepararos de antemano.

PED. ¿Hay en ella algo profano?

ASTRÓL. Sólo hay riesgo.

PED. Pues lo admito.

ASTRÓL. Una lámpara os daré, cuya luz será encendida con sangre fresca, extraída de vos mismo.

PED. ¿Y lograré...?

ASTRÓL. Qué a vuestros ojos palpable aparezca el porvenir.

Si osáis, me podéis seguir: mas es cosa formidable.

PED. Vamos allá: quiero ver mi destino ¡vive Dios!, que el más tenaz de los dos no quiero dejarle ser.

Harto tiempo me ha acosado con infernal fatalismo:

quiero acosarle lo mismo, y al menos le habré arrojado.

Vamos, pues.

ESCENA V

DOÑA INÉS, saliendo del torreón de la derecha abajo

¡Válgame Dios!

¡Qué noche tan fatigosa!

¡Cuán fiero el pesar me acosa

de mis memorias en pos!

El aura que inquieta pasa

por entre estos torreones,

a mis negras reflexiones

parece que pone tasa.

Ese en que encerrada vivo
con su estrechez me sofoca.

(*Se pasea caviloso.*)

Mas ¡Dios mío! ¡Yo estoy loco!

Lo veo y no lo concibo.

Cuando ese hombre amor me jura,

lo jura con tal pasión,

que obliga a mi corazón

a creer en su impostura.

Mil veces le he sorprendido

yo de mí misma detrás

llorando... ¡oh! Lloro quizás

de mi infortunio dolido.

Mas si me ama... si le pesa

de mi mal, ¿por qué me guarda?

¿Por qué así en libertarme tarda

cuando a él mismo le interesa?

Mi padre, si así lo hiciera,

con usuras le pagara,

y acaso le cueste cara

su traición si le exaspera.

¡Oh Dios, que del firmamento

tras el azul pabellón

velas, calma mi aflicción,

consuela mi sufrimiento!

ESCENA VI

DOÑA INÉS; EL ALCALDE, conduciendo a
JUAN PASCUAL, y entrando por el torcón
de la derecha arriba.

ALC. Podéis entrar sin temor,
y esperarle aquí.

PASC. Yo fío
mi empresa en mi propio brío,
y en lo que a él le está mejor.

ALC. Él os esperaba.

PASC. Ya
conté yo, alcaide, con eso,
que sabe que está bien preso,
y que en mis manos está.

Tomad por vuestro servicio,
ALC. Guardad, señor caballero,
para otros vuestro dinero,

que el rey me paga mi oficio.

PASC. ¡Habrás semeiante tonto!
Sea, en fin, como gustéis;

mas suplicoos que llaméis
a ese capitán, y pronto,
que no hay tiempo que perder...
Mas ¿qué veo?

INÉS. ¡Padre mío!

PASC. ¡Inés!

INÉS. ¿Es un desvarío
que os vuelvo por fin a ver?
¡Cuánto tiempo os he esperado!

PASC. Y ya ves cómo he venido
en cuanto posible ha sido.

INÉS. ¡Ay, padre, cuánto he llorado!

PASC. Esos tigres te habrán hecho
mil injurias a porfía.

INÉS. Ni una sola todavía.

Sin el cuarto tan estrecho
que me dan, nadie creyera,
según su porte cortés,
que esta torre cárcel es,
y yo en ella prisionera.

Ese capitán, señor,
de mi custodia encargado...

PASC. Ya sé, Inés, que ese menguado
se atreve a tenerte amor.

INÉS. Eso dice, y muchas veces
yo misma a creerlo llego...

PASC. Però ¿y tú, Inés?

INÉS. No lo niego,
PASC. ¡Necia, la muerte mereces
por un amor tan villano!

INÉS. Me aterráis. Aunque eso fuera
señor, ¿morir mereciera?

PASC. Morir por mi propia mano.

INÉS. ¡Ay de mí, padre y señor!

¿Para esto venís aquí?

¿Para amedrentarme así

en vez de darme favor?

PASC. ¡Ah! Perdona, pobre Inés,
secretos que desconoces.

INÉS. Mas que me dicen a veces
cuánta mi desdicha es.

PASC. Escucha, y tu llanto enjuga.

¿Conoces alguna puerta
que a fuerza o engaño abierta
pueda amparar nuestra fuga?

INÉS. No, señor.

PASC. Traigo conmigo
gente leal y resuelta,
y si ganamos la vuelta

de esa escalera, al postigo
llegaremos por secreto
callejón, aunque no es este
el objeto que pretexe...

INÉS. (con afán).

Vuestro principal objeto,
padre, el libertarme sea.

PASC. Inés, en eso medito.
Ese capitán maldito...

INÉS. Fuerza será que nos vea.

PASC. Mas siento pasos.

INÉS. ¡Él es!

PASC. Yo mismo he enviado a llamarle.

ESCENA VII

DICHOS, EL CAPITÁN

CAP. Buenas noches.

PASC. Quiero hablarle
a solas. Aparta, Inés.

CAP. ¿Qué me queréis, Juan Pascual?

PASC. Vengo un pacto a proponeros
que muy útil podrá seros
por grave razón.

CAP. ¿Por cuál?

PASC. Por la de que abre el camino
sólo que os puede salvar.

CAP. Cosa es que hemos de tratar
mejor solos, imagino.

PASC. Sí; decís bien.

CAP. (a doña Inés). Perdonad;
que os retiréis os suplique,
para que a solas me explique
vuestro padre...

INÉS. Por piedad,
capitán, oíd con calma
lo que tiene que deciros.

CAP. El negarme yo a serviros,

Inés, me destroza el alma.

Lo sabéis; más mi destino

es para mí tan terrible,

que me parece imposible

que abra Juan Pascual camino.

INÉS. ¡Ay de mí!

(Entra, y el capitán corre tras ella los cerrojos de la torre.)

PASC. (con afán). ¿Vais a cerrar?

CAP. Sí por cierto.

PASC. ¡Y a mis ojos!

CAP. ¿Qué queréis? Me dan antojos
imposibles de evitar.

ESCENA VIII

EL CAPITÁN, JUAN PASCUAL

CAP. Ea, pues: ya estamos solos;
hablad, que el tiempo se acorta
y yo tengo que pagaros
vuestra propuesta con otra.

PASC. Con que admitáis vos la mía
basta a mí ver.

CAP. No importa.
No estará la mía acaso
tras de la vuestra de sobra.

PASC. Pues bien, capitán: yo vengo
como quien amparo implora,
como quien suplica humilde,
arriesgando mi persona
y exponiéndome a perder,
si me descubren, la honra
con la vida, a demandaros
lo que vuestra mano sola
puede volverme, la hija
que mi corazón adora.

Ya veis cómo las desdichas
sobre don Pedro se agolpan:
ya veis cómo de los suyos
ciento a ciento le abandonan.

No tenéis agua ni víveres;
y esta situación penosa
cuanto más os desalienta,
capitán, y os algojoja,
mas a don Enrique augura
cerca y fácil victoria.

Pues bien: si me dais mi hija,
os juro que en pocas horas
saldréis del castillo libre,
sin condición deshonrosa,
y os daré a más el rescate
que vuestro capricho imponga.

CAP. ¿Habéis acabado?

PASC. Sí.

CAP. Pues oíd, que a mí me toca.
Si el rey don Pedro conmigo
igual libertad no logra,
y su pendón don Enrique

ante sus plantas no postra como rebelde, vuestra hija quedará donde está ahora.

PASC. Os comprendo, miserable.

Ese amor que os emponzoña el corazón, es quien dicta propuesta tan injuriosa.

CAP. Sí, Juan Pascual, yo la adoro, y esta pasión me devora, me martiriza y me acaba, mas mi voluntad no dobla.

PASC. Capitán, esa pasión, que fácilmente se ahoga, hoy que aún es tiempo, os advierto que os lleva a una muerte próxima.

CAP. Señor Juan Pascual, lo siento; mas tiene raíces hondas, y es imposible arrancarla.

Si el medio no os acomoda, es el único que resta: y en cuanto a mi última hora, que juzgáis cerca, mirad que la vuestra es muy dudosa.

PASC. Acabemos, capitán, y en ideas hermosas no os gocéis adormecido: yo tengo ocasión muy pronta para entrar en esta torre mucha gente valerosa, que llevará a sangre y fuego cuanto a su marcha se oponga.

Por sólo librar a Inés, he retardado hasta ahora la ejecución de mi plan; mas os juro que es muy corta la tregua que puedo daros.

CAP. Vos sois quien en ilusorias ideas adormecido, descuida lo que le importa.

Ya sé que en el subterráneo para esa traza traidora metido habéis vuestra gente; mas es esperanza loca la que sobre ella fundéis, pues mi atención previsoramente apostó gente más diestra, que en las revueltas tortuosas del subterráneo, a mi voz la hará prisionera toda.

PASC. ¿Intentáis amedrentarme con bravatas?

CAP. ¡Oh! No es cosa para pasarse en la cuenta; y escuchad bien, que la aurora no está lejos, y es preciso que abreviemos. Una bolsa de malla, que asida al cuello lleváis, donde hay una hoja de pergamino, que explica lo que fácil proporciona del príncipe don Enrique una venganza muy cómoda...

PASC. ¡Cielos! ¿Quién pudo deciros?

CAP. Yo lo oí de vuestra boca, una noche en vuestra casa escondido en vuestra alcoba. Conque ya veis que me guío por vuestras lecciones propias, y que no se me ha olvidado que a quien vengarse ambiciona, ni precauciones le bastan, ni se contenta con pocas.

PASC. ¡Vive Dios, villano astuto! ¿Quién a mi paso te arroja, que en todas partes te encuentro y me detienes en todas?

CAP. Concluyamos, Juan Pascual: o le escribís sin demora a don Enrique una carta, ofreciendo la persona de vuestra hija y la vuestra...

PASC. No, no: primero se rompa en mil pedazos el alma...

CAP. Pues que tú lo quieras... ¡Hola! ¡A mí, soldados!

(Salen tres soldados que se apoderan a la fuerza de Juan Pascual, que se defiende.)

CAP. ¡Villanos! PASC. Ponedle en la torre próxima, con una amarra en los brazos y una mordaza en la boca.

(Un soldado queda con Juan Pascual dentro del torreón; los otros dos salen con el capitán, el cual al cerrar la puerta dice a Juan Pascual a modo de despedida.)

Lo que mejor os conviene pensad, Juan Pascual, a solas.

porque no tenéis más término
que hasta el rayar de la aurora.
(*Al soldado que queda dentro.*)
No me le pierdas de vista.

(*A los otros.*)
Vamos a su gente ahora.
(*Vase el capitán. El teatro permanece unos instantes solo. Don Pedro aparece a poco trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está clavada su bandera.*)

ESCENA IX

DON PEDRO

Veamos este oráculo espantoso.
Quiero apurarle, y de la edad futura
embrigarme en el néctar delicioso,
o el cáliz agotar de su amargura.
Por su oculto poder arderá sola
esta lámpara, dice... ¡Harto la temo!
Llena está de mi sangre hasta la gola,
y yo en mi sangre sin arder me quemó.
¡Si atendiera al pavor, la vertería
por no verla inflamarse! ¡Oh! tiemblo y
luchó (*La toca.*)
con mi superstición... Aún está fría...
¡Si será un impostor!... ¡Oh, tarda mucho!
Perdóname tan torpe ceremonia,
¡oh cielo, para mí siempre enemigo!
No mires que al altar de Babilonia
me acerco impuro sin contar contigo.
En tu bóveda azul, limpia y serena,
jamás pude leer de mi fortuna
ni una letra feliz; ni amiga y buena
brilló para don Pedro estrella alguna.
Siempre, sí, su escritura fué siniestra;
siempre se abrió su libro tenebroso
por párrafo fatal, dándome muestra
de un porvenir aciago y borrascoso.
Perdona, sí, perdona si te irrito
otro poder diabólico invocando,
porque un calmante pronto necesito,
y por doquier que voy, lo voy buscando:
si es mi signo fatal, iré sereno
a sepultarme en su tremendo abismo.
Quiero saberlo, sí, contrario o bueno,
para luchar con él con heroísmo.
(*Pausa.*)

Ya hierve este licor emponzoñado:
ya de la mecha en derredor se apila:
ya trepa por sus hilos inflamado...
¡Ay, medroso mi espíritu vacila!
(*Empieza a inflamarse la lámpara con un color rojizo y siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.*)
¡Acúdeme, valor!... Brotó la llama...
Ven mis pupilas a su luz apenas
los objetos... ¿Qué es esto?... ¿Quién de-

[*rrama*
el fuego de un volcán dentro mis venas?
Próximas a saltárseme las sientos...
Me acosa el corazón abrasadora
de venganza la sed...; y el pensamiento
me desgarró una idea asoladora.
(*Don Pedro vuelve los ojos desesperado a todas partes. La sombra de don Enrique, materializando su idea recóndita, aparece en lo alto del torreón, bajando poco a poco hasta quedarse enfrente de él.*)
¡Enrique! Siempre Enrique... siempre ese
[*hombre.*

Di, ¿qué quieres de mí, bastardo infame?
¿Está escrito mi horóscopo en tu nombre?
¿Por qué me asaltas sin que yo te llame?
Ese puñal que abarcas con tu mano,
¿lo guardas para mí?... ¡Cuán torvo brilla!
¡Guárdale, por piedad, guárdale, herma-
[*no!*...

Mas no; mentí, bastardo de Castilla.
No lo escondas: levántale; te aguardo.
Ven, si te atreves, a amagar mi seno,
y exprimiré en mis brazos ¡vil bastardo!
de tu ruin corazón todo el veneno.
¡Ven, ven! Yo soy don Pedro de Castilla,
y aunque infame y traidor venzas al cabo,
no creas, no, que tu valor me humilla.
Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.
¿No lo oyes?... De rodillas, miserable.
¿Te niegas?... Tu sardónica sonrisa
(*Sonríe.*)

me mueve a compasión...; y me precisa
a volverte esa risa abominable.
Mírame sonreír... mírame y huye,
porque a la luz de mis ardientes ojos
tu ser se pulveriza y se destruye...
Ni rastro he de dejar de tus despojos
Mas ¡ahí estás aún!... ¿Qué esperas, sombra,

sonriéndome siempre?... ¿Qué me quieres?
Tu sonrisa me irrita, no me asombra,

(*Sonrisa convulsiva.*)

y me río también de... que me esperes.

Espera, sí, vasallo, espera, espera;

mas no, no: huye de mí, desaparece.

Tu sonrisa infernal me desespera;

tu mirada voraz me desvanece.

Huye: me das horror... huye al abismo.

No temo tu presencia; me fascina.

Te estoy viendo reír, y hago lo mismo;

pero esta risa cruel ¡ay! me asesina.

(*Cae en la piedra sentado, y sigue con su risa convulsiva hasta que apagándose la lámpara desaparece la sombra, y cae sin sentido.*)

ESCENA X

DON PEDRO, EL CAPITÁN; MEN RODRÍGUEZ, en el torcón

CAP. Ya todos están rendidos.

Mas ¿qué veo? ¿Si un traidor

(*Le toca.*)

legó hasta el rey?... No, respira.

PED. ¿Quién eres? (*Volviendo en sí.*)

CAP. Señor, yo soy.

PED. ¿Se fué ya?

CAP. ¿Quién?

PED. Ese espectro, ese sueño aterrador.

CAP. ¿Quién, señor, que no os entien-

PED. ¡Ay de mí! Tampoco yo. ¿do?

De esa lámpara maldita me ha fascinado el fulgor, y si no se apaga pronto me asesina esa visión.

(*Vuelve en sí del todo, y se levanta sobreponiéndose a su pavor.*)

Mas ese francés, ¿qué dice?

CAP. Nada responde.

ROD. ¡El farol!

PED. Ea, Blas, ya luce al cabo la estrella de salvación.

Salgamos de aquí cuanto antes.

CAP. Señor don Pedro, idos vos.

PED. ¡Qué! ¿Tú también me abandonas?

CAP. ¡Yo abandonaros, señor!

Me quedo para vengaros.

PED. Capitán, tienes razón.

Si me venden...

CAP. Id tranquilo,

que de eso me encargo yo.

PED. Voy, pues, a apurar mi estrella sin fe, pero sin temor;

que lo que en suerte me falta,

me sobra de corazón. (*Vase.*)

CAP. Ahora, o trono para él,

o tumba para los dos.

ACTO CUARTO

Campamento de don Enrique. En medio de la escena, la tienda de Beltrán Duguesclin, sobre la que habrá un farol encendido y dentro de la cual aparecen sentados éste y Olivier de Manni y otros caballeros franceses. Alrededor y en lontananza, las otras tiendas del campamento.— Amanece.

PERSONAS

DON PEDRO.

EL CAPITÁN BLAS PÉREZ.

EL INFANTE DON ENRIQUE.

BELTRÁN DE CLAUQUÍN.

MEN RODRÍGUEZ DE SANABRIA.

OLIVIER DE MANNI.

EL VIZCONDE DE ROCABERTI.

CABALLEROS FRANCESES. GUARDIAS DE DON

ENRIQUE. SOLDADOS DE DON PEDRO.

DOÑA INÉS, QUE NO HABLA EN ESTE

ACTO.

ESCENA PRIMERA

EL VIZCONDE, BELTRÁN DE CLAUQUÍN.

OLIVIER DE MANNI

VIZ. Miradlo, Mosén Beltrán,

con detenimiento y calma,

que es feo acudir a engaños

con las manos en las armas.

BELT. Señor vizconde, está hecho;

la noticia está ya dada

a don Enrique, y ofrece

doble de lo que él nos daba,

y son cuatrocientas mil

doblas de oro castellanas.

OLIV. Eso bien vale, señores,

una traición diplomática;
que al cabo, si bien se mira,
está siendo necesaria.

BELT. Sí, por cierto, ese don Pedro.
¿qué puede esperar ya? Nada.

Cercado en ese castillo,
sin viveres y sin agua,
sus gentes a nuestro campo,
pasándose a bandadas,
olvidado de Inglaterra,
aborrecido de Francia

y odiado en su reino mismo,
no le queda otra esperanza
que entregarse: a esto vendría
a parar hoy o mañana.

Su hermano, mientras él viva,
el objeto de sus ansias
no ha de lograr, con que es claro
que un día u otro le mata.

Y en tal caso...
OLIV. Ciertamente,
lo mismo es hoy que mañana.

viz. Sí; pero el rey de Castilla
es sólo don Pedro.

OLIV. ¡Vaya!
BELT. ¿Mas qué le vale ¡pardiez!

ser legítimo en su raza,
ser heredero de nombre,
sí el de la sangre bastarda,
más poderoso y más terco,

se le lleva la jornada?
Y en fin, no es malo un bastardo
para lo que hoy es España,

que en tierra en que reinan moros,
con un mal cristiano basta. *(Se rieuen.)*

viz. Parece, caballeros,
que es esa risa insensata,
al menos intempestiva:

y por la cruz de mi espada
os juro que más que a risa
me mueve don Pedro a lástima.

OLIV. Parece, buen vizconde,
que han sido vuestras palabras
mucho tiempo en pro de don Pedro.

muchísimo interesadas.
viz. Mis palabras son leales,
y aunque de opinión contraria

que las vuestras, no por eso
son menos libres ni francas.

BELT. Abreviemos de razones:
la cosa está adelantada
de tal modo, que ya fuera
imposible remediarla.

¿Qué nos importa a nosotros?
En esta guerra menguada
venimos por el partido

que nos compró nuestras lanzas.
Como podemos servirnosle,
y a traición o cara a cara,

siempre quien vence es el bueno,
y con razón buena o mala,
si lo acabamos nosotros,

después de darnos las gracias,
con el dinero de entrambos
nos volveremos a Francia.

OLIV. Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa,
y ese buen hombre no llega.

BELT. Ya empieza a rayar el alba.
OLIV. ¡Hola! Allá abajo distingo
dos sombras encapotadas.

BELT. Él es.
OLIV. Sin duda: ¿a qué otro
dejaran paso los guardias?

viz. Pues yo me lavó las manos:
que os guardé Dios. *(Vase.)*

BELT. Con vos vaya.
OLIV. ¿Habéis visto?

BELT. Ya lo he visto:
pero eso a mí no me extraña;
pues aunque en Francia criado,
no hay un francés en su casta.

OLIV. Me lo figuré al oírle
que por Castilla abogaba.

ESCENA II

EL REY DON PEDRO, EMBOZADO; MEN
RODRÍGUEZ DE SANABRIA, BELTRÁN DE
CLAQUÍN, OLIVIER DE MANNI.

ROD. ¿Es don Beltrán?
BELT. Sí, yo soy.
¿Es don Pedro?

PED. Caballero
francés, en vos sólo esperé,
y pronto a partir estoy.

BELT. Señor don Pedro, me pesa

por primera vez hablaros,
y haber de descontentaros.

PED. Qué, ¿negáis vuestra promesa?

BELT. No, señor; mas yo querría
a estas horas disponer
de más suerte y más poder
de lo que tengo en el día,
para servirlos mejor.

PED. Hablemos, señor francés,
claros: ¿vuestro intento es
ponerme a precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
que obtendréis cuanto pidáis
como a salvo me pongáis.

BELT. No es ese, señor, mi objeto;
que me estuviera muy mal
exigir un precio doble,
cuando anduvisteis tan noble,
tan franco y tan liberal.

PED. Entonces no hay para qué
pararse más en decir
sino vamos a partir,
que estoy impaciente a fe.

BELT. Señor, ¿es desconfianza
que tenéis de mí?

PED. Convengo,
caballero, en que no tengo
sino en Dios sólo esperanza.
Mas de ello no os ofendáis,
porque es tan fatal mi estrella
que todo lo temo de ella.

BELT. Suplicoos que contengáis
vuestra impaciencia un momento.

PED. ¡Vive Dios, señor francés,
que mi situación no es
para mucho sufrimiento!
Yo vine fiado en vos:
conque o dadme un guía fiel,
o yo me vuelvo a Montiel
a la voluntad de Dios.

BELT. Vuestra impaciencia imagino;
mas aguardad un instante,
y el guía os pondré delante
que os enseñará el camino.

PED. Pues id, y que sea presto;
porque si mucho tardáis,
a encontrar os arriesgáis
desocupado mi puesto.

ESCENA III

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ,

GUARDIAS

ROD. Señor, vuestros intereses
mirad, y ved que en conciencia...

PED. Rodríguez, fué una imprudencia
fiar en estos franceses.

ROD. Su mala opinión, señor,
no alcanza a Beltrán Clauquin,
que en todas partes al fin
ganó fama del mejor.

Le llaman el sin manecilla,
y goza grande importancia.

PED. Todos son buenos en Francia,
mas no los quiero en Castilla.
A tener otro remedio

no me fiara en ninguno;
mas place al hado importuno
mi desamparo y mi tedio.

En cuanto puse la mano
el cielo me castigó.

¡Destino el cielo me dió,
Men Rodríguez, bien tirano!

Sufrí todos sus reveses,
pero no puedo sufrir

que me obligue hoy a venir
a ampararme de franceses.

¡Oh! Nunca me imaginara
llegar otra vez a vellos,

sino lidiando con ellos
sol a sol y cara a cara.

Mas nunca mi desventura
tan extremada creía

que a sus tiendas me traería
sólo y en la noche oscura.

¡Ay! Cuando cuentas le pido
al tiempo que me ha tocado,

en tiempo tan desdichado
quisiera no haber nacido.

Mas ya la aurora esclarece;
mucho se detiene ese hombre;

y a pesar de su buen nombre,
que nos vende me parece.

Si deja que el sol aclare...

ROD. No os dé cuidado por eso,
que de la selva en lo espeso
metidos...

PED. ¡Dios nos ampare!
¿Cuál es la selva que dices?

ROD. Lllaman selva vulgarmente
a esa espesura que enfrente
viendo estáis.

PED. ¡Ay, infelices
de nosotros!

ROD. ¿Pues qué objeto
halláis, señor, que os asombre
en esa selva?

PED. Su nombre,
a mi horóscopo sujeto.
No esperemos a que vuelva,
Rodríguez: *cerca de Castro
que he de morir*, dice un astro,
y otro dice que *en la selva*.

ROD. Mas, señor, ved que arriesgamos...

PED. Todo ahora lo entiendo bien:
el Castro era don Guillén,
y esta la selva... ¡Ah! ¡Partamos!
(Van a salir y los guardías se lo impiden.)

SOLDADO. Atrás.

PED. ¿Qué es esto, traidor?

SOLDADO. De aquí no podéis salir.

ROD. ¡Ah! Como buenos morir
en Montiel era mejor.

PED. ¡Destino, no estás contento,
que aún el ultraje me espera
de morir como una fiera
acorrallada entre ciento!

ROD. ¡Morir decís!

PED. Sí, morir.
Pues ¿qué piensas, ¡vive Dios!
que he de ser yo de los dos
el que se haya de rendir?
No cabe en mí tal baja;za;
que aunque así Dios me abandona,
no perderé la corona
sino al perder la cabeza.
¡Ira de Dios! ¿Esto a mí?
¡En una tienda encerrarme
para venir a matarme
como asesinos aquí!
¡Infames! ¿Tan ruin traición
con un rey tan caballero?
Mas que vengan, les espero
sin miedo en el corazón.
Que vengan esos villanos
y vengan cuantos quisieren,

a presenciar cómo mueren
los leones castellanos.

ROD. *(a los soldados)*.
Señores, os lo rogamos
por cuanto hay santo en la tierra;
dejadnos que en buena guerra
como quien somos muramos.
Dejadnos ir a Montiel,
y aunque sin fortuna, al menos
peleando como buenos
acabaremos en él.

PED. *(con fiereza)*.
Sanabria, aunque los reveses,
de la suerte así me abaten,
dejadme vos que me maten
sin rogar a los franceses.
No quiero que piensen, no,
que nunca los he temido;
mis enemigos han sido,
y aún soy su enemigo yo.

ESCENA IV

DON PEDRO, MEN RODRÍGUEZ,
BELTRÁN, DON ENRIQUE, etc.

ENR. ¿Adónde está ese judío
que llaman rey?

PED. Aquí estoy.
(Dándose con la mano en el pecho.)
Yo soy don Pedro, yo soy
ese rey con tanto brío.
¿Ni aún siquiera me conoces
cuando me haces tal ultraje?
Yo a ti sí; porque el coraje
me lo está diciendo a voces.

ENR. Jamás el rostro te he visto
porque me dabas horror.

PED. Porque te daba pavor
el mirarme, ¡voto a Cristol!

ENR. Con mucha osadía vienes
dónde a humillarte te obligan.

PED. Jamás lo haré a los que abrigan
la sangre vil que tú tienes.

ENR. Ya diste al fin en mis manos,
excomulgado perverso,
azote del universo,
verdugo de tus hermanos.

PED. Bastardo, ten esa lengua,
que ni en palacio has nacido,

ni ser mi hermano ha podido quien obra con tanta mengua.

ENR. La mengua es tuya y no mía, pues por tus hechos atroces tu pueblo maldice a voces tu execrable tiranía.

PED. ¡Mi pueblo!... ¡Cuánta arrogancia tu infame traición te inspira!

¡Mi pueblo dices? ¡Mentira! ¡Tus mercenarios de Francia!

¡Sí, sí; vosotros, señores, que al compararos conmigo me teméis por enemigo

porque sois unos traidores. Lo dicho, sí, no me arredro.

¿Por qué no osasteis ninguno salir al campo uno a uno a matar al rey don Pedro?

Porque lo sois, ¡fementidos! Si todas vuestras victorias son como esta, vuestras glorias son hazañas de bandidos.

ENR. Tú eres el bandido, tú.

PED. Veamos quién de los dos...
(Yéndose para don Enrique.)

ENR. Tú, tú, maldito de Dios, entregado a Belcebú.

(Se abrazan y luchan: los otros se apoderan de Rodríguez, y le sacan de la tienda. Al caer ciérrase la tienda y salen los caballeros.)

OLIV. ¿Cayeron entrambos?

BELT. Sí.

OLIV. ¿Mas por quién de ellos quedó?

BELT. Debajo Enrique cayó, pero encima le volví.

ROD. ¿Y es esa, infame traidor, de caballeros la ley?

BELT. Ni quito ni pongo rey; pero ayudo a mi señor.

ESCENA V

Salen DON ENRIQUE descompuesto y agitado con la daga en la mano

ENR. Al fin concluyó la guerra concluyendo yo con él;

libré a Castilla en Montiel, y eché un monstruo a la tierra.

BELT. Fatigado estáis.

ENR. Sí a fe, porque además de la lucha,

Beltrán, mi ansiedad fué mucha cuando debajo me hallé.

BELT. Lo vi...

ENR. Que os lo pague Dios.
(Le da la mano.)

Que a tener daga en la mano, me da la muerte mi hermano,

BELT. En eso cumplí con vos.

ENR. No lo olvidaré jamás; y para mejor probaroslo,

pródigo voy a pagároslo, de lo pactado además,

haciéndoos conde de Deza, para que desde este instante

podáis cubriros delante de mi trono y mi grandeza.

BELT. Hice sólo en ayudar a mi señor, mi deber.

ENR. Mas lo pudisteis poner en las manos del azar.

Y en fin, hoy es el gran día de mi existencia, el primero

feliz, y el mejor que espero en cuanto dure la mía.

Los que en favor de ese indigno aún en Montiel estuvieren,

que salgan cuando quisieren; seré con ellos benigno.

Ya no hay, Beltrán, para mi rival que ponga dique.

Mi pendón, clavadle aquí.
(Traen el pendón, y lo clavan a la entrada de la tienda.)

¡Castilla por don Enrique!

(Se oyen los tambores y clarines por todo el campamento, perdiéndose a lo lejos entre las voces repetidas de: «Castilla por don Enrique!»)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; EL CAPITÁN BLAS PÉREZ, con una corneta de caza colgada a la cintura

CAP. ¿Quién es don Enrique?

ENR. Yo.

¿Qué demanda? ¿Quién es él?

CAP. El capitán que en Montiel el rey don Pedro dejó.

ENR. Si viene a implorar perdón o a rendirse a mi bandera, libre es para ir donde quiera con toda su guarnición.

CAP. El triunfo os ciega, señor. No vengo a implorar perdones, sino a imponer condiciones al soberbio vencedor.

ENR. ¡Vive Dios!

CAP. ¡Por vuestra vida! No tan pronto os enojéis, que es preciso que lloréis el crimen de fratricida.

ENR. ¡Hola! Prenderle, llevarle.

CAP. Os tengo, rey, bien sujeto en las redes de un secreto, y os importa adivinarle.

ENR. Ventrás a ofrecerme el oro que habrá escondido mi hermano; mas todo el reino le gana, y es de su reino el tesoro.

¡Intentas comprarme, necio, tu vida y ganar con él! Sal sin temor de Montiel; que ambas a dos las desprecio.

CAP. ¡Oh! No con tanta mancilla, señor rey; guardad memoria de que amargar vuestra gloria hay quien pudiera en Castilla.

ENR. La lengua torpe detén, y agradece mi paciencia, porque es día de indulgencia. Ea, vete.

CAP. (acercándose a él). ¿Y don Guillén?

ENR. ¿Guillén de Castro?

CAP. Ese, sí.

ENR. ¿Dónde está, dónde...?

CAP. Murió...

ENR. ¡Murió!

CAP. Sí; le maté yo.

ENR. ¿Y una bolsa...? (Con ansiedad).

CAP. Esa está aquí.

Tomadla; ese pergamino calmará vuestra impaciencia.

ENR. (Lee.) «Don Enrique: vuestra hija, a quien yo mismo saqué de entre las illas,

mas, y de cuya identidad existen documentos legales en el pueblo de la Rioja donde fué hallada, es la que con el nombre de Doña Inés ha vivido siempre conmigo.» ¡Oh, traedla a mi presencal!

CAP. Vuestra ansiedad advino: Pero ya os dije, señor, que en vez de implorar perdones, vine a imponer condiciones al soberbio vencedor.

ENR. Pide, pues, lo que quiesieres: mi reino es tuyo; pedazos hazle, mas tráela a mis brazos, tráela y no me desesperes. Dichoso día, por Dios, es este que me da el cielo; yo le pedía un consuelo, y el cielo me otorga dos.

Dos, señores: esa Inés a quien busco, es hija mía, hija por quien yo daría cuanto hoy en mis manos es.

Fruto de un amor profundo, ciego, idólatra, excesivo, con cuyo recuerdo vivo, por quien diera todo un mundo.

¡Oh! Figuraos, señores, que entero le he recorrido tras ese tallo escogido del vergel de mis amores.

Figuraos que sin gloria, proscripto, humillado, errante, su idea ni un sólo instante se apartó de mi memoria.

El viento revuelto y vario que agitó el mar de mi vida, no osó con mano atrevida a este fanal solitario.

Y en medio de mis azares, sólo su luz casta y pura alumbró mi desventura y adormeció mis pesares.

CAP. También a mí me alumbró con su antorcha ese fanal, mas ¡cuán siniestro y fatal ante mis ojos brilló! Desatentado y ciego

con necio amor le seguía,

seguro que a ser vendría mariposa de su fuego.

ENR. ¡Oh, tú también la has amado!

CAP. Sí, con ciega idolatría, y ella me correspondía con amor bien desdichado.

A vos al menos, señor, os sirvió siempre de estrella; mas yo he corrido tras ella con inaudito furor.

ENR. ¿Qué dices, vil?

CAP. ¡Abre, infierno, a mis pies un precipicio, o admite mi sacrificio en tu piedad, Dios eterno!

(Volviéndose a don Enrique de repente.) ¿Qué me darás por tu hija?

ENR. De todo cuanto poseo lo que cumpla a tu deseo, lo que tu capricho elija.

CAP. Dame a don Pedro.

ENR. (alzando las cortinas de la tienda). Ahí está.

Tómale.

CAP. ¡Muerto!

ENR. A mis pies.

CAP. Como a don Pedro me des mi furor te la daré.

ENR. ¿Qué estás ahí, miserable, diciendo, que me estremeces?

CAP. Te pago como mereces: el fallo es irrevocable.

Don Enrique, ella por él; él puso en mí su esperanza, y yo le juré venganza cuando salió de Montiel.

ENR. ¿Quién eres, hombre infernal, que en mi ventura mayor te opones con tal furor a mi carrera triunfal?

CAP. Una serpiente escondida en mitad de tu camino; soy la voz de tu destino que te arrastró a fratricida.

Soy, don Enrique, un villano, un infeliz jornalero, que fui noble y caballero con su favor soberano; y que vasallo leal,

pago a mi rey con usura, cavando mi sepultura de la suya por igual.

ENR. ¿Quién puso en tu corazón ese pensamiento impío, que aterra mi poderío y amedrenta mi razón? Esto es un sueño tenaz, una horrible pesadilla.

CAP. No es sueño, rey de Castilla, es la horrible realidad. Un pensamiento ocurrido a mi intención vengadora, represalia tan traidora como su muerte lo ha sido.

Yo a Castro ese pergamino arranqué con el objeto de tener con tu secreto en mis manos tu destino. Don Enrique, ella por él; no tenéis otra esperanza; que así cumplo la venganza que le he jurado en Montiel.

ENR. Quitadle de aquí al momento; llevad a ese hombre, y que elija, o que os entregue a mi hija, o que expire en un tormento.

CAP. (con ironía a los caballeros franceses que cercan a don Enrique).

¡Sí, sí, llevadme, señores, que al cabo es adelantar por verdugos acabar empezando por traidores.

¡Oh! No acariciéis la espada, Don Claquín, porque os lo llame, que no lavaréis ¡infame! el borrón de esta jornada.

Con vos hablo, don Beltrán, que alcanzáis en vuestra tierra gran renombre en paz y en guerra de invencible capitán.

Vos, sí, que vuestros trofeos no habéis jamás empañado, y en tal traición habéis dado al pasar los Pirineos.

¡Oh! Tenderíais la vista desde allí por la llanura, diciendo al ver su hermosura:

«Esta es tierra de conquista.»

Diriais: «De todos modos nada aquí será mancilla, que al fin es patria Castilla de vándalos y de godos.

Aquí no lo han de tachar, porque ese pueblo insensato tomará sobre barato lo que le queramos dar.

No hacen falta aquí decoros, ni lealtad, ni nobleza;

cualquier traición es proeza en esta tierra de moros.»

Mas olvidasteis, señores, que en el pueblo castellano nunca faltará un villano para llamarlos traidores.

Ahora llevadme al tormento: allí el secreto que abrigo morirá a un tiempo conmigo.

ENR. ¡Hombre fatal, un momento aguarda! ¿Nada en la tierra

hay que por precioso o grande ni te compre, ni te ablande el corazón que le encierra?

El oro, la libertad...

CAP. Sólo al rey don Pedro quiero.

ENR. Dírate el alma primero.

CAP. Pues bien, entonces, mirad.

¿Veis de aquel cerro en la loma diez soldados?

ENR. Sí.

CAP. Pues son diez hombres de mi facción.

¿Veis una mujer que asoma entre ellos mal escondida y en sus brazos desmayada?

ENR. Sí.

CAP. Pues esa desdichada

es esa Inés tan querida.

ENR. Id, caballeros, volad:

allí está... mi hija, señores, libradla de esos traidores, ¡librádmela por piedad!

CAP. Sí, sí, volad, caballeros; de allí no se moverán.

(A don Enrique.)

Mas ¿qué creéis que hallarán al llegar los más ligeros?

ENR. Tu calma feroz me aterra.

¿Qué hallarán, hombre cruel?

CAP. Un crimen más en Montiel, y otro cadáver en tierra.

(Se aplica a los labios la corneta de caza y hace una señal, a cuyo sonido se vuelve a él don Enrique espantado: los soldados que tienen a doña Inés la matan.)

ENR. ¿Qué haces?

CAP. ¿Os ha estremecido este sonido fatal?

Temblad, sí, que a esta señal su cabeza habrá caído.

(Un momento de pausa. Don Enrique se cubre el rostro con las manos. El capitán, con desesperación.)

Reinad, don Enrique, sí;

pero sabed con horror

que yo asesiné a mi amor cuando con mi rey cumplí.

Cuando a su sepulcro helado

baje a pedirle un asilo,

«Dormid, le diré, tranquilo; don Pedro, ya estáis vengado.

Vos por tan fiera traición

su corona os ceñiréis;

mas de espinas llevaréis

coronado el corazón.

APOTEOSIS
DE
DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA⁹

PERSONAS

LA FAMA.
EL REPOSO.
LA CRÍTICA.
HOMERO.
VIRGILIO.

SHAKESPEARE.
CERVANTES.
COROS Y ACOMPAÑA-
MIENTOS CORRES-
PONDIENTES.

ESCENA PRIMERA

Alegoría del alcázar de la Memoria; figurando un antro oscuro con cinco puertas o nichos que se abren a su tiempo.

Al levantarse el telón se oye música y cantan dentro

Pasad, ruidos livianos,
inútiles quimeras,
espíritus mundanos
que de la tierra prófugos
por las tinieblas vais.
Pasad, sin que al tumulto
de vuestros pies profanos,
de mi palacio oculto
la soledad pacífica
pasando interrumpáis...
¡Pasad, pasad!

Aquí no está el imperio
de vuestra magia impura:
aquí de hondo misterio
entre los velos mágicos
en blando sueño están
los genios que vertieron
la luz sobre la tierra,
los que de Dios bebieron
la ciencia y el espíritu
con anheloso afán.
¡Pasad, pasad!

LA FAMA (*saliendo*).
¡Há del reposo que en las tumbas mora!
¡Há del misterio que velando está!
EL REPOSO (*dentro*).
¿Quién de las tumbas atención implora?
¿Quién por mi reino descarriado va?
LA FAMA. La Fama soy, que de la tie-
[rra vengo.

ESCENA II

Ábrese la puerta del centro, y aparece en un lecho el REPOSO coronado de adormideras.

EL REPOSO. ¿Qué pasa, pues, en la fatal mansión?

¿Llegó el instante en que sin tino tengo los sellos que romper de mi panteón?

¿Tocó en su colmo la locura humana?

¿La cólera de Dios se desbordó

y el orbe a polvo tornará mañana?

¿Vuelve la nada a su principio?

LA FAMA. No.

El tiempo sigue su veloz carrera, el mundo largo tiempo vivirá, y largo sueño en su mansión espera a los que su antro cobijando está.

Mas óyeme un instante, y tus oídos la nueva que divulgo escucharán, y tus genios de gozo estremecidos en su lecho de mármol se alzarán.

Hay un rincón de la atrevida Europa do una raza de inmenso corazón vive, y guarece su triunfante tropa la sombra de un Castillo y un León.

España, sí, que vencedora un día dos mundos ocupó con su estrechez:

España, que negaba y concedía tierra donde vivir, con altivez;

existe libre de extranjero yugo, por más que Europa la contemple audaz

y ser quisiera su fatal verdugo, siempre envidiando su valor tenaz.

La inquieta Europa, que intentó humi-

llarla no la conoce todavía bien,

y atenta solamente a encadenarla, la mira desde lejos con desdén.

Pobre, ignorante y sin poder la entiende, de sí misma la juzga sin amor,

y ella, a su vez, su libertad defiende con su fe solamente y su valor.

Tinta en la sangre de sus propios hijos, cercenada de intrusos por doquier,

no ha sabido a desastres tan prolijos la gloria de sus hijos posponer.

Templos les abre, y les eleva estatuas,

y esos son (dice a los extraños), sí, los que pregonan vuestras lenguas fatuas sin recompensa ni memoria en mí.

¿No hay aquí gloria?—Sin que mucho [tarde,

Calderón y Cervantes lo dirán—

¿No hay libertad?—Daoiz y Velarde a daros un ¡mentís! despertarán.

Eso dice la España postergada,

eso la fama anunciará veloz;

díselo tú, Reposo de la nada,

a esos que duermen sin oír mi voz.

Si al viento de las recias tempestades con que su patria desolar se ve, ardiendo se desploman sus ciudades, sus mausoleos quedarán en pie.

Diles que duerman sin odiar los hom- [bres

a esos que grandes y españoles son,

y que no ignoren que escribió sus nom- [bres

a par de los más grandes su nación.

EL REPOSO. Sí les diré. Sus almas bien- [hadadas

con tus nuevas, ¡oh Fama!, gozarán,

y con blanda sonrisa en sus almohadas

a posar la cabeza tornarán.

Que aquí halla amparo, protección y [asilo

cuanto atañe al descanso y al placer,

aquí reposa el corazón tranquilo

de la ansiedad con que acertó a nacer.

LA FAMA. ¡Oh! Tengan ese misero con- [suelo

que el envidioso mundo les negó,

ahora que ven que sin premiar el cielo jamás el genio y la virtud dejó.

EL REPOSO. Las alas otra vez tiende [segura,

tórnate en calma donde alumbré el sol;

ellos sabrán en mi mansión oscura

la gloria de ese fénix español.

LA FAMA. ¿Quién trajo aquí sin mi [poder la nueva?

EL REPOSO. Há siglo y medio, ¡oh [Fama!, que la sé,

que há siglo y medio que en el mundo [prneba

con sus palabras Calderón quien fué.

LA FAMA. La lumbre de su gloria re-
[verbera
por cuanto alumbra el rutilante sol,
y España olvida su contienda fiera
escuchando su fénix español.

EL REPOSO. Por quién es, está aquí;
[yo que le guardo,
el primero a mi vez le conocí.

LA FAMA.—Su triunfo dile.

EL REPOSO. A que se torne aguardo.

LA FAMA. ¿No está en tus reinos?

EL REPOSO. Volveráse a mí.

A recibir la merecida palma
a su alcázar la gloria le llamó,
y hoy volverá regocijada el alma,
al lecho que un instante abandonó.

LA FAMA. A Dios te queda, pues.

EL REPOSO. Ve tu camino,
y allá en los sitios por do errante vas,
venga a la España y su cantor divino,
que bien merecen los de España más.

LA FAMA. ¡Guay de quien mira necio o

[atrevido
con ojos insolentes su pendón!
¡Guay del que asome cuando dé un rugido
y despierte iracundo su león! (Vuela.)

ESCENA III

EL REPOSO

Y vosotros, que en sueño perfumado
en vuestro lecho de laurel dormís,
alzaos y gozad con lo pasado,
levantaos a ver cómo vivís.

¡Há de los mansos soñolientos sonos
que arrullan y adormecen mi mansión!
¡Cantad, y al entonar nuevas canciones,
el descanso romped de mi panteón!

No traigáis el murmullo de las hojas,
ni de las fuentes el rumor tenaz,
ni el son del aura en las espigas rojas,
ni el suspiro del céfito fugaz.

Venid sobre el perfume de las flores
con el vario cantar del ruiseñor
cuando cuenta a la aurora sus amores,
el rocío libando en una flor.

Traed las armonías que en la gloria
se exhalan del laúd del serafín,

y a las puertas llamad de la memoria
de los que duermen sin temer su fin.

¡Cantad! y que despierten un momento
su gloria inmarcesible a contemplar,
como a los besos de amoroso viento
las flores, que se vuelven a cerrar.

(*Cierranse las puertas que muestran el
lecho del Reposo, y se oye dentro mú-
sica.*)

ESCENA IV

MÚSICA

Alzaos del sepulcro

los que dormís en paz.

Aún se oyen vuestros cánticos

gloriosos resonar:

sobre las alas rápidas

de las centurias van:

de vuestros nombres inclitos

la lumbre celestial,

el mundo por sus ámbitos

iluminando está.

Alzaos del, etc.

Ni ingrata a vuestro espíritu

la patria desleal

en vuestros secos mármoles

os dejará posar.

Con vuestra fama espléndida

feliz se ufanará,

si acuerda a vuestras ánimas

origen inmortal.

Alzaos del sepulcro

los que dormís en paz.

(*Abrense las puertecillas del escenario,
cada cual a su turno, dejando ver una
débil aureola de luz, símbolo de la glo-
ria, y se presenta a su voz HOMERO,
VIRGILIO y SHAKESPEARE coronados de
laurel, apareciendo sus nombres sobre
sus respectivas puertas en letras de luz
y conforme van presentándose.*)

HOM. ¿Quién a luz torna mis desiertos
[ojos?

¿Quién música tan dulce en mis oídos
vierte, y a vida vuelve mis despojos
en el abismo de la sombra hundidos?

Oigo una voz más suave y halagüeña
que las aguas del Xanto y del Eurotas;
que de mi patria la ilusión risueña;
memorias dulces por la muerte rotas!

Alcanzo en el espacio, vagarosos
ricos de gloria y varios en colores,
ir en montón espíritus famosos
cantando al par su religión y amores.

¿Quiénes son esos héroes que embozados
van en tropel, y nacen de una lira
cuyos cantares con vigor lanzados
de mi Grecia el espíritu no inspira?

No conozco sus faces escondidas
tras de los cascos que los rayos doran,
ni comprendo sus trovas confundidas
con plegarias al Dios a quien adoran.

No van a los Elíseos por descanso,
ni a Júpiter invocan, mas su acento
baja solemne y armonioso y manso
por la región del azulado viento.

¡Cantad, héroes, cantad!, que mis oídos
os oyen con placer, y el alma mifa
en vuestros sonos va desconocidos
a torrentes bebiendo la armonía.

Yo os escucho, cantad; mi largo sueño
meceis con vuestra voz: ¡cisnes extraños!
verdad deliciosísimo beleño
en el insomnio de mis luengos años!

Virg. Yo oí entre las hojas de mi laurel
sonoro
brotar de un arpa nueva el inspirado son.
y desperté sintiendo de sus bordones de

los misteriosos ecos herirme el corazón.
No fué, sin par Homero, la voz de tus

ni el himno de tu Grecia la música que oí:
sus notas son más graves, y excitan re-
memorias religiosas con que jamás viví.

No adornan sus misterios los mirtos de
la voz de las sibilas, ni el carro del amor,
de Venus las palomas, ni de Carón el lago;
ni el porvenir de Roma, a quien fingí me-

si necesitan voz, les das tu acento;

Mas yo mientras escuche las notas de
no quiero de mi lecho volver al cabezal;
quien quiera que tú seas, quien con tu
tu canto no interrumpas, ¡oh bardo ce-

Te escucho, y tu armonía dulcísima me
como la voz lejana del espumoso mar,
como el susurro manso de la floresta amena
y el ala de la garza que empieza a re-

La sombra de los olmos en la abrasada
de un límpido arroyuelo el desigual rumor,
no son para el viajero que a reposar se

cual para mí son dulces tus cántigas de
Si canta, y de mi gloria con reverente
en mi inmortal insomnio tu voz escucharé,
y aromará mis sueños el plácido sonido
de tus palabras bellas que comprender

SHAKESP. Yo oí su voz primera descen-
a esta mansión de sombra y de reposo,
y allá en el alma el porvenir midiendo
miré a lo lejos y alcancé un coloso.

Yo te conozco bien, hijo del canto
yo comprendo la voz de esas quimeras
que en un delirio misterioso y santo
lanzas al mundo de quien nada esperas.

¿Quién resiste tu voz? Lanzada al cielo
te franquea sus puertas eternas;
lánzala al viento, y detendrá su vuelo
al vivo lampo de sus mil fanales.

El Averno, la mar y el orbé todo
de tu arpa cede al colosal imperio;
sí, cuanto existe, de insondable modo
de su existencia te mostró el misterio.

¿Quién como tú? Los mundos a tu orden
ante tus ojos obedientes giran,
átomos son que hierven en desorden
y a tu voz nacen y a tu voz expiran.

Soplas sobre ellos, y a tu soplo viven;
si necesitan voz, les das tu acento;

si forma, de tus manos la reciben;
si atributos, les das tu pensamiento.

Eres un manantial rico y fecundo,
tu lengua es un torrente de ambrosía,
tu mente radia como el sol, y el mundo
al son de tu palabra se extasia.

De águila son tus ojos, son tus alas
de ardiente querubín; a las tormentas
en el impulso de tu vuelo igualas,
y a reposar en el zenit te sientas.

Allí sueltas tu voz, y allí a tu canto
el curso de los astros se suspende;
Dios te envuelve en las orlas de su manto,
y en su divino espíritu te enciende.

Sacerdote de Dios, cantas su gloria;
bardo de religión, tú la penetras;
tu patria diviniza tu memoria,
y los sabios aprenden de tus letras.

Canta, y en tanto que tu genio aborte
de místicos fantasmas luenga tropa,
a la sombra inmortal de su cohorte
yo dormiré, y aplaudirá la Europa.

ESCENA V

HOMERO, VIRGILIO, SHAKESPEARE, LA
CRÍTICA

LA CRÍTICA. (Nidel reposo y la muerte
en los brazos dormirán;
yo amargaré cuanta gloria
el universo les da.)

¡Há de los que alzan la frente
del mundo a la vanidad,
yerbas que brotáis al soplo
de vuestro orgullo no más;

tan sólo vuestra demencia
vosotros divinizáis!
¿De qué sirve a quien le escucha
vuestro sublime cantar?

Esas creaciones grandes
que encarecéis con afán,
sólo son necios delirios
incomprensibles asaz.

¿De ese cantor os arrulla
el cántico celestial?
Porque escucháis solamente
su monótono compás.

Así es el ruido del viento,

del agua así el son fugaz;
a su murmullo se duerme,
mas no se entiende jamás.

ESCENA VI

HOMERO, SHAKESPEARE, VIRGILIO, LA
CRÍTICA, CERVANTES

CERV. ¿Quién con tan negras palabras
llega a esta mansión audaz,
que de mi sueño de mármol
me viene así a despertar?

LA CRÍTICA. La crítica soy juiciosa,
en cuya balanza igual
se equilibran los tesoros
que debe la ciencia dar.

Yo por el bien de los hombres
estoy en vela tenaz,
y les marco los caminos
por do salir sin errar.

Yo les aparto los brezos,
yo les enseño además
dónde están los precipicios
y los escollos do están.

Yo voy con mi clara antoreha
guiando su ceguedad,
y caen los que no me siguen
a cada paso que dan.

Sin mí no hay nada perfecto,
sin mí no podéis hallar
ni lo justo ni lo hermoso,
ni la luz, ni la verdad.

Calderón, a quien ufano
fénix del arpa llamáis,
no supo sin mis auxilios
sino caer y tropezar.

Y pues queréis como al Genio
divinizarle, mirad
que es perfección lo divino
y que quien yerra es mortal.

Y esto os dice quien lo sabe,
que no aumento al afirmar
que aun Dios al hacer sus obras
me las consulta quizás.

CERV. Yo te conozco: quién eres
sé bien, y de mí ocultar
no puedes lo que tu envidia
dieta a tu lengua infernal.

Critica, tú eres un monstruo
sólo de envidia capaz,
tu lengua mana veneno
y en hieles bañada está.

Pero no puede los bordes
de los sepulcros pasar,
y aquí no tienes oídos
para tu canto mordaz.

Aparta, pobre sirena,
que has olvidado el cantar;
huye, hermosura caduca,
que has perdido tu beldad.

Tú tienes torpes las manos,
y las alas con que vas
volando, tan sólo pueden
tu cuerpo vil remolcar.

Aparta, lince sin ojos,
que lo que no puedes ya
ciega a entender por ti misma,
lo tienes que preguntar.

Aparta, cuervo engreído,
que pavoneándote vas
con las plumas que recoges
en pos de la garza real.

LA CRÍTICA. ¡Oh, sí! Vosotros quisie-
rais el corazón engañar,
mas yo quiero recordaros
algo de la realidad.

Homero, tú que cantando
hiciste a Grecia inmortal,
para alimentarte en Grecia
tuviste que mendigar.

Virgilio, tus ricos cantos,
que a Homero te hacen igual,
son el incienso que el César
te hizo a sus plantas quemar.

Cervantes, la misma tierra
que ahora estatuas te da,
miserable y calumniado
te vió morir sin piedad.

Ni Shakespeare vigoroso,
ni Calderón...

CERV. Basta ya;
mi patria es grande y no puede
ni confundir ni olvidar.

(Música lejos.)
VIRG. ¡Silencio! Ya resuenan los him-
nos inmortales
a cuyo justo y santo y poderoso son

sus quicios de oro rompen las puertas ce-
lestiales,
y al Genio dan camino por su imperial
mansión.

HOM. Desciende, de tu gloria la frente
coronada,
baja a la arena olimpica, ¡oh atleta triun-
fador!

Ven a dejar tu lira sobre el laurel colgada,
cuya tranquila sombra te enjugará el
sudor.

SHAKESP. Cantor de los misterios que
ciega no comprende
de Grecia ni de Roma la inspiración gentil;
los ojos a tu origen divinizado tiende;
tú tienes en tu patria un trono de marfil.

De Dios siendo en la tierra la soberana
hechura,
derechos inmortales tenemos hacia Él;
ven a gozar tu gloria sobre la lumbre pura
que radia su semblante y entolda su dosel.

CERV. A LA CRÍTICA. Y tú que nunca
descansas
y que a todos aconsejas,
ven a presenciar su gloria,
si con su gloria no ciegas.

Hoy que le conoce España,
y que grande le confiesa,
en la divina familia
de los inmortales entra.

Y aquí del mezquino mundo
las tempestades no llegan,
ni de la envidia los dardos
empozoñados penetran.

Que las estrellas no alumbran
por donde el sol reverbera,
ni suben las golondrinas
donde las águilas vuelan.

Ve a contar esto a la España,
y si su amor les conserva,
a los hijos que la ilustran
con sus armas o sus letras,

ni necesita extranjeros
que la enseñen ni defiendan,
ni ha de faltarla lidiando
la libertad, ni la tierra.

LA CRÍTICA. Sí que la diré...

ESCENA ÚLTIMA

Aparece el REPOSO y desaparecen HOME-RO, VIRGILIO, SHAKESPEARE y CERVANTES por sus correspondientes apariencias.

EL REPOSO.

¡Silencio,

Critical, tus labios sella,
venda tus ojos, y escucha
de rodillas muda y ciega.

Que del Genio a quien su patria
agradecida venera,
donde le labran su tumba
su apoteosis empieza.

(Transformación magnífica de apoteosis al son de un himno triunfal a órgano y orquesta.)

La *Critica*, de rodillas; en un pedestal decorado con insignias de triunfo la sombra de don Pedro Calderón de la Barca, de cuerpo entero, coronada de laurel, y mostrando la cruz de Santiago, de cuya Orden fué caballero. A la derecha un símbolo de los Autos Sacramentales en una alegoría que remata con la cruz, y sembrada de palmas, en cuyas hojas se leerán los títulos de los mejores Autos.

«La nave del mercader».

«La divina Filotea».

«La cena de Baltasar».

«Las espigas de Rute».

«El laberinto del mundo».

«El divino Orfeo».

«La cura y la enfermedad», etc., etc.

A la izquierda, otra alegoría coronada por el Amor y orlada de atributos profanos, donde se lean títulos de las mejores comedias de Calderón.

«La dama duende».

«La vida es sueño».

«La niña de Gómez Arias».

«El escondido y la tapada».

«El jardín de Falerina».

«La devoción de la cruz».

«El alcalde de Zalamea».

«Las tres justicias en una».

«El mágico prodigioso».

«A secreto agravio secreta venganza».

«Casa con dos puertas mala es de guardar».

«El pintor de su deshonra», etc., etc., etc.
Al pie de las alegorías, los genios y coros correspondientes que han de cantar el himno de Apoteosis, y los bailarines, cuya primera figura será quedar formando con guirnaldas o cosa equivalente, y cada cual con su letra, el nombre de CALDERÓN.)

HIMNO

CORO

Las aguas del olvido
por ti no pasarán;
los que a su gloria suben
jamás descenderán.

Sin miedo de los siglos al insolente encono,
ostenta ya tu frente ceñida de laurel:
tu nombre es infinito, tu féretro es un
trono,
y tú sólo descienes para reinar en él.

Las aguas, etc.

Tú puedes ver el alba nacer junto a tu
[frente;
tú puedes con las nubes por los espacios ir:
tu gloria es más brillante que el sol en el
[Oriente,
más grande que los tiempos tu inmenso
[porvenir.

Las aguas, etc.

El mundo rueda henchido de ardientes
[creaciones
que de tu mente rica la inmensidad lanzó;
y el aura vaga llena de los brillantes senes
que de tu sacra lira la inspiración brotó.

Las aguas, etc.

Los astros y los montes, las aguas y los
[vientos,
las fieras de la selva, los peces de la mar,
vinieron convocados al son de tus acentos
de Jehová infinito las glorias a cantar.

Las aguas, etc.

Y montes, aguas, astros, y peces, aire y
[fieras,
recuerdos de tu gloria sin término serán:
y en las remotas playas y edades veni-
[deras
por do se encuentre vida tus cantos vivi-
[rán.

Las aguas, etc.
Ven a ocupar tu trono, rey harto de vic-
[toria,
ven a tomar tu lira, ¡oh ardiente serafín!
y beberás eterno las aguas de la gloria
delante del santuario del que será sin fin.
Las aguas, etc.

que el punto de la vida es el punto de la muerte.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

EL FIN DEL MUNDO

DRAMA EN TRES ACTOS

DE DON TOMÁS RODRÍGUEZ RUIZ

EN FREDA DE FRASCA Y LEAL AMISTAD

JOSE ZORRILLA

PERSONAS

GARCÍA YERRENDO, conde de Leal Amistad.

LA CONDESA ADELARDO, su esposa.

NELIA, esposa de García Yerdo.

LOTARIO, conde de Frasca.

GRATIANO, conde de Frasca.

LA CONDESA ADELARDO, su esposa.

NELIA, esposa de García Yerdo.

LOTARIO, conde de Frasca.

GRATIANO, conde de Frasca.

LA CONDESA ADELARDO, su esposa.

NELIA, esposa de García Yerdo.

LOTARIO, conde de Frasca.

GRATIANO, conde de Frasca.

LA CONDESA ADELARDO, su esposa.

NELIA, esposa de García Yerdo.

LOTARIO, conde de Frasca.

GRATIANO, conde de Frasca.

LA CONDESA ADELARDO, su esposa.

NELIA, esposa de García Yerdo.

LOTARIO, conde de Frasca.

GRATIANO, conde de Frasca.

LA CONDESA ADELARDO, su esposa.

NELIA, esposa de García Yerdo.

LOTARIO, conde de Frasca.

que el punto de la vida es el punto de la muerte.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

ZELIA. Que no me olvidéis.

ARG. Mas que viveis felices.

EL ECO DEL TORRENTE

DRAMA EN TRES ACTOS ¹⁰

A DON TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ

EN PRENDA DE FRANCA Y LEAL AMISTAD

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 22 de enero de 1842.

PERSONAS

GARCI-FERNÁNDEZ, conde de Castilla.
 LA CONDESA ARGENTINA.
 ZELINA, esclava mora.
 LOTARIO, señor de Roquefort.
 GENARO, escudero de Lotario.

GINÉS.
 HASSÁN, esclavo moro.
 EGIDIO, caballero castellano.
 UN PAJE.
 DAMAS, ESCLAVAS Y CABALLEROS.

Siglo 10. Año

ACTO PRIMERO

Aposento de la condesa Argentina. Decoración cerrada con balcón en el fondo, dos puertas en primer término y dos secretas en el segundo. Zelina, sentada en un almohadón, despierta al ruido de la puerta de la derecha por donde llama Argentina.

ESCENA PRIMERA

ZELINA, ARGENTINA

ZEL. ¡Maldito quien a deshora viene mi sueño a turbar!
 Ni aún el placer de soñar logrará la pobre mora.

ARG. (entrando). ¡Esclava!
 ZEL. ¡Cuánta altivez!
 ARG. Tarda has andado en abrir.
 ¿No me sentiste venir?
 ¿Tal vez dormías?
 ZEL. Tal vez.
 Tres noches pasé velando del conde a la cabecera,
 ¿qué extraño es que me rindiera el sueño?
 ARG. Siempre aguardando a tu señora te rinde.
 ZEL. Descansa el ánima inerme de la esclava cuando duerme, que no hay placer que la brinde

tranquilamente a velar,
sabiendo que mientras viva
sólo gozará cautiva
el bien que logre soñar.

ARG. Importunas, mora, son
tus quejas a lo que creo.

ZEL. Que no las siente ya veo
vuestro feliz corazón.

ARG. ¿Feliz le llamas?
ZEL. ¡Pues no!

¿Qué deseo le acosara
que al punto no le lograra?

ARG. Más feliz eres que yo,
Zelina; que aunque es verdad

que vives cautiva aquí,
¿sería en tu patria, di,

más franca tu libertad?
Encerrada tu hermosura

en el harén de un señor,
el alcázar de tu amor

fuera a par tu sepultura.
ZEL. De mandar a obedecer

va grande trecho, señora.
ARG. Esclava es siempre una mora

desde que acierta a nacer,
Infel y altivo su esposo,

su amor con varias divide,
y amor en su esposa pide

como absoluto, celoso.
ZEL. Mas con placer se obedece

de quien se ama el capricho.
ARG. Está, mora, muy bien dicho,

pero es cuando él lo merece;
por que es muy duro tormento

mentir fortuna y amor,
dentro del alma el dolor

y en el semblante el contento.
Es muy terrible guardar

un pensamiento escondido
en el corazón nacido,

sin poderle de él echar.
Vivir de noche y de día

velando la oculta idea,
para que nadie la vea

ni la entienda quien la espía.
¡Ah! Tú no comprendes eso.

ZEL. ¡Pluguiera a Alá fuera así,
Pero yo arrastro, ¡ay de mí,

tras de mi vida ese peso.

Cuanto con afán mayor
ocultarle me interesa,
más el secreto me pesa,
es más íntimo el dolor.

Vos en el vuestro a lo ménos
tenéis quien os le consuele;

el mío a nadie le duele,
que a todos les son ajenos

de un esclavo los pesares.
ARG. ¿Qué vale mi libertad

si es ella sola en verdad
la causa de mis azares?

Vosotros, que en vuestro dueño
podéis mirar un verdugo,

de sacudir vuestro yugo
hora buscáis con empeño.

Yo soy tu ama, te digo,
y tú al caer a mis pies,

con ira secreta ves
en tu señor, tu enemigo.

A mí, condesa me llaman,
y danme el más alto puesto;

¿mas quién sabe si detesto
a los mismos que me aclaman

su bien, su amor, su señora?
Ya ves que fué gran deslizo

tenerme a mí por feliz
a par de una esclava mora.

ZEL. Mas podéis tener amigos
o buscarlos, pero yo...

ARG. ¿Amigos has dicho?... No,
fueran de mí mal testigos

ZEL. Tenéis un esposo noble,
galán, amante y discreto,

con quien partir un secreto
que os agobia.

ARG. Y fuera doble
mi pesar, fuera el postrero

sin duda, Zelina, y fuera
hacer de una ruin quimera

un verdugo verdadero.
No, no, jamás: si algún día

de mi corazón le echara,
a él sólo se le ocultara.

ZEL. ¿Acaso le ofendería?
ARG. Necia de ti, ¿no conoces

la razón de mis enojos,
cuando pregonan mis ojos

lo que no dicen mis voces?

¿No ves que al llorar la calma
de mi corazón perdida,
guardo en secreto escondida
mi desventura en el alma?

ZEL. ¡Callad! Sus secretos son,
mientras en suspiros los lanza,
faros de dulce esperanza
que alumbran al corazón a un
Mas si en la lengua atrevida
a palabras se reducen,
son áspides que introducen
su ponzoña en nuestra vida.

ARG. Sí, por Dios.

ZEL. Señora, quedo,
el secreto que guardáis;
callad, no me lo digáis,
pues pagárosle no puedo.

ARG. ¡Pagarle!

ZEL. Pagarle, sí,
con el mío, mas es tal
que el vuestro es menos fatal
que el que me acongoja a mí.

ARG. Esclava, ¿qué desvarío
te asalta? ¿Con cuál objeto
a uno por otro secreto
mides? ¿Te dije yo el mío?

ZEL. ¿Y mis sentidos cegados
por ventura están? Mis ojos
¿no ven de vuestros enojos
los arcanos bien guardados?
Quien al pie de vuestro lecho
os vela vuestro dormir,
¿no se podrá introducir
con astucia en vuestro pecho?

ARG. ¡Traidora!

ZEL. No es la traición
obra mía; es vuestro el dolo,
vuestro labio fué el que sólo
vendió a vuestro corazón.
Él fué quien en vuestro sueño
pronunció el oculto nombre,
y no era el que lleva el hombre
de cuyo honor sois el dueño.
No: en la alcoba solitaria,
con amorosa porfía,
le invocabais, y yo oía
la recóndita plegaria.
Llorabais, ¡ah!, y yo también,
sí, con llanto abrasador,

vos, vuestro perdido amor
y yo mi imposible bien.

ARG. ¡Oh! Te dolías de mí;
de mis pesares testigo,
los lamentabas conmigo.

ZEL. Recordé los míos, sí,
que es uno mismo el objeto
de nuestros males, señora,
y el corazón de la mora
guarda también un secreto.

ARG. ¿Tú amas?

ZEL. ¡Con cuánto ardor!
Mas si el aire sorprendiera
mi secreto, aún de él temiera
que me vendiese traidor.
Sí, yo amo a un hombre también,
mas el nombre del que adoro
escondo como un tesoro;
mi corazón es mi harén.
Aquí sin cesar le llevo,
indeleble, solitario,
fanal de oculto santuario
a cuya luz no me atrevo.

ARG. Dichosa tú que conoces
a quien amas, y le ves.
ZEL. ¡Vuestro amor...!
ARG. Solamente es

el son de mis tristes voces.
Le amé y me adoré algún día,
mas ya a mi ver me olvidé,
niebla que se disipó
con la luz del nuevo día.
Mas me olvido de quien soy,
y de quien eres me olvido;
esclava, lo que has oído
olvidalo desde hoy.
¿Qué me importan tus secretos,
ni tus necios desvaríos?
¿Te he confiado los míos?
Si los sabes...

ZEL. Bien sujetos
los tengo en mi corazón,
y no se me escaparán.

ARG. Silencio, pues: de tu afán
no pregunto la razón.
Tus cantares me agradaron,
y entre ciento te elegí
para entretenerme a mí,
aunque mil te desearon.

Tu oficio es sólo cantar
de inclinaciones desnuda;
¿lo oyes?, sorda, ciega y muda
has de ser si has de medrar;
Y en tu memoria altanera
con cifra indeleble, graba
que te tengo por esclava;
pero no por consejera.
ZEL. Dame paciencia, Señor,
para sufrir tu altivez.
ARG. Silencio, pues, otra vez,
o tiembla de mi furor.
(Vase Zelina a una seña de Argentina.)

ESCENA II

ARGENTINA

Sorprendi mi amor antiguo,
mas lo callará prudente;
Además que, aunque lo cuente,
en dádalo tan ambiguo
meterá a quien se lo escuche,
que sin hilo conductor
jamás saldrá del error
con que alucinado luche.
Mas, ¡ay de mí! ¿Qué recelo,
si yo misma al cabo ignoro
la existencia del que adoro
y el sino que le dió el cielo?
Al conde podrá decir
lo que ella me oyó soñar,
mas a otro no pude amar
antes de a Burgos venir?
¿Qué hay que reprocharme en esto?
Ha un año que estoy casada
y de él no he sabido nada
ni medios para ello he puesto.
Le amo, es cierto, pero ¿y qué?
Si olvidarle no he podido,
¿la culpa de quién ha sido?
¿Por voluntad me casé?
Y si jamás le ofendí,
¿de qué se podrá quejar?
¿De que no le puedo amar?
Quéjese de él, no de mí.
(Abre la ventana y dice, asomándose.)
La noche lóbrega cierra,
no brilla estrella ninguna,

y encapotada la luna
alumbra a trozos la tierra.
¡Quién, ¡ay!, de mi dulce Francia
sobre sus rayos pudiera,
al soplo de una hechicera,
cruzar la inmensa distancia!
Mas mis ojos alucina
torpe ilusión, o el espacio
del jardín de este palacio
cruza un hombre y se avvicina.
¿Quién puede a tal hora entrar
en los jardines? Se para...
¿cómo acaso se encara...?
¿qué busca en este lugar?
Me hace seña... mas no entiendo
lo que pretende... se aparta.
(Se oye caer en la escena un objeto entrando por el balcón.)
¿Pero qué es esto? Una carta.
¡Cielo santo! ¿qué estoy viendo?
(Lee.) «Aunque parezca arrogancia,
pedir a vos una audiencia,
la aguarda con impaciencia
un peregrino de Francia.»
¡Sueño, Dios mío!, es su letra,
es él, es él; me lo augura
mi corazón, que en la oscura
sombra hasta el suyo penetra.
¿Mas cómo traerle aquí
sin que nadie le aperciba?
¿Fiaré de esa cautiva...?
No, son armas contra mí.
Yo misma le iré a buscar.
Mas fuera mucha osadía.
¡Ah! ¿Pero esa galería
no va al jardín a parar?
Es verdad que nadie la usa,
mas es causa en mi favor.
Sírname de excusa amor,
si es que la razón me acusa.
(Busca una llave con la que abre una
puertecilla secreta que habrá en el fondo,
toma la lámpara y sale por ella vol-
viendo a cerrar. La escena queda a os-
curas.)

ESCENA III

ZELINA

¡Señora! ¿Pero qué es esto?
 ¿Por dónde salió? ¡Señoral
 ¿Si dormiré?... Alerta, mora,
 procura ganar tu puesto.
 Alimenta tu esperanza,
 que si a ella el amor la culpa,
 a ti el amor te disculpa,
 que opuesto a su amor avanza.
(Vase, dejando la puerta abierta y al mismo tiempo meten la llave en la galería. Al tiempo que por ésta aparece Argentina con Genaro, aparece por la otra la mora con luz. Al verla, Argentina cierra la puerta con precipitación, dejando a Genaro fuera. Quédanse mirando una a otra, Argentina con sorpresa, la mora con inteligencia.)

ESCENA IV

ARGENTINA, ZELINA

ARG. ¿Quién va?
 ZEL. ¡Ah!
 ARG. ¿Quién te mandó
 llegar sin que yo llamara?
 ZEL. La luz temí que os faltara
 y entraba a doblarla yo.
 ARG. Toma, menguada, y aprende
(La da un bofetón y se le cae la luz.)
 que yo soy quien manda aquí.
 Ea, despeja.
 ZEL. ¡Ay de mí!
 ARG. ¡Fuera!
 ZEL. Y ¡ay de quien me ofende!
(Sale la mora. Argentina cierra la puerta y abre la otra.)

ESCENA V

ARGENTINA, GENARO

ARG. Nada por fortuna vió,
 y a no venir con tal tiento,

sorprende todo el intento,
 pero diestra anduve yo.
 Pisad quedo, y evitad
 que oigan por algún resquicio.

GEN. Habéisla dado sin juicio, no y
 señora, y sin caridad.

ARG. Cien veces se lo advertí,
 y como entró de rondón
 en tan precisa ocasión,
 arrebatada la di.

GEN. Mirad...

ARG. ¿Defendéisla ahora?

¿Qué importa esa bofetada?

¿No está a sierva destinada?

Pues que aguante a su señora.

Mas vos quién sois, concluyamos;

Genaro tú, ¿con qué traza?

GEN. ¿Nada aquí nos amenaza?

ARG. Nada, seguros estamos.

GEN. Lotario en Burgos está.

ARG. ¡Dios mío! ¿En Burgos?

GEN. Llegó hoy.

ARG. ¿Y tú?

GEN. Su escudero soy así
 como siempre.

ARG. ¿Y dónde va?

GEN. ¿A dónde ha de ir, señora,
 sino a donde vos estáis?

A no que vos le mandéis
 que se vuelva con la aurora.

ARG. No, no.

GEN. ¿Le amáis todavía?

ARG. ¡Más bajo, por compasión!

Si, le amo en mi corazón,

¿mas él?

GEN. Con idolatría.

Con intriga cautelosa
 de vuestro padre ha logrado
 venir a Castilla enviado
 de embajador de Tolosa;

y él, que ignora vuestro amor,
 en nuestro lazo ha caído
 sin darse por entendido.

Con sigilo previsor
 en Burgos hemos entrado,
 sin que el pueblo se aperceba
 de nuestra oculta misiva,
 y de veros me ha encargado.

ARG. Pero ¿y Lotario?

GEN. No osó venir, que era necio paso, sin saber si el tiempo acaso vuestros intentos mudó.

ARG. ¿Mudarlos? ¡Por vida mía! Sin maldecir la distancia que me apartaba de Francia, no me dormí ningún día. Esta tierra me es odiosa, y poco es Burgos, la España diera por una cabaña en Roquefort o en Tolosa. Allí mis memorias viven y allí mis dichas están, allí mis suspiros van, y allí alimento reciben.

GEN. ¿Mas el conde, cómo os trata?

ARG. ¡Pobre! Mis desvíos llora, delira por mí, me adora y esto es lo que más me mata. Tal vez por mis sinsabores grave enfermedad le aqueja, que sosegar no le deja, presa de agudos dolores.

Yo, cuando a solas me quedo con él, al verle llorar lloro, ¡ay de mí, a mí pesar, pero quererle no puedo. Y no he soltado jamás un gemido en su presencia, mas él lee mi indiferencia en mi semblante, quizás.

Él conoce, puede ser, y así su dolor agrava, que fuera alegre su esclava, pero nunca su mujer. Lo entiendo, le pesa y llora; yo le martirizo y lloro. ¡Ay!, yo porque no le adoro, y él porque lo ve y me adora.

Tú, que me has visto nacer, tú, en cuyos brazos me cuido, pasé mi niñez florida,

¿qué me aconsejas hacer? Ver a Lotario es mi anhelo, hablarle, llorar con él...

¿Será mi estrella tan cruel que me culpe este consuelo?

GEN. ¿Y quién os podrá culpar

tan justo y sincero empeño, si nadie se puede dueño de su corazón llamar?

Cumplida nuestra embajada volveremos a Tolosa.

¿Una hora, pues, venturosa, por qué os ha de ser negada?

Él muere por veros.

ARG. ¿Sí?

GEN. Su fanatismo, su gloria no es más que vuestra memoria.

ARG. ¿Conque se acuerda de mí?

GEN. No se pasa un solo instante sin que os escuche y os vea allá en su escondida idea, en su desvarío amante.

Y a tanto por vos se empeña, que es, rayando en la locura, por vuestro nombre si jura, con vuestro nombre si sueña.

Tal vez guardó vuestra toca de vuestro amor por despojos, y aún la humedecen sus ojos mientras la besa su boca.

ARG. ¡Calla! Que con tal pintura mi corazón desfallece, y mi razón enloquece con tal celestial ventura.

Él me amó, ¿y amedrentarle imposibles no pudieron?

¿Y a mí vacilar me hicieron hasta dudar de esperarle?

Sal ya, secreto escondido, del corazón que atosigas, sal del alma en que te abrigas temeroso y desvalido.

Ya no eres vago deseo sin ventura ni esperanza, eres voz cuyo eco alcanza más allá del Pirineo.

Ven, ven, Lotario, a mis brazos, y aunque se ofenda Castilla y alce el conde su cuchilla para hacerme allí pedazos.

GEN. Pues bien pronto le verás.

ARG. ¿Cuándo?

GEN. ¡Mañana!

ARG. ¡Mañana!

Es tarde.

GEN. De buena gana fuera ahora, pero quizás.

ARG. ¿Qué temes? ¿Tú no has llegado tranquilamente hasta mí por esos jardines?

GEN. Sí; mas yo soy sólo un criado, un siervo de vuestra casa que os vió, Argentina, nacer y que no supo poner al leal deseo tasa

de abrazaros y de veros; todo esto puede probarse, y es cosa que perdonarse puede a viejos escuderos, mas a caballeros, no; que otras sospechas nacieran, y si verdades salieran, no salvara él como yo.

ARG. Pues bien, Genaro, es preciso que yo le vea; no hay fuerza que esta voluntad me tuerza; iré yo, llévale aviso.

GEN. ¿Vos con noche tan oscura de este palacio salir?

ARG. O viene él o yo he de ir.

GEN. Que venga es menos locura.

ARG. Que venga, pues.

GEN. Pero sea

cuando todo esté sumido en el sueño, y advertido ningún curioso lo vea.

ARG. Sea.

GEN. Yo os esperaré con él en la empalizada en hora más avanzada.

ARG. Yo de aquí os avisaré; y hasta que todo repose y retire del balcón la luz, mucha precaución, y nadie mostrarse ose.

GEN. ¿Y si hay algo que lo impida?

ARG. Te hará la hora avisar. *(Llaman.)*

¡Cielos, he oído llamar!

Huye de aquí, por tu vida.

GEN. Si me habrán visto venir.

(Vase por la puerta secreta.)

ARG. Imposible, mas sal presto.

¿Cuál será el nuevo pretexto de venirme a interrumpir?

ESCENA VI

ARGENTINA, UN PAJE

PAJE. El conde os pide permiso para saludaros antes de recogerse.

ARG. Si es esa su voluntad, di que pase, que será bien recibido.

PAJE. Pues vendrá al punto, esperadle. *(Vase.)*

ESCENA VII

ARGENTINA, ZELINA Y DAMAS

ARG. Elvira, Diana, Constanza, arreglad mi vestidura, que pende de mi hermosa esta noche mi esperanza.

(Zelina, Elvira y Constanza arreglan los cabellos y el traje de Argentina, la prenden flores, la traen anillos que se pone, etc., etc. Zelina mirando por todas partes hasta que ve la llave puesta en la puerta secreta.)

ZEL. Aquí no está, y no ha salido; mas no erré..., llave hay allí.

ARG. ¿Qué murmuras tras de mí? *(Al volverse ve a Zelina que lleva mano al carrillo.)*

¡Hola! ¿Conque lo has sentido? Pues tanto la faz te duele, ve si te place ese anillo, y el escozor del carrillo ese rubí te consuele.

Y advierte que mil criadas a pies juntillas quisieran que sus señoras las dieran anillos y bofetadas. *(Le da uno y lo rehúsa.)* ¿Qué es eso?

ZEL. Os pido perdón. ¿Qué valdrá el rubí en mi dedo si borrar con él no puedo mi afrenta del corazón.

ARG. Por Dios, criatura necia,
que estoy, con razón, tentada
de dar otra bofetada

a quien el rubí desprecia.

ZEL. Pues no tengo libertad,
lo podéis a salvo hacer;
mas que no pude escoger
mi suerte considerad.

ARG. Silencio, esclava. Naciste
de moros hija, y cautiva,
piensa que sólo estás viva
porque en gracia me caíste.
Pues me placen tus cantares,
cantar es tu obligación;
canta y di a tu corazón
que encarcele sus pesares.
Canta, esclava.

ZEL. Cantaré:
mas quiera el cielo, señora,
que la canción de la mora
más sentimientos no os dé.

ARG. Arrepentida te quiero:
¿mas quién llega?

PAJE. El conde. Abrid.

ZEL. (¡Qué abatido está!)

ARG. Salud.

ZEL. (Pero sanará: lo espero.)

ESCENA VIII

EL CONDE, ARGENTINA

CONDE. Guárdate Dios, Argentina.

ARG. Conde, vengáis en buen hora.
¿Cómo os sentís?

CONDE. Bueno ahora,
pues estoy cerca de ti.

ARG. Sentaos, tomad aliento;
os cansa mucho el caballo.

CONDE. Dicen los doctores que hallo
alivio a mi mal así,

y obedezco sus consejos;

aunque en verdad no imagino
que avanzo mucho camino

con ellos en mi salud.

Y tú, ¿cómo estás? Ya ha mucho
que en mi cuarto no te veo.

ARG. Mis visitas escaseo,

y hago con exactitud
lo que mandan los doctores.
Mi presencia os empeora.

CONDE. Argentina encantadora,
¡ah!, ¡no los creas, por Dios!
Tu presencia me es un bálsamo

que mis cuitas adormece;
tu presencia me parece
que mi salud trae en pos.

¡Oh bellísima Argentina,
luz de mis ojos radiante!

Desde el fortunado instante
en que por dicha te vi,
mi voluntad, mi deseo

a más ventura no alcanza,
que a la segura esperanza
de tenerte junto a mí.

De noche, allá en mis delirios,
tu imagen se me aparece,
y el alma se me estremece

con tan dichosa ilusión.
La luz que radia tu rostro
mi corazón ilumina,

que hasta en tu sombra, Argentina,
te adora mi corazón.

De día ansioso te busco,
y si en el jardín paseo,
dichoso además me creo

si de la reja a través
alanzo tu sombra errante,
aún sabiendo, ¡vida mía!,
que mi amorosa agonía

ni te imaginas, ni ves.
Mas tú, entretanto, me esquivas

y sola, y triste, encerrada
una tras otra jornada
en tu aposento te estás.

Algunas veces me han dicho
que baña el llanto tus ojos...
¿Por qué, di, son tus ojos?

¿Lloras tu patria, quizás?

ARG. Tal vez, señor: de Castilla
nacida en verdad muy lejos,
la razón ni los consejos

bastar no podrán tal vez,
y os lo confieso con lágrimas,
a borrar de mi memoria
la melancólica historia
de mi dichosa niñez.

CONDE. Pues bien, no quiero que nunca ni aun caprichos te se nieguen. Dentro de un mes, cuando lleguen las puras auras de abril, partiremos a Tolosa, verás otra vez al conde tu padre; sí, iremos donde quiera tu anhelo infantil. Yo uniré a ti mi destino, ¡oh bellísima francesa! Sé en Castilla la condesa, y donde te plazca ve. Yo iré contigo, y al lado de quien tan fino te adora, tú serás reina y señora, y yo tu esclavo seré.

ARG. ¡Generoso castellano!
(De rodillas.)

¿Cómo pagar tus finezas?
CONDE. ¡De nuevo a llorar empezas!
ARG. De gratitud, conde, sí.
CONDE. ¿No te amo? ¡Paloma mfa! En contemplarte, en quererte, ¿qué hago de más, si la muerte me fuera dulce por tí? Pero basta, alza, Argentina; veo que un pesar secreto te acosas; calla su objeto, no quiero saberle, no. Si tengo en su causa parte, quiero, ¡Argentina!, purgarla; necio fuera en preguntarla, debo corregirla yo. Mas oigo en esa antesala rumor...

ESCENA IX

DICHOS, UN PAJE

PAJE. Vuestros caballeros, señor, y vuestros monteros vienen orden a pedir para mañana.

CONDE. Argentina, recíbeles tú; me siento cansado, y no tengo aliento sus cumplidos para oír.
¡Ay!

ARG. ¿Suspiráis?
CONDE. De fatiga. Era tan terco el caballo en que corrí...

ARG. Si os obliga el sueño...
CONDE. No, dulce amiga; mas perezoso me hallo;

ARG. ¿Queréis reposar?
CONDE. No a fe.

Que mandarás me pluguiera a los pajes que ahí dejé que apronten una litera, que volver no quiero a pie. Húmeda la noche está, y es tarde, Argentina, ya para cruzar el espacio de los jardines, que va a mi aposento en palacio. Si en tanto no te desplace, oyera de buena gana esa que prodigios hace esclava mahometana.
ARG. Yo os la enviaré.

CONDE. Que me place.

ESCENA X

EL CONDE

¡Ay de mí! ¡Tan cariñoso con ella y tan complaciente, tan rendido y cuidadoso, y ella siempre con su esposo tan fría e indiferente! Siempre en su Francia pensando! ¡Siempre encerrada y llorando! ¡Maravilla es en verdad! Mas si otro amor lamentando... ¡Callad, sospechas, callad! Dejadme, celos, gozar en esta ilusoria calma; sí, dejádmelo ignorar, no hagáis más agria brotar: vuestra ponzoña en el alma. Los celos son, ¡ay de mí, mis dolores: celos son de mí mal la causa, sí;

el mal que sufro está aquí
 en mi pobre corazón.
 Si es que rendirse no puede
 a mi amor su ánima esquivá,
 con sus ilusiones viva,
 con sus memorias me quede;
 mas si otro amor la cautiva,
 si no bastándola el mío
 en otro amorosa piensa
 con criminal desvarío,
 ¡oh! el hilo de su desvío
 me llevará hasta mi ofensa.

ESCENA XI

EL CONDE, ZELINA

CONDE. ¡Hola! Bien venida, mora;

ZEL. Hame dicho mi señora
 que era vuestra voluntad...

CONDE. Oírte, sí, sea en buen hora:
 veamos tu habilidad.

ZEL. La música es un consuelo
 que calma nuestra inquietud!

CONDE. Siempre como don del cielo
 la miré.

ZEL. Aleja el desvelo
 y avecina la salud.

Yo en mis pesares, señor,
 con ella me le procuro

y adormece mi dolor;
 canto mis cuitas, mi amor,

y dichosa me figuro.
 CONDE. ¿Conque amas?

ZEL. Sí, con fatal
 elección.

CONDE. ¿Luego el objeto
 de tu amor te paga mal?

ZEL. Sí, mas con razón.
 CONDE. ¿Con cuál?

ZEL. Este es, señor, mi secreto.
 CONDE. Quiero respetarle, pues;

mas yo no soy un tirano,
 y si con mi empeño ves

que más fácil...
 ZEL. Así es;

pero intentarlo es en vano.
 CONDE. En curiosidad me ponen

tus palabras, pobre mora

ZEL. Tales ruegos se interponen,
 que hará mi lengua traidora

si a mi silencio se oponen.
 CONDE. No insisto más si te enojo.

ZEL. Os agradezco el favor.
 CONDE. Dicen siempre que el amor

es de zarzas un manojo.
 ZEL. ¿Y la música, señor?

(*Preludia la mora en el arpa.*)
 CONDE. Tienes razón; ya te escucho,

con mi cansancio aunque lueho.
 ZEL. (Zelina, ésta es la ocasión.)

CONDE. Ya de preludios es mucho.
 Vamos, mora, a la canción.

ZEL. (*Canta.*) ¡Ay del que fía insensato
 en el amor de una bella,

si guarda en silencio ella
 ponzoña en el corazón!

¡Ay del que infiel
 adora a una hermosa que no le ama a él!

CONDE. Deja cantigas de amor
 y más si son lastimeras.

ZEL. ¿Qué cantaré?
 CONDE. Lo que quieras;

No endechas, que es la mejor
 un tejido de quimeras.

ZEL. (*Canta.*)
 ¡Ay del que fía insensato

en aposento que tiene
 dos puertas, por donde viene,

y se esconde la traición!
 ¡Ay del que fiel

conserva la jaula y el ave no es dél!
 (*El conde presta cada vez más atención al*

cantar de la mora: cuando ésta con-

cluye, el conde ha recorrido con la vista

el aposento y visto las dos puertas.

La mora sigue preludiando hasta que el

conde, al mirarla, la sorprende con la

vista clavada en él.)
 CONDE. ¡Qué escucho! ¿Es esto un

[aviso?]

ZEL. (Lo ha comprendido. Venci.)
 CONDE. (Traición escondida aquí,

sin duda advertirme quisó.
 Siendo de enemiga casta
 el esclavo y el señor...
 (*La mira, etc.*)
 ¡Hola! Al buen entendedor

media palabra le basta.)
¿Zelina?

ZEL. ¿Qué me mandáis?

CONDE. ¿Quién te enseñó la canción que he escuchado?

ZEL. Un bofetón.

CONDE. ¿Tales maestros usáis los moros para cantar?

ZEL. Nos los prestan los cristianos, que tienen largas las manos y nos hacen estudiar.

CONDE. Vosotros en recompensa es mostraréis...

ZEL. Que un secreto vale mucho bien sujeto con los nudos de una ofensa.

CONDE. Y el secreto al denunciar tendréis ya medios seguros.

ZEL. Las ventanas y los muros, que nunca podrán hablar.

CONDE. La revelación empieza, y ve que vale, en verdad, lo cierto la libertad y lo falso la cabeza.

ZEL. Señor...

CONDE. No tiene otro fin.

ZEL. Pues bien, quien usarla sabe puede abrir con esta llave a quien entra en el jardín. Y vos no habréis olvidado que ese escondido retrete

(Le muestra, y el conde se enterá de cuanto le va diciendo.)

conduce a este gabinete por corredor excusado.

CONDE. La totalidad revela.

ZEL. Un astuto observador de este camarín, señor, es del cuarto centinela.

CONDE. ¿De tu camarín?

ZEL. De mí;

con un pequeño rodeo se llega a él; si el deseo os aqueja, yo os le fio.

CONDE. ¿Luego aquí...?

ZEL. Esperando están a un hombre que otro anunció.

CONDE. ¿Les viste tú?

ZEL. Verles, no;

mas con cauteloso afán de cerca les escuché.

CONDE. ¿Y son dos?

ZEL. Dos.

CONDE. ¿Hombres?

ZEL. Hombres.

CONDE. ¿Oíste acaso sus nombres?

ZEL. No pude oírles a fe.

Y hablaron con tiento tal que aún fué mucho comprender.

(Después de un momento de pausa, el conde la dice con inteligencia.)

CONDE. ¿Ella dijo...?

ZEL. Idle a traer.

CONDE. ¿Y él?

ZEL. Haced vos la señal.

CONDE. Que me cansó tu canción dirás, y que me marché.

(Dándole un anillo.)

Y si eso te cura, ve la señal del bofetón.

ZEL. Prenda de tan soberano valor, pierde en el poder de una esclava: otra ha de ser mi prenda.

CONDE. ¿Cuál?

ZEL. Vuestra mano.

(Se la da y besa.)

CONDE. Tu labio abraza.

ZEL. Y también

vuestra mano.

CONDE. Celos son.

ZEL. Los hay en mi corazón, ¿qué extraño que fuego den?

CONDE. ¡(Con intención ha besado!)

ZEL. ¡(Con placer lo ha recibido!)

CONDE. ¡(Del corazón la ha salido!)

(Vase.)

ZEL. ¡(Al corazón le ha llegado!)

ESCENA XII

ZELINA

¡Oh! Echado habías, señora, muy torpemente la cuenta, que es un guarismo una afrenta y muy exacta una mora. Sin esa injuria cruel

yo con mi dolor callara,
 mas ya estamos cara a cara,
 yo contigo y tú con él.
 Un año de esclavitud
 bajo poder tan tirano
 adiestra mucho la mano
 y adelgaza la virtud.
 Cuando queráis escondidos
 vuestros secretos tener,
 procurad, necios, haber
 siervos sin ojos ni oídos,
 y esclava buscad menguada
 cuyo descuido indiscreto
 no sepa con un secreto
 vengar una bofetada.

ESCENA XIII

ZELINA, ARGENTINA

ARG. ¿Y el conde?
 ZEL. Fuese indignado.
 ARG. Indignado, ¿mas por qué?
 ZEL. Mi canción, sin duda, fué
 lo que tanto le ha enojado.
 ARG. ¡Ira de Dios!
 ZEL. Hice yo
 lo que pude en mi cantar;
 mas no le debió agradar,
 que a la mitad lo dejé.
 ARG. Sin pajes...
 ZEL. Tal fué su enojo,
 que ni a esperar su litera
 logré que se detuviera.
 De enfermo fué algún antojo.

ARG. (Pues tal enojo me agrada.)
 ZEL. ¿Os entraré a desnudar?
 ARG. No. Vete.
 ZEL. ¿Vais?
 ARG. A rezar.
 ZEL. Entonces no digo nada.
 Buenas noches.
 ARG. Dios te guarde.

ESCENA XIV

ARGENTINA

¿Por qué con tanta opresión
 me palpita el corazón,

acogojado y cobarde?
 Yo misma a llamarle envié,
 mas ojalá no viniera;
 mi alma le ansia, le espera,
 mas se avergüenza mi fe.
 Ese noble castellano
 me antepone a todo, sí;
 ¡y he de pagarle, ¡ay de mí!
 con proceder tan villano!
 «A Francia, me dijo, irás,
 donde quieras, porque al cabo
 yo siempre seré el esclavo,
 y tú la reina serás.»
 Conoce mi desamor
 y respeta mi secreto;
 yo también tendré respeto,
 a lo menos a su honor.
 Vendrá Lotario, vendrá,
 pero veré mi esquivéz,
 y será la última vez
 que mi acento escucharé.
 Yo le negaré mi amor,
 a mi corazón traidora,
 y que parta con la aurora
 el osado seductor.
 Cierro y aguardo serena
 la hora del sacrificio...
 ¡No sé si mi pobre juicio
 podrá con tan honda penal
 Mas oigo abrir el cancel:
 sí, suben el caracol...
 (Escuchando.)
 Y aún no hizo seña el farol.
 ¡Oh!, sí, le conozco; es él.

ESCENA XV

ARGENTINA, LOTARIO

ARG. ¡Lotario!
 LOT. ¡Argentina mfa!
 ARG. Silencio. ¿Cómo has osado,
 sin que yo te haya avisado?...
 LOT. Esperar más no podía.
 Del conde vi la litera
 el jardín atravesar,
 y no pude refrenar
 mi impaciencia. Tal vez era
 mucho arriesgada mi acción;

mas perdona, hermosa mía; desde el jardín te veía por ese abierto balcón. Sabiendo que me esperabas, dije: «Prevenida está, pues que me llama.»

ARG. ¡Y quizá con una ilusión gozabas!

LOT. ¿Con una ilusión?

ARG. Sí, sí: todo es mentira, Lotario; con el alba es necesario que partas lejos de mí. Vuelve, vuelve a Roquefort, huye de Burgos, y mira que ha sido mi fe mentira, mentira todo mi amor.

LOT. ¡Mentira dices que fué! Las lágrimas de tus ojos desmienten esos enojos que finges..., no sé por qué.

ARG. ¿No lo sabes, ¡insensato!, y en Burgos soy la condesa?

LOT. ¿Y tanta anterior promesa de tu amor?

ARG. ¿Y mi recato?

LOT. Por fuerza tu padre vino tu mano al conde a ofrecer.

ARG. La fuerza no puede hacer menos cierto mi destino.

LOT. ¡Ah! ¿Le amas?

ARG. Guardo su honor.

LOT. Tu corazón es primero.

ARG. Yo a mi pasión le prefiero.

LOT. Argentina, eso es amor.

Yo noche y día he corrido por verte, ¡oh necia locura! y a tu palacio, ¡perjural, me has llamado, y me has vendido.

Sí, yo en la corte, dichosa te hubiera visto mañana, y al ver tu esquizvez tirana me hubiera vuelto a Tolosa. Yo maldijera quizá

tu inconstancia o tu capricho, mas siempre me hubiera dicho:

«Al fin, bien casada estás.» Mas comprendo tu traición; para creer en tu fineza

de Lotario la cabeza te pondré por condición.

Y tú, tan pérfida ya como ese vil castellano, vas a ponerla en su mano con complacencia quizá.

No; si tu intención es esa no eres tú la que yo amé, ni por quien aquí llegué, ni Argentina, ni francesa.

ARG. ¡Qué delirio te trastorna! ¿Venderte yo, que te adoro, que atropello mi decoro?

LOT. Gracias al cielo que torna a tu mente la razón; pues mi falso desvario te hizo confesar por mí tu rebelde corazón.

Ya me lo has dicho: me adoras; ya te arranqué a tu pesar el secreto que ocultar me querías..., mira..., lloras, y las lágrimas no salen sino de un alma apenada, y yo, Argentina adorada, sé lo que las tuyas valen.

Te has dejado seducir por mi fingido furor; confiesa por fin tu amor, porque no sabes fingir.

ARG. ¡Oh!, sí, te adoro, es verdad; tu imagen en mi memoria no se apartó, fué mi gloria; mas cállalo, por piedad. Siento que tu amor me venza, que mi obligación mancilla, y esta confesión me humilla, la ingratitud me avergüenza.

LOT. La ingratitud, ¿y con quién? ¿Tú has dicho a ese castellano: tuya soy? Lleve mi mano, dijiste, a quien se la den. Tu padre, por su interés, por miedo acaso a una guerra, compró un puñado de tierra ofreciéndote a sus pies.

Te echó de tu dulce Francia y te arrancó de mis brazos, sin ver que hacía pedazos

los sueños de nuestra infancia.
 Pues bien, tú cumpliste ya,
 te casaste con su gusto:
 que el tuyo se cumpla es justo,
 si quieres se cumplirá.
 Tú eres la heredera sola
 de Tolosa; su condado
 para tí está reservado
 y no has nacido española.
 Huyamos de España, pues;
 tu herencia y persona en vano
 reclamará el castellano
 cuando en Roquefort estés.
 Que el moro con cruda guerra
 su venganza atajará,
 y el pobre conde harto hará
 con defenderse en su tierra.
 Todo ello será un secreto.
 ¿Y tu padre qué ha de hacer?
 Nada le da que temer
 del conde el inútil reto.
 ARG. Mentía si te dijera
 que tan bella perspectiva,
 Lotario, no me cautiva,
 que es mi fe muy lisonjera;
 mas...
 LOT. ¡Qué dudas! Argentina,
 traigo gente, intrepidez
 nunca me faltó.
 ARG. Tal vez
 tu confianza te alucina.
 LOT. No me amas.
 ARG. No digas tal,
 Lotario, cuando aún te escucho;
 pero me rinde, aunque lucho,
 presentimiento fatal.
 LOT. Necios agüeros, ¿quién cree?
 Con valor, ¿qué hay que arriesgar?
 ARG. Déjame reflexionar,
 y yo me resolveré.
 LOT. La tregua será muy corta.
 ARG. Sólo un día.
 LOT. Uno no más.
 Mañana...
 ARG. Al jardín vendrás
 como hoy.
 LOT. Mucho es, mas no importa.
 ARG. Irrevocable ha de ser
 mi decisión.

LOT. Sí, a fe mía.
 ARG. Ea, pues, sal, que está el día
 muy próximo a amanecer.
 LOT. Adiós, amor mío.
 ARG. Adiós,
 mi Lotario, y por tu vida
 que te guardes bien.
 LOT. Descuida,
 que voy de la dicha en pos.
*(Mientras Argentina despide a Lotario,
 que se va por la puerta secreta, el conde
 asoma por el camarín de la mora, y al
 volverse Argentina, después de haber
 vuelto a cerrar la puerta, se encuentra
 cara a cara con él, que se llega a ella
 y la toma por el brazo con frialdad.)*
 ARG. (aterrada). ¡Cielos!
 CONDE. Le dejo salir,
 con mi coraje aunque lucho,
 porque a ti te quiero mucho
 y él mañana ha de venir.
 Mas si de ese seductor
 te arrastraran los conjuros,
 cenizas haré los muros
 de Tolosa y Roquefort.
(Argentina cae de rodillas y cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, *sentado en actitud de aten-
 ción agradable; ZELINA, cerca de él,
 pero algo hacia su espalda, sentada en
 unos cojines, cantando al arpa.*

(Preludio largo.)

ZEL. *(Canta.)* «Auras de abril, si algún
 cruzáis murmurando el mar, [día
 decid a la patria mía
 que por él no he de pasar.
 Si he de vivir como ahora,
 id al África y contad
 que aquí dichosa una mora
 despreció su libertad.

Decid del tostado moro
 en el campesino adorar,
 que el bien que en secreto adoro
 no me la deja llorar.
 Si he de vivir como ahora,
 id al África y contad
 que aquí dichosa una mora
 despreció la libertad.

CONDE. Dichosa tú si en tu labio
 no miente tu corazón,
 que olvidas tu condición,
 tu esclavitud y tu agravio
 al compás de una canción.

ZEL. La música es un consuelo
 que sosiega la inquietud,
 y amor, que es hijo del cielo,
 puede hacer flores del hielo,
 placer de la esclavitud.

CONDE. ¡El amor! Sólo ha brotado
 rudas zarzas para mí
 que el corazón me han llagado.

ZEL. El objeto habréis errado
 de vuestro amor.

CONDE. Lo erré, sí.

ZEL. Amor es Dios, y jamás
 en sus fallos se equivoca,
 y las almas a quien toca
 con su arpón lleva detrás
 en rueda enredada y loca,
 Creencias, tierra, esquivéz
 estrechan dos corazones
 a aborrecerse, y tal vez
 por esta misma estrechez
 empiezan grandes pasiones.

Mas aunque razón, fe y tierra
 acerquen mucho a otros dos,
 si en ellos amor no encierra
 su afición, siempre, ¡por Dios!
 le harán invencible guerra.

CONDE. Eso a mí me sucedió,
 Zelina; amoroso, ufano,
 mi corazón se rindió;
 mas el suyo no tocó
 amor, y mi afán fué vano.

ZEL. También me sucede así,
 señor; alcancé un objeto
 digno de mi amor, le di
 mi corazón, y ¡ay de mí,
 mi amor no es más que un secreto.

Yo no le puedo ocultar
 ni manifestar mi fe,
 continuamente pasar
 le veo acaso, me ve,
 y pasa y... rompo a llorar.

CONDE. ¡Pobre esclaval! Tus servicios
 merecen mi gratitud;
 yo sé que a tus sacrificios,
 a tus desvelos y oficios
 debo tal vez mi salud.

Yo sé que en tapiz estrecho
 tendido al pie de mi lecho,
 noches de vela afanosa
 has pasado cuidadosa
 desvelada en mi provecho.

Ya sé que sola tu mano
 con tierno afán me ofrecía
 el bálsamo soberano
 que la salud me volvía;
 mas no lo habrás hecho en vano.

Habla, si con esquivéz
 te mira el hombre a quien amas
 por tu condición tal vez,
 habla, Zelina; a las damas
 te igualaré de más prez.

Te daré la libertad
 y mis tesoros con ella,
 te haré tan noble en verdad,
 que envidie tu vanidad
 la cortesana más bella.

Si entonces, a pesar mío,
 aún no le rindes, Zelina,
 y tuercas tanto desvío,
 serás con ese hombre frío
 lo que yo con Argentina.

Un ser inútil menguado,
 a quien sobra un corazón
 ardiente y enamorado,
 que su amor ha equivocado
 y que pide compasión.

ZEL. Nosotras, las africanas,
 somos, señor, muy altivas,
 y en esas almas tiranas
 queremos, aunque cautivas,
 entrar como soberanas.

Esos afeites postizos
 son reclamationes echadizas
 que desdeña mi ambición:
 para vencer con hechizos,

me basta mi corazón.
 Si el fuego que en él se encierra
 no me conquista mi amor
 en franca amorosa guerra,
 nunca ha de faltarme tierra
 sobre que llorar, señor.
 Pero yo os canso sin duda
 con mis necias relaciones:
 ¿qué sabe una esclava ruda
 de lo que rompe ni anuda
 tan sublimes aficiones?

(Hace que se va.)

CONDE. No, por mi vida, Zelina,
 no te apartes de mi lado;
 tu voz es tan peregrina
 que da a mi fe mortecina
 un impulso inesperado.
 Ven tú, el único testigo
 del triste error de mi esposa,
 a ser mi guía, mi amigo,
 que esta ofensa vergonzosa
 quiero consultar contigo.
 Crece oyéndote mi fe,
 crece oyéndote mi amor
 a la ingrata que adoré,
 y al fin la perdonaré
 si me hablas en su favor.
 Y tú, que como ella hermosa
 y como yo enamorada
 ves mi situación penosa,
 sé entre el esposo y la esposa
 medianera y abogada.

ZEL. Yo no sé nunca rogar
 ni por otros ni por mí:
 yo cual sé en silencio amar,
 cuando una ofensa sentí,
 me sé en silencio vengar.
 Buscad otro consejero,
 señor, que os hable en su abono;
 mi corazón es tan fiero,
 que cuando odio y cuando quiero,
 ni me olvido ni perdono.

CONDE. Eso te dice, Zelina,
 tu corazón africano,
 que a la venganza se inclina.

ZEL. Y eso el honor determina
 que haga un noble castellano.
 Ese atrevido francés
 que entró una noche en su cuarto

contándolo irá después,
 y con una afrenta es harto
 para quien honrado es.

CONDE. Pues la muerte le haré dar
 y callaré su arrogancia.

ZEL. ¿A él solo habéis de matar?
 ¿Creéis que, nacida en Francia,
 ella os lo ha de perdonar?

CONDE. ¡Esclava!
 ZEL. El vulgo insensato

será fuerza que se asombre;
 no faltará un mentecato
 que pregunte sin recato:
 ¿por qué asesinan a ese hombre?

Y esta pregunta mordaz,
 extendida en breve espacio

por toda vuestra ciudad,
 vendrá a retumbar tenaz

dentro de vuestro palacio.
 ¿Qué la podréis responder?

Nada, y con eco infinito
 lo que era murmullo ayer,
 crecerá hasta ser un grito

que diga...: *Por su mujer.*

CONDE. Tenéis razón, ¡ay de mí!
 ¡Mas la amo tanto!

ZEL. Eso sí;
 todo el amor lo perdona,

todo lo olvida y lo abona...
 no en África..., eso es aquí.

CONDE. ¡Esclava! Tú la aborreces,
 y por eso me aconsejas

lo que tú sola mereces;
 no insistas, pues, muchas veces.

ZEL. *(con ironía.)*
 ¡Oh! Si yo así vuestras quejas

oyera tan sin piedad
 como me acabáis de oír

mi parecer, en verdad
 que vos vuestra enfermedad

concluiréis con morir.
 Consultad, pues, vuestro amor

y no vuestros intereses,
 y de ese modo, señor,

el castellano valor
 despreziaréis los franceses.

Porque sabrán que Castilla,
 esclava de los placeres,
 ante sus damas se humilla,

y contra vos con mancella
harán levas de mujeres.

CONDE. Ten la lengua, ¡vive Dios!,
que recordó tal injuria.

Zelina, mueran los dos.

ZEL. Mas tened cuenta qué a vos
no os perjudique esa furia.
Vengaos, mas con cordura
una venganza buscad,
pronta, sí, pero segura,
donde el vulgo que murmura
adivine la verdad.

CONDE. Pues bien, busca tú el camino;
en ese crimen mezquino
yo tener parte no quiero;
sentenciaré justiciero,
mas no mataré asesino.

Esta noche ha de venir;
da el encargo a algún villano
y hazle tú misma cumplir,
si es que le quiere admitir
algún pobre castellano.

(Ruido dentro.)

¿Qué ruido es éste?

ESCENA II

EL CONDE, ZELINA, UN CABALLERO

CAB. Señor,
por esos montes vecinos
se ve cada vez mayor
de hogueras el resplandor
que encienden los campesinos.

CONDE. ¡Vive Dios! Esas hogueras
nos avisan que los moros
pasaron nuestras fronteras.
Mandad salid mis banderas
y derramar mis tesoros.
Mi ejército tengo junto
para salir a afrontallos:
¡liza fatal les barrunto!
Que venga Egidio; y al punto
¡que se ensillen mis caballos!

(Vase el caballero.)

ESCENA III

EL CONDE, ZELINA

ZEL. ¿Vais al combate, señor?

CONDE. Sí, que es cumplir con mi

oficio.

ZEL. Ved que aún os falta vigor.

CONDE. Me aprovecha el ejercicio,
y la guerra es el mejor.

ESCENA IV

EL CONDE, ZELINA, EGIDIO

CONDE. ¡Hola! Os estaba aguardando.
Vos sois mi amigo más fiel;
mientras que yo esté lidiando,
de Burgos tendréis el mando;

si muero, alzaos en él.

EGID. Don García, ¿y la condesa?

CONDE. Egidio, es mi voluntad;

no quiero que en mi ciudad

mande nunca una francesa.

Obedeced y callad.

ESCENA V

EL CONDE, ZELINA

CONDE. Tú es fuerza que mi honra
cuides,

Zelina; escúchame bien

y mis palabras no olvides;

esa venganza detén.

Si ese hombre viene a palacio

esta noche, haz que le prendan,

mas cuenta que no le ofendan

de mi ausencia en el espacio.

Toma este anillo con sello

de mi casa; en ella ahora

mandarás como señora;

pero pelagra tu cuello,

si me vendes... oye, pues.

Si muero en esta jornada,

enviarás a esa menguada

a Francia con su francés.

Guárdalos presos si no;

que es tanto lo que la quiero,

que la perdono, si muero;
si logre otro lo que yo
de ella jamás alcancé,
y que me lo deba a mí:
¿entendistes?

ZEL. Sí, a mi fe.

CONDE. Todo cederá ante ti
con ese anillo ducal:
ése tu cabeza escuda,
y a tenerla de hoy te ayuda
en los hombros bien o mal.

ESCENA VI

ZELINA

Está bien; si acaso muero,
¡vayanse a Francia los dos...!
Y quien pierda, ¡vive Dios!
seré yo sola... No quiero.
Si vence y vuelve, la gloria
su venganza acallará,
y de su amor volverá
a encenderse la memoria.
No han de salir de Castilla
mientras no pueda él tornar;
yo mi amor sabré vengar
pretendiendo su manecilla.
No; entonces, ¿qué adelantaba?
Tarde o pronto, esa mujer
volviera orgullosa a ser
la señora y yo la esclava.
Volviera sobre mi faz
con ira a poner su mano,
y con sarcasmo inhumano
volviera a decirme, audaz:
«Silencio, esclava. Naciste
de moros hija, y cautiva,
piensa que sólo estás viva
porque en gracia me caíste.
Pues me placen tus cantares,
cantar es tu obligación;
canta y di a tu corazón
que encarcele sus pesares.»
¡Y sujeta a sus antojos
volvería yo a cantar,
y en mi rabia a devorar
las lágrimas de mis ojos!

No; lidiemos desde ahora
cara a cara y por igual,
y alcance el triunfo cabal
o la francesa o la mora.
¡Hassán!

ESCENA VII

ZELINA, HASSÁN

ZEL. ¿Conoces el sello
que el conde acostumbra a usar?

HASS. Sí, como el perro el collar
con que le amarran el cuello.

ZEL. ¿Harás, pues, cuanto disponga
quien con él ciña su dedo?

HASS. ¿Y qué otra cosa hacer puedo?
Haré cuanto me proponga.

ZEL. Mira.

HASS. ¡El anillo! Sultana,
a vuestro esclavo mandad. *(De rodillas.)*

ZEL. Sírveme bien, y mañana
cobrarás la libertad.

HASS. Bella horraí, que el paraíso
en mis yerros me haces ver,
¿quién te dió tanto poder?

ZEL. Hassán, quien pudo y quien quiso.
Y aprende, o cuéntate muerto,
si has de vivir junto a mí,

que tan siervo eres aquí,
Hassán, como en el desierto.

HASS. ¡Perdón, sultana, perdón!

ZEL. Levanta y escucha bien.
Éste desde hoy es mi harén,
guardarle tu obligación.

La que hasta aquí fué señora,
desde este punto es la esclava,
y el puesto que ella ocupaba
le ocupa desde hoy la mora.

Ningún cristiano querría
tomar tal cargo sin mengua,
y a más ninguno sabría
poner un freno a su lengua.
¿Entiendes?

HASS. Sí.

ZEL. La francesa,
de su misma habitación
en el último salón,

bajo esta llave está presa.
Tómala; y hazla salir.
(Hassán entra en la habitación de la condesa.)

ESCENA VIII

ZELINA, después ARGENTINA, HASSÁN

ZEL. Ahora saber es preciso
si al cabo, sin otro aviso,
el francés ha de venir.

ARG. ¿Aquí Zelina? (Saliendo.)

ZEL. Aquí estoy.

ARG. Creía...

ZEL. Que el conde fuera
quien os llamase.

ARG. Eso era.

ZEL. Pues no, condesa, yo soy.
Sentaos. Esclavo, sal.

ARG. ¿Qué hace en mi cuarto ese moro?

ZEL. Llaves pone a su tesoro
a su gusto cada cual.

ARG. Nunca al conde poner vi
su confianza en tal gente.

ZEL. Condesa, no es al presente
el conde quien manda aquí.

ARG. No entiendo...

ZEL. ¿No habéis oído
los atambores tocar?

Pues tras ellos a lidiar
el conde al campo ha salido,

Y me deja en su lugar.

ARG. ¿A tí? (Con desprecio.)

ZEL. A mí; mirad su anillo,
ante el cual todo se humilla;

ya veis que soy en Castilla
cautiva de horea y cuchillo.

ARG. ¿A tí el conde ese favor?

ZEL. A mí, y en vuestra presencia.
¿No es verdad que la insolencia
no puede ya ser mayor?

¿No es cierto que necesita
mucha destreza, señora,
para subir una mora

desde esclava a favorita?

¿No lo entendéis? La jugada
es cosa, a fe, de sorpresa:

pero muy pronto, condesa,
olvidáis mi bofetada.

ARG. Esclava, ¿olvidas quién soy?

¿Olvidas que ese descaro
puede costarte muy caro?

ZEL. Ayer pudiera, no hoy.

ARG. De mi boca una palabra
puede costarte la vida.

ZEL. Decidla, si sois servida;

mas no haya miedo que se abra
esa puerta a vuestra voz,
no; yo os tengo en mi poder,
y del bofetón de ayer
el desquite será atroz.

ARG. ¡Cómo! ¿Osas tú, sierva vil,
amenazarme?

ZEL. ¿Quién sabe?

¿Conocéis bien esta llave?

ARG. ¡Cielos!

ZEL. Si un mozo gentil,
(Con ironía.)
oculto en ese vergel,

una noche os esperara,
decid, ¿no os acomodara
para abrirle ese cancel?

ARG. ¡Ah! ¡Tú también me haces car-
[gol]

¿Quién te contó, desdichada,
mi afrenta?

ZEL. Una bofetada
puede hacer de un topo un Argos.

ARG. ¿Conque tú misma...?

ZEL. Yo, sí;
cuando con la luz entré,
ver al que entró no logré,
mas sus palabras oí.

Además, no se os esconde
que siendo yo su cautiva,
debo por mí, mientras viva,
velar el honor del conde.

ARG. ¡Mucho miras por su honor!

ZEL. Aún más de lo que os parece.

ARG. Y mucho tu audacia crece.

ZEL. Va a la par con mi favor;
y a tan encumbrada altura
intento con él llegar,

que nadie me ha de alcanzar,
si lo que pienso me dura.

ARG. Pues asegura tu puesto;

porque te quiero advertir que tras de tanto subir será caer muy funesto.

ZEL. Estoy ya bien prevenida, y no quedará en el orbe un escalón que me estorbe la bajada o la subida. Mas no temáis, recobraos; quiero yo ser, sí, por Dios, más generosa que vos.

ARG. No te comprendo.

ZEL. Acercaos. Dijeme el conde al partir:

«Si en esta jornada muero, con ella, Zelina, quiero, que a Francia le dejes ir. Guárdales presos si no.» Ahora bien: muerto o triunfante, de esta noche en adelante que no os vea quiero yo. Os ama con ceguedad, y si os escucha, os perdona, que todo el amor lo abona... en quien ama con verdad.

En cuanto a él, es otra cosa: si vuelve, le hará morir; y a fe que le hará sufrir muerte dura y afrentosa. Escoged, pues; si os quedáis, todo lo recobraréis, mas no le satisfaréis.

ARG. ¡Oh! no. Nunca.

ZEL. Querrá el conde que a ello deis consentimiento; sólo esa prueba responde de vuestro arrepentimiento.

ARG. ¿Yo consentir en matarle?

ZEL. En ese caso, solamente resta un paso por donde poder salvarle.

ARG. ¿Que huya?

ZEL. No; el conde volviera, y si a el francés no encontrara, a ambas dos nos matara, y a fe que justicia fuera.

ARG. ¡Justicial!

ZEL. ¿Pues no miráis

que en salvarle sólo a él, de vuestra conducta infiel satisfacción no le dais? Mientras viva ese galán, siempre ha de estar sospechando que vos le estáis esperando con bien escondido afán.

ARG. ¡Entonces...!

ZEL. ¿No lo entendéis? ¡Andáis torpe, vive Dios!

¿Qué dificultad tenéis? Idos a Francia los dos. Yo os haré franco camino.

ARG. Mas no comprendo, Zelina.

ZEL. Si se queda, le asesina. Condesa, ese es su destino.

ARG. No, a sus pies me arrojaré.

Conde, ¿no es harta distancia la que hay de Burgos a Francia?, con lágrimas le diré.

Es cierto: le amé y me amó; vino creyéndome infiel; y seamos felices sin él.

ZEL. Condesa, ¿y lo seré yo?

ARG. ¡Tú! Pues bien, sólo testigo del crimen y del perdón, tendrás, sin contradicción, favor con él y conmigo.

ZEL. No me basta.

ARG. Libertad...

ZEL. No me basta.

ARG. ¿Qué más quieres?

ZEL. Quiero que de dos mujeres quedemos en la mitad.

ARG. ¡Insensata!

ZEL. O vos o yo.

Habéis puesto en mí la mano porque el favor soberano al ponerla os escudó; por veros en tal altura pudisteisme a salvo dar; quiero, pues, vuestro lugar, para enseñaros cordura.

¿Me habéis comprendido ya? Pues bien, partid con ese hombre, mudad patria, traje y nombre,

y os perdonaré quizá.

Y ved si en ello medita lo que la cuesta, señora,

el ascender a una mora desde esclava a favorita.

ARG. ¡Oh! ¡Me atosiga el corajel!

ZEL. ¡Tal vez osáis resistir!

Mas no me fagáis otro ultraje, porque os llevará a morir.

¿Cuándo vendrá ese galán?
(Argentina mira con inquietud por todas partes, fijando un momento la vista en el balcón, y dice Zelina comprendiéndolo.)

¡Hola! Esta noche..., pues bien, caballos haré que os den y huid, que no os seguirán; y huid hoy, porque mañana, si esta clemencia me pesa, vuestra injuria de francesa vengará como africana.

ARG. ¡Huir!

ZEL. No hay otro camino; me ultrajasteis con encono, y pues la vida os perdono, bendecid vuestro destino. Y no os queda otra esperanza, u os inmolan con furor vuestro marido a su honor y la mora a su venganza. ¡Pero silencio! Oigo ruido debajo de ese balcón. ¡Os habéis estremecido! Me lo daba el corazón. Entrad en vuestro aposento.

(Entra Argentina, y la cierra.)

ESCENA IX

ZELINA

Y pues tengo unos instantes, asegurarme quiero antes del éxito del intento; no sea que por torpeza, equivocando el camino, venga a caer su destino después sobre mi cabeza. ¿Hassán?

ESCENA X

ZELINA, HASSÁN

ZEL. Dos caballos pon a la puerta del jardín; mas atiende con qué fin: por ellos con precaución dos personas bajarán. Si en el balcón ves lucir esta luz, déjalos ir; si no, mátalos, Hassán. ¿Entiendes?

HASS. Creo que sí; si hay luz, irles dejaré; si no hay luz, les mataré. ¿Y después?

ZEL. Vuélvete aquí.

ESCENA XI

ZELINA, después LOTARIO

ZEL. Se irritará el conde acaso; mas le diré: huir quisieron, y por su empeño murieron al impedirles el paso.

(Llaman a la puerta secreta, y abriendo Zelina, entra Lotario embozado.)

Hablad con tiento y caminad despacio, señor francés.

LOT. ¿Qué es esto, y Argentina?

ZEL. ¿No puede, dueña siendo de pa-
[lacio, aguardaros en cámara vecina?

LOT. ¡Ah, está aquí!

(Va a entrar, Zelina le detiene.)

ZEL. Ahí está, mas deteneos.

LOT. ¿Qué significa, esclava, esa arro-
[gancia?

ZEL. Que es preciso acordar con mis
[deseos

vuestros deseos de volver a Francia.

LOT. ¿Contigo? No te entiendo: habla
[más claro.

ZEL. Oíd, pues: de esta casa soy señora en ausencia del conde; sin mi amparo nada podéis los dos..., ¿Me explico ahora?

LOT. Loca, sin duda, estás, pero te ad-
[vierto
que el puñal de mi cinto, si me vendes,
dará en tu corazón golpe más cierto
que el lazo de traición que tú me tiendes.]
ZEL. Muy mal me conocéis; si os le
[tendiera,
sería tan sutil y tan seguro,
que ni el brazo más firme le rompiera,
ni yo temblara del puñal más duro.]

LOT. Tiembla del mío, sin embargo,
[esclava;
porque si tu conducta no te abona,
a la menor sospecha en tí se clava:
delante ve, que es mía tu persona.
De tu voz, de tu acción, pende tu suerte;
guía, pues, de Argentina al aposento
sin más efugios, o te doy la muerte,

ZEL. ¿Y lograréis con ella vuestro in-
[tento?

LOT. Pues bien, escucha; decisión me
[sobra:
ya estoy aquí y atrás no he de volverme
sin concluir mi comenzada obra,
que nunca Roquefort del brazo inerme
temió de una mujer.]

ZEL. ¡Por vida mía!
¿Roquefort habéis dicho?

LOT. ¿Mas qué veo?
¡Mi cautiva eres tú!

ZEL. Y a lo que creo,
Lotario vos.

LOT. Sin duda.

ZEL. ¡Oh, Dios me guíe!

¡Vos sois quien en las playas solitarias
donde logró arrojarnos la tormenta,
sin escuchar ofertas ni plegarias,

asisteis a la fuerza de nosotros
cual cosa hallada y de señor exenta
lanzada por la mar para vosotros!

Y apresasteis mi barco, y los tesoros
robasteis a mi padre, y en cadenas
poner hicisteis a mis siervos moros
al tocar de la playa en las arenas.

Sí, a Roquefort esclavos nos llevasteis,
nos hicisteis dormir con vuestros perros,
y cantar nuestro duelo nos mandasteis
al áspero compás de nuestros hierros.

Vos, torpe, mi cariño codiciando,

la libertad con vos me propusisteis;
yo desprecié vuestro cariño infando,
y vos, para vengaros, me vendisteis.
Pero ved la justicia vengadora
del cielo, que se cansa de sufriros:
señor de Roquefort, llegó mi hora:
podéis de vuestra Francia despediros,
porque a los pies de vuestra esclava mora
(Cierra el balcón.)
vais a exhalar los últimos suspiros.

LOT. Tú eres, sí; te conozco en la fie-
[reza
de tu indomable espíritu africano:
tú eres aquella indómita belleza,
que el tormentoso mar puso en mi mano.
Te amé, te desprecié, te vendí luego,
mas te desprecio, esclava, todavía,
y con tu vida y tu fortuna juego
porque burlo tu astucia con la mía,

ZEL. ¿Aún me desafiáis?

LOT. Sí; el medio elige
de tu venganza que mejor te cuadre;
mas piensa bien que tu furor dirige
una sentencia igual contra tu padre.

ZEL. ¡Vive mi padre!

LOT. Sí.

ZEL. ¿Cómo?

LOT. Cautivo,
como tú, en Roquefort, y allí le espera,
de mi fin de las nuevas al recibo,
la misma suerte con que su amo muera.

¿Tiemblas? ¡Por Dios! ¿Creíste que olvi-
[daba
que vivías aún, y que tus iras
me acosarían siempre? ¡Necia esclava, y
a medirte conmigo en vano aspiras!

¿Lo oyes, esclava vil? ¡Ésta es mi hora!

Tú eres quien postrada has de pedirme;
Y ve aquí la justicia vengadora
del cielo, que se cansa de sufrirme.

ZEL. Pero estáis en mi mano en este
[punto,
y si a mi fe mi cólera atropella,
a una voz de mi boca sois difunto:
zanjemos, pues, en paz nuestra querrela.
Va mi destino con el vuestro junto:
dadme a mi padre y partiréis con ella;
y ved, señor francés, que de otra suerte
asida a vuestro cuello está la muerte.]

Y en el cambio no andéis con tal pereza; excusadme ese gesto de ironía, que jugamos cabeza por cabeza y asegurada aquí tengo la mía.

LOT. Bien: consiento.
ZEL. Firmadme un pergamino que haga libre a mi padre; a vuestro antojo término señalad a su destino, y huid a Roquefort con vuestro arrojo. Pero mirad que al concluir el plazo que a su vuelta fijéis, si no parece, a Roquefort alcanzará mi brazo, y el muro colosal que le guarnece dejaré, ¡vive Dios!, hecho un cedazo; y el gigante peñón donde envejece, será, tras la explosión de mis furores, cementerio no más de sus señores.

LOT. No tiemblo de tus iras mujeriles, mas pláceme, por Dios, que así acabemos.
ZEL. Trastornarán venganzas femeniles el mundo alguna vez, y... nos veremos.

LOT. Basta, cautiva: volverá en seis tu padre junto a ti. ¿Plácete?

ZEL. Admito.

Mas crecidos ponéis los intereses.

LOT. Si tengo de cumplir, los necesito.

ZEL. Sea y partid. Pero si el tiempo

[avanza

y concluyen los seis y no ha venido,

no os adurmáis en necia confianza

allá en vuestros peñascos guarecido:

que si el león desprecia la pujanza

del águila tal vez, entra al descuido

en su cueva la vibora traidora,

y abate su arrogancia triunfadora.

Y mirad que si olvidan sus promesas,

su amor o su venganza las francesas

por su cobarde condición liviana,

yo francesa no soy, soy africana.

ESCENA XII

Los mismos, ARGENTINA

(Abre Zelina a la condesa, que sale.)

ZEL. Salid, condesa, y escapad sin

[miedo.

En el jardín esperan dos caballos, y yo detrás para ampararos quedo.

-ARG. ¿Tú? ¡Traición infernal!

ZEL. No, no hay ninguna;

no me estéis de vivir agradecida,

que, aunque sin honra, si salváis la vida,

quien os salva no soy, es la fortuna.

Silencio, ¡vive Dios! y huid.

LOT. Partamos:

ven sin temor, que su interés la inspira,

¡y ay de tu padre si vendidos vamos!

ZEL. ¡Ay de ti, Roquefort, si el plazo

[expira!

(Vanse Lotario y Argentina por la puerta

secreta. Zelina abre el balcón, y poniendo

en él la luz para que sirva de señal a

Hassán, aguarda.)

ESCENA XIII

ZELINA, después HASSÁN

ZEL. Cuidemos de que Hassán no se

[equivoque,

y errando su lección, en un momento

de mi esperanza el pedestal derroque.

(Escuchando.)

(Mirando.) Salen..., se ocultan ya... ya

[no los siento.

(Pausa.)

¡Qué incertidumbre, Dios mío!

Mas ya del cancel resuena

el cerrojo y la cadena

por el corredor sombrío.

(Abre.)

Ya suben. ¿Quién va?

HASS. Yo.

ZEL. Hassán

¿qué has hecho?

HASS. Libres los dos

a escape: señora, van.

¿Hice bien?

ZEL. ¡Sí, vive Dios!

ACTO TERCERO

Interior de una torre del castillo de Roquefort, con vista del campo. En este interior hay dos puertas: una en el fondo y otra a la izquierda, y una ventana alta a la derecha. — Una lámpara colgada de la bóveda alumbrá la escena. El exterior representa parte de la muralla que cerca el cas-

tillo, en la cual habrá una puerta con su puente levadizo practicable. El foso sobre que cae este puente toma el agua de un torrente o cascada que se despeña en lontananza por las montañas.

ESCENA PRIMERA

ARGENTINA Y GENARO, dentro de la torre

ARG. No, el infeliz no se calma: esa visión espantosa no se aparta de sus ojos, y oyendo está a todas horas esa carejada horrible.

GEN. ¡Ah! Reportaos, señora; sólo el tiempo es el que puede calmar su afán.

ARG. Te equivocas, Genaro; cuenta los días con constancia escrupulosa, y ese vano emplazamiento no sale de su memoria. ¡Ay de mí!

GEN. Ese hombre a la puerta está aguardando, señora.

ARG. Mas, ¿quién le envía? ¿Qué quiere?

GEN. De vuestro padre se nombra mensajero.

ARG. ¡De mi padre! (Con dolor.) No quiero verle, me ahoga el empacho y la vergüenza, y hallar no sabré en mi boca palabras con que ocultarle el pesar que me devora.

¡Mi padre! Vendrá a culparme mi condición... y le sobran las razones: ¡ay!, a ellas, ¿qué he de replicarle ahora? No, no; que nunca penetre esta amargura recóndita con que la tenaz conciencia del corazón me destroza. Dile que parta, que nunca vuelva a Roquefort.

GEN. ¡Señora!

ARG. No quiero verle, Genaro.

GEN. ¿Mas pensarán en Tolosa...?

ARG. Cuanto quieran imaginan,

que en dulce y encantadora soledad paso la vida enamorada y dichosa.

Que ciega y desatentada con esta pasión diabólica que el corazón me esclaviza, ni ver ni oír otra cosa

que mi amor quiero... Sí, júzguenme como les plazca en buen hora.

Mas que no entiendan, Genaro, que con este amor a solas, de Roquefort encerrada en la vivienda más lóbrega maldigo la desventura de existencia tan odiosa.

Que parta, pues, y que parta sin verme.

GEN. Ved que os importan las nuevas que a daros viene, pues que de tan cerca os tocan.

ARG. No quiero oírlas, que parta.

GEN. Es que si veros no logra, amenaza día y noche con esperaros.

ARG. En cólera cambiará ese hombre mi duelo y hará que por todo rompa.

GEN. Al menos de vuestro padre por la sagrada memoria, recibidle, por que nunca imagine que injuriosa afrenta hacerle quisisteis de ese enviado en la persona.

ARG. Condúcele, pues, aquí, y esa idea vergonzosa no pase nunca por él, que al fin soy su sangre propia.

ESCENA II

ARGENTINA

Permite, indignado cielo, que sufra el dolor yo sola, pues mía es sólo la culpa como es mía la deshonra. Permite que a sus oídos llegue mi voz mentirosa,

y crea el triste mi falsa
felicidad ilusoria.
Permite, sí, que me juzgue
ese buen padre, que llora
la afrenta que hago a su estirpe,
cuanto culpable dichosa,
y goce con ese engaño...

ESCENA III

ARGENTINA, GINÉS, GENARO

GIN. Dejados a ambos a solas.

GEN. Es imposible, buen hombre.

ARG. ¿Quién va?

GIN. Perdonad, señora.

¿Sois Argentina?

ARG. ¿Sois vos
quien a mi padre me nombra
para pedirme una audiencia?

GEN. Sí. Y no os extrañe la hora,
ni os asombren para veros
palabras tan perentorias.

ARG. Pues os recibo, ya veis
que nada de vos me asombra.

Las gentes de mi castillo
a una seña mía prontas,
no os dieran tiempo a lograr
cualquier intención traidora.

GIN. Es que lo que he de deciros
es fuerza que sólo lo oigan
nuestros oídos.

ARG. Buen hombre,
recelos me dais ahora
de que vuestras intenciones
no son de lo que blasonan.

GIN. Serenaos, Argentina;
ya sé que con recelosa
previsión, de este castillo
se guardan las puertas todas.
Ya sé que nadie penetra
bajo sus antiguas bóvedas
sin un examen prolijo,
y sin que satisfactorias
razones de sus intentos
con ingenuidad exponga.
Ya sé que en este castillo
el miedo y el pesar moran.

ARG. ¡Miserable!

GIN. Reportaos,
que habláis con una persona
que os ha mecido en la cuna
en la corte de Tolosa,
de vuestra agitada vida
en la malhadada aurora.

ARG. ¿Quién sois, pues? Vuestras pala-
[bras
en el corazón me tocan,
y vuestra voz reconozco.
¿Quién sois?

GIN. Miradme, señora.

ARG. ¡Ginés!

GIN. Ginés, que ha dos meses
que vuestro castillo ronda
para lograr este instante:
conque los espías sobran.
(A una seña de Argentina, sale Genaro.)

ESCENA IV

ARGENTINA, GINÉS

GIN. Inútil será que os diga
lo que mi viaje ocasiona...
¡Ah! No me tornéis el rostro;
ya sé que tristes memorias
en vos mi presencia excita,
mas perdonadme. En Tolosa
queda un anciano que ha un año
que vuestra pérdida llora.
¡Pobre conde, vuestro padre!
¡El aliento le abandona,
las pesadumbres le acaban!

ARG. ¡Ah, callad!

GIN. De Burgos loca
huisteis... mas no toquemos
tan lastimeras memorias:
huisteis enamorada,
ansiendo más venturosa
vida... y ciega por el hombre
que pérfido os abandona.

ARG. ¡Qué es lo que dices, Ginés!

GIN. Fingís en vano, señora;
yo os acecho hace dos meses
bajo apariencia engañosa.
Ya como pobre mendigo,
ya de campesino en forma,
os seguí por todas partes

con vista escudriñadora,
y os encontré en la alameda,
y en la caza... sí, y en todas
partes, pálida, sombría,
solitaria y melancólica
os vi, cual juguete inútil
que fastidia y se abandona.

ARG. ¿Qué estás diciendo, menguado?

GIN. Yo, que pasé tormentosa
una existencia también,
fuerza es que el mundo conozca.
La edad ha dado a mis ojos
perspicacia portentosa,
y a mi corazón prudencia
y experiencia previsora.
Roquefort ama, Argentina,
pero tal vez no a vos sola,
y os asesinan los celos...
¡Ay! De una manera o de otra,
concluirá por odiaros.

ARG. ¡Serpiente fascinadora,
detén esa torpe lengua!
¡Por cierto que es prodigiosa
tu perspicacia, y los años
te han dado experiencia local!

GIN. En vano disimuláis
vuestra situación, señora,
y escuchad. Yo soy un viejo,
pero decisión me sobra,
y Dios ayuda a los buenos.
Esta mansión, donde mora
vuestra deshonra y su crimen,
dejad, y resuelta y pronta
venid donde vuestro padre
vuestras desventuras llora.
Sí, huyamos de esta caverna,
partámonos a Tolosa,
donde a lo menos con lágrimas
lavaréis vuestra deshonra.

ARG. ¡No, buen viejo! Que hay injurias
que con llanto no se borran.

GIN. Y esas injurias, ¿por qué
te avergüenzan o te enojan,
cuando aquí con tu presencia
tú te injurias a ti propia?
Vuelve a tu padre; a tu nido
vuelve, extraviada paloma;
cruza, golondrina errante,
la mar, y a tu patria torna.

ARG. Nunca, Ginés; ¡yo a los brazos
del buen conde de Tolosa,
que en honra me había criado,
podría volver sin honra!
Jamás; el viento impetuoso
de mi suerte borrascosa
seguiré, y sea, buen viejo,
la que quiera mi derrota.

GIN. ¡Ah! Cede, pobre Argentina,
por compasión a ti propia.
Serás de ese libertino
víctima al fin,

ARG. Te trastorna,
Ginés, tu crédulo engaño.
Roquefort me ama, me adora,
pero me castiga el cielo
con esa pasión diabólica.
Por mí atropelló peligros,
cometió acaso espantosas
culpas que al cielo indignaron,
faltó a su palabra propia,
y provocó una venganza
que amaga tal vez muy próxima.
Sí, Ginés, por mí tan solo,
por mí vive entre estas rocas,
con mi presencia encantado,
e idolatrando mi sombra;
mas este amor es un crimen,
y el cielo, que siempre abona
al justo, con este amor
la vida nos emponzoña.
Locura fatal le asalta,
pánico terror le acosa,
y mi mismo amor maldice,
que es el bien solo que logra.
GIN. Huye de él, pobre Argentina,
y húyete.

ARG. ¡Huirle, y ahora
que espera sólo en mi amparo
una salvación dudosa!

GIN. Acuérdate de tu padre,
que desconsolado llora.

ARG. Puede mi amor más en mí.

GIN. Pues bien, oye lo que ignoras:
te reclama el castellano
con voz amenazadora;
ha enviado a tu pobre padre
una embajada afrentosa,
fijando un plazo a seis meses,

y con saña vengadora,
si en ellos a ti no alcanza,
guerra fatal le provoca.

ARG. ¡Seis meses!

GIN. Seis, y al fin de ellos
nadará en sangre Tolosa.

Vuelve a tu padre y...

ARG. No, nunca.

GIN. Vas a la muerte.

ARG. No importa.

GIN. Bien, pues tu negra fortuna
y tu porvenir arrostra.

Castilla y Tolosa a un tiempo
su ira sobre ti desploman.

(Va a salir.)

ARG. Aguarda, Ginés; aguarda,
miseró anciano, y perdona

a mi pobre corazón,
presa de horribles congojas.

GIN. No, no hay perdón, Argentina:
o este castillo abandonas

para siempre..., o tu destino
y fatal se cumple.

ARG. En buen hora.

Yo le amo, Ginés; no puedo
con esta pasión furiosa

que mis sentidos cautiva
y ante Roquefort me postra.

GIN. Maldiga Dios, hija infame,
esa pasión que te torna,

para quien busca tu dicha,
en vibora venenosa.

Maldígala Dios mil veces,
y traiga pronto la hora

en que su plazo se cumpla,
y en que la guerra se rompa.

(Vase.)

ESCENA V

ARGENTINA

Cúmplase de una vez, cúmplase el plazo
que amaga por doquier nuestra cabeza;
de este agüero fatal rómpase el lazo,

yo arrostraré mi suerte con fiereza.

Volvería tal vez, si sólo amante
mi pobre corazón se lastimara;

si fugitiva, satisfecha, errante,
mi patrio suelo sin razón dejara.

No quedando al volver tras de mi huella

ese infeliz Lotario, ¡ohl, volvería;
mas tal resolución le mataría:

no, jamás volveré, pese a mi estrella.

(Asoma Lotario y escucha.)

¡Seis meses! Reconozco de tu mano
la negra marca, miserable mora;
tú das al corazón del castellano
el temple de tu saña vengadora.

ESCENA VI

ARGENTINA, LOTARIO

LOT. ¿Quién habla de venganza? ¿Quién
[augura

de ese plazo fatal el cumplimiento?

¿A quién esas palabras de amargura
torpe revela tu traidor acento?

¡Reconozco, dijiste, de tu mano
la negra marca, miserable mora!

¿A quién contabas, corazón villano,
ese secreto aterrador ahora?

¿De quién era esa voz que yo escuchaba
contigo aquí? Respóndeme, Argentina:

¿quién en este salón contigo estaba?

¡Callas! ¡Ay! Tu silencio me asesina.
¿Conque es verdad al fin? Pobre alma

[mía,
¿conque también a ti se te aparece
esa horrible visión? ¿No es fantasía

que en mi abrasada mente se guarece?

ARG. Calma, Lotario, calma la tor-
[menta,

de tu agitado corazón: ni ahora,
ni nunca esa visión que te amedrenta

se mostró ante mis ojos vengadora.

LOT. Mas hablabas de un plazo...
[¿Quién te oía?

(La toca.) ¡Fría tu mano está, tu rostro
[pálido!

¡Ay! Bien mi corazón me lo decía,
contigo estaba mi fantasma escuchado.

¿Qué quería de ti? Dímelo.

ARG. Nada.

Serénate, mi bien.

LOT. Luz de mis ojos,
perdona a mi cabeza trastornada
mis ayes, mis quimeras, mis antojos.

¿Tú me dices que no? Bien, yo te creo.
No quiero, no, que nunca te atormente

ni cuidado ni afán; y sobre todo
te prohibo, Argentina, es mi deseo,
que no mires jamás a ese torrente.

ARG. Bien, nunca miraré si lo deseas.

LOT. No te asomes jamás a esa ventana;
y esto no es un capricho, no lo creas.

ARG. Lo haré así, Roquefort, de buena

LOT. ¡Oh! Tú eres, alma mía, ¡gana:
el ángel puro que mis pasos guía,

la blanca luz que alumbró mi camino
por el largo erial de mi destino.

Sólo a tu lado cesa

ese vago temor que me persigue,

esa sentencia que en mi frente pesa,

esa visión que por doquier me sigue.

ARG. Ya te asalta otra vez tu desvarío:

aleja de tu mente esas visiones;

háblame de tu amor, habla del mío.

LOT. ¡Desvarío, Argentina, le supones!

¡Ah! Tú no sabes la sangrienta historia

de esa visión que sale por doquiera

mis ojos a espantar y mi memoria

con torva faz y carejada fiera.

¡Oh! Sí; si tus oídos la alcanzaran,

si la vieras tus ojos cual los míos,

tu corazón también amedrentaran.

esos que llamas tú mis desvaríos.

Si la vieras en torno eternamente,

ya atravesar la atmósfera vacía,

ya extenderse ante el sol de ocaño a oriente,

ya plegarse en la bóveda sombría:

si al abrir una puerta, una ventana,

al cruzar un salón, un pasadizo,

vieras cual yo de la visión liviana

el medroso contorno movedizo;

si al ¡ay! que te se escapa convulsivo

con el pavor, por la techumbre hueca

oyeras del espectro fugitivo

la carejada mofadora y seca...

¡ay! Argentina, como yo temblaras,

noche tras noche como yo velando,

muda y transida de terror pasaras

la aparición fatídica espando.

ARG. Siempre, Lotario, siempre esa

[quimera

en tus ojos está, vive en tu mente.

LOT. Siempre, sí, me persigue, eterna-

[mente

va delante de mí por donde quiera.

Los ojos llevo al sol, y allí la encuentro;
la mano al corazón, y allí la toco;

de ella giro en redor, ese es mi centro;
de mi eterno pesar ese es el foco.

¡Es una historia cruel!
ARG. ¡Calla, Lotario.

LOT. Horrible, ¿no es verdad?

ARG. Mas fabulosa.

LOT. ¡Fabulosa! ¡Óyela!

ARG. No es necesario:
cállala, por piedad, calla y reposa.

LOT. ¡Reposar! ¡Y a mis ojos incesante,
ese maldito esclavo se presenta,

y con calma infernal me está delante
y del plazo fatal las horas cuenta!

¡Mírala! ¿No le ves? Con una mano,
la cerviz de sus hombros dividida

se sujeta tenaz... y al castellano
con la otra ofrece mi aplazada vida.

Sí, la tengo aplazada, ¿no lo sabes?
En seis meses no más.

ARG. ¡Calla, amor mío!

LOT. Y se van a cumplir.

ARG. Calla, no acabes.

LOT. ¡Oh! No creas que es esto un des-
varío

de mi imaginación, no; escucha: ese hom-
[bre

tenía una hija; mas como él infame, y
sierva como él... Zelina era su nombre.

ARG. ¡Por piedad, santo Dios, amparo
[dame!

LOT. ¡A Dios invocas! Bueno; mas es-
[cucha.

Yo, que siempre te amé, llegué a Castilla
tras larga, interna y congojosa lucha

conmigo mismo; atravesé la orilla
del Arlanza una noche: a tu palacio

llegué: subí por caracol oscuro
y crucé un corredor que en el espacio

abierto, estaba del macizo muro.
¿A quién buscaba yo? A ti, Argentina;

mas tú no fuiste quien a hablarme vino,
no, fué esa esclava vil, esa Zelina,

esa fatal mujer que es mi destino. (Pausa.)

«Dame a mi padre y partirás con ella,
me dijo.—Sea pues.» Señaló un plazo:

Seis meses. «Huye.» Huí... ¡contraria es-

[trela

a Francia nos guió! Tendí mi brazo,
quebranté las cadenas de ese moro,
¡A Burgos!, le grité, libre te dejo.»
Le di caballo, lanza, guía y oro;
mas ¿qué hizo de ello?... ¡Miserable viejo!
En vez de bendecirme y de besarme
la mano liberal, mi mismo acero
levantó contra mí para matarme.
¡Ira de Dios! Lancéme yo primero
sobre él, le arranqué el hierro, a mis sol-

«Matadle, dije, sin piedad!, que muera.»
Pero al asirle a ello preparados,
con salvaje valor, con calma fiera,
clavando en mí fatídica mirada,
«¡Cuenta, dijo, seis meses, y es tu vida!»
Y me tiró su ronca carcajada
con desprecio a la faz descolorida.

¿No la ves? Aquí está: su marca impresa
quedó en mi corazón, quedó en mi frente
y su cabeza vil no entró en la huesa,
no, que a mis ojos la sorbió el torrente.
Allí está: ¿pero sabes lo que aguarda?
Que expire el plazo, sí; por eso mora
del agua turbia entre la niebla parda,
contándome la vida hora tras hora.

Por eso de esa reja acolgajada
en nocturna visión se desenvuelve
y al oír mi rabiosa carcajada
con eco funeral me la devuelve.
Mas es un sueño, sí... mentira todo;
de su impotente predicción me río...

(*Ríe, y el eco devuelve la carcajada.*)

Mas me la vuelve, sí, del mismo modo;
me la vuelve, ¿lo ves?, ¡no es desvarío!
(*Cae en la silla.*)

ARG. Yace un momento, desdichado,
[en calma;

descansa en tu desmayo uno siquiera,
mientras yo lloro, desgarrada el alma,
el negro porvenir que nos espera.
¡Genaro, pronto aquí!

ESCENA VII

LOTARIO, ARGENTINA, GENARO

¿Qué es, Argentina?

ARG. ¡Miral

GEN. ¿Otra vez?

ARG. Y mil y eternamente.

GEN. Ese tenaz delirio le asesina.

ARG. Le mata ese recuerdo lentamente.

Sí; como siempre, a ese peñasco hueco
que está debajo, en su terror se asoma;
siempre la risa le devuelve el eco,
¡y él por la voz de su visión la toma!
¡Triste de mí! ¡La celestial venganza
sigue mi culpa por doquier! Lo veo.

¡Cuán desdichada soy! ¡No hay esperanza!
Morir con él, Genaro, es mi deseo.

Mas no, yo lidiaré con mi destino,
Genaro: sí, de Roquefort salgamos;

será menos siniestro nuestro sino
en cualquiera región donde vayamos.

La Italia, la Borgoña, la Inglaterra,
asilo nos darán; nuestra manilla

allí ocultemos, y pongamos tierra,
Genaro, entre nosotros y Castilla.

Partamos antes que se cumpla el plazo,
y expire ese infeliz con su locura;

y antes que a Roquefort tienda su brazo
Castilla, huyamos en la noche oscura.

GEN. Tenéis razón, partamos.

ARG. Ese anciano,

que se vuelva a Tolosa antes del día,
y nuestra fuga ignore; al castellano

y al conde nuestro rastro marcará.

GEN. Al punto partirá. ¡Pobre Lotario!

ARG. Déjale reposar: le es el reposo
el único calmante necesario:

calma el sueño su espíritu afanoso.
¡Duerme, bien mío!, duerme, y si piadoso

el cielo me concede sólo un hora,
un hora escasa de merced y amparo,

lejos de aquí nos hallará la aurora.
GEN. ¡Argentina!

ARG. ¡Ay de mí! Vamos, Genaro.

ESCENA VIII

LOTARIO, desmayado, arriba; EL CONDE,
armado y con una visera; ZELINA, con
velo; HASSÁN, abajo.

CONDE. ¿Llegamos ya?

ZEL. Sí, señor.

CONDE. ¿Esta torre les esconde?

ZEL. Este es su castillo, conde; ya estamos en Roquefort.

¿Traéis decisión?

CONDE. Me sobra.

ZEL. Será fuerza recordaros...

CONDE. Basta, mora, de reparos.

ZEL. Pues bien, manos a la obra.

CONDE. Espera.

ZEL. ¿Dudáis?

CONDE. Escucha:

para entrar en esa torre poca gente nos acorite.

ZEL. No necesitamos mucha.

Con la razón y el furor

que traigo, y con mi arrogancia,

no temo a toda la Francia,

cuanto más a Roquefort.

Para que esa fortaleza

se desplome a nuestros pies,

más que el poder útil es,

señor conde, la destreza.

No, por Dios, no por medio año

la ira en mi pecho escondí,

para trocar hoy aquí

los frenos en nuestro daño.

Lenta y cautelosamente

he acechado yo mi presa,

como entre la yerba espesa

escondida la serpiente.

Busqué mi ocasión feliz,

y la busqué con tal tino,

como aquélla su camino

entre raíz y raíz.

¡Oh! Sí, la venganza es ésta:

Y habrá de ser, Dios mediante,

a nuestra injuria bastante,

y a Roquefort bien funesta.

Pero si no os sentís vos

con razón harta o coraje,

podéis deshacer el viaje,

yo cumpliré por los dos.

CONDE. Me ahoga el furor, Zelina,

sólo esas torres con ver.

ZEL. (con intención muy marcada.)

Y en esa hay luz; puede ser

que esté alumbrando a Argentina.

CONDE. No me la nombres.

ZEL. ¿Por qué?

CONDE. Ese recuerdo me mata.

ZEL. (¡Aún a esa francesa ingrata su corazón guarda fe!)

A lo que estoy, castellano, comprendiendo en tu semblante,

no tiene brío bastante

tu corazón ni tu mano.

Mas para tu bien te advierto

que al amor y la venganza

va sin freno y sin templanza

mi corazón del desierto.

CONDE (con calma.) ¿Y crees tú que sin

[furor

di cima a tan largo viaje?

ZEL. Pues no olvidéis el ultraje

que os arrastra a Roquefort.

Aquella noche espantosa

en que, vencedor del moro,

cambiasteis por gloria y oro

el amor de vuestra esposa.

CONDE. Silencio, esclava..., por Cristo.

Terrible noche fué aquella,

y sólo yo lloré en ella

la gloria que a España di.

LOT. Pasó esa fantasma fiera...

Respiro al fin..., ¡ay de mí!

ZEL. (Siempre ese fatal recuerdo

le exaspera y le atosiga.)

CONDE. Esa memoria se abriga,

vive eternamente aquí.

Sí, yo entré entonces en Burgos

al doblar de los tambores,

con más aplausos y honores

de los que soñé jamás;

pero llegué a mi palacio,

y al pasar por sus dinteles,

¡ay!, mis honrosos laureles

maldije, y mi ser quizás.

Las puertas vi de mi alcázar

para recibirme abiertas,

mas nadie salió a mis puertas

para darme el parabién;

y los siervos y las damas

que dejé en él en mi ausencia,

esquivaron mi presencia

cual de mi gloria en desdén.

En vano me entré iracundo

por mis puertas adelante,

llamando con voz pujante

a mi gente desleal;

sólo el eco que en las bóvedas
 cóncavas se guarecía,
 a mis voces respondía
 con lamento funeral.
 Rabioso pregunté: «¿Dónde
 mi servidumbre se encuentra?»
 y el eco me dijo: *entra;*
 y entró en mi alma el pavor.
 Con voz exclamé doliente:
 «¿Qué es de mi esposa querida?»
 y el eco me dijo: *¡ida!*
 con acento de dolor.
 Con voz iracunda dije:
 «¿No hay quién me dé una respuesta?»
 y el eco me dijo: *esta.*
 Y ahogándome de furor,
 «¿quién, dije, en mi casa propia
 me mofa con arrogancia?»
 y el eco retumbó: *¡Francia!*
 por el largo corredor.
 Lancéme por él al punto
 por un instinto guiado,
 crucé el corredor aislado
 y al oratorio llegué;
 abrí la puerta con ímpetu,
 y al tender dentro los ojos,
 en torno al altar de hinojos
 a mis gentes encontré.
 «¿Qué es esto?, dije asombrado
 de lo que en ella veía:
 ¿pensabais, pues, que vendría
 mi alcázar propio a asaltar?»
 ¿Por qué os acogéis al templo?
 ¿Qué es esto, gente menguada?»
 Pero la turba callada,
 ni aun la vista osaba alzar.
 Hasta que, entrándome airado
 por la mansión religiosa,
 y el semblante de mi esposa
 no alcanzando ver allí,
 así con ira del cuello
 al que topé más cercano,
 y con la daga en la mano,
 le dije iracundo así:
 «¿Adónde está la condesa?»
 di, o mueres tras mi demanda;
 y el eco murmuró: *anda;*
 porque aquel hombre calló.
 «Hablad, por Dios, dije atónito,

¿vuestro dolor, qué me arguye?
 ¿Dó está mi Argentina?» *¡Huyel!*
 el eco sordo gimió.

LOT. Déjame, historia tremenda;
 tu recuerdo me estremece,
 hasta en sueños me parece
 que te escucho por doquier.

(*Vuelve a reclinarse.*)

CONDE. ¡Y huía en verdad de Burgos!
 ¡Huía de mí, Zelina!

(*Desde aquí debe verse en esta escena
 excesivamente marcado el secreto amor
 del conde y la incertidumbre de la mora.*)

ZEL. (¡Siempre la misma Argentina,
 siempre esa fatal mujer!)

CONDE. (Siempre ese triste recuerdo
 la da a la infeliz ojos,
 y se agolpan a sus ojos
 las lágrimas sin querer.)

¡Tú lloras, mora!

(*Vuélvese de repente.*)

ZEL. Señor...

CONDE. Zelina, a través del velo
 te vi llorar, ¡vive el cielo!
 al dar vista a Roquefort.

Seis meses ha, tu tristeza
 te está el corazón royendo,

y por tu llanto comprendo
 que se mengua su entereza.

Seis meses ha, y no me has dicho
 la razón de tu pesar...

Si yo la he de averiguar,
 nada debo a tu capricho.

ZEL. Seis meses ha que yo sola
 mi tristeza estoy sabiendo,
 pero mi llanto comprendo
 que mi firmeza acrisola.

Y si en seis, de mi tristeza
 no habéis dado en la razón,
 no tiene mi corazón
 culpa de vuestra torpeza.

CONDE. Si un corazón africano
 puede al par con dos pasiones,
 para dos, dos corazones
 necesita un castellano.

Porque él se entrega a una sola
 todo entero, y más no avanza
 hasta que entera la alcanza
 con entereza española.